

ALLAN FOLSOM

A hand holding a globe with a black banner across it. The banner has the text 'LA CONSPIRACIÓN MAQUIAVELO' written on it in yellow, bold, sans-serif capital letters. The background is a dimly lit room with people's legs and feet visible, suggesting a busy, possibly airport or office setting.

LA CONSPIRACIÓN MAQUIAVELO



Por el autor de *Cero absoluto* y *El día de la confesión*.

«Más que un *thriller*, *La conspiración Maquiavelo* es suspense magnífico y espléndidamente escrito. El mejor Folsom hasta el momento.» Stephen King

Lectulandia

Durante quinientos años, una orden secreta, despótica y cruel, formada por los hombres y mujeres más poderosos del mundo, ha custodiado un manuscrito cuya autoría se atribuye a Maquiavelo: La Conspiración.

En éste, se dan las pautas que deben seguir las élites para conservar su poder y riqueza, y se aconseja cometer un asesinato ritual que garantice la complicidad y el secreto entre los miembros.

Nicholas Marten, expolicía, se traslada desde Inglaterra a Washington para pasar junto a Caroline, su antiguo amor, las últimas horas que a ésta le quedan de vida. Ella sospecha que la enfermedad que la está matando no es una casualidad y tiene que ver con los secretos que había descubierto su marido congresista, muerto también en extrañas circunstancias. Mientras, en Europa, John Henry Harris, presidente de Estados Unidos, descubre que los miembros más próximos de su gabinete han formado un complot para acabar con los dirigentes de Francia y Alemania e iniciar una atroz escalada de violencia en Oriente Medio. El presidente, víctima de su propia gente, acabará aliándose con Nicholas Marten en una huida que le llevará a Madrid, Barcelona y la montaña de Montserrat, donde descubrirá secretos inimaginables.

Lectulandia

Allan Folsom

La conspiración Maquiavelo

ePub r1.0

maherran 23.02.2019

Título original: *The Machiavelli Covenant*

Allan Folsom, 2006

Traducción: Mar Vidal

Editor digital: maherran

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para Karen y Riley

PRÓLOGO

Washington DC.

Hospital Universitario George Washington.

Unidad de cuidados intensivos, 22.10 h

El lento bombeo del corazón de Nicholas Marten sonaba como un tambor oculto en algún rincón de su interior. Su propia respiración, al inhalar y exhalar, resonaba como si se tratara de la banda sonora de una película. Lo mismo que el sonido de la respiración dificultosa de Caroline, tumbada en la cama junto a él.

Por la que debía de ser la décima vez en pocos minutos, la miró. La mujer tenía los ojos cerrados, como antes, y su mano descansaba delicadamente en la de él. A juzgar por la escasa vida que había en ella, bien podía haberse tratado de un guante, sin más.

¿Cuánto tiempo llevaba en Washington? ¿Dos días? ¿Tres? Había volado desde Manchester, Inglaterra, donde tenía su hogar, casi inmediatamente después de la llamada de Caroline pidiéndole que fuera. En el minuto en que oyó su voz supo que algo terrible había ocurrido: era una voz llena de pavor, miedo e indefensión. Enseguida le explicó de qué se trataba: sufría una infección muy agresiva de estafilococos contra la cual no había tratamiento, y le habían pronosticado unos pocos días de vida.

Con todo el horror y el asombro del asunto, su voz todavía transmitía algo más. Rabia. Le habían hecho algo, le dijo, susurrando de pronto como si temiera que alguien pudiera oírla. Fuera lo que fuese lo que los médicos hubieran dicho o fueran a decir, ella estaba convencida de que la infección que la estaba matando había sido provocada por unas bacterias que le habían inoculado deliberadamente. En aquel momento, a juzgar por los ruidos que se oyeron de fondo, alguien entró en la habitación. La mujer acabó la conversación bruscamente con la súplica urgente de que fuera a verla a Washington y luego colgó el teléfono.

El no supo qué pensar. Lo único que sabía era que Caroline estaba terriblemente asustada y que su situación era todavía peor debido a las recientes muertes de su marido y de su hijo de doce años, cuando el avión privado en el que viajaban ambos se estrelló frente a las costas de California. Teniendo en cuenta el desgaste físico y emocional que esos trágicos acontecimientos le habrían ocasionado, y sin disponer de más información, a Marten le resultó imposible saber si había alguna base en las sospechas de Caroline. De todos modos, la realidad era que ella estaba gravemente enferma y le reclamaba a su lado. Y por todo lo que había percibido en su voz, supo que lo mejor era que fuera a verla lo antes posible.

Y lo hizo. El mismo día voló desde Manchester, en el norte de Inglaterra, a Londres, y de allí a Washington DC. En el aeropuerto Dulles International tomó un

taxi directamente al hospital y luego reservó habitación en un hotel cercano. El hecho de que Caroline supiera su verdadera identidad y el riesgo que le había hecho correr al pedirle que regresara a Estados Unidos no salió en la conversación. No fue necesario. Jamás se lo habría pedido si algo terrible no estuviera pasando. De modo que regresó apresuradamente al país que cuatro años antes había abandonado temiendo por su vida y la de su hermana. Regresó —después de tanto tiempo y de los distintos rumbos que sus vidas habían tomado— porque Caroline había sido y seguía siendo su único amor verdadero. La amaba más que a cualquier otra mujer que jamás hubiera conocido y de una manera que le resultaba imposible de racionalizar. Sabía también que, aunque hubiera estado felizmente casada durante mucho tiempo, de alguna manera no verbalizada, incluso profunda, ella sentía lo mismo por él.

Marten levantó la mirada bruscamente cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par. Una enfermera robusta entró seguida de dos hombres vestidos con traje oscuro. El primero era ancho de espaldas, de cuarenta y pocos años, y tenía el pelo oscuro y rizado.

—Tendrá que marcharse, por favor, señor —le dijo, respetuosamente.

—El presidente viene hacia aquí —dijo la enfermera de manera cortante, con una actitud brusca y autoritaria que hacía pensar que de pronto se había erigido en comandante de los hombres trajeados. Como un auténtico miembro del Servicio Secreto.

En aquel mismo instante, Marten sintió que la mano de Caroline apretaba la suya. Bajó la vista y vio que tenía los ojos abiertos. Estaban bien abiertos, con la mirada clara, y se posaron en los suyos de la misma manera en que lo hicieron la primera vez que se encontraron, en el instituto, cuando ambos tenían dieciséis años.

—Te quiero —le susurró.

—Yo también te quiero —respondió él, con el mismo susurro.

Caroline lo siguió mirando medio segundo más, luego cerró los ojos y su mano se relajó.

—Por favor, señor, tiene que marcharse ahora —dijo el primer tipo de traje.

En aquel mismo instante, un hombre alto, delgado, de pelo gris y con un traje azul marino cruzó el umbral de la habitación. No había duda de quién era: John Henry Harris, el presidente de Estados Unidos.

Marten le miró directamente.

—Por favor —dijo, a media voz—, permítanme quedarme un momento a solas con ella... Acaba de... —la palabra se le quedó trabada en la garganta— morir.

La mirada de los hombres permaneció en suspenso durante un brevísimo instante.

—Por supuesto —dijo el presidente, con tono sereno y reverente.

Luego, haciéndoles un gesto a sus guardaespaldas del Servicio Secreto, se volvió y salió de la habitación.

Al cabo de treinta minutos, con la cabeza gacha para protegerse del mundo, apenas consciente de en qué dirección andaba, Nicholas Marten recorría las calles casi desiertas de la ciudad un domingo por la noche.

Trataba de no pensar en Caroline. Trataba de no reconocer el dolor que le decía que ya no existía. Trataba de no pensar que hacía sólo un poco más de tres semanas que ella había perdido a su marido y a su hijo. Trató de alejar de su mente la idea de que tal vez le hubieran administrado intencionadamente algo que le provocó la fatal infección.

«Me han hecho algo». Su voz le retumbó de pronto en la cabeza como si acabara de oírla. Resonaba con la misma fuerza y vulnerabilidad y rabia que lo había hecho cuando lo llamó a Inglaterra.

«Me han hecho algo». Las palabras de Caroline surgieron de nuevo, intentando alcanzarle todavía, tratando de persuadirle sin ninguna duda de que no se había puesto simplemente enferma, sino que la habían asesinado.

Lo que era aquel «algo», o al menos lo que ella creía que era, y cómo había empezado, se lo contó durante el primero de los dos únicos momentos lúcidos que había tenido desde su llegada.

Ocurrió durante el doble funeral de su marido, Mike Parsons, un respetado miembro del Congreso originario de California, de cuarenta y dos años, que estaba en su segunda legislatura, y de su hijo, Charlie. Convencida de contar con la suficiente fortaleza para aguantar hasta el final, había invitado a numerosos amigos a su casa para que la acompañaran a celebrar las vidas de sus dos seres más queridos. Pero la conmoción del momento, unida a la casi insoportable presión que significaba el funeral y a la aglomeración de gentes bienintencionadas, acabaron por superarla y la llevaron a hundirse. Se retiró en medio de un mar de lágrimas y al borde de la histeria y se encerró en su habitación, mientras le gritaba a la gente que se marchara y se negaba siquiera a abrir la puerta.

El capellán del Congreso y pastor de su iglesia, el reverendo Rufus Beck, se contaba entre los dolientes y se encargó de que avisaran de inmediato a la médico personal de Caroline, la doctora Lorraine Stephenson. Ésta acudió rápidamente y, con la ayuda del pastor, convenció a Caroline de que abriera la puerta de la habitación. A los pocos minutos le había inyectado, como explicó más tarde Caroline, «algún tipo de sedante». Cuando se despertó, se encontraba en una habitación de una clínica privada, en la que Stephenson le había recetado varios días de descanso y donde, según sus propias palabras, «nunca volví a sentirme como antes».

Marten dobló por una calle oscura y luego por otra, reviviendo mentalmente las horas que había compartido con ella en el hospital. Con la excepción del otro momento en el que ella se despertó y le habló, Caroline estuvo todo el tiempo dormida, y él se quedó a su lado velándole el sueño. Durante aquellas largas horas, el

personal sanitario que controlaba su estado había entrado y salido, y hubo breves visitas de amigos durante las cuales Marten se limitó a presentarse y a salir de la habitación en silencio.

Hubo también otros dos visitantes, las personas que se implicaron de inmediato cuando Caroline se vino abajo en su casa. La primera fue la visita a primera hora de la mañana de la mujer que le había administrado el «sedante» y le había recetado la estancia en la clínica: su médico personal, la doctora Lorraine Stephenson, una mujer alta y guapa de cincuenta y pico años. Stephenson bromeó brevemente con él, luego consultó el cuadro clínico de Caroline, le auscultó el corazón y los pulmones con el estetoscopio y se marchó.

El segundo visitante fue el capellán del Congreso, Rufus Beck, que acudió más avanzado el día. Beck, un afroamericano corpulento, discreto y de discurso delicado, acudió acompañado de una joven y atractiva mujer de raza blanca y pelo oscuro que llevaba la bolsa de una cámara fotográfica colgada de un hombro y que se mantuvo casi todo el rato en segundo plano. Al igual que Stephenson, el reverendo Beck se presentó a Marten e intercambiaron unas breves palabras. Luego se sumió unos momentos en sus plegarias mientras Caroline dormía, antes de despedirse de Marten y marcharse de nuevo con la joven.

Empezó a lloviznar y Marten se detuvo a subirse el cuello de la cazadora para protegerse. A lo lejos pudo ver la aguja erguida del monumento a Washington. Fue la primera vez que tuvo una sensación concreta de dónde se encontraba. Washington no era sólo el interior de una habitación de la unidad de cuidados intensivos de un hospital, sino una gran metrópolis que resultaba además ser la capital de Estados Unidos de América. No había estado allí hasta ese momento, a pesar de que antes de huir a Inglaterra había pasado toda su vida en California y pudo haberla visitado. Por alguna razón, el simple hecho de estar allí le hacía sentir una profunda sensación de pertenencia, al país de uno, a la tierra natal. Era una emoción que nunca antes había experimentado y le llevó a preguntarse si algún día llegaría el momento en el que podría regresar de la vida de exiliado que vivía en Manchester.

Marten siguió andando. Mientras lo hacía, advirtió que un coche avanzaba lentamente hacia él. El hecho de que las calles estuvieran prácticamente desiertas hacía que el ritmo del vehículo pareciera extraño. Era casi la madrugada de un domingo y llovía, ¿no era más lógico que el conductor de uno de los pocos vehículos que circulaban estuviera ansioso por llegar a su destino? El coche pasó por su lado y él lo miró. El conductor era varón y difícil de describir; mediana edad y pelo oscuro. El auto avanzó y Marten observó cómo seguía calle abajo, sin cambiar de velocidad. Tal vez el tipo estuviera borracho o drogado o —de pronto, la reflexión se volvió personal—, tal vez fuera alguien que acababa de perder a un ser muy querido y no

tuviera ni idea de dónde estaba o de qué estaba haciendo, aparte de simplemente avanzar.

3

Los pensamientos de Marten volvieron a Caroline. Había sido la esposa de un respetado miembro del Congreso que en Washington se convirtió en una figura muy popular, además de ser amigo de la infancia del presidente, y a raíz de la repentina y trágica muerte de su marido y su hijo vio cómo la comunidad política la arropó con todos sus recursos. Eso le hacía preguntarse por qué ella podía pensar que le habían «hecho algo»; por qué podía llegar a imaginar que le habían podido inocular deliberadamente la enfermedad que acabaría con su vida.

De manera metódica, Marten trató de analizar el estado mental de Caroline en los últimos dos días. En especial, pensó en el segundo momento en que estuvo despierta, cuando le tomó la mano y lo miró a los ojos.

—Nicholas —le dijo, débilmente—. Yo... —tenía la boca seca y le costaba respirar. Hablar le costaba un esfuerzo enorme—. Yo tenía que... haber estado... en ese avión con... mi marido y mi... hijo. Hubo un... cambio de planes... de última hora... y yo volví a... Washington... un día antes. —Lo miró con fuerza—. Han matado a... mi marido y mi... hijo... y ahora... a mí.

—¿De quién estás hablando? ¿Quiénes? —la apremió delicadamente, tratando de obtener información más precisa.

—Los... ca... —dijo.

Intentó hablar más pero fue todo lo que pudo pronunciar. Ya sin fuerzas, se tumbó y se quedó dormida. Y durmió justo hasta aquellos últimos instantes de su vida, cuando abrió los ojos y lo miró a los suyos y le dijo que le amaba.

Ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que lo poco que le había dicho había llegado en dos partes, una bastante separada de la otra. La primera había llegado fraccionada: que originalmente ella debía ir en el avión accidentado con su marido y su hijo, pero un cambio de última hora la llevó de regreso a Washington un día antes; lo que ocurrió en su casa después de los funerales; y finalmente, lo que ella le dijo cuando lo llamó a Inglaterra, advirtiéndole de que se estaba muriendo de una infección de estafilococos provocada por una cepa de bacterias contra la que no había tratamiento, que estaba segura que le habían inyectado deliberadamente.

«Los ca...». Sobre qué había empezado a decir cuando le pidió que se explicara mejor, y a quién se refería cuando hablaba de su asesinato, Marten no tenía ni idea.

La segunda parte del mensaje de Caroline llegó a través de los balbuceos que pronunció durante el sueño. La mayor parte habían sido palabras cotidianas, como el nombre de su marido, Mike, o su hijo Charlie, o su hermana Katy, o mensajes como «Charlie, por favor, baja la tele» o «el martes tienes clase». Pero también dijo otras cosas. Parecían ir dirigidas a su marido y estaban llenas de alarma o miedo o ambas cosas a la vez: «Mike, ¿qué ocurre?», «estás asustado, lo noto», «¿por qué no me dices lo que está pasando?», «son los otros, ¿no?». Y lo último, una exclamación asustada y repentina: «El hombre del pelo blanco no me gusta».

Esa última parte la conocía porque formaba parte de la historia que Caroline le había contado cuando lo llamó a Manchester y le pidió que fuera.

—Empecé a tener fiebre al día siguiente de despertarme en la clínica —le dijo—. Empeoré y me hicieron pruebas. Vino un hombre con el pelo blanco y me dijeron que era un especialista, pero a mí no me gustaba. Todo en él me daba miedo: la manera de mirarme, la manera de tocarme la cara y las piernas con sus dedos largos y asquerosos, y aquel horrible pulgar con su diminuta cruz de bolas. Le pregunté por qué estaba allí y lo que hacía, pero nunca me contestó. Más tarde me descubrieron la infección de algún tipo de estafilococos en el hueso de la pierna derecha e intentaron tratarme con antibióticos, pero no me hicieron efecto. Nada me ha hecho efecto.

Marten siguió andando. La lluvia caía con más fuerza pero él apenas se daba cuenta. Toda su atención estaba centrada en Caroline. Se habían conocido en el instituto; fueron al mismo *college* convencidos de que más tarde se casarían y tendrían hijos y pasarían juntos el resto de sus vidas. Y entonces, un verano, ella se marchó y conoció a un joven abogado llamado Mike Parsons. Después de aquello, su vida y la de ella cambiaron para siempre. Pero a pesar del dolor que eso le provocó, de la profundidad de la herida, su amor por ella jamás disminuyó. Con el tiempo, Mike y él se hicieron amigos, y Marten contó a Mike lo que sólo Caroline y unos pocos más sabían: quién era realmente y por qué se había visto obligado a abandonar su trabajo como investigador de homicidios en el departamento de policía de Los Ángeles, y a marcharse al norte de Inglaterra a vivir bajo una identidad falsa como arquitecto paisajista.

Ahora lamentaba no haber acudido al funeral de Mike y del niño, como había sido su deseo. Si lo hubiera hecho, hubiera estado allí cuando ella tuvo el ataque de ansiedad y cuando fue a verla la doctora Stephenson. Pero no lo hizo, y eso había sido cosa de Caroline; ella le dijo que estaba rodeada de amigos, que su hermana y su cuñado irían desde su casa en Hawái y que, teniendo en cuenta el peligro que suponía su propia situación, era mejor que permaneciera donde estaba. Se reunirían más adelante, le dijo. Más tarde, cuando las cosas se hubieran calmado. En aquel momento, a Marten le pareció que ella estaba bien. Tal vez conmocionada, pero bien,

y con la fuerza interior para seguir adelante que siempre había tenido. Y entonces ocurrió todo aquello.

Dios, cómo la había amado. Cómo la seguía amando. Cómo la amaría siempre.

Siguió andando, pensando solamente en eso. Finalmente se dio cuenta de la lluvia y de que estaba prácticamente empapado. Supo que tenía que encontrar el camino hasta su hotel y miró a su alrededor, tratando de situarse. Y entonces lo vio: un edificio iluminado a lo lejos. Una estructura clavada en su memoria desde la infancia, desde la historia, por los periódicos, por la televisión, por el cine, por todo. La Casa Blanca.

En aquel preciso instante la trágica pérdida de Caroline lo atrapó. Y bajo la lluvia y la oscuridad, y sin ninguna vergüenza, se puso a llorar.

Lunes 3 de abril

20.20 h

El cielo seguía encapotado y lloviznaba.

Nicholas Marten estaba sentado tras el volante de un coche de alquiler aparcado al otro lado de la calle del domicilio de la doctora Lorraine Stephenson, en Georgetown. La casa de tres plantas, en aquel barrio frondoso y acomodado, estaba a oscuras. Si había alguien dentro, estaba durmiendo o en una habitación trasera. Marten prefirió no asumir ninguna de las dos opciones. Llevaba allí más de dos horas; si alguien estaba durmiendo se tenía que haber acostado hacia las 18.30. Era posible, por supuesto, pero improbable. Por otro lado, durante aquellas dos horas alguien que hubiera estado en una habitación trasera la habría abandonado por alguna razón u otra: para ir a otra sala, a la cocina o algo parecido; debido a la hora del día y con aquel tiempo desapacible, con toda probabilidad esa persona habría encendido una luz para iluminarse el camino. De modo que el sentido común le decía que la doctora Stephenson todavía no había vuelto a casa. Y por eso esperaba. Seguiría haciéndolo hasta que volviera.

¿Cuántas veces se había sacado aquel día la nota del bolsillo de la cazadora para leerla? A aquellas alturas ya era capaz de recitarla de memoria.

Yo, Caroline Parsons, otorgo a Nicholas Marten, de Manchester, Inglaterra, el pleno acceso a todos mis documentos personales, incluidos los historiales médicos, y a los documentos de mi difunto esposo, el congresista de Estados Unidos Michael Parsons, de California.

La nota —mecanografiada, firmada con una rúbrica temblorosa por Caroline, y luego fechada, atestiguada, sellada y rubricada por un notario— le había sido entregada a Marten aquella misma mañana en su hotel. El día y la fecha de su redacción y la hora del envío resultaban reveladores: lunes, 3 de abril. Caroline lo había llamado a Manchester a última hora del jueves 30 de marzo para pedirle que fuera, y él había partido rumbo a Washington a la mañana siguiente. Su carta había sido redactada y rubricada por el notario el mismo día, el viernes 31 de marzo, pero él no había tenido noticia de ella hasta esa mañana. El viernes todavía estaba lúcida y consciente de que su tiempo se acababa e, insegura de si él llegaría antes de su muerte, llamó a un notario e hizo redactar el texto. Sin embargo, él no supo nada de su existencia y la carta no le fue entregada hasta después de la muerte de Caroline.

—Ésa fue su voluntad, como ya le escribí, señor Marten —le dijo el abogado de Caroline, Richard Tyler, cuando lo llamó para preguntarle. La carta de acompañamiento firmada por Tyler le informaba de que la nota de Caroline era, desde luego, válida. Hasta dónde podía llegar la autoridad que se le otorgaba en caso de ser cuestionada ante un tribunal era algo difícil de decir. Sin embargo, seguía siendo un documento legal y Marten podía utilizarlo como le pareciera—. Solamente usted debe de saber su intención al redactarlo, señor Marten, pero entiendo que era usted un amigo muy íntimo y querido en el que ella confiaba de manera incondicional.

—Sí —le respondió Marten, antes de agradecer a Tyler su ayuda y preguntarle si podría llamarlo más adelante si surgía alguna cuestión legal.

Estaba claro que Caroline no había discutido sus miedos o sospechas con su abogado, lo cual probablemente significaba que no se los había transmitido a nadie más que a Marten. Que el envío de la carta se retrasara hasta después de su muerte le daba la oportunidad de reflexionar y de ver cuán en serio iba Caroline cuando le decía que ella, su marido y su hijo habían sido asesinados. La carta y el momento de su entrega lo eran todo; habían sido pensados con consciencia de que Marten podía no creer totalmente sus alegaciones debido a su estado físico y mental, pero sabiendo también que, en caso de hacerlo, haría todo lo que estuviera en sus manos para descubrir la verdad.

Lo haría por lo que habían significado el uno para el otro durante tantos años, sin tener en cuenta los caminos divergentes que sus vidas habían tomado. Lo haría también por su propia identidad y por su manera de ser. La carta lo ayudaría a convencerse de que ella hizo bien. También ayudaría a abrir algunas puertas que, de lo contrario, podrían haber permanecido cerradas.

20.25 h

En el retrovisor de Marten se reflejaron de pronto unos faros y él se volvió a observar un coche que bajaba por la calle detrás de él. Al acercarse pudo ver que se trataba de un Ford último modelo de color oscuro. El coche aminoró la marcha al acercarse a la casa de Stephenson y luego siguió avanzando hasta doblar la esquina. Por un instante pensó que tal vez era la propia doctora, pero si lo era, cambió de opinión y pasó de largo. Eso le hizo pensar en la posibilidad de que quisiera volver a casa pero temiera hacerlo. Si era así, la razón por la que estaba allí cobraba más fuerza y cuadraba con lo sucedido antes, cuando Marten trató de ponerse en contacto con ella.

Aquella mañana la había llamado un par de veces a su consulta. Ambas veces le explicó a la recepcionista que era un amigo personal de Caroline y que quería hablar

de su enfermedad con la doctora Stephenson. Cada vez le dijeron que la doctora estaba con pacientes y que le devolvería la llamada más tarde. A mediodía todavía no había recibido respuesta.

Después del almuerzo volvió a llamar. La doctora seguía sin estar disponible. Esta vez pidió que le dijeran a la doctora Stephenson que si tenía reticencias a la hora de hablar de la situación de la señora Parsons, no debía preocuparse porque él tenía autoridad legal para consultar su historial médico. Su tono fue totalmente profesional y tenía la intención de contrarrestar cualquier preocupación que la doctora Stephenson pudiera albergar. En realidad, a pesar de la carta de Caroline y de lo que ésta le había dicho, Marten no tenía razones reales para pensar que había existido juego sucio. Caroline estaba terminalmente enferma y bajo una presión enorme, y la vida le habría parecido desesperadamente perdida de todos modos. No obstante, la carta existía y las preguntas estaban ahí, así que, hasta que no estuviera plenamente convencido de que Caroline se equivocaba, seguiría investigando sobre el asunto.

Lo que sorprendió a Marten, lo que de verdad le sobresaltó y le empujó a esperar a oscuras frente a la residencia de la doctora Stephenson, había ocurrido diez minutos antes de las cuatro de la tarde, cuando el teléfono sonó en la habitación de su hotel.

—Soy la doctora Stephenson —dijo, con voz inexpresiva y despojada de cualquier emoción.

—Gracias por devolverme la llamada —respondió Marten sin alterarse—. Era un buen amigo de Caroline Parsons. Usted y yo nos vimos un momento en su habitación del hospital.

—¿En qué puedo ayudarle? —le apremió, esta vez con cierta impaciencia en el tono.

—Me gustaría hablar con usted sobre las circunstancias que han rodeado la muerte de Caroline y sobre la causa de su muerte.

—Lo siento, hay impedimentos que afectan a la privacidad del paciente. No es algo que yo pueda comentar.

—Lo entiendo, doctora, pero me ha sido otorgado el acceso legal a toda su documentación, incluyendo su historial médico.

—Lo lamento, señor Marten —le dijo, cortante—. No puedo hacer nada para ayudarle. Le ruego que no vuelva a llamarme. —Colgó bruscamente el teléfono.

Marten recordaba haberse quedado quieto, con el auricular todavía en la mano. Sin más, le habían cortado y cerrado el paso. Eso significaba que si quería tener acceso al historial médico de Caroline debería emprender todo un proceso legal y entonces, al cabo de meses y tal vez de miles de dólares invertidos en gastos legales, podría obtenerlo o no. Y aun si lo hacía —en especial si Caroline tenía razón y había habido juego sucio—, ¿qué garantías tenía de que el historial que le daban no había sido falsificado?

Por su propia experiencia sabía que los investigadores que aceptan un no como respuesta y se marchan a casa, raramente obtienen solución alguna. En cambio, los

detectives que permanecen en el juego y presionan son los que obtienen las respuestas que buscan. Por eso sabía qué era lo siguiente que debía hacer: enfrentarse a la doctora Stephenson de inmediato y preguntarle a bocajarro si creía que Caroline había sido asesinada.

Ese tipo de aproximación proporciona alguna respuesta concreta con más frecuencia de lo esperado. A veces se obtiene por la manera de responder a la pregunta, por la vacilación o la extraña manera de formular una frase, o por la mirada y el lenguaje corporal del interrogado. A veces por las tres cosas a la vez. Es raro que alguien involucrado en un crimen no se delate de alguna manera u otra. Demostrarlo, obviamente, es otra cosa. Pero ése no era ahora mismo su objetivo, sino simplemente obtener alguna pista de que Caroline tenía razón, de que le habían administrado deliberadamente algún tipo de toxina que la había matado. Y si era así, ver si la doctora Stephenson estaba involucrada personalmente.

5

Lorraine Stephenson le había llamado a las cuatro menos diez. Hacia las 16.20 él ya había recorrido las varias manzanas que separaban su hotel del Hospital Universitario George Washington. A las 16.25 se encontraba en el despacho del personal médico del hospital hablando con la mujer que había detrás del mostrador. De nuevo, la experiencia como detective de homicidios le resultaba muy útil. Los médicos que trabajan en un hospital con regularidad están registrados en el cuadro médico de la institución, y su historial personal queda archivado en el despacho del personal. Como había visitado a Caroline en el Hospital Universitario, Marten supuso que la doctora Stephenson ejercía con regularidad allí y que, consecuentemente, su historial profesional estaría archivado en la oficina de personal médico. Bajo esta suposición, sencillamente le dijo a la mujer del mostrador que le habían recomendado a la doctora Stephenson como médico familiar y que le gustaría obtener un poco de información profesional sobre ella: dónde había cursado sus estudios de medicina, dónde había hecho la residencia, cosas así. Como respuesta, la mujer abrió la carpeta de Stephenson en la pantalla de su ordenador. Mientras lo hacía, Marten miró a su alrededor y vio una caja grande de pañuelos de papel sobre un archivador que había pocos metros detrás de ella. Fingió un estornudo y dijo que había pillado un resfriado con aquel tiempo tan lluvioso, y entonces le pidió si le podía dar un pañuelo. La mujer tardó diez segundos en levantarse y andar de espaldas a él para coger la caja de pañuelos. Marten tardó siete segundos en dar la vuelta al mostrador, mirar la pantalla

del ordenador, avanzar el texto de la pantalla y hacerse con los datos que necesitaba. Al cabo de tres minutos abandonó la oficina con unos cuantos pañuelos y los datos siguientes: la doctora Lorraine Stephenson estaba divorciada, se había graduado en la facultad de Medicina de la Universidad John Hopkins, había hecho su residencia en el hospital Mount Sinai de Nueva York, tenía su consulta profesional en el Georgetown Medical Building y vivía en el número 227 de la calle Dumbarton, en el distrito urbano de Georgetown.

20.27 h

Marten volvió a ver luces por el retrovisor. Un coche se acercó y luego pasó de largo. ¿Dónde estaba la doctora? ¿Habría salido a cenar o a algún tipo de reunión profesional? De pronto recordó el tono y la manera de hablar de Stephenson, y oyó sus palabras cuando ponía fin a la conversación: «Lo lamento, señor Marten —le dijo, cortante—. No puedo hacer nada por ayudarle. Le ruego que no vuelva a llamarme».

Tal vez era peor de lo que había pensado. Tal vez lo que había percibido como una serena actitud distante era en realidad miedo. ¿Y si Caroline había sido realmente asesinada y Stephenson estaba involucrada, o incluso lo había hecho ella misma? Y entonces él la había llamado diciéndole que disponía de un documento legal que le daba acceso al historial médico de la fallecida y que quería hablarle de la enfermedad y de la causa de su muerte. Si Stephenson estaba efectivamente involucrada, ¿le habría devuelto la llamada y lo habría desanimado sencillamente para ganar tiempo y desaparecer? ¿Y si en este preciso instante estaba huyendo de la ciudad?

20.29 h

Otro vehículo bajó la calle detrás de él. Empezó a aminorar la velocidad al acercarse a la casa de Stephenson y Marten se dio cuenta de que se trataba del mismo Ford que había pasado unos minutos antes. Esta vez fue mucho más despacio, como si quien fuera que estuviera en el coche tratara de ver el interior de la casa, de determinar si se había alguna luz encendida, una indicación de que la doctora había vuelto a casa.

Tan pronto como terminó su inspección, el Ford aceleró bruscamente y se marchó. Al hacerlo, Marten pudo ver al conductor. Un escalofrío se le formó en el cuello y le bajó por la columna. Era el mismo hombre que conducía el coche que la noche anterior le adelantó muy lentamente cerca del monumento a Washington.

«¿Qué demonios es esto? —pensó Marten—. ¿Una coincidencia? Tal vez. Pero si no es así, ¿qué es? ¿Y qué quiere de la doctora Stephenson?».

20.32 h

Marten vio un coche que giraba al final de la manzana y que se metía por la calle en dirección a él. Al acercarse se dio cuenta de que era un taxi. Como el vehículo anterior, aflojó la marcha al acercarse a la casa de Stephenson, pero luego se detuvo. Al cabo de un momento se abrió la puerta de atrás y apareció la doctora. Cerró la puerta, el taxi se alejó y ella anduvo hacia a casa. Al mismo tiempo Marten salió de su coche de alquiler.

—Doctora Stephenson —la llamó.

Ella se sobresaltó y se volvió a mirar.

—Soy Nicholas Marten, el amigo de Caroline Parsons —dijo—. Me gustaría hablar con usted un momento.

Stephenson lo miró un instante brevísimo y de pronto se dio la vuelta y se apresuró, andando por la acera, alejándose de la casa.

—¡Doctora Stephenson! —volvió a llamarla Marten, andando detrás de ella.

Cuando sus pies alcanzaron la acera del fondo, la vio volverse a mirarlo. Tenía los ojos abiertos de par en par e impregnados de miedo.

—No quiero hacerle daño —dijo Marten, en voz alta—. Por favor, sólo le pido un momento de su...

Stephenson se volvió y siguió alejándose. Marten la siguió. De pronto ella echó a correr y él hizo lo mismo. La vio pasar por debajo de una farola y luego desaparecer en la oscuridad. Aceleró el ritmo. En unos momentos se encontró bajo la farola y luego a oscuras. No la veía. ¿Dónde demonios se había metido? Siete metros más abajo obtuvo respuesta: estaba allí de pie, y le miraba acercarse. Se detuvo.

—Sólo quiero hablar con usted, por favor, nada más —le dijo, y luego se le acercó un paso más.

—No.

Fue entonces cuando advirtió el pequeño revólver automático que tenía en la mano.

—¿Por qué lleva eso? —Levantó los ojos del revólver y vio que sus ojos lo miraban fijamente. Donde antes había visto miedo, ahora veía fría determinación—. Baje la pistola —ordenó con firmeza—. Deje la pistola en el suelo y apártese de ella.

—Usted quiere mandarme al doctor —dijo ella en voz baja, con la mirada firme—. Pero no lo conseguirá. Ninguno de ustedes lo conseguirá jamás. —Hizo una pausa y él se dio cuenta de que intentaba tomar una decisión. Entonces volvió a decir algo, con palabras deliberadas y enunciadas con claridad—: Nunca. Jamás.

Seguía mirándolo cuando se metió el cañón del revólver en la boca y apretó el gatillo. Hubo una fuerte explosión. El fondo del cráneo le reventó y su cuerpo cayó al suelo como una losa.

—Dios mío —dijo Marten en voz baja, con horror e incredulidad.

Un segundo más tarde recuperó el sentido, se dio la vuelta a oscuras y huyó de aquel lugar. Al cabo de noventa segundos volvía a estar en su coche de alquiler, abandonaba Dumbarton y se metía por la calle Veintinueve. El suicidio de Stephenson era lo último que se esperaba y le había turbado mucho. Había sido claramente fruto del terror y era lo más parecido a una confirmación que se podía obtener de que a Caroline la habían matado. Además, le hacía creer que la otra afirmación de Caroline era también cierta: el accidente aéreo que mató a su marido y a su hijo no había sido tal.

Pero ahora mismo todas estas cosas se desvanecían en un segundo plano. Lo importante era que no lo sorprendieran en la escena del crimen. No pudo hacer nada por Stephenson, y llamar para pedir ayuda le podía haber metido en una situación en la que tendría que identificarse ante la policía.

Habrían querido saber por qué estaba allí; por qué ella se había suicidado delante de él en una acera oscura a varios metros de su domicilio; y por qué su coche de alquiler estaba estacionado al otro lado de la calle, justo delante de la casa.

¿Y si alguien, tal vez un vecino, lo había visto sentado en el coche, interpelando a Stephenson cuando ésta llegaba a casa y siguiéndola cuando se marchó corriendo calle abajo? Las preguntas serían incómodas y fastidiosas. No tenía pruebas de nada de lo que Caroline le había dicho y si decía la verdad, en el mejor de los casos su historia sonaría increíble y la policía husmearía todavía más. Lo último que necesitaba ahora era que empezaran a dudar de su identidad y que lo investigaran. Si lo hacían, era muy probable que abrieran la puerta del pasado, una puerta que podía desatar las fuerzas oscuras del departamento de policía de Los Ángeles que todavía lo acechaba. Hombres que lo odiaban por lo que había ocurrido en aquella ciudad no hacía muchos años y que todavía trataban de seguirle el rastro y de matarle. Eso significaba que debía mantenerse todo lo alejado de esto que le fuera posible, aun estando encima de ello.

En Inglaterra tenía un nombre nuevo y una nueva vida, una vida que se había esforzado mucho por construir y que giraba en torno al diseño y la planificación de bellos jardines. Por mucho sentimiento que le inspirara su retorno a las raíces y a su tierra natal, quedarse aquí y regresar a un mundo de miedo y violencia era lo último que deseaba. Pero no le quedaba elección. A su manera, Caroline le había pedido que descubriera quién era el responsable de su muerte y de las muertes de su marido y de su hijo, y el motivo de las mismas.

Lo haría de todos modos.

La amaba tanto como para hacerlo.

Martes 4 de abril

París, Francia, 9.30 h

El presidente de Estados Unidos, John Henry Harris, caminaba codo a codo con el presidente de la República francés, Jacques Geroux, por los cuidados suelos del Palacio del Elíseo, la residencia oficial del mandatario galo. Ambos sonreían y charlaban amigablemente en ese día luminoso de primavera en la capital francesa. A una discreta distancia los seguían agentes de paisano del Servicio Secreto de Estados Unidos y de la Direction Générale de la Sécurité Extérieure, o DGSE, el Servicio Secreto francés. Destacaba también un selecto contingente de la prensa internacional. La ocasión: una sesión fotográfica concertada después de un desayuno privado celebrado entre Harris y Geroux, pensada para exhibir la cordialidad que reinaba entre Francia y Estados Unidos.

Hoy era el 369º día de mandato del presidente Harris: exactamente un año y cuatro días desde que, como vicepresidente de Estados Unidos, asumiera la presidencia después de la muerte repentina del presidente Charles Singleton Cabot; 153 días desde su reelección como presidente con un resultado extremadamente ajustado; 76 días desde su investidura.

Como presidente, el antiguo vicepresidente y senador por California se comprometió durante su campaña a suavizar la imagen que tenía Estados Unidos de superpotencia belicosa y agresiva, y a transformar el país en un socio de un mercado global cada vez más complejo. Su misión en Europa era entibiar el clima todavía frío que había provocado la decisión casi unilateral de Estados Unidos de invadir Irak, y las largas y sangrientas repercusiones que había tenido la invasión. Su reunión de hoy con el presidente francés era la primera en una semana en que iba a mantener una serie de compromisos cara a cara con los jefes de Estado de la Unión Europea, antes de que se reunieran todos formalmente en una cumbre de la OTAN prevista para ese lunes próximo, 10 de abril, en Varsovia, donde esperaba anunciar una recuperada unidad.

El problema era que, a pesar de todos los signos externos de apertura y de la voluntad de los jefes de Estado de reunirse con él, se tenía la sensación muy real de que aquello no funcionaría. Al menos, no con los dos líderes de importancia vital: el presidente francés Geroux y la canciller alemana, Anna Amalie Bohlen, con quien debía encontrarse aquella misma tarde en Berlín. Qué hacer para remediarlo, especialmente ahora que ya se había reunido a puerta cerrada con Geroux, era otro tema que debía sopesar antes incluso de comentarlo con sus asesores más próximos. Pensar antes de hablar era algo que tenía la costumbre de hacer desde hacía muchos años, y todo el mundo lo sabía. Por eso sabía que lo dejarían a solas en el *Air Force One* cuando hicieran el relativamente breve vuelo hasta Berlín.

No obstante, ahora, mientras sonreía y charlaba con el presidente Geroux de camino a la barrera de micrófonos en la que se dirigirían a un nutrido grupo de periodistas, su mente no estaba muy centrada en el estado de los asuntos internacionales, sino más bien en las muertes recientes del congresista Mike Parsons y de su hijo, y del triste y posterior fallecimiento de la esposa de Mike, Caroline.

John Henry Harris y Parsons habían crecido a una milla de distancia, en la polvorienta ciudad californiana de Salinas. Catorce años mayor que él, primero como niño —llegó incluso a cambiarle los pañales— y luego sencillamente como amigo, John Harris había sido como un hermano mayor adoptivo para Parsons desde que iba al instituto hasta que se marchó a la universidad a la costa este. Años más tarde ejerció de padrino en la boda de Parsons con Caroline, y luego lo apoyó en su carrera por un escaño en el Congreso. A su vez, Parsons y su esposa le habían dado mucho apoyo en sus propias campañas como senador y luego para la presidencia en California, y ambos se habían mostrado absolutamente entregados con él y su esposa, Lori, durante la larga y agotadora batalla con un cáncer cerebral que se la llevó justo una semana antes de la elección presidencial. Esa larga historia personal hacían de Mike y Caroline Parsons, junto a su hijo, Charlie, lo más parecido a una familia que los amigos pueden ser, y sus trágicas muertes a una edad tan temprana y tan seguidas la una de las otras lo habían dejado conmocionado. Asistió al funeral de Mike y Charlie, y habría asistido al de Caroline si no hubiera tenido aquella importantísima gira europea ya programada.

Ahora que tenía algo parecido a mil cámaras disparando mientras él y el presidente Geroux se acercaban a los micros, no lograba quitarse de la cabeza la estampa de cuando entró en la habitación de hospital de Caroline, aquella última noche, para encontrarse con su cuerpo carcomido por la enfermedad que yacía moribundo, todavía bajo las sábanas, y con el joven a su lado que levantaba la vista hacia él.

—Por favor —le había dicho a media voz—, permítanme quedarme un momento a solas con ella. Acaba de... morir.

El recuerdo de aquella escena le llevó a preguntarse quién era aquel hombre. En todo el tiempo que había sido amigo de Mike y Caroline jamás lo había conocido ni visto hasta aquel momento. Sin embargo, estaba claro que era alguien que conocía lo bastante a Caroline como para ser la única persona que la acompañaba en el momento de su muerte, y que estaba lo bastante conmovido como para pedirle al presidente de Estados Unidos unos momentos más de recogimiento con ella.

—Señor presidente —el presidente francés Geroux lo guió hasta los micrófonos—, esto es París en un día glorioso de abril. Tal vez tenga algo que decirle al pueblo francés.

—*Je vous remercie, Mr. le président.* Desde luego, señor presidente, gracias —dijo Harris en francés, con una sonrisa confiada que formaba parte de su expresividad habitual.

Obviamente, estaba todo ensayado, al igual que el breve discurso que dirigiría en francés al pueblo galo sobre la larga tradición de apoyo, amistad y confianza que había entre su nación y Estados Unidos. Sin embargo, mientras se dirigía a la tarima de micrófonos, una parte de él seguía pensando en el joven que se encontraba junto a Caroline cuando murió, y anotó mentalmente que le encargaría a alguien que averiguara su identidad.

7

Washington, DC, 11.15 h

Nicholas Marten andaba lentamente por el estudio con suelo de parquet de la modesta residencia de los Parsons a las afueras de Maryland, con la única intención de echar un vistazo. Se esforzaba por evitar la sensación de vacío que le producía la ausencia de Caroline, por no caer en la tentación de pensar que no había sucedido nada, por no esperar que ella apareciera por la puerta en cualquier momento.

Sus detalles estaban presentes por todos lados, en especial en la abundancia de plantas combinadas con adornos de cerámica de colores cuidadosamente colocados: un zapatito italiano, una bandeja esmaltada de Nuevo México, dos pequeñas jarras holandesas, un soporte de cucharas amarillo y verde procedente de España. El efecto era de una vivacidad muy propia de Caroline. Y a pesar de todo ello, ésta era claramente una estancia de su marido, su despacho de casa. La mesa era un laberinto de libros y papeles. Más libros estaban encajonados por todos lados en dos estanterías grandes, y el resto apilado en el suelo.

Por todos lados había fotografías enmarcadas: de Mike, Caroline y su hijo Charlie, tomadas en varios lugares a lo largo de los años; de la hermana mayor de Caroline, Katy, que vivía en Hawái y cuidaba de su madre, aquejada de Alzheimer, y acababa de estar en Washington para el funeral de Mike y Charlie y que podía que volviera o no para el funeral de Caroline previsto para mañana... no se había puesto en contacto con ella, de modo que no lo sabía. Había también fotos de Mike en su vertiente profesional como congresista: con el presidente, con varios miembros del Congreso, con representantes prominentes del mundo del deporte y del espectáculo. Muchas de estas personas eran progresistas declarados, mientras que Mike Parsons, al igual que el presidente, era marcadamente conservador. Marten sonrió. Mike Parsons caía bien a todo el mundo, fuera cual fuese el lado de la arena política en el cual se situaran, al menos a nivel personal. Al menos, eso era lo que él tenía entendido.

Marten volvió a mirar a su alrededor. Más allá de la mesa de despacho de Mike Parsons, y a través de la puerta abierta del salón, veía a Richard Tyler, el abogado de Caroline y albacea de su legado, andando arriba y abajo mientras hablaba por el teléfono móvil. Tyler era el motivo por el que se encontraba allí. Marten le había llamado a primera hora de la mañana y le pidió si, a la luz de lo que decía la carta autorizada de Caroline que le daba acceso a sus documentos y a los de su marido, podía pasar unas horas en la residencia de los Parsons revisando algunos de sus efectos personales. Tyler lo había consultado con unos cuantos colegas de su bufete y luego aceptó, con la condición de estar él mismo presente cuando lo hicieran. El mismo Tyler se encargó de recoger a Marten en su hotel y de llevarle personalmente hasta la casa.

El trato durante el trayecto en coche por la zona suburbana había sido bastante cordial, pero se produjo algo extraño, o más bien algo de lo que no se habló, algo que Marten dejó intencionadamente en manos de Tyler y que éste no mencionó, de la misma manera que tampoco nadie parecía hablar del tema, porque no salió ni en televisión, ni en los periódicos, ni por Internet: el suicidio de la doctora Stephenson.

A su manera, Lorraine Stephenson había sido famosa. No sólo había sido médico de Caroline, sino también de Mike, y también de muchos legisladores prominentes, hombres y mujeres, durante más de dos décadas. Su suicidio debería haber sido pasto de cualquier noticiario, local, nacional e incluso internacional. Pero no lo fue. Marten no había visto ninguna referencia al mismo en ninguna parte. Uno hubiera pensado que, como albacea del legado de Caroline, Tyler habría sido uno de los primeros de enterarse y que, dadas las circunstancias, en las que Caroline otorgaba a Marten el derecho a consultar su historial médico, lo más lógico era que Tyler se lo comentara. De modo que tal vez no lo supiera. Y tal vez la prensa tampoco. Quizá la policía lo estuviera ocultando. Pero ¿por qué? ¿Orden de la familia? Podía ser. Era una razón tan buena como cualquier otra, pero quizás hubiera algún otro ángulo que la policía investigaba.

Si Stephenson hubiera actuado de otra manera y se hubiera limitado a decirle que lo lamentaba pero que no le podía facilitar el acceso al historial médico de Caroline, a menos que le presentara una orden judicial, entonces Marten podría haberlo dejado perfectamente en manos de Tyler y habría regresado a Inglaterra. Inquieto, quizá, pero se habría marchado, pensando que Caroline había estado enferma y en un estado emocional terrible, y sabiendo que no podía hacer gran cosa a menos que Tyler obtuviera la orden judicial. Pero en vez de actuar de esta manera, Stephenson salió corriendo y luego se suicidó. Sus últimas palabras sobre «el doctor» y sobre «ninguno de ustedes» habían sido pronunciadas con una contundencia gélida y estuvieron seguidas por su horroroso acto final.

¿Qué le había dicho exactamente Stephenson antes de matarse? «Usted quiere mandarme al doctor. Pero no lo conseguirá. Ninguno de ustedes lo conseguirá. Nunca. Jamás». ¿Qué doctor? ¿Quién era aquel ser del que hablaba, al que temía

tanto que prefirió quitarse la vida antes de que le mandaran ante él? ¿Y quién formaba parte del grupo u organización a la que aparentemente pensó que pertenecía Marten? ¿A quién se refería con aquel «ustedes»?

Todo eran enigmas.

Marten retrocedió hasta la mesa del despacho de Parsons y miró las carpetas de trabajo que había apiladas encima. La mayoría eran asuntos legislativos. Un proyecto de ley, una moción, una asignación. Había más carpetas apartadas, etiquetadas CARTAS DE ELECTORES PENDIENTES DE RESPONDER PERSONALMENTE. Otra pila en una mesilla lateral llevaba la etiqueta INFORMES Y MINUTAS DEL COMITÉ. Había muchísimo material; Marten no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Señor Marten —Richard Tyler entró en el despacho.

—Sí.

—Acabo de recibir una llamada de mi oficina. Uno de nuestros socios fundadores ha revisado la nota que Caroline le dio y ha determinado que el bufete y yo mismo nos exponemos a un importante litigio por parte de la familia Parsons si le dejamos seguir aquí sin su aprobación, y, muy posiblemente, la de un tribunal.

—No le comprendo.

—Debe abandonar la casa ahora mismo.

—Señor Tyler —respondió Marten—, esa carta esta firmada ante notario. Caroline me la entregó con la intención de...

—Lo siento, señor Marten.

Marten lo miró durante un largo instante, luego asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Que el mensaje llegara ahora, cuando ya se encontraban sobre el terreno, podía significar dos cosas: o que el socio de Tyler tendía más a proteger el bufete que el propio Tyler, o que alguien se había enterado de la existencia de la autorización de Caroline y quería poner fin a la investigación de Marten. Marten conoció a Katy, la hermana de Caroline, pero de eso hacía muchos años, cuando él era todavía el detective de la policía de Los Ángeles John Barron, y por lo que él sabía, ni Caroline ni Mike le habían contado a Katy lo sucedido desde entonces. Eso significaba que ella no debía de tener ni idea de quién era Nicholas Marten, y tratar de explicarlo, especialmente bajo la mirada de los abogados socios de Richard Tyler, y/o de los tribunales llegado el caso, podía exponer su pasado y precarizar su situación tanto como lo habría hecho un interrogatorio policial sobre la muerte de la doctora Stephenson.

Tyler abrió la puerta principal y Marten miró alrededor de la casa, tratando de recordarlo todo. Era consciente de que probablemente era la última vez que estaba en la casa de Caroline y en presencia de todo lo que ella había dejado atrás. De nuevo, la realidad de su muerte lo golpeó. Era una sensación terrible, hueca y vacía. Nunca habían pasado juntos el tiempo suficiente. Y jamás podrían hacerlo.

—Señor Marten. —Tyler señaló la puerta y lo acompañó hasta ella. Lo siguió muy de cerca, luego cerró la puerta tras él y se marcharon.

8

14.05 h

Victor miraba por la ventana de un despacho de alquiler que hacía esquina, en el edificio del National Postal Museum, justo enfrente de Union Station. Desde donde estaba veía los taxis que llegaban a la estación desde la avenida Massachusetts para dejar o recoger a pasajeros que iban o salían de los trenes Amtrak.

—Victor —una voz tranquila se filtró por su auricular.

—Dime, Richard —dijo Victor con la misma serenidad, hablando al minúsculo micro que llevaba en la solapa de la chaqueta.

—Es la hora.

—Lo sé.

Victor tenía el aspecto de un hombre cualquiera de mediana edad. Cuarenta y siete años, divorciado, se estaba quedando calvo y un poco regordete de cintura, llevaba un traje gris de baratillo y unos zapatos igualmente modestos negros y puntiagudos. Los guantes de cirujano que llevaba eran de color crema y se vendían en cualquier farmacia.

Miró por la ventana otra vez y luego se volvió hacia la mesa de despacho que tenía al lado. Era una mesa metálica normal y corriente, con la encimera desnuda y los cajones, como las estanterías y los archivadores que había al otro lado, vacíos. Sólo la papelera que había debajo contenía alguna cosa, una pieza redonda de cristal de cinco centímetros de diámetro que había cortado de la ventana quince minutos antes, y la pequeña herramienta cortante que había usado para hacerlo.

—Dos minutos, Victor. —La voz de Richard mostraba la misma serenidad.

—Acela Express número R2109. Ha salido de Nueva York a las 11.00, y su llegada a Union Station está prevista a las 13.47. Lleva un retraso de siete minutos —dijo Victor al micrófono y rodeó la mesa hasta donde había un rifle grande semiautomático con mirilla telescópica y amortiguador de sonido montado sobre un trípode.

—El tren ya ha llegado.

—Gracias, Richard.

—¿Recuerdas su aspecto?

—Sí, Richard. Recuerdo la foto.

—Noventa segundos.

Victor cogió el rifle montado en el trípode, lo llevó a la ventana y lo ajustó para que la punta del cañón quedara estabilizada en el centro del círculo que había cortado del cristal.

—Un minuto.

Victor se apartó un mechón de pelo de la frente y luego miró por la mirilla telescópica del rifle. Sus coordenadas se cruzaban en la entrada principal de Union Station, de donde salía apresuradamente un grupo recién llegado de pasajeros. Victor movió la mirilla del arma cuidadosamente por encima de ellos, arriba, abajo, a un lado y al otro como si buscara a alguien en particular.

—Va a salir ahora, Victor. Lo verás en un momento.

—Lo veo ahora, Richard.

El visor del rifle de Victor se estabilizó de pronto para seguir a un hombre de piel oscura. Tenía unos veinticinco años, llevaba una cazadora de los New York Yankees y unos vaqueros y se dirigía a la cola de los taxis.

—El objetivo es tuyo, Victor.

—Gracias, Richard.

La mano derecha de Victor se deslizó hacia delante por el cañón del rifle hasta sentir el seguro del gatillo y luego el propio gatillo. Como una serpiente, su dedo índice enfundado en el guante se enrolló alrededor del mismo. El hombre de la cazadora de los Yankees avanzó hacia un taxi. El dedo índice de Victor retrocedió lentamente. Se oyó un pop sordo con el primer disparo, y luego un segundo *pop* cuando Victor volvió a disparar.

Cuando fue alcanzado por el primer proyectil, el hombre de la cazadora de los Yankees se agarró el cuello. El segundo le hizo estallar el corazón.

—Hecho, Richard.

—Gracias, Victor.

Victor cruzó la habitación, abrió la puerta y salió del despacho de alquiler. Sólo Victor, sin el rifle ni el trípode que lo había aguantado. Ni tampoco el trozo circular de cristal cortado; ni la pequeña herramienta cortante que había utilizado. Anduvo veinte pasos por un pasillo lleno de puertas que daban acceso a otros despachos de alquiler, luego abrió la puerta de las escaleras de incendio y bajó los dos pisos que lo separaban de la calle. Una vez fuera, subió por la puerta trasera a un furgón de color naranja claro en el que ponía District Refrigeration Services, cerró la puerta y se sentó en el suelo mientras el vehículo se adentraba en el tráfico.

—¿Todo bien, Victor? —la voz de Richard le hablaba ahora desde el asiento del conductor.

—Sí, Richard. Todo bien. —Victor notó cómo el furgón giraba a la derecha.

—Victor. —La voz de Richard y su tono eran siempre iguales.

Siempre tranquilo y directo; por ello, transmitía confianza y serenidad.

—Dime, Richard. —A estas alturas, después de casi catorce meses, el estado mental de Victor era casi el mismo.

Confiado, aliviado, dirigido. Cualquier cosa que Richard deseara, Victor estaba encantado de cumplirla.

—Vamos al aeropuerto Dulles International. Delante de ti hay una maleta. Dentro hay un par de mudas de ropa, un neceser con artículos de higiene personal, tu pasaporte, una tarjeta de crédito a tu nombre, 1200 euros en efectivo y una reserva para el vuelo 039 de Air France a París, donde llegarás mañana a las 6.30 de la mañana, y desde donde tomarás otro vuelo que te llevará a Berlín. Una vez allí deberás registrarte en el hotel Boulevard de la Kurfurstendamm y esperar instrucciones. ¿Tienes alguna pregunta, Victor?

—No, Richard.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

—Bien, Victor. Muy bien.

9

15.40 h

Nicholas Marten no era bebedor, al menos no del tipo que se sienta en el bar de un hotel a media tarde a tomar whisky. Sin embargo ahora, hoy, esta tarde, todavía devastado emocionalmente por la muerte de Caroline, sencillamente le apeteció hacerlo. Estaba sentado a solas al fondo de la barra, tomándose su tercera copa de Walker Red con soda y tratando de superar la atroz sensación que lo había inundado cuando el abogado de ella lo hizo salir de la casa y cerró la puerta detrás de ellos.

Marten tomó otro trago de su copa y echó un vistazo a su alrededor con la mirada ausente. A media barra vio a la camarera de la blusa corta charlando con un hombre de mediana edad con un traje arrugado, ahora mismo su único otro cliente. La media docena de mesas y taburetes de piel al otro lado de la sala estaban vacíos. Por el televisor de detrás de la barra emitían las noticias en directo desde Union Station, donde habían matado a un hombre con un arma de fuego apenas una hora antes. El hombre «había sido asesinado», decía el periodista de la unidad móvil, acribillado a balazos por un pistolero desde la ventana de un edificio de enfrente. Pero las

autoridades todavía no habían revelado casi nada sobre la víctima, aparte de que se creía que era un pasajero del tren Acela que acababa de llegar de Nueva York. Tampoco había ninguna especulación sobre el motivo del crimen. Otros detalles empezaban tan sólo a filtrarse, y uno de ellos apuntaba que el arma del crimen podía haber sido abandonada en el lugar desde donde se efectuó el disparo. Aquella situación le hizo a Marten volver a pensar en la doctora Stephenson y preguntarse de nuevo por qué todavía no se había hecho público su suicidio; también si era posible que su cuerpo siguiera aún abandonado en la acera y, por alguna razón improbable, no hubiera sido descubierto. Eso parecía poco creíble. Las otras únicas explicaciones eran las que había pensado antes: que a su familia todavía no se le hubiera notificado el deceso, o tal vez que la policía estuviera trabajando en algo que no deseaba hacer público.

—¿Nicholas Marten?

Una voz masculina irrumpió de pronto detrás de él. Sorprendido, Marten se volvió. Un hombre y una mujer estaban en mitad del bar y avanzaban hacia él. Aparentaban cuarenta y pico años, tenían un aspecto urbano y fatigado e iban embutidos en sendos trajes oscuros. No había duda de qué eran: detectives.

—Sí —dijo Marten.

—Mi nombre es Herbert, del departamento de Policía Metropolitana. —Le mostró su identificación y luego la guardó—. Esta es la detective Monroe.

Herbert era de complexión mediana, un poco barrigudo y con el pelo gris entremezclado con castaño natural. Sus ojos eran casi del mismo tono. La detective Monroe era quizás uno o dos años más joven. Alta, de mandíbula cuadrada, llevaba el pelo rubio, corto y con mechas. Era guapa, pero demasiado dura y de aspecto cansado como para resultar atractiva.

—Nos gustaría hablar con usted —dijo Herbert.

—¿Sobre qué?

—¿Conoce usted a la doctora Lorraine Stephenson?

—En cierta manera. ¿Por?

Eso era lo que Marten se había temido, que alguien lo hubiera visto frente a la casa, o siguiéndola por la calle cuando ella salió corriendo; quizás hasta hubieran escuchado el disparo y le hubieran visto marcharse y hubieran apuntado el número de placa del coche de alquiler mientras se marchaba.

—Ayer la llamó usted varias veces a la consulta —dijo Monroe.

—Sí. —¿Llamadas? «¿Qué es esto?», se preguntaba Marten. ¿Era un suicidio y estaban revisando su registro de llamadas? Bueno, tal vez. Ella conocía a mucha gente importante. Todo el asunto podía ser más enrevesado de lo que él pensaba y quizá no tuviera nada que ver con Caroline.

—Fueron llamadas insistentes —dijo Monroe.

—¿Qué quería de ella? —lo presionó Herbert.

—Quería hablar con ella sobre la muerte de una de sus pacientes.

—¿A quién se refiere?

—A Caroline Parsons.

Herbert hizo una media sonrisa.

—Señor Marten, nos gustaría que nos acompañara a la comisaría para charlar un rato.

—¿Por qué? —Marten no comprendía. De momento no le habían dicho nada sobre el suicidio. Nada que hiciera sospechar que sabían que había estado cerca de su residencia.

—Señor Marten —dijo Monroe sin un ápice de emoción—, la doctora Stephenson ha sido asesinada.

—¿Asesinada? —dijo Marten con genuina sorpresa.

—Sí.

10

Comisaría de policía metropolitana. Distrito de Columbia, 16.10 h

—¿Dónde estaba usted entre las ocho y las nueve de la noche de ayer? —le preguntó la detective Monroe a media voz.

—En mi coche de alquiler, dando vueltas por la ciudad —dijo Marten convencido, tratando de no darles nada. De alguna manera, era cierto. Además, no tenía ninguna otra coartada.

—¿Le acompañaba alguien?

—No.

Herbert se inclinó hacia delante sobre la mesa de trabajo de la pequeña sala de interrogatorios en la que se sentaban frente a frente. La detective Monroe retrocedió y se apoyó en la puerta por la que habían entrado; la única puerta de la sala.

—¿Por dónde de la ciudad?

—Por ahí. No sé por dónde, exactamente. No conozco bien la ciudad, vivo en Inglaterra. Caroline Parsons era una buena amiga. Su muerte me ha afectado mucho. Sencillamente necesitaba estar en movimiento.

—Así que... ¿estuvo dando vueltas?

—Sí.

—¿Hasta la casa de la doctora Stephenson?

—No sé adónde fui. Ya se lo he dicho, no conozco bien la ciudad.

—Pero no tuvo problemas para regresar a su hotel. —Herbert seguía trabajando con él mientras Monroe permanecía callada, observando sus reacciones.

—No, al final lo encontré.

—¿Sobre qué hora?

—Nueve, nueve y media. No estoy seguro.

—Usted culpó a la doctora Stephenson de la muerte de Caroline Parsons, ¿no es cierto?

—No.

Marten no lo entendía. ¿Qué estaban haciendo? Ningún policía de homicidios confundiría un suicidio con un asesinato, al menos no de la manera en que Lorraine Stephenson lo había hecho. De modo que, ¿qué era lo que realmente perseguían? ¿Y por qué? ¿Era posible que ellos trabajaran también con la hipótesis de que Caroline había sido asesinada? En ese caso, ¿podía ser Stephenson sospechosa del crimen? Si lo era, tal vez fuera la policía la que vigilaba la casa de la doctora. Tal vez hasta lo hubieran visto sentado en su coche y luego siguiéndola cuando salió del taxi y cuando echó a correr calle abajo. Si éste era el caso, tal vez pensarán que estaba involucrado en la muerte de Caroline.

Y si lo pensaban no podría ir a ninguna parte durante un tiempo, y enseñarles la autorización autenticada de Caroline que le daba acceso a los asuntos privados de ella y de su esposo podría hasta resultar contraproducente. Podría hacerles pensar que él la había coaccionado para que la escribiera, aunque ni siquiera se encontrara en el país cuando lo hizo. Que la había coaccionado porque tenía algún plan en la cabeza para después de su muerte, algo en sus propiedades o algún asunto político en el que su marido hubiera estado implicado.

Sabía perfectamente que si la policía tenía alguna razón para creer que estaba involucrado en la muerte de Caroline o en la de la doctora Stephenson, lo acusarían de complicidad y lo detendrían. En ese proceso le tomarían las huellas digitales y éstas serían mandadas al banco de datos local, el AFIS, un sistema automatizado de identificación de huellas, y luego al banco de datos del FBI, el IAFIS, el sistema integrado de identificación de huellas. Al mismo tiempo hablarían con la Interpol. Si lo hacían, descubrirían que era un antiguo oficial de policía porque sus huellas seguirían registradas y lo identificarían con su nombre real, John Barron. Entonces, a los miembros de la policía de Los Ángeles que todavía lo buscaban no les llevaría mucho tiempo encontrarlo. Seguía siendo «una persona de interés vital» en una página web llamada *copperchatter.com* —un espacio para chatear entre policías de todo el mundo, en jerga policial, con humor policial y con el afán de venganza típico de los polis— y su nombre era colgado cada domingo por la noche por alguien que usaba el *nick Gunslinger*, Pistolero, pero que él sabía que era Gene VerMeer, un veterano detective de homicidios de la policía de Los Ángeles que le odiaba por lo que había sucedido varios años antes y que había creado la página web con la única

finalidad de encontrarlo. Encontrarlo y luego mantenerlo vigilado de cerca hasta que *Gunslinger* VerMeer o alguno de sus compinches aparecieran para encargarse de él de una vez por todas.

—¿De qué conocía usted a Caroline Parsons?

Ahora le tocaba el turno a la detective Monroe, que se había desplazado desde su lugar junto a la puerta para apoyarse en lo que parecía ser un espejo grande montado en la pared del fondo de la sala. No era un espejo, sino un cristal de una sola dirección con una sala de observación oculta detrás. Marten no podía saber quién, o cuántos, estaban tras de él observándolos.

—La conocí hace muchos años en Los Ángeles —dijo Marten tranquilamente, tratando de ser tan conciso como podía—. Nos hicimos amigos y conservamos la amistad. Conocía también a su marido.

—¿Se la follaba muy a menudo?

Marten se mordió la lengua. Sabía que estaban intentando atraparlo de cualquier manera. Que viniera de una mujer no suponía ninguna diferencia.

—¿Cuántas veces? —inquirió.

—No teníamos relaciones sexuales.

—¿No? —Monroe hizo una media sonrisa.

—No.

—¿De qué quería usted hablar con la doctora Stephenson? —Herbert retomó el interrogatorio.

—Ya se lo he dicho, de la muerte de Caroline Parsons.

—¿Por qué? ¿Qué esperaba que le pudiera decir?

—La señora Parsons enfermó gravemente muy rápido y nadie parecía saber exactamente de qué. Su marido y su hijo acababan de morir en un accidente aéreo y ella estaba hecha una piltrafa emocional. Me llamó a Inglaterra y me pidió que viniera. Murió poco después de mi llegada.

—¿Por qué le pidió que viniera?

Marten miró a Herbert.

—Ya se lo he dicho, éramos muy buenos amigos. ¿No tiene usted a nadie que pudiera llamarle en una circunstancia como ésa? ¿Alguien con quien le gustaría compartir sus últimas horas?

Marten no estaba haciéndose el duro, tan sólo quería que vieran que estaba enfadado. No sólo por las preguntas y por la manera en que se las formulaban, sino también para que vieran y se hicieran una idea de la profundidad de su relación con Caroline, que había sido y seguía siendo algo genuino.

—Y puesto que la doctora Stephenson era su médico de cabecera —dijo Monroe, avanzando hacia él—, quería saber por ella lo que había ocurrido.

—Sí.

—Así que la llamó una y otra vez pero no pudo llegar a hablar con ella. Y eso le puso furioso. ¿Hasta qué punto?

—Finalmente me devolvió la llamada.

—¿Y qué le contó?

—Que las respuestas que yo quería obtener eran información privilegiada entre médico y paciente.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y entre las ocho y las nueve de la noche de ayer usted estaba dando vueltas en coche por la ciudad, sin más?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Dónde?

—Ya se lo he dicho, no lo sé.

—¿Le vio alguien?

—Tampoco lo sé.

—¿La mató usted? —le espetó Monroe de pronto.

—No.

Herbert siguió presionándolo:

—Usted es americano, pero vive y trabaja en Inglaterra.

—Me gradué en la ciudad de Manchester en arquitectura de paisajes. Me gustó el sitio y decidí quedarme. Trabajo para una pequeña empresa, Fitzsimmons & Justice, donde diseño jardines y otros proyectos paisajísticos. Tengo pasaporte británico y me considero expatriado.

Herbert se levantó de la mesa. Al hacerlo, Marten lo vio intercambiar una mirada fugaz con Monroe. Lo que este gesto le reveló era sorprendente. No lo habían venido a buscar porque pensaran que Caroline había sido asesinada, ni porque pensaran que él o la doctora Stephenson hubieran estado involucrados en su asesinato, ni porque lo hubieran visto seguir a la doctora Stephenson momentos antes de que se matara. No, lo habían elegido sencillamente por las llamadas que le había hecho. Eso significaba que estaban seguros de que la habían matado. Pero eso era imposible, porque él estaba exactamente delante de ella cuando se pegó el tiro. Entonces, ¿por qué creían lo que creían?

La única explicación posible era que alguien hubiera tenido acceso a su cuerpo poco después de marcharse él y hubiera hecho algo para simular el asesinato. Tal vez se llevaran su pistola de la escena y luego le dispararan a la cara con un arma de calibre mucho mayor, destruyendo así las pruebas del suicidio y haciéndolo parecer un asesinato. Eso daba a los investigadores y al forense pocos motivos para sospechar cualquier otra cosa. Pero ¿por qué? A menos que el motivo del suicidio de una mujer de su relevancia hubiera podido ser mucho más investigado que su asesinato.

Marten miró a los detectives. Quería preguntarles por los detalles sobre el estado del cuerpo de la doctora Stephenson cuando lo encontraron, pero no osaba hacerlo.

No parecía que tuviesen demasiado claro lo ocurrido. Por tanto, no tenían nada con que retenerle, y mostrar curiosidad no haría más que animar su interés, hacer que se preguntaran por qué quería saber, y provocar que volvieran a interrogarlo. De modo que lo mejor era salir mientras todavía pudiera.

—Creo que ya he respondido a todas sus preguntas —dijo, respetuosamente—. Si no les importa, me gustaría marcharme.

Herbert lo observó durante un largo rato, como si buscara algo que se había perdido. Marten contuvo el aliento, temiendo que en ese momento le pidiera una muestra de sus huellas digitales, tan sólo para comprobar que no lo buscaban en alguna parte.

—¿Cuánto tiempo tiene previsto quedarse en Washington, señor Marten? —le dijo, en cambio.

—El funeral de Caroline Parsons es mañana. Después de eso, no lo sé.

De manera abrupta, Herbert le entregó su tarjeta:

—Consúltelo conmigo antes de ir a cualquier parte fuera de la ciudad. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —Marten trató de esconder su alivio.

Por ahora, al menos, lo dejaban marchar.

Monroe se dirigió a la puerta y la abrió.

—Gracias por su colaboración, señor Marten. A su izquierda y bajando las escaleras.

—Gracias —dijo Marten—. Lamento no haberles sido de más ayuda.

Se marchó sin hacer ruido. Hacia la izquierda y escaleras abajo.

Miércoles 5 de abril

Berlín, Alemania. 10.45 h

Las puertas robustas y pesadas de la limusina presidencial se cerraron de golpe, el agente del Servicio Secreto que estaba al volante puso la primera marcha y el coche que transportaba al presidente de Estados Unidos, John Henry Harris, se alejó lentamente de la Cancillería Federal de Alemania, dejando atrás a la canciller Anna Bohlen y a un nutrido grupo de representantes de los medios de comunicación.

El presidente Harris y Anna Bohlen se habían reunido la noche anterior, posteriormente asistieron a una actuación de la Orquesta Sinfónica de Berlín y luego, aquella mañana, acompañados de un puñado de asesores, celebraron un largo y cordial desayuno en el que se estuvo hablando de temas internacionales y de la prolongada alianza germano-americana. A continuación se presentaron ante la prensa, se estrecharon las manos y luego el presidente se marchó; en una sucesión de acontecimientos casi exacta a la que había tenido lugar en el Palacio del Elíseo en París veinticuatro horas antes. En ambas situaciones el presidente tenía la esperanza de estar empezando a suavizar una situación todavía volátil, debida al rechazo previo de ambos países a prestar su apoyo en la ONU ante la invasión de Irak, y las preocupaciones que todavía se mantenían.

Pero a pesar de toda la aparente buena voluntad y cordialidad durante ambas visitas, se había logrado poco o nada y el presidente estaba claramente molesto. Jake Lowe, su corpulento amigo de toda la vida, de cincuenta y siete años de edad, jefe de sus asesores políticos y que ahora se sentaba a su lado, iba leyendo el texto de la BlackBerry que tenía en la palma de la mano, consciente de la situación.

—Ninguno de nosotros puede permitirse este maldito distanciamiento transatlántico —dijo Harris de pronto—. En público se muestran de acuerdo, pero en realidad no piensan acercarse ni un centímetro a nuestra posición. Ninguno de ellos.

—Es un camino difícil, señor presidente —respondió Lowe con voz serena. El presidente podía ser un tipo introspectivo, pero cualquiera que lo conociera tan bien como Jake Lowe sabía que había veces en las que tenía ganas de hablar las cosas, normalmente cuando sus cavilaciones lo habían llevado a un callejón sin salida—. Y no estoy seguro de que tenga un final capaz de contentar a todo el mundo.

—Te lo he dicho antes y te lo volveré a decir ahora: es una crueldad de la historia que el mundo se vea más de una vez en manos de líderes que resultan ser la persona equivocada en el momento inadecuado y el lugar erróneo. Lo único capaz de corregir eso es un cambio de régimen.

—Pero estos regímenes no están dispuestos a cambiar. Y no podemos permitirnos el lujo de esperar al siguiente. Necesitamos a todos de nuestro lado y de inmediato si

queremos arreglar ese desastre de Oriente Próximo. Tú lo sabes y yo lo sé. El mundo lo sabe.

—Excepto los franceses y los alemanes.

El presidente Harris se reclinó en su asiento, tratando de relajarse. Pero no lo conseguía. Se sentía furioso y contrariado y cuando estaba así y hablaba, se le notaba mucho.

—Ese par de perros, hijos de puta inquebrantables, están dispuestos a ceder pero sólo hasta cierto punto, y cuando llegamos a éste se repliegan y nos dejan colgados, y encima aplauden encantados. Tiene que haber una manera de doblegarlos, Jake, pero la maldita realidad es que no tengo ni la más remota idea de lo que hay que hacer. Y después de hoy y ayer, ni siquiera sé cómo enfocarlo.

De pronto, el presidente Harris se volvió para mirar por la ventana mientras su comitiva avanzaba por el Tiergarten, el espectacular parque urbano de Berlín, de cinco kilómetros de largo, y luego continuaba por la ruta que los llevaría hasta la Kurfurstendamm, la avenida principal del exclusivo barrio comercial de Berlín.

La caravana en sí era enorme, encabezada por treinta policías alemanes motorizados que precedían a dos enormes berlinas negras del Servicio Secreto, que viajaban delante de las tres limusinas presidenciales idénticas, lo cual impedía que cualquiera pudiera saber en cuál de ellas viajaba el presidente. Inmediatamente detrás iban ocho berlinas más de los Servicios Secretos, una ambulancia y dos furgones más, uno con el grupo de periodistas y el otro con el personal de viaje del presidente. La retaguardia estaba cubierta con una treintena más de motos de la policía alemana.

Desde que habían salido de la Cancillería, todas las calles y avenidas estaban llenas de gente, como si la mitad de Berlín hubiera salido para intentar ver a este presidente. Algunos aplaudían y hacían ondear pequeñas banderas americanas; otros lo abucheaban o silbaban, mostrando sus puños y gritando consignas rabiosas. Algunos llevaban pancartas en las que se leía: EE. UU. FUERA DE ORIENTE PRÓXIMO; *HERR PRÄSIDENT, GEHEN NACH HAUSE*; *HARRIS GO HOME!*; «No más Sangre por Petróleo». Otra pancarta decía, sencillamente: «John, Hablemos». Otra gente se limitaba a estar y observar mientras la impresionante comitiva que llevaba al líder de la solitaria superpotencia mundial pasaba frente a ellos.

—Me pregunto qué pasaría por mi mente si fuera un alemán de ahí fuera que nos observara pasar —dijo Harris, mirando a la muchedumbre—. ¿Qué querría de Estados Unidos? ¿Qué pensaría de sus intenciones?

Se volvió a mirar a Lowe, uno de sus mejores amigos y su asesor político más próximo, al que conocía desde hacía muchos años, desde que inició su carrera hacia el Senado por California.

—¿Tú qué pensarías, Jake? ¿Qué pensarías si fueras uno de ellos?

—Probablemente... —La respuesta de Lowe fue interrumpida de pronto cuando su BlackBerry le advirtió que tenía un mensaje de voz de Tom Curran, el jefe de personal del presidente, que les esperaba a bordo del *Air Force One* en el aeropuerto

de Tegel—. Sí, Tom —dijo a su sempiterno auricular—. ¿Qué? ¿Cuándo...? Mira qué más puedes averiguar, estaremos ahí en veinte minutos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el presidente.

—La médico personal de Caroline Parsons, Lorraine Stephenson, fue asesinada anoche. La policía había retenido la noticia para proteger la investigación.

—¿Asesinada?

—Sí, señor.

—Dios mío. —Los ojos del presidente se apartaron y miró hacia otro lado—. Mike, su hijo, luego Caroline, ¿y ahora su doctora? —Volvió a mirar a Jake Lowe—. Todos muertos, así, de pronto, y en un período de tiempo tan corto. ¿Qué está pasando?

—Es una trágica coincidencia, señor presidente.

—¿Tú crees?

—¿Qué más puede ser?

12

Berlín. Hotel Boulevard, Kurfurstendamm, 12. 11.05 h

—Victor.

—Sí, Richard, te oigo.

—¿Estás frente a la ventana?

—Sí, Richard.

—¿Qué ves?

—La calle. Mucha gente apiñada en las aceras. Una iglesia grande al otro lado, frente a mí. La iglesia Kaiser Wilhelm Memorial. Al menos, así es como la ha llamado el botones cuando me ha acompañado a la habitación. ¿Por qué, Richard?

—Quería asegurarme de que en el hotel no te han dado una habitación distinta, eso es todo.

—No, no lo han hecho. La habitación es exactamente la que pedimos. He seguido tus instrucciones al dedillo. —Victor ya no llevaba el traje gris de Nueva York, sino unos pantalones marrón claro y un jersey tipo cárdigan azul marino que le quedaba un poco grande.

Todavía parecía un hombre cualquiera, pero su aspecto era ahora más académico. Un profesor de mediana edad, tal vez, o un maestro de instituto. Alguien normal y corriente que no destacaría para nada en medio de una muchedumbre.

—Sabía que lo harías, Victor. Ahora escúchame atentamente. La comitiva presidencial acaba de entrar en la Kurfurstendamm. En... —Richard hizo una pausa brevísima, luego prosiguió— cuarenta segundos aparecerá en tu campo visual y pasará frente a tu ventana. El presidente viaja en la tercera limusina. Se sienta en tu lado del coche, en la ventana trasera siguiente a la ventanilla de la izquierda. No lo podrás ver a través del cristal ahumado, pero está allí igualmente. Quiero que me digas lo que tarda en pasar la limusina y si tendrías tiempo de disparar un tiro limpio a esa ventana desde donde estás.

—Una limusina presidencial lleva cristales antibalas.

—Lo sé, Victor. No te preocupes por eso. Lo único que quiero que me digas es cuánto tarda la limusina en pasar y si tendrías tiempo de disparar un tiro limpio desde este ángulo.

—De acuerdo.

El presidente Harris miró distraídamente por la ventana de la limusina a la gente que se agolpaba por el recorrido de su comitiva, con la mente centrada en su secretario de Defensa, Terrence Langdon, que se encontraba en el sur de Francia para asistir a una reunión de ministros de Defensa de la OTAN. Langdon iba básicamente a transmitir el mensaje que el secretario de Estado, David Chaplin, había comunicado un día antes a sus veinticinco homólogos de la OTAN durante un almuerzo de trabajo en Bruselas: que Estados Unidos anunciaba una nueva disposición para trabajar más de cerca con sus aliados de la OTAN, algo que la antigua administración, bajo el mando del presidente Charles Cabot, se había negado siempre a hacer.

En un discurso al Congreso antes de marcharse de Washington, Harris había prometido que no haría este importante viaje de encuentro con varios líderes europeos para volver con las manos vacías, y a pesar de las decepciones de París y Berlín, seguía con la misma intención. Ahora quería concentrarse en el próximo destino de su viaje: Roma y la cena de esa noche con el presidente italiano Mario Campi, un hombre cuyo puesto sabía que era en buena parte representativo, pero cuyo trabajo era unificar las posturas entre los políticos italianos, lo cual le convertía en un aliado importante desde el punto de vista estratégico.

Harris consideraba Italia como un Estado amigo, y tanto al presidente como al primer ministro, Aldo Visconti, como hombres en los que podía confiar, pero también sabía que Campi estaría al tanto de que las reuniones en París y Berlín no habían dado los frutos que Harris esperaba. Era un fracaso que añadiría un elemento de incomodidad a su reunión, porque Italia era una parte importante de la Unión Europea, y la meta a largo plazo de ésta era convertirse en unos Estados Unidos de Europa. Eso era algo a tener en cuenta, fuera cual fuese el comportamiento público de sus miembros individuales.

Así que, cómo se presentaría ante Campi, qué le diría y cómo tenían que ser ahora los asuntos primordiales en su cabeza. Pero no lo eran. Ya fuera por el *jet lag*, por sus decepciones de ayer y de hoy, o por sus propias emociones personales, lo que ahora le ocupaba la mente era la trágica muerte de la familia Parsons y, tan poco tiempo después, el asesinato de la médico de Caroline, Lorraine Stephenson. De pronto se volvió hacia Jake Lowe.

—Del tipo que estaba en la habitación de Caroline Parsons cuando murió, ¿qué hemos averiguado?

Harris podía ver la muchedumbre alineada en las aceras delante de la iglesia en memoria del kaiser Guillermo.

—No lo sé, no era prioritario. —Lowe marcó algún código en su BlackBerry y luego esperó que le apareciera la información en forma de texto.

El presidente miró a su izquierda y vio que estaban pasando por el gentío de delante del hotel Boulevard.

—Se llama Nicholas Marten —leyó Lowe en la pantallita—. Es un ciudadano americano expatriado que vive en Manchester, Inglaterra, y que trabaja allí en una pequeña empresa de diseño de paisajes, Fitzsimmons & Justice. —Lowe se detuvo y leyó algo en silencio, luego miró al presidente—. Por algún motivo, la señora Parsons firmó una carta ante notario que le daba acceso privado a sus asuntos personales y los de su marido.

—¿De los dos?

—Sí.

—¿Por qué?

—No tengo respuesta.

—Trata de averiguarlo. Todo este asunto es cada vez más inquietante.

Victor se volvió desde su posición en la ventana de la habitación del hotel.

—¿Richard?

—Sí, Victor.

—La comitiva ya ha pasado. Ha tardado siete segundos. He visto la ventanilla de la limusina con claridad. Podría haber hecho un disparo limpio durante tres segundos, tal vez cuatro.

—¿Estás seguro?

—Sí, Richard.

—¿Lo bastante para un tiro fatal?

—Con la munición adecuada, sí.

—Gracias, Victor.

Washington D. C., 7.10 h

Nicholas Marten encendió el televisor y puso una cadena local de noticias tan pronto como se levantó de la cama, casi treinta minutos antes de lo previsto, con la esperanza de oír algo sobre el «asesinato» de la doctora Stephenson. Hasta ahora no habían dicho nada. El hecho de que la policía siguiera reteniendo la noticia le provocaba más curiosidad que nunca, y le sorprendía que algún periodista agresivo todavía no la hubiera descubierto y no la hubiera filtrado.

Dejó el volumen alto, tomó una ducha rápida y se dispuso a afeitarse. Entre las noticias varias, el tráfico y la meteorología, se enteró de que el hombre abatido por el francotirador de Union Station el día antes era un ciudadano colombiano que estaba legalmente en el país como jugador de béisbol de los Trenton Thunder, un equipo de una liguilla menor filial de los New York Yankees. Una fuente sin identificar reveló que los investigadores habían encontrado el arma del crimen en una oficina de alquiler del National Postal Museum, justo enfrente de la estación. Se trataba supuestamente de un M14, un rifle estándar de entrenamiento de las fuerzas armadas norteamericanas, de los que fabrican a cientos distintos fabricantes de armas.

Parecía un asesinato más bien raro —el de un jugador de la liga menor de béisbol— pero no mucho más, y Marten siguió afeitándose, con la mente centrada en encontrar la manera de acceder y examinar el historial médico de Caroline.

Por ningún motivo en concreto, pensó en lo que ella le había dicho en el hospital cuando le tomó la mano, lo miró a los ojos y le dijo, con tono vacilante:

—Han asesinado... a mi marido y... a mi... hijo... y ahora me han... matado a mí.

—¿De quién estás hablando? —le preguntó—. ¿Quiénes?

—Los *ca...* los... *ca...* —dijo ella.

Pero fue lo máximo que fue capaz de expresar y, con las fuerzas ya agotadas, se quedó dormida. Ésas fueron las últimas palabras que pronunció antes de despertarse por última vez y decirle que lo amaba, para luego... morir.

Marten sintió que la emoción empezaba a embargarlo y se tomó un momento para serenarse antes de terminar de afeitarse. Luego entró en la habitación para vestirse, decidido a salir de aquel profundo dolor y a ponerse a solucionar los problemas reales.

—Los *ca...* —dijo, en voz alta—. ¿Qué *ca*? ¿Qué estaba intentando decirme?

Al instante pensó en el rato breve que había pasado en casa de Caroline antes de que el abogado le pidiera que se marchara. ¿Qué vio allí? ¿Qué pudo haber visto, aunque fuera apenas por unos instantes, que pudiera darle la respuesta a lo que ella trataba de decirle? Además del pequeño paseo por la casa, y aparte de poder apreciar

los toques hogareños de ella, el único lugar donde había estado en el que había algo concreto era el despacho de su marido. ¿Qué había visto en el poco tiempo que estuvo allí? Fotos de la familia Parsons, de Mike Parsons con personajes famosos. Aparte estaban las pilas de carpetas de trabajo que cubrían casi toda la mesa del congresista, y unas cuantas más que estaban en una mesita auxiliar. Éstas, recordaba, estaban claramente marcadas con rotulador: «Informes Y Minutas del Comité». Simplemente. Nada más.

Contrariado, Marten se puso los pantalones y luego se sentó en el extremo de la cama para ponerse los zapatos. Mientras lo hacía se le ocurrió una posibilidad y se incorporó de golpe:

—Informes y minutas del comité —dijo, en voz alta—. *Committee*. ¿Cómo empezaría alguien a decir la palabra comité, pronunciada en un inglés coloquial? No *com-mittee*, sino *cam-mittee*.

¿Era posible que Caroline hubiera querido decir que alguien en un comité del que era miembro Parsons era el responsable de sus muertes? Pero ella no había usado la palabra «alguien», sino que había usado la forma plural. Así, si esto era lo correcto y ella hablaba de un comité, ¿se refería a varios de sus miembros o al grupo entero? Pero ¿cómo era posible que un comité entero del Congreso estuviera involucrado en los complicados asesinatos de tres personas, por no hablar de los otros inocentes que iban a bordo del chárter de los Parsons? La hipótesis era muy atrevida, pero de momento era la única que tenía.

Su reloj marcaba un poco más de las 7.30 de la mañana. A las 14.00 debía asistir al funeral de Caroline en la Iglesia Presbiteriana Nacional. Eso le daba un margen de poco más de seis horas para tratar de indagar sobre el pasado reciente de Mike Parsons en el Congreso y tal vez dar con algún tipo de respuesta, o al menos el principio de alguna.

Marten abrió su agenda electrónica, la encendió y entró en el buscador Google. Escribió «Representante Michael Parsons» en el recuadro de *Búsqueda* y luego clicó en *Enter*.

En la pantalla se le apareció la página web de Parsons del Congreso. Marten suspiró aliviado: al menos Parsons seguía en la base de datos del gobierno. Arriba de todo decía: «Congresista Michael Parsons, representante del Distrito 17 de California. Condados de Monterrey, San Benito y Santa Cruz».

La ubicación de las oficinas de Parsons en Washington y California venía más abajo, seguida de un lugar en los que encontrar los comités de los que había formado parte. Marten clicó en éste y le apareció la lista.

Comité de Agricultura
Comité de Pequeñas Empresas

Comité de Presupuestos
Comité de Gastos
Comité de Seguridad Nacional
Comité de Reformas del Gobierno
Comité permanente sobre Inteligencia de la Cámara de Representantes.

Dentro de éstos había un número de subcomités en los que Parsons había participado. Uno de ellos llamó la atención de Marten, el subcomité del que era miembro en el momento de su muerte:

Subcomité de Inteligencia y Contra Terrorismo.

Mike y su hijo habían muerto el viernes, 10 de marzo. La última reunión programada del subcomité fue el martes, 7 de marzo. Su tema de discusión era «Progresos en la consolidación de las listas de alerta terroristas» y tuvo lugar en el edificio de oficinas Rayburn House. Había una lista de sus miembros. Curiosamente, y al contrario de otras reuniones, de ésta no se daba más información, como la lista de testigos que debían aparecer ante el comité. Estaba sencillamente en blanco.

Marten probó con diferentes páginas web gubernamentales y tampoco obtuvo más información que la que aparecía en la página de Parsons. Estaba seguro de que había una explicación y se echó la culpa por su incapacidad de entender y de navegar por los entresijos de la web del gobierno. Aun así, la proximidad de la fecha de la muerte de Parsons y el hecho de que pareciera no haber información disponible sobre la reunión lo inquietaban. Quería averiguar más cosas, pero no sabía cómo.

Richard Tyler, el abogado de Caroline, podía haberlo ayudado si alguien de su bufete no se hubiera inmiscuido para cerrar el acceso de Marten a la información personal de los Parsons. Eso significaba que por ahí no obtendría ninguna ayuda, y si lo intentaba, su esfuerzo sería considerado sospechoso, o todavía peor; especialmente si ese «alguien» prefería que la investigación quedase totalmente silenciada. Si presionaba, era muy probable que se jugara el físico por la amenaza de alguien desconocido, o que se acabara encontrando con otra visita de la policía. Y ninguna de las dos opciones le convenía en absoluto.

También estaba el factor tiempo. Fitzsimmons & Justice, la empresa para la que trabajaba en Inglaterra, había tenido la delicadeza de concederle unos días de permiso para que pudiera viajar a Estados Unidos y ocuparse de la situación de Caroline, pero al mismo tiempo, él se encontraba personalmente involucrado en el diseño de un gran proyecto paisajístico llamado The Banfield Job, encargado por Ronald Banfield, un jugador estrella del Manchester United, en su propiedad al noroeste de la ciudad. El proyecto ya avanzaba con retraso y tenía que estar terminado a finales de mayo para que el trabajo real —el encargo de materiales, la nivelación del terreno, la instalación de sistemas de riego y, finalmente, la plantación— pudiera iniciarse. Eso significaba

que, fuera lo que fuese que tuviera que hacer aquí en Washington, tendría que plantearlo y resolverlo rápidamente.

Marten se levantó, pensando que si iba al Capitolio, tal vez, en sus archivos, pudiera empezar a encontrar algunas respuestas. Se dirigía al teléfono para llamar a recepción y pedir indicaciones cuando vio un ejemplar del *Washington Post* en la mesita de noche y se acordó de que varios años antes, su buen amigo Dan Ford había trabajado en la oficina de Washington del *Los Ángeles Times*, antes de que lo trasladaran a París y luego fuera asesinado por el infame Raymond Oliver Thorne. Mientras estaba en Washington, Ford trabó amistad con unos cuantos periodistas de otros medios. Había uno al que llegó a conocer bastante bien pero del cual Marten no recordaba el nombre. Lo que sí recordaba era que colaboraba en la sección de política del *Washington Post*. Ignoraba si seguía trabajando allí, pero pensó que si miraba los nombres de los periodistas en el periódico tal vez lo reconocería.

No tardó mucho en encontrarlo. El nombre estaba allí mismo, en la primera página, firmando una noticia sobre la gira europea del presidente Harris: «El duro camino del presidente por Europa». El autor era Peter Fadden.

14

—Peter Fadden. —La voz al otro lado de la línea sonaba dura y áspera como el cuero.

Marten había esperado encontrar una voz más joven, pero Fadden sonaba como si tuviera setenta años o más, aunque con la energía de alguien capaz de superar a un treintañero en cualquier riña de callejón, o de retarlo a caerse el último tomando tragos en cualquier bar. También sonaba como si llevara Washington en la sangre y fuera así desde los tiempos de Eisenhower, o incluso antes.

—Me llamo Nicholas Marten, señor Fadden. Era un buen amigo de Dan Ford. Era también amigo íntimo de Caroline Parsons y su marido. Me gustaría hablar con usted en persona, si es posible.

—¿Cuándo? —le respondió Fadden.

Ningún «por qué», sólo un brusco «cuándo».

—Lo antes posible. Hoy, ahora, esta mañana. Esta tarde asistiré al funeral de Caroline. Después del mismo también me iría bien. Le invito a una copa, o a cenar, si le apetece.

Ahora vino lo esperado:

—¿Por qué?

—Estoy intentando averiguar en qué trabajo del Congreso estaba metido Mike Parsons en el momento de su muerte.

—Búsquelo. Es información pública.

—En parte es pública, en parte no. Necesito ayuda para obtener cierta información.

—Pues contrate a un profesor de Bachillerato.

—Señor Fadden, aquí podría haber una noticia importante para usted. No estoy seguro. Se lo explicaré cuando estemos a solas. Se lo ruego.

Hubo un largo silencio y Marten temió que Fadden quisiera quitárselo de encima. Luego la voz áspera le soltó:

—Me ha dicho que era amigo de Dan Ford.

—Sí.

—¿Un buen amigo?

—Su mejor amigo. Estaba en su apartamento en París cuando le mataron.

Se hizo un nuevo silencio y luego Fadden dijo, sencillamente:

—Está bien.

15

Air Force One, sobrevolando el sur de Alemania, 14.15 h

La entrevista televisada con la corresponsal jefe de la CNN en Europa, Gabriella Roche, llevaba mucho tiempo planificada y el presidente Harris pasó con ella los primeros treinta minutos de su vuelo de Berlín a Roma. El vuelo había sufrido un retraso de treinta y siete minutos debido a lo que los controladores aéreos berlineses llamaban tráfico excesivo en el aeropuerto de Tegel de Berlín, pero Jake Lowe le había dicho discretamente al presidente Harris que en realidad se trataba de un capricho de la canciller alemana, Anna Bohlen, que tenía ganas de «romperte las pelotas un poco más. Hacerte saber cuáles son sus verdaderos sentimientos».

—Ya los conozco, sus malditos sentimientos, Jake, pero la necesitamos —dijo Harris—. Así que, no veo qué más podemos hacer, aparte de ignorarlo.

—Señor presidente —respondió Lowe rápidamente—. ¿Y si la necesitamos ahora mismo?

—¿Qué quieres decir, con «ahora mismo»?

Lowe empezó a contestar pero entonces, su siempre consciente de los horarios jefe de personal, Tom Curran, los interrumpió, diciéndole que era la hora de la

entrevista con Gabriella Roche, de la CNN.

Media hora más tarde había acabado la entrevista. Harris bromeó un poco con Roche y con su equipo de cámaras y luego les dio las gracias y entró directamente en su suite ejecutiva, donde le esperaba Jake Lowe. Con él, en mangas de camisa, estaba el enorme doctor James Marshall, de casi dos metros de altura, asesor de seguridad nacional, que había volado de Washington a Berlín y se había incorporado a la comitiva cuando abordaban el avión.

Harris cerró la puerta y luego se quitó la chaqueta y miró a Lowe:

—¿Qué quieres decir con «si necesitamos a la canciller Bohlen ahora mismo»? —le dijo, como si su breve conversación acabara de tener lugar y no hubiera habido una entrevista televisada por en medio.

—Dejaré que te lo cuente el doctor Marshall.

Marshall se sentó delante del presidente.

—Estamos en uno de los momentos más preocupantes de nuestra historia, tal vez más preocupante que el punto álgido de la guerra fría. Cada vez me preocupa más nuestra capacidad de reaccionar rápidamente y con decisión ante una emergencia grave.

—No estoy seguro de comprenderte —dijo Harris.

—Supongamos que ocurre algo durante las próximas horas y que tenemos que tomar medidas inmediatas y significativas en alguna parte del mundo: necesitaríamos los votos franceses y alemanes apoyándonos en la ONU; actualmente, y usted lo sabe por experiencia propia, es muy improbable que los obtuviéramos.

»Juguemos a las posibilidades, señor presidente. Por un instante, olvídense de la actual política que reina en Oriente Próximo. Olvídense de Irak, de Israel, de Palestina, del Líbano, incluso de Irán. Ésta es una posibilidad más sencilla y profunda: supongamos que Al-Qaeda u otro grupo ferviente de yihadistas, y los hay a cientos, atacara Arabia Saudí esta medianoche. Con la fuerza fanática suficiente, al amanecer se podrían haber cargado a la familia real saudí al completo. El gobierno se hundiría y el movimiento fundamentalista explotaría por toda la región. Los moderados caerían y, o bien serían aniquilados o bien se unirían a ese fanatismo religioso, que se extendería como un reguero de pólvora. En pocas horas, Arabia caería, luego Kuwait, luego Irak e Irán, luego Siria y probablemente Jordania. En menos de treinta y seis horas Al-Qaeda lo controlaría todo y se acabaría el suministro de petróleo a Occidente, así de fácil. Y ¿entonces qué?

—¿Qué quiere decir, «y entonces qué»? —El presidente miraba directamente a su asesor—. ¿Es esto un juego de posibilidades, o dispones de información de Inteligencia y estamos hablando de algo real? No me vengas con chorradas, Jim. Si es real, quiero saberlo. Y ahora mismo.

Marshall miró a Jake Lowe y luego otra vez al presidente.

—Lo que es, señor presidente, es una perspectiva auténtica que proviene de varias fuentes colectivas y debe ser tenida muy seriamente en consideración. Si sucediera,

nos resultaría casi imposible reaccionar con rapidez o lo bastante globalmente como para detenerlo. Una respuesta nuclear inmediata podría ser nuestra única salida, una respuesta que no tendríamos tiempo de debatir en el Consejo de Seguridad. Necesitaríamos a todos sus miembros en la misma sintonía y en danza en cuestión de horas. Eso significa que tenemos que saber de antemano que todas las naciones miembros nos respaldan al cien por cien. Y como bien sabemos, puede que Alemania no esté en el Consejo de Seguridad, pero por su influencia, podría muy bien estarlo.

—Lo que Jim quiere decir, señor presidente —añadió Lowe tranquilamente— es que debemos contar con una disposición que garantice el apoyo instantáneo, continuado e incuestionable de la ONU a Estados Unidos. Y, como he dicho antes, tal y como están ahora las cosas, no lo tenemos.

El presidente Harris miró a uno y otro hombre. Ambos eran miembros de su círculo privado desde hacía muchos años, buenos amigos y asesores de confianza, hombres a los que conocía desde hacía mucho tiempo, y ahora le estaban intentando hacer comprender la importancia y relevancia de sus recientes reuniones con los líderes de Francia y Alemania. Además, no sólo necesitarían a alemanes y franceses, sino también a rusos y chinos. Todos sabían que si tenían a Francia y a Alemania detrás, en especial si el asunto tenía que ver con Oriente Próximo, los rusos también los apoyarían, así como los chinos.

—Compañeros —dijo, en el estilo próximo que utilizaba con los amigos—, la escena que me pintáis puede que sea precisa, y que Dios nos asista si lo es. Pero tengo serias dudas de que los franceses y los alemanes no hayan considerado ya alguna versión de la misma y no hayan planificado algún tipo de reacción. De la misma manera, os puedo garantizar que renunciar a su postura sobre una situación así, sin una seria inteligencia detrás, y darnos un cheque en blanco de la noche a la mañana para que hagamos lo que queramos no es su estilo en absoluto.

—Eso no tiene que ser así necesariamente. —El doctor Marshall se inclinó un poco hacia delante y juntó las manos sobre su regazo.

—No te sigo.

—Supongamos que los líderes de estos dos países estuvieran dispuestos a darnos un cheque en blanco.

El presidente levantó las cejas:

—¿Qué demonios significa esto?

—No le va a gustar.

—Inténtalo.

—La retirada física de su puesto del presidente de Francia y de la canciller de Alemania.

—¿Retirada física?

—El asesinato, señor presidente, de los dos. Para ser sustituidos por líderes en los que podamos confiar, ahora y en el futuro.

Harris vaciló y luego, lentamente, sonrió. Era una broma, lo sabía.

—¿Qué pretendéis hacer, chicos? ¿Entrar en los juegos de rol? ¿Imaginar una situación alarmante, localizar a los camorristas que no están dispuestos a colaborar, apretar el botón de «asesinar» y luego insertar a quienquiera que se considere más adecuado y escribir un final de creación propia?

—No es ningún juego, presidente. —Marshall miraba al presidente fijamente—. No puedo hablar más en serio. Quitar de en medio a Geroux y a Bohlen y asegurarnos de que ciertas personas a las que queremos ver en el poder sean elegidas en su lugar.

—Así de fácil —el presidente estaba atónito.

—Sí, señor.

El presidente miró a Jake Lowe.

—Sospecho que tú estás de acuerdo.

—Sí, señor presidente, lo estoy.

Por unos instantes, Harris se quedó helado y en silencio mientras asimilaba el peso de lo que acababa de escuchar. De pronto estalló con rabia:

—Os voy a decir una cosa: nada de esto va a ocurrir bajo mi mandato. Primero, porque bajo ninguna circunstancia participaré en ningún asesinato. Segundo, porque el asesinato político está prohibido por ley, y yo he jurado respetar la ley.

»Es más, aunque os salierais con la vuestra y los asesinatos se llevaran a cabo, ¿qué esperaríais ganar? ¿Exactamente a quién querríais ver en el poder y cómo os aseguraríais de que son elegidos? Y, aunque lo fueran, ¿qué os hace pensar que podemos confiar en que ellos harían lo que nosotros quisiéramos, cuando quisiéramos y durante todo el tiempo que lo necesitáramos?

—Esta gente existe, señor presidente —dijo Lowe serenamente.

—Se puede hacer, señor —añadió Marshall—, y con bastante rapidez. Le sorprendería.

Los ojos de Harris se pasearon furiosamente de un hombre al otro.

—Caballeros, dejadme que os lo vuelva a decir: no habrá asesinatos políticos por parte de Estados Unidos de América, no mientras yo sea presidente. Y si volvéis a hablar del tema, ya podéis desempaquetar los palos de golf y apuntaros a un campeonato porque dejareis de formar parte de esta administración.

Durante un larguísimo instante, ni Marshall ni Lowe apartaron los ojos del presidente. Finalmente, Marshall habló, y lo hizo en un tono impregnado de condescendencia:

—Creo que comprendemos su postura, señor presidente.

—Estupendo —dijo Harris, manteniéndoles la mirada y sin darles tregua—. Y ahora —dijo, bruscamente—, si no os importa, hay algunos temas que me gustaría revisar a solas antes de aterrizar en Roma.

Restaurante Mr. Henry's, Avenida Pennsylvania, 11.50 h

Marten y Peter Fadden ocupaban una mesa al fondo de un *saloon* de madera oscura con ambiente retro de Capitol Hill, que empezaba justo a llenarse de parroquianos ruidosos que acudían a almorzar y en cuyo piso superior, décadas antes, Roberta Flack susurró por primera vez las notas de su *Killing Me Softly*.

—Su amigo Dan Ford era un reportero como la copa de un pino, un tipo muy especial, y... —Peter Fadden se abalanzaba encima de la mesa cuando hablaba. Era un gesto, estudiado o no, que subrayaba su presencia— tenía un futuro brillantísimo. ¿Matarle como le mataron? Fue una equivocación enorme, nadie debería morir así. Todavía le echo de menos.

Fadden, fornido y con el pelo gris, una barba cortita y la tez rubicunda, se acercaba más a la cincuentena que a la setentena, y parecía todavía más joven. Periodista de firma con el porte endurecido de los viejos tiempos, vestía unos pantalones marrones, una camisa andrajosa y una chaqueta desgastada de espiguilla. Tenía los ojos azul brillante y una mirada penetrante al observar a Marten, que dio un sorbo a su café y luego un mordisco a su bocadillo de atún.

—Yo también, cada día —dijo Marten, con sinceridad.

Habían transcurrido casi cinco años desde el asesinato de Ford en una zona rural francesa, y hasta ahora Marten tenía la sensación de que la muerte de Dan había sido de alguna manera culpa suya. Había también otra lectura, en especial ahora, porque, como con Caroline, habían sido amigos desde la infancia y todos aquellos recuerdos, toda su historia, hacía de su muerte algo mucho más doloroso.

Fue Dan Ford, el periodista profesional con su interminable red de contactos, quien hizo posible que John Barron se convirtiera en Nicholas Marten, dándole así la oportunidad de iniciar una nueva vida en el norte de Inglaterra, una vida lejos de *Gunslinger*, el funesto detective de Los Ángeles Gene VerMeer, y sus igualmente vengativos socios que seguían en el cuerpo de policía.

—Ha dicho que tiene una noticia, ¿de qué se trata? —Se había acabado la sensiblería.

Peter Fadden tomó un sorbo de café.

—He dicho que podía tener una noticia —dijo Marten, y luego bajó la voz—. Tiene que ver con Caroline Parsons.

—¿Qué hay de ella?

—Lo que yo le diga aquí tiene que ser *off the record*.

—*Off the record* no es ninguna noticia, y punto —le soltó Fadden—. O tiene algo o no lo tiene; de lo contrario, los dos estamos perdiendo el tiempo.

—Señor Fadden, en estos momentos todavía no sé si hay o no una historia que contar. Busco ayuda en un asunto que es para mí muy personal. Pero si resulta ser verdad, es una bomba, y en ese caso es toda suya.

—¡Oh, por Dios! —Fadden se apoyó en la silla—. ¿Y ahora me quiere vender también una moto?

—Quiero un poco de ayuda, nada más. —Marten levantó la vista para mirar a Fadden y se quedó allí.

Fadden lo meditó y luego soltó un suspiro:

—Está bien, *off the record*. ¿De qué diablos se trata?

—Caroline Parsons creía que su marido y su hijo habían sido asesinados. Que el accidente de avión no fue ningún accidente.

—Ahora volvemos a la moto. Marten, en esta ciudad hay una maldita teoría de la conspiración en cada esquina. Si esto es lo único que tiene, olvídeme.

—¿Cambiaría algo la cosa si le dijera que ella me lo contó en su lecho de muerte? ¿O que estaba convencida de que la infección de estafilococos que la mató en tan poco tiempo le había sido inoculada deliberadamente?

—¿Cómo? —Fadden empezó de pronto a mostrar interés.

—Me di cuenta de que acababa de perder a su marido y a su único hijo y de que ella misma se estaba muriendo. Era posible que estuviera todo en su cabeza, las elucubraciones de una viuda histérica y aterrorizada. Y tal vez lo fueran, pero le prometí que haría todo lo que pudiera por descubrirlo y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Por qué? ¿Qué relación tenía con ella?

—Digamos simplemente que, en algún momento de nuestras vidas, nos —Marten hizo una pausa y luego prosiguió— quisimos mucho, y dejémoslo aquí.

Fadden lo escrutó:

—¿Le dio algo real? ¿Alguna especificación? ¿Motivos por los que lo creía?

—¿Quiere decir pruebas definitivas? No. Pero ella tenía que ir en el mismo avión que su marido y su hijo. Ella me dijo, o trató de decirme, que «ellos» habían sido los responsables del accidente. Cuando le pregunté quiénes eran «ellos», me contestó «los ca», pero eso es lo único que pudo balbucear. No fue capaz de acabar la palabra y ya nunca más lo haría. Al pensarlo bien y relacionarlo con la muerte de su marido, lo único que tenía sentido era que tal vez estuviera tratando de decir «el comité».

»La última reunión de comité a la que asistió Mike Parsons antes de morir fue el Subcomité de Inteligencia y Contra Terrorismo de la Cámara de Representantes. Tuvo lugar el martes, 7 de marzo, en el edificio de oficinas Rayburn House. Su tema de discusión era “Progresos en la consolidación de las listas de alerta terroristas”. La peculiaridad de esta reunión es que no existe ninguna lista de los testigos que tenían que aparecer ante el comité. El hecho es que yo no sé muy bien cómo funcionan estas cosas, pero al buscar en los Archivos del Congreso los otros comités del mismo período de dos semanas, no he encontrado ni uno solo en el que no figurara al menos un testigo presentado. Y éste es el motivo por el cual necesito su ayuda, no sólo para

que me ayude a repasar el álgebra de bachillerato, sino porque es usted un buen conocedor de las entrañas de Washington en quien Dan Ford confiaba. Usted sabe cómo funcionan estos comités, aunque no escriba sobre ellos. Y bueno, yo quiero saber lo que ocurría en el comité de Parsons. De qué trataba. Por qué no había testigos. Qué pudo haber ocurrido en él que convirtiera las sospechas de Caroline en realidad.

—Usted persigue esto de forma emocional, ¿lo sabe?

Marten lo miró.

—Usted no estaba. Usted no pudo oír el miedo en su voz, ni verlo en sus ojos. En todo su ser.

—¿En algún momento se le ha ocurrido que puede estar dando palos de ciego?

—No le pido su opinión, sino su ayuda.

Fadden cogió su taza de café, la sostuvo un momento y luego se la acabó de un trago.

—Vayamos a dar una vuelta.

17

Marten y Peter Fadden salieron del *Mr. Henry's* bajo un cielo parcialmente cubierto. Cruzaron Seward Square y se pusieron a andar por la avenida Pennsylvania en dirección al Capitolio.

—Caroline Parsons creía que su infección de estafilococos le había sido inoculada de manera deliberada —dijo Fadden.

—Sí.

—¿Dijo quién lo había hecho?

—Seguimos *off the record* —dijo Marten, precavido.

—Si quiere mi ayuda, conteste a la maldita pregunta.

—Su médico.

—¿Lorraine Stephenson? —Fadden se quedó claramente asombrado.

—Sí.

—Está muerta.

Marten medio sonrió. De modo que, al menos, alguien más lo sabía.

—Fue asesinada.

—¿Cómo coño lo sabe? Esta información no ha sido hecha pública.

—Porque la policía me lo dijo. Yo llamé a Stephenson varias veces para preguntarle sobre la muerte de Caroline. Ella se negó a hablar. La policía indagó en

sus llamadas y me encontró. Pensaron que tal vez estuviera lo bastante furioso con ella como para hacerle algo así.

—¿Y lo estaba?

—Sí, pero yo no la maté. —De pronto Marten encontró una brecha.

Si Fadden sabía que Lorraine Stephenson había sido asesinada, podía ser que supiera también algo de lo que la policía había descubierto, de por qué estaban tan convencidos de que había sido un asesinato, y del motivo por el cual mantenían el suceso en secreto.

—Fadden, la policía habló conmigo ayer. Su asesinato todavía no ha sido hecho público. ¿Por qué?

—Deseo expreso de la familia.

—¿Qué más?

—¿Qué le hace pensar que hay algo más?

—Era una mujer conocida en la ciudad. Había sido médico de varios miembros del Congreso durante mucho tiempo. Además, era la médico personal de Caroline Parsons. El entierro de Caroline es esta tarde. Tal vez alguien tema que se puedan encontrar coincidencias y empiece a indagar un poco más.

—¿Quién podría ser?

—Ni idea.

—Mire, Marten, a mi entender es usted la única persona que cree que Caroline Parsons ha sido asesinada. Nadie más ha llegado ni a insinuarlo.

—Pues entonces, ¿cómo se explica que el asesinato de una conocida médico haya sido llevado tan en secreto?

—Marten —se dejaron adelantar por varias personas, y Fadden aguardó a que estuvieran lejos—, Lorraine Stephenson fue decapitada. Han tardado un tiempo identificar el cuerpo. La cabeza no estaba; todavía no la ha encontrado nadie y la policía quiere tener tiempo para poder indagar con discreción.

¿Decapitada? Marten se quedó atónito. Así que éste era el motivo por el cual no había habido ninguna publicidad. Significaba también que alguien había llegado momentos después de que él se marchara, vio lo que había pasado y decidió cambiar el aspecto de todo el suceso. Y lo habían hecho con rapidez y eficacia. Eso le hizo volver a pensar lo mismo de antes: que el suicidio de una mujer de la importancia de la doctora Stephenson sería mucho más analizado que su simple asesinato. La decapitación anulaba, lógicamente, cualquier sospecha de suicidio, pero para él, que era la única persona que conocía la verdad de lo sucedido, levantaba el espectro de la conspiración. Que alguien quisiera tapar un crimen con otro le hacía volver a marchas forzadas a indagar en el asunto del comité de Mike Parsons.

—Fadden, volvamos a Mike Parsons; a su subcomité de inteligencia y contraterrorismo. ¿En qué se centraba? ¿Por qué la ausencia de testigos formales?

—Porque se trataba de una investigación clasificada.

—¿Clasificada?

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Un programa sudafricano ultrasecreto de armas biológicas y químicas de la era del *apartheid* que se creía desmantelado desde hacía mucho tiempo. La CIA había proporcionado al comité una lista de programas armamentísticos encubiertos que gobiernos anteriores habían estado desarrollando, con el fin de que, en el futuro, en el caso de una ofensiva, no se cometieran los mismos errores acerca de la existencia de armas de destrucción masiva que se cometieron antes de la guerra de Irak. El programa sudafricano era uno de ellos. El comité quería asegurarse de que estaba tan muerto como el gobierno decía.

—¿Y lo estaba?

—Según mis fuentes, sí. Tuvieron a los principales químicos y biólogos que lo elaboraron sentados en el banquillo durante tres días, y finalmente llegaron a la conclusión de que el programa había sido abandonado, como oficialmente declararon hace años.

—Y eso, ¿qué significa?

—Pues que todas las armas, cadenas de patógenos, documentos y cualquier otro artículo pertinente han sido destruidos. Que ya no queda nada de él.

—¿Cómo se llamaba ese hombre, el científico que lo dirigía?

—Merriman Foxx. ¿Por qué? ¿Caroline Parsons dijo algo de él?

—No.

Marten miró a otro lado y luego anduvieron en silencio, con la cúpula del Capitolio alzándose frente a ellos y el tráfico a motor y peatonal cada vez más intenso a su alrededor. La actividad diaria en la sede del gobierno federal aumentaba de manera exponencial a medida que la hora del almuerzo acababa. Al cabo de un momento Marten pensó rápidamente en dos cosas.

La primera era lo que Stephenson le había dicho en los segundos gélidos y oscuros de Dumbarton Street, antes de quitarse la vida, al parecer porque le había tomado por uno de los conspiradores. «Usted quiere enviarme al doctor. Pero no lo hará. Ninguno de ustedes lo hará. Nunca. Jamás».

La segunda era lo que Caroline había balbuceado en sueños: «No me gusta el hombre del pelo blanco», dijo, despotricando temerosa de un hombre de pelo cano que había venido a la clínica adonde la llevaron después de su crisis nerviosa, después del funeral de su marido y su hijo y de la subsecuente inyección administrada por la doctora Stephenson.

—Ese científico, Merriman Foxx —dijo Marten, de pronto—, ¿es también doctor, un médico?

—Sí, ¿por qué?

Marten respiró hondo y luego preguntó:

—¿Y tiene el pelo blanco?

—¿Qué tiene que ver eso con todo lo demás?

—¿Tiene o no tiene el pelo blanco? —insistió Marten con énfasis.

Fadden levantó las cejas:

—Sí. Y mucho. Tiene sesenta años y una cabellera como la de Albert Einstein.

—Dios mío —suspiró Marten. La idea se le ocurrió de inmediato—. ¿Sigue aquí? ¿Sigue en Washington? —preguntó, ansioso.

—Por el amor de Dios, no lo sé.

—¿Puede usted averiguar cuándo llegó a Washington? ¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—¿Por qué?

Marten se detuvo y tomó a Fadden de un brazo:

—¿Puede averiguar dónde está ahora y la fecha en la que llegó a Washington?

—¿Qué pinta él en esta historia?

—No estoy seguro, pero quiero hablar con él. ¿Puede usted conseguirme esta información?

—Sí, puedo, y cuando vaya a verle me lleva con usted.

A Marten le brillaron los ojos. Finalmente, tal vez hubiera encontrado una pista.

—Usted encuéntrelo y yo le llevaré conmigo. Se lo prometo.

18

Roma, 19.00 h

La comitiva presidencial tomó la Via Quirinale al caer el sol. El presidente Harris vio el enorme edificio iluminado del Palazzo del Quirinale, la residencia oficial del presidente de Italia, donde pasaría la velada en compañía del mandatario Mario Campi.

A pesar de sus fracasos y frustraciones con los líderes de Francia y Alemania, Harris mantenía sus propuestas. Como un viajante comercial de gira por las principales capitales europeas, repartía buena voluntad, apelaba a una nueva era de unidad transatlántica y se reunía con los líderes de esos países en su propia tierra, cuyos árboles, jardines y barrios eran tan queridos por ellos como lo eran para él las mismas cosas en América.

En la limusina presidencial le acompañaban el Secretario de Estado, David Chaplin, y el Secretario de Defensa, Terrence Langdon, que le estaban esperando en el aeropuerto militar de Champino, a las afueras de Roma, cuando el *Air Force One* aterrizó. Estos dos hombres eran una demostración de fuerza y de confianza: uno para

demostrar que Estados Unidos cortejaba abiertamente una relación con toda la comunidad europea; el otro para dejar claro que el presidente no venía con el lirio en la mano, que tenía un punto de vista definido, en especial en lo relativo a terrorismo, Oriente Próximo y los países que desarrollaban armas de destrucción masiva en secreto, pero también sobre otros temas apremiantes: el comercio, la protección del material intelectual, la sanidad mundial y el calentamiento global. En todos esos asuntos, Harris se mostraba realista pero también política y económicamente conservador, al menos tan conservador como el hombre al que había sucedido en la presidencia, el difunto Charles Cabot.

Con todo este movimiento político «de avance» tan necesario, no se había olvidado del incidente que había tenido lugar a bordo del *Air Force One* en el vuelo desde Berlín. Todavía sentía la paralizante frialdad de la propuesta del doctor James Marshall de asesinar al presidente de Francia y a la canciller alemana, «para sustituirlos con líderes en los que podamos confiar, ahora y en el futuro», seguida de la descarnada declaración de Jake Lowe: «Esta gente existe, señor presidente». Y otra vez Marshall: «Se puede hacer, señor, y con bastante rapidez. Le sorprendería».

Confiaba en esos dos hombres desde hacía muchos años. Ambos habían resultado clave en su elección. Y sin embargo, en el contexto de lo sucedido, casi le parecía que eran gente que no había visto nunca, extraños con su propia agenda siniestra que lo apremiaban a participar en su plan. Que lo hubiera rechazado con contundencia era una cosa, pero que se lo hubieran propuesto lo inquietaba profundamente, y también la manera en que habían concluido la reunión: con los dos mirándolo casi con desdén. Las últimas palabras de Marshall todavía le retumbaban en los oídos: la afirmación «creo que comprendemos su postura, señor presidente» le sugería que, a pesar de su rechazo frontal, en sus mentes la iniciativa distaba mucho de estar descartada. Eso lo asustaba. No tenía otras palabras. Pensó que debía comentarlo con David Chaplin y Terrence Langdon de camino a Roma, pero ambos secretarios le estuvieron informando sobre las reuniones de las que venían, y sacar un tema tan monstruoso y abracadabrante en aquel momento no le pareció apropiado, de modo que decidió posponerlo.

—Ya hemos llegado, señor presidente. —Era la voz de Hap Daniels, el agente especial encargado del Servicio Secreto que viajaba con él, que le hablaba por la radio desde donde iba como guardia armado, en el asiento delantero de la limusina. Unos segundos más tarde la comitiva se detuvo frente al Palazzo del Quirinale. Una banda militar de gala tocó el himno nacional de Estados Unidos, y en medio de una oleada de hombres armados de uniforme y de paisano, Harris percibió la figura sonriente y resplandeciente de Mario Campi, el presidente italiano, bajando de una alfombra roja y acercándose a darle la bienvenida por entre aquel mar de pompa y seguridad.

Iglesia Presbiteriana Nacional, Washington, DC. Servicio funerario en memoria de Caroline Parsons, 14.35 h

Nicholas Marten estaba sentado cerca del último banco de la catedral y escuchaba la voz aterciopelada y profunda y las palabras delicadas del distinguido pastor afroamericano que dirigía el servicio, el capellán del Congreso Rufus Beck. Beck era pastor de la iglesia de Caroline y fue quien llamó a la doctora Stephenson cuando Caroline sufrió la crisis nerviosa, después del funeral de su esposo e hijo. Un hombre al que Marten conoció brevemente en su habitación de hospital.

Emocionalmente, Marten había hecho todo lo posible por distanciarse de la celebración y del sello oficial que el propio servicio llevaba y que transmitía el terrible reconocimiento de que Caroline estaba efectivamente muerta.

Con ese fin, se creó su propia distracción, que esperaba que de algún modo le sería útil. Se trataba de escrutar continuamente a los dolientes que llenaban la iglesia con la esperanza de que el hombre del pelo blanco, el doctor Merriman Foxx, no hubiera abandonado todavía Washington y hubiera venido a disfrutar de algún tipo de placer perverso con el resultado de su obra. Pero, si estaba, y si era realmente como Peter Fadden lo había descrito, de sesenta años y con el pelo como Einstein, de momento Marten no lo había visto.

A los que sí vio —y había varios cientos de personas— fue a varios políticos a los que reconoció por la prensa escrita o la televisión, y muchos otros a los que no reconoció pero que tenían que ser amigos, o al menos socios, de Caroline y de su familia. Tan sólo el tamaño de la recepción le daba ya la medida real de lo ricas y expansivas que habían sido aquí sus vidas.

A un nivel más personal vio a la hermana de Caroline, Katy, y a su marido, que fueron escoltados rápidamente a los primeros bancos de la iglesia nada más llegar, de nuevo, y en tan poco tiempo, en un vuelo insoportablemente trágico de Hawái a Washington.

Marten no tenía manera de saber si Caroline había compartido alguno de sus miedos con su hermana. O si Katy sabía que Caroline le había pedido que viniera a Washington para que pasara con ella las últimas horas de su vida. Habría sido muy propio de Caroline haber respetado la responsabilidad de Katy —que estaba al cuidado de su madre, debilitada por el Alzheimer, en Hawái— y no haber querido agravar más su angustia, guardándose para ella y Marten sus sospechas sobre una conspiración. Pero fuera lo que fuese que Katy supiera o dejara de saber, la duda sobre qué hacer con ella seguía en el aire. Si se le acercaba, le recordaba quién era, le contaba un poco lo que había sucedido desde que se conocieron en Los Ángeles y luego le confiaba lo que Caroline le había contado; y si luego le enseñaba la nota

firmada ante notario por Caroline, era casi seguro que Katy estaría dispuesta a acompañarlo al bufete de abogados de Caroline para exigir que se le facilitara el acceso a los documentos privados de los Parsons, venciendo así la resistencia de los letrados.

Ésa era una posibilidad. La otra era que su investigación inicial hubiera sido silenciada por alguien del bufete con el poder suficiente para estar preocupado por lo que pudiera encontrar. Si ése fuera el caso, y teniendo en cuenta lo que había ocurrido con la doctora Stephenson, él y Katy se presentarían a protestar, era muy probable que tarde o temprano cayera sobre ellos la misma suerte que había afectado a la familia Parsons. Eso lo volvía todo resbaladizo y ahora mismo no sabía qué decisión tomar.

—El amor de Dios fluye entre nosotros. Como fluye por Caroline, por su esposo, Michael, y por su hijo, Charlie. —La voz del reverendo Beck se filtraba por todo el templo—. En palabras del poeta Lawrence Binyon:

Ellos no envejecerán, como nosotros, que nos haremos viejos,
la edad no los fatigará, ni los años los condenarán;
al caer el sol y cada mañana, los recordaremos.

»Oremos.

Mientras la plegaria del reverendo Beck resonaba por toda la iglesia, Marten advirtió a alguien que se deslizaba en el banco, a su lado. Se volvió y vio a una joven muy atractiva con el pelo corto y oscuro, vestida respetuosamente con un traje negro. Llevaba una cámara digital grande colgada del brazo y un pase de prensa internacional colgado del cuello en el que constaba su foto, su nombre y su filiación profesional, Agence France-Presse. Marten la reconoció como la mujer que acompañaba al reverendo Beck cuando visitó a Caroline en el hospital. Se preguntó qué hacía aquí, por qué había venido al servicio. Y por qué se le había sentado al lado.

Cuando la plegaria de Beck terminó, empezó a sonar una música de órgano y la misa llegó a su fin. Marten vio a Beck bajar del púlpito y acercarse a la hermana de Caroline y a su marido, en la primera fila. A su alrededor, la gente empezó a moverse y a levantarse. En aquel momento, la joven se dirigió a él:

—¿Es usted Nicholas Marten? —le dijo, con acento francés.

—Sí. ¿Por qué? —le preguntó, cauteloso.

—Me llamo Demi Picard. No quisiera importunarle, especialmente bajo estas circunstancias, pero ¿puedo pedirle que me dedique unos minutos de su tiempo? Es sobre la señora Parsons.

Marten se quedó asombrado.

—¿Qué pasa?

—Tal vez podríamos hablar en un lugar donde haya menos gente. —Miró hacia las grandes puertas abiertas que tenían detrás, por donde la gente estaba abandonando el templo.

Marten la miró atentamente. La mujer estaba tensa y ansiosa. Sus ojos, grandes y de un tono pardo oscuro, no dejaban de mirarle. Había algo de intriga... tal vez supiera algo de Caroline que él no sabía, o al menos algo que lo pudiera ayudar.

—Está bien —dijo—. Vamos.

20

Marten se dejó guiar por en medio de la muchedumbre mientras pasaban de la oscuridad de la iglesia a la fuerte luz de la tarde. Fuera había un fuerte cordón de seguridad policial mientras una larga hilera de coches se acercaba a recoger a los dolientes VIP. Detrás de ellos y a un lado había un grupo de unidades móviles de medios de comunicación. Más cerca, cámaras de televisión grababan la actividad, mientras corresponsales de a pie comentaban el evento. «Recortes para las noticias del mediodía y de la noche», pensó Marten. Y luego, nada más, el último interés del público por la vida de Caroline Parsons.

Demi lo guió lejos de la iglesia, hasta una zona de estacionamiento de la misma iglesia cerca de Nebraska Avenue. Mientras caminaban, advirtió a dos figuras de pie en actitud vigilante que le resultaban familiares: los detectives de policía Herbert y Monroe, la pareja que le había interrogado sobre el «asesinato» de Lorraine Stephenson. Se preguntaba si ya habrían descubierto la existencia del científico sudafricano del pelo blanco, Merriman Foxx, y si habían esperado, como él, verlo aparecer en el funeral de Caroline.

—¡Hey, Marten! —lo llamó una voz desde atrás. Se volvió y vio a Peter Fadden que se le acercaba rápidamente. Al cabo de un momento los alcanzó—. Lo siento, tengo un poco de prisa. —Miró a Demi y luego le entregó a Marten un sobre tamaño carta—. Mi número de móvil está dentro, junto a otro material que puede interesarle. Llámeme cuando llegue al hotel. —Y así, se volvió y se alejó, desapareciendo entre la gente que todavía ocupaba la explanada de delante de la iglesia.

Marten se guardó el sobre en el bolsillo y miró a Demi.

—Quería hablar de Caroline Parsons. ¿Qué quiere saber?

—Creo que usted estuvo con ella los últimos días y minutos antes de morir.

—Como mucha otra gente. Incluida usted... que vino con el reverendo Beck.

—Cierto —dijo, asintiendo con la cabeza—, pero casi todo el tiempo usted estuvo a solas con ella.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Cómo ha sabido mi nombre?

—Soy escritora y periodista gráfica y estoy haciendo un reportaje sobre los clérigos que atienden a los políticos conocidos. El reverendo Beck es uno de ellos, por eso le acompañaba cuando vino de visita al hospital, y por eso he asistido hoy al funeral. El reverendo Beck es el pastor de la iglesia a la cual pertenecía la familia Parsons, y sabía que usted había estado velando a la señora Parsons. Sentía curiosidad por usted y preguntó a una de las enfermeras. Así fue cómo me enteré de quién era usted y que era un amigo íntimo de ella.

Marten hizo una mueca para defenderse de la luz del sol.

—¿Qué es exactamente lo que quiere?

Demi se le acercó un paso más. Estaba nerviosa y a la expectativa, incluso más de lo que lo estaba cuando se le acercó en la iglesia:

—Ella sabía que se estaba muriendo.

—Sí. —Marten no tenía ni idea de adónde quería llegar con sus preguntas, ni de por qué lo había buscado a él.

—Usted y ella debieron de hablar.

—Un poco.

—Y bajo esas circunstancias, puede que ella le dijera cosas que no le habría dicho a nadie más.

—Puede ser.

De pronto Marten se puso en guardia. ¿Quién era, y qué trataba de averiguar? ¿Lo que Caroline sabía o sospechaba de la doctora Stephenson y lo que le habían hecho? ¿O lo que sospechaba que les habían hecho a su esposo y su hijo?

Tal vez venía de parte del hombre del pelo blanco, Merriman Foxx, si es que era realmente la persona a la que Caroline se refirió.

—Pero, exactamente, ¿qué es lo que usted quiere saber? —le dijo, llanamente.

—¿Le habló ella...? —Demi Picard vaciló.

Justo en aquel momento, Marten vio un Ford gris oscuro que doblaba la esquina del fondo del aparcamiento y avanzaba hacia ellos. Volvió a mirar a Demi:

—¿Me habló de qué?

—De las... —vaciló—. De las brujas.

—¿Brujas?

—Sí.

Ahora el Ford estaba más cerca y aminoraba la velocidad. Marten blasfemó mentalmente. Conocía el coche y a las dos personas que había dentro, y por la manera en que reducía supo que no tenía intención de pasar de largo. Rápidamente miró a Demi:

—¿Brujas? —la apremió—. ¿De qué demonios me habla?

Entonces el Ford los alcanzó, se puso a un lado y se detuvo, y sus puertas se abrieron. El detective Herbert salió de detrás del volante y Monroe del asiento del copiloto.

Demi miró a los policías.

—Tengo que irme, lo siento —dijo, bruscamente, y luego dio media vuelta y se marchó rápidamente hacia la iglesia.

Marten respiró y luego miró a los detectives y se esforzó por sonreír:

—¿En qué puedo ayudarles?

—En esto. —Monroe le puso unas esposas, primero por una muñeca y luego por la otra.

—¿Por qué?

Marten estaba indignado.

Herbert empezó a empujarlo hacia el coche:

—Le hemos dejado asistir al funeral de la señora Parsons. Es el único favor que obtendrá de nosotros.

—¿Qué demonios significa esto?

—Significa que nos vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo adónde?

—Ya lo verá.

21

Vuelo 0224 British Airways, de Dulles, Washington, a Heathrow, Londres.
18.50 h

Marten contempló cómo el suelo y el paisaje industrial de Washington se desvanecían bajo el cielo del crepúsculo a medida que el avión se encaramaba y se dirigía a sobrevolar el Atlántico. Ya sin las esposas, fue embutido en el asiento de ventanilla de una hilera de tres butacas de clase turista del avión, codo con codo con sus dos compañeros, una pareja de recién casados cogidos de las manos y enamoradísimos que no habían dejado de mirarse a los ojos desde que se abrocharon los cinturones. Y que a él le pareció que pesaban alrededor de ciento treinta kilos cada uno.

Había una lista de espera de al menos veinte personas, pero los intrépidos detectives Herbert y Monroe se las arreglaron para encontrarle una plaza. Todo su *modus operandi* había sido rápido y eficaz: pasaron por su hotel, le dejaron recoger

sus efectos personales y luego le llevaron al aeropuerto Dulles International sin apenas mediar una docena de palabras entre ellos. Las pocas que usaron con él fueron simples y claras. No había ninguna necesidad de interpretarlas:

—Lárguese de Washington y no vuelva.

Aguardaron con él frente a la puerta de embarque de British Airways hasta que llegó el momento y luego lo metieron personalmente en el avión para asegurarse de que no decidía dar marcha atrás y volver a aventurarse en su impecable ciudad justo en el último instante. El procedimiento no era raro: la policía lo usaba a menudo para deshacerse de la gente a la que no podían acusar de ningún crimen pero a la que no querían tener merodeando. El proceso resultaba más fácil si esa persona era de otra ciudad, estado o, como en este caso, país.

A Marten no le hizo ninguna ilusión que le echaran; no con sus emociones todavía a flor de piel y con todas las preguntas todavía por responder. Por otro lado, el «paseo» que los detectives le prometieron podía haber sido sencillamente de vuelta a comisaría, especialmente si habían encontrado a alguien que lo hubiera visto discutir con la doctora Stephenson justo delante de su casa.

A estas alturas era muy posible que ya hubieran encontrado su cabeza y que quisieran hablar con él del asunto, tal vez incluso que quisieran llevarlo a la morgue a verla y fijarse en su reacción. Pero no lo hicieron. En cambio, se limitaron a expulsarlo del país. Del motivo preciso no estaba seguro, pero sospechaba que se habían enterado de algo de su relación con Caroline Parsons, al menos de su estancia en el hospital, y de la carta que ella le había dejado dándole acceso a los asuntos personales de su familia. Lo que no tenía manera de saber era si estaban preocupados de que pudiera convertirse en un elemento incómodo en la investigación de la muerte de Stephenson, o de si se habían enterado por alguien del bufete de abogados de Caroline de lo de la carta y lo querían mantener lo más alejado posible. Ni tampoco había manera de saber si este mismo alguien estaba relacionado con la muerte de Caroline, o con las muertes de su esposo y de su hijo, o con la decapitación de la ya muerta Lorraine Stephenson. Por supuesto, nada de eso significaba que no pudiera sencillamente dar media vuelta una vez en Londres y volver de inmediato a retomar sus pesquisas.

Con o sin la policía, podía muy bien haberlo hecho si no llega a ser porque, una vez despegado el avión, se acordó del sobre que Peter Fadden le había dado frente a la iglesia y apartó con un codo a la enorme y edulcorada pareja que tenía al lado para sacárselo del bolsillo y abrirlo.

Lo que encontró dentro era lo que el periodista le había prometido: su tarjeta del *Washington Post* con su número de móvil y su dirección electrónica; el día en el que el doctor Merriman Foxx había llegado a Washington, el lunes 6 de marzo; y una información de gran interés relativa al historial de Foxx y las operaciones secretas que había dirigido como brigadier de la notable Décima Brigada Médica de Sudáfrica. Operaciones que habían incluido viajes internacionales encubiertos para

comprar agentes patógenos u organismos causantes de enfermedades y el material para dispersarlos; planificación de epidemias que se podían extender sin ser detectadas por comunidades de negros, para devastarlas; venenos especiales que podían provocar fallos cardíacos, cáncer y esterilidad; y el desarrollo de una especie de cadena de ántrax silencioso y capaz de burlar las complicadas pruebas usadas para detectar la enfermedad. Uno de sus principales objetivos era desarrollar métodos para eliminar a los oponentes del *apartheid* sin dejar huella.

Además, Fadden había añadido otra cosa: la fecha en la que el médico se marchó de la ciudad, el miércoles 29 de marzo, y su paradero actual, o al menos donde se creía que se había ido después de las reuniones secretas del subcomité en Washington. Era su domicilio:

200 Triq San Gwann
La Valetta, Malta
Tel. 243555

Eso último fue lo que le hizo a Marten cambiar de planes. De momento, al menos, no volvería a Washington. Ni tampoco volvería a su trabajo urgente en su empresa de paisajismo de Manchester. Lo que haría sería tomar el primer vuelo que saliera para Malta.

Jueves 6 de abril

España. Tren nocturno Costa vasca número 00204. San Sebastián a Madrid, 5.03 h

—¿Victor?

—Sí, Richard.

—¿Te he despertado?

—No, esperaba tu llamada.

—¿Dónde estás?

—Hemos salido de la estación de Medina del Campo hace una media hora. La llegada a Madrid está prevista a las 7.35. A la estación de Chamartín.

—Cuando llegues a Chamartín quiero que cojas el metro hasta la estación de Atocha, y desde allí un taxi al hotel Westin Palace en la plaza de las Cortes. Hay una habitación reservada para ti.

—De acuerdo, Richard.

—Una cosa más. Cuando llegues a la estación de Atocha, quiero que la cruces andando con cuidado y mires a tu alrededor. Atocha es donde unas cuantas bombas terroristas colocadas en trenes de cercanías mataron a ciento noventa y una personas e hirieron a cerca de ochocientas. Imagina lo que debió de ser cuando estallaron las bombas y lo que les debió de ocurrir a toda esa gente. Y también a ti si hubieras estado allí. ¿Lo harás, Victor?

—Sí, Richard.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No.

—¿Necesitas algo?

—No.

—Descansa un poco. Te llamaré más tarde.

Se oyó un clic cuando Richard colgó, y luego el móvil de Victor se quedó mudo. Durante un largo instante no hizo nada, tan sólo escuchar el ruido del tren al pasar por encima de las vías. Finalmente miró por su compartimento de primera clase, con su pequeño lavamanos, las toallas limpias en un colgador encima de él, las sábanas limpias en la litera. Tan sólo había viajado una vez en primera clase, y fue ayer, cuando tomó el tren de alta velocidad, el TGV, de París a Hendaya, en la frontera hispano-francesa. Además, el Westin Palace de Madrid era un hotel de cinco estrellas, como también lo era el hotel Boulevard de Berlín. Parecía como si después de disparar y matar al hombre de Union Station en Washington, lo hubieran empezado a tratar con mucho más respeto que antes.

Sonrió complacido ante esta idea y luego se reclinó en la cama mullida y cerró los ojos. Por primera vez desde que era capaz de recordar se sintió realmente apreciado.

Como si, finalmente, su vida tuviera valor y significado.

13.20 h

El presidente John Henry Harris estaba sentado en mangas de camisa, contemplando la isla de Córcega, y luego vio el mar Balear mientras el *Air Force One* volaba en dirección oeste contra un fuerte viento hacia territorio peninsular español. Más tarde llegarían a Madrid, a tiempo para una cena prevista con el nuevo presidente español y un selecto grupo de dirigentes empresariales locales.

Aquella mañana había desayunado con el primer ministro Aldo Visconti, y luego se dirigió al parlamento italiano. En la magnífica cena en el Palazzo del Quirinale de la noche anterior con el presidente Mario Campi reinaron la calidez y la buena voluntad, y los dos dirigentes desarrollaron un estrecho vínculo casi de inmediato. Al final de la velada, el presidente Harris invitó al presidente italiano a visitarle en su rancho de la zona vinícola de California y Campi aceptó con entusiasmo. Que la relación hubiera sido tan entrañable era bueno desde el punto de vista político, porque incluso si el pueblo italiano desconfiaba de las estrategias americanas en Oriente Próximo, Campi se había esforzado muchísimo en mostrarle al presidente que tenía en él a un aliado fuerte y de confianza en Europa. Aquella mañana, el primer ministro Visconti le había garantizado a Harris lo mismo. El apoyo de ambos mandatarios era un logro importantísimo en su gira, todavía más después de sus dolorosas experiencias de París y Berlín, y se sentía muy agradecido. Sin embargo, eran París y Berlín, o más bien los dirigentes políticos de Francia y Alemania, los que seguían en su cabeza. Había descartado la idea de comentar el problema Jake Lowe-James Marshall con el secretario de Estado Chaplin o el de Defensa, Langdon, porque sabía que si lo hacía se convertiría en una causa primordial de preocupación, y la atención que atraería el asunto desviaría las energías de su misión principal.

Además, aun con todo lo alarmante e inquietante que había resultado, seguía siendo tan sólo una conversación y ninguno de los dos hombres tenía a su alcance llevar más lejos el plan. Anteriormente, aquella misma mañana, Lowe había volado a Madrid para reunirse con miembros del personal y del equipo de avanzadilla del Servicio Secreto en el hotel Ritz, donde iba a alojarse. Marshall había permanecido detrás, en Roma, para pasar el resto del día en una reunión con su homólogo italiano.

Harris se reclinó, acarició su vaso de zumo de naranja y se preguntó qué se le había escapado de Lowe y Marshall para que pudieran estar hablando en serio de cosas que él habría considerado ajenas a su naturaleza. Luego se acordó de cuando Jake Lowe recibió una llamada, a bordo de la comitiva que los llevaba por Berlín, y luego le dijo que habían matado a Lorraine Stephenson, la médico de Caroline Parsons. Recordó haber reflexionado en voz alta sobre las muertes de Mike Parsons,

de su hijo y luego de Caroline, las tres completadas con la muerte de la doctora Stephenson. Recordaba haberse dirigido a Jake Lowe y decirle algo como:

—Han muerto todos en un período muy breve de tiempo, ¿qué está ocurriendo?

—Es una trágica coincidencia, señor presidente —le respondió Lowe.

—¿Lo es?

—¿Qué otra cosa puede ser?

Tal vez Lowe estuviera en lo cierto; tal vez sí fuera una trágica coincidencia. Pero también podía ser que no lo fuera, especialmente al haber un asesinato por medio. Inmediatamente tocó el botón del interfono que había en su reposabrazos.

—Sí, señor presidente —dijo la voz de su jefe de personal.

—Tom, ¿quieres ir a ver a Hap Daniels y pedirle que venga, por favor? Me gustaría hablar con él de la dinámica en Madrid.

—Sí, señor.

A los cinco segundos se abrió la puerta y el director de la agenda del Servicio Secreto, un hombre de cuarenta y tres años, entró.

—¿Quería verme, señor presidente?

—Entra, Hap —dijo Harris—. Cierra la puerta, por favor.

23

Nicholas Marten sintió cómo el avión se escoraba ligeramente mientras el piloto viraba al sureste, cruzando el mar Tirreno hacia el extremo sur de la bota italiana. Pronto empezarían a descender por encima de Sicilia y emprenderían la ruta hacia Malta.

A las 7.15 de aquella mañana, el avión de British Airways procedente de Washington había aterrizado en el aeropuerto londinense de Heathrow. Hacia las ocho recogió su equipaje y se compró un billete de Air Malta para el vuelo que salía a las diez y media y que lo llevaría a la capital maltesa de La Valetta a las tres de la tarde. Entretanto se tomó una taza de café y unos huevos *pôché* con unas tostadas con mermelada, reservó una habitación en el hotel Castille, de tres estrellas, en La Valetta, y trató de llamar a Peter Fadden a Washington para contarle lo que le había ocurrido con la policía y avisarlo que estaba camino de Malta. En el móvil de Fadden le salió el contestador, de modo que dejó un breve mensaje en el que le daba su número de móvil y posteriormente hizo una llamada similar a su teléfono del *Washington Post*, diciéndole que trataría de localizarlo un poco más tarde.

Luego esperó la salida de su vuelo y trató de reconstruir mentalmente lo que había ocurrido en Washington. La pieza más curiosa del rompecabezas era lo que la escritora y fotógrafa francesa Demi Picard le preguntó a la salida de la iglesia, justo antes de que llegara la policía. ¿Había mencionado Caroline a «la bruja» antes de morir?

¿Bruja?

No, no era exactamente esto. Había dicho «las» brujas.

Lo mismo que Caroline había dicho «los ca...».

Que hubiera querido decir el comité era todavía una suposición, pero parecía más que razonable si —y eso era mucho suponer— el doctor Merriman Foxx resultaba ser no sólo «el hombre del pelo blanco», sino también el «doctor» al que Lorraine Stephenson le tenía tanto pánico que llegó a ponerse una pistola en la cabeza y se disparó delante de él.

Dejando de lado al doctor Foxx y a la doctora Stephenson, no había duda de que Caroline había dicho «los ca...». Al igual que Demi Picard dijo «las brujas». En ambos casos hablaban en plural, lo cual significaba que había más de una persona involucrada. Y si, efectivamente, Caroline se estaba refiriendo a un comité, habría estado hablando de un grupo.

La Valetta, Malta, 15.30 h

Marten cogió un taxi en el aeropuerto hasta el hotel Castille y se registró en una confortable habitación de la tercera planta, con una enorme ventana que le proporcionaba una vista impresionante sobre el magnífico puerto de la ciudad y su maciza fortaleza de piedra, Sant'Angelo, que se adentraba en el mar desde una isla que había delante de la ciudad. La fortaleza fue construida, según le contó el taxista en el trayecto desde el aeropuerto, en el siglo XVI, a instancias de los caballeros de San Juan, para proteger la isla de los invasores otomanos.

—Podría pensarse que fueron los caballeros de San Juan contra los turcos —dijo, en voz alta y apasionada—. Pero en realidad era Occidente contra Oriente. El cristianismo contra el islam. Las bases que mueven a los diablos terroristas de hoy fueron establecidas aquí mismo, en Malta, hace quinientos años.

Por supuesto que estaba exagerando, pero con la primera visión de Marten de las fortificaciones del puerto desde la ventana de su hotel, experimentó una conciencia inmediata, incluso estremecedora, de aquel pasado. A pesar de su extrema simplicidad, lo que el taxista le había dicho podía muy bien ser cierto: la profunda desconfianza entre Oriente y Occidente se había establecido, desde luego, varios siglos antes en este diminuto archipiélago.

Con *jet lag* pero lleno de energía, Marten se dio una ducha rápida y se afeitó, luego se puso un jersey fino de cuello alto, unos pantalones limpios y una chaqueta sport de *tweed*, elegidos de entre la ropa que había metido en la maleta apresuradamente al marcharse de Manchester para estar al lado de Caroline.

Al cabo de quince minutos, con un plano de La Valetta facilitado por el recepcionista del hotel en el bolsillo, bajaba por Triq ir-Repubblika, o calle de la República, la principal vía comercial de la ciudad, en busca de Triq San-Gwann, o calle de San Juan, y luego del número 200, donde según Peter Fadden se encontraba el domicilio del doctor Merriman Foxx.

Lo que haría una vez allí lo había estado ensayando en Londres durante su espera en el vestíbulo de pasajeros de Air Malta. Encontró un cubículo con conexión a Internet, enchufó su portátil y luego entró en la página web del Archivo del Congreso de Estados Unidos. Allí buscó el subcomité sobre Inteligencia y Contraterrorismo del que había formado parte Mike Parsons, clicó en la lista de miembros y encontró el nombre de su presidenta: la representante Jane Dee Baker, una demócrata de Maine que, según sus posteriores pesquisas en Internet, actualmente formaba parte de un pequeño contingente de congresistas que viajaban por Irak en busca de datos.

Si Merriman Foxx había testificado durante tres días, como dijo Peter Fadden, estaría más que familiarizado con el nombre de la congresista Baker. El plan de Marten era llamar a su residencia, presentarse como Nicholas Marten, colaborador especial de la representante Baker, y decirle que había tres o cuatro pequeñas ambigüedades en la transcripción de su declaración que la congresista Baker deseaba aclarar. Puesto que se encontraba en Europa y de todos modos tenía que viajar a Malta, la congresista estaría muy agradecida si el doctor Foxx le concediera unos momentos para poder completar el texto para el *Congressional Record*.

Era una tentativa descarada que Marten sabía arriesgada. Tenía muchos números para que le respondieran «No, lo siento, pero mi testimonio ya ha concluido», o de que Foxx comprobara primero con la oficina de Baker en Washington si era cierto que entre su personal había un tal Nicholas Marten, y si le habían encargado una misión así. Pero, como antiguo investigador, Marten tenía la corazonada de que la reacción del científico sería cordial. Cordial, léase precavida, como si estuviera todavía bajo el escrutinio del comité. O cordial, léase amistosa, en el caso de que hubiera algún tipo de colaboración entre él mismo y el comité y no deseara estropearla. En cualquier caso, lo bastante cordial como para al menos prestarse a reunirse con él cara a cara. Y cuando se encontraran, Marten empezaría a tantearlo «cordialmente» sobre lo que sabía de la doctora Stephenson y sobre la enfermedad y muerte de Caroline Parsons.

Marten anduvo por la calle de la República en busca de la plaza de San Juan, donde las calles República y San Juan se cruzaban. Pasó frente a una pequeña

juguetería y una bodega, y luego bajo una llamativa banderola que cruzaba la calle República. Unos cuantos pasos más allá se encontró en la plaza de San Juan y enfrente de la maciza iglesia de los Guerreros, la segunda catedral de San Juan, del siglo XVII. Había oído hablar de su magnífica nave noble y de los preciosos diseños de su interior, pero desde el exterior parecía más una fortaleza que una iglesia y le recordó que Malta, y en especial La Valetta, había sido urbanizada principalmente como una ciudadela.

La calle de San Juan no era tanto una calle como una cuesta de empinadas escaleras. Ningún vehículo, sólo peatones. Pasaba un poco de las cinco de la tarde y el sol dibujaba sombras alargadas en las escaleras a medida que las remontaba. Su motivo para venir aquí era sencillo: encontrar el número 200 y, con suerte, hacerse alguna idea de cómo vivía Merriman Foxx —verlo a él ya sería todo un premio— antes de volver a su hotel y llamarle.

Ciento cincuenta y dos escalones más tarde, ya había llegado. El número 200 era similar al resto de edificios de la calle: una construcción de cuatro plantas con un balcón en cada una de ellas. Unos balcones que, estaba seguro, proporcionaban una buena vista de la calle.

Marten subió veinte escalones más, luego se volvió a estudiar el edificio. Sin acercarse a la puerta principal y espiar en el interior resultaba difícil determinar si las cuatro plantas eran parte de una sola residencia o estaban separadas en apartamentos. Una única residencia podía indicar que Foxx era un hombre bastante rico —tal vez se trataría de la inversión de parte de sus millones desviados—. Un apartamento de una sola planta sería menos definitorio. Lo único que era seguro era que cualquiera que viviera aquí tenía que estar muy en forma: la empinada cuesta de escalones de piedra lo demostraba. Eso le hizo empezar a preguntarse si, como antiguo oficial militar, Merriman Foxx podía haber elegido el domicilio en esta isla no sólo por su rica historia militar, sino porque, a medida que se fuera haciendo mayor, le obligaba a conservar la buena forma física. Era una disciplina personal que no debía subestimar cuando se encontraran cara a cara y empezara a interrogar a Foxx sobre la doctora Stephenson y Caroline Parsons.

24

Por otro lado, tal vez se estuviera aventurando al dar por supuesto que Foxx era tanto «el doctor» como «el hombre del pelo blanco». ¿Y si no lo era? ¿Y si era tan sólo un antiguo comandante de pelo cano del ejército que había dirigido un programa de

armas biológicas secreto en Sudáfrica y luego se había retirado, una vez desmantelado todo el asunto? Alguien que jamás había oído hablar de Caroline Parsons ni de Lorraine Stephenson, que hubiera dicho la verdad ante el comité del Congreso y ahora hubiera regresado a casa, a llevar su vida de siempre en Malta, feliz de haber dejado todo aquello atrás...

Y entonces, ¿qué?

¿Volver a Inglaterra? ¿Volver y ponerse a trabajar en los toques finales de los planos paisajísticos para la propiedad rural de Banfield, al noroeste de Manchester? ¿Prepararlo todo para la nivelación, para los responsables de los sistemas de riego, para los invernaderos, para los equipos de plantación? ¿Volver y olvidar lo que le había ocurrido a Caroline, a su marido y a su hijo? ¿O la decapitación de la ya muerta Lorraine Stephenson?

No, no olvidaría nada de esto porque no sería el caso. Merriman Foxx tenía que ser el doctor y el hombre del pelo blanco. Había estado en Washington entre el 6 y el 29 de marzo, el período en el que Mike Parsons y su hijo murieron en el accidente aéreo y en el que su esposa cayó enferma. Había sido el principal testigo del subcomité del cual Mike Parsons había formado parte. Y conocía de primera mano la manera de disfrazar y encubrir el uso secreto de patógenos mortíferos secretos.

Era casi seguro que Foxx era el hombre que buscaba, pero hasta si era lo bastante afortunado para lograr reunirse cara a cara con él, ¿por qué iba Foxx a contarle nada de los asuntos en los que estaba involucrado? Si Marten insistía y las cosas se ponían feas, Foxx podía muy bien encontrar una manera de matarle. Por el contrario, si lo que Foxx tenía entre manos era lo bastante trascendental y de alguna manera lo acorralaba, podía ser motivo suficiente para que Foxx se quitara la vida. Una tableta de cianuro debajo de la lengua o, teniendo en cuenta su historial profesional, algo más ingenioso, preparado con mucha antelación para actuar en circunstancias como ésta.

Peter Fadden le había dicho a Marten que estaba llevando aquella investigación de manera emocional, y tenía razón. Era el motivo por el que estaba aquí. Pero ahora, a la sombra del edificio de apartamentos de Foxx, se daba cuenta de que lo que había estado pensando era cierto y que si seguía por el mismo camino había muchas posibilidades de que él o el buen doctor acabaran muertos, y al mismo tiempo, de mandar toda la operación de Foxx, fuera cual fuese, a la clandestinidad. Además, una cosa que tenía que haber pensado desde el principio: fuera lo que fuese lo que descubriera no disponía de ninguna estructura de apoyo que lo respaldara. Aunque consiguiera que Foxx lo divulgara todo, ¿a quién iba a dirigirse?

Si el asunto era potencialmente tan explosivo como parecía —el asesinato de un congresista de Estados Unidos y su hijo, posteriormente de su esposa, seguidos de la decapitación de la médico de la esposa, todo entrelazado con una audiencia ante un subcomité del Congreso sobre Inteligencia y Contraterrorismo—, no era algo que un diseñador de paisajes expatriado residente en Inglaterra debería estar investigando

solo. Que antes hubiera sido detective de homicidios del departamento de policía de Los Ángeles no significaba nada: se trataba de un asunto de seguridad nacional, en especial si tenía que ver con política a nivel del Congreso de Washington. De momento no tenía pruebas de nada, pero había oído un rastro y Merriman Foxx estaba al final del mismo. Eso significaba que, fuera lo que fuese que Marten hiciera o dijera cuando lo tuviera delante, tenía que ser planificado con sumo cuidado y autocontrol, y con todos sus sentimientos personales dejados de lado. Su objetivo tenía que ser absolutamente singular: asegurarse de que Merriman Foxx era —o no— el doctor u hombre del pelo blanco. Si lo era, su siguiente paso sería ponerse en contacto con Peter Fadden y hablar con la única organización en Washington que no tendría ningún escrúpulo en proseguir la investigación: el *Washington Post*.

Madrid, hotel Westin Palace, 19.30 h

—Hola, Victor. —La voz de Richard al teléfono sonaba serena y tranquilizadora como siempre.

—Me alegro de oírte, Richard. Pensaba que ibas a llamarme antes. —Victor cogió el mando y bajó el volumen del televisor, luego se fue a sentar al borde de la cama, donde estuvo descansando hasta que en su móvil sonó la llamada de Richard.

—¿Qué tal el hotel?

—Muy agradable.

—¿Te tratan bien?

—Sí; gracias, Richard.

—¿Cómo ha ido el paseo por la estación de Atocha?

—Pues... —Victor vaciló, sin saber qué responder.

—¿Has dado el paseo, tal como te pedí?

—Sí, Richard.

—¿Qué has pensado al ver el lugar donde murió toda esa gente en el atentado terrorista? ¿Te has imaginado cómo lo debieron pasar? Con las bombas explotando dentro de los vagones, los gritos, los cuerpos mutilados, la sangre. ¿Has pensado en los cobardes que ocultaron los explosivos en mochilas y los colocaron en los trenes con toda esa gente inocente a bordo, y luego los hicieron detonar con los móviles, mientras ellos estaban bien protegidos a kilómetros de allí?

—Sí, Richard.

—¿Y cómo te has sentido?

—Triste.

—¿No furioso?

—Triste y furioso, sí.

—Triste por la gente que murió o que quedó herida, furioso con los terroristas que lo hicieron, ¿es así?

—Sí, me he sentido especialmente furioso con los terroristas.

—Y te gustaría destruirlos, ¿no?

—Me gustaría mucho.

—Quiero que hagas una cosa, Victor. En el armario de tu habitación hay una bolsa de trajes. Dentro encontrarás un traje oscuro con una camisa y corbata. El traje y la camisa son de tu talla. Quiero que te los pongas y que salgas a la calle. Al salir del hotel, verás el hotel Ritz al otro lado de la plaza. Es donde se hospedaría el presidente mientras esté en Madrid. Quiero que vayas allá y entres por la puerta principal como lo haría cualquier visitante. Una vez dentro verás el vestíbulo de recepción y, más allá, el bar y el salón. Entra en el salón, siéntate en una mesa desde la que veas el vestíbulo y pide una bebida.

—Y luego ¿qué?

—Aguarda unos minutos y luego levántate y ve al baño de hombres. Cuando salgas, mira a tu alrededor. El presidente y su equipo habrán ocupado toda la cuarta planta. Entérate de cómo lo hacen el resto de huéspedes de las plantas segunda y tercera para subir a sus habitaciones. Prueba tanto el ascensor como las escaleras de incendio. No hagas nada, tan sólo fíjate en si tendrías acceso. Luego vuelve al salón, acábate la bebida y regresa a tu hotel.

—¿Algo más?

—Por ahora no. Te llamaré por la mañana para saber qué has averiguado.

—Muy bien.

—Gracias, Victor.

—No, Richard, gracias a ti. De veras lo digo.

—Lo sé, Victor. Buenas noches.

Victor vaciló, luego colgó el teléfono. Había estado toda la tarde esperando la llamada de Richard, y a cada hora que pasaba se temía más que hubieran podido cambiar de estrategia y dejaran de necesitarle. Si eso ocurría, no sabía lo que haría. No tenía manera de ponerse en contacto con ellos, excepto por un hombre alto y agradable llamado Bill Jackson, al que había conocido en un campo de tiro cerca de su casa en Arizona. El hombre le habló de la posibilidad de incorporarse a una sociedad patriótica secreta de protectores de la nación, hombres y mujeres que sabían usar armas de fuego y con los que se podía contar para que lucharan individualmente en el caso de una invasión terrorista importante. Y Richard, con quien había hablado casi a diario durante las últimas semanas, pero al que no había visto nunca. No tenía ni idea de quiénes eran o, lo que era lo mismo, ni siquiera de cómo ponerse en contacto con Richard.

Y a medida que los minutos y las horas se esfumaban antes de que Richard lo llamara finalmente, su nivel de ansiedad había aumentado hasta resultarle casi insoportable.

¿Qué haría si lo abandonaban? ¿Volver a Arizona y a la existencia miserable que había llevado allí hasta que le encontraron? Eso sería como si le hubieran dado otra oportunidad y hubiera vuelto a fracasar, y entonces lo hubieran abandonado por razones que escapaban a su control, lo mismo que le había ocurrido tantas veces. Parecía como si fuera su maldición: un tipo que trabajaba duro, siempre puntual, que nunca se quejaba, pero al que, de todos modos, siempre se quitaban de encima por razones que nunca resultaban claras. Siempre habían sido trabajos manuales y sudorosos: encargado de almacén, camionero, pinche de cocina, guarda de seguridad. En toda su vida no había sido capaz de conservar un trabajo más de quince meses. Y entonces esta maravillosa oportunidad había surgido, y con ella el respeto creciente y los viajes en primera clase a ciudades a las que nunca había ni soñado viajar. Y ahora la idea de poder perderlo. ¡Oh, Dios! La terrible sombra de esa posibilidad le quemaba las entrañas, el miedo y la desesperación se retorcían en su interior a cada minuto que pasaba. Miraba al teléfono callado que tenía en la cama de al lado con una frecuencia exagerada, un teléfono que debería haber sonado horas antes, pero no lo había hecho. Y luego, finalmente, por suerte, sonó, y respondió rápidamente para arrimarse al alivio de la voz de Richard que lo volvía a incorporar a la acción. Después, una vez hubo colgado, soltó un largo suspiro y se relajó, incluso sonrió. Sabía que todo seguía estando bien.

25

La Valetta, Malta, 20.35 h

Nicholas Marten salió del hotel y se puso a bajar por Trigta York. La suave niebla que provenía del Mediterráneo resultaba fría y vigorizante para alguien que todavía estaba bajo los efectos del *jet lag* como él. Llevaba una chaqueta oscura de sport y pantalones grises, una camisa azul y una corbata color burdeos. En la mano izquierda llevaba una cartera comprada a toda prisa que había abollado un poco con la intención de que pareciera usada. Dentro llevaba varias carpetas, una libreta y una pequeña grabadora a pilas que también había comprado de manera apresurada.

Su destino quedaba a diez minutos a pie escasos desde el hotel e hizo el recorrido a buen paso, siguiendo la calle hasta más allá de los jardines Baracca hasta donde

doblaba hacia Triq id-Duka.

—El doctor estará encantado de recibirle, señor Marten —le había dicho el ama de llaves de Merriman Foxx cuando llamó pidiendo ver al doctor de parte de la congresista Baker—. Por desgracia, dispone de poco tiempo, pero ha dicho que, si no le importa, puede pasar por el restaurante en el que está cenando. Le dedicará unos instantes para darle cualquier información que la congresista precise.

La hora eran las nueve en punto. El lugar, el Café Trípoli de Triq id-Dejqa, en el extremo opuesto del Memorial a los caídos de guerra de la RAF, un monumento a la aviación británica que defendió la isla de las fuerzas invasoras alemanas e italianas durante la segunda guerra mundial. Al pasar por su lado, Marten sintió otra vez el peso de la historia bélica, y con ella la importancia estratégica de esta isla fortaleza. Tan sólo esta sensación, la visión de las antiguas guarniciones de piedra, y el recuerdo de las innumerables invasiones que Malta había sufrido a lo largo de los siglos le dio una idea muy real de que la guerra nunca termina, de que siempre hay alguna que está esperando estallar.

Eso le hizo pensar en la Décima Brigada Médica del doctor Merriman Foxx y sus esfuerzos por desarrollar armas biológicas de manera encubierta, y le hizo darse cuenta de que Foxx conocía esta máxima demasiado bien. Y si así era y se la tomaba en serio, ¿significaba esto que los proyectos en los que había estado trabajando antes de que el programa terminara no habían sido desmantelados en absoluto y seguían vivos y en activo? En este caso, ¿era esto con lo que Mike Parsons se había tropezado en las sesiones del comité? ¿Esto y el hecho que algunos de los miembros del comité lo sabían y exigían que no saliera a la luz pública? Si todo eso era cierto, entonces la siguiente pregunta tenía que ser ¿por qué? ¿Qué era lo que estaban protegiendo como para haber tenido que matar a Parsons por ello?

El grito agudo de un gato de callejón devolvió a Marten al lugar en el que se encontraba. Esperó a que el tráfico pasara y luego cruzó un ancho boulevard y giró por Trig id-Dejqa en busca del Café Trípoli. Tenía que agradecer la franqueza de Foxx al acceder a recibirlo, pero al mismo tiempo sabía que tenía que desconfiar de él. Una reunión en público era siempre algo salvable y no se parecía en nada a una sala de vistas. Con otras personas a la escucha, el interlocutor puede escuchar lo que se le pregunta y luego contestar directa o indirectamente, o ni siquiera contestar, conservando las formas y eligiendo las respuestas. El problema de Marten era ahora el enfoque de su interrogatorio, porque las preguntas que hiciera tendrían poco que ver con las sesiones del comité y en cambio se centrarían en Caroline y en la doctora Stephenson. Sería difícil y delicado, y el resultado dependería tanto del propio Merriman Foxx, de su carácter y predisposición, como de la manera en que Marten planteara sus preguntas.

20.45 h

El Café Trípoli estaba en una callejuela de escaleras adoquinadas y tenía la puerta iluminada por una lámpara grande de bronce. Marten se detuvo en la parte superior de las escaleras, observando cómo la puerta del café se abría y tres personas salían y subían en dirección a él. Detrás tenía un portal oscuro y se metió un poco hacia dentro a esperar. Al cabo de un momento, los tres individuos pasaron de largo y doblaron la esquina sin ni siquiera haberlo visto. Eso era lo que quería y el motivo por el cual había llegado pronto. El portal era un buen lugar desde el cual observar a Foxx cuando pasara de camino al restaurante. Marten lo quería ver antes, aunque fuera sólo un momento. Ver sus facciones y su pelo blanco, saber de antemano el aspecto que tenía. Sería una pequeña ventaja, nada más.

20.55 h

Durante un buen rato estuvo todo en silencio y Marten se preguntó si el propio Foxx no habría llegado pronto y estaba ya dentro. Empezaba a plantearse abandonar su plan y entrar sencillamente en el restaurante cuando un taxi se detuvo al principio del callejón, se abrieron sus puertas y primero un hombre y después una mujer bajaron de él. Marten se volvió a meter en el portal mientras el taxi se alejaba y la pareja empezaba a bajar las escaleras de piedra en dirección al café. La mujer pasó primero. Era bastante joven, de pelo oscuro, y muy atractiva. El hombre la seguía. De estatura mediana, complexión mediana, los hombros echados hacia atrás, llevaba un jersey de punto gris de tipo pescador y unos pantalones oscuros. Tenía una expresión grave en la cara, con muchas arrugas. El pelo, su mata de pelo, era blanco como la nieve y resultaba teatral y característico. Merriman Foxx era casi exactamente como lo había descrito Peter Fadden: «Se parece a Einstein».

Marten esperó a que entraran, luego abrió su maletín, sacó la grabadora y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Esperó otro momento y luego salió de la penumbra y anduvo hacia la entrada del Café Trípoli.

—¡Buenas noches, señor!

Apenas hubo entrado en el restaurante, Marten fue recibido por un *maître* alegre y calvo que iba vestido con pantalones negros y una camisa blanca almidonada. Detrás de él había un salón lleno de humo, tipo pub, en el que sonaba una música de piano.

—Tengo una cita con el doctor Foxx. Me llamo Marten.

—Sí, señor, por supuesto. Sígame, por favor.

El *maître* lo condujo por unas escaleras hasta el comedor que había en el piso de abajo. Un grupo de gente llenaba la barra cerca del pie de las escaleras. Más allá

había una zona de comedor con unas dos docenas de mesas. Todas ellas estaban ocupadas y Marten buscó al doctor Foxx y su compañera con la mirada, pero no los vio.

—Por aquí, señor.

El *maître* lo llevó hacia una zona cerrada cerca del fondo que estaba separada del resto del local por un biombo de madera y cristal opaco. El *maître* rodeó el biombo y lo escoltó hacia un salón privado.

—El señor Marten —lo anunció.

26

Había cuatro personas sentadas a la mesa. A Foxx y su amiga los esperaba, pero los otros dos eran una sorpresa. Los había visto en Washington hacía poco más de un día, eran el reverendo del Congreso, Rufus Beck, y la periodista gráfica francesa Demi Picard.

—Buenas noches, señor Marten. —Merriman Foxx se levantó para estrecharle la mano—. Permítame que le presente a mis otros invitados. Cristina Vallone —dijo, indicándole la joven que había llegado con él—, el reverendo Rufus Beck y —añadió, con una cálida sonrisa— *mademoiselle* Picard.

—¿Cómo están? —Marten se cruzó la mirada con Demi por un instante fugaz, pero ésta no le reveló nada. Volvió a mirar a Foxx—. Es muy amable por su parte acceder a reunirse conmigo, habiéndole avisado con tan poca antelación.

—Siempre es un placer para mí ayudar al Congreso de Estados Unidos en cualquier cosa que esté a mi alcance. Por desgracia, dispongo de poco tiempo, señor Marten; si nuestros invitados nos disculpan, tal vez podamos ir a un rincón de la barra y hablar de los asuntos que necesitan ser atendidos.

—Por supuesto.

Merriman Foxx acompañó a Marten fuera del reservado y hacia la barra. Mientras Marten se disponía a seguirlo, su mirada se cruzó con la de Demi. Ella lo observaba con disimulo. Estaba claro que estaba tan sorprendida de verle como él a ella. Además, y eso resultaba igual de claro, no se alegraba en absoluto.

El reverendo Beck resultó también una sorpresa y, al igual que Demi, no dio muestras de reconocerlo. Sin embargo, Marten estaba seguro de que lo recordaba de la habitación de hospital de Caroline. No sólo se habían presentado cuando Beck entró, sino que, como Demi le había comentado, Beck se mostró lo bastante curioso como para haberle preguntado a una de las enfermeras quién era él.

—Exactamente, ¿qué ambigüedades desea aclarar la congresista Baker? —le dijo Foxx al llegar a la barra.

Ahora había poca gente y estaban solos al final de la misma.

Marten puso su maletín sobre la barra, lo abrió y extrajo una carpeta, y luego metió la mano en el bolsillo para sacar un bolígrafo. Al hacerlo puso en marcha la grabadora. Al mismo tiempo, y sin que nadie se lo pidiera, el camarero les sirvió una copita de whisky de malta a cada uno.

—Hay varias, doctor —dijo Marten, recordándose deliberadamente los motivos por los que había venido, es decir, determinar lo mejor posible si Foxx era o no el doctor u hombre del pelo blanco. Su mayor desventaja ahora mismo, que esperaba que no fuera fatal, era que no disponía de las transcripciones de las sesiones del Congreso, y por tanto no tenía ni idea de lo que allí se había preguntado o respondido. Todo lo que tenía para empezar era lo poco que sabía de la historia de Foxx y de la Décima Brigada, los cabos sueltos que había reunido a través de una breve búsqueda en Internet cuando volvió a su hotel, lo que Caroline le había dicho y lo que la doctora Stephenson había dicho justo antes de dispararse a la cabeza y morir.

Abrió la carpeta y miró la página de notas manuscritas que se había preparado en el hotel, como si las hubiera anotado durante una conversación telefónica con la congresista Baker.

—Su proyecto de armas biológicas en la Décima Brigada se llamaba Programa D, no B, ¿es correcto?

—Sí. —Foxx tomó la copa y bebió un trago de whisky.

Marten hizo una anotación en la página anexa a sus notas y siguió con la siguiente.

—Usted afirmó que las toxinas que desarrolló, incluidas cuarenta y cinco cadenas distintas de ántrax, y las bacterias que provocan la brucelosis, el cólera y las plagas y sistemas para extenderlos, además de una serie de virus experimentales nuevos y todavía no catalogados, han sido clasificados y luego destruidos. ¿Es eso también correcto?

—Sí.

Foxx tomó otro trago de whisky. Por primera vez, Marten advirtió lo largos que tenía los dedos en proporción al tamaño de las manos. Al mismo tiempo se fijó también en la envergadura del doctor. Al verlo por primera vez en la callejuela le pareció normal, ni fuerte ni flaco; pero con ese jersey holgado no era fácil saber si realmente estaba en forma y musculado como Marten había calculado antes. Fuera como fuese, ahora no era algo en lo que se pudiera entretener sin llamar la atención sobre lo que estaba haciendo, de modo que volvió a concentrarse en sus preguntas.

—Según sus conocimientos, ¿se ha hecho algún experimento más con seres humanos desde 1993, cuando el presidente de Sudáfrica declaró que todas sus armas biológicas habían sido destruidas?

Foxx dejó su copa bruscamente sobre la barra.

—Ya contesté a esa pregunta claramente delante del comité —dijo, irritado—. No, no se hizo ningún experimento más. Las toxinas fueron destruidas, y también toda la información sobre cómo crearlas.

—Gracias. —Marten se inclinó sobre su carpeta, tomándose su tiempo para anotar unos cuantos comentarios más.

Al principio Foxx le había recibido con cordialidad. Eso significaba que se había creído la presentación de Marten y que era muy probable que no hubiera verificado si pertenecía o no al personal de la congresista Baker. Sin embargo, ahora empezaba claramente a perder la paciencia, tal vez por las propias preguntas o, más probablemente, por su propio ego. Había cosas que ya había comentado en una sesión del comité a puerta cerrada, y ahora tenía que estar respondiendo en un lugar público a los mismos asuntos con una especie de mensajero de tercera mano, un mensajero hacia el cual empezaba a mostrar abierta antipatía. Lo que quería era acabar con aquello de una vez por todas.

Fue justamente esta muestra de temperamento lo que le hizo ver a Marten que si lo empujaban podía ser un hombre vulnerable, que con un poco más de presión tal vez desvelara algo que no tenía intención de hacer. Marten también sabía que, si iba a hacerlo, tenía que actuar con rapidez porque el doctor no estaría dispuesto a dedicarle mucho más tiempo.

—Lo siento, quedan sólo unas pocas más —dijo Marten a modo de disculpa.

—Pues entonces, pregunte. —Foxx lo miró, luego volvió a tomar su copa, rodeándola con sus largos dedos.

—Por favor, déjeme que le explique, como tal vez tendría que haber hecho antes —dijo Marten, con el mismo tono arrepentido—, que algunas de estas aclaraciones son ahora necesarias a raíz de la muerte de uno de los miembros del comité después de que las vistas se hubieran cerrado. El congresista Michael Parsons, de California. El representante Parsons, al parecer, dejó un memorando dirigido a la congresista Baker que no ha salido a la luz hasta ahora. Tenía que ver con una consulta que le hizo a la doctora Lorraine Stephenson, la cual, además de ser especialista en medicina general, era también, según mis noticias, viróloga. También resulta que era la médico personal de la esposa del congresista Parsons, Caroline. ¿Conoce usted a la doctora Stephenson?

—No.

Marten miró sus notas y luego levantó la vista. Había llegado el momento de presionar, y con fuerza:

—Es curioso, porque en el memo del congresista Parsons a la congresista Baker, él comenta que usted y la doctora Stephenson se habían reunido en privado en más de una ocasión durante el transcurso de las sesiones.

—No he oído hablar nunca de esa doctora Stephenson. Ni tampoco tengo ni idea de lo que me está hablando —dijo Foxx, lacónicamente—. Y ahora creo que ya le he

dado a la congresista Baker el tiempo suficiente, señor Marten. —Dejó la copa en la barra e hizo ademán de volver a su mesa.

—Doctor —insistió Marten—, el memorando del congresista Parsons levantaba dudas sobre la veracidad de su testimonio, en especial en el área de los virus experimentales no catalogados.

—¿A qué se refiere? —Foxx se volvió, ruborizado por la ira.

—No tengo intención de molestarlo, me limito a seguir instrucciones. —De nuevo, Marten interpretaba su papel de mensajero contrito—. Ahora que está usted al corriente del memorando, y teniendo en cuenta que el congresista Parsons está muerto, la congresista Baker preguntó si estaría usted dispuesto a confirmar que todo lo que afirmó bajo juramento era y sigue siendo, hasta donde usted sabe, toda la verdad.

Foxx volvió a coger la copa con una mirada glacial.

—Sí, señor Marten, para el expediente definitivo: todo lo que dije era y sigue siendo toda la verdad.

—¿Incluido lo de los virus? ¿Que ninguno de ellos ha sido utilizado en ningún ser humano desde 1993?

La mirada de Foxx se clavó en él, mientras con las dos manos rodeaba la copa y sus pulgares sobresalían por encima del borde.

—Incluido lo de los virus.

—Una última pregunta —dijo Marten, con voz serena—. ¿Ha sido usted conocido alguna vez simplemente como «el doctor»?

Foxx se terminó el whisky y miró a Marten:

—Sí, por cientos de personas. Buenas noches, señor Marten, y por favor, mándele mis mejores saludos a la congresista Baker.

Dejó la copa vacía en la barra y se alejó hacia su mesa.

—Dios mío —suspiró Marten. Había sucedido tan rápido y de manera tan imperceptible que estuvo a punto de no darse cuenta. Y sin embargo, ahí estuvo, delante de sus ojos y con tanta nitidez como si hubiera pedido verlo. Sí, Merriman Foxx tenía el pelo blanco. Sí, lo llamaban «el doctor». Pero estos dos detalles, sumados al intento más bien patético de Marten por conseguir información sustanciosa, no señalaban a Foxx de manera inequívoca como el doctor-hombre del pelo blanco que había supervisado, si no administrado personalmente, la toxina que mató a Caroline.

En cambio, había otra cosa que sí lo señalaba.

Era algo de lo que se había olvidado completamente hasta que se dio cuenta de la anormal longitud de los dedos de Foxx cuando rodeaba la copa de whisky. Era lo que Caroline le comentó por teléfono la primera vez que lo llamó, presa del pánico, a Manchester, y le pidió que fuera a Washington.

«No me gustaba —le dijo sobre el hombre de pelo blanco que fue a verla a la clínica a la que la llevaron después de la inyección que le dio la doctora Stephenson—. Todo de él me daba miedo: la manera de mirarme, la manera de tocarme la cara y las piernas con sus dedos largos y asquerosos».

Aquellos dedos que rodeaban la copa de whisky eran sólo una parte. El resto vino cuando un Foxx molesto sostuvo la copa con las dos manos y los pulgares le sobresalían por encima del borde. Fue entonces cuando lo vio y recordó el resto de la descripción de Caroline: «... la manera de tocarme la cara y las piernas con sus dedos largos y asquerosos, y aquel horrible pulgar con su diminuta cruz de bolas».

Una cruz desvaída —dos líneas que se cruzaban, con un círculo diminuto, una bolita, en la punta de cada uno de los cuatro extremos— había sido tatuada en la punta del pulgar izquierdo de Merriman Foxx.

Marten había estado a punto de no verlo, pero lo vio. Una diminuta y descolorida cruz tatuada descrita de paso por una mujer aterrorizada y moribunda. En aquel momento había formado parte de un batiburrillo de información y pareció no tener ninguna importancia; en cambio, ahora lo significaba todo.

Le demostraba que era el hombre al que buscaba.

27

Marten buscó en su bolsillo y apagó la grabadora. Le cabían pocas dudas de que era Foxx quien había supervisado la muerte de Caroline, pero en la conversación grabada no había nada que lo incriminara, y el simple tatuaje tampoco era ninguna de las pruebas definitivas de las que Peter Fadden podía precisar para lanzar una investigación desde el *Washington Post*. Marten necesitaba algo concreto y definitivo, pero conseguirlo, o ni tan siquiera saber cómo conseguirlo, sería enormemente difícil, en especial porque Foxx le había cerrado claramente la puerta, y porque sin duda el doctor se pondría en contacto con la congresista Baker para comprobar su identidad. Una vez sucediera esto ya no podría acercarse ni a un kilómetro de él.

—Señor Marten.

Marten levantó la vista y vio a Demi Picard, que se dirigía hacia él. Se preguntó qué hacía allí. Que estuviera con Beck no le resultaba sorprendente, puesto que ella le había contado que el reverendo era uno de los sujetos del libro de foto-ensayo que estaba haciendo sobre el clero político. Pero que estuvieran los dos aquí en Malta, y compartiendo mesa con Foxx tan poco tiempo después del funeral de Caroline en

Washington, le resultaba un poco inquietante, en especial ahora, con lo que había averiguado acerca de Foxx.

—Ms. Picard —inició una sonrisa—. Qué sorpresa...

Ella apretó los ojos de pronto y lo cortó con un murmullo lleno de ira:

—¿Qué hace usted aquí, en Malta? ¿Y en este restaurante?

—Iba a hacerle la misma pregunta.

—El doctor Foxx y el reverendo Beck son viejos amigos —dijo ella con tono defensivo—. Estamos de paso para asistir a una reunión con un grupo de clérigos occidentales de visita en los Balcanes y decidimos venir esta noche a verlo.

—Al parecer, conoce usted muy bien al reverendo Beck.

—Así es.

—Pues entonces tal vez pueda explicarme cómo un reverendo afroamericano puede ser amigo de un oficial de la época del *apartheid* en el ejército sudafricano, un tipo que lideró una importante unidad médica que desarrolló armas biológicas secretas diseñadas para eliminar a la población negra de Sudáfrica.

—Eso se lo debería preguntar al reverendo Beck.

Marten la miró.

—¿Y si le pregunto a usted sobre «las brujas»?

—No lo haga —le advirtió ella.

—¿No?

—¡Le he dicho que no!

—Fue usted quien sacó el tema —dijo Marten rápidamente—. Usted vino a verme, ¿se acuerda?

—Demi —una voz conocida la llamó desde atrás. Ambos se giraron y vieron a Beck que se acercaba. Cristina Vallone, la atractiva acompañante de Foxx, iba con él.

—Me temo que el doctor Foxx ha tenido que marcharse. Un asunto familiar urgente —les dijo a los dos, y luego dirigió lo siguiente a Demi—: Me ha pedido que os acompañe a ti y a Cristina al hotel.

Demi vaciló, y Marten advirtió que estaba inquieta por el repentino giro de los acontecimientos.

—Gracias —dijo ella con educación—. Tengo que ir al baño. Nos encontramos arriba.

—Claro. —Beck miró a Marten mientras ella se iba al baño—. Ha sido un placer volver a verlo, señor Marten. Tal vez pronto tengamos ocasión de repetir.

—Sería un placer, reverendo.

Cinco minutos más tarde Marten estaba en Trig id-Dejqa observando cómo se alejaban las luces de un taxi que llevaba al reverendo Beck, a Cristina y a Demi Picard hasta desaparecer en una estela nebulosa. Volvió a mirar por el callejón húmedo hacia el Café Trípoli. No se movía ni una hoja. Se preguntó cómo se había

podido marchar Foxx sin que él lo viera, o si se había marchado realmente. En cualquier caso, ahora mismo no había nada que pudiera hacer. Respiró hondo y luego se puso a caminar de regreso a su hotel, con las palabras que Demi le había dedicado, cuando se detuvo en la barra al volver del baño, todavía claras en su mente.

«No sé quién es usted ni lo que está haciendo aquí —le dijo de manera forzada, con el mismo tono airado que había usado antes—, pero aléjese de nosotros antes de echarlo todo a perder». Con estas palabras se volvió y subió las escaleras para ir hasta donde la esperaban Cristina y el reverendo Beck.

Echarlo todo a perder. ¿Qué demonios podía significar aquello?

Y ahora, mientras andaba, avanzando por el húmedo aire de la noche hacia el monumento de Guerra de la RAF y luego por los jardines de Baracca de camino a su hotel, las palabras de Demi se desvanecían a favor de lo que le dijo el reverendo al despedirse.

«Ha sido un placer volver a verlo, señor Marten. Tal vez pronto tengamos ocasión de repetir».

Volver a verlo. Volver.

Eso significaba que Beck sabía quién era, y que se acordaba claramente de su coincidencia previa en la habitación de Caroline. En el momento de conocerse, el tema de la profesión de Marten no surgió, de modo que era posible que se creyera realmente que Marten trabajaba en el bufete de la congresista Baker. Sin embargo, esa coincidencia habría sido discutida puntualmente con Foxx cuando éste volvió a la mesa. Todo esto unido al hecho que Marten no sólo había mencionado el nombre de Caroline y el de la doctora Stephenson, sino que además había dicho que Mike Parsons había dejado un memorando poniendo en duda la veracidad del testimonio de Foxx ante el comité... Foxx habría relacionado rápidamente todos estos elementos y ésta era indudablemente la razón por la que la velada había terminado de manera tan repentina para todos.

28

Madrid, 22.40 h

Las luces del Madrid nocturno desfilaban ante sus ojos. El palacio de La Moncloa, la residencia del presidente español, la cena allí con el recién electo mandatario y los veinte industriales españoles más importantes a los que había invitado, todo eso era ya misión cumplida.

Sólo cuatro personas iban en la limusina presidencial: el agente del Servicio Secreto que conducía, un segundo agente que viajaba armado a su lado, y los dos pasajeros de atrás, el presidente John Henry Harris y su agente especial al mando del Servicio Secreto, Hap Daniels. El sistema de comunicación interno estaba apagado. Fuera lo que fuese lo que el presidente y Daniels hablaran era totalmente privado.

La propia comitiva había sido reducida a la limusina presidencial, dos furgones negros del Servicio Secreto y el Hummer negro de comunicaciones que los seguía. Esta vez no llevaban ni ambulancia, ni minibús de personal, ni minibús de prensa... tan sólo una sencilla comitiva presidencial que se dirigía a una residencia privada en el privilegiado barrio de La Moraleja, para tomar una copa con un viejo amigo, Evan Byrd. Byrd era un antiguo corresponsal de noticias y secretario de prensa del difunto presidente Charles Cabot. Durante un tiempo había sido el secretario de prensa del presidente Harris, antes de retirarse a esta zona residencial madrileña. Después volverían al hotel Ritz, donde el séquito presidencial había ocupado toda la cuarta planta y el presidente deseaba pasar una noche tranquila.

—El avión que llevaba al representante Parsons y a su hijo —Hap Daniels leía de unas notas escritas en una libreta en espiral. No llevaba ninguna BlackBerry, no había ninguna posibilidad de que la información que había recibido pudiera haber sido monitorizada de manera electrónica, sólo escrita a mano en una libreta corriente. Lo que había sabido le llegó a través del STU, un teléfono de línea protegida del que gozaba como parte de su propio equipo de comunicaciones— cayó debido a un fallo humano del piloto, al menos según los investigadores del Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte. No se ha encontrado ningún fallo mecánico en el aparato.

—La versión oficial ya la conocemos, Hap —dijo Harris—, ¿es eso todo lo que has sido capaz de averiguar?

—En cuanto al accidente, sí. Lo que nadie parece saber, o al menos haber comentado, es que la señora Parsons tenía que haber ido en el mismo vuelo. Sus planes cambiaron en el último minuto y ella volvió a Washington en un vuelo comercial. Fue una coincidencia. Desde luego que no ha habido ninguna teoría de la conspiración detrás del accidente.

Ningún motivo que haga sospechar juego sucio. Simplemente una de esas cosas que pasan.

—Una de esas cosas que pasan.

—Sí, señor.

El presidente Harris asintió con un gesto vago de la cabeza, tratando de dilucidar el significado que pudiera haber o no en el cambio de planes de Caroline, y luego prosiguió rápidamente:

—¿Y el hombre de la habitación de Caroline, al que Caroline concedió acceso legal a todos los documentos privados de ella y de Mike?

—Lo único que tenemos es lo que ya sabíamos: se llama Nicholas Marten, es un expatriado americano que vive en Manchester, Inglaterra, y que trabaja como

arquitecto paisajista. Parece que conocía a la familia Parsons desde hace mucho tiempo; al menos, eso es lo que le dijo a la policía de Washington. Ellos tienen la sensación de que él y Caroline habían tenido algún tipo de relación, aunque él dijo que eran sólo viejos amigos. No hay ninguna prueba. Pero tampoco parece que la estuviera chantajeando.

—¿Por qué lo interrogó la policía?

—Había estado haciendo unas llamadas insistentes a la consulta de la doctora de Caroline Parsons después de la muerte de ésta. Quería preguntarle sobre la enfermedad de la señora Parsons, pero ella no quiso hablar con él, alegando que se trataba de información privilegiada entre médico y paciente. Pensaron que podía estar involucrado en su asesinato. Pero no tenían nada concluyente, de modo que lo metieron en un avión de vuelta a Inglaterra y, básicamente, le dijeron que se quedara allí.

—¿El asesinato de la médico de Caroline Parsons? ¿Qué hay de esto?

—Es un asunto muy feo, señor. Fue decapitada.

—¿Decapitada?

—Sí, señor. La cabeza todavía no ha sido encontrada, y la policía ha llevado la investigación con mucha discreción. El FBI tiene a su propia gente trabajando en el asunto.

—¿Cuándo pensaban informar a la Casa Blanca?

—No lo sé, señor. Probablemente creyeron que no era necesario.

—¿Por qué la decapitación?

—¿Está usted pensando en algún tipo de acto terrorista? ¿Algún grupo islámico?

—Lo que yo piense no tiene importancia, sino lo que sepa. Y de momento nadie parece saber demasiado de nada. Elija a alguien con quien se sienta cómodo del FBI para que le mantenga informado al minuto. Comuníqueme que estoy personalmente interesado en el caso pero que no quiero que la prensa se meta en él y lo saque de madre. No tenemos ningún interés en revolver el mundo islámico más de lo que ya lo está, en especial si no hay nada de qué preocuparse y el problema fue provocado por algún loco suelto.

—Sí, señor.

—Y ahora —el presidente cambió de tema—, Caroline Parsons. Quiero un informe sobre el tipo de infección que sufrió, cómo se contagió y qué tratamiento le dieron, desde el diagnóstico inicial hasta su muerte. De nuevo, no quiero lanzar ninguna alarma, tan sólo quiero la información y lo más discretamente posible. Tenemos a cuatro personas muertas en muy poco tiempo, tres de la misma familia y la doctora de Caroline.

—Hay algo más que debe saber, presidente. No sé si tiene alguna importancia, pero el congresista Parsons...

—¿Qué hay de él?

—Intentó convocar una reunión para verle en privado. Dos veces. Una durante las sesiones del subcomité sobre terrorismo. La otra el mismo día en que concluyeron.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo solicitó su secretaria, pero nunca le dieron una respuesta.

—Mike Parsons tenía acceso directo a mi persona, en cualquier momento. El jefe de personal lo sabía, y mi secretario también. ¿Qué ocurrió?

—No lo sé, señor. Tendrá que preguntárselo a ellos.

De pronto, Hap Daniels se llevó una mano a su auricular; al mismo tiempo, la limusina aminoró la velocidad y luego se inclinó al tomar una curva cerrada a la derecha que se metía por un largo sendero privado.

—Gracias —dijo Daniels a su micro, y luego miró al presidente—. Hemos llegado, señor. La residencia del señor Byrd.

29

Evan Byrd lo recibió en la puerta de su casa como al excompañero de colegio al que hacía años que no veía, no con un apretón de manos sino con un cálido abrazo.

—Qué alegría verte, John —le dijo, llevándolo más allá de una fuente adornada y luego al interior de la casa por un vestíbulo de azulejos andaluces, hasta una sala de paredes de madera oscura con una barra y grandes butacas de cuero frente a una chimenea en la que chisporroteaba un fuego.

—No está mal para ser un funcionario retirado, ¿no? —sonrió Byrd—. Siéntate. ¿Qué te apetece beber?

—Pues no lo sé, ya he tomado mi buena ración de alcohol, hoy. Agua, o café solo, si tienes.

—No te quepa duda. —Byrd le hizo un guiño y apretó el botón de un interfono en la barra para pedir el café. Luego fue a sentarse en una butaca al lado de Harris.

Evan Byrd tenía setenta y pocos años e iba vestido de manera informal, con unos pantalones color crema y un jersey a juego. Era de complexión más bien robusta, pero estaba en buena forma, todavía con la estilosa melena de pelo gris y las patillas que Harris recordaba. Byrd había estado en el mundo de la televisión y la política de Washington durante casi cuarenta años, antes de jubilarse en España, y seguía contando con una activa agenda que sería capaz de avergonzar a la mayoría de periodistas políticos. Eso significaba que conocía prácticamente a todo aquel que valía la pena conocer y, por tanto, ejercía una influencia considerable sin aparentarlo nunca.

—Bueno, ¿y cómo ha ido, esta noche? —dijo.

—No estoy muy seguro —respondió Harris, dejando caer la mirada hacia el fuego—. España está en lucha consigo misma. El presidente es un tipo agradable, tal vez demasiado altruista y demasiado a la izquierda para conseguir nada que impulse realmente la economía del país. Pero los líderes empresariales, los tipos poderosos que han cenado con nosotros, son en su mayoría fiscalmente conservadores, ven el balance final como parte de la identidad nacional. Tienen dinero para invertir y al mismo tiempo quieren que se invierta en ellos. Quieren formar parte del mismo mercado global que todo el mundo, y eso los hace estar incómodos con sus propios dirigentes. Pero, aun así, el presidente ha tenido los cojones de tenerlos allí, de modo que habrá que darle crédito por esto. Y por supuesto, todos están preocupados por el terrorismo y por dónde va a caer la siguiente piedra. En este tema nadie está a salvo.

—¿Y qué hay de Francia y Alemania?

—Lees los periódicos, Evan, ves la televisión. Lo sabes tan bien como yo. No ha ido bien.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—No lo sé. —Por un instante brevísimo, el presidente apartó la mirada. Luego miró a Byrd—. De veras, no lo sé.

Justo entonces, una voz sonó por el interfono:

—Su café está listo, señor.

—Gracias —respondió Byrd mientras se levantaba—. Vamos, John. Tomaremos café en la sala. —Sonrió mientras el presidente Harris se disponía a seguirlo—. Tengo una sorpresa para ti.

Harris refunfuñó:

—No a estas horas de la noche, Evan; estoy muy cansado.

—Créeme, te encantará.

En la sala había siete hombres esperándolos y el presidente los conocía a todos. El vicepresidente de los Estados Unidos, Hamilton Rogers; el secretario de Estado, David Chaplin; el secretario de Defensa, Terrence Langdon; el director de los jefes comunes de personal y jefe del Estado Mayor de Estados Unidos, Chester Keaton, y los hombres a los que había visto por última vez en Roma, Tom Curran, su jefe de personal; Jake Lowe, su primer asesor político, y el doctor James Marshall, asesor de seguridad nacional.

Evan Byrd cerró la puerta detrás de él.

—Bueno, señores, es desde luego una sorpresa —dijo Harris con voz átona, tratando de ocultar su asombro—. ¿A qué se debe?

—Señor presidente —empezó Lowe—, como usted sabe, la reunión de la OTAN en Varsovia tendrá lugar dentro de unos días. Antes, cuando entramos en Irak, cuando tuvimos problemas con Francia y Alemania y Rusia, nuestra gente no estaba todavía

en su lugar. Ahora sí lo está. Nos lo han garantizado amigos de confianza. Amigos que están en posición de saberlo.

—¿Qué amigos? ¿De qué me está hablando?

—Con el fin de evitar la impensable catástrofe de la que le he hablado con anterioridad —avanzó el asesor de seguridad nacional Marshall—, de que grupos terroristas ocuparan todo Oriente Próximo y sus reservas de petróleo en un plazo muy corto de tiempo, ha sido necesario que tomáramos la iniciativa de manera total y decisiva en esa zona del mundo. Para hacerlo, no nos podemos permitir ninguna voz discrepante en las Naciones Unidas. Nos han garantizado que ni Francia ni Alemania se opondrán esta vez, cuando les pidamos nuestro voto. Y, como usted sabe, si ellos no discrepan, con toda probabilidad tampoco lo harán ni Rusia ni China.

—¿Garantizado?

—Sí, señor; garantizado.

El presidente miró aquellas caras tan familiares como si fueran realmente de su propia familia. Al igual que Lowe y Jim Marshall, estos hombres habían sido sus amigos y asesores de mayor confianza durante años. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Exactamente, ¿qué es lo que pensamos hacer en Oriente Próximo?

—Por desgracia, no estamos en posición de decírselo, señor presidente —le dijo de manera directa el secretario de Defensa, Terrence Langdon—. La razón por la que estamos aquí es pedirle que autorice la retirada física de los actuales dirigentes de Francia y Alemania.

—La retirada física... —el presidente miró a Lowe y a Marshall. Lo habían iniciado antes; ahora tenían a todo el equipo con ellos. No lo comprendía. Él era un republicano conservador, lo mismo que ellos. Lo habían respaldado siempre, se habían asegurado de su nominación, habían salido de todos los obstáculos posibles para garantizar su elección—. Creo que asesinato es la palabra que usted busca, señor secretario.

Eso lo sacudió como un rayo y lo agitó hasta lo más íntimo. Se dio cuenta de que él no era en absoluto su presidente, sino su títere, y lo había sido desde el principio. Estaba allí porque ellos lo habían puesto allí. Porque estaban seguros de que haría todo lo que ellos le pidieran.

—¿Quiénes son esos «amigos de confianza» a los que se refiere? —preguntó.

—Miembros de una organización que nos ha garantizado que la gente que será elegida para sustituir al presidente de Francia y a la canciller de Alemania darán pleno apoyo a nuestras acciones.

—Entiendo —dijo finalmente el presidente.

No tenía sentido preguntar qué organización era ésta, porque no se lo iban a decir. A cambio, se puso las manos en los bolsillos y anduvo hacia una ventana grande que daba a unos jardines iluminados. A través de ella podía ver a dos agentes del Servicio Secreto en medio de la penumbra. Habría más a los que no podía ver.

Durante un buen rato se quedó allí, de espaldas al grupo. Esperaban su respuesta. Podían esperar un rato más mientras él intentaba dilucidar, comprender cómo había ocurrido todo aquello y qué sería lo siguiente. Mientras tanto, las palabras de Jake Lowe irrumpieron en su cabeza.

«Antes, cuando entramos en Irak, cuando tuvimos problemas con Francia y Alemania y Rusia, nuestra gente no estaba todavía en su lugar. Ahora sí lo está».

«Ahora sí lo está».

Fuera cual fuese aquella organización, resultaba meridianamente claro que ellos, todos ellos, pertenecían a la misma y que, fuera lo que fuese lo que habían planeado, llevaban mucho tiempo tramándolo. Y ahora, finalmente, tenían a gente en cada país que estaba en posición para ejecutar el plan, incluido él mismo. Miró hacia atrás y luego cruzó la sala hacia ellos.

—¿Pertenece a esta organización Harry Ivers? Todos conocen a Harry Ivers, el jefe del Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte, el hombre que estaba al cargo de investigar el accidente de avión del congresista Parsons. —De pronto miró a Tom Curran, su jefe de personal—. El congresista Parsons intentó concertar una reunión conmigo. Dos veces. Una durante y otra inmediatamente después de acabar las sesiones del *comité* sobre Inteligencia y Contraterrorismo. Usted sabía que tenía pleno acceso a mi despacho, en cualquier momento. ¿Por qué no se concertaron esas reuniones?

—Tenía usted la agenda llena, señor presidente.

—Tonterías, Tom. —El presidente miró a su alrededor, deteniéndose en cada uno de los ocho hombres—. El congresista Parsons estaba metido en algo, ¿no es cierto? Algo que ver con las investigaciones del subcomité sobre el programa supuestamente cancelado de las armas biológicas sudafricanas y el interrogatorio del doctor Merriman Foxx. Y adivino que este programa, o alguno de sus derivados, no está cancelado del todo. Y sea lo que sea, de alguna manera, nosotros, o para ser exactos, ustedes y sus «amigos de confianza», están involucrados en él.

»*Ustedes creyeron* que Mike Parsons, ultraconservador como era, se iba a mostrar de acuerdo con todo esto, pero no fue así y amenazó con denunciarlo ante mí si no lo retiraban del mismo. El resultado fue que lo asesinaron.

Se hizo un largo silencio y entonces habló el asesor de seguridad nacional, Marshall:

—No nos podíamos fiar de él, señor presidente.

El presidente, de pronto, se puso furioso.

—¿Y su hijo? ¿Y el resto de personas que viajaban en el mismo avión?

—Era un asunto de seguridad nacional —dijo Marshall, con gesto frío y carente de emoción.

—Y su esposa también.

—¿Quién sabe lo que le habría contado? Su médico le administró algo para ocuparse del problema.

—La doctora Stephenson.

—Sí, señor.

—Y como premio alguien le cortó la cabeza.

—Por desgracia, luego empezó a tener miedo y eso la puso en la categoría de «problemática», con lo cual hubo que acabar con ella.

La mirada del presidente dejó a Marshall y se deslizó hacia los demás. Todos ellos le devolvieron la mirada en silencio. Eso incluía a su asesor político y amigo íntimo Jake Lowe, y a su querido anfitrión, Evan Byrd.

—Dios mío —suspiró.

Ahí no tenía amigos. Ninguno. De nuevo volvió a oír las palabras de Jake Lowe. «Antes... nuestra gente no estaba todavía en su lugar. Ahora sí lo está». Y antes no disponían de las armas necesarias.

Ahora sí.

—Lo que están tramando es una especie de guerra biológica. ¿Contra qué? ¿Los estados musulmanes?

—Señor presidente. —El vicepresidente Hamilton Rogers se puso delante de Marshall. Rogers era rubio y con los ojos feroces y oscuros, unos diez años más joven que él y mucho más conservador. La verdad es que se había resistido a tenerlo como compañero de campaña, por esa sensación de que era demasiado reaccionario, pero finalmente cedió a la presión de Lowe, quien le convenció de que Rogers sería capaz de presionar al voto. Ahora sabía por qué. Rogers era uno de ellos. Fueran quienes fuesen—. Por la seguridad de la nación le pedimos que autorice la eliminación física del presidente de Francia y de la canciller de Alemania. Por favor, concédanos esa autorización.

En aquel instante el presidente Harris supo que si no les concedía todo lo que ellos querían, lo matarían. Y entonces, por ley, el vicepresidente ocuparía la presidencia y autorizaría igualmente los asesinatos. Mientras los miraba —a ellos, a los cargos que representaban, los amplios contactos que tenían— se daba cuenta de que, de arriba abajo, no había nadie en quien osara confiar. Nadie. Ni siquiera su secretario privado, que llevaba con él casi veinte años, estaba libre de sospecha. Lo mismo ocurría con sus guardaespaldas del Servicio Secreto, y eso incluía a su SAIC, Hap Daniels. Lo que necesitaba era tiempo para encontrar una salida, descubrir una manera de detenerlos a ellos y aquel sórdido Armageddon que estaban tramando.

—¿Dónde y cuándo desean llevar a cabo esta «retirada»? —dijo.

—En la reunión de la OTAN en Varsovia. Cuando esté todo el mundo mirando.

—Entiendo —asintió el presidente, y luego volvió a pasear la vista por las caras de aquellos hombres que lo miraban, esperando su respuesta—. Necesito tiempo para pensarlo —dijo, en voz baja—. Ahora estoy cansado. Me gustaría volver a mi hotel y descansar un poco.

Viernes 7 de abril

Madrid, hotel Ritz, 1:25 h

Jake Lowe respondió a oscuras a la llamada desde su suite privada de la cuarta planta.

—¿Sí? —dijo, mientras se incorporaba, apoyándose en un codo sobre la cama, y luego miró instintivamente a su alrededor para asegurarse de que estaba solo.

—Tengo un mosquito que necesita que le den un manotazo —dijo una voz serena de mujer de mediana edad—. Se llama Nicholas Marten. Se ha hecho pasar por miembro del despacho de la representante Baker. No sé cómo nos ha encontrado. Ha estado haciendo preguntas muy «ilustradas». También estuvo con la señora Parsons durante las últimas horas antes de su muerte.

—Sí, estoy al corriente de esto.

—Me gustaría saber para quién trabaja, lo que sabe y si hay alguien trabajando con él antes de que llamemos a los exterminadores.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lowe.

—En Malta. En el hotel Castille.

—¿Cuándo te vas?

—En breve.

—Estaremos en contacto.

Se oyó un clic cuando la persona que llamaba colgó. Lowe vaciló unos segundos, luego encendió la luz de la mesita de noche y cogió su BlackBerry. La voz había llegado a través de una línea de seguridad y había sido alterada y luego recompuesta digitalmente, de modo que era prácticamente imposible identificarla, ni por supuesto rastrearla. Sólo había una persona que dispusiera del equipo y del código necesario para usarlo: Merriman Foxx.

La Valetta, Malta. Hotel British, 6.45 h

—¡Vuelva en cinco minutos! —ladró Demi Picard en respuesta a los golpes a su puerta. Se abrochó los botones de una camisa de hombre a rayas azules, deslizó un cinturón de piel por sus pantalones de tono ocre y luego, uno y dos, se puso los pequeños pendientes de oro.

Volvieron a llamar. Suspiró de fastidio y luego fue a abrir la puerta.

—Le he dicho que vuelva en... —dijo mientras la abría, y luego se detuvo a media frase.

Se encontró frente a Nicholas Marten.

—Estaba esperando a un botones —le soltó, con el mismo tono furioso que había usado la noche anterior. De inmediato se giró de espaldas y volvió a entrar en la habitación para sacar un *blazer* azul marino del armario. Su maleta, casi hecha, estaba abierta sobre la cama, y su equipo fotográfico en un maletín duro junto a ella.

—¿Se marcha?

—Como todos los demás, gracias a usted.

—¿A mí?

Ella lo miró:

—Sí.

—¿Quiénes son todos los demás?

—El doctor Foxx se ha marchado a primera hora de la mañana. Y también el reverendo Beck, un poco más tarde. Y Cristina también.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé. Me he encontrado una nota debajo de la puerta del reverendo Beck, en la que decía que lo habían llamado inesperadamente y que nuestro viaje a los Balcanes quedaba cancelado.

—¿Y qué hay de los otros dos?

—He llamado a la habitación de Cristina para ver lo que sabía y me han dicho que ya se ha marchado del hotel. —De pronto, Demi se metió en el baño y luego volvió a salir con un pequeño neceser—. He hecho la misma llamada al apartamento de Foxx. Su ama de llaves me ha dicho que también se ha marchado. —Metió el neceser en la maleta y cerró la cremallera con cuidado.

—Y no tiene usted ni idea de adónde ha ido ninguno de ellos.

Ella lo volvió a mirar.

—No.

—Botones. —Un hombre uniformado estaba ante la puerta.

—Sólo esta maleta —le dijo, luego se puso la chaqueta, se colgó el bolso del hombro y recogió la bolsa de la cámara.

—Adiós, señor Marten —le dijo, y luego pasó por su lado y salió de la habitación.

—¡Oiga! —dijo Marten, mientras corría tras ella.

En cuarenta segundos Demi, Marten y el botones estaban bajando en silencio por el ascensor. Demi miraba al suelo, Marten la miraba a ella. Al cabo de un minuto, dos paradas y tres huéspedes del hotel, el ascensor se detuvo. La puerta se abrió y Demi salió en primer lugar en dirección al vestíbulo principal. Inmediatamente, Marten la alcanzó.

—¿Qué quiso decir ayer noche, cuando dijo que me mantuviera alejado antes de que lo arruinara todo?

—¿No cree que es un poco tarde para pedir explicaciones?

—Está bien. Cambiemos de tema y probemos con las brujas.

Demi lo ignoró y siguió andando. Llegaron al vestíbulo y empezaron a cruzarlo.

—¿Qué brujas? ¿A qué se refería?

Ella siguió ignorándolo. Avanzaron tres pasos más y entonces Marten la sujetó por un brazo y tiró de ella.

—Por favor; es importante.

—¿Qué se ha creído que está haciendo? —dijo ella, irritada.

—Por un lado, le pido que sea amable.

—¿Quiere que llame a la policía? Están allí.

Le hizo un gesto con la cabeza, señalándole a una pareja de hombres motorizados, de uniforme negro y botas negras, que estaban justo enfrente del hotel.

Marten le soltó el brazo lentamente. Ella le clavó una mirada furiosa y luego se alejó. La vio acercarse al mostrador del conserje y hablar brevemente con el hombre de bigote que había detrás. Él le sonrió reconociéndola, luego buscó en su mesa, cogió un sobre y se lo entregó. Ella le dio las gracias, se volvió fugazmente a mirar a Marten y luego siguió al botones hasta un taxi que la esperaba fuera. Al cabo de un momento se había marchado.

31

Madrid, hotel Ritz, 7.05 h

—¿Qué significa que no está? —El asesor de seguridad nacional, doctor James Marshall, un hombre de casi dos metros de altura, se levantó bruscamente de su mesa de despacho, donde tenía esparcidos todos sus papeles y pantallas de mensajes electrónicos.

—Quiero decir que no está. Que se ha esfumado. Desaparecido. —Jake Lowe estaba pálido de incredulidad—. He entrado en su suite para que me diera su respuesta a lo que hablamos anoche y allí no había nadie. Habían puesto unas almohadas debajo de la colcha para hacer creer que estaba todavía durmiendo.

—¿El presidente de Estados Unidos se ha esfumado? ¿Ha desaparecido?

—Sí.

—¿Lo sabe el Servicio Secreto?

—Lo sabe. Pero no ha sido hasta que yo me he puesto a gritar. Entonces se han acojonado.

—Dios mío.

—¿Qué demonios está pasando? —Hap Daniels entró disparado en la habitación—. ¿Es una broma? ¿EL POTUS^[1] se está divirtiendo? ¿Y vosotros, chicos? Si se

trata de un juego, decídmelo. ¡No admito bromas!

—No es ningún juego, Hap —le cortó Marshall—. ¡El presidente es tu responsabilidad! ¿Dónde coño está?

Hap Daniels lo miró, boquiabierto, petrificado:

—Estás de broma.

—Nadie bromea.

—¡Dios mío!

Suite presidencial, al cabo de treinta segundos

A puerta cerrada, Jake Lowe y James Marshall se sumieron en un silencio horrorizado, a la espera, mientras Hap Daniels registraba toda la suite por segunda vez. Sala de reuniones, dormitorio, baño. Transcurrieron unos segundos y salió, cruzó la estancia sin mediar palabra y salió al pasillo. Al cabo de medio minuto regresó con un hombre de dos metros de altura y aspecto de bull dog, el agente del Servicio Secreto Bill Strait, su agente especial adjunto al mando.

—Aparte del señor Lowe, desde que el presidente entró a las 0.20 horas sólo ha entrado y salido de la suite el servicio de habitaciones —dijo Daniels.

—A las 0.35 horas el presidente llamó para que le subieran un bocadillo, una jarra de cerveza y un poco de helado —dijo Strait—. Un empleado del hotel se lo subió en un carrito a las 0.45. En el carro había un jarrón con flores frescas, el bocadillo, la cerveza y un helado de vainilla; una servilleta de tela y los cubiertos. A la 1.32 el presidente dijo que iba a tomar una ducha y que luego se iba a acostar, y pidió que se llevaran el carrito. A la 1.44 el mismo empleado entró en este salón y retiró el carro tal como le habían pedido. Para entonces, el presidente había cerrado la puerta de la zona de descanso. El empleado salió y nadie más ha entrado o salido desde entonces. Esto es, hasta que el señor Lowe ha llegado para ver al presidente a las 7.00.

—Bueno, señores —dijo James Marshall, el asesor de seguridad nacional, fríamente—, lo esencial es esto: el Fumigador^[2] ha desaparecido.

—Esto es imposible —protestó el agente Strait, atónito y angustiado—. Yo he estado toda la noche justo delante de su puerta. Hay cámaras de vigilancia en todos los pasillos, ascensores y escaleras. Tenemos a una docena de agentes en la planta, y a otra docena apostados en cada entrada y salida, por no hablar del Servicio Secreto español que hay en las calles. Ni siquiera un ratoncito podría pasar sin ser advertido.

—¡Pues, de alguna manera, el Fumigador se ha escapado! —soltó Lowe—. Sobre quién lo ha hecho, cómo, quién lo tiene ahora y qué coño le vamos a decir al resto del mundo, no tengo ni puta idea.

—¡Maldita sea! —dijo Hap Daniels en voz alta y a nadie en particular, después de lo que habían sido los minutos más largos de su vida.

A los pocos minutos el hotel entero quedó cercado. Tenían la sospecha de que había existido un fallo de seguridad, se dijo al hotel y a sus agentes de seguridad, y también al Servicio Secreto español, el cual, como país anfitrión, proporcionaba buena parte de la protección del presidente. A los huéspedes del hotel se les prohibió entrar o salir de sus habitaciones. Se registraron todos los pasillos, armarios, dependencias y posibles escondites. Se interrogó a todos los empleados, incluido el camarero del servicio de habitaciones que se había encargado de entregar el pedido del presidente a la una menos cuarto de la noche anterior.

Sí, había visto al presidente, dijo. Éste le dio amablemente las gracias y luego él se retiró.

—¿Cómo iba vestido?

—Pantalón azul marino y una camisa blanca de vestir, sin corbata.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. Uno no se olvida del presidente de Estados Unidos cuando lo conoce en persona a medianoche.

—¿Lo vio cuando volvió a retirar el carro?

—No, señor. La puerta de su dormitorio estaba cerrada.

—Su carro de comida va cubierto de tela desde arriba hasta casi a nivel del suelo.

—Sí, señor. Y siempre llevamos vajilla, cubiertos, hornillos y cosas así de repuesto.

—¿Existe la posibilidad de que una persona pudiera haberse escondido sin ser vista en ese espacio, cuando usted recogió el carro?

—Sí y no, señor.

—Explíquese.

—Pues, sí, hay espacio como para que alguien se esconda, si se acurruca bien. Pero lo único que yo llevaba era un bocadillo, una bebida y un helado. Me habría dado cuenta inmediatamente del peso añadido, y habría comprobado a qué se debía.

La camisa blanca y el pantalón azul marino que describió el camarero del servicio de habitaciones coincidían con la camisa y el traje que el presidente vestía la noche anterior. Su explicación sobre el peso adicional de alguien que hubiera intentado ocultarse en el carro, ya fuera al entrar o al salir de la suite presidencial, parecía precisa y correcta. Su autorización de seguridad se comprobó de nuevo. No había motivos para sospechar que había hecho nada más de lo que se suponía que había hecho: servir un pedido a la habitación de un huésped del hotel.

A medida que avanzaban los minutos y que la búsqueda se intensificaba, iba quedando más claro que el POTUS no se encontraba en el edificio. Al cabo de una hora ese punto se confirmó sin lugar a dudas. Sin embargo, fuera de los niveles más altos de los agentes del Servicio Secreto presentes, o de los hombres pertenecientes al círculo más íntimo del presidente, nadie lo sabía.

A las 9.20 esos hombres se reunieron en una sala fuertemente protegida de la cuarta planta del hotel Ritz: Jake Lowe, el asesor de seguridad nacional James Marshall, el secretario de Defensa Terrence Langdon, el jefe de personal Tom Curran, el secretario de prensa de la Casa Blanca Dick Greene, y el SAIC del presidente Hap Daniels.

El resto —el vicepresidente Hamilton Rogers, el secretario de Estado David Chaplin y el jefe del Estado Mayor de Estados Unidos, Chester Keaton, jefe de la junta de responsables de personal— volaban a bordo de un jet privado de regreso a Washington, comunicados directamente por una línea de seguridad con los otros.

—Tenemos que partir de la suposición de un acto delictivo —les dijo Hap Daniels.

—Sí, por supuesto —dijo Marshall, y luego miró a los demás—. No se trata sólo de una catástrofe monumental, sino que hay un problema de protocolo. Nuestro embajador en Madrid debe ser informado de inmediato. Y también la CIA, el FBI y probablemente otra docena de agencias. Todo lo que podemos pedirle a Dios es que no recibamos una cinta con él en manos de unos terroristas, suplicando por su vida mientras un hijo de puta encapuchado amenaza con cortarle la cabeza.

—De todos modos, hasta que sepamos algo, hasta que veamos cuál es el siguiente paso, no nos podemos permitir que se filtre la noticia. El mundo no puede saber que el presidente de Estados Unidos ha desaparecido. Si eso sucediera, sólo Dios sabe lo que pasaría en los mercados financieros, y los rumores y las maniobras de poder que se desencadenarían, y quién podría intentar sacar partido de esto dentro de sus propios países. —Marshall se acercó al micro del teléfono—. Señor vicepresidente, ¿está usted ahí?

—Sí, Jim —se oyó claramente la voz del vicepresidente Rogers.

—Comprenda la posición en la que esto le coloca. Hasta que encontremos al POTUS y esté a salvo y bajo nuestra protección, está usted avisado de la posibilidad de que deba prometer el cargo como presidente en cualquier momento.

—Lo sé, Jim, y asumo esta responsabilidad con seriedad.

Jake Lowe cruzó la estancia.

—Hay un millón de preguntas que surgen ahora —dijo—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Quién es el responsable? ¿Cómo pudieron entrar y salir sin atraer la atención de ningún control de seguridad del Servicio Secreto? ¿Qué poder o poderes están involucrados? ¿A qué países se lo comunicamos y qué les decimos? ¿Tenemos que establecer bloqueos en carreteras, cerrar aeropuertos? Y... ¿cómo lo hacemos sin que la prensa se entere? Como Jim ha dicho, no podemos dejar que el mundo sepa que el presidente de Estados Unidos ha desaparecido. Necesitamos una noticia que lo enmascare, y rápido. Creo que la solución es ésta. —Miró a Hap Daniels—. Dígame si hay algún fallo en ella, o por qué no funcionará. —Miró al secretario de prensa de la Casa Blanca, Dick Greene—. Usted dígame si lo puede colar a la prensa o no. —Miró de nuevo al micro de la línea de seguridad—. ¿Sigue ahí, vicepresidente?

—Sí, Jake.

—¿Me escuchan también los otros?

—Le escuchamos, Jake. —Era la voz del secretario de estado, David Chaplin.

—Bien, ahí voy. —Lowe miró a los demás—. El hotel ya está alarmado. Todo el mundo sabe que temíamos que hubiera habido un fallo grave de seguridad. Lo que nadie sabe es que hemos tenido noticia de este fallo por primera vez, de una grave amenaza terrorista, a las tres de la madrugada. A esa hora hemos despertado al POTUS y lo hemos bajado por un ascensor de servicio hasta el aparcamiento del sótano, y luego, en un coche camuflado, lo hemos trasladado a un lugar no revelado. Y allí es donde se encuentra ahora. A salvo y protegido, mientras nuestra investigación continúa. —Miró a Dick Greene—. ¿Podría ocuparse de esto?

—Supongo. Al menos, durante un tiempo.

Ahora miró a Hap Daniels:

—¿Y usted?

—Sí, señor. Pero eso sigue sin contestar a la pregunta más apremiante: ¿dónde está y quién lo retiene?

La mirada del asesor de seguridad nacional, Marshall, se volvió hacia Daniels.

—Se ha perdido mientras estaba bajo su vigilancia. Una cosa así no había sucedido jamás en la historia. Encuéntralo y tráigalo a casa en perfecto estado. Pero procure hacerlo con una discreción imaculada. De lo contrario y si eso sale a la luz, el Servicio Secreto va a quedar como la pastorcilla que perdió a sus ovejas delante del puto mundo.

—Lo llevaremos a casa, señor. Tiene usted mi palabra. Sano y salvo y sin que se entere nadie.

Marshall miró a Lowe y luego volvió a dirigirse a Hap Daniels.

—Más le vale, maldita sea.

33

Roma, aeropuerto Leonardo da Vinci, 9.40 h

El vuelo de Air Malta de Nicholas Marten desde La Valetta había aterrizado hacía treinta minutos, y ahora estaba esperando para embarcar en un vuelo de Alitalia que lo llevaría a Barcelona en una hora y cuarenta y cinco minutos. Este era el destino de Demi Picard cuando abandonó Malta.

Se había enterado del lugar al que iba de la misma manera que descubrió dónde se alojaba en la capital de Malta: sobornando al *maître* del Café Trípoli para saber adónde se dirigía el taxi que había llamado para ella, el reverendo Beck y la joven Cristina. «El British Hotel, señor Marten», le dijo, discretamente.

Marten hizo lo mismo con el conserje bigotudo del British Hotel. Se le acercó a los pocos minutos de que Demi se marchara y le dijo que era el novio de la señorita Picard y que se habían peleado y ella se había marchado.

—Se supone que su madre tenía que reunirse con nosotros aquí en La Valetta mañana. Y ahora no sé qué voy a decirle; Demi es su única hija —mintió con desánimo, jugando el mismo juego que no ponía en práctica desde que había sido detective de homicidios en Los Ángeles.

Entonces adoptaba cualquier papel necesario para obtener la información que necesitaba.

—¿Tiene alguna idea de adónde se dirigía?

—Me temo que no se lo puedo decir, señor.

Marten se puso todavía más sincero:

—Estaba muy alterada, ¿no es cierto?

—Sí, señor. En especial cuando ha llamado esta mañana después de las seis para pedir, o más bien exigir, que hiciera todo lo que pudiera para reservarle una habitación en un hotel.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí, señor.

Fue entonces cuando Marten le deslizó una propina considerable en la mano y le dijo:

—Por su madre.

El conserje vaciló y luego se inclinó y garabateó «Hotel Regente Majestic, Barcelona» en un papel de carta. Lo dobló y se lo entregó a Marten.

—Por su madre —dijo, con confianza—. Lo entiendo perfectamente.

La razón por la que Demi se marchaba a Barcelona de manera tan precipitada después de que todos en Malta parecieran haberla abandonado, o al menos desertado de la isla, podía ser cualquiera. Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido entre ella y el reverendo Beck, estaba claro que tenía relación con él, al igual que la tenía con Merriman Foxx. De nuevo pensó en lo curioso que era que un reverendo afroamericano fuera amigo desde hacía años de un oficial del ejército sudafricano de la era del *apartheid*, un oficial que había dirigido una unidad médica en la que se intentaban desarrollar armas biológicas diseñadas para eliminar a la población negra.

Había algo más. Algo en lo que Marten no había pensado demasiado hasta que se encontró a Beck en la mesa de Merriman Foxx en el Café Trípoli: que él fue el reverendo que pidió ayuda médica a la doctora Stephenson cuando Caroline sufrió la

crisis después de los funerales de su marido y su hijo, y que había sido Stephenson quien administró la sustancia que desencadenó la rápida espiral de Caroline hacia la muerte. De Beck a Stephenson a Foxx, el doctor/hombre del pelo blanco con los dedos largos y aquel horrible pulgar con su diminuta cruz de bolas. Todas estas cosas hacían del reverendo Beck un personaje casi tan interesante como el propio doctor Foxx, y Marten esperaba que siguiendo a la señorita Picard hasta Barcelona los encontraría a los dos, o al menos a uno de ellos.

Marten oyó anunciar el embarque de su vuelo de Alitalia a Barcelona. Con la bolsa de su ordenador portátil colgada al hombro, se dirigió hacia su puerta. Al hacerlo se fijó en un joven de complexión media que hacía cola unos cuantos pasajeros más atrás. Parecía tener unos veinte años y llevaba vaqueros y una chaqueta ancha sobre una especie de camiseta informal.

Tal vez un estudiante, o un joven artista o músico. El problema era que ya lo había visto antes: en el vestíbulo del hotel Castille en La Valetta, cuando se marchaba. Y ahora embarcaba en su mismo vuelo a Barcelona. No había razón para sospechar que aquello no era sino una casualidad, pero sospechó, y eso le hizo sentirse incómodo. Tenía casi la sensación de que aquel joven llevaba el nombre de Merriman Foxx tatuado en la frente.

34

Madrid, 11.00 h

Hacía ya cuatro horas que Jake Lowe había descubierto que el presidente no estaba. En todas las agencias federales de máxima seguridad se trabajaba clandestinamente a toda máquina, entre ellas en el Servicio Secreto, la CIA, el FBI, la NSA y todas las dependencias de inteligencia militar. El vicepresidente Hamilton Rogers había informado personalmente al presidente español y al embajador estadounidense. Al principio creyeron que debían también informar a los embajadores estadounidenses en todo el mundo y, a su vez, a los presidentes de Rusia, China, Japón, Francia e Italia, a la canciller de Alemania y al primer ministro de Inglaterra, pero esa idea fue descartada de cuajo por Jake Lowe.

Se trataba de una circunstancia que debía ser desvelada sólo en caso de estricta necesidad, dijo Lowe. La desaparición había tenido lugar sólo hacía un rato, con lo

cual había muchas posibilidades de que el presidente se encontrara todavía cerca y pudiera ser localizado rápidamente y devuelto secretamente a un lugar seguro. Cuanta más gente supiera lo ocurrido, mayor sería el riesgo de que hubiera nuevas brechas de seguridad. Y si eso sucedía, estarían sólo a un paso de que el mundo se enterara de la desaparición del presidente.

Lo que seguiría —recordaba las preocupaciones del doctor Marshall— sería la percepción repentina de un desequilibrio de poder a nivel mundial, seguido de un pronunciado temor en el terreno de la seguridad nacional, tanto en Estados Unidos como en cualquier otro país. Rápidamente, este pánico levantaría rápidas tensiones militares y un trastorno masivo de los mercados bursátiles internacionales, y después de esto, sólo Dios sabe lo que sucedería; las posibilidades eran infinitas. Tal era el poder del cargo de presidente de Estados Unidos y como tal, de la persona que lo ocupaba, lo cual convertía la circunstancia en algo que debía ser desvelado a la mínima gente posible y sólo en caso de estricta necesidad.

En Madrid, y bajo las órdenes del presidente, el CNI, Centro Nacional de Inteligencia o servicio secreto de inteligencia español, coordinaba una búsqueda top-secret que incluía todos los puntos de salida de Madrid —aeropuertos, estaciones de tren y ferrocarril, autovías principales—, y además se impuso una fuerte vigilancia electrónica de comunicaciones entre las organizaciones políticas y terroristas radicales que operaban en España, incluido el grupo separatista vasco ETA.

En el hotel Ritz, Hap Daniels y los expertos de vídeo del puesto de mando móvil del Servicio Secreto, apostados en el garaje del sótano del edificio, examinaban las grabaciones digitales de vídeo hechas por las numerosas cámaras montadas dentro y fuera del hotel: en la suite presidencial de la planta cuarta, en los pasillos, en los ascensores y escaleras, en el garaje del hotel, en la entrada y salones públicos y en la azotea; estas últimas proporcionaban una vista de 360° de las instalaciones del hotel.

En la cuarta planta había un grupo de expertos técnicos del Servicio Secreto que registraban la suite del presidente, tratándola como si fuera el escenario de un crimen.

También en la cuarta planta, y dentro de la misma sala de seguridad en la que se habían reunido previamente, el asesor de Seguridad Nacional James Marshall se enfrentaba al cuarteto siniestro de Jake Lowe, el secretario de Defensa Terrence Langdon, el jefe de personal de la Casa Blanca Tom Curran y el amigo íntimo del presidente, Evan Byrd, afincado en Madrid. Lo que Marshall tenía que decirles era algo que, en algún momento u otro, a todos les había pasado por la cabeza.

—¿Qué ocurre si el presidente no ha sido víctima de un acto delictivo? ¿Se han planteado que tal vez no haya sido secuestrado, sino que podría haber encontrado una manera de burlar la seguridad y huir por sus propios medios? ¿Y si ésa hubiera sido su respuesta a nuestra petición de que autorizara los asesinatos del presidente de Francia y la canciller alemana?

—¿Cómo puede haber burlado los complicadísimos círculos de seguridad del servicio secreto? —Tom Curran descartó la idea, al menos de palabra, como si, de

alguna forma, la idea de un solo hombre actuando solo fuera imposible—. Y, aunque lo hubiera conseguido, ¿cómo podía luego burlar también la seguridad española del exterior?

—Tom, asumamos la puta posibilidad de que lo haya hecho. —Marshall estaba furioso—. Asumamos que ha sido idea suya y que se ha largado. Cómo, no importa, excepto para demostrarnos que es mucho más listo de lo que imaginábamos. Lo que tenemos delante es un desastre en potencia. Él sabe lo que le hemos pedido, sabe quiénes éramos. La cuestión es qué va a hacer con esta información. Hasta que no demos con su paradero estamos totalmente expuestos, todos nosotros.

—Creo, Jim... —Jake Lowe cruzó hasta la ventana y luego se volvió a mirarlos — que no puede hacer nada.

—¿Qué demonios quieres decir? —lo cortó Marshall—.

Es el presidente de Estados Unidos, puede hacer prácticamente cualquier *cosa* que le dé la gana.

—Excepto contar la verdad de todo esto —Lowe desplazó la mirada de Marshall al resto del grupo—. ¿Qué va a hacer, llamar a un canal de TV y decir «pónganme en antena, que tengo algo importante que contar: todos mis principales asesores, incluidos el vicepresidente, el secretario de Defensa, el asesor de Seguridad Nacional y el jefe de la Junta me han exigido que autorice el asesinato de los mandatarios de Francia y Alemania»?

»Lo primero que harían sería encerrarlo en una habitación y llamar a un médico, luego a la policía española y luego al embajador americano. Creerían que está mal de la cabeza. Hap Daniels lo traería de vuelta aquí en un santiamén. Y cuanto más protestara, más loco parecería.

»Además, si ha actuado a solas, significa que cree que no puede confiar en nadie. Si ocupa la presidencia es porque nosotros lo pusimos allí. Conocemos a toda la gente que él conoce, y más. Será muy consciente de ello. Además, no habría huido si no fuera su último recurso, si no temiera que si no hace lo que le pedimos podamos matarle para que entonces el vicepresidente Rogers asuma el puesto de presidente. Un presidente cuya primera acción sería autorizar los asesinatos. Y en eso tendrá razón: lo mataremos, y lo haremos tan pronto nos lo manden de vuelta.

»Puede que sea conservador, caballeros, pero para nosotros es demasiado independiente. Nuestro error fue no verlo desde el principio, pero el caso es que no lo hicimos y ahora anda suelto por ahí, como una bomba de relojería si encuentra la manera de delatarnos. Por otro lado, es cierto que no tiene mucho margen de maniobra. No puede utilizar comunicaciones electrónicas porque sabe que cualquier línea de este tipo, de voz o de texto, será interceptada por todas las agencias de seguridad en nuestras manos y en las de los españoles. Si intenta llamar a cualquier sitio, su localización será detectada antes de que hayan transcurrido los diez primeros segundos de su conversación. La comunicación será cortada de inmediato en el caso

de que la esté haciendo contra su voluntad, y la inteligencia española o nuestros chicos lo localizarán en cuestión de minutos, por no decir segundos.

»Así, sin comunicación electrónica, significa que está por la calle en busca de un escondite hasta que decida lo que va a hacer. Aparte de la de un par de estrellas de cine, la suya es la cara más reconocible del planeta, ¿dónde coño se cree que va a ir antes de que alguien lo reconozca y se ponga a gritar su nombre de una manera u otra? Cuando eso ocurra, la policía y el Servicio Secreto español aparecerán al instante. Lo sacarán de en medio y nos llamarán rápidamente. Entonces Hap, Jim y yo iremos a recogerlo. Diga lo que diga, en menos de una hora estaremos con él aquí y todo el mundo creerá que la muerte de su esposa, la presión de la campaña, de la presidencia, de todo el tinglado, finalmente han podido con él. Será examinado por el equipo médico, que recomendará un breve período de reposo, unos días en el campo antes de la reunión de la OTAN el lunes en Varsovia. Y allí nos lo llevaremos y nos ocuparemos de él. Un infarto o algo similar. Un final triste y trágico para una presidencia brillante y extremadamente prometedora.

—Todo eso está muy bien —intervino el amigo del presidente Harris, Evan Byrd—, pero ¿qué pasa si la desaparición no es cosa suya? ¿Y si ha sido víctima de un terrible delito?

—Pues entonces esperaremos un feliz desenlace, ¿no? —dijo Lowe serenamente—, pero no lo crea, Evan. Si lo hubiera visto en el *Air Force One* cuando se negó a aceptar nuestra petición, me entendería. No, eso es cosa suya y va a tratar de aplastarnos. Cómo, no lo sé, pero lo va a intentar.

Tan sólo tenemos que apretar las tuercas y asegurarnos de que antes lo pillamos nosotros a él.

35

Hotel Westin Palace, 7 de abril, 11.40 h

—Buenos días, Victor.

—Me preguntaba cuándo ibas a llamar, Richard.

Victor caminaba nerviosamente arriba y abajo de la habitación en ropa interior, con el móvil en la oreja y las cortinas corridas para amortiguar la fuerte luz del mediodía. Los restos de su desayuno del servicio de habitaciones a base de café, cereales, jamón y huevos con tostadas descansaban en una bandeja, cerca de la puerta. Tenía la televisión puesta sin sonido, en un canal de dibujos animados.

—¿No te estarás preocupando por esto, no? Siempre llamo cuando he dicho que lo haré. Quizás a veces lo hago un poco más tarde de lo que te gustaría, pero siempre llamo, ¿no es así, Victor?

—Sí, Richard, siempre lo haces.

—¿Fuiste anoche al hotel Ritz, tal y como te pedí?

—Sí, claro. Pedí una bebida en el salón, tal como me dijiste, y luego tomé el ascensor hasta la segunda planta con otros huéspedes. Luego subí a la tercera, solo. Me pediste que intentara llegar a la cuarta, donde se hospedaba el presidente. El ascensor tenía el acceso bloqueado a la cuarta y las escaleras estaban controladas por lo que parecía ser personal de seguridad. Cuando me preguntaron adónde iba, les dije que simplemente estaba paseando antes de encontrarme con un amigo que debía tomarse una copa conmigo. Me dijeron que no podía subir, así que les di las gracias educadamente y me marché. Luego volví a bajar, me terminé la copa como me dijiste y volví andando hasta mi hotel. Y ahí es donde estoy ahora.

—Los de seguridad te vieron.

—Sí, claro. Pero no hubo ningún problema.

—Bien, Victor; muy bien. —Richard hizo una pausa—. Tengo otra misión para ti.

—¿De qué se trata, Richard?

—Quiero que vayas a Francia, a un hipódromo a las afueras de París.

—De acuerdo.

—Haz las maletas ahora y baja a recepción. Allí encontrarás un sobre con el billete de avión a París y las instrucciones que deberás seguir cuando llegues.

—¿Es de primera clase, el billete?

—Claro, Victor.

—¿Y quieres que me vaya ahora?

—Sí, Victor. Tan pronto como cuelgues.

—Muy bien, Richard.

—Gracias, Victor.

—No, Richard, gracias a ti.

12.45 h

Sentado en una mesa del fondo de un pequeño café en el centro del casco antiguo de Madrid, a casi dos kilómetros del hotel Ritz, había un hombre alto, delgado y de pelo escaso, vestido con un jersey negro, unos vaqueros y zapatillas de deporte. Tomaba una taza de café solo a sorbos y observaba a la gente que empezaba a llenar el local para el tentempié de media mañana. El hecho de que hablara español con fluidez ayudaba, porque lo hacía parecer más normal y menos extranjero de lo que era. De momento, como había sido el caso toda la mañana mientras erraba por las

calles tratando de orientarse, nadie le había echado ni un vistazo más de lo normal. Tenía la esperanza de seguir así y de que nadie se diera cuenta de que el hombre que se sentaba a solas entre ellos era John Henry Harris, el presidente de Estados Unidos.

Cuando era niño, Johnny Harris había oído la advertencia de doble filo de su padre con la suficiente frecuencia. La primera parte era: «Piensa siempre por ti mismo y no temas actuar cuando sea necesario». La segunda parte llegaba siempre de inmediato: «Y por el mero hecho de que las cosas parezcan cómodas, no creas que no pueden cambiar de manera repentina, porque no sólo pueden, sino que lo harán».

Si ese principio, a menudo irritante, le había ayudado a prepararse para reaccionar ante el repentino y cruel giro del destino aquí en Madrid, dos retazos más de su formación lo habían ayudado casi por igual. Primero, cuando de joven trabajó en granjas y ranchos en su ciudad natal de Salinas, California, donde aprendió a hablar español hasta el punto de poder cambiar de un idioma al otro con extrema naturalidad, y donde tuvo que aprender a hacer casi de todo, incluido pilotar avionetas fumigadoras, de donde provenía su nombre en clave para el Servicio Secreto. Segundo, como ayudante de ganadería hizo de carpintero y más tarde de contratista de obras. Trabajó principalmente en la remodelación de viejos edificios comerciales en Salinas, y luego más al norte en San José. Como resultado, estaba familiarizado con todos los trucos de la construcción: las necesidades estructurales y mecánicas, la electricidad, la fontanería, la climatización y el uso de los espacios según la función y el diseño. Los edificios más antiguos requerían mayores cuidados, en especial cuando había que instalar calefacción central y sistemas de aire acondicionado en la arquitectura original y adaptarlos a espacios que inicialmente no estaban diseñados para ellos. El hotel Ritz de Madrid había abierto sus puertas en 1910, y desde entonces había sufrido varias remodelaciones. Ignoraba cuándo habían instalado el sistema de calefacción central y de refrigeración, pero lo que sí sabía era que el Ritz era un hotel grande, lo cual significaba que las canalizaciones de calefacción y aire acondicionado serían considerables: las tuberías principales podían llegar a tener hasta dos metros de ancho, mientras que las secundarias podían llegar a un metro de ancho por sesenta centímetros de alto. Las secundarias estarían escondidas en los falsos techos de los pasillos y en ciertas zonas individuales de las habitaciones. Los tiros principales tendrían, o deberían tener, escaleras incorporadas para que resultara fácil acceder al interior del sistema desde el sótano hasta la azotea.

Sabía que el equipo de avanzada del Servicio Secreto habría registrado estos huecos y se habrían asegurado de que eran seguros mucho antes de la llegada de la comitiva presidencial. Eso significaba que estarían cerrados por puntos específicos de entrada: los paneles de acceso de la azotea y el sótano. Lo que no habrían tenido motivo para tener en cuenta era que tanto en la azotea como en el sótano, esos mismos paneles de acceso tendrían pestillos internos de seguridad para evitar que

nadie pudiera quedarse atrapado en su interior. Eso significaba que los paneles se podían abrir desde dentro y se volvían a cerrar automáticamente cuando la persona había salido. Teniendo en cuenta la necesidad de espacio practicable de cualquier edificio comercial —y el Ritz, como edificio antiguo actualizado, no sería distinto—, era más que probable que el fondo de los conductos de aire estuvieran incorporados a zonas ya existentes del sótano, un almacén o una sala de máquinas, o incluso la lavandería.

Fueron estos conocimientos y esa suposición los que ayudaron a John Harris a llevar a cabo su fuga. Le llevó cerca de dos horas y le resultó mucho más difícil de lo que esperaba. Los conductos laterales eran mucho más estrechos de lo que había calculado e hizo una serie de giros que le llevaron a callejones sin salida y le obligaron a corregir su trayectoria a oscuras. Usó varias cajitas de cerillas para iluminarse el camino y empezó a pensar que se iba a quedar allí atrapado para siempre cuando, finalmente, encontró una tubería principal y empezó a bajar.

Varios nudillos y parte de la espinilla le quedaron en carne viva y tenía todo el cuerpo dolorido por el esfuerzo físico que supuso la huida, pero, al final, su intuición fue correcta y funcionó: la ruta principal de ventilación se abría mediante un panel de acceso a una sala grande de provisiones, en el sótano del edificio. Una vez fuera, el panel se había cerrado automáticamente detrás de él y pudo bajar por un corto y mal iluminado pasadizo hasta un punto cercano a la rampa de carga, donde se había escondido tras un congelador enorme hasta que llegó un camión de mercancías poco después de las tres de la madrugada. Vigiló cuidadosamente, aguardando mientras dos hombres descargaban el camión. Luego, cuando entraron en la cabina del vehículo para firmar los albaranes de entrega, se deslizó en medio de la carga y se escondió detrás de unas cajas de lechugas hasta que el conductor subió y se marcharon, sorteando tanto a sus agentes del Servicio Secreto como a la seguridad española apostada fuera. La siguiente entrega de mercancía era en un hotel a unas cuantas manzanas de allí. Ahí esperó hasta que el conductor estuvo dentro y entonces, sencillamente, saltó del camión y se marchó protegido por la oscuridad.

Ahora, cuando eran ya casi las doce del mediodía, permanecía sentado, todavía sin que nadie lo hubiera reconocido, tomando un café en la pequeña cafetería del casco viejo, con la cartera en su bolsillo de atrás del pantalón —una cartera en la que llevaba el permiso de conducir de California, tarjetas de crédito personales y casi mil euros en efectivo— y sin el tupé postizo que sólo su barbero y él sabían que llevaba habitualmente. Era totalmente consciente del revuelo que se habría armado cuando hubieran descubierto su desaparición e intentaba decidir cuál era la mejor manera de trasladarse desde donde estaba hasta donde quería ir sin que nadie lo reconociera y se disparara la alarma.

Hotel Ritz, 11.50 h

La cuarta planta entera se convirtió en un nido de gritos, tal y como Hap Daniels había previsto. El secretario de prensa de la Casa Blanca, Dick Greene, estaba a punto de hacer una declaración especial al enjambre de medios internacionales que se apiñaba en el edificio, empeorando todavía más el caos que suponía la multitud de periodistas acreditados por la Casa Blanca para seguir al presidente en su gira por Europa. Se había filtrado la noticia de que el presidente ya no estaba en Madrid, que se lo habían llevado secretamente a un lugar no revelado durante la noche después de que una amenaza terrorista creíble fuera interceptada por el servicio de inteligencia español. Como oficial al mando del Servicio Secreto que supervisaba la operación, Daniels ya se había puesto en contacto con George Kellner, el jefe de la delegación de la CIA en Madrid, y con Emilio Vázquez, el jefe de la inteligencia española, para establecer una fuerza común que coordinaría sus oficinas con las autoridades policiales españolas en una rigurosa y exhaustiva búsqueda del presidente. La búsqueda sería clasificada como operación de seguridad nacional, lo cual significaba que era rigurosamente secreta a todos los niveles. Inmediatamente después Daniels habló por una línea protegida con el agente especial al mando de la oficina local del Servicio Secreto en la embajada estadounidense en París, para pedir que la oficina de París se pusiera en alerta total en caso de que se necesitaran refuerzos en Madrid. Pronto se añadiría a la caótica situación Ted Langway, un subdirector del Servicio Secreto en la sede de la USSS en Washington, que estaba ya de camino a Madrid para hacer de contacto de Hap Daniels y luego establecer una comunicación permanente con el director del Servicio Secreto en Washington, quien a su vez informaría al secretario del Departamento Estadounidense de Seguridad Interna, bajo el cual operaba ahora el Servicio Secreto.

Y luego estaba la pista que condujo a Hap al panel de acceso del aire acondicionado del falso techo del baño de la suite presidencial. Una revisión minuciosa de vídeos digitales grabados por las cámaras de la azotea mostró la llegada de un camión de víveres al hotel a las 3.02 de la madrugada. Fue detenido y revisado por los agentes del Servicio Secreto y luego autorizado a entrar en el hotel. Las cámaras de seguridad del sótano del hotel mostraban cómo el mismo camión bajaba por una rampa y luego se detenía en un muelle de carga a las 3.08 de la madrugada.

Un empleado del hotel y el conductor descargaron varias cajas de cartón de víveres y luego subieron a la cabina del camión y firmaron el albarán de entrega. En aquel momento, un movimiento vago en forma de sombra se veía acercarse a la parte trasera del camión. Empezaba en la parte superior de la pantalla, proveniente de la zona del congelador, luego se acercaba a la carga del camión y desaparecía. Un

momento más tarde, el empleado del hotel se alejaba del camión, el conductor se subía al mismo y se marchaba. Las cámaras de seguridad de fuera del edificio lo captaron mientras se alejaba del hotel, giraba por una calle lateral y desaparecía.

—Alguien se metió en el camión mientras el empleado del hotel entraba a hablar con el conductor. Fuera quien fuese, seguía en el camión cuando éste se marchó —ladró Hap Daniels en respuesta a lo que vio.

El conductor del camión fue llevado bajo custodia por el CNI y facilitó la dirección de las paradas que hizo inmediatamente después de salir del Ritz.

Mientras tanto, el Servicio Secreto y los técnicos del hotel trazaron la trayectoria del fantasma hacia atrás, desde el camión hasta un congelador enorme, luego hasta el pasadizo mal iluminado que había en la parte trasera, buscando en todas las habitaciones y pasadizos que salían de él. A los pocos minutos encontraron una zona grande de almacenamiento y, dentro, una salida principal de climatización que llevaba hasta la azotea, con canalizaciones secundarias que conectaban con todas las habitaciones de todas las plantas del hotel. Que la puerta de acceso a la salida estuviera cerrada y se hubiera comprobado su seguridad por parte del equipo de avanzada del servicio de seguridad, y luego vuelta a comprobar de nuevo justo antes de la llegada del presidente, parecía descartar la posibilidad de que alguien hubiera entrado por ella —usando las canalizaciones para llegar a la suite presidencial, secuestrar al presidente y sacarlo por el mismo camino—, en especial cuando las cámaras de vídeo habían captado una sola sombra que se metía en el camión.

En un instante, todos se dieron cuenta de lo mismo: todo el operativo estaba orientado a evitar que nadie entrara en el hotel sin ser visto, pero no para evitar que alguien saliera del mismo modo; en especial, alguien que tuviera pleno conocimiento de los cordones concéntricos de seguridad que utilizaba el Servicio Secreto. Alguien como el propio presidente. Además, parecía que lo hubiera hecho con premeditación y alevosía. Un inventario de la ropa que el mayordomo del presidente había puesto en la maleta cuando salieron de Washington reveló lo que faltaba: un juego de ropa interior, unos calcetines de deporte, zapatillas deportivas, un jersey negro y unos vaqueros. Era la ropa que al presidente le gustaba ponerse para estar relajado cuando acababa su jornada oficial. Su cartera también faltaba. Nadie parecía saber cuánto dinero llevaba exactamente, pero su secretaria personal confirmó que le había entregado mil euros antes de marcharse de la Casa Blanca para iniciar su gira europea. Llevar cierta cantidad de dinero en efectivo era un hábito que se remontaba a los tiempos en que el presidente trabajaba en una granja, cuando lo pagaba casi todo en efectivo.

En cuanto a su utilización de los conductos de ventilación para evitar la vigilancia del Servicio Secreto, el personal de mantenimiento del hotel demostró cómo los paneles de acceso al sistema principal de tuberías se podían abrir desde dentro, y que estos mismos paneles se cerraban automáticamente una vez hubiera salido quienquiera que estuviera dentro y el panel se volviera a cerrar. Además, en los

conductos principales había unos estribos en los que apoyar los pies que iban de la azotea hasta el sótano, y los conductos secundarios eran lo bastante anchos como para que un hombre pudiera colarse por ellos.

A pesar de lo escéptico que Hap Daniels se había mostrado al principio sobre la posibilidad de que el presidente hubiera actuado en solitario y hubiera utilizado el sistema de ventilación como medio de escapada del hotel, el factor decisivo llegó cuando se encontraron restos de varias cerillas de madera que se habían quemado recientemente al fondo del hueco que daba a la zona de almacén. El amigo del presidente, Evan Byrd, era fumador de pipa y tenía pequeñas colecciones de cajitas decorativas de cerillas de madera junto a ceniceros colocadas en varios rincones de su casa. Daniels había visto al presidente recoger varias de aquellas cajitas al marcharse de la residencia de Byrd la noche anterior, y guardárselas en los bolsillos. El presidente no fumaba y, por lo que sabía Daniels, no lo había hecho nunca, así que el motivo por el cual se guardó las cerillas era un misterio para todos. Ahora lo comprendía. Le habían servido para iluminarse todo el camino por el sistema de refrigeración del hotel sin tener que encender las luces del interior del mismo, con lo cual se hubiera arriesgado a desencadenar algún tipo de alarma.

—¿Hap? —La voz de Jake Lowe provenía de la habitación contigua.

—Estoy aquí.

Al cabo de un momento Lowe y el asesor de seguridad nacional, Marshall, entraron en el baño de la suite presidencial, donde Daniels y otros dos agentes del Servicio Secreto examinaban un panel abierto de acceso en el falso techo del cuarto.

—Por ahí es por donde se ha escapado. —Hap miraba la zona de la canalización, por la que se oía a un agente del Servicio Secreto moviéndose por el circuito.

—¿Hay algo? —llamó Daniels.

—Sí. —La cabeza del agente asomó de pronto por la abertura del rectángulo—. Por un lado, los de mantenimiento tenían razón. Suba aquí y cierre el panel deslizándolo detrás de usted. Un simple giro de la tuerca lo vuelve a dejar cerrado. Nadie sabría nunca que alguien lo ha utilizado.

—¿Cómo ha conseguido abrirlo desde aquí abajo? Hace falta una llave especial.

—Si quieres, puedes. Tome esto. —El agente le pasó un trozo de metal retorcido—. Es una cuchara, torcida para que funcione como una llave. Es cutre, pero funciona. Lo he comprobado.

Lowe miró la cuchara y luego miró a Marshall.

—Claro, el servicio de habitaciones. Un bocadillo, una cerveza y el helado. Para tomarte el helado necesitas una cuchara. Ya sabía lo que iba a hacer. —De pronto se volvió hacia Daniels—. Vamos a hablar.

12.00 h

Al cabo de sesenta segundos Lowe, Marshall y Daniels entraban en la sala de seguridad que habían usado previamente.

—Creo que ahora ya podemos presuponer que el presidente ha actuado en solitario —Lowe miró a Daniels—. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señor, estoy de acuerdo. La pregunta es, ¿por qué?

Lowe y Marshall intercambiaron una mirada fugaz y luego Lowe cruzó la habitación:

—Obviamente, ninguno de nosotros tiene la respuesta —dijo—, pero mi sensación es que han pasado demasiadas cosas demasiado rápido para él, hasta el punto que ha sido empujado al puro agotamiento psicológico. No soy ningún experto, pero este viaje, la manera en que estaba saliendo, en especial en Francia y Alemania, tan poco tiempo después de una campaña larga y agotadora, seguida prácticamente de la investidura, la puesta a punto del gabinete y lo que está ocurriendo en Oriente Próximo... Todo junto ha sido excesivo, por muy fuerte que sea él, porque lo habría sido para cualquiera. Lo sé porque hemos mantenido conversaciones privadas sobre el tema. Incluso un día me preguntó si creía que estaba realmente capacitado para el puesto. Y a eso, añádanle el tema del que nunca habla pero que sé que todavía lo acecha: la muerte de su esposa... imagínenselo ganando las elecciones y luego pasando sus primeras navidades en treinta y tres años sin ella, solo en la Casa Blanca, para rematarlo. Encima, todos sabemos lo mucho que quería a Mike y Caroline Parsons y a su hijo.

»Tal vez si fuera el tipo de persona que se queja o se pone irritable, o incluso que bebe de vez en cuando, sería distinto, pero no lo es. Si lo juntan, verán que tenemos a un hombre que se lo ha guardado todo dentro y está emocionalmente exhausto. De pronto las circunstancias lo superan y hace una locura, algo que le evita ahogarse.

»La historia que Dick Green está contando a la prensa ahí abajo —que el Servicio Secreto se lo ha llevado a medianoche a un lugar secreto a causa de una amenaza terrorista creíble de la que no podemos hablar— es la que mantendremos incluso cuando lo encontremos. Así tendrá tiempo de someterse a una revisión médica completa y luego, suponiendo que se encuentre bien, descansar y recuperarse antes de acudir a la reunión de la OTAN en Varsovia.

Lowe volvió a cruzar la estancia. Antes se estaba dirigiendo a los dos; ahora miraba directamente a Hap Daniels.

—Sabemos lo que llevaba cuando se marchó y los lugares en los que el camión se ha detenido después de pasar por el hotel. Está solo, tal vez incluso esté desorientado. No es probable que pueda pasear demasiado cual turista sin que nadie lo reconozca.

Con su gente, la CIA, el servicio de inteligencia español y la policía madrileña trabajando juntos, supongo que no va a seguir desaparecido mucho tiempo más.

Daniels no dijo nada. Se limitó a desear con todas sus fuerzas que Lowe tuviera razón.

—El jefe de personal está buscando un lugar al que llevarlo una vez lo hayamos capturado. Nos toca a nosotros, Jim, yo mismo, el jefe de personal, el secretario de prensa Greene aquí en Madrid y el vicepresidente y secretario de estado en Washington, lidiar con los otros gobiernos y con la prensa hasta que podamos volver a presentarlo en público. Les toca a ustedes localizarle y llevarlo rápida y discretamente al lugar acordado. Ustedes llevaron un par de veces al presidente Bush a Irak en secreto; la primera vez nadie advirtió su ausencia hasta que estuvo de vuelta en su rancho de Texas. —Lowe hizo una pausa y luego apretó los ojos—. Hap, ahora necesitamos, debemos, tener la misma eficiencia. La situación es mucho más delicada.

—Lo comprendo, señor. Eso ocurrió bajo nuestra custodia. Nos ocuparemos de ello.

—Sé que lo harán, Hap. —Lowe miró a Marshall y luego acompañó a Daniels hasta la puerta y la abrió—. Que tengamos mucha suerte —dijo, y el agente especial Hap Daniels salió. Lowe cerró la puerta y volvió a entrar en la sala—. ¿Se lo ha creído?

—¿Que el presidente ha perdido los estribos?

—Sí.

—No creo que tuviera elección. Está acojonado: el presidente ha desaparecido, ha ocurrido mientras estaba bajo su custodia y se siente personalmente responsable. No sólo protege al hombre, protege el puesto. Quiere exactamente lo mismo que nosotros: recuperar al presidente lo antes posible y con el menor ruido. Como si jamás se hubiera ido.

Lowe se acercó a una barra de caoba, le dio la vuelta a dos vasos y cogió una botella de whisky. Sirvió un trago doble en cada vaso y le ofreció uno a Marshall.

—Parece ser que tenemos un presidente que ha decidido actuar a solas y que tiene ideas claras sobre cómo dirigir el país. —Lowe tomó un buen trago de su bebida—. En todos los años que hace que le conozco, nunca tuve la más mínima sospecha de que no fuera un buen jugador de equipo. Hasta ahora.

Marshall tomó un sorbo y luego dejó el vaso sobre la mesa en frente de él.

—Es una lección de humildad, Jake. Una lección que al presidente le costará la vida. Esperemos tan sólo que a nosotros no nos salga tan caro.

12.25 h

Nicholas Marten oyó el crujido de las ruedas cuando el tren de aterrizaje de la aeronave se preparaba para tocar el suelo. Diez minutos más tarde estaba ya en la pista del aeropuerto de El Prat de Barcelona y se dirigía a la terminal. Veinte minutos después ya había recogido el equipaje y hacía la cola para subir al Aerobús que en veinticinco minutos lo llevaría a la ciudad, y ahora sus pensamientos —que hacía sólo unos instantes estaban centrados en Merriman Foxx y Demi Picard y en la breve conversación telefónica que había mantenido con Peter Fadden mientras esperaba a embarcar en el aeropuerto de Malta— se centraban en un hombre que estaba tres pasajeros más atrás en la misma cola. Era de raza blanca, de un metro ochenta de estatura, alrededor de cuarenta años de edad y el pelo canoso. Llevaba gafas de sol, un polo amarillo claro metido por dentro del pantalón vaquero y una pequeña bolsa de viaje roja colgada informalmente del hombro. Tenía aspecto de turista, de persona acostumbrada a viajar ligero y con comodidad. No había nada en él que llamara la atención y probablemente Marten no se habría fijado si no lo hubiera visto hacerle un gesto con la cabeza al pasar al joven de los vaqueros y chaqueta ancha que estaba en el vestíbulo de su hotel en La Valetta, al que luego había vuelto a ver en sus vuelos de Malta a Roma, y de Roma a Barcelona. Ese joven ya no estaba, pero en cambio sí estaba ese otro hombre, aguardando en la cola detrás de él para subir al Aerobús azul que los llevaría a Barcelona.

Si era cierto que el primer hombre lo había seguido desde La Valetta, entonces había muchas posibilidades que ahora lo hiciera este segundo. Básicamente, uno había sustituido al otro.

12.30 h

Este segundo hombre estaba ahora dos asientos delante de él y en el otro lado del autobús, mirando por la ventana, mientras salían del aeropuerto para meterse en la autovía que llevaba a la ciudad. Marten lo observó un buen rato y luego se reclinó e intentó relajarse.

Era viernes, 7 de abril. Dos días antes la policía metropolitana de Washington DC lo había ido a buscar al funeral de Caroline y lo había metido en un avión destino a Londres, donde había llegado al día siguiente, ayer, para embarcar al poco tiempo en un vuelo destino a Malta. Luego, esta mañana, después del encuentro de anoche con Merriman Foxx, había abandonado la isla apresuradamente siguiendo los pasos de

Demi Picard hasta Barcelona. Tenía *jet lag*, había dormido muy poco y contaba con poco más que con la adrenalina para seguir despierto. Sabía que tenía que ser consciente de su propio estado mental. En situaciones como ésta era fácil convertir en monstruos lo que en realidad sólo eran pequeños animalitos peludos. Es decir, que tal vez se equivocara sobre el hombre canoso del polo amarillo y las gafas de sol y que el gesto que le hizo al joven de la chaqueta ancha tal vez no significara nada, y que en realidad ninguno de los dos tuviera los ojos puestos en él. Así que lo apartó de su mente y volvió a concentrarse en la conversación telefónica que había mantenido antes con Peter Fadden, al que pilló en Londres poco después de que el reportero del *Washington Post* hubiera llegado, haciendo escala en su viaje a Varsovia para cubrir la inminente cumbre de la OTAN.

Marten le puso rápidamente al día de su encuentro con Merriman Foxx la noche anterior en el Café Trípoli, contándole cómo se había hecho pasar por ayudante de la congresista Baker y cómo la inicial simpatía de Foxx se había convertido en animosidad cuando Marten entró en el tema de las pruebas de toxinas experimentales en humanos después de que las armas biológicas de Sudáfrica hubieran sido oficialmente destruidas. Y todavía se había enfadado más cuando le contó la historia inventada del memorando que el congresista Parsons había dejado poco antes de morir, en el que insinuaba que Foxx había hablado en secreto con la doctora Stephenson en el transcurso de las sesiones del comité. Y añadiendo, además, que Parsons había cuestionado la veracidad de las declaraciones de Foxx. La reacción de Foxx, dijo Marten, había sido defender ferozmente su testimonio y negar que conociera a la doctora Stephenson, después de lo cual dio abruptamente por cerrada la conversación y se marchó.

Finalmente le contó a Fadden la temerosa descripción que Caroline hizo del «hombre del pelo blanco con los dedos largos y asquerosos, y aquel horrible pulgar con su diminuta cruz de bolas» que la había examinado en el hospital al que la llevaron a raíz de su crisis nerviosa en el funeral de su marido y su hijo.

—Peter —le dijo Marten con énfasis—, Foxx no sólo tiene el pelo blanco, sino que sus dedos son extraordinariamente largos y lleva un tatuaje así en el pulgar. Puedo asegurarle que está involucrado tanto en la muerte de Caroline como en la de Lorraine Stephenson. Y otra cosa: cuando me lo encontré estaba cenando con el capellán del congreso, Rufus Beck.

—¿Beck? —Ahí Fadden se quedó estupefacto.

—Tampoco trataron de ocultármelo. Al menos no mientras cenaban tan cómodamente en un restaurante maltés y pensaban que Foxx se estaba entrevistando con un emisario de la congresista Baker.

—No lo entiendo —dijo Fadden.

—Yo tampoco. El reverendo Beck y el doctor Foxx son aparentemente como el agua y el aceite.

—Sin embargo, ambos se mostraron relajados frente a alguien que creyeron que trabajaba para la jefa del subcomité ante el cual Foxx estuvo testificando.

—No sólo testificando, Peter. Testificando en una investigación secreta.

Marten concluyó con lo demás: que la reportera gráfica francesa Demi Picard acompañaba a los dos hombres y que había advertido secretamente a Marten que «los dejara en paz antes de estropearlo todo», y que aquella misma mañana Foxx y el reverendo Beck se habían marchado de Malta hacia destinos desconocidos y que Demi se había marchado poco después, en dirección a Barcelona, donde tenía una reserva en el hotel Regente Majestic, que era adonde ahora se dirigía Marten.

—Peter —repitió con el mismo tono enfático de antes, mientras anunciaban el embarque en su vuelo—, trate de averiguar el nombre de la clínica a la que llevaron a Caroline Parsons después de que la doctora Stephenson le administrara la inyección, y antes de que la transfirieran al hospital universitario George Washington. Tuvo que estar allí varios días. Allí tiene que haber alguna información sobre quién la trató y de qué.

Marten sintió que el autocar disminuía la velocidad y levantó la vista. El hombre de las gafas oscuras y el polo amarillo lo miraba. Al verse sorprendido, sonrió desenfadadamente y luego volvió a girarse a mirar por la ventana. A los pocos minutos, el bus hizo su primera parada en la Plaça d’Espanya. Cuatro pasajeros se apearon, tres más subieron y el bus siguió su trayecto. Luego se detuvieron en Gran Via / Comte d’Urgell, y de nuevo en Plaça Universitat, donde tres pasajeros *más recogieron* su equipaje y se bajaron. Marren se mantuvo vigilante, con la esperanza de que su hombre del polo amarillo se levantase y marchara con ellos. Pero no lo hizo y el autocar siguió su camino.

La siguiente parada, Plaça de Catalunya, a poca distancia a pie del hotel Regente Majestic, era la suya. El autocar se arrimó a la acera y Marten se levantó junto a seis pasajeros más. Recogió su bolsa de viaje y se dirigió a la parte frontal del autocar, vigilando a su hombre mientras lo hacía. El hombre permaneció en su asiento, relajado y con las manos en el regazo, esperando a que el vehículo volviera a arrancar. Marten fue el último en apearse. Rodeó a un grupo de personas que esperaban para subir y se alejó en busca de una calle llamada Rambla de Catalunya y del hotel Regente Majestic. Al cabo de un momento, el aerobús pasó por su lado, *avanzando entre el tráfico*. Siguió andando unos instantes y luego algo lo hizo volver la vista atrás. El hombre del pelo canoso y el polo amarillo estaba de pie en la parada del autobús, mirándolo.

Madrid, estación de Atocha, 13.05 h

Con un ejemplar de *El País* doblado bajo el brazo, el presidente de Estados Unidos John Henry Harris recorría el andén de la estación en medio de un grupo de pasajeros, en dirección al tren Altaria número 1138 que lo llevaría, en un trayecto de cinco horas en dirección noreste, hasta Barcelona. Desde allí tomaría el Catalunya Express para, en poco más de una hora, trasladarse hasta la ciudad que había sido antiguamente plaza fuerte árabe, Girona.

Todo había sido tramado la noche anterior, en el trayecto de regreso de casa de Evan Byrd, después de la reunión sorpresa con «sus amigos», como él los llamó. De inmediato, no le cupo duda de que si se negaba a satisfacer su petición, lo matarían. Eso significaba que no le quedaba otra alternativa que huir. Y eso hizo. Escapar a la vigilancia del Servicio Secreto y salir del hotel le resultó bastante difícil, pero lo que ahora le esperaba era algo totalmente distinto.

En su agenda europea estaba contemplado un período de paréntesis en el que tendría la oportunidad de dirigirse a la reunión anual de The New World Institute, un grupo estratégico de expertos en comercio internacional, del mundo académico y de antiguos líderes políticos que se encontraban una vez al año con el objetivo expreso de explorar el futuro de la comunidad mundial.

El NWI, una institución de más de doscientos años de historia, se había reunido en varios lugares exóticos por todo el mundo, pero durante los últimos veintidós años se había instalado en la exclusiva estación de montaña llamada Port Cerdanya, al norte de Barcelona. Como nuevo presidente de Estados Unidos, había sido invitado para ser el «ponente sorpresa» de este año y dar su conferencia principal en su servicio del domingo al alba. Accedió a ello cuando se lo pidió el clérigo anfitrión del acto, el rabino David Aznar, primo de su difunta esposa y un líder muy respetado de la numerosa comunidad judía residente en la ciudad española de Girona.

El hecho de que su esposa fuera judía se consideró al principio como un posible lastre político, pero al final demostró ser todo lo contrario. Era una mujer divertida, brillante y extrovertida, una compañera extraordinaria a quien el público adoraba. Que no hubiera podido tener hijos era algo triste que ambos habían aceptado, pero a medida que él empezó a escalar en la carrera política, se encontraron arropados como si el electorado entero fuera su familia. Recibían continuas invitaciones para pasar fiestas y celebraciones en las casas de ciudadanos individuales de todos los ámbitos económicos, raciales y religiosos, y a menudo las aceptaban. A la prensa le encantaba, a la gente le encantaba, a su maquinaria política le encantaba, y a él y a su esposa también.

Fue a través de ella por lo que el presidente conoció al rabino David, y ambos se hicieron buenos amigos cuando el rabino viajó varias veces de España a Washington para acompañarlos durante la enfermedad y rápido declive de su esposa. Estuvo allí cuando ella murió y ofició en su funeral; estuvo allí para abrazarlo la noche en que salió elegido; fue uno de sus invitados personales en la toma de posesión, y luego lo invitó a ser ponente sorpresa en la convención de Port Cerdanya. Y era a la casa del rabino David en Girona adonde ahora se dirigía, puesto que era la única persona físicamente a su alcance en quien osaba confiar, y el único lugar que conocía, al menos de momento, en el que podía esconderse.

Con la cabeza agachada, llegó al tren y se acomodó en un vagón de segunda en medio de una muchedumbre de otros pasajeros, con la misma actitud apocada que había adoptado dentro de la estación, cuando esperó pacientemente en la cola para pagar su billete en efectivo; la misma manera en que lo había pagado todo hasta ahora, en las calles de Madrid y en la cafetería en la que se había refugiado antes de llegar a la estación, tratando de confundirse entre la gente, sin llamar la atención. De momento, la suerte lo había acompañado: nadie le había prestado ni la más mínima atención.

De momento.

Sabía que a estas alturas Hap Daniels tendría a la Inteligencia española, al FBI, a la CIA y probablemente a media docena más de agencias de seguridad trabajando frenéticamente para volverlo a meter bajo el control del Servicio Secreto. Estaba igualmente convencido de que la NSA estaría utilizando satélites para monitorizar electrónicamente las comunicaciones por todo el territorio español. Era por esto por lo que había dejado su equipo de comunicación en el hotel, su teléfono móvil y su BlackBerry, porque sabía que cualquier intento que hiciera por ponerse en contacto con alguien sería interceptado en cuestión de segundos, y que lo detendrían antes de que hubiera avanzado media manzana más.

Pocas horas antes había sido el hombre más protegido y poderoso del planeta, con todas las agencias y tecnologías más avanzadas al alcance de su mano. Ahora, en cambio, era un hombre solo, despojado de todo excepto de su astucia e ingenio, y llevaba sobre su espalda la misión de detener el primer intento genuino de golpe de Estado del que tenía conocimiento en toda la historia de Estados Unidos.

No sólo de detenerlo, sino de aplastarlo. Fuera lo que fuese. Asesinar a los líderes de Francia y Alemania y remplazados con líderes en los que pudieran confiar para que se doblegaran a su voluntad en las Naciones Unidas era sólo el principio. La segunda parte era poner a Oriente Próximo bajo su control y, en ese proceso, barrer a los estados musulmanes de la zona. Cómo lo harían era el auténtico horror: el plan desconocido de lo que tenía que ser una campaña de destrucción masiva, la cual estaba seguro que había sido concebida y diseñada por el antiguo científico militar sudafricano Merriman Foxx. Era una pesadilla que superaba cualquier cosa imaginable.

Uneasy lies the head that wears a crown^[3].
Shakespeare, Enrique IV, parte 2

13.22 h

Hubo una sacudida y el tren empezó a salir lentamente de la estación de Atocha. El vagón que había elegido estaba casi lleno cuando él subió, y eligió el primer asiento disponible en el pasillo, al lado de un hombre de más o menos su misma edad que vestía con una cazadora de piel y leía una revista. Para aparentar normalidad, abrió el periódico y se puso a leerlo. Al mismo tiempo, trataba de estar atento a lo que sucedía a su alrededor, atento a cualquiera —joven, viejo, hombre o mujer— que pudiera ser sospechoso de pertenecer a las fuerzas de seguridad que lo estarían buscando.

Lo único que sabía desde el principio era que cuando el Servicio Secreto advirtiera su desaparición, no sólo iniciaría una cacería exhaustiva y muy secreta, sino que también revisarían al milímetro la suite presidencial en busca de cualquier pista que los ayudara a comprender lo ocurrido. Entre otros, llamarían a su mayordomo personal, quien habría hecho un inventario inmediato y minucioso de sus prendas de ropa para determinar que había huido con un jersey negro, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas. Esas prendas estaban ahora en un contenedor de basura de un callejón de la parte vieja de Madrid y habían sido sustituidas por unos pantalones color caqui, una camisa deportivo azul, una modesta cazadora marrón y unos zapatos marrones de andar cómodo. Todo pagado en efectivo y adquirido en El Corte Inglés. Además llevaba unas gafas baratas que se había comprado en una tienda cerca de la estación, y el elemento que estaba convencido que lo ayudaba a disimular mejor su aspecto: la ausencia de su peluquín. Hap Daniels y todos los demás estarían buscando al POTUS tal y como lo conocían, y no a aquel hombre calvo, con gafas y que hablaba español, y que parecía más bien un maestro de escuela o un pequeño funcionario, un tipo que viajaba en tren a Barcelona, en clase turista, mientras leía un periódico en español.

Barcelona, hotel Regente Majestic, 14.25 h

—¿Sabe si ha llegado la señorita Picard? —Nicholas Marten sonrió a la atractiva recepcionista del mostrador—. Me llamo Marten, viajo con el *Washington Post*. Nos han indicado que nos presentáramos en este hotel para que nos asignen habitación.

—Lo siento —le dijo ella, sonriendo—, pero no le comprendo.

—Estamos en Barcelona por el congreso de periodistas y fotógrafos de prensa escrita. Su apellido es Picard, P-I-C-A-R-D. De nombre Demi.

—Un momento. —Los dedos de la mujer se pasearon por el teclado de su ordenador—. Sí, la señora Picard ha llegado hacia las doce —dijo, sin levantar la mirada—. ¿Me ha dicho que su nombre era...?

—Marten, con «e». Nicholas Marten.

—No parece que haya ninguna reserva a su nombre, señor Marten. ¿Puede figurar bajo algún otro nombre?

—Pues... —Marten vaciló; le acababa de proporcionar un filón que hubiera sido absurdo no utilizar—. Tenía que haberme registrado con el pequeño grupo de la señora Picard y el reverendo Rufus Beck, de Washington. El reverendo Beck ya debe de haber llegado, ¿no?

De nuevo, los dedos de la mujer bailotearon por el teclado.

—El reverendo Beck tiene una habitación reservada, pero todavía no ha llegado.

Marten había supuesto bien: Demi había venido siguiendo a Beck.

—¿Y dice que no le consta ninguna reserva a mi nombre? —dijo, con una expresión de absoluta sinceridad.

—No, señor.

—Temía que algo así pudiera ocurrir. No te fíes nunca de una secretaria nueva para que haga tu trabajo. —Marten apartó la vista, como si estuviera decidiendo qué iba a hacer, y luego volvió a mirarla—. ¿Tiene alguna habitación disponible? Me conformaría con cualquier cosa —le sonrió—. Se lo ruego, ha sido un día muy largo.

Ella lo miró comprensiva:

—Veré lo que puedo encontrarle.

La habitación 3117 era pequeña pero con vistas a la calle, y Marten se quedó junto a la ventana mirando al exterior. No estaba contento de haber usado su propio nombre en el mostrador, pero lo cierto es que no iba preparado con ningún alias ni documentación falsa, de modo que no tuvo alternativa.

De todos modos, estaba razonablemente seguro de haber perdido a su espía del pelo canoso y el polo amarillo... y estaba convencido de que el tipo lo había estado siguiendo. Lo siguió de lejos las cinco primeras manzanas que Marten recorrió después de bajar del Aerobús en la Plaça de Catalunya. Luego Marten entró expresamente en un bar de tapas en la calle Pelai, donde tomó un almuerzo ligero y se

demoró casi una hora. Después, haciéndose pasar por un turista más y tomándose su tiempo, salió y anduvo hacia la Plaça Universitat, deteniéndose por el camino a mirar libros en una librería, luego a mirar zapatos, y luego pasó sus buenos treinta minutos en una tienda Zara antes de salir por una puerta lateral y dirigirse finalmente al hotel de la Rambla de Catalunya. En ninguno de esos lugares había vuelto ver a Pelo Canoso.

No tenía idea de quiénes podían ser ni él ni el chico de la chaqueta ancha que lo había seguido desde La Valetta; sólo sabía que habían empezado a seguirle en Malta, donde su principal atracción fue Merriman Foxx. Suponiendo que Foxx hubiera hecho finalmente los deberes y hubiera descubierto que Marten no tenía ninguna conexión con la congresista Baker, su disgusto sería mayor ahora de lo que había sido anoche en su encuentro en el Café Trípoli. Querría saber quién era Marten y por qué estaba haciendo lo que hacía, y si trabajaba para alguien. Y una vez hubiera descubierto lo bastante como para aplacar su inquietud, Marten podía estar prácticamente seguro de que el sudafricano encontraría la manera de poner fin a su curiosidad para siempre.

Marten miró por la ventana un rato más y luego cruzó la habitación. Al hacerlo, su teléfono móvil sonó. Respondió rápidamente, con la esperanza de que fuera Peter Fadden con la información acerca de la clínica de Washington a la que habían llevado a Caroline, pero en cambio lo que escuchó fue la conocida voz de Ian Graff, su supervisor en Fitzsimmons & Justice. A Marten le encantaba su trabajo y se llevaba muy bien con la dirección de su empresa, especialmente con Graff, pero ahora era lo último que necesitaba.

—Ian —dijo, sorprendido, tratando de sonar agradable—. Hola.

—Marten, ¿dónde demonios te has metido?

Graff, un hombre rotundo, leído, culto, normalmente agradable y de trato asequible, se volvía tenso e irritable cuando se encontraba bajo presión. Y Marten era más que consciente de la presión creciente que había para finalizar los planos de la enorme y costosa finca rural de los Banfield, el proyecto en el que estaban trabajando en aquel momento.

—Estoy en... —mentir no tenía ningún sentido—, en Barcelona.

—¿Barcelona? Hemos intentado localizarte en tu hotel de Washington y nos han dicho que te habías marchado. Supusimos que estabas de regreso.

—Lo siento, tendría que haberos llamado.

—Sí, desde luego. Y también tendrías que estar en tu mesa ahora mismo, trabajando.

—Te pido disculpas, pero estoy con un asunto muy importante.

—El proyecto Banfield también es muy importante, no sé si me entiendes.

—Te entiendo, Ian, de veras.

—Al menos, dime cuánto tiempo te va a tener ocupado este tema tan importante.

—No lo sé —Marten se llegó hasta la ventana y miró afuera. Seguía sin ver a Pelo Canoso. Tan sólo coches y peatones—. ¿Qué necesitas que te pueda solucionar desde aquí? ¿Hay problemas con la selección de plantas, con los permisos de modificación del terreno, con los pedidos...? ¿Con qué?

—El problema son los señores Banfield. Han decidido que los rododendros tienen que ir en la colina sur, no la norte, y que en la norte quieren plantar entre ochenta y cien ginkgos.

—¿Ginkgos?

—Sí.

Marten volvió a mirar otra vez por la ventana.

—Crecerán demasiado altos y espesos y les cerrarán la vista del río.

—Eso es exactamente lo que les hemos dicho. Pero eso es una menudencia comparado con lo que quieren hacer con las forsitias, las azaleas y las hortensias.

—Pero si todo eso lo aprobaron hace diez días.

—Pues esta mañana se han retractado de todo. Han accedido a pagar lo que sea necesario por los cambios, pero a lo que no están dispuestos es a que se les modifique el calendario. Yo de ti me metería en el próximo avión que salga para Inglaterra.

—No puedo hacerlo, Ian. Ahora mismo, no.

—¿Eres empleado nuestro o no?

—Por favor, trata de comprender que lo que estoy haciendo aquí es algo muy complicado y muy personal. Si... —de pronto se oyeron unos golpes a la puerta de la habitación que lo hicieron detenerse a media frase. De inmediato volvieron a llamar —. Ian, espera un momento, por favor.

Marten se metió en el pequeño pasillo que separaba la habitación de la puerta de entrada. Estaba casi a punto de abrir la puerta cuando, de pronto, una idea lo detuvo. ¿Y si no había logrado esquivar a Pelo Canoso? ¿Y si estaba allí mismo, frente a su puerta, y Merriman Foxx había decidido que no quería explicaciones, sino que quería que lo eliminaran ahora mismo?

Los golpes volvieron a sonar.

—Dios mío —respiró Marten. Inmediatamente volvió a llevarse el teléfono al oído—. Ian —dijo, con una voz sólo ligeramente más alta que un suspiro—, tengo que ocuparme de una cosa. Mándame los cambios por e-mail y te responderé lo antes que pueda.

Colgó y volvió a escuchar la llamada, más fuerte y seca. Fuera quien fuese no estaba dispuesto a marcharse. Miró a su alrededor para ver si encontraba algo que pudiera servirle de arma. Lo único que vio fue el teléfono de la habitación colgado en la pared contigua. De inmediato lo cogió y llamó al servicio de habitaciones.

Le respondió una voz en español:

—¿Habla usted inglés? —le dijo.

—Yes, sir.

—Pues espere un momento, por favor.

Con el teléfono en la mano, con la línea de salvación que suponía la operadora del servicio de habitaciones en caso de necesidad, Marten respiró hondo y luego se volvió hacia el pomo y abrió la puerta.

Demi Picard estaba en el pasillo, los brazos en jarras, mirándolo a los ojos.

—¿Qué es esto de un congreso de periodistas y fotógrafos? —le soltó, furiosa, con su acento francés—. ¿Cómo me ha encontrado? ¿Qué demonios está haciendo aquí, maldita sea?

Si llega a estar un poco más irritada hubiera estallado en llamas.

41

15.00 h

Tuvieron que andar un buen rato antes de que Marten consiguiera calmar a Demi lo bastante como para que se dignara hablarle. Y todavía le llevó más tiempo convencerla de que almorzara con él. Y después de esto, casi media botella de un buen cava local para que se comportara, al menos, con cierta cortesía.

Ahora ocupaban una mesa en el salón del fondo de Els Quatre Gats (Los cuatro gatos), un restaurante situado en una callejuela del Barrio Gótico en el que compartieron un *suquet de peix* —un cocido a base de pescado y patatas— regado con más cava. Poco a poco, Demi iba entrando en razón.

Llevaba todavía la chaqueta azul sobre la camisa a rayas de corte masculino y los pantalones beis que vestía por la mañana en La Valetta. Fuera o no fuese reportera gráfica, lo que estaba claro era que estaba acostumbrada a viajar rápida y ligera, lo que explicaba probablemente su pelo corto, con el que había poco más que hacer que lavar y secar. Era lista y decidida y, como él ya sabía, tenía carácter. Pero tan cierto como eso parecía, también lo era que tenía un aire vagamente desconectado, como si todo lo que hiciera, incluso a nivel profesional, tuviera que ver con algo ajeno a ella. Qué era ese algo, ni siquiera podía imaginarlo, pero desde luego le daba un extraño aire de vulnerabilidad que la convertía en alguien difícil de definir. Sus ojos grandes, oscuros y de mirada profunda tampoco ayudaban, porque llamaban la atención y descolocaban, en especial cuando miraba directamente como ahora lo hacía con Marten.

—Quiere que confíe en usted —dijo—, ¿no es cierto?

—Eso me ayudaría.

—Pero, en cambio, no cree que pueda fiarse de mí.

Marten sonrió.

—En Malta le pregunté si sabía dónde habían ido el doctor Foxx o el reverendo Beck, o la joven Cristina, y usted me dijo que no. Y en cambio, sabía en todo momento que Beck venía a Barcelona, y a qué hotel, y...

Demi lo interrumpió:

—El portero del hotel me llamó poco antes de que usted llegara a mi habitación. Me dijo que el reverendo le había pedido que se disculpara por haberse marchado de manera tan repentina. Me dijo adónde había ido y que me había dejado un billete de avión por si deseaba seguirle. Eso es lo que había en el sobre que recogí en el mostrador antes de marcharme.

—Los detalles de cómo ha llegado hasta aquí, o el porqué, no me interesan. Lo que me interesa es que me ha mentido. Explíqueme ahora dónde cabe la confianza.

—Digamos solamente que su aparición en Malta y la manera en la que trató al doctor Foxx me colocan en una postura incómoda.

—¿Por eso me dijo que podía estropearlo todo?

—¿Qué quiere de mí?

La manera en que Demi esquivó la pregunta y en que lo miró al hacerlo le dejaron claro a Marten que, al menos por ahora, eso era lo más lejos que podía llegar.

—Mire —le dijo, directamente—, estoy aquí por el mismo motivo que viajé a Washington y a Malta: para averiguar la verdad de lo que le ha ocurrido a Caroline Parsons. Si quiere usted hablar o no del tema es su problema, pero desde mi punto de vista está claro que usted ha viajado a Barcelona por el reverendo Beck, y por eso estoy aquí. Beck y Foxx estaban juntos en Malta por alguna razón. Ambos se marcharon repentinamente y por separado. Eso me indica que es posible que se vuelvan a reunir con la misma rapidez, en especial porque Beck sigue merodeando por esta parte del mundo. Beck me resulta una curiosidad, pero es Foxx quien realmente me interesa, y apuesto a que el buen reverendo me llevará hasta él, y más bien pronto que tarde.

—Y usted cree que el doctor Foxx le puede dar la respuesta sobre la señora Parsons.

—Sí —la mirada de Marten se intensificó de pronto—. Anoche empezó a hablarme de eso, pero luego se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos y se puso nervioso. Quiero que termine lo que me estaba diciendo.

Justo en aquel momento su camarero, un hombre de rostro agradable y delicado con el pelo oscuro, se acercó a su mesa.

—¿Puedo traerles alguna cosa más? —les preguntó, en inglés.

—De momento no, gracias —dijo Marten.

—De acuerdo —asintió el hombre, y se alejó.

Demi tomó un sorbo de cava y miró a Marten por encima de la copa.

—Parece que quería usted mucho a la señora Parsons.

—La amaba —declaró, sin ninguna vergüenza ni disculpa—. Estaba casada.

Marten no respondió.

Demi puso una media sonrisa:

—Entonces está usted aquí por amor.

Marten se le acercó un poco.

—Hábleme de las brujas.

—Yo... —Demi vaciló y miró su copa de cava, como si no supiera muy bien qué decir, si es que había algo. Finalmente levantó la vista—. ¿Sabe lo que es una *strega*, señor Marten?

—No.

—Es la palabra italiana para «bruja». Tengo una hermana menor que vino a Malta hace dos años y desapareció. Más tarde descubrí que era una *strega* practicante y que estaba involucrada en un aquelarre secreto de brujas italianas. Si eso tuvo algo que ver con su desaparición o no, lo ignoro, pero lo que sí sé es que Malta es un lugar antiguo y lleno de lugares y cosas secretos. Mi hermana estuvo allí tres días y eso es lo último que nadie sabe de ella. Las autoridades la buscaron pero no encontraron nada. Dijeron que se trataba de una mujer joven y que podía haber hecho cualquier cosa.

»Para mí eso no era ninguna respuesta válida, de modo que seguí buscando por mi cuenta. Así es como descubrí al doctor Foxx. Tiene muchos contactos en Malta y conoce a gente y sabe cosas que no sabe nadie, ni siquiera la policía. Pero hay cosas que él nunca revelaría a un desconocido. No sabía qué hacer, y además, tenía que volver al trabajo. Me encargaron un reportaje fotográfico en Washington para describir la vida social de los congresistas norteamericanos.

Allí me enteré de la existencia del reverendo Beck y descubrí también que conocía bien a Foxx. Eso me brindaba una oportunidad magnífica para descubrir lo que le había sucedido a mi hermana, de modo que, a través de un editor francés, me las arreglé para hacer un ensayo fotográfico sobre los clérigos que atienden a los políticos. Convertí a Beck en uno de los protagonistas para poder hacerme amiga de él y ganarme su confianza. Es por eso por lo que pude ir a Malta y conocer personalmente a Foxx. Pero no pude hablar con él de la manera en que necesitaba hacerlo porque... —por un momento, sus ojos destellaron de rabia, pero luego pareció superarlo—, de pronto llegó usted y lo estropeó todo. Y he seguido al reverendo Beck a Barcelona porque, como usted ha supuesto, debe volver a encontrarse con el doctor Foxx en breve. Tal vez mañana y todo.

—¿Lo sabe seguro?

—No, seguro no. Pero Cristina, la mujer que cenaba con nosotros en Malta, me dijo que el reverendo y el doctor Foxx lo habían comentado justo antes de que Foxx se marchara del restaurante. «Hasta el sábado», dijo Foxx. Puesto que eso ocurrió ayer por la noche, supuse que eso significaba el sábado siguiente, que es mañana. Por eso he venido, para seguir trabajando en el libro con el reverendo Beck y, por ese

motivo, espero ver al doctor Foxx cuando se reúna con él. —De pronto su mirada se volvió hacia él y la rabia pareció apoderarse de ella otra vez—. Tal vez lo consiga si no vuelve usted a meterse.

Marten ignoró su comentario.

—Hay algo que no ha me ha explicado: el motivo por el que usted me preguntó si Caroline Parsons me había hablado de «las brujas» antes de morir. ¿Qué le hace pensar que podía saber algo de ellas?

—Porque... —Levantó la vista.

El camarero había vuelto y les estaba llenando las copas de cava, como lo había hecho un par de veces antes. Ahora la botella estaba vacía.

—¿Desean otra botella? ¿O tal vez alguna otra cosa del bar? —preguntó.

—No, gracias —dijo Marten otra vez.

El hombre miró a Demi y sonrió, luego se volvió y se alejó. Marten esperó a que ya no pudiera oírlos y luego volvió a mirar a Demi.

—Porque... ¿qué?

—Por su médico.

—¿Stephenson?

—Sí. —Demi hurgó en su bolso y sacó un bolígrafo—. Déjeme enseñárselo. —Cogió una servilleta de papel y luego dibujó en ella un sencillo diagrama y se lo acercó.

Él exhaló ruidosamente al ver lo que era: la misma cruz de bolas que había visto tatuada en el pulgar de Merriman Foxx, la misma cruz de bolas que Caroline le había descrito en su atemorizada descripción del hombre del pelo blanco.

—Es el signo de Aldebarán, la pálida cruz roja que forma el ojo izquierdo de la constelación de Tauro. En los primeros pasos de la astrología se consideraba que emanaba una influencia potente y afortunada. Se le llama también «Ojo de Dios».

—¿Qué tiene que ver con la doctora Stephenson?

—Lo llevaba tatuado en el pulgar izquierdo. Muy pequeño, apenas se veía.

Marten no podía creerlo.

—Foxx lleva lo mismo.

—Lo sé. Y también la mujer, Cristina.

—¿Qué tiene que ver el tatuaje con «las brujas»?

—Es el símbolo del aquelarre al que pertenecía mi hermana.

—¿Foxx y Stephenson son brujos?

—No estoy segura, pero mi hermana llevaba el mismo tatuaje. ¿Por qué otro motivo llevaría gente tan distinta el signo de Aldebarán tatuado en el pulgar, y concretamente, en el pulgar izquierdo?

—¿Qué le llevó a pensar que Caroline tenía algo que ver con ellos? Yo tuve sus manos mucho tiempo entre las mías y nunca advertí que llevara ese tatuaje, ni ningún otro.

—Se estaba muriendo. El doctor Foxx había estado cerca y la doctora Stephenson había sido su médico durante algún tiempo. No conozco sus rituales, pero tenía la esperanza de que ella supiera algo de ellos. Si tenía miedo, tal vez lo hubiera querido compartir con alguien en quien confiara totalmente y, francamente, ése parecía ser usted. Quería averiguarlo.

—Jamás me dijo nada.

—Entonces me equivocaba. O eso, o es un secreto que se llevó a la tumba.

—¿Tiene el reverendo Beck alguna marca?

—¿Se ha fijado en sus manos alguna vez?

—Tiene un trastorno de pigmentación en las manos, vitíligo. Tiene toda la piel manchada —dijo Marten, y luego comprendió—. Lo cual quiere decir que, aunque llevara el tatuaje, resultaría muy difícil de ver.

—Sí.

—Entonces no sabe si es miembro o no del aquelarre.

—Creo que está implicado, pero no sé si pertenece a él.

—Hábleme del aquelarre en sí. ¿Siguen algún tipo de culto? ¿Son adoradores de Satán? ¿Extremistas religiosos? Con el historial de Foxx, tal vez sean algún tipo de grupo militar.

—¿Le dice algo el nombre de Nicolás Maquiavelo?

—Se refiere usted a Maquiavelo, el hombre.

—Sí.

—Si no lo recuerdo mal, fue un escritor florentino del siglo XVI, famoso por su obra titulada *El Príncipe*, sobre las formas de obtener y conservar el poder político puro, según el cual la autoridad lo es todo y el oportunismo va siempre por delante de cualquier tipo de moral. Una especie de manual práctico para convertirse en dictador.

—Exacto —asintió Demi con expresión agradecida.

—¿Qué tiene que ver Maquiavelo con el aquelarre?

—Existe la leyenda de que, en su lecho de muerte, escribió una adenda a *El Príncipe*, una especie de programa secundario para obtener el poder. Estaba basado en lo que él llamaba un «prerrequisito necesario»: la creación de una sociedad secreta que estaría gobernada por la norma de la complicidad; una hermandad de sangre cuyos miembros participarían en un acto de asesinato ritual. Tendría que ser un sacrificio humano elaborado y orquestado con mucho cuidado, celebrado una vez al año en un lugar remoto y seguro, preferiblemente una iglesia o un templo, para dar a la ceremonia un impacto religioso. Las normas requerían que todos sus miembros firmaran un diario muy bien escondido y con fecha, en el que figurarían los nombres, lugares y fechas de nacimiento, nombre y forma de morir de la víctima, y una huella digital con la sangre de los participantes como tinta e impresa en el diario junto a su firma. Eso se hacía para confirmar su presencia, su fidelidad a la sociedad y su implicación voluntaria en el asesinato. El diario era la clave del poder de la sociedad porque la exposición pública del mismo representaría la ruina, incluso la muerte, para

todos ellos. Una vez ejecutado el asesinato y registrada la presencia de los participantes, la sociedad podía establecer su agenda para el año siguiente con la tranquilidad de que lo que habían hecho estaba plenamente blindado contra la traición interna, con lo cual quedaban libres para ejecutar cualquier plan que se acordara.

»Los que conocen esta historia creen que la adenda, si es que existió, no alcanzó nunca a los lectores a los que pretendía llegar —los florentinos oprimidos por la familia Médici gobernante, a los cuales Maquiavelo tenía la esperanza de unir por la sangre para que los destronaran— y en cambio fue enviada a Roma, donde cayó en manos de un grupo ya poderoso e influyente que la utilizó y la ha seguido utilizando durante siglos como base ideológica para perseguir sus propios fines. Para aquellos que siguen este credo, la adenda se conoce como *La conspiración Maquiavelo*.

—¿Y usted cree que el aquelarre de Aldebarán es esto, una edición actualizada de la Conspiración?

—Esto, señor Marten, es lo que intento descubrir desde hace mucho tiempo.

De pronto, algo llamó la atención de Marten. Cogió su copa y se reclinó en su asiento, mirando distraídamente por toda la sala.

—¿Qué ocurre?

—Levántese como si se hubiera enfadado conmigo, coja su bolso y salga del restaurante —le dijo Marten en voz baja—. Gire a la derecha hasta el final de la calle, doble la esquina y espéreme.

—¿Por qué? ¿Qué está ocurriendo?

—Hágalo, por favor. Ahora.

—Está bien.

Demi se apartó de la mesa deliberadamente, le dedicó una mirada furiosa a Marten y luego cogió su bolso y se marchó. Él la siguió con la mirada unos segundos y luego le hizo un gesto al camarero para que le trajera la cuenta. Expresamente, se tomó otro sorbo de cava y luego dejó la copa sobre la mesa e hizo además de relajarse. Al cabo de un momento, el camarero le trajo la cuenta. Marten pagó en efectivo, se levantó y salió del restaurante, pasando sin mirar junto al turista de cuarenta y pico años que se había sentado a una mesa cerca de ellos y examinaba la carta. Un turista de pelo canoso que ahora llevaba una cazadora de tono oscuro sobre el polo amarillo. Si había alguna duda de que había tomado el relevo en el aeropuerto de Barcelona, ahora se había disipado.

15.40 h

Marten cruzó la puerta y se puso las gafas de sol para protegerse de la fuerte luz; luego recorrió rápidamente el tramo de calle. Una vez en la esquina, se volvió hacia la entrada de Els Quatre Gats. Si Pelo Canoso iba a perseguirlo, todavía no lo estaba haciendo. Un paso más y había doblado la esquina en busca de Demi. La acera estaba abarrotada y no la vio. Por un momento, temió que se hubiera marchado sola, que todavía no confiara en él y que tuviera que buscarla y volver a empezar de nuevo la misma batalla. Y entonces la vio esperándolo bajo el alero de una tienda.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, al verlo.

—Un hombre de pelo canoso y un polo amarillo me viene siguiendo desde La Valetta. Tiene que ser cosa de Foxx, pero no estoy seguro.

—Le han seguido.

—Sí.

—Eso significa que nos han visto juntos.

Marten percibió la furia que empezaba a asomar otra vez en sus ojos.

—Puede usted quitarle importancia a todo diciéndole a Beck que la he seguido hasta Barcelona y he insistido en hablar con usted. En el restaurante le he hecho un montón de preguntas extrañas de las que no sabía nada y, como yo seguía insistiendo, se ha enfadado y se ha marchado.

—En eso tiene usted razón: me he enfadado y me marché —dijo airadamente antes de darle la espalda bruscamente y marcharse entre la muchedumbre.

Marten la alcanzó; ella lo ignoró.

—Le guste o no, estamos juntos en esto. Usted quiere saber qué ha sido de su hermana y yo quiero saber qué le pasó a Caroline Parsons. —Miró a su alrededor y luego bajó la voz—. En ambos casos el doctor Foxx parece ser la clave.

Ella siguió ignorándolo y siguió caminando.

Marten se mantenía a su lado.

—Si Foxx está aquí y el reverendo Beck va a encontrarse con él... lo único que quiero saber es dónde y cuándo. Aparte de esto la dejaré tranquila, se lo prometo.

Ella no le respondió. Alcanzaron el final de la manzana y se detuvieron junto a un grupo de gente que aguardaba en el semáforo en rojo. Marten se le acercó un poco más.

—Está sola en esto, ¿no es cierto?

Demi no dijo nada. El semáforo se puso verde y ella se fundió con la gente para cruzar la avenida. Marten volvió a alcanzarla. Marten insistió:

—Esa gente no es especialmente agradable, en especial Foxx. Llegará un momento en el que deseará tener cerca una cara amiga.

Alcanzaron la acera de enfrente y ella se volvió bruscamente para enfrentarse a él:

—No piensa largarse, ¿no?

—No.

Lo miró un segundo más.

—Lo único que quiere saber es dónde y cuándo —dijo, finalmente, resignada.

—Sí.

—Haré lo que pueda.

—Gracias —dijo él, y luego levantó rápidamente la vista y bajó de la acera para llamar un taxi.

El taxista cruzó dos carriles y se detuvo a su lado.

Marten abrió la puerta de atrás:

—Vuelva al hotel. Esperemos que a estas alturas Beck ya se haya registrado. Vea lo cómodo que se siente con usted, si cree que la situación se ha calmado lo bastante para como para hablar de Foxx y de su reunión con él. —Demi subió al taxi y Marten le entregó una hoja de papel—. Mi número de móvil. Si no sé nada de usted hacia las cinco, la llamaré. —Cerró la puerta del taxi, éste se alejó y Marten se apresuró a rehacer el camino por el que habían venido.

43

Marten y Pelo Canoso se vieron en el momento en que Marten dobló la esquina para volver hacia Els Quatre Gats.

En aquel instante, el canoso se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y dio media vuelta. Cruzó la estrecha calle apresuradamente y luego se metió como una flecha por otra, para girar al final de la manzana por la congestionada Via Laietana. Marten lo siguió a la carrera. Mientras corría, Marten se preguntaba curioso cómo el hombre podía haberlo seguido hasta el restaurante cuando estaba seguro de haberlo despistado antes. Lo único que se le ocurría era pensar en su atento camarero, tal vez no tan ansioso por incitarlos a beber para engrosar la cuenta como inicialmente sospechó, sino por asegurarse de que él y Demi permanecían en el local hasta poder informar a Pelo Canoso y darle tiempo para llegar. Si ése era el caso, lo que sucedía tenía un alcance mucho más amplio de lo que había imaginado. Una especie de culto basado en la brujería medieval que controlaba, o al menos pagaba, a una red de informadores callejeros que probablemente no tuvieran ni idea de la procedencia de sus pagas. Gente como Pelo Canoso y el joven que lo había seguido desde La Valetta.

A la carrera, esquivando a la gente por una acera atiborrada de compradores, Marten trataba de no perder de vista a su hombre. Pero había demasiada gente y lo perdió. Aflojó el paso y estuvo a punto de tirar la toalla cuando de pronto lo vio salir disparado de en medio de una muchedumbre, a media manzana de él, y luego doblar

a la izquierda para meterse en un callejón. Marten sorteó un par de tenderos que discutían entre ellos, estuvo a punto de derribar a una mujer que llevaba un bebé en brazos y luego dobló la esquina justo a tiempo de ver a Pelo Canoso girarse, volver a girar a la izquierda y echarse a correr por una calle más ancha con abundante tráfico.

Estaban en un barrio antiguo, parte del Barrio Gótico, con sus edificios del siglo XIII al XV, las terrazas de los cafés, los pintorescos comercios con apartamentos encima. Con los pulmones recalentados y el corazón acelerado, Marten siguió corriendo. Después de apartarse para esquivar una moto que lo alcanzaba a toda velocidad, giró por el mismo lugar que Pelo Canoso y siguió corriendo, buscando con la mirada entre la muchedumbre que ocupaba ambos lados de la calle. Estaba en plena carrera cuando oyó el ruido agudo de un claxon. Una décima de segundo más tarde se oyó un grito de horror que surgía de entre el gentío que se aglomeraba en la manzana de delante. Luego el claxon se calló y toda la zona se quedó en silencio. Marten se acercó deprisa, abriéndose paso entre la gente casi paralizada y que miraba algo delante de todos ellos. Luego vio un camión grande de mercancías detenido en medio de la calle, sus hierros frontales fuertemente abollados, y el cuerpo de Pelo Canoso en el suelo, delante del vehículo.

La gente se agrupaba a su alrededor, en silencio, mirando. Marten avanzó lentamente y se acercó a Pelo Canoso. Se arrodilló y le puso una mano sobre la arteria carótida, tratando de buscar el pulso. El camionero, un chico de treinta años como mucho, se mantenía junto a la cabina de su vehículo con la puerta abierta. Medio estupefacto, inmóvil.

Marten, de pronto, miró a la muchedumbre que lo rodeaba.

—Llaman a una ambulancia. ¡Ambulancia! ¡Ambulancia! —dijo, gritando; luego se volvió a girar, abrió la cazadora de Pelo Canoso y le puso una mano sobre el corazón. Volvió a tocarle la arteria carótida, mantuvo la mano allí unos segundos, se inclinó un poco, le cerró la cazadora y se levantó—. ¡Ambulancia! —volvió a gritar, luego se empezó a alejar y se coló por en medio de la gente.

A su alrededor podía ver a gente con sus móviles tratando de conseguir ayuda. Detrás de él, el camionero seguía en el mismo sitio, petrificado junto al camión.

Marten siguió andando. Lo último que necesitaba era que llegara la policía y le interrogara sobre el hombre atropellado por el camión. Querrían saber su nombre, le preguntarían si era médico. Y al averiguar que no lo era, querrían saber por qué se había avanzado a ayudar como lo había hecho. Querrían saber qué había visto, qué detalles podía aportar. Desconocía las leyes españolas relativas a los accidentes de tráfico, pero lo último que quería era ser interrogado por la policía o la prensa, o que le hicieran una foto, o salir en un vídeo hecho por el noticiario de una televisión local.

Lo único que quería era no tener ninguna relación con Pelo Canoso.

Tren Altaria n.º 01138 Madrid-Barcelona. 16.35 h

El presidente de Estados Unidos le dio las gracias con un gesto de la cabeza al camarero del vagón cafetería, luego se llevó lo que se había comprado, un bocadillo y una botella de agua mineral, a una mesilla lateral para comer. Aparte del camarero de la barra, en el vagón había seis personas más, cuatro hombres y dos mujeres, una más mayor que la otra. De los hombres, había dos que tomaban cerveza junto a la ventana; otro estaba de pie, con un café en vaso de papel en la mano, mirando el paisaje. El último se sentaba a una mesa y compartía un plato de pequeños bocadillos con las dos mujeres. Esos tres parecían inofensivos, unos hermanos que tal vez viajaban con su tía, o un matrimonio y la hermana mayor de uno de ellos. En cambio, de los otros tres no se fiaba tanto.

Hacía pocos minutos que habían dejado atrás la ciudad de Lleida, después de detenerse en Zaragoza, y ahora avanzaban en dirección noreste, con una parada en Valls antes de llegar a la estación de Barcelona-Sants un poco después de las seis de la tarde. La mayor parte del viaje había transcurrido sin incidencias, y nadie lo había mirado ni una segunda vez, pero en Lleida vio a varios hombres armados y de uniforme que subían al tren, y poco después vio a cuatro más, vestidos de paisano pero con el estilo inequívoco y los gestos de los miembros de las fuerzas de seguridad. Eso le hizo preguntarse si uno, o tal vez los tres hombres, los dos que bebían cerveza y el que miraba por la ventana, podían ser también agentes, españoles o americanos. Los tres habían llegado al vagón después de él y estaban lo bastante cerca de la puerta del fondo como para impedirle salir si querían. Los hombres de uniforme u otros agentes de paisano que habían subido en Lleida podían entrar fácilmente y bloquearle la puerta que tenía detrás. Si estaba en lo cierto y lo hacían, el juego habría terminado.

Harris se terminó rápidamente el bocadillo y tomó otro sorbo de agua. Luego tiró educadamente el plato de papel a una papelera y abandonó el vagón pasando junto al hombre y las dos mujeres.

Recorrió el siguiente vagón entero y entró en el tercero para ocupar su asiento en la zona de segunda clase, junto al hombre de cazadora de piel y boina negra que había sido su compañero de asiento desde Madrid. Ahora el hombre se había vuelto hacia la ventana, la boina le tapaba casi todo el rostro y parecía dormir. Harris respiró hondo y se relajó, luego cogió su ejemplar doblado de *El País* del respaldo del asiento de delante y lo abrió.

Eran las 16.44. La parada siguiente era Valls a las 17.03 y Harris no sabía qué hacer. Sabía que Hap Daniels estaría más que decidido a devolverlo a casa; estaría histérico. No sólo se había convertido en el primer agente del Servicio Secreto al

cargo del destacamento presidencial en haber perdido un POTUS, sino que estaría avergonzado a más no poder y estaría aguantando enormes críticas de sus superiores, lo cual equivalía a decir que tenía todas las cartas para ser despedido. Personalmente, sentiría que había decepcionado monstruosamente a un amigo.

La primera suposición del Servicio Secreto habría sido que el presidente había sido víctima de un acto delictivo o terrorista, y habrían actuado en consecuencia. A estas alturas, la CIA, el FBI y el NSA estarían totalmente involucrados. Madrid habría sido barrido por la Inteligencia española y la policía nacional. Una búsqueda más amplia se habría extendido por toda Europa y el norte de África, con otro equipo trabajando fuera del alcance de la oficina de campo de Roma, en Oriente Próximo, Rusia y otros países del antiguo bloque soviético. Todo llevado a cabo bajo órdenes silenciosas o, como ellos decían de estas operaciones, «bajo el manto de la noche». Sin embargo, ahora habrían reunido ya la suficiente información como para estar razonablemente seguros de lo que había ocurrido realmente: que se había escapado solo. Como resultado, un furioso Jalee Lowe y el asesor de Seguridad Nacional, Jim Marshall, habrían elaborado una explicación convincente de lo sucedido: que lo había hecho porque había algo muy grave, que había sufrido algún tipo de crisis nerviosa. Era la única historia que podían presentar, pero era lo bastante buena porque, para la gente responsable de protegerle, todo esto se levantaría por encima del horror de que lo hubieran secuestrado y pasaría a ser lo que Lowe y compañía disfrazarían de una historia humana muy dolorosa, el hundimiento del hombre más poderoso del mundo.

En consecuencia, todos, desde el grupo que estuvo en casa de Evan Byrd en Madrid la noche anterior hasta el secretario de Seguridad Nacional, pasando por el director del Servicio Secreto y todos los cargos inferiores, harían todo lo que estuviera en sus manos para asegurarse de que lo encontraban y lo llevaban a casa, fuera de peligro y lo antes posible, y tan sólo unos pocos y muy escogidos estarían al corriente de lo que realmente había sucedido.

«En casa y fuera de peligro» significaba que sería entregado a Jake Lowe y compañía, que ya estarían preparados para que fuera llevado bajo su cuidado. Una vez eso sucediera, era consciente de lo que venía a continuación. Sería mandado apresuradamente a un lugar lo bastante remoto y lo bastante seguro para tenerlo aislado y matarlo: un infarto o una parada cardíaca, o algo igual de convincente.

El sonido de la puerta que se abría al fondo del vagón le hizo levantar la vista. Dos de los hombres armados y uniformados que habían subido al tren en Lleida entraron y se quedaron de pie vigilando a los pasajeros, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. Harris advirtió que eran miembros del CNP o Cuerpo Nacional de Policía. Llevaban rifles automáticos colgados al hombro, permanecieron en silencio un momento más y luego se pusieron a avanzar lentamente, uno de ellos escrutando a los pasajeros del lado derecho, el otro a los del lado izquierdo. A medio vagón, el

primer poli se detuvo y miró a un pasajero que llevaba un sombrero de ala ancha, luego le pidió que se identificara. El otro poli se acercó y los observó mientras el hombre obedecía. El primer poli estudió el carnet del hombre y luego se lo devolvió, y ambos prosiguieron por el pasillo.

Harris los observó acercarse, luego volvió a mirar a su periódico. Había pocas dudas de que lo buscaban a él, que se fijaban en cualquiera que tuviera el más mínimo parecido con él o, en el caso del hombre del sombrero, en cualquiera al que no pudieran identificar con claridad.

Se acercaron más y él sentía que el corazón se le aceleraba, que las gotitas de sudor se le acumulaban en el labio superior. Mantuvo la cabeza gacha, leyendo, esperando que pasaran y se largaran al vagón siguiente.

—Usted —dijo el poli—, ¿cómo se llama? ¿Dónde vive?

Con el corazón en la boca, Harris levantó la vista. El poli no lo miraba a él sino al hombre de la boina que dormitaba a su lado. Lentamente, el hombre se levantó la boina y lo miró. Ahora el segundo policía se había reunido con el primero. Harris se sentía como un corderito delante de dos leones hambrientos. Lo único que tenían que hacer era fijarse en él.

—¿Nombre? ¿Dirección? —volvió a soltarle el poli.

—Fernando Alejandro Ponce. Vivo en Barcelona, Carrer del Bruc, número 62 —dijo el de la boina—. ¡Soy artista! —De pronto se empezó a indignar—. ¡Pintor! ¿Qué sabe usted de arte? ¿Qué quiere de mí?

—Documentación —dijo el poli con voz firme.

Ahora todo el mundo los miraba.

El segundo poli se descolgó el rifle automático y lentamente, enojado, Fernando Alejandro Ponce buscó en su cazadora y sacó un DNI. Se lo entregó al primer policía.

De pronto se volvió hacia Harris.

—¿Por qué no le pregunta su nombre a este señor? ¿Y dónde vive? ¿Por qué no le exige la documentación? ¡Sería lo justo! ¡Vamos, pídasela!

«Dios mío», pensó Harris, aguantando la respiración, esperando que el poli aceptara el reto del hombre y haría lo que le pedía. El poli miró el carnet de identidad de Alejandro y luego se lo devolvió.

—Vamos, ¿no se lo pregunta? —Furioso, Fernando Alejandro le mostró el carnet a Harris.

—Vuelva a dormir, artista —le dijo el poli.

Luego echó una mirada rápida a Harris, se dio la vuelta y, con su compañero, prosiguieron su recorrido por el vagón. Al cabo de un momento salieron por la puerta del fondo.

Alejandro los siguió con los ojos todo el camino y luego le gritó a Harris:

—¡Hijos de puta! ¿A quién coño buscan?

—No tengo ni idea —dijo Harris, encogiéndose de hombros—. No tengo ni la más remota idea.

Barcelona, 17.00 h

Veinte minutos después del accidente en el Barrio Gótico, Nicholas Marten se marchó del hotel Regente Majestic, después de disculparse con el comprensivo chico de recepción que estaba de turno y explicarle que su periódico había decidido cambiarlo de misión sin previo aviso. Amablemente, el chico le canceló el depósito que había sido cargado a su tarjeta de crédito y rompió el recibo correspondiente. Al cabo de cinco minutos ya no estaba en el hotel y se encontraba de nuevo en la calle, con su bolsa de viaje, sin haberle dicho a Demi lo que acababa de hacer. Estaba claro que no tenía manera de saber si Pelo Canoso había sido avisado de su presencia en el restaurante por el camarero, o si el hombre le había seguido el rastro hasta el Regente, o si alguien desde el hotel lo había alertado y desde allí lo había seguido, pero abandonando el hotel como acababa de hacerlo dejaba sin pistas claras a cualquiera que quisiera seguirle.

No obstante, sabían que estaba en Barcelona, y una vez muerto Pelo Canoso era sólo cuestión de tiempo que le mandaran a otro para sustituirlo; alguien que sería capaz de reconocerle pero a quien él no conocería. Un extraño. La única ventaja que tenía era que ahora conocía la identidad de Pelo Canoso: Klaus Melzer, Ludwigstrasse 455, Múnich, Alemania. Ingeniero de caminos.

Marten supo que estaba muerto en el instante en que vio la impresionante abolladura en la parrilla frontal del camión y la manera en que el cuerpo estaba tumbado en el suelo frente al vehículo. La ausencia de pulso en la arteria carótida se lo confirmó. Todo lo demás, los gritos a la muchedumbre para que llamaran una ambulancia, el intento de sentir los latidos del corazón abriendo la chaqueta del hombre, cuando se la volvió a cerrar y su segundo ruego para que acudiera la ambulancia, fue todo comedia. Vio el leve bulto en la chaqueta del hombre al inclinarse sobre él; eso era lo que quería y lo que se llevó al marcharse: la cartera de Pelo Canoso. Dentro encontró su permiso de conducir alemán, tarjetas de crédito y varias tarjetas comerciales en las que aparecía su nombre y el de su empresa: Karlsruhe & Lahr, Bauningenieure, Brunnstrasse 24, Múnich.

17.44 h

Marten se registró en el hotel Rivoli Jardín. Seguía en el Barrio Gótico, pero varias manzanas al sur del Regente Majestic. De nuevo, al no tener elección, utilizó su nombre y documentación reales para registrarse. A los diez minutos ya había deshecho la maleta y se puso a llamar a Peter Fadden a Londres por el móvil. En vez de responderle el periodista del *Washington Post*, le salió la voz grabada del contestador diciendo que Fadden no podía atenderle y que por favor dejara un mensaje. Y Marten así lo hizo, para pedirle a Fadden que lo llamara lo antes posible. Luego colgó y marcó el número del Regente Majestic para hablar con Demi. El teléfono de la habitación sonó, pero no hubo respuesta. Colgó sin dejar mensaje y con la incómoda sensación de que tal vez hubiera sido un error dejarla marchar. La mujer ya se había intentado librar de él en otra ocasión y volvía a estar enojada por el episodio en *Els Quatre Gats*. ¿Y él qué había hecho? Meterla en un taxi y dejar que se largara. Daba igual lo que ella le hubiera prometido, lo único que tenía que hacer era marcharse del hotel y seguramente no podría volver a encontrarla. Por encima de todo seguía teniendo esa rara impresión de ella, de su manera de actuar, la sensación que había tenido antes de que estaba vagamente desconectada y que todo lo que hacía tenía poco que ver con ella misma. Si eso tenía que ver con su hermana desaparecida, o si todo el asunto era una invención y se trataba de algo totalmente distinto, resultaba imposible de saber. Fuera lo que fuese, ahora se juntaba con la inquietud que ahora sentía por ella.

Marten dejó el teléfono y cogió el permiso de conducir de Klaus Melzer-Pelo Canoso. Le dio una vuelta y luego volvió a mirar su tarjeta de visita. Sin tener en cuenta que Marten le hubiera sido «entregado» desde el aeropuerto, ¿qué demonios hacía un ingeniero de caminos alemán de cuarenta y pico años siguiéndole? No tenía ningún sentido.

A menos que...

Marten cogió el teléfono y marcó el número de Múnich correspondiente a Karlsruhe & Lahr que aparecía en la tarjeta. Tal vez su documentación —permiso de conducir, tarjetas de crédito, tarjetas comerciales— fuera falsa; tal vez Karlsruhe & Lahr ni siquiera existía. A los diez segundos, la segunda parte de su suposición se desvaneció:

—*Karlsruhe und Lahr, guten nachmittag*. —Karlsruhe & Lahr, buenas tardes, dijo una alegre voz femenina.

Cinco segundos más y la primera parte también fue desmentida:

—Con Klaus Melzer, por favor —dijo Marten.

—Lo siento, el señor Melzer no estará en el despacho hasta la semana que viene —dijo la voz en un inglés con fuerte acento—. ¿Desea dejar algún recado?

—¿Sabe dónde lo podría encontrar?

—Está de viaje, señor. ¿Quiere que le diga que le llame?

—No, gracias. Ya volveré a llamarle.

Marten colgó.

Así que Klaus Melzer existía, y también Karlsruhe & Lahr. Esa confirmación lo devolvió a su pregunta inicial: ¿por qué lo estaría siguiendo un ingeniero alemán de mediana edad, supuestamente con un buen empleo? ¿Por qué pareció tan profesional el cambio de espía que hizo el joven inicial con Melzer en el aeropuerto? ¿Por qué salió corriendo cuando Marten estaba a punto de encararse con él? Lo único que hubiera tenido que hacer era negar cualquier acusación que Marten le hubiera hecho y eso habría sido todo. Marten no habría podido hacer nada más. Pero no había sido así, y ahora Melzer estaba muerto.

—Maldita sea —exclamó Marten, frustrado, y luego cogió el teléfono e intentó localizar a Demi de nuevo.

Lo dejó sonar hasta que la operadora volvió a ponerse.

—Lo siento, la señora Picard no contesta.

—Gracias —dijo Marten, y cuando estaba a punto de colgar se le ocurrió preguntar otra cosa—: ¿Ha llegado ya el reverendo Beck? Venía de Malta.

—Un segundo, por favor. —Se hizo una breve pausa y luego la operadora volvió a ponerse—. No, señor. Todavía no.

—Gracias.

Marten colgó, respiró concienzudamente y cruzó la habitación para enchufar el cargador de batería de su móvil. Si Demi no contestaba y el reverendo todavía no había llegado, ¿dónde estaba? De nuevo tuvo la inquietante sensación de que se había marchado, tal vez para encontrarse con Beck, o incluso con Merriman Foxx. Si lo había hecho, tal vez ya no estuviera en Barcelona sino en cualquier otro lugar. Y de ser así, esta vez se habría asegurado de no dejar rastro para que él no pudiera encontrarla.

46

17.58 h

El presidente John Henry Harris observó cómo el paisaje, antes campestre, se iba volviendo suburbano y luego urbano a medida que el tren Altaria n.º 01138 se acercaba a Barcelona. A lo lejos podía ver la luz del sol brillando sobre el mar Mediterráneo. En cinco minutos llegarían a la estación de Barcelona-Sants. Su plan era conectar con el Catalunya Express de las 18.25 que, si no había problemas, lo

dejaría en Girona a las 19.39. Una vez allí no podría llamar a la casa del rabino David Aznar porque sabía que sus teléfonos estarían intervenidos por alguna pieza de la maquinaria de inteligencia de Hap Daniels; eso significaba que debería encontrar la casa por sus propios medios. Había llegado hasta aquí sin ser descubierto y debía confiar en su suerte y pensar que podría proseguir su camino sin problemas.

18.08 h

El Altaria entró en la estación de Sants con cinco minutos de retraso. John Henry Harris se levantó con el resto de los pasajeros que recogían sus cosas.

Saludó con la cabeza a Fernando Alejandro Ponce, su compañero de butaca artista, y luego siguió a los demás para bajar del tren. Al hacerlo, el corazón se le volvió a subir a la garganta. Policías armados y uniformados bloqueaban todas las salidas y comprobaban la identificación de todo aquel que salía del andén. Las colas eran interminables. Lo único que se le ocurrió a Harris era que Hap Daniels —bajo las órdenes del director del Servicio Secreto en Washington, o del secretario de Seguridad Nacional, o del vicepresidente Hamilton Rogers y el resto de «colegas» de Jake Lowe— había decidido poner la directa. Significaba que este tipo de comprobaciones se estaban llevando a cabo por toda España, por no decir toda Europa.

18.12 h

El presidente Harris estaba en la cola de la taquilla para comprar el billete del Catalunya Express que debía partir hacia Girona en trece minutos. No había comprado el billete desde Madrid intencionadamente, puesto que no quería alertar a nadie que pudiera haberlo reconocido, o que pudiera ser interrogado *a posteriori* — particularmente al vendedor del billete—, del destino de su periplo. Pero ahora deseaba haberlo hecho. La cola para comprar billetes era larguísima y la policía se paseaba arriba y abajo, escrutando atentamente a los que compraban. Y no sólo aquí, sino en todas las taquillas.

18.19 h

La cola iba avanzando a paso de tortuga, La gente a su alrededor murmuraba sobre lo que ocurría. Entre ellos también había miedo, con el recuerdo del horror

vivido en Atocha el 11 de marzo del 2004 todavía doloroso en sus memorias. Sin duda se preocupaban por las fuerzas de seguridad que los rodeaban. Muchos esperaban que una bomba hiciera explosión en cualquier momento.

18.22 h

La cola se iba acortando y Harris podía ver ahora a los vendedores que dentro de sus cabinas comprobaban la identificación de todo aquel que compraba un billete, mientras algunos miembros de la policía nacional supervisaban la operación desde dentro.

Lenta, fácilmente, se apartó de la cola y anduvo hacia el lavabo de caballeros. Lo que debía hacer ahora era salir de aquel edificio y encontrar alguna otra manera de llegar a Girona. Cuál, no lo sabía, porque estaba convencido de que cualquier estación de tren o autobús estaría sometida a la misma estricta vigilancia.

Harris pasó por delante de uno de los paneles de distribución del periódico gratuito *ADN*, en su edición vespertina. En la portada había una foto suya bajando de la limusina presidencial, tomada en algún punto el día anterior. El titular en español decía:

«HARRIS ESCAPA A UNA AMENAZA TERRORISTA EN MADRID»

Siguió andando cabizbajo, pasando por delante de tiendas, restaurantes y de un infame número de policías uniformados. Finalmente llegó al lavabo de hombres y se metió dentro, pasando frente a un policía apostado justo dentro de la puerta. Había media docena de hombres que usaban los urinarios. Harris se dirigió rápidamente a uno de los retretes y cerró la puerta. ¿Qué iba a hacer ahora? Estaba viviendo la mayor pesadilla imaginable. Deseó con todas sus fuerzas despertarse y descubrir que todo había sido sólo eso, una espantosa pesadilla. Pero no lo era y él lo sabía. Tenía que encontrar una manera de salir del edificio, aunque no sabía nada de Barcelona, por no decir de cómo llegar a Girona en algún medio de transporte seguro.

Se sentó en el retrete e intentó pensar. De momento, al menos aquí, con la puerta de la cabina cerrada, estaba a salvo. Pero eso duraría solamente hasta que alguien tratara de utilizarlo o el policía apostado en la puerta empezara a sospechar y se acercara a comprobar qué ocurría. Su primera ocurrencia fue llamar al rabino David a Girona y pedirle que cogiera el coche y viniera a Barcelona a recogerlo, y luego que pensara en un lugar en el que encontrarse y esconderse mientras no llegaba. Pero sabía, por lo que estaba viendo en la estación, que eso estaba fuera de cuestión. Si antes había pensado que los teléfonos del rabino podían estar controlados, ahora no le cabía ninguna duda. Al parecer, cada centímetro cuadrado de todo el territorio estaba

controlado. Sus perseguidores, aunque ellos no lo supieran, estaban literalmente a pasos contados de él.

Eso significaba que debía actuar más lentamente y hacerlo paso a paso, como lo había hecho en el Ritz. Lo primero era encontrar la manera de salir de la estación. Una vez en la calle podría decidir el paso siguiente. Para hacerlo, tenía que hacer lo mismo que había hecho en Madrid: utilizar sus conocimientos de la estructura de los edificios públicos y utilizar el interior mecánico de la estación —los pasadizos ocultos que contenían los sistemas de calefacción, ventilación, fontanería y sistema eléctrico— como salida, de la misma manera que un ratón encontraría su salida al aire libre.

Se levantó y tiró de la cadena, y cuando estaba a punto de salir vio un ejemplar doblado de *ADN 2* con su foto en la portada tirado en el suelo, cerca de sus pies. De inmediato lo vio como un accesorio, algo que podía utilizar para disimular un poco su rostro mientras cruzaba la estación hasta que encontrara una entrada por la que colarse a los pasillos de mantenimiento que buscaba. Además, tal vez se enterara un poco de la historia que el departamento de Prensa de la Casa Blanca había utilizado como cortina de humo y así, sabría cómo sus supuestos amigos, en especial el maestro de la manipulación, Jake Lowe, se las habían arreglado para disparar la alarma general sin decir la verdad ni alterar al público más de lo que ya habían hecho.

Harris recogió rápidamente el periódico, se lo metió bajo el brazo, volvió a tirar de la cadena, abrió la puerta del baño y salió.

47

Hotel Regente Majestic, 19.15 h

Nicholas Marten estaba sentado a solas en el salón del hotel, esperando que Peter Fadden le devolviera la llamada de móvil. Fadden estaba ahora en Madrid, enviado para cubrir la noticia de la repentina evacuación del presidente en el hotel Ritz la noche anterior. Habían hablado brevemente, pero luego Fadden tuvo que colgar para atender otra llamada, después de prometerle que volvería a llamarlo de inmediato.

Con el pelo peinado hacia atrás y ataviado con unos pantalones limpios de algodón, un jersey de cuello barco y una cazadora de tela fina, Marten tenía un aspecto muy distinto al del hombre que se había registrado en este mismo hotel para abandonarlo un poco más tarde. Su situación se veía también favorecida por el hecho de que ya no estaba ninguno de los trabajadores del turno anterior.

Demi, para su gran alivio, seguía como huésped del hotel, y además el reverendo Beck había finalmente llegado y se había registrado, aunque ninguno de los dos estaba ahora mismo en sus respectivas habitaciones... o, al menos, si lo estaban no contestaban al teléfono. Marten buscó en el bar, la cafetería y el restaurante para asegurarse de que no se encontraban allí, de manera que supuso que, a menos que estuvieran en otra de las habitaciones, ni el uno ni el otro andaban por el edificio.

Desde su asiento en el salón tenía una buena vista de la entrada, del mostrador de recepción y de los ascensores que había más allá. Eso significaba que Demi y el reverendo Beck, o ambos a la vez, tendrían que pasar por delante de él cuando volvieran. No le gustaba estar ahí sentado, expuesto, como estaba ahora, pero en sus días como detective del LAPD había hecho bastantes vigilancias como para conocer bien su mecánica: ir y venir de vez en cuando, fingir que se espera a alguien que todavía no ha llegado. Al final, obviamente, tendría que irse, pero no de momento. Y ahora lo que estaba haciendo era ganar tiempo para que Demi volviera y para que Peter Fadden lo llamara. El tiempo, por otro lado, era problemático en sí mismo. A estas alturas Foxx, o quien fuera que había puesto a Melzer a vigilarlo, ya se habría enterado de su muerte y se habría apresurado a meter a otro sobre su pista. Después de esto, habrían hecho llamadas a todos los hoteles de Barcelona para averiguar si tenían a alguien registrado bajo el nombre Nicholas Marten —«estoy buscando a un amigo», o «a mi primo, que se llama...», o algo así, diría el sustituto de Melzer. Y con todos los hoteles que había en la ciudad, en media hora lo habrían encontrado. Entonces sabrían dónde estaba y volvería a empezar toda la comedia.

Marten se estaba volviendo para obtener una mejor vista de la puerta de entrada cuando su móvil sonó.

—Soy Marten.

—Hola, soy Peter. —La voz de Fadden sonaba tan cerca como si lo tuviera sentado al lado—. Siento haber tardado tanto. El Servicio Secreto se ha llevado al presidente en medio de la noche a un lugar desconocido. Dicen que se trataba de una amenaza creíble de secuestro y que los sospechosos siguen sueltos y tratando de salir del país. Tiene a casi todos los españoles susceptibles de vestir uniforme intentando cogerlos, sin contar lo que estén haciendo el Servicio Secreto, la CIA y el FBI.

—Lo sé, Peter. He visto las noticias.

—Sea lo que sea lo que está pasando, aquí estoy bastante solo. El secretario de prensa de la Casa Blanca lo ha cerrado todo y ha mandado a toda la prensa de regreso a Washington. El porqué, lo ignoro, excepto que es allí desde donde saldrán todas las noticias oficiales una vez se empiecen a saber cosas. Obviamente, darán todos media vuelta, para mandarlos de regreso de Varsovia una vez concluida la cumbre de la OTAN del lunes. Pero eso no es de lo que querías hablar. Era el caso de Caroline Parsons. La clínica, todo esto.

—Sí.

—La clínica es legal. Desde su casa la llevaron al centro de rehabilitación de Silver Springs, Maryland. Allí estuvo seis días, hasta que la trasladaron al hospital universitario. La doctora Stephenson tenía consulta allí y fue ella quien aprobó su admisión y luego el traslado. Ningún miembro del personal ha visto u oído nunca a nadie que respondiera a la descripción de Foxx.

Marten respiró y luego miró a su alrededor. Tal vez una docena de personas estaban reunidas en las mesas cercanas, y ninguna de ellas le prestaba la más mínima atención. Volvió a atender al teléfono.

—Peter, tengo algo más. Stephenson y Foxx pertenecían a una secta, un aquelarre de brujas...

—¿Brujas?

—Sí.

—¡Oh, por Dios bendito!

—Peter, calla y escucha —le pidió Marten en voz baja—. Te dije antes que Foxx tenía tatuada en el pulgar una crucecita con bolas en las puntas. Stephenson también tenía una. Y quizá también Beck.

Marten levantó la vista mientras una pareja joven se sentaba en una mesita contigua a la suya. Se levantó y anduvo hacia el vestíbulo del hotel, con el móvil pegado al oído.

—La cruz de bolas es el símbolo de Aldebarán —dijo Marten mientras avanzaba—, la estrella rojo pálido que forma el ojo izquierdo en la constelación de Tauro. Se le llama también el Ojo de Dios.

—¿De qué diablos me estás hablando?

—Una especie de secta, Peter.

—¿Y tú crees que esta secta tiene algo que ver con la muerte de Caroline Parsons, y con la de su marido y su hijo?

—Es posible, no lo sé. Pero Foxx estaba cada vez más nervioso cuando lo interrogué. Ya te he dicho que negó en redondo conocer a Stephenson. Tal vez tu gente no encontrara ningún rastro de su paso por la clínica cuando Caroline estaba ingresada, pero ella no sólo describió su aspecto y el de sus manos, sino también el del tatuaje. Foxx estuvo en la clínica, créeme. Beck estaba con él en Malta, y ahora Beck está aquí en Barcelona y se supone que va a reunirse con él pronto. Estoy intentando averiguar dónde y cuándo. Si lo consigo, tal vez me entere del porqué.

Marten estaba ya en el vestíbulo y lo estaba cruzando. Había un botones que empujaba un carrito de maletas hacia él. Se detuvo y se desvió.

—Peter, hay algo más. Foxx, o alguien, me ha hecho seguir desde La Valetta a Barcelona. Era algo profesional: un tipo me pasó a otro en el aeropuerto de Barcelona. Pensaba que lo había despistado, pero volvió a presentarse en el restaurante donde almorzaba. Más tarde me he enterado de que era alemán, un ingeniero de caminos que trabajaba para una consultoría de Múnich.

—¿Por qué iba un ingeniero de caminos a...?

—Eso es lo que yo pensé. Pero es real: he llamado a su oficina y lo he comprobado.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto.

—¿Cómo?

El botones pasó por su lado y Marten se volvió de espaldas. Al hacerlo, las puertas del ascensor al otro lado del vestíbulo se abrieron. Para su sorpresa, vio a Demi saliendo de él. Con ella iban el reverendo Beck y una mujer mayor, tal vez española o italiana, vestida de negro.

—Peter, tengo que dejarte. Te seguiré informando cuando pueda.

Al instante, Marten colgó el teléfono y luego miró al trío cruzar el vestíbulo hacia la puerta principal. Se detuvo mientras salían, observando cómo Beck hablaba con el portero. Al cabo de unos instantes llegó un taxi, los tres se subieron a él y el taxi se marchó.

Marten empujó la puerta y salió.

—¿Habla usted inglés? —le preguntó al portero.

—Sí, señor.

—¿Ha visto a esas tres personas que acaban de salir? Soy parte de ese grupo que viaja con el reverendo. Tengo que encontrarme con ellos en algún lugar pero he perdido el itinerario. ¿Sabe usted por casualidad adónde han ido?

—A la iglesia, señor.

—¿La iglesia?

—La catedral.

Marten sonrió.

—Ah, claro, la catedral. Gracias.

—¿Quiere usted ir?

—Sí, gracias.

—Bueno, pues tiene suerte, como sus amigos.

Marten se quedó sorprendido:

—¿Qué quiere decir?

—Que normalmente la catedral cierra a las siete, pero este mes está abierta hasta las diez. Es por una celebración. Estuvo cerrada muchos meses por las obras de restauración y acaban de reabrirla. —El portero sonrió—. ¿Llamo a un taxi para que le lleve?

—Sí.

El portero le hizo un gesto a un taxi. Al cabo de un momento llegó. Marten le dio diez euros de propina, se subió al taxi y se marchó.

19.40 h

John Henry Harris se detuvo a la puerta de un colmado a observar a la mujer que hacía la calle. Era rubia y tan pálida que parecía de porcelana. Veinte años de edad como mucho, y por su aspecto podía ser escandinava o teutona, o tal vez rusa. Pero no era su nacionalidad lo que importaba, sino su oficio. Ataviada con una blusa escotada y una falda corta y ceñida, por la manera en que se contoneaba por entre los coches cada vez que el tráfico se detenía, cabían pocas dudas de que estaba allí para alquilar su cuerpo y de que por un precio adecuado, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él o cualquier otra persona le pidieran. Y eso era lo que John Harris ahora mismo necesitaba, alguien que hiciera lo que él le pidiera sin hacer preguntas.

No tenía ni idea de dónde estaba; sólo sabía que se encontraba a unas diez manzanas de la estación de tren. Un lugar del que no había escapado siguiendo sus planes iniciales —el uso de los pasadizos internos, porque los pocos que encontró habían sido o bien cerrados, o bien estaban fuertemente vigilados—, sino corriendo un riesgo enorme e incendiando la parte trasera de un quiosco que estaba muy cerca de una salida; una maniobra de distracción, como lo llamarían los militares o la policía, que funcionó. La atención de las fuerzas de seguridad españolas que comprobaban la identidad de los transeúntes en las puertas más cercanas se desvió durante unos instantes hacia las llamas y hacia el pánico de un público ya muy tenso. Harris calculó bien el tiempo y observó a los guardas apartarse de las puertas, momento que aprovechó para salir a la calle y fugarse.

—Señorita —dijo, cuando la luz del semáforo cambió, el tráfico avanzó y la chica volvió a dirigirse a la acera.

Ella lo miró y le sonrió, luego se le acercó.

—¿Habla español? —le preguntó, con la esperanza de que así fuera.

No quería utilizar el inglés a menos que le resultara imprescindible.

—Sí —se le acercó un poquito más.

Él la miró por encima de las gafas.

—Quisiera un poco de su tiempo.

—Claro —dijo, y le sonrió seductora mientras se ajustaba el escote de la blusa para que él pudiera verle un poco mejor los pechos.

—No es lo que usted piensa —le dijo, a media voz.

—No importa; mientras pague, lo haré.

—Estupendo —dijo él.

19.55 h

El taxi de Marten dobló una esquina y luego otra en medio de un tráfico lento, en dirección al Barrio Gótico, donde había estado unas horas antes. Seguía inquieto sobre el personaje de Demi, todavía receloso de lo que estaría haciendo, todavía inseguro sobre si podía confiar en ella. El hecho de que no le hubiera contestado al teléfono las varias veces que trató de ponerse en contacto con ella, y después de que le hubiera dicho expresamente que la llamaría, no ayudaba. Y tampoco lo hacía el hecho de que, por muy alterado que hubiera estado el humor de Beck en Malta, se había calmado lo suficiente como para pedirle a Demi que lo siguiera hasta Barcelona, y ahora parecían tan amigos. Eso le hacía pensar que, por mucho que en el restaurante le hubiera confiado detalles sobre las brujas y sobre el signo de Aldebarán, lo había hecho solamente para tenerlo tranquilo, con la esperanza de que sería suficiente para que se marchara y la dejara concentrarse en conservar su buena relación con Beck, para que no la dejara atrás cuando fuera a reunirse con Merriman Foxx. Eso le hizo preguntarse si era allí a donde los tres se dirigían ahora: a encontrarse con Foxx en la catedral. Y también se preguntaba quién demonios era la mujer de negro.

20.07 h

Marten sintió una presencia y levantó la vista. El taxista lo miraba por el retrovisor. Lo había mirado más de una vez y ahora lo observaba fijamente. De pronto Marten tuvo la sensación de haber caído en alguna trampa, de que el taxista era el sustituto de Pelo Canoso, o de que era un chivato como el camarero de Els Quatre Gats, alguien contratado para buscarlo.

—¿Qué mira? —le dijo, en inglés.

—*English, no good* —le sonrió el hombre.

—Yo —dijo Marten, señalándose la cara—, ¿me reconoce? ¿Le resulto familiar? —Si ese hombre le iba a traer problemas y le iba a llevar a cualquier otro lugar que no fuera la catedral, quería saberlo ahora para poder hacer algo.

—Sí —dijo el hombre, comprendiendo de pronto—. *Yes*. —De inmediato cogió un periódico que tenía en el asiento de al lado. Estaba doblado por una de las páginas del medio.

—Samaritano. Usted es el samaritano.

—¿Cómo? ¿De qué me está hablando? —Marten no entendía nada.

El hombre le acercó el periódico por encima del respaldo. Marten le echó una ojeada y lo que vio fue una foto grande de él mismo, agachado encima del cuerpo tumbado de Pelo Canoso, Klaus Melzer, con el camión que lo había atropellado al fondo.

«El buen samaritano no sirvió de nada. El hombre atropellado ya estaba muerto», decía el pie de foto. Marten no sabía español pero captó el significado: había hecho de buen samaritano sin necesidad porque la víctima del atropello ya estaba muerta.

—Sí, samaritano —dijo, mientras le devolvía el periódico maldiciendo para sus adentros.

Era obvio que alguien de entre la muchedumbre le había hecho una foto y la había vendido al periódico. No sabían su nombre ni había noticia, de modo que, al menos, no mencionaban que le había robado la cartera al muerto. Pero aun así, aquello no le hizo ninguna gracia. Ya corría el riesgo suficiente porque tenía que registrarse en los hoteles con su nombre real, pero aquella foto impresa en todos los periódicos le hacía ahora mucho más fácil de localizar.

De pronto, el taxi aumentó la velocidad, recorrió media manzana, dobló por otra calle y se metió más adentro del Barrio Gótico. Ahora se dio cuenta de que aquello no era simplemente una zona turística, sino un barrio antiguo con un entramado de callejuelas que daban a otras callejuelas, y éstas a plazoletas. Era un laberinto en el que uno podía perderse fácilmente, algo que le podía haber pasado a Klaus Melzer, un alemán que no estaba familiarizado con la ciudad y que no hacía nada más que huir de un hombre que lo perseguía cuando se topó directamente con un camión que le venía de frente. Eso le hizo volver a preguntarse por qué Foxx, o quien fuera que hubiera contratado al ingeniero Pelo Canoso, lo había elegido, y por qué Melzer había aceptado el encargo.

En aquel instante el taxi se detuvo y su chófer le señaló una plaza grande. A un lado había hoteles y tiendas, mientras que en el otro había un enorme y decorado edificio de piedra, con una compleja trama de agujas y campanarios que se levantaban hacia el cielo del anochecer.

—La catedral, señor —le dijo el taxista—. Catedral de Barcelona.

Marten cruzó la plaza y se entremezcló con un grupo de turistas ingleses que subían por las escalinatas de piedra y se adentraban en la catedral.

La atmósfera dentro del enorme y decorado edificio del siglo xv era silenciosa, con su tenue iluminación entrecortada por el parpadeo de cientos de velas votivas que descansaban sobre mesas a ambos lados de la nave.

Marten se quedó atrás mientras el grupo avanzaba, recorriendo el templo con la mirada en busca de Demi, de Beck o de la mujer de negro. Aquí y allá había gente que rezaba en silencio; otros que andaban respetuosamente por los pasillos laterales, admirando la arquitectura. Al fondo de la nave había un altar alto y ornamentado. Encima de él se levantaban unos arcos góticos que se encaramaban hacia un techo que calculó a casi treinta metros de altura.

La tos áspera y ruidosa de alguien que tenía cerca lo devolvió a su misión y dio unos pasos hacia delante, con cautela, lentamente. Si Demi y sus acompañantes estaban aquí, él no los veía. Siguió andando. De pronto, se preguntó si Beck o Demi le podían haber dicho algo al portero del hotel antes de marcharse para que el hombre lo mandara expresamente a un lugar equivocado, y en realidad ellos estaban en otro sitio totalmente distinto. Eso fue suficiente para desencadenar en él la sensación de que debía regresar al hotel y... de pronto se detuvo. Ahí estaban los tres, hablando de pie al fondo de la nave con un sacerdote.

Marten cruzó con precaución, escudándose en los grupos de turistas, y se fue acercando adonde estaban, esperando que no se giraran de pronto y lo sorprendieran.

Cuando estaba a una distancia desde la que casi los podía oír, el cura hizo un gesto y los cuatro avanzaron en aquella dirección. Marten los siguió.

Al cabo de un momento se encontró en el claustro de la catedral. Más adelante vio al cura conduciendo al trío por una esquina y por otro pasillo abajo. Marten los siguió otra vez.

Treinta pasos y allí estaba, metiéndose sigilosamente en una especie de capilla. Mientras entraba vio al cura escoltando a Demi, a Beck y a la mujer de negro por una puerta ornamentada cerca de la parte trasera. Al cabo de unos segundos la puerta se cerró detrás de ellos. Marten se acercó de inmediato e intentó mover el pomo de hierro forjado, pero no pudo. Estaba cerrado.

Y ahora ¿qué? Marten se volvió. A tres metros de él había un cura anciano que lo miraba.

—Estaba buscando un lavabo —dijo Marten, con expresión inocente.

—Esta puerta lleva a la sacristía —le explicó el cura en un inglés con mucho acento.

—¿La sacristía?

—Sí, señor.

—¿Y está siempre cerrada?

—Excepto una hora antes de los servicios religiosos.

—Ya.

—Por ahí encontrará un lavabo —le dijo el anciano, señalándole un pasillo detrás de ellos.

—Gracias —dijo Marten y, al no tener elección, se marchó.

20.45 h

Al cabo de cinco minutos ya había recorrido toda la zona del templo principal que había podido tratando de adivinar dónde habían ido. Otras puertas estaban cerradas, o bien llevaban a pasadizos que daban a otros pasadizos, pero ninguno parecía llevar a la capilla en la que se encontraba el trío. Rehízo sus pasos y salió por la puerta principal, luego rodeó la catedral hasta el extremo más alejado donde supuso que estaba la capilla, buscando una puerta por la que podían haber salido Demi y sus acompañantes. No había ninguna. Una vuelta por el resto del enorme exterior del edificio le descubrió entradas oscuras y cerradas a cal y canto. Eso le dejaba sólo la entrada principal, por donde había salido hacía tan sólo unos instantes, y allí se dirigió, entremezclándose con los turistas y transeúntes de la plaza de la catedral, para sentarse a la mesa de un café desde la que había una buena vista de la puerta. Pidió una botella de agua mineral y luego un café solo. Pasó una hora y todavía no habían salido. A las diez, la puerta se cerró definitivamente. Frustrado y furioso consigo mismo por haberlos perdido, Marten se levantó y se marchó.

50

Hotel Rívoli Jardín, 22.20 h

Marten dejó atrás la calle ruidosa, atiborrada de peatones y de tráfico infernal, para adentrarse en la relativa tranquilidad del vestíbulo de su hotel. Se acercó de inmediato al mostrador de recepción y preguntó si había alguna llamada o algún mensaje para él.

—Nada, señor —le dijo el empleado amablemente.

—¿Ha venido alguien preguntando por mí?

—No, señor.

—Gracias —asintió Marten, y luego cruzó hasta el ascensor para subir a su habitación en la cuarta planta.

Tocó el botón, se metió en la cabina vacía y empezó a subir.

Que no hubiera llamadas ni mensajes, y que nadie hubiera preguntado por él, era un gran alivio. Significaba que la persona que había mandado a Pelo Canoso todavía no había encontrado a un sustituto que pudiera haberlo seguido hasta el Rívoli Jardín. Demi, Peter Fadden e Ian Graff, de Fitzsimmons & Justice en Manchester, tenían su número de móvil y se habrían puesto en contacto con él de esa manera. De modo que, al menos de momento, podía respirar un poco. Nadie sabía dónde estaba.

Demi.

Sus pensamientos volaron de pronto hacia ella y lo que hacía o dejaba de hacer. Obviamente, volvía estar en buenas relaciones con Beck, o no se habría ido con él como lo había hecho. De dónde estaban ahora mismo o quién era la mujer de negro, no tenía ni idea. El hecho era que Demi seguía siendo un misterio. Era cierto que le había facilitado bastante información, en especial en relación con las brujas, los tatuajes de pulgar y el símbolo de Aldebarán, y que había venido a Barcelona esperando reunirse de nuevo con Merriman Foxx. Por otro lado, y a pesar de que perseguían más o menos lo mismo, estaba claro que no quería tener nada que ver con él. Eso le hacía reconsiderar la impresión que tuvo de ella cuando almorzaron juntos en Els Quatre Gats: que a pesar de lo concentrada que parecía, todo lo que hacía tenía que ver con algo distinto de lo que tenían delante. Si ese algo era su hermana desaparecida, o si esa historia era ni tan siquiera cierta, no podía saberlo. Lo que sí sabía era que muchas cosas de aquella mujer lo inquietaban. Era así de sencillo.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta, la puerta se abrió y Marten salió al pasillo desierto. Al cabo de veinte segundos estaba frente a la puerta de su habitación y pasó la tarjeta electrónica para abrirla. La lucecita cambió de rojo a verde y la puerta se abrió con un clic. Agotado, con el único deseo de darse una ducha y meterse en la cama, entró, encendió la luz de la entrada y luego cerró la puerta detrás de él y pasó el candado. El baño estaba a su izquierda. Al fondo estaba la habitación, a oscuras, iluminada apenas por la escasa luz que venía de la calle. Anduvo justo más allá de la puerta del baño y buscó el interruptor de la luz.

—Por favor, no encienda la luz, señor Marten —dijo una voz masculina desde la penumbra de la estancia.

—¡Dios! —Un escalofrío le recorrió el espinazo.

Al instante se volvió de espaldas. Le resultaba imposible alcanzar la puerta, abrirla y salir antes de que el tipo que se encontraba la habitación pudiera pillarlo. Con el corazón acelerado, se volvió y miró hacia la oscuridad frente a él.

—¿Quién demonios es usted? ¿Qué quiere?

—Sé que está solo. Desde la ventana le he observado cruzar la calle hasta el hotel. —Su voz era tranquila, hasta serena. Éste no era como el chico de la cazadora holgada que le siguió desde La Valetta, ni como el ingeniero alemán que huyó

despavorido al verse sorprendido y luego, presa del pánico, cayó bajo las ruedas de un camión.

—¡Le he dicho que quién demonios es! ¿Qué quiere? —Marten no tenía manera de saber si el tipo estaba solo o acompañado. O si había venido a matarle o, sencillamente, a llevarlo ante Merriman Foxx.

De pronto hubo un movimiento y pudo ver una sola figura masculina que avanzaba hacia él a oscuras. Con un gesto rápido, Marten se quitó el cinturón de los pantalones y se lo enroscó en la mano, a modo de arma improvisada.

—Esto no es necesario, señor Marten.

De pronto, su «invitado» salió de la zona oscura hacia el pasillo iluminado, y cuando lo hizo Marten se quedó sin respiración. El hombre que tenía delante era John Henry Harris, el presidente de Estados Unidos.

—Necesito su ayuda —le dijo.

51

Nicholas Marten corrió las cortinas de la ventana y luego encendió una lamparita y se volvió a mirar al presidente, que había cogido una silla y ahora se sentaba frente a él. Si antes se había sorprendido, ahora lo estaba mucho más. El hombre al que había visto unos instantes antes era probablemente la cara más reconocible del mundo, pero en un momento le pareció totalmente distinto, casi irreconocible. Todo su pelo había desaparecido, dejando a la vista una sólida calva, y además, ahora llevaba gafas. Eso le hacía parecer mayor, incluso más delgado o, como él pensó, sencillamente distinto.

—Es un peluquín, señor Marten. Hoy en día los hacen muy bien —explicó el presidente—. Hace años que lo llevo; sólo lo sabe mi barbero personal. Las gafas son sin graduar, me las he comprado en Madrid a modo de disfraz. Un sencillo accesorio de *atrezzo* que contribuye a disimular mi aspecto.

—No lo comprendo, señor. No entiendo nada de nada. Ni cómo me ha encontrado, ni por qué ha querido hacerlo. Se supone que está usted en...

—Un lugar secreto a causa de una amenaza terrorista, lo sé. Bueno, sí que estoy en un lugar secreto, al menos de momento. —El presidente se inclinó hacia una mesilla y tomó el ejemplar de *ADN 2* que se había llevado del lavabo de la estación.

Estaba doblado por una página y se lo ofreció a Marten.

Un rápido vistazo se lo aclaró todo. En la página estaba su foto con el cuerpo de Pelo Canoso atropellado y muerto por el camión. La misma foto que pocas horas antes le había mostrado un taxista.

—He visto su foto, señor Marten. Y he contratado a una joven para que me ayudara a encontrarle. Estaba solo y necesitaba desesperadamente un lugar al que acudir y, al menos de momento, usted me lo ha proporcionado. Creo que a eso se le llama azar, o destino.

Marten no salía de su asombro:

—Lo siento, pero sigo sin entenderlo.

—La joven ha averiguado en qué hotel estaba registrado. No quedaba lejos de donde yo estaba, de modo que me he acercado andando. Un generoso empleado del hotel me ha dejado entrar en su habitación cuando le he explicado que era su tío, que debíamos encontrarnos hacía unas horas pero que mi avión había llegado con retraso. Al principio se ha mostrado escéptico, pero unos cuantos euros lo han acabado de convencer.

—No hablo de eso. Usted es el presidente de Estados Unidos, ¿cómo puede ser que vaya solo de esta manera? Y aunque lo fuera, ¿por qué me ha buscado a mí, cuando podría haber acudido a quien quisiera?

—Ése es precisamente el problema, señor Marten: no podía acudir a nadie. Y quiero decir a nadie. —El presidente lo miró con unos ojos que expresaban lo extremadamente desesperada que su situación había sido y seguía siendo—. Le recordaba de nuestro breve encuentro en el hospital Universitario de Washington. Caroline Parsons acababa de morir prácticamente en sus brazos. Usted pidió que le dejáramos un momento a solas con ella, ¿se acuerda?

—Por supuesto.

—Más tarde supe que ella hizo redactar un documento legal que le daba acceso a sus documentos privados y a los de su marido, el congresista Parsons.

—Eso es cierto.

—Supongo que lo hizo porque pensaba que su marido y su hijo habían sido asesinados y tenía la esperanza de que tal vez usted pudiera averiguar lo ocurrido.

Marten estaba estupefacto.

—¿Cómo lo supo?

—De momento debe bastarle saber que ésta es la razón principal por la que estoy aquí y por la que he buscado su ayuda. Tanto Caroline como Mike Parsons eran muy amigos míos. Es obvio que Caroline confiaba mucho en usted y que usted le tenía el mismo afecto, o... —John Henry Harris puso una media sonrisa—, de lo contrario, no habría echado usted al mismísimo presidente de Estados Unidos de su habitación del hospital. —La sonrisa de Harris se desvaneció y su discurso vaciló, como si no supiera muy bien qué era lo siguiente que debía decir, o cuánto podía revelar, pero luego Marten apreció una expresión de firme decisión en sus ojos y prosiguió—. Señor Marten, Mike Parsons y su hijo fueron asesinados. Y también lo ha sido, me temo, Caroline.

Marten lo miró.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—Sí. No, no puedo decir a ciencia cierta, pero es una confesión que han hecho sus responsables.

—¿Quiénes son?

—Señor Marten, quiero confiar en usted, tengo que confiar en usted porque no tengo otro lugar al que acudir. Y gracias a Caroline, creo que puedo hacerlo. —De nuevo, el presidente vaciló. Luego Marten vio que volvía a mostrarse decidido—. No ha habido ninguna amenaza terrorista. Me he marchado solo del hotel de Madrid y en circunstancias muy complicadas. Se puede decir que me he escapado.

Marten no lo entendía.

—¿Escapado de qué? ¿De quién?

—Nuestro país está en guerra, señor Marten. Una guerra que se está librando en secreto contra mí y contra el país por parte de un grupo de gente de las más altas esferas del gobierno. Un grupo formado por mis asesores personales y gente de mi propio gobierno. Gente a la que conozco y en la que confío desde hace muchos años, pero que, en realidad y como grupo, son probablemente la más peligrosa y poderosa del país. Según tengo entendido, preparan lo más parecido a un golpe de Estado que América jamás ha experimentado. Como resultado, mi vida corre un grave peligro, como también lo corren el futuro no sólo de nuestro país, sino de muchos otros. Además, el margen por el que yo puedo intentar hacer algo es extremadamente corto. Un poco más de tres días, como mucho. En el gobierno ya no hay nadie en quien pueda confiar incondicionalmente. Tampoco tengo a ningún pariente ni amigo a quien ese grupo no tenga sometido a una estricta vigilancia, física y electrónica.

»Por eso, cuando he visto su foto en el periódico he sabido que tenía que correr el riesgo y encontrarle. Necesitaba la confianza de alguien y, por suerte o por desgracia, usted es esta persona.

Marten estaba atónito. Tal vez en la ficción el presidente de Estados Unidos entra en tu habitación de hotel en medio de la noche y te cuenta estas cosas. Se sienta y te cuenta que tu país está a punto de caer en manos de un enemigo interno y que tú eres la única persona en el mundo en la que puede confiar. Tal vez en la ficción pasen estas cosas, pero aquello no era ficción, sino la realidad. El presidente estaba ahí, a menos de un metro de él, visiblemente exhausto, mirándolo con los ojos inyectados en sangre, contándole esas cosas horribles y pidiéndole ayuda.

—¿Qué quiere que haga? —dijo finalmente Marten, con una voz que no era mucho más que un susurro.

—En estos momentos no estoy muy seguro de qué puedo pedirle. Excepto... — John Harris respiró profundamente, casi en un suspiro que se acercaba al agotamiento total— que haga guardia durante un par de horas. Ha sido un día terriblemente largo. Necesito pensar. Pero primero necesito dormir.

—Lo comprendo.

El presidente se pasó distraídamente la mano por una barba de dos días que empezaba a notarse.

—Sigue siendo viernes, día 7, ¿no?

—Sí, señor.

—Bueno —el presidente sonrió y Marten pudo ver cómo la fatiga empezaba a apoderarse de él. Al hacerlo, sus miradas se cruzaron—. Gracias —le dijo, sinceramente—. Muchísimas gracias.

Sábado 8 de abril

Madrid, 1.45 h

No sé si significa algo, señor. —Hap Daniels oyó la voz de la especialista de inteligencia del Servicio Secreto, Sandra Rodríguez, a través del auricular—. Es un movimiento que el software analítico del NSA ha recogido a primeras horas de la tarde en Barcelona y acaba de ser evaluado.

—¿Qué movimiento? —le soltó Daniels.

En las interminables horas transcurridas desde la desaparición del presidente había estado viviendo a base de esperanza, café y adrenalina. Bajo las órdenes urgentes emitidas desde la oficina del vicepresidente y supervisadas por George Kellner, el jefe de la delegación de la CIA en Madrid, el Servicio Secreto había tomado las riendas de un puesto de mando de alto nivel instalado en una anodina nave industrial del Poblenu, un barrio de viejas fábricas y almacenes; un puesto de mando construido inicialmente por la CIA para ser utilizado en caso de algún conflicto terrorista que tuviera que ver con la embajada de Estados Unidos.

Hacía ahora casi diecinueve horas desde la desaparición del presidente, y Daniels —rodeado del enorme bulldog Bill Strait, su agente especial adjunto en este caso; el pálido e inexpresivo Ted Langway, director adjunto del Servicio Secreto enviado desde Washington; el jefe de la oficina de la CIA en Madrid, George Kellner, y media docena de otros supervisores de asuntos concretos relacionados con el presidente— permanecía en la oscura sala central de control de aquel almacén de la CIA reconvertido, iluminado por las pantallas de docenas de monitores informáticos manipulados por los analistas técnicos de la CIA y del Servicio Secreto que recogían información relacionada con lo que ahora era una enorme operación de inteligencia *top secret* a escala mundial.

Al fondo, cual sombra de acero y caminando arriba y abajo como si su esposa estuviera pariendo y tardara demasiado en hacerlo, estaba el jefe de asesores políticos del presidente, Jake Lowe. BlackBerry en mano y con los auriculares conectados permanentemente a la línea por la que hablara Hap Daniels, Lowe tenía otra línea preparada que reaccionaba a su voz y que podía conectarlo inmediatamente con un teléfono protegido de la embajada de Estados Unidos, a media docena de millas de allí, donde el asesor de Seguridad Nacional, James Marshall, y el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran, habían instalado lo que ellos llamaban «una sala de guerra a pleno rendimiento». Allí estaban conectados mediante líneas protegidas con el sótano de la Casa Blanca en Washington, donde el vicepresidente Hamilton Rogers, el secretario de Estado David Chaplin, el secretario de Defensa Terrence Langdon y el jefe del Estado Mayor Chester Keaton, jefe conjunto de los jefes de personal, habían instalado su propia sala de guerra.

—Tenemos registradas veintisiete llamadas hechas entre las 20.00 y las 20.40 horas de esta tarde desde seis teléfonos públicos distintos, todas dentro de un radio semicircular de tres kilómetros desde la estación Barcelona-Sants —dijo Rodríguez—. Fueron pagadas con una tarjeta de teléfono adquirida en un estanco de la calle Robrenyo.

Barcelona estaba en el punto de mira desde que a primera hora de la tarde del viernes se había producido un pequeño incendio en un quiosco de la principal estación de tren de la ciudad. Un fuego, habían concluido rápidamente las fuerzas del orden, que había sido provocado sin motivo aparente —robo, vandalismo o acto terrorista— y que la policía española tildaba ahora de «táctica de distracción». Pero distracción, ¿de qué? La única respuesta parecía ser que, puesto que el fuego había estallado cerca del lugar en la que la policía estaba haciendo un control de identidad, alguien de dentro de la estación —tal vez el propio presidente, pero más probablemente alguien con antecedentes criminales o en alguna lista de terroristas buscados— había querido así saltarse el control. Y si eso era cierto, podía haberlo logrado, porque los policías encargados del control abandonaron fugazmente su tarea para investigar el fuego y la conmoción que originó dentro.

—¿Qué relación tiene con el POTUS? —insistió Daniels, a quien la fatiga y la frustración empezaban a hacerle perder su normalmente correcta compostura.

—Ya le he dicho que no sé si significa algo, señor.

—¿Qué significa algo? ¿De qué coño me está hablando?

—Del movimiento, señor. Las llamadas han sido hechas a hoteles locales. Una tras otra, como si alguien intentara localizar al huésped de un hotel pero no supiera en qué hotel se aloja esa persona.

—Consígame el nombre del estanco donde ha sido adquirida la tarjeta, los números y ubicación de los teléfonos desde donde se hicieron las llamadas, y los números y nombres de los hoteles a los que han llamado.

—Sí, señor.

—Gracias. —Daniels marcó un número en el teclado que tenía delante—. Averigüe si la inteligencia española ha interceptado los teléfonos públicos de Barcelona entre las 20.00 y las 20.40 horas de hoy. Si lo han hecho, mire si tienen un registro de voces de una serie de llamadas hechas a hoteles locales en esa franja de tiempo. Quiero saber si las llamadas las ha hecho un hombre o una mujer, qué preguntaban y en qué idioma.

—Sí, señor.

—Y hágalo rápido.

—Sí, señor.

Barcelona, hotel Rivoli Jardín, 2.15 h

La ciudad seguía de fiesta. Bocinas, coches, motos, tráfico interminable. El sonido de jazz brasileño se filtraba a través de las dobles ventanas.

El presidente Harris dormía en la cama y Marten permanecía acurrucado en un pequeño sofá a su lado cuando el timbre del móvil de Marten los despertó a los dos.

—¿Quién es? —Harris se puso alerta de inmediato.

—No lo sé.

El teléfono volvió a sonar.

—Será mejor que conteste.

Marten cogió el móvil de una mesita a su lado y lo descolgó:

—¿Hola?

—Soy Demi. —Hablabla a media voz pero al mismo tiempo su tono parecía apremiante—. Se ha ido usted del hotel, ¿dónde está? Necesito verle de inmediato. No quiero hablar por teléfono.

El presidente encendió la lámpara que tenía en la mesita justo cuando Marten tapaba el auricular del teléfono.

—Es una mujer. Quiere verme ahora mismo. Hace cuatro horas hubiera matado por esta llamada.

Harris sonrió.

—No es lo que se imagina. —Destapó el teléfono y habló—: ¿Sigue usted en el Regente Majestic?

—Sí.

—Un segundo. —Volvió a tapar el aparato y se dirigió a Harris—. Tiene que ver con la muerte de Caroline. La mujer se llama Demi Picard; es una periodista francesa que viaja con el capellán del Congreso, Rufus Beck. Están los dos en Barcelona. —Marten vaciló unos instantes y luego prosiguió—. No sé si está usted al tanto, pero el reverendo es muy amigo del doctor Merriman Foxx.

—¿El mismo Merriman Foxx que yo conozco?

—Sí —asintió Marten, y luego habló al teléfono—. Deme su número de móvil y la llamaré. —Marten garabateó el número en un bloc de notas—. En cinco minutos.

Colgó, miró al presidente y se puso a contarle lo que le había contado a Fadden: que había seguido a Foxx hasta su residencia de Malta y se las había arreglado para hablar con él fingiendo formar parte del personal de la congresista Baker y diciéndole que necesitaba completar información antes de finalizar el informe del subcomité; que se habían encontrado en un restaurante y que Beck, otra mujer y Demi Picard lo acompañaban; que le intentó sacar información sobre su programa de armas biológicas y que mencionó los nombres de Caroline Parsons y de su doctora, Lorraine

Stephenson; que se había inventado que Mike Parsons había dejado escrito un memorando que cuestionaba la veracidad de su testimonio. Y luego la reacción furiosa de Foxx a todo ello.

—Por la mañana me enteré de que él y el reverendo Beck habían abandonado Malta repentinamente hacia destinos desconocidos. La señorita Picard también se iba y no quiso tener nada que ver conmigo cuando le pregunté, pero acabé enterándome de adónde iba y la seguí hasta Barcelona.

»Ha dicho que sabía usted que Caroline Parsons había sido asesinada, señor presidente. Me pregunto si sabe que Foxx está detrás del asunto, él y la misma doctora Stephenson a la que negó conocer. Le inocularon algún tipo de bacteria que la mató. Estoy casi seguro de que fue uno de sus experimentos, una parte de su programa de armas biológicas que se supone que se había destruido, pero no. Es lo que el comité de Mike Parsons estaba investigando cuando él y su hijo fueron asesinados. Desconozco la relación de Beck con el asunto, pero Foxx y él están aquí para reunirse en algún sitio, y pronto. Tal vez mañana. Demi sabe más sobre el tema o no me estaría llamando así —Marten vaciló, sin saber cómo formular la parte siguiente, pero el presidente lo hizo por él.

—Piensa usted que el doctor Foxx forma parte del complot contra mí.

—Tal vez, pero no hay pruebas. Lo único que sé es que estuvo en el centro de las sesiones del comité, negando que su programa siguiera existiendo, mientras por otro lado seguía aplicando sus experimentos a seres humanos vivos como Caroline Parsons.

—¿Qué implicación tiene en el caso esa señorita Picard?

—Se supone que ha utilizado al reverendo Beck para acercarse a Foxx. Su hermana desapareció de Malta hace dos años y ella pensó que tal vez Foxx le podría abrir algunas puertas para descubrir lo ocurrido, o al menos, eso es lo que me ha dicho.

—De modo que está aquí de manera accidental.

—Es posible, pero es posible que no. No lo sé. Pero la figura central aquí es Foxx. No sólo sabe el cómo, sino también el porqué de la muerte de Caroline, y estas dos preguntas pueden tener mucho que ver con el caso contra el que usted lucha.

El presidente desvió la mirada, tratando de digerir toda aquella información.

—Si tiene usted razón, ésta es la parte del paquete que faltaba, los medios de lo que planean hacer. Sé que debería sorprenderme de la implicación del reverendo Beck, pero ahora ya nada me sorprende.

Se volvió y Marten pudo ver la angustia reflejada en sus ojos.

—Están planeando algo horrible, señor Marten. Más terrible, creo, de lo que ni usted ni yo podemos imaginar. Conozco una parte, pero del resto no sé nada. Todo el asunto ha surgido como de la nada. Es un inmenso fracaso por mi parte; debí sospechar que algo estaba ocurriendo y no lo hice. Como le he dicho antes, el margen

de tiempo que tengo para maniobrar es increíblemente corto. Y si me encuentran, es nulo.

Marten hizo un gesto hacia el teléfono.

—Tal vez ella pueda ayudarnos. Cuánto, no tengo ni idea, pero es más de lo que tenemos hasta ahora.

Harris lo miró.

—Me ha dicho que ella no quería tener nada que ver con usted, ¿qué le hace pensar que ahora puede confiar?

—Es la pregunta del millón de dólares.

—¿Puede usted fiarse de ella, señor Marten?

—Al salir de mi hotel en Malta me estuvo siguiendo un joven durante todo el camino, hasta Barcelona. En el aeropuerto cambió por otro: el hombre muerto de la foto del periódico. Nos siguió a Demi y a mí hasta un restaurante al que fuimos a hablar. Luego yo traté de enfrentarme a él y de interrogarle, pero salió corriendo y le perseguí. Entonces fue cuando le atropello el camión.

—¿Cree que es Foxx quien mandó seguirle?

—Sí, para ver a quién informaba.

—¿Y piensa que esa mujer, Picard, puede tener algo que ver?

—Eso es lo que no sé. Puede que sea de fiar y nos sea de ayuda, o puede que nos hunda del todo. Para mí es una cosa; para usted, presidente, el asunto es totalmente distinto. Creo que... Lo que quiero decirle... es que la decisión es suya.

Marten vio al presidente Harris vacilar por un breve instante y luego tomar una decisión:

—Pídale que venga aquí ahora mismo —dijo—, pero que no le diga a nadie adónde va. Dele el número de habitación y que suba directamente. No le diga nada sobre mí.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro.

54

2.25 h

Desde la habitación y con las luces apagadas, Marten permaneció junto a la ventana buscando a Demi con la mirada. Abajo, la calle seguía siendo un remolino de vida nocturna. Tráfico que avanzaba lentamente, aceras llenas de peatones, música

que salía de los coches y de los portales. Para España, para Barcelona, la noche era todavía joven.

Marten oía el agua de la ducha corriendo en el baño, y luego la oyó detenerse cuando el presidente la apagó. Un poco antes, un avergonzado John Henry Harris le había pedido prestado su cepillo de dientes, y él se lo dio sin pensárselo dos veces. Luego le pidió su maquinilla de afeitar, pero Marten le sugirió que se dejara crecer la barba porque eso sería un elemento de camuflaje añadido, y el presidente accedió.

2.27 h

Seguían sin noticias de Demi.

Marten miró dentro de la habitación. A menos de cinco metros de él, al otro lado de la puerta del baño, el presidente de Estados Unidos se estaba secando y vistiéndose, preparándose por lo que iba a ser el paso siguiente. Toda la situación era descabellada, incluso absurda, pero sin embargo estaba ocurriendo. La veracidad del caso llevó a Marten a recordar la conversación que habían mantenido justo antes de que se metiera en la ducha.

—Me ha dicho que el doctor Foxx estuvo implicado directamente en la muerte de Caroline, que le había inculado algún tipo de bacteria para matarla —le dijo el presidente—. ¿Cómo lo ha sabido?

—La doctora Stephenson le inyectó algo durante la crisis nerviosa que tuvo después del funeral de su marido y su hijo. Se despertó en la clínica en la que estaba Foxx, y al parecer, éste supervisó su tratamiento. Ella tenía la impresión y el temor de que fueron Stephenson o Foxx los que le dieron la sustancia que la envenenó.

—¿La impresión y el temor?

—Sí.

—Impresión y temor significan incertidumbre. Y usted lo tenía muy claro cuando me lo ha dicho. ¿Por qué?

—Por lo que la doctora Stephenson me dijo antes de morir. Ella creyó que yo era uno de «ellos», fueran quienes fuesen «ellos», tal vez sus supuestos amigos, y que la iba a llevar a ver al «doctor», como ella mismo lo llamó. Se refería a Merriman Foxx.

—¿Justo antes de morir? —El presidente lo miró con expresión incrédula—. ¿Estaba usted allí cuando murió? ¿Cuando la decapitaron?

Marten guardó silencio un largo rato. Él era el único en el mundo que conocía la verdad. Entonces se dio cuenta de que ahora, llegados a este punto, ya no había motivo para ocultársela, especialmente al hombre que tenía delante:

—No fue asesinada, presidente. Se suicidó.

—¿Se suicidó? —El presidente estaba estupefacto.

—En la calle, cerca de su casa. Era de noche. La esperé hasta que llegó a casa e intenté interrogarla sobre lo que le había sucedido a Caroline. Estaba asustada. Creo que lo que más miedo le daba era que la llevaran «al doctor» y lo que éste podía llegar a hacerle. Llevaba una pistola. Al principio pensé que iba a dispararme, pero en vez de hacerlo, se la metió en la boca y apretó el gatillo.

»No pude hacer nada para evitarlo y no quise contárselo a la policía porque entonces Foxx se enteraría. De modo que me alejé rápidamente de la escena. La decapitación tuvo que haber ocurrido muy poco después. Eso significa que alguien la estaba vigilando.

El presidente estaba claramente confuso.

—¿Por qué hacerle algo así cuando ya estaba muerta?

—Yo también me lo he preguntado y he llegado a la conclusión de que el suicidio de un médico de su fama, ocurrido tan pronto después de la muerte de una de sus pacientes más conocidas, podía levantar sospechas y provocar que algunas personas empezaran a hacer preguntas, en especial al ocurrir tan pronto después de las muertes del marido congresista y de su hijo. Pero un asesinato es diferente. Es algo impersonal, puede pasarle a cualquiera. Además, no había manera de disimular un suicidio como éste, presidente. Quien lo hizo comprendía esto con claridad y, sencillamente, se llevó la cabeza.

—Dios mío —suspiró el presidente.

—Eso es lo que yo dije.

2.30 h

Marten volvió a mirar a la calle.

Seguía sin haber ni rastro de Demi.

55

Puesto de mando de los Servicios Secretos de EE. UU., Madrid, 2.30 h

—Las llamadas de Barcelona han sido realizadas por una mujer, señor. —De nuevo, la voz de la especialista Sandra Rodríguez volvió a sonar por el auricular de Hap Daniels. Estaba en el almacén de la CIA, de pie frente a la pantalla de un

ordenador, seleccionando una interminable lista de informes del amasijo de agencias de inteligencia que intentaban sin éxito localizar al presidente.

—Sonaba joven y hablaba español con acento danés. A la inteligencia española le llevó un buen rato escuchar las cintas y descifrar lo que decía.

—¿Qué trataba de averiguar? —la premió Daniels.

—Buscaba a un hombre, empleado o huésped de un hotel, no lo especificaba. Lo único que daba como dato era el nombre, Nicholas Marten. Marten con e, no con i.

—¿Marten? —dijo Daniels bruscamente y levantó la vista. Jake Lowe lo miraba desde el otro extremo de la sala. Daniels se volvió—. ¿Sabemos si ha conseguido localizar a ese Nicholas Marten?

—Sí, señor. Está en el hotel Rivoli Jardín. Barcelona 08002.

—Gracias.

Jake Lowe se había vuelto de espaldas a la sala y hablaba por un teléfono protegido con el asesor de Seguridad Nacional, Jim Marshall, en la sala de guerra de la embajada de Estados Unidos en Madrid.

—Puede que tengamos algo importante —dijo Lowe en voz baja y ansiosa—. La inteligencia española ha localizado a un tal Nicholas Marten en un hotel de Barcelona. Alguien hizo una serie de llamadas tratando de localizarle.

—¿Marten? —Se animó Marshall—. ¿El mismo Marten relacionado con el caso Caroline Parsons?

—No estamos seguros.

—¿Sabemos quién trataba de encontrarle?

—Una mujer. No sabemos quién es ni por qué lo buscaba. Ni siquiera si es «nuestro» Nicholas Marten. Pero si lo es, está claro que el presidente lo reconocería; se encontraron en la habitación de hospital en la que estaba la señora Parsons y luego quiso saber más cosas de él, y nosotros le dimos la información.

—Señor Lowe —la voz de Daniels sonó por un canal distinto del auricular y se volvió para ver a Daniels que le hacía gestos—, tal vez quiera echar una ojeada a esto.

De inmediato, Lowe cruzó la sala para mirar en la pantalla del ordenador ante el que estaban Daniels, el jefe de unidad Kellner y el director adjunto del Servicio Secreto, Ted Langway. En ella aparecía la foto del periódico de Marten tomada en las calles de Barcelona: la misma foto que el presidente había utilizado para identificarlo.

—De la edición vespertina del *ADN* de ayer. Ése es Marten —dijo Daniels, convencido.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Acompañaba al presidente cuando lo vimos en el Hospital Universitario.

—Tenemos la confirmación de Marten —le dijo Lowe a Marshall por el auricular, luego miró a Daniels—. Localícenlo, pero nada más. Que lo localicen y lo sigan. Que no sepa que está vigilado.

De pronto Daniels se volvió hacia Kellner:

—¿Tiene usted efectivos en Barcelona?

—Sí.

—Póngalos a trabajar.

—De acuerdo.

—Hap —Lowe miró a Daniels—. ¿Qué le dice su instinto? ¿Está el presidente con él?

—Quisiera responderle que sí, pero no hay manera de saberlo hasta que podamos comprobarlo.

—Quiero que lo hagamos nosotros mismos.

Daniels frunció el ceño, confundido:

—No sé si le sigo.

—No sabemos en qué condiciones físicas o psicológicas se encuentra. Lo que sí sabemos es que está enfermo, de modo que, pase lo que pase, hay que actuar con una delicadeza extrema. Cuando lo abordemos habrá que hacerlo con gente a la que pueda reconocer al instante. Hay que evitar caras extrañas, o agentes de la CIA o de la inteligencia española —miró al director adjunto, Ted Langway—. Ni siquiera usted, señor Langway. Le propongo que permanezca en Madrid. —Lowe volvió a mirar a Daniels—. No quiero empeorar las cosas todavía más para él. Si quiere una orden directa, puedo obtenerla del vicepresidente.

—No la necesitaré, señor.

—El doctor Marshall también querrá estar.

—¿El doctor Marshall?

—Sí.

Hap Daniels mantuvo la mirada de Lowe por un brevísimo instante:

—Sí, señor —dijo, antes de volverse y marcharse, mientras hablaba por su altavoz.

—Quiero un coche de persecución, un furgón blindado equipado con ambulancia, un par de médicos y dos técnicos de urgencias médicas, con tres coches más de seguridad para secundar la persecución, todo preparado en Barcelona dentro de una hora. Que un coche recoja al doctor Marshall en la embajada y lo lleve al aeropuerto.

Volvió a mirar otra vez al jefe de unidad Kellner:

—¿Puede conseguir que la inteligencia española nos dé autorización aérea prioritaria para un vuelo a Barcelona?

—Creo que sí.

—Hap —Lowe lo miraba directamente—. ¿Cuándo podríamos estar en el aire?

—A partir de la autorización, ascenso en veinte minutos.

—Bien.

Barcelona, hotel Rivoli Jardín, 3.00 h

Marten recorrió la cortina medio a oscuras justo a tiempo de ver a Demi Picard sorteando el tráfico mientras cruzaba la calle en dirección al hotel. Llevaba una chaqueta tipo trenca de color claro y un bolso grande colgado del hombro, y se había puesto un sombrero blando bien calado sobre la frente. Si no llega a ser porque la buscaba le hubiera costado mucho reconocerla, pero ésa era probablemente la intención.

Marten soltó la cortina y se apartó de la ventana justo cuando el presidente Harris salía del baño y se ponía las gafas recién pulidas.

—Acaba de cruzar la calle. Debería estar aquí en unos minutos —dijo Marten—. ¿Cómo quiere que lo hagamos?

El presidente se detuvo y lo miró. Seguía sin llevar su peluquín y se había puesto los mismos pantalones caqui de antes, la camisa azul de sport y la cazadora marrón que llevaba cuando Marten lo había visto aparecer en la habitación, hacía escasas horas.

—Señor Marten —le dijo, con una ansiedad que Marten no había apreciado hasta ahora—. Cuando he decidido buscarle sabía que estaba corriendo un riesgo, pero necesitaba encontrar un lugar oculto en el que descansar, aunque fuera sólo por un rato. Mientras me duchaba he podido ordenar mis ideas. Ahora son las tres de la madrugada. La policía española ha subido al tren en el que yo viajaba de Madrid a Barcelona antes del anochecer. Con suerte, habré conseguido escapar sin ser reconocido, al igual que he conseguido salir de la estación de tren. Pero la búsqueda, por muy secreta que sea, debe de ser muy exhaustiva. Conozco los métodos y las agencias que el Servicio Secreto estará utilizando para darme caza. Eso significa que, a estas alturas, deben de tener ya una idea bastante concreta de adónde he ido. Incluso es posible que hayan interceptado las llamadas que mi amiga ha hecho tratando de encontrarle. No falta mucho para que lo relacionen todo y descubran dónde estoy. Eso significa que tengo que salir de aquí ahora mismo, y cuanto antes mejor.

—¿Para ir adónde?

—Si se lo digo y le encuentran, créame que acabaría contándolo todo.

—Entonces no puedo dejar que me encuentren, ¿no?

El presidente lo miró detenidamente:

—Señor Marten, ya me ha ayudado muchísimo. Si trata de hacer más, estará poniéndose de mierda hasta el cuello.

—Ya estoy de mierda hasta el cuello —respondió Marten con una media sonrisa—. Y es posible que me despidan del trabajo. —La sonrisa se desvaneció—. Si vienen aquí a buscarle es porque saben quién soy. Usted ha pedido mi ayuda,

presidente, y sigue teniéndola. Además, he llegado hasta aquí por lo que le ocurrió a Caroline Parsons y, de alguna manera, usted también. Si usted se marcha, yo haré lo mismo.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—Entonces le doy mis más sinceras gracias, señor Marten. Pero también quiero que entienda algo. —La ansiedad en la voz del presidente estaba ahora agravada por una expresión de angustia casi insoportable, como si se diera cuenta por primera vez de la magnitud real de la situación—. Ahí fuera, así, no tengo ninguno de los poderes de mi cargo con los que sostenerme. No tengo ninguna autoridad. Si me encuentran y me llevan de vuelta, me matarán. Eso me convierte en un pobre tipo que huye con el tiempo en contra y trata de mantenerse a salvo y mantener a su país, y creo que también a un buen número de otros países, a flote. Para hacerlo tengo que averiguar lo que «mis amigos» planean hacer y hasta dónde llega su capacidad para hacerlo, y luego encontrar una manera de detenerlos, sea cual sea. El doctor Foxx parece ser una figura clave en todo este asunto; tal vez, incluso, su arquitecto principal. Su amiga, Demi Picard, puede que sea capaz de ayudarnos a encontrarle. Incluso puede que sepa dónde está.

—Quiere decir que quiere que nos acompañe.

—Señor Marten, le he dicho que dispongo de muy poco tiempo. Si ella sabe algo del doctor Foxx, necesito saber lo que es. Ya le he comentado que seguramente he estado aquí demasiado tiempo. Por lo tanto, sí: por muy peligroso e imprudente que pueda ser, en especial si ella trabaja para Foxx, quiero que nos la llevemos. Esto es, si ella está dispuesta.

—No dudo de que lo estará porque tiene muchas ganas de hablar conmigo. Pero si lo hace, corre usted el grave riesgo de que ella descubra su identidad.

—Con usted también lo he hecho. Si puede llevarnos hasta el doctor Foxx, o aunque sea lo bastante cerca como para que lo encontremos nosotros mismos, vale la pena arriesgarse —el presidente hizo una pausa y su voz bajó hasta casi un susurro—. Señor Marten, es así de importante.

De pronto oyeron un golpe a la puerta. Un segundo golpe le siguió.

—Soy Demi —dijo, desde el pasillo.

Marten miró al presidente:

—¿Está seguro?

—Sí.

Marten asintió con la cabeza y luego abrió la puerta. Demi entró rápidamente y cerró. Casi al instante, Marten sintió su mano en el brazo:

—¿Quién es? —dijo, mirando al presidente.

—Yo... eh... —vaciló Marten.

Eso era algo que no habían decidido: cómo presentarle al presidente.

—Bob —Harris se encargó de responder, con una sonrisa y tendiéndole la mano —. Bob Rader, soy un viejo amigo de Nicholas. Nos encontramos de manera inesperada.

Ella lo miró un segundo más, lo justo para digerir su presencia, y luego volvió a mirar a Marten.

—Tenemos que hablar. A solas. Ahora.

—Demi, Bob sabe lo que está ocurriendo. Lo que tenga que decir puede decirlo delante de él.

—No, no me refiero a eso.

—¿Qué?

Los ojos de Demi se pasearon de un hombre al otro.

—Cuando he llegado al hotel, cuatro personas han entrado detrás de mí. Uno era un huésped del hotel que había subido en ascensor conmigo. Los otros tres, dos hombres y una mujer, han ido a recepción. Uno de ellos llevaba un ejemplar de *ADN* 2 en la edición en la que había su foto publicada; la que salía con su amigo del polo amarillo del restaurante, el muerto frente al que usted estaba agachado...

—¿Y...?

—Creo que eran policías.

57

Hotel Rivoli Jardín, 3.07 h

—¿Es éste el señor Marten? —preguntó la detective de paisano de la policía de Barcelona, Juliana Ortega, al empleado del turno de noche que estaba en el mostrador del hotel, un hombre muy delgado, mientras le mostraba la foto de Marten del periódico. Él le echó un vistazo y luego miró a los dos hombres que había detrás de ella y que lo observaban, los detectives de paisano Alfonso León y Sancho Tárrega.

Fuera había una decena más de policías de paisano. Dos en cada uno de los coches que vigilaban las dos entradas del edificio que daban a la calle, dos más en un coche aparcado detrás del mismo, cerca de una entrada de servicio y de mercancías. Los otros cuatro estaban apostados en la azotea de un edificio de viviendas al otro lado de la calle, dos de ellos con prismáticos de visión nocturna, y los otros dos eran tiradores armados con rifles Barrett del calibre 0,50 equipados con mirillas nocturnas. El primer par vigilaba la calle; el segundo, la ventana de la habitación 408.

En total había trece miembros de la policía, con identificaciones de la Guardia Urbana de Barcelona, pero todos ellos actuaban camuflados. Seis de los coches de vigilancia eran agentes especiales de los GEO, el grupo de élite de la policía nacional española; los otros, los de la azotea al otro lado de la calle y los detectives Ortega, León y Tárrega, eran los «efectivos» en Barcelona de la oficina de la CIA en Madrid con los que contaba el jefe de la misma, Kellner; agentes de la CIA que operaban con el permiso de la policía municipal y de los servicios de inteligencia españoles.

—Le he preguntado si éste es el señor Marten —le insistió de nuevo la detective Ortega al recepcionista, señalando la foto del periódico y tratando de ignorar la fuerte música cubana que llegaba desde el club Jamboree hasta el vestíbulo del hotel.

—Sí —asintió el hombre, paseando nerviosamente la mirada entre la detective Ortega y los hombres que tenía detrás—, sí.

—Hay otro hombre con él —dijo ella, convencida.

El recepcionista volvió a asentir, ahora con un gesto de la cabeza. Estaba claro que no tenía ni idea de qué se trataba o de lo que estaba ocurriendo.

El detective Tárrega dio un paso adelante:

—¿Están los dos en la habitación, ahora mismo?

—Sí, creo que sí —dijo el hombre, nervioso—. No se lo puedo asegurar, porque he estado ocupado, pero para marcharse deberían haber pasado por delante del mostrador y yo no los he visto. He estado toda la noche aquí. El jefe me ha hecho trabajar dos turnos seguidos. Yo no le he pedido hacer horas extras, pero me ha dicho que esto es lo que hay.

—Ese otro hombre, ¿quién es? —insistió la detective Ortega—. ¿Cómo se llama?

—No lo sé. Dijo que era el tío del señor Marten. Yo mismo le he dejado subir a la habitación.

—¿Qué aspecto tiene?

—Como el tío de cualquier persona —sonrió el recepcionista, atemorizado.

—Responda a la pregunta, por favor —le apremió Ortega—. ¿Qué aspecto tiene?

—Mayor... bueno, no muy mayor, pero un poco. Casi calvo, con gafas.

—¿Calvo?

—Casi, sí.

El detective Tárrega miró al detective León y le hizo un gesto hacia el ascensor, luego volvió a mirar al empleado, y le dijo:

—Por favor, denos la llave de la habitación de Marten.

—Yo... Eso va contra las normas del hotel... —empezó a protestar el recepcionista, pero luego decidió rápidamente no insistir. Nervioso, cogió una llave electrónica virgen, la programó y se la entregó a Ortega.

De pronto, Tárrega miró a Juliana Ortega.

—Cubre aquí, vamos a subir.

3.12 h

La puerta del ascensor se abrió en la cuarta planta y Tárrega y León salieron. En pocos segundos habían tomado posiciones en ambos extremos del pasillo, desde donde podían ver claramente la puerta de la habitación 408.

Sabían que la 408 era la habitación de Marten, no porque se lo hubieran preguntado al recepcionista, sino porque se habían metido en el sistema de reservas del hotel antes de llegar para confirmarlo. Y también habían confirmado que Marten no había hecho ninguna llamada desde el teléfono de la 408, ni había pedido nada del servicio de habitaciones. Para ellos y para los agentes de fuera, y a todos los efectos prácticos, Nicholas Marten y su huésped calvo seguían dentro de la habitación.

58

Helicóptero Chinook del ejército estadounidense, a los veinte minutos de su despegue de Madrid, rumbo a Barcelona, 3.16 h

—¿Calvo? —Hap Daniels contestó a la llamada de radio que se oía por encima de los ruidos del motor del helicóptero.

Inmediatamente miró a Jake Lowe y al asesor de Seguridad Nacional James Marshall, sentados delante de él.

—Los efectivos nos informan de que un hombre ha entrado en la habitación de Marten alegando que era su tío. Era calvo. O casi calvo. A menos que el POTUS se haya afeitado la cabeza, tenemos al hombre equivocado.

—Tal vez sí se haya afeitado la cabeza —dijo Lowe, mirando primero a Marshall y luego a Daniels—. Mantengan a los efectivos donde están. Calvo o no, que actúen como si fuera el POTUS.

—¿Cuándo llegaremos?

—Aterrizaje en la sede central de policía de Barcelona a las 3.30 horas. Diez minutos más hasta el hotel.

Chantilly, Francia, 3.25 h

Victor estaba acurrucado en la oscuridad del bosque a un kilómetro del hipódromo de Chantilly, junto a las pistas de entrenamiento para caballos purasangres de competición llamadas Coeur de la Forêt, o «corazón del bosque». Le quedaban todavía más de tres horas y media hasta que sus objetivos aparecieran y, sin embargo, incluso en medio de la oscuridad y la humedad del bosque, Victor se sentía cómodo y satisfecho.

Lo habían mandado, tal y como le prometieron, en pasaje de primera clase en avión, de Madrid a París. Luego siguió las instrucciones: tomó un taxi en el aeropuerto Roissy-Charles de Gaulle hasta la Gare du Nord, y desde allí un tren hasta Chantilly, donde se registró en una habitación reservada a su nombre del hotel Chantilly; en ésta le esperaban el rifle M14 y la munición que necesitaría, empaquetados dentro de una bolsa cerrada de golf con su nombre en la etiqueta y enviados por tren desde Niza. Luego se fue a pasear por el bosque, encontró las pistas de entrenamiento Coeur de la Forêt y eligió el lugar en el que se encontraba ahora y desde el cual dispararía cuando los jinetes estuvieran entrenando a sus purasangres, justo después del amanecer.

3.27 h

—Victor —La voz cálida y segura le llegó por el auricular.

—Sí, Richard.

—¿Estás en tu posición?

—Sí, Richard.

—¿Va todo bien? ¿Estás lo bastante abrigado? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, Richard.

—¿Alguna pregunta?

—No, Richard.

—Buena suerte, entonces.

—Gracias, Richard. Todo irá bien.

—Lo sé, Victor. Lo sé muy bien.

Victor oyó colgar a Richard y volvió a acomodarse entre el follaje. Se sentía cómodo, hasta feliz. El bosque a oscuras y los sonidos nocturnos a su alrededor, hasta la humedad mohosa que lo cubría todo, le parecían naturales y acogedores, como si eso formara parte de un mundo —tan alejado y tan distinto de la maleza del desierto de Arizona, donde había pasado toda la vida hasta que lo encontraron— al que pertenecía de verdad.

3.30 h

Una polilla revoloteó y le tocó la cara, y Víctor la apartó delicadamente, cuidando de no lastimarla. Se preocupaba muchísimo por los seres vivos, lo había hecho toda la vida, y toda la vida había pagado por ello; demasiado sensible, demasiado emotivo, un niño de mamá llorica, todo eso le habían llamado, incluso en su propia familia. Esos comentarios le herían profundamente y sugerían una debilidad impropia de un varón; de adolescente y, más tarde, de adulto, quiso ocultar su sensibilidad. Peleas y broncas en el instituto, luego peleas en los bares y acusaciones de asalto y agresiones, de vez en cuando pequeñas condenas de prisión. Le daba igual: era todo lo duro y masculino que cualquier situación requiriera, todo lo duro y masculino que hiciera falta. Eso lo percibió Richard en su primera conversación telefónica.

Al hacerlo, le hizo ver a Víctor que no había nada malo en la manera en que se sentía y que aquellas mismas emociones eran compartidas por cientos, miles, hasta millones de otros hombres. Desde luego que le hería cuando la gente próxima a él le criticaba por ello, pero eso no era nada comparado con lo que otros hacían en el mundo. Richard le hablaba de gente que daba poco valor a la vida excepto para conseguir sus propios fines. Terroristas. Asesinos contra los que el mundo se jactaba de luchar pero que, excepto en contadas ocasiones, poco podía hacer para detener, ni siquiera con el uso de potentes ejércitos.

Fue entonces cuando Richard le preguntó si podía estar interesado en incorporarse a un movimiento clandestino de luchadores por la libertad, dedicado a proteger la patria americana, que iba a derrotar a aquella gente y a sus organizaciones por todo el mundo. Víctor asintió inmediatamente.

El hombre al que había asesinado al bajar del tren en Washington —Richard se lo había contado varios días antes— era un joven jugador de béisbol de Centroamérica. Pero era también miembro de una organización terrorista que comandaba células de espera en el corredor entre Washington y Nueva York y que iba a abandonar el país al día siguiente para informar a sus jefes en Venezuela y para organizar el transporte de más de sus miembros y dinero a Estados Unidos. Las autoridades estaban al corriente pero, debido al sistema burocrático y a sus múltiples niveles de autoridad, no habían hecho nada para detenerlos. Era necesario que se actuara antes de que el hombre abandonara el país, y Víctor lo hizo.

Sucedió lo mismo en Madrid, cuando Richard insistió en que caminara por Atocha y visualizara el horror que los terroristas habían creado allí. Fue un acto de terror que debía haber sido, y podía haber sido, detenido mucho antes de que ocurriera.

Seguir al presidente tanto en Berlín como en Madrid había sido un sencillo ejercicio. Richard quiso demostrarle directamente lo fácil que resultaba para cualquiera acercársele lo bastante como para matarlo, a pesar del fuerte dispositivo de seguridad.

Ese era el motivo por el cual se encontraba ahora en Chantilly, no sólo para probar sus dotes de tirador, sino también porque los jinetes formaban parte de una facción terrorista establecida en el norte de Francia. La idea era eliminarlos, poco a poco, uno a uno y por cualquier medio. Era la guerra, y si nadie más era capaz de lucharla como era debido, gente como Víctor y Richard se encargarían de hacerlo.

De momento Víctor había jugado bien sus cartas. Valoraban sus dones y su dedicación y se lo decían. Para él, esto era lo más importante.

3.35 h

Víctor levantó una mano enguantada y se acercó el M14 para dejarlo reposar cómodamente en su axila. Sólo le quedaba descansar y esperar a que llegaran los jinetes justo antes de las siete.

59

Barcelona, comisaría central de policía, 3.40 h

Entre una humareda de polvo y un rugido ensordecedor, el helicóptero Chinook del ejército estadounidense se posó en el helipuerto de la comisaría. Al instante, los motores se apagaron y la puerta se abrió deslizándose. Hap Daniels, su delegado Bill Strait, Jake Lowe, el doctor James Marshall y cuatro agentes más del Servicio Secreto saltaron al suelo. Agachados debajo de las hélices todavía batientes, se dirigieron a los tres coches de camuflaje con las puertas abiertas que los esperaban al final de la pista. En unos instantes los hombres estuvieron dentro, las puertas se cerraron y los coches se pusieron en marcha.

Hotel Rivoli jardín, 3.45 h

La música y el tráfico llenaban las calles como si estuvieran a pleno día. Los juerguistas iban y venían por las dos puertas principales del hotel como si el Rivoli Jardín estuviera ofreciendo una fiesta de puertas abiertas para toda la ciudad, el centro de la cual era la música que retronaba desde el club Jamboree al fondo del vestíbulo.

Hasta el momento, ninguno de los seis agentes especiales de los GEO, apostados en los coches de camuflaje del exterior, había detectado al hombre identificado como Nicholas Marten ni a su «tío» calvo abandonando el edificio. Ni tampoco los efectivos de la azotea al otro lado de la calle habían advertido ninguna actividad dentro de las cortinas corridas de la oscura habitación 408. La única iluminación procedente de la estancia parecía proceder de una tenue luz del pasillo o del baño, que estaba encendida desde que llegaron. Tampoco había ningún cambio para los agentes de la CIA que actuaban como detectives de la policía metropolitana, Tárrega y León, destacados en el pasillo frente a la habitación. Y lo mismo era cierto para la efectivo que se presentó como Juliana Ortega y que vigilaba en el vestíbulo. La información era que si los dos «hombres objetivo» estaban en la habitación cuando llegaron, ahora seguían dentro.

El club Jamboree estaba lleno de humo y repleto de punta a punta de bailarines sudorosos y casi todos jóvenes. Hacía un calor sofocante. En las últimas horas, el jazz cubano había dado paso a una *bossa nova* brasileña, y ésta al jazz fusión argentino.

—Otra copa de vino blanco, por favor. —«Bob», como el presidente Harris se había presentado a Demi, sonrió a la joven camarera y le hizo un gesto para que les sirviera más copas, y luego la observó mientras la chica serpenteaba entre los bailarines para llegar a la barra.

A las 3.07 Demi los había alertado de la presencia de policías en la parte inferior del hotel. A las 3.08 Marten había recogido su ordenador portátil, su grabadora y otras pertenencias en una bolsa de viaje y se la había colgado del hombro. A las 3.09 bajaban los tres por la escalera de incendios del fondo del pasillo. A las 3.11 entraron en el vestíbulo del hotel desde un pasillo lateral, cerca de la entrada del club Jamboree, y se detuvieron.

—Allí —dijo Demi, señalando a Juliana Ortega, la mujer a la que había visto entrar en el hotel con dos hombres al mismo tiempo que lo hacía ella.

Estaba sentada en una mullida butaca del vestíbulo desde la que tenía una visión clara de la entrada desde la calle y de los ascensores, como si esperara a alguien.

—¿Ve a los dos hombres que la acompañaban? —preguntó Bob.

—No.

El presidente miró a Marten.

—No son policías —dijo en voz baja, y luego hizo un gesto en dirección al Jamboree—. Es un lugar tan bueno como cualquier otro.

A las 3.13 encontraron una mesa y se sentaron. La camarera llegó rápidamente y el presidente pidió vino blanco para los tres. Cuando la camarera se marchó, cogió una servilleta y escribió algo en ella, luego la dobló y miró a Marten y a Demi.

—A estas alturas ya sabrán en qué habitación se alojaba el señor Marten y en la que suponen que estoy, puesto que el empleado que me dejó entrar se lo habrá dicho. Los hombres habrán subido y estarán cubriéndola, pero no entrarán hasta que lleguen los peces gordos.

Marten se inclinó hacia delante.

—Hay una entrada lateral al fondo del vestíbulo, ¿por qué no salimos por allí?

—Habrá otros afuera —dijo el presidente a media voz— y vigilando todas las salidas.

—¿Cómo sabe todo esto? —Demi miraba a Bob con atención. Allí estaba pasando algo y a ella no le gustaba—. ¿Quién es usted?

—Bob —dijo él, tranquilamente.

Justo entonces llegó la camarera con sus bebidas. Marten le pagó y se marchó. Al mismo tiempo, por el sistema de megafonía de la discoteca una voz exuberante anunció en catalán:

—Por favor, un fuerte aplauso para el cantautor vasco... ¡Fermín Muguruza!

Un foco iluminó el escenario y el guapo Muguruza salió a cantar. El público enloqueció. A los pocos segundos todo el mundo estaba de pie bailando, como si todo lo demás en sus vidas hubiera quedado relegado al olvido. Fue el momento que el presidente aprovechó para pasarle la nota de la servilleta a Marten. Marten se la puso en el regazo y la desdobló. En ella, el presidente había escrito: «La mujer es de la CIA, los hombres seguramente también. El Servicio Secreto está a punto de llegar».

Marten sintió cómo se le aceleraba el pulso y miró al presidente. Al hacerlo, oyó la expresión atónita de Demi:

—*Oh, mon Dieu!*

Marten la miró. Estaba mirando a Bob con los ojos muy abiertos.

Rápidamente Harris reaccionó:

—Así que ya lo ha adivinado. No diga ni una palabra.

—No lo haré —respiró ella. Lo miró un segundo más, incrédula, y luego se volvió insegura hacia Marten—. ¿Qué está ocurriendo aquí? No lo entiendo.

—Escúcheme —el presidente se le acercó mucho con la intención de hacerse escuchar por encima de la música a todo volumen de Fermín Muguruza—. En cualquier momento llegará el agente especial al cargo de mi caso. El y sus hombres habrán volado desde Madrid. No tienen ni idea de lo que estoy haciendo ni del porqué y, francamente, a estas alturas ya no les importa. Su trabajo es protegerme a cualquier precio. Por encima de todo, no querrán que se sepa qué está pasando ni que estoy en éste o en ningún otro lugar cerca de aquí, lo cual es probablemente el motivo por el cual no han evacuado ni precintado el edificio. Eso llamaría demasiado la atención, y eso es lo último que ninguno de ellos quiere.

»Trabajan rápido y con eficacia. Si hubieran llegado cuando estábamos todavía en la habitación, en estos momentos nos habrían sacado por la puerta de atrás, nos habrían metido en coches y estaríamos muy lejos. Y nadie sabría nunca que yo, ni ellos, habíamos estado aquí, ni que nada extraño había ocurrido.

»Al mismo tiempo, estas tácticas nos dan un pequeño margen de maniobra porque cuando lleguen, cuando el agente a mi cargo pase por la puerta con su delegado y empiece a subir hacia la habitación, la atención del resto de los agentes estará centrada en el plan para evacuarme. Será entonces, en el momento en que suba, cuando saldremos los tres, por la salida lateral, a la calle y mezclados entre la gente. He mirado las dos entradas con atención antes de entrar. Una vez fuera giramos a la derecha y andamos como un trío manzana abajo. Al final de la misma, a unos sesenta metros, hay una parada de taxis. Nos metemos en el primero y me dejan hablar a mí.

Marten se inclinó hacia él:

—Basa usted toda la estrategia en la certeza de que su agente especial entrará por la puerta principal, y no por cualquier otra.

—Cierto. No estoy seguro, es una suposición. Pero eso es porque lo conozco bien. No sólo está horrorizado porque el presidente haya desaparecido bajo su vigilancia, sino que está muerto de miedo por mi buen estado y querrá sacarme de aquí y llevarme bajo su custodia lo antes posible. Para hacerlo tomará el camino más corto hasta el objeto, y éste pasa por la puerta principal y por los ascensores que llevan directamente a la habitación.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si entra por cualquier otra entrada, barre la habitación y descubre que se ha esfumado? Nadie le ha visto salir. Eso significa que sigue en algún lugar del edificio. Llamando la atención o no, este lugar será precintado antes de que ninguno de nosotros pueda volver a suspirar.

El presidente esbozó una sonrisa:

—Espero conocer a mi hombre lo bastante como para no equivocarme. —Entonces miró a Demi—. La hemos metido en esto por el señor Marten y por lo que usted puede saber acerca del doctor Foxx.

Demi se asustó.

—¿Es eso cierto? —insistió el presidente.

Marten la tranquilizó:

—Ya se lo he dicho antes: está al corriente de todo. Podemos hablar delante de él.

—Sí, es cierto —dijo Demi.

—Entonces comprenderá usted que si al señor Marten o a mí nos atrapan, cualquier información que le haya facilitado al señor Marten no habrá servido de nada porque yo no podré hacer nada con ella, ni tampoco él. Eso la pone a usted directamente en la línea de fuego.

—No le entiendo —dijo ella.

—Por la foto del periódico, sabrán qué aspecto tiene el señor Marten, y también es obvio que mi gente sabe el aspecto que tengo yo; si se hubieran sorprendido por mi

falta de pelo, a estas alturas ya no lo estarán porque habrán hablado con el recepcionista del hotel. Eso nos lleva de nuevo a usted, porque a usted no la conocen. —El presidente hizo una pausa, mirándola a los ojos. Marten supo que estaba aprovechando aquel momento para juzgarla—. Lo que estoy haciendo, señora Picard, es poner su bienestar, el del señor Marten y el mío, enteramente en sus manos. Le estoy pidiendo su ayuda. ¿Lo comprende?

—Sí.

—¿Nos ayudará?

Demi miró a Marten y luego otra vez al presidente:

—¿Qué quieren que haga?

3.45 h

Demi se levantó de la mesa y salió al vestíbulo con su gran bolso colgado al hombro. Atrás había dejado el sombrero blando y la trenca de color claro que llevaba al llegar.

3.46 h

Demi se abanicaba con una servilleta mientras se entremezclaba con los bailarines sudorosos y animados que buscaban un poco de aire justo enfrente de las puertas abiertas del Jamboree. Lo que vigilaba en realidad era la puerta principal.

A tres metros de ella Marten y el presidente Harris estaban alerta, justo al otro lado de las puertas del club. Marten se había puesto espuma en el pelo, se había abierto la camisa y se había echado la trenca de Demi por encima de un hombro, de una manera muy masculina, para disimular debajo su bolsa de viaje. El presidente, todavía con sus gafas claras, se había puesto el sombrero y lo llevaba ladeado, tapando efectivamente buena parte de su calva.

3.50 h

Demi vio a los cuatro que entraban por la puerta principal y se dirigían directamente a los ascensores, uno de ellos con un impermeable colgado del brazo. Las descripciones que el presidente le había hecho de Hap Daniels y Bill Strait eran perfectas, al igual que la predicción de sus acciones. A los dos hombres que los acompañaban los reconoció de su época en Washington: el asesor presidencial Jake

Lowe y el asesor de Seguridad Nacional, doctor James Marshall. Se volvió bruscamente y volvió a meterse en el club:

—Ahora —dijo.

3.51 h

El trío salió del club Jamboree cogido del brazo, cruzando el vestíbulo hacia la entrada lateral. Iban conversando, riéndose, medio bailando al ritmo de la música mientras avanzaban entre la gente. Tenían exactamente el aspecto que querían tener, el de una pareja de gays medio borrachos, y su amiguita juerguista heterosexual a la que habían sacado de fiesta.

En cinco segundos estaban a medio camino hacia la puerta. Otros tres segundos y estuvieron a punto de alcanzarla.

—Todavía no —dijo el presidente, forzando una sonrisa y deteniéndose—. Tomemos otra copa antes de irnos. —Con la misma rapidez los obligó a retroceder—. Justo ahí fuera —les susurró—, el agente del Servicio Secreto que ha estado en mi equipo desde que juré el cargo.

3.52 h

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y Hap Daniels, Bill Strait, Jake Lowe y James Marshall salieron al pasillo de la cuarta planta.

Daniels no tuvo ninguna necesidad de identificar a ninguno de ellos delante de los agentes León y Tárrega. Sabían quiénes eran y lo que iban a hacer desde el momento en el que el helicóptero Chinook tocó tierra en comisaría. El hecho de que el agente Strait llevara un impermeable no era casual. Era para tapar la cabeza del presidente justo antes de sacarle, asegurándose de que ningún transeúnte, periodista alertado o *paparazzi* al acecho tuviera ninguna posibilidad de reconocerlo ni, desde luego, de hacerle una foto.

3.53 h

Los tres agentes del Servicio Secreto restantes que habían acompañado a Daniels desde Madrid se pusieron en contacto con los operativos de los GEO españoles que estaban en la puerta trasera de servicio del hotel y luego se metieron en el ascensor de servicio.

Al mismo tiempo, el equipo que Daniels había solicitado un poco más de una hora antes desde Madrid —un coche de persecución, un furgón blindado equipado con dos médicos y dos técnicos de urgencias, y tres coches de seguridad más— avanzaron y se detuvieron junto al coche de los GEO. Sus faros se apagaron inmediatamente.

3.54 h

El presidente, Nicholas Marten y Demi estaban entre la muchedumbre justo enfrente de las puertas abiertas del club Jamboree. Al otro extremo del vestíbulo podían ver al flaco recepcionista y al efectivo de la CIA Ortega. El recepcionista estaba ocupado hablando por teléfono. Ortega se había trasladado de la butaca donde antes estaba sentada hasta la puerta principal, que vigilaba con atención.

—Se nos está acabando el tiempo —dijo el presidente en voz baja—. Vamos a tener que usar la puerta principal y esperar que la mujer apostada aquí sea la única y que los otros estén en otros puntos. Si logramos sortearla, una vez fuera giramos a la derecha y nos mezclamos con la gente. Si por alguna razón me detienen, ustedes sigan andando. Si tratan de ayudarme podrían matar a alguien.

El presidente iba a dirigirse hacia la puerta cuando Marten dijo:

—Un segundo —y se volvió hacia Demi—. Usted habla francés.

—Pues claro.

—Vaya usted delante. Cuando llegue a la mujer hable con ella como si fuera una turista francesa que ha perdido a su grupo y pregúntele cómo llegar al puerto. Puede que le entienda, puede que no; da igual. Nosotros estaremos justo detrás de usted. Lo único que necesitamos son unos cinco segundos de distracción para pasar por su lado. Una vez hayamos salido, le da las gracias y se marcha. Nos encontraremos a media manzana. ¿Puede hacerlo?

—Sí.

—Bien.

3.55 h

Jake Lowe y el doctor Marshall permanecieron apoyados contra la pared mientras Hap Daniels y Bill Strait se acercaban a la puerta de la habitación 408. El pasillo detrás de ellos estaba cubierto por los efectivos de la CIA, Tárrega y León, por si necesitaban ayuda o por si algún huésped del hotel intentaba abandonar su habitación.

Los tres agentes del Servicio Secreto que habían subido por el ascensor de servicio desde la entrada trasera esperaban a unos siete metros pasillo abajo, en un

pequeño rincón en forma de L que albergaba el ascensor de servicio, por el que bajarían al presidente una vez detenido. El ascensor central que habían usado Hap y los demás estaba cerrado y «temporalmente fuera de servicio».

Con la tarjeta electrónica de acceso en la mano, Hap Daniels miró a Bill Strait, que sujetaba el impermeable para cubrir la cabeza del presidente, y luego miró a Jake Lowe y al doctor Marshall.

—Cinco segundos —dijo en voz baja al pequeño micro que llevaba en la solapa. Levantó un dedo, luego otro.

Los cuatro efectivos de la CIA apostados en la azotea de enfrente se pusieron alerta. Los dos que vigilaban en la calle apuntaron sus prismáticos hacia la ventana de la habitación 408. Los dos tiradores con rifles Barrett del calibre 50 y mirillas telescópicas de visión nocturna apuntaron. Si alguien o algún grupo tenían al presidente secuestrado, él, ella o ellos estarían muertos en cuestión de segundos.

Vestíbulo del hotel, a la misma hora

Marten y el presidente estaban unos pasos por detrás de Demi. Tras ella veían a la agente de la CIA de pie, justo dentro del salón principal del hotel. A su derecha vieron al recepcionista que colgaba el teléfono, daba media vuelta y luego se ponía a hablar con alguien.

Pasillo de la cuarta planta

Hap Daniels levantó el cuarto dedo, luego el quinto.

De un solo gesto deslizó la tarjeta electrónica por la ranura. Medio segundo más tarde el piloto rojo de la puerta se puso verde y él empujó la puerta.

Salón del hotel

—*Excusez-moi. Mes amis sont partis. Pouvez-vous m'indiquer la manière d'arriver au port? Mon hôtel se trouve là.*

Demi se había puesto delante de Juliana Ortega y le tapaba la vista de la entrada del hotel. Al hacerlo, Marten y el presidente se colaron y salieron a la abarrotada acera del exterior.

—*Trouvez un taxi, c'est un peu loin d'ici* —le dijo Ortega bruscamente para luego, inmediatamente, rodearla para no perder de vista la puerta.

—*Merci* —agradeció Demi, y luego se dio la vuelta y se marchó.

60

3.58 h

—¡Maldita sea! —gritó Hap Daniels.

El agente especial Bill Strait estaba justo detrás de él. Jake Lowe y el doctor James Marshall entraron corriendo desde el pasillo.

La habitación 408 estaba vacía.

—¿Estaba aquí? —Lowe entró hecho una furia en la habitación con Marshall pegado a sus talones.

Daniels lo ignoró y habló por su micro:

—¡Que cierren el edificio ahora mismo! Que no entre ni salga nadie. Quiero que se registre a todo Dios, además de todos los armarios, lavabos, pasillos... ¡que no quede ni un centímetro cuadrado sin registrar! Y esta vez, eso incluye las malditas canalizaciones del aire acondicionado.

De pronto Jake Lowe se puso frente a él:

—Le he preguntado si ha estado aquí. ¿Ha estado el presidente aquí, en esta habitación?

Daniels lo miró una décima de segundo, luego se calmó.

—No lo sé, señor —dijo, en tono profesional, y luego se volvió bruscamente hacia su micro—. Alerten a la inteligencia española. Que manden a sus efectivos ya apostados acordonar una zona de tres kilómetros a la redonda alrededor del hotel. Pídanles que autoricen la detención de cualquier hombre de raza indoeuropea entre cuarenta y setenta años que sea calvo o medio calvo. Y también que autoricen la captura y detención de Nicholas Marten. Y mantengan a la prensa lo más alejada posible de todo esto.

Daniels miró a Marshall:

—Creo que será mejor que informe al jefe de personal y al secretario de prensa de la Casa Blanca. Ambos se verán inundados de trabajo y de golpe, si todo esto sale.

—¿Ha estado aquí o no? —insistió Jake Lowe, esta vez en voz más baja pero con mucha intención, los ojos inyectados de rabia.

Hap Daniels lo miró, luego se tocó la oreja y examinó la habitación. La cama estaba deshecha, como si alguien hubiera estado durmiendo en ella. Y había una silla apartada de un pequeño escritorio.

Daniels se volvió y se dirigió al baño. Había un trapo y varias toallas húmedas en el fregadero. La bañera estaba todavía mojada y la ducha goteaba un poco. Por unos instantes Daniels no hizo nada, se quedó quieto, pensando. Un segundo más y pasó junto a Marshall y Strait, volvió a entrar en el dormitorio y miró la cama. La examinó unos segundos y luego se acercó, se agachó y olió las sábanas y la almohada arrugada.

—¿Qué coño está haciendo? —le soltó Jake Lowe—. ¿Ha estado o no ha estado aquí? ¿O acaso no tiene ni idea?

De pronto Daniels se levantó.

—Es aftershave.

—¿Qué?

—El aftershave. En la almohada. El presidente usa la misma loción barata desde que lo conozco.

—Eso quiere decir que ha estado aquí.

—Sí, señor, ha estado. —Daniels miró a Strait a los ojos—. Traiga un equipo técnico ahora mismo, veamos qué podemos averiguar.

—Sí, señor. —Strait se volvió y se alejó pasillo abajo mientras hablaba por su micro.

—Hap —Marshall inclinó su cuerpo de casi dos metros sobre el escritorio y se cruzó de brazos. Su gesto era glacial—, ¿qué hacemos ahora?

—Esperar como locos poder cazarlo en los próximos veinte minutos. Si no es así, ya podemos empezar todo el proceso desde cero.

61

4.03 h

—A la estación de Sants —dijo el presidente mientras él, Demi y Marten se subían al asiento de atrás del flamante taxi amarillo número 6622.

—Sí. —El taxista puso el coche en marcha y empezó a circular en el preciso instante en el que las sirenas llenaban el aire.

Cruzaron una plaza, giraron a la izquierda y luego tuvieron que frenar rápidamente para evitar la colisión con dos coches de la policía municipal que cruzaban directamente por delante de ellos.

—Ya se ha disparado la alarma —dijo Marten a media voz—. La estación estará vigilada.

—Lo sé —dijo el presidente.

—¿Y...?

—Ya lo veremos. —El presidente se apoyó en el asiento y se calzó un poco más el sombrero de Demi.

Demi lo miró y luego miró a Marten.

—Vayan donde vayan, yo no puedo acompañarles. Eso es de lo que quería hablarle, cuando vine al hotel.

De pronto, dos coches más de la policía rugieron en dirección al hotel de Marten, y justo entonces vieron la hilera de tráfico parado.

—Mossos d'Esquadra, ¿qué demonios pasa? —dijo el taxista, mirándolos por el retrovisor.

—Algo pasará. ¿Quién sabe? —le respondió el presidente, encogiéndose de hombros, antes de mirar a Marten rápidamente.

—Han cortado la calle —dijo, *sotto voce*—. Inspeccionarán los coches. Cada vez será peor. Actúan en círculos concéntricos. Bloquean la calle con puntos de control y luego van poniendo más controles en el exterior.

—Entonces vayamos andando —dijo Marten.

—Sí. —El presidente miró al taxista—. Pare aquí, por favor.

—¿Aquí mismo?

—Sí.

El taxista se encogió de hombros y se subió abruptamente al bordillo. Los tres salieron del coche y el presidente le pagó con una generosa propina:

—No nos ha visto, ¿vale? —le dijo, escondiendo las facciones bajo el sombrero.

—Nunca —le dijo el taxista, con una mueca cómplice.

Marten cerró la puerta y el coche se alejó.

Los transeúntes inquietos circulaban a su alrededor, cada vez más preocupados por lo que estaba sucediendo.

—Terroristas —dijo alguien, en voz alta—. Terroristas —murmuraban otros—. ¿Vascos? ¿La ETA? —preguntó un hombre.

—No —soltaron varias voces a la vez—, Al Qaeda.

Los conductores detenidos por el control estaban siniestramente callados. La tensión y la miedosa expectativa llenaban el ambiente. En cualquier otro momento habrían estado gritando y tocando las bocinas con impaciencia, pero no ahora.

—Sigán andando —dijo rápidamente el presidente—, no se aparten de la gente.

Marten asintió y tomó a Demi del brazo, colocándola entre él y el presidente al tiempo que avanzaban. Ahora no les cabía duda de que el Servicio Secreto estaba al tanto de que el presidente había estado en la habitación de Marten, y de que éstos habían tomado todas las medidas para encontrarlos. Lo único que podían hacer era intentar confundirse entre lo que era ahora una larga cola de gente, y esperar que no levantaran la alarma al reconocer al hombre del sombrero que andaba entre ellos, ni que fuera por pura sorpresa.

Marten dejó pasar a tres jóvenes y luego miró a Demi:

—Antes, en el taxi, ha dicho que no podía acompañarnos. ¿Por qué?

Demi vaciló, luego miró al presidente y luego otra vez a Marten:

—El reverendo Beck se va a reunir mañana con el doctor Foxx a primera hora de la tarde, en el monasterio benedictino de Montserrat, en las montañas al noroeste de aquí. Me ha pedido que vaya con él y yo he accedido. Tengo que volver al hotel, nos iremos desde allí.

Marten y el presidente se miraron, luego Marten se dirigió a Demi:

—¿Le ha pedido que vaya, sin más?

—Sí, por el mismo motivo por el que he venido a Barcelona, para seguir con el reportaje del libro.

—¿Le ha dicho por qué canceló el viaje a los Balcanes, o por qué se marchó de Malta de la manera en que lo hizo?

—Lo único que me ha dicho es que surgió un asunto inesperado que le ha obligado a venir a Barcelona a reunirse con alguien. No me ha dado más explicaciones. Sencillamente se ha disculpado por irse tan bruscamente.

De pronto, más adelante, se oyeron varias sirenas a la vez. La gente empezó a caminar más rápido, como si estuviera pasando algo. Cada vez había más gente que corría. Ellos avanzaban entre la muchedumbre, tratando de permanecer ocultos entre la masa. Demi miró al presidente, luego a Marten.

—He hecho lo que usted me recomendó y le he dicho a Beck que usted me siguió hasta Barcelona, y que nos hemos encontrado y hemos hablado. Esperaba que demostraría enfado, o sorpresa, pero no. En vez de eso, me ha comentado algo de pasada, en el sentido de que ojalá usted y el doctor Foxx se hubieran despedido de una manera más cordial en Malta. No me ha dicho por qué, ni me ha preguntado por qué me había seguido hasta aquí, ni me ha preguntado de qué habíamos hablado. Parecía no interesarle, como si tuviera otras cosas en la cabeza, pero me ha dado la sensación de que si usted aparecía en Montserrat mientras estuviéramos allí, tal vez él encontraría la manera de concertarle una entrevista para que usted y Foxx acabaran de hablar. Incluso podría decir que ha sido idea mía, porque así no se estropearía mi relación con él, en especial cuando le pida ayuda para encontrar a mi hermana.

Marten la escrutó. Incluso ahora, después de lo que acababan de pasar juntos, le costaba saber si podía confiar en ella; si mentía y todo aquel melodrama de Foxx y Beck marchándose de Malta tan repentinamente y luego haciéndola venir a Barcelona formaba parte del asunto en el que estaban metidos, fuera el que fuese. Y aquella oferta de paz, que parecía muy forzada, a Marten; ese deseo de Beck de que él y Foxx hubieran dejado las cosas de una manera «más cordial», parecían una manera muy estudiada de hacerlo ir a Montserrat por su propio pie; un monasterio aislado donde lo podrían atrapar a solas para luego exigirle que confesara para quién trabajaba y, finalmente, deshacerse de él. Si éste era el caso y la llamada a horas intempestivas de

Demi había sido idea de aquellos hombres, y no de ella, precisaba enterarse de todo lo que pudiera antes de dejarla marchar de vuelta a su hotel.

—¿Irá la mujer de negro a Montserrat con ustedes?

—¿Quién? —Demi pareció totalmente sorprendida.

—A primera hora del anochecer usted y Beck han ido a la catedral. Los acompañaba una mujer vestida de negro, una mujer mayor.

—¿Cómo lo sabe?

—Da igual cómo lo sé. Lo que quiero es saber quién es y qué tiene que ver con Beck.

—Se llama Luciana —contestó Demi, de manera directa y sin vacilar—. Es una amiga italiana del reverendo. Cuando he llegado al hotel estaba con él.

—¿Es ella el motivo por el que tuvo que marcharse de Malta?

—No lo sé, pero ha sido ella la que ha arreglado la visita al monasterio, a través de un cura de la catedral. —Demi miró a la gente que los rodeaba, luego bajó la voz y miró a Marten—. Forma parte del aquelarre. Lleva el tatuaje en el pulgar. Y sí, ella irá con nosotros.

Marten miró al presidente y se dio cuenta de lo confundido que estaba. Sabía que había información importante pero no tenía ni idea de qué iba. Marten estaba a punto de decir algo, a punto de intentar explicarle, pero lo cortó el silbido de la sirena de un coche de policía que pasó a todo trapo junto a ellos, con el altavoz rugiendo instrucciones a los conductores para que se echaran hacia la acera. Le seguían un par de furgones azules de los Mossos d'Esquadra. Cien metros más adelante los tres vehículos se detuvieron del todo, las puertas traseras de los furgones se abrieron de golpe y al menos dos docenas de policías muy armados saltaron a la calle.

—Maldita sea —masculló el presidente.

A su alrededor la gente contemplaba la escena boquiabierta. «Terroristas», «Al Qaeda», decían, ahora más rápido, cada vez más personas y con más miedo.

El presidente miró a Marten:

—Están ampliando el cerco e intensificando la búsqueda. Desde aquí hasta fuera tendrán todas las calles y callejuelas bien cerradas.

—Pues entonces demos media vuelta y volvamos —dijo Marten, con calma.

—¿Adónde?

—Somos tipos amables. La joven trataba de volver a su hotel y nosotros la hemos acompañado.

Demi se sobresaltó:

—¿Piensan ir a mi hotel?

—Al menos usted tiene una habitación, y no creo que nos dejen entrar en cualquier otro lugar. Tendremos que inventarnos alguna manera de sortear a la gente de recepción.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí? —dijo Demi, señalando la masa de tráfico caótico—. Si tomamos un taxi nos detendrán en la esquina siguiente. Si voy sola es

una cosa, pero si vamos juntos nos pillarán a los tres, y ahí se habrá acabado todo.

—Tiene razón —dijo el presidente.

Marten vaciló, luego miró hacia atrás por encima de su hombro:

—Vayamos andando.

—¿Qué? —exclamó Demi.

Marten la miró:

—Lo mismo que aquí. Andemos.

62

Hotel Rivoli Jardín, a la misma hora, 4.20

Caos intenso y controlado. Casi, casi una repetición exacta de lo ocurrido menos de veinticuatro horas antes en el hotel Ritz de Madrid.

Policías municipales de uniforme bajo la supervisión de los GEO y de los efectivos de la CIA; Ortega, León y Tárrega comprobaban la identificación de todas las personas presentes en el hotel. Se despertó a los huéspedes que estaban durmiendo, se registraron las habitaciones, se comprobaron sus identidades. Los empleados del hotel y los encargados y músicos del club Jamboree fueron tratados con la misma furia educada. La policía actuaba bajo la suposición de que «unos terroristas conocidos se han registrado en el hotel bajo nombres falsos». Dos de ellos, se rumoreaba, ya habían sido identificados y detenidos. Hasta el afable cantante vasco Fermín Muguruza había sido interrogado y luego soltado, mientras seguía firmando autógrafos para los fans que lo rodeaban y a los que también se interrogaba. «Bajo estas circunstancias —dijo Muguruza orgulloso—, ¿quién no trataría de ayudar a las autoridades?».

Además, la estricta instrucción de Hap Daniels de registrar todos los armarios, lavabos, pasillos y todo el espacio del hotel centímetro a centímetro, incluidas las «malditas canalizaciones del aire acondicionado», se estaba siguiendo al pie de la letra y luego se repitió una segunda vez.

En la habitación 408, un equipo de expertos proporcionado por la inteligencia española y bajo las órdenes del agente especial Bill Strait lo examinaba todo. Una planta más abajo, una sala de reuniones había sido convertida en un puesto de mando del Servicio Secreto. Se instaló un teléfono protegido con línea directa a la embajada de Estados Unidos en Madrid y otra a Washington, a la sala de guerra instalada en el sótano de la Casa Blanca. Lo más obvio y urgente era la situación que rodeaba al

presidente, pero lo que preocupaba cada vez más era la inminente reunión de la OTAN del lunes en Varsovia, donde el presidente Harris tenía previsto anunciar un nuevo espíritu de «acuerdo político» y de «solidaridad contra el terrorismo», a pesar de las todavía presentes dificultades con Francia y Alemania.

—¿Quién está ahí con usted? —Jake Lowe caminaba arriba y abajo, con la línea protegida en el oído, en conversación con el secretario de Estado David Chaplin en la Casa Blanca, mientras el asesor de Seguridad Nacional James Marshall escuchaba desde otro teléfono a pocos metros de él. Un agotado y furioso Hap Daniels permanecía a medio camino de la sala, con un ojo en Lowe y Marshall y el otro en el pequeño grupo de técnicos de la CIA recién llegados que trabajaban con sus portátiles y dirigían la cacería del presidente en Barcelona.

—Terry Langdon y Chet Keaton. El vicepresidente viene de camino.

—El presidente está enfermo. Ahora lo tenemos más claro. Además, parece que tiene a ese americano británico, Nicholas Marten, ayudándolo. Ignoramos cómo, por qué y con qué fin. —La explicación tajante de Lowe estaba dedicada totalmente a la atención de Hap Daniels.

—Es obvio que está muy decidido —dijo Chaplin en la parte de conversación que Daniels no podía escuchar—. Mientras siga desaparecido es más peligroso que nadie porque puede encontrar la manera de delatarnos. Dicho esto, Terry insiste en lo del lunes. Todo está en su sitio y él cree que no podemos dejar que esta situación nos detenga. En el peor de los casos anunciaremos que tiene una gripe estomacal o algo parecido y el vicepresidente le representará en Varsovia. Mientras tanto, la prensa está empezando a pedir más información sobre lo que ha ocurrido en Madrid y sobre el paradero del POTUS. El período de luna de miel está a punto de agotarse; tendremos que darles algo.

—Pásame al jefe de personal y al secretario de prensa y decidiremos ahora mismo cómo actuamos —le soltó Lowe.

—David, ¿puedes oírme? —intervino Marshall.

—Sí, Jim.

—Respecto a Varsovia, Jake y yo estamos de acuerdo. Actuaremos bajo la suposición de que todo esto se resolverá y el presidente acudirá a la reunión como estaba previsto.

—De acuerdo.

—Terry, ¿estás ahí?

—Sí, Jim. —La voz del secretario de Defensa, Langdon, sonó con fuerza.

—Acabo de explicárselo a David, todos de acuerdo sobre lo de Varsovia. —Marshall miró disimuladamente por la sala, asegurándose de que ni Daniels ni nadie más se mostraran demasiado curiosos sobre el asunto—. Haremos lo que estaba previsto.

—Bien.

—En este punto ningún cambio —Marshall se volvió hacia Jake Lowe.

—De acuerdo.

—Ya volveremos a hablar cuando haya algo —dijo Lowe, y colgó. Marshall hizo lo mismo. Cuando se volvió, Hap Daniels lo estaba mirando.

63

4.42 h

Se metieron los tres en un portal oscuro, esperando a que pasara el coche de policía. Una vez pasó, aguardaron otros veinte segundos para asegurarse de que no había un segundo coche detrás. Finalmente salieron y siguieron andando. Ahora Marten, Demi y el presidente Harris ya habían alcanzado Ciutat Vella, el barrio antiguo, con sus edificios viejos y sus callejuelas estrechas. Unas callejuelas que, aparte de algún transeúnte solitario o el repentino maullido de un gato callejero o el ladrido de un perro al fondo de algún solar, eran básicamente apacibles. El hecho de que hubieran llegado hasta aquí sin problemas era gracias a la suerte y a que habían permanecido en las zonas menos iluminadas, guiados por su intuición. Un giro aquí, otro más allá; un momento de espera en un portal para dejar pasar a una persona o un vehículo. El presidente, con el sombrero bien calado, se había detenido un momento para hablar en español con un viejo que se sentaba solo en la piedra de un bordillo, para preguntarle por dónde se iba a la Rambla de Catalunya, donde estaba el hotel de Demi. El viejo ni siquiera levantó la vista, sencillamente señaló hacia un punto y murmuró:

—Por ahí, unos trescientos metros más y luego a la derecha.

—Gracias —le dijo el presidente, y luego siguieron andando.

Lo que más se temía era que algún extraño, por alguna casualidad del destino, reconociera al presidente y disparara la alarma, o que algún coche patrulla de la policía se les apareciera de pronto por alguna esquina y que los oficiales los pararan y los interrogaran inesperadamente. O que la inteligencia española, los Servicios Secretos o la CIA estuvieran apostados en algunas azoteas y que los vigilaran a través de prismáticos telescópicos, y que en cualquier minuto un helicóptero apareciera rugiendo de la nada para apresarlos bajo su potente foco hasta que llegaran los coches de camuflaje y los agentes especiales les saltaran encima para llevárselos.

Eran las cinco, tal vez les quedaban diez minutos hasta llegar al cobijo relativo del hotel de Demi. El plan era que Demi subiera a su habitación y que ellos la siguieran poco después. Una vez allí, con cierta calma y seguridad, podrían

concentrarse en enfocar la tarea casi imposible de lograr que Marten y el presidente sortearan los cientos de controles policiales y los aproximadamente cincuenta kilómetros que los separaban del monasterio de Montserrat para llegar más o menos al mismo tiempo de que lo hicieran Demi, el reverendo Beck y la mujer llamada Luciana para reunirse allí con Merriman Foxx.

Era un problema que llevaba a Marten a plantearse de nuevo el interrogante de la propia Demi. Ella era una periodista y fotógrafa respetada que estaba utilizando su profesión, como ella le explicó, para descubrir la verdad que se escondía detrás de la desaparición de su hermana en Malta hacía dos años, y que creía que Merriman Foxx podría ofrecerle alguna respuesta. Fuera o no verdadera la historia de su hermana, todo parecía centrarse alrededor del aquelarre de brujas de Aldebarán, que llevaba hasta el cuento maquiavélico de los sacrificios rituales. El hecho de que Foxx, Luciana, Cristina —la joven que estuvo cenando con ellos en el restaurante de Malta—, la difunta Lorraine Stephenson y posiblemente el reverendo Beck llevaran el tatuaje identificativo de la secta le intrigaba sobremanera. Que Demi no lo llevara —Marten se había fijado en sus dos pulgares repetidas veces sin que ella lo advirtiera— le resultaba igual de interesante, porque parecía que ella se había acercado a aquel grupo sin ningún problema, probablemente porque convenció a Beck de que se prestara a ser uno de los protagonistas de su libro. Esto en sí le planteaba otro interrogante: por qué Beck se lo había permitido, incluso hasta el punto de dejarla ir a Barcelona después de que él se marchara de Malta tan bruscamente, y hasta el punto de proporcionarle el billete de avión. Dos cosas le vinieron de inmediato a la cabeza: o que la secta era totalmente inofensiva y, por muy secreta que pareciera, no tenía demasiado que ocultar, o que no lo fuera y que Beck la estuviera manipulando por razones personales suyas. Si lo segundo fuera cierto, Demi podría estar metiéndose en algo extremadamente peligroso, tal vez incluso en una trampa letal.

Fuera lo que fuese, que ella usara a Beck o que él la estuviera metiendo en algo, había un hecho incontestable: la determinación con que ella quería llevar a Marten al monasterio de Montserrat y en presencia de Merriman Foxx.

El problema era que al comprometerlo a él, también había comprometido al presidente. Era una situación complicada y ambos hombres lo sabían. Y también sabían que no les quedaba más remedio que seguir adelante. Para ellos Foxx era la clave de todo y necesitaban descubrir qué era lo que ese hombre sabía: los detalles del plan contra los estados musulmanes, cuándo y dónde debía empezar, los nombres de los implicados y, para Marten en particular, lo que le habían hecho a Caroline Parsons. Además, el presidente no sólo quería conocer los detalles, sino que insistía en tenerlos por escrito —en una libreta, un trozo de papel, cualquier cosa— en algún documento fechado y firmado por Foxx. Era un documento que, una vez en mano, le permitiría salir a la luz sin temor. Para cuando el Servicio Secreto, la CIA o la inteligencia española lo encontraran, él ya habría hecho las llamadas (y, a poder ser, mandado el documento por fax) a los secretarios generales de la OTAN y de las

Naciones Unidas y a los editores jefe del *Washington Post* y del *New York Times*. No se silenciaría nada, nada sería políticamente encubierto, incluidos los asesinatos planeados en Varsovia. Sería una noticia que estallaría por todo el mundo en pocos segundos y su impacto sería enorme, económica, política y, debido al horror que prometía, emocionalmente.

Pero debía hacerse; era demasiado grave y extenso como para plantear cualquier cosa que no fuera la verdad.

De modo que, trampa o no, y por muy peligroso y enormemente arriesgado que pudiera ser, el intento de llegar al monasterio de Montserrat debía seguir adelante.

Sólo les quedaba lo siguiente: cómo llegar.

Y qué hacer allí si llegaban.

64

Chantilly, Francia, 6.44 h

Victor estaba en medio de una espesa arboleda a cien metros de su objetivo. El cañón de su rifle M14 descansaba sobre un trípode improvisado con ramas y apuntaba a través de la bruma grisácea del amanecer hacia la pista de entrenamiento de purasangres llamada Coeur de la Forêt. Hasta en aquella fría humedad se sentía confortable. Esto era lo que hacía, lo que le habían pedido que hiciera y lo que creían plenamente que haría. No lo que podría hacer, como si fuera un simple empleado de bajo rango, sino lo que ejecutaría con la seguridad de un buen tirador, de un buen profesional.

—Victor —La voz serena y tranquilizadora de Richard le llegó por el auricular.

—Sí, Richard.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿No tienes frío, ni demasiada humedad?

—No, Richard, estoy bien.

—Los caballos y los jinetes acaban de salir de las instalaciones de entrenamiento. En unos treinta y cinco segundos llegarán al inicio de la pista de prácticas. Una vez allí recibirán las últimas instrucciones del entrenador. De diez a quince segundos más tarde empezará la carrera de entrenamientos. Deberían tardar unos setenta segundos en llegar adonde tú estás. ¿Es todo de tu conformidad, Victor?

—Sí, Richard.

- Luego ya sabes lo que tienes que hacer.
- Sí, Richard.
- Gracias Victor.
- No, Richard, gracias a ti.

Barcelona, 6.50 h

Descalzos, con las perneras de los pantalones recogidas hacia arriba, con vasos de café en las manos y pinta de turistas madrugadores de vacaciones, Nicholas Marten y el presidente de Estados Unidos John Henry Harris caminaban por la arena húmeda de la playa contemplando cómo amanecía por encima del Mediterráneo. Detrás y más arriba de ellos había un afloramiento de colinas rocosas que separaba el desolado tramo de playa en el que se encontraban del camino de tierra por el que habían llegado. Una cruz en el mapa les haría saber que se encontraban a unos veinticuatro kilómetros al norte de Barcelona.

Aislados y lejos de la ciudad propiamente dicha, disfrutaban de un breve respiro, un respiro meticulosamente calculado para dejar que las fuerzas de seguridad tuvieran tiempo de completar sus bloqueos de carreteras y sus controles ciudadanos y luego se marcharan con las manos vacías y, esperaban ellos, calmaran o al menos atenuaran su presencia, dejando que la ciudad recuperara algo parecido a la normalidad hasta que volvieran a reagruparse, rediseñaran su táctica y enviaran muchos más efectivos. Y era precisamente aquel paréntesis temporal lo que Marten y el presidente aprovecharían para dirigirse a Montserrat. Los dos sabían que una vez empezara la segunda estrategia, el abasto y el tamaño de la operación no tendría precedentes. John Henry Harris no era una simple persona desaparecida, era el presidente de Estados Unidos, y la determinación del Servicio Secreto, la CIA, el FBI, el NSA, el servicio de inteligencia español y las fuerzas policiales españolas por encontrarlo y llevarlo a lo que ellos entenderían como un lugar protegido convertían sus posibilidades de escapar, en el mejor de los casos, en nulas.

Marten miró hacia atrás. Bajo la luz tenue del amanecer podía ver la protección de las colinas levantarse detrás de ellos y el pequeño recodo al final del camino en el que estaba aparcada la limusina Mercedes negra que los había llevado hasta allí. Al lado del vehículo y vigilándolos estaba su chófer, el afable Miguel Balius, un hombre de mediana edad vestido con traje oscuro, un oriundo de Barcelona que se crió en Australia y más tarde había regresado a su ciudad natal. El conocimiento preciso de Balius de las calles y callejones de Barcelona fue lo que los ayudó a evitar el embrollo de controles y calles cerradas y a llegar a la playa remota en la que ahora se

encontraban. Que hubieran llegado tan lejos era mérito de la creatividad aparentemente ingenua de Balius, de la idea original de Marten y de la perfecta ejecución de la misma de Demi.

Habían llegado al hotel Regente Majestic a las 4.50 h y entraron inmediatamente, Demi a recepción y Marten y el presidente Harris al baño de hombres, justo al fondo del vestíbulo, donde se asearon un poco y aguardaron. Lo que Marten propuso momentos antes de llegar al hotel era, si funcionaba, descabellado, pero no más descabellado que la situación en la que ya se encontraban: atrapados en la ciudad de Barcelona mientras las fuerzas españolas de seguridad exigían la identificación a casi todo el mundo que trataba de marcharse.

La idea de Marten había procedido de la sencilla realidad de su situación: tenían que mantenerse a salvo de la enorme red que los rodeaba y al mismo tiempo llegar al monasterio de la montaña de Montserrat hacia el mediodía. Con este fin creó un guión que, con suerte y si se ejecutaba correctamente, pensó que podía funcionar. Demi inició su puesta en marcha en el momento en que llegaron al hotel, cuando fue directamente al recepcionista y le pidió hablar con el conserje. Lo siguiente es lo que les contó a Marten y al presidente que había dicho:

«Mis dos primos han llegado en un vuelo de primera hora de la mañana desde Nueva York para asistir a una reunión familiar. He ido a buscarlos al aeropuerto y estuve media hora para encontrarlos porque la compañía les había perdido las maletas y tuvimos que esperar a que las buscaran, aunque no han aparecido y siguen extraviadas. De camino hacia aquí nos quedamos atrapados en esta cosa horrible, no sabemos qué es, qué está pasando en la ciudad. Hemos tardado una hora en pasar un control de seguridad. Hemos tenido que mostrarles la documentación, todo».

«Los policías pensaban que tenían a unos terroristas atrapados en un hotel no lejos de aquí —le explicó el conserje—. Pero se les han escapado. O eso es lo que nos han dicho, si bien los siguen buscando; ése es el motivo de todo este caos. Le pido sinceras disculpas por todas las incomodidades».

«Oh, no es culpa suya, por supuesto, y todos debemos colaborar para atrapar a gente así. Sin embargo, mi problema ahora no son los terroristas, sino mis primos. Tengo que decir que no me caen muy bien y además están irritables y cansados, no pueden dormir y están los dos como locos. Quieren pasarse el día haciendo turismo, pero yo tengo otras cosas que hacer. De hecho, yo también estoy agotada y necesito dormir. Estaba pensando en alquilarles una limusina, que alguien los lleve adonde ellos quieran ir, a ver lo que quieran ver, y que los traiga de vuelta al hotel por la noche, ¿sería posible?».

«¿Quiere que sea ahora, a esta hora de la mañana?».

«Lo antes posible, y que quien venga a buscarles les traiga también algo de comer, un poco de agua embotellada y café. No quiero que me despierten para ir a

desayunar».

«Me temo que será muy caro».

«A estas alturas créame que no me importa. Cueste lo que cueste, cárguelo a mi habitación».

«Muy bien, señorita, yo me ocuparé de todo».

«Otra cosa. Si el chófer pudiera encontrar la manera de evitar todos esos tediosos controles de tráfico... Compréndalo, eso todavía les pondrá más nerviosos y entonces querrán volver antes y luego me lo echarán en cara, como si todo ese asunto de los terroristas fuera culpa mía».

«No se preocupe, hablaré personalmente con el chófer».

«Gracias, señor, muchas gracias. No se imagina lo mucho que significa para mí». Cuando iba a volverse para marcharse a Demi se le ocurrió otra cosa.

«Disculpe, no quiero abusar de usted, pero hay otros familiares que vendrán al hotel más tarde y la llegada de los primos es una sorpresa. Sólo quería pedirle que tanto el personal del hotel como el chófer sean discretos. No me gustaría que se le escapara a alguien por descuido y lo estropeará todo».

«Descuide, señorita, que yo me ocuparé de todo», le dijo el conserje con una media reverencia.

«Gracias de nuevo, señor, muchísimas gracias».

Diez minutos más tarde llegaban Miguel Balius y su limusina Mercedes. El servicio de habitaciones del hotel había preparado un desayuno, agua embotellada y café. Demi besó a los primos Jack —el presidente— y Harold —Marten— para despedirse, mientras Martin le susurraba: «Ni una palabra a Beck ni a nadie sobre el “primo Jack”».

—Claro que no, tonto —le susurró ella con una sonrisa, y luego le recordó al primo Jack que no se quitara el sombrero y que tuviera cuidado con el sol, antes de marcharse todos: ella a la cama, ellos tratando de huir de la enorme cacería organizada para atraparlos.

Faltaban todavía unos cincuenta minutos para que amaneciera. Marten volvió a mirar hacia las colinas rocosas, buscando cualquier signo de fuerzas del orden tratando de cazarlos, pero no vio a nadie. Miró al cielo de inmediato, medio esperando escuchar el descenso repentino de un helicóptero, o el rugido de un avión de rastreo. Pero lo único que vio fue la playa solitaria, lo único que escuchó fue el rumor de las olas a sus pies. Al cabo de un segundo su atención se centró en el presidente Harris.

—Tenemos que ponernos en marcha, y pronto —dijo, con tono apremiante.

—Sí, lo sé —dijo el presidente, y ambos se volvieron para dirigirse por la arena hacia Miguel Balius y la limusina a lo lejos—. He estado pensando en Merriman Foxx, señor Marten. En qué hacer cuando lleguemos, si es que llegamos, a Montserrat. Cómo encontrarnos con él a solas sin que nos descubran y, luego, cómo conseguir que nos cuente lo que precisamos saber.

»Y a pesar de lo importante que es, eso es sólo parte de lo que está ocurriendo. Para mi horror, me doy cuenta de que soy la única persona que lo sabe todo sobre su plan; si algo me ocurre a mí, esos hijos de puta serán libres para llevarlo a cabo. Y no le quepa duda de que lo harán.

»Ya se lo he dicho antes, el tiempo es crucial, pero no le he dicho por qué. Se supone que el lunes debo reunirme con los líderes de los países de la OTAN en una importante convención en Varsovia.

—Lo sé, señor; lo he leído.

—Lo que no sabe, lo que no sabe nadie, es lo que mis supuestos amigos tienen planeado para ese día. Es otra parte del motivo por el que me arrastré por los conductos del aire acondicionado en Madrid. Por el que vine a buscarle y por el que estoy ahora aquí. No se trata sólo de Foxx y de la maldita cosa que estén ahora preparando, que sea lo que sea tendrá lugar después de la reunión de la OTAN... —el presidente vaciló, escrutando a Marten con los ojos como si todavía tuviera dificultades para confiar en alguien.

—Por favor, continúe, presidente.

—Señor Marten —se decidió finalmente Harris—, la gente que está conspirando contra mí planea asesinar al presidente de Francia y a la canciller alemana en algún momento de esa reunión de la OTAN. Quieren retirar a los líderes actuales para sustituirlos por otros más afines a sus estrategias. Exactamente dónde, cuándo y cómo van a ejecutarse esos asesinatos, lo ignoro, pero será durante las reuniones de la OTAN porque quieren que tengan lugar en un escenario internacional.

»Me pidieron —bueno, me exigieron— que emitiera una orden ejecutiva secreta autorizando estos asesinatos. Yo me negué, y al hacerlo supe que tenía que huir o me matarían. Por ley, entonces el vicepresidente se convertiría en presidente y, como miembro principal de esta conspiración, no tendría ningún problema en hacerlo. La terrible ironía es que, en mi ausencia, el vicepresidente estará igualmente al mando.

La orden será emitida, señor Marten. *Top secret* y ejecutada en nombre de la seguridad nacional y autorizada por el comandante jefe en activo.

—Dios mío —suspiró Marten.

La angustia inundaba la cara del presidente.

—No tengo manera de comunicar esta amenaza a nadie capaz de actuar sin ser descubierto y sin que esta línea de comunicación sea interceptada de inmediato, facilitando mi localización.

»Hay una reunión anual del New World Institute, una institución global que agrupa a prestigiosos académicos, hombres del mundo empresarial y antiguos líderes políticos, que se celebra este fin de semana en una estación invernal llamada Port Cerdanya, situada en las montañas justo al noroeste de aquí. La reunión está abierta solamente a los miembros de la institución y a sus invitados, y como el Foro Económico Mundial, suele atraer a numerosos grupos de protesta y, con ellos, a un buen número de medios de comunicación. Por tanto, el dispositivo de seguridad es fuerte y creo que está supervisado por el Servicio Secreto español.

»Yo tenía que ser el ponente invitado sorpresa de este año, en la sesión de primera hora de mañana por la mañana. Un buen amigo mío, el rabino David Aznar, vive en Girona, a una hora de tren de aquí. Él es el encargado de presidir el servicio de plegaria y es quien iba a presentarme; vine a Barcelona para poder llegar a Girona. Una vez allí planeaba ir hasta su casa, contarle lo que está ocurriendo y esperar que él pudiera llevarme hasta Port Cerdanya, burlando a las fuerzas de seguridad, para que yo pudiera dirigirme a la convención.

—Y contarles la situación.

—Sí. Podría resultar política y estratégicamente muy peligroso, pero teniendo en cuenta quiénes son, el hecho de que se reúnen en un lugar aislado y relativamente cercano donde no habrá prensa presente, y teniendo en cuenta el poco tiempo que me queda antes de Varsovia y el hecho de que hay millones de vidas en peligro, por mi parte hubiera sido una locura no intentarlo. Pero luego me he dado cuenta de que la operación de mi búsqueda es demasiado exhaustiva y de que el propio rabino David debe de estar sin duda bajo vigilancia física, con todas sus comunicaciones electrónicas totalmente intervenidas. De modo que la idea de llegar a Port Cerdanya bajo su protección y dirigirme a la reunión ha dejado de ser viable. Llegado a ese punto fue cuando supe que tenía que salir de las calles antes de que me atraparan y me llevaran a algún lugar para matarme. Fue entonces cuando vi su foto en el periódico y le busqué.

Ahora se acercaban ya a la limusina. Miguel Balius había abierto la puerta trasera y tenía listas unas toallas para que se sacudieran la arena de los pies al llegar.

Marten hizo un gesto hacia Balius:

—Es muy posible que haya estado escuchando la radio o la tele, probablemente las noticias sobre lo que ha estado ocurriendo en la ciudad. Es posible que incluso hayan divulgado nuestras descripciones, aunque lo dudo porque no quieren que se

sepa lo de usted. De todos modos, ¿quién sabe lo que habrán dicho o insinuado? Si sospecha ni que sea remotamente que somos cualquier cosa distinta de lo que le han dicho, puede que quiera hacer algo al respecto.

—Quiere decir avisar a la policía.

—Sí.

Estaban ya muy cerca de Balius y él se les acercó:

—¿Qué tal el paseo, caballeros? —dijo, con su inglés con acento australiano, mientras se ofrecía a recogerles los vasos de café.

Detrás de él, por la puerta abierta del asiento de pasajeros, Marten podía ver el brillo de la pequeña pantalla de televisión de la limusina. Tenía razón: Balius había estado mirando las noticias.

—Bonita playa —dijo Marten, despreocupado—. ¿Alguna novedad sobre lo que pasa en la ciudad?

—Sólo lo que ya sabíamos hasta ahora, señor. Las autoridades están buscando a unos terroristas a los que creían tener atrapados en un hotel, pero han logrado huir. Es lo único que dicen. Están siendo muy discretos sobre el asunto.

—Supongo que en los tiempos que corren tienen que serlo. —Marten miró al presidente.

Justo en aquel momento sonó su móvil. Empezó a buscarlo y entonces vio al presidente moviendo la cabeza, advirtiéndolo claramente de que no respondiera.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Y si es Demi? —dijo Marten delicadamente—. ¿Y si han cambiado los planes familiares y tenemos que encontrarnos en algún otro lugar?

El presidente respiró. No le gustaba, pero Marten tenía razón; podía haber ocurrido cualquier cosa, y lo último que podían permitirse era perder su único contacto con Merriman Foxx.

—Que sea breve. Muy breve.

Marten respondió al teléfono.

—Demi —dijo rápidamente mientras Balius le ofrecía una de las toallas al presidente y éste se sentaba en el asiento de atrás para quitarse la arena de los pies.

—¿Qué demonios está pasando en Barcelona? —Era Peter Fadden, rotundo y brusco como siempre.

—La policía busca a unos terroristas —dijo Marten con claridad para que el presidente, pero especialmente Miguel Balius, pudieran oírlo—. Se suponía que los tenían atrapados en un hotel pero no ha funcionado, y están registrando a todo el mundo. Toda la ciudad parece una zona de guerra. ¿Sigues en Madrid?

—Sí, y lo que empezó aquí parece haberse trasladado a Barcelona.

—¿Qué quieres decir?

—He entrevistado a unos veinte empleados del Ritz y ninguno de ellos ha visto ni conoce a alguien que haya visto a nadie del Servicio Secreto hacer algún movimiento para sacar al presidente del hotel. Luego, ayer por la mañana el Servicio Secreto

estaba por todas partes interrogando a todo el mundo sobre lo que habían visto la noche antes. Era como si le hubiera pasado algo al presidente y nadie lo dijera. Además, todo el contingente de medios que estaba listo para seguirle hasta Varsovia ha sido mandado de vuelta a Washington con la historia oficial de que el presidente ha sido trasladado a un escondite en medio de la noche por culpa de una amenaza terrorista muy creíble. Y ahora, la inteligencia española al completo parece haberse concentrado en Barcelona. Algo muy grave está pasando. ¿Se trata realmente de terroristas, o resulta que hay alguien que tiene al presidente y están tratando de silenciarlo?

Marten miró al presidente.

—No se lo estás preguntando a la persona indicada.

—No, se lo pregunto a alguien que está allí y que tal vez pueda hacer alguna deducción. No estoy pensando en terroristas, Nick, pienso más bien en el comité de Mike Parsons. Pienso en Merriman Foxx.

De pronto el presidente Harris se puso a hacer un gesto con la mano alrededor del cuello, una, dos, tres veces. Quería indicarle a Marten que cortara la conversación de inmediato.

—Peter, deja que te llame más tarde —le dijo Marten rápidamente—, tan pronto como pueda.

Marten colgó y vio al presidente meterse en el oscuro interior de la limusina.

—La toalla, señor —dijo Miguel Balius, ofreciéndole una toalla limpia a Marten.

—El primo Harold puede limpiarse los pies dentro del coche, Miguel. Me gustaría salir de aquí ahora mismo —dijo el presidente con voz firme.

—¿Ahora, señor?

—Ahora.

—Sí, señor.

66

7.17 h

Miguel Balius pisó el acelerador. Por unos segundos las ruedas traseras del Mercedes rodaron sobre la gravilla, luego se asentaron y la limusina empezó a moverse, rebotando por el camino sin asfaltar.

—¿Miguel? —dijo el presidente Harris en voz alta, mirando a través del cristal que separaba el compartimiento del chófer del de los pasajeros. Era una prueba para

comprobar si podía escuchar la conversación sin que él apretara el botón de comunicación. Marten hizo lo mismo cuando iban desde el hotel Regente, por las callejuelas escondidas de la ciudad, hasta esta playa. Pero quiso comprobarlo de nuevo para estar seguro.

—¿Miguel? —volvió a decir, pero Balias no le respondió. Entonces miró a Marten—. Su teléfono.

—Ya entiendo —dijo Marten—. El Servicio Secreto sabe quién soy y debe de tener el número; buscarán la señal por satélite.

—No sólo un buscador. El NSA lo habrá interceptado y habrá facilitado las coordenadas geográficas al Servicio Secreto en cuestión de segundos. Conozco a mis hombres y ahora mismo deben de estar peleando por ver quién llega aquí el primero. Entiendo por qué ha respondido a la llamada, y yo le he dejado, pero no debí hacerlo. Sólo espero que lleguemos a tiempo de salir de aquí.

—Presidente —dijo Marten—, la llamada no era de Demi.

—Ya lo he deducido.

—No era un asunto trivial. Era de un periodista de investigación del *Washington Post*. Sabe lo de Caroline Parsons y sus sospechas de que ella, su marido y su hijo habían sido asesinados. Está al tanto de lo de Merriman Foxx y lo de la doctora Stephenson. Incluso descubrió la clínica de las afueras de Washington en la que el doctor Foxx trató a Caroline: el centro de rehabilitación de Silver Springs, Maryland.

»Está en Madrid, presidente. Ha interrogado al personal de su hotel y no se cree la historia oficial de su traslado a un lugar secreto en medio de la noche. Cree que es usted la razón por la que Barcelona está tomada por los servicios de inteligencia. Cree que usted ha podido ser secuestrado y que Merriman Foxx tiene algo que ver con ello.

—¿Quién es ese periodista?

—Se llama Peter Fadden.

—Le conozco. No mucho, pero le conozco. Es un buen hombre.

—Le he dicho que volvería a llamarlo.

—No puede hacerlo.

—Si no lo hago, me llamará él a mí.

—No podemos correr este riesgo, señor Marten. Desconecte el teléfono. Tendremos que dejar que el señor Fadden deduzca lo que quiera. También tendremos que confiar en que no ha habido cambios en los planes de la señorita Picard.

Ahora habían alcanzado el final del camino de tierra y Balias llevó el Mercedes a una estrecha carretera asfaltada que se alejaba de la costa y llevaba hacia las montañas que se veían a lo lejos. Mientras la limusina recuperaba la estabilidad, el presidente Harris echó un vistazo a la pequeña pantalla montada en el respaldo del asiento de delante. Estaba sintonizada en la CNN y estaban dando un reportaje sobre lluvias torrenciales en la India. El presidente miró durante unos segundos y luego tocó el botón del interfono.

—Miguel.

—Diga, señor.

—Unos amigos nos han hablado de un lugar en las montañas cerca de aquí, un monasterio, creo —dijo el presidente con soltura, tranquilamente—. Dicen que es un lugar que todos los turistas deben visitar.

Balius miró por el retrovisor y sonrió con orgullo:

—Se refiere a Montserrat.

El presidente miró a Marten:

—¿Era éste el nombre, primo?

—Sí, Montserrat.

—Nos gustaría ir, Miguel.

—Sí, señor.

—¿Podríamos estar allí antes de las doce? Eso nos permitiría visitar un poco los alrededores antes de volver a la ciudad.

—Creo que sí, señor. A menos que nos tropecemos con más controles.

—¿Por qué no puede la policía atrapar ya a esa gente? Hay cientos de agentes, ¿tan difícil es? —El presidente añadió cierta indignación e irritación a su tono, que antes había sido relajado y amable—. La gente tiene cosas mejores que hacer aparte de esperar en los controles, para que luego te dejen pasar y te vuelvan a parar en el siguiente.

—Desde luego, señor.

—No queremos llegar tarde al volver a la ciudad. Antes te las has arreglado perfectamente, Miguel. Confiamos en que ahora será lo mismo.

—Gracias, señor. Haré todo lo posible.

—Ya lo sabemos, Miguel; ya lo sabemos.

67

Barcelona, 7.34 h

—Control aéreo. Área de control abandonada. Repetimos. Control aéreo. Área de control abandonada.

Hap Daniels se reanimó ante la inesperada declaración del piloto del helicóptero principal del Grupo Especial de Operaciones. Al cabo de un segundo sonó la voz del piloto de un segundo helicóptero de los GEO.

—Confirмо. Área coordinada abandonada.

Hap Daniels miraba la pantalla del ordenador que tenía delante con la foto de satélite de la costa de Barcelona del NSA. Se podía ver la ciudad, el aeropuerto, el curso del río Llobregat hasta la desembocadura en el mar, el puerto de Barcelona y, hacia el norte, el río Besos y la costa de más arriba, extendiéndose hacia la Costa Brava. Daniels tocó el teclado y la foto se amplió una, dos y luego tres veces hasta que la imagen se concentró en 41° 24' 04" N y 2° 6' 22" E, las coordenadas geográficas que el NSA había recogido de la señal del teléfono móvil de Nicholas Marten. Era la costa en una zona al norte de la ciudad y en lo que parecía un tramo de playa desierto.

—Coronel, aquí Tigre Uno —Daniels hablaba serenamente por su micro con el comandante al mando de las unidades aéreas de los GEO y usando el nombre codificado que le había facilitado el servicio de inteligencia español—. Pídale por favor a su primer piloto que se acerque a mil quinientos pies y vigile toda la zona. Pídale también al segundo piloto que se prepare para una inspección sobre el terreno.

—Recibido, Tigre Uno.

—Gracias, Coronel.

Daniels respiró y se apoyó en el respaldo de su butaca. Estaba agotado, exasperado y todavía furioso, en especial consigo mismo por haber dejado que todo aquello sucediera. El motivo no importaba: el presidente no debería haber sido nunca capaz de escaparse sin que nadie se diera cuenta. Era imperdonable.

Rodeado de pantallas de ordenador, se desplazaba en el puesto de mando del enorme vehículo que hacía de unidad electrónica de comunicaciones, enviado desde Madrid. Frente a él, sentado al lado del conductor, estaba su primer adjunto, Bill Strait. Detrás de él, cuatro especialistas de inteligencia de los Servicios Secretos controlaban las pantallas de monitorización de los controles de tráfico de media docena de agencias de seguridad distintas, al tiempo que esperaban, como todos ellos, que Marten volviera a utilizar el teléfono móvil.

Daniels volvió a mirar a la pantalla que tenía delante. Luego miró a su alrededor, a los estrechos confines del vehículo, donde Jake Lowe y el doctor James Marshall se sentaban, atados a asientos plegables, sentados en silencio mirando hacia el infinito. Parecían guerreros en tiempos difíciles: fieros, fuertes, furiosos y desorientados.

Afuera brillaba la silueta urbana de Barcelona. El único sonido que se oía era el ruido de las sirenas de dos coches de la Guardia Urbana que aullaban para abrirse paso. Directamente detrás les seguía el furgón blindado de camuflaje con dos agentes del Servicio Secreto, dos médicos y dos técnicos de urgencias médicas a bordo. Cubriendo la retaguardia iban tres coches más de camuflaje del Servicio Secreto con cuatro agentes especiales en cada uno.

A veinte kilómetros, en una pista aérea privada justo al norte de la ciudad, un jet privado de la CIA solicitado por el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran — que todavía trabajaba desde la «sala de guerra» provisional instalada en la embajada de Estados Unidos en Madrid— esperaba para llevarse al presidente a un lugar

todavía por decidir que Daniels pensaba que sería en el centro de Suiza o en el sur de Alemania.

—Vector 4-7-7 —dijo de pronto un joven especialista de inteligencia de pelo rizado.

—¿Cómo? —respondió Hap Daniels.

—4-7-7. Hemos interceptado otra llamada.

Daniels cambió las frecuencias de inmediato. Al mismo tiempo se inició la triangulación electrónica en la señal. Unas coordenadas geográficas aparecieron al instante, sobreimpresas en un mapa del norte de Barcelona en la pantalla que tenía delante.

—¿Está seguro de que es el móvil de Marten?

—Sí, señor.

Jake Lowe y el doctor Marshall reaccionaron con energía, cada uno de ellos sintonizando sus auriculares al alimentador de audio.

Daniels volvió a ampliar la imagen en la pantalla, esta vez enfocada a una zona frondosa al pie de las montañas del norte y justo al este del río Besos. En medio segundo se llevó una mano al auricular como si tratara de escuchar con más precisión:

—¿Qué demonios están diciendo?

—No están, sólo hay una voz, señor. Es la llamada entrante.

—¿Entrante desde dónde?

—Manchester, Inglaterra.

—¿Dónde en Manchester? —intervino el doctor Marshall.

—¡Silencio! —dijo Daniels sin mirar a nadie, tratando de entender lo que decían.

Lo que se oía era una sola voz masculina que hablaba suave y pausadamente:

—*Alabamese. Albiflorum. Arborescens. Atlanticum. Austrinum. Calendulaceum. Camstchaticum. Canandense. Canescens.*

—¿De qué cojones habla? —retronó la voz de Jake Lowe por encima de la media docena de auriculares.

—*Cumberlandese. Flammeum.*

A estas alturas todos se miraban entre ellos. Lowe tenía razón: ¿qué demonios decía?

—*Mucronulatum. Nudiflorum. Roseum.*

—¡Azaleas! —ladró de pronto Bill Strait—. Alguien está leyendo la lista de nombres de azaleas.

—¡*Sclippenhacchii!*

De pronto se hizo el silencio y el móvil de Marten se quedó mudo.

—¿Hemos recogido las coordenadas? —pidió Hap Daniels a los técnicos que tenía detrás. Justo entonces apareció en su pantalla un cruce de coordenadas sobreimpreso en una imagen de satélite ampliada del pie de la colina y enmarcado en un área de trece kilómetros cuadrados.

—Está en algún lugar de esta área, señor —afirmó la voz impersonal del navegador del NSA a cinco mil kilómetros de distancia.

—Tenemos algo mejor, señor —dijo el especialista de inteligencia del pelo rizado que estaba detrás de Daniels, sonriente, antes de tocar el ratón de su ordenador.

De pronto todas las pantallas presentaron distintas vistas de la misma imagen. Las amplió cinco, diez veces, y entonces vieron lo que parecía un huerto de manzanos con un camino de tierra que lo cruzaba. Amplió la imagen de nuevo y vieron el rastro de polvo de un vehículo que se levantaba del mismo camino.

—¡Ya los tenemos! —dijo.

68

Estación de tren de la SNCF Chantilly-Gouvieux. Chantilly, Francia, 7.44 h

Con una bolsa de golf colgada de un hombro y la maleta en la mano, Victor subió al vagón de primera clase número 22388 del tren de Chantilly a París y se sentó en una butaca de ventana cerca de la parte delantera.

Diez minutos antes se había marchado de su hotel y había tomado un taxi hasta la estación. Para entonces, casi todo el frenesí anterior se había calmado. Los coches de policía, el equipo de situaciones de emergencia y las ambulancias ya habían desaparecido hacía rato por una curva del camino en dirección, según le dijeron, a un lugar que él conocía bien: el Coeur de la Forêt.

—Deja el arma y márchate —le había dicho Richard por el auricular.

Y él lo hizo, de la misma manera que dejó un rifle M14 parecido en el despacho alquilado de Washington hada cuatro días, cuando disparó y mató al colombiano que llevaba la cazadora de los New York Yankees mientras salía de Union Station.

7.50 h

El tren dio una sacudida y empezó a avanzar. Al hacerlo, Victor vio un coche de policía que entraba en el aparcamiento de la estación y a cuatro policías muy armados que salían de él. Por unos instantes se puso tenso, pensó que tal vez el jefe de estación había sido alertado y que pararían el tren, interrogarían a sus pasajeros sobre el

incidente que acababa de ocurrir poco más de noventa minutos antes, en el que alguien oculto en el bosque había matado a balazos a dos jinetes que se entrenaban en la pista de prácticas de Chantilly. Alguien que era un tirador excelente y que se había cargado a los dos hombres de un solo disparo desde una distancia de cien metros, cuando pasaron en sus purasangres corriendo codo con codo y la bala perforó el cráneo del primero y luego, una milésima de segundo más tarde, el del segundo. Alguien que, mientras los caballos sin jinete seguían corriendo, dejó el arma del crimen atrás y sencillamente se marchó andando bajo la espesa bruma matinal del Coeur de la Forêt.

7.52 h

El tren aceleró y en un abrir y cerrar de ojos la estación de Chantilly-Gouvieux desapareció de su vista. Victor se reclinó en su asiento y se relajó. Richard le había dicho que no tenía de qué preocuparse, que se tomara su tiempo y se bebiera un café, incluso que desayunara; que no se apresurara a marcharse. Tenía razón. En cada paso Richard había tenido razón.

Miró por la ventana y contempló el paisaje rural francés. Aquí, como en el Coeur de la Forêt, los árboles de hoja caduca empezaban a brotar con un verde esplendoroso, a la espera de un verano glorioso. Se sintió feliz, hasta travieso, y muy vivo.

Como un chico que acabara de cumplir catorce años y empezara a descubrir el mundo a su alrededor.

69

Al pie de las colinas, noreste de Barcelona, 7.55 h

Un rugido tremendo, seguido de una enorme sombra proyectada directamente desde arriba, provocó que el joven conductor del pequeño camión agrícola redujera de pronto su velocidad y se asomara por su parabrisas agrietado. Por unos instantes no vio nada más que árboles frutales y el cielo; luego, un helicóptero de los Mossos d'Esquadra apareció directamente por encima de las copas de los árboles. En un abrir y cerrar de ojos había desaparecido. A los cinco segundos apareció otro helicóptero

policial, uno que volaba más bajo que el primero y que los cegó con el torbellino de polvo que levantó.

—¿Qué coño pasa? —gritó, mientras miraba con los ojos muy abiertos a los dos chavales que se apretujaban en la banqueta a su lado.

Al instante, dos coches de los Mossos d'Esquadra aparecieron a toda velocidad delante de ellos. Dos más los perseguían por detrás.

—¡Dios mío! —gritó.

De inmediato, con el pie derecho pisó el freno y el camión se deslizó hasta detenerse en medio de la nube de polvo levantada por los coches de policía y los helicópteros que los rondaban justo encima, uno a unos sesenta metros por encima del otro.

A los pocos segundos los tres muchachos se encontraban tumbados boca abajo sobre la tierra, rodeados de policías uniformados y con metralletas apuntando a sus cabezas. Las puertas del camión estaban abiertas de par en par.

Lentamente, el conductor osó mirar hacia arriba. Al hacerlo vio a unos cuantos hombres con trajes oscuros y gafas de sol salir de los coches de camuflaje que habían aparecido de los campos a lado y lado del camino y se dirigían hacia ellos.

Entonces le llamó la atención otra cosa: un enorme y brillante todoterreno negro apareció de entre las sombras de los árboles frutales y se les acercó lentamente.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre? —musitó el joven payés que estaba a su lado.

—¡Cállate! —le gritó un policía que le apuntaba con una metralleta a la cabeza.

Hap Daniels fue el primero en salir del todoterreno. Luego salió Bill Strait, luego Jake Lowe y luego James Marshall. Daniels los miró y luego se dirigió hacia la furgoneta.

La polvareda y el fuerte rugir de los helicópteros policiales de arriba dificultaban muchísimo la visión, por no hablar de la posibilidad de oír o pensar. Daniels dijo algo por su micro y casi de inmediato los helicópteros se alejaron unos doscientos o trescientos metros más arriba. El polvo empezó a posarse y el ruido disminuyó.

Lowe y Marshall observaron a Daniels llegar al camión agrícola, mirar dentro de la cabina y luego rodearlo andando. A los pocos segundos le hizo un gesto a uno de los oficiales de los Mossos d'Esquadra para que se subiera a la plataforma abierta de la parte trasera del camión. Un segundo policía lo siguió, e inmediatamente después lo hicieron dos de los agentes de Hap Daniels del Servicio Secreto, de los que iban vestidos con traje oscuro y gafas de sol.

—Está justo aquí, señor. —Daniels oyó la voz del especialista de inteligencia del pelo rizado desde el interior del todoterreno que le llegaba por el auricular.

—¿Dónde?

—En algún lugar próximo a sus pies.

—¡Aquí! —gritó uno de los agentes.

Lowe y Marshall corrieron hacia delante. Los agentes especiales ayudaron a Daniels a subir al camión y se lo mostraron.

El móvil de Nicholas Marten estaba tirado en una caja de cartón grande, llena de material de riego, conexiones de mangueras y cabezales de aspersores. No parecía que se hubiera hecho ningún esfuerzo por esconderlo; estaba justo encima, como si alguien hubiera pasado por allí, hubiera visto la caja y lo hubiera tirado dentro.

Hap Daniels lo miró durante un buen rato y luego, lentamente, se volvió y apartó la mirada. Esta vez ya no había ni necesidad de blasfemar. Su cara lo decía todo.

Tendría que seguir jugando.

70

8.07 h

Miguel Balius apretó el acelerador y el Mercedes tomó más velocidad. Se alejaban de la costa en dirección a las montañas. Un poco antes ya había esquivado un control de vehículos, al salir de Barcelona, dando sencillamente media vuelta. Al cabo de unos cuantos kilómetros tomó una carretera secundaria cerca de Palau de Plegamans y luego se metió en dirección norte por la autopista. Al cabo de poco el primo Harold le pidió si podía utilizar el teléfono de la limusina, diciéndole que tenía que hacer una llamada al extranjero. Miguel le explicó cómo hacerla y Marten marcó un número. Era bastante obvio que había encontrado a su interlocutor porque charló durante unos breves instantes, luego colgó y después se volvió a hablar con el primo Jack. Unos minutos más tarde hicieron su única parada, junto a un polvoriento camino entre huertos, donde el primo Harold orinó detrás de un camión agrícola que estaba aparcado y luego volvieron a marcharse rápidamente.

Fueran quienes fuesen sus pasajeros, estaba claro que eran americanos de clase media y no los terroristas buscados por las fuerzas de seguridad, o al menos no tenían nada que ver con el estereotipo de islámico de tez oscura que él y casi todo el mundo se imaginaba cuando oían la palabra «terrorista». Sus clientes tenían *jet lag* y estaban cansados y, sencillamente, querían pasar el día lejos de la ciudad y haciendo turismo, ahora mismo con Montserrat por destino. Si no les apetecía pasar por los atascos de tráfico y por los tediosos procedimientos de los cortes de tráfico y los controles, a él tampoco. Su trabajo era hacer lo que le pedían sus clientes, no meterse en colas de tráfico.

Miguel miró a sus pasajeros por el retrovisor y los vio mirando la pequeña pantalla de televisión. Habían venido a ver el paisaje y miraban la tele. Pero qué caramba, se dijo, era su problema. Y desde luego que lo era. Totalmente.

La atención de los dos hombres estaba concentrada en la pequeña pantalla, desde la cual una reportera de la CNN hacía una retransmisión en vivo desde delante de la Casa Blanca, donde era todavía de madrugada. No había habido más noticias sobre el inesperado traslado del presidente a medianoche desde el hotel Ritz de Madrid, dijo. Ni tampoco había información sobre el lugar al que lo habían trasladado, ni nada definitivo sobre la naturaleza de la amenaza terrorista o los propios terroristas. Pero la gente a la que se creía directamente responsable había sido detectada en Barcelona, donde escapó por poco al cerco policial y era ahora objeto de una exhaustiva operación de busca y captura que cubría prácticamente todo el territorio español y llevaba hasta la frontera con Francia.

El reportaje acabó y la CNN fue a publicidad. Al mismo tiempo el presidente cogió el mando de la tele y le quitó el sonido.

—Sobre los asesinatos de Varsovia... —le dijo a Marten con voz serena—. En un día normal habría tenido acceso inmediato a los dirigentes franceses y alemanes y podría advertirles directamente, pero ahora ya no tengo este privilegio. Sin embargo, de alguna manera, el presidente de Francia y la canciller alemana deben ser prevenidos del riesgo que corren en Varsovia, y no sé cómo hacerlo.

—¿Está seguro de que ocurrirá en Varsovia?

—Sí, estoy seguro. Quieren convertirlo en un espectáculo público para obtener al instante la solidaridad con el pueblo francés y alemán. Eso ayudará a suavizar la rápida convocatoria de elecciones en ambos países y contribuirá a acallar cualquier forma de querrela política que pudiera impedir que su candidato saliera elegido.

—Entonces tenemos que encontrar la manera de alertarlos sin que se relacione el aviso con usted.

—Sí.

—¿Y si lo hiciéramos a través de la prensa? ¿Y si la advertencia procediera del *New York Times*, el *Washington Post*, el *L. A. Times*, la CNN o cualquier otra organización periodística importante?

—¿Quién los avisará? ¿Yo? Me está prohibido usar cualquier tipo de aparato electrónico, y punto. Y también a usted. Ha cogido la llamada de Peter Fadden y ahora tendrán su voz grabada, estarán totalmente atentos a la suya y a la mía. Hubo un momento en el que estuve a punto de confiárselo a la señorita Picard, pero luego decidí no hacerlo por varias razones; la principal es que nadie la creería, y si trataba de explicarlo y los tabloides se enteraban correría como la pólvora la noticia de que el presidente se ha escapado y se ha vuelto totalmente majara. Y eso es lo último que necesitamos.

—¿Y el propio Fadden? —dijo Marten.

—También lo consideré. Tiene la credibilidad suficiente como para llamar a los secretarios de prensa de ambos mandatarios y pedir que le pasen la llamada. Podría decirles que dispone de información secreta que proviene de las más altas instancias y entonces alertarlos de lo que está previsto en Varsovia. Si lo hiciera así se tomarían la advertencia muy en serio y se asegurarían de que llegaba a los Servicios Secretos. El problema es que no tenemos manera de localizarle, ni siquiera si encontráramos a un tercero que lo hiciera.

—Porque me ha llamado.

El presidente asintió con un gesto sombrío de la cabeza:

—Cualquier transmisión electrónica que haga o reciba será interceptada, y todos sus movimientos vigilados. Estoy seguro de que ahora mismo el Servicio Secreto ya está encima de él. Sólo espero por su bien que se quede en Madrid y no lleve más allá lo que sabe de Merriman Foxx o lo que sospecha de mí. Si se pone agresivo podrían detenerle, incluso matarle. Así que volvemos a estar en el punto de partida, primo. ¿Qué coño hacemos ahora? Tenemos esta información que hemos de transmitir, pero no tenemos manera de hacerlo.

Marten iba a decir algo cuando una cosa le llamó la atención. Miró hacia la parte delantera del coche. Miguel Balias los observaba con intención por el retrovisor, y a Marten no le hizo ninguna gracia. De inmediato tocó el botón del interfono:

—¿Qué ocurre, Miguel?

Miguel se sobresaltó un poco:

—Nada, señor.

—Algo debe de haber captado su interés...

—Nada, sólo que su primo, señor, me resulta vagamente familiar. —Miguel estaba un poco avergonzado de haber sido sorprendido, pero de todos modos se mostró sincero. Miró al presidente—: Sé que le he visto en alguna parte.

El presidente sonrió relajado:

—No sé dónde podría haber sido; es la primera vez que vengo a Barcelona.

—Tengo buena memoria, señor; estoy seguro de que ya se me ocurrirá —dijo Miguel, mirándolo todavía un momento, y luego volvió a mirar a la carretera.

Marten miró al presidente:

—Recuerde lo que la prima Demi les dijo de nosotros.

—Que estamos un poco locos.

Marten asintió:

—Ahora es el momento de demostrarlo. Dígaselo antes de que lo deduzca.

El presidente se mostró repentinamente aprensivo:

—¿Decirle qué?

Marten no respondió; en vez de hacerlo miró a Miguel y volvió a tocar el interfono:

—¿Sabe de qué le suena, Miguel?

—Estoy pensándolo, señor.

—Pues deje de pensar. Es el presidente de Estados Unidos.

El presidente tuvo la sensación de que el corazón se le subía a la garganta. Luego vio que Marten sonreía relajado. Miguel Balius los miró por el retrovisor y luego hizo también una ancha sonrisa.

—Sí, desde luego que lo es, señor.

—No me cree, ¿no? —insistió Marten—. Bueno, pues mi primo es el presidente de Estados Unidos. Intenta pasar un día o dos tranquilamente, lejos de las presiones de su cargo. Por eso queríamos evitar los controles de carretera. Podría resultar muy peligroso si alguien descubriera que va por ahí en un coche sin la protección del Servicio Secreto.

—¿Es cierto, señor? —dijo Miguel, mirando al presidente.

El presidente estaba atrapado; lo único que podía hacer era seguirles la corriente:

—Me temo que ha descubierto nuestro secreto. Por eso insistimos en tomar carreteras secundarias, caminos rurales, cualquier cosa alejada de las vías más frecuentadas.

La sonrisa de Miguel se ensanchó. Estaban jugando con él y lo sabía:

—Comprendo totalmente su situación, señor. Luego les podré contar a mis nietos que lo he llevado por todas partes, que le he llevado a la playa, que le he ayudado a limpiarse la arena de los pies y que le he llevado directamente a Montserrat, mientras por el camino tratábamos de evitar miles de controles policiales instalados para cazar a unos terroristas.

De pronto Marten se puso tenso.

—¿Tiene usted nietos, Miguel?

—Todavía no, señor. Pero mi hija está esperando un bebé.

Marten se relajó:

—Felicidades. Pero comprenda que no debe hablar de esto con nadie, ni con su hija, ni siquiera con su esposa.

Miguel Balius levantó una mano del volante a modo de juramento:

—Le doy mi palabra, señor, a nadie. La discreción es la divisa de nuestra empresa.

Marten sonrió:

—Forma parte del trabajo.

—Sí, señor, forma parte del trabajo.

Marten se recostó en el asiento y miró al presidente. La expresión de Harris lo decía todo. Miguel era una cosa; el problema de Varsovia y cómo advertir a los dirigentes de Francia y Alemania de los peligros que corrían, otra totalmente distinta. Un asunto que, al menos de momento, no había nada en absoluto que pudieran hacer para solucionar.

Hotel Grand Palace, Barcelona, 8.40 h

Jake Lowe y James Marshall entraron en una suite de cuatro habitaciones reservada por el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran, que todavía trabajaba desde la embajada de Estados Unidos en Madrid. Los especialistas técnicos del Servicio Secreto habían ocupado una de las tres habitaciones y trabajaban rápidamente para instalar un centro de comunicaciones que incluiría líneas telefónicas protegidas con la embajada en Madrid y con la sala de guerra de la Casa Blanca. En las últimas veinticuatro horas ninguno de ellos había dormido y los dos estaban irritables y agotados y empezaban a lucir ligeras barbas. Además, llevaban ya algún tiempo sin disfrutar del lujo de una larga conversación en privado. Lowe lo llevó a una salita y cerró la puerta.

—La pesadilla se va alargando minuto a minuto —dijo—. Es increíble que sea capaz de mantenerse un paso por delante de todos.

Marshall se quitó la chaqueta y la colgó en el apoyabrazos de una silla, luego se acercó a un monitor de televisión y sintonizó la CNN. La miró unos instantes y luego se acercó a la mesa en la que había un pequeño desayuno preparado y se sirvió una taza de café.

—¿Un café?

—No. —Lowe se pasó una mano por el pelo y se acercó a la ventana a mirar a la calle.

Al cabo de un momento se giró, claramente preocupado:

—Está decidido a desmontarnos. Y tú lo sabes.

—Sí, pero no lo conseguirá.

—Ya hemos tenido confianza en él, ¿te acuerdas? —dijo Lowe, con el cansancio y la rabia que empezaban a hacer mella en él—. Así es como llegó a presidente. Y como escapó del Ritz, y el motivo por el cual sigue por ahí desaparecido.

—Analicémoslo —dijo Marshall fríamente, y luego, con un ojo puesto en el televisor, se sentó en una silla—. Ante todo, para él sigue siendo prácticamente imposible comunicarse con nadie electrónicamente sin que nosotros nos enteremos y descubramos su paradero. Y ahora le costará mucho más, puesto que sabemos la zona geográfica en la que se encuentra. A eso añádele la envergadura de las fuerzas que lo están buscando. Él y Marten pueden ser dos agujas en un pajar, pero paja a paja, el heno se está analizando. Es sólo cuestión de tiempo, de horas como mucho, antes de que el suelo esté limpio y las agujas frente a nosotros.

»Por otro lado, el vicepresidente está de camino a Madrid para reunirse en secreto con el presidente del gobierno español y hablar de la situación provocada por el POTUS.

—Lo sé —intervino Lowe ante algo que ya sabía—. Aterrizará allí antes de una hora, pero ¿qué demonios tiene eso que ver?

—Todo. Lo que nuestro querido presidente ha hecho sin darse cuenta es darnos una oportunidad extraordinaria para colocar al vicepresidente en el puesto principal y frontal de la guerra global contra el terrorismo. Es buenísimo en esos temas, casi tanto como el propio Harris. Éste es tu territorio, Jake, ¡y deberías intuirlo! ¿Por qué mantener su llegada en secreto? Está tan preocupado por la guerra contra el terrorismo como el presidente, y en ausencia del presidente viene a territorio español para decirlo. Traigámoslo aquí esta tarde, paseémoslo por las calles de Barcelona, sin americana, con las mangas recogidas. Dejémosle que hable con algunos ciudadanos, que le oigan intercambiar algunas frases con la policía española que trabaja en los controles. Dejémosle que anuncie al mundo su orgullo de estar aquí representando a América en el lugar del presidente. Que declare lo seriamente que se toma el presidente Harris esas amenazas a la seguridad, y lo decidido que está a no dejar que interfieran con su intervención en Varsovia, o con el discurso que va a dar ante los líderes de la OTAN allí reunidos, un discurso en el que está trabajando personalmente mientras se encuentra recluido. Lo que tenemos, Jake, es una oportunidad entre un millón para enseñar al mundo entero que el vicepresidente es un tipo lleno de buena voluntad que se enfrenta a la gravedad de los problemas. —Marshall sonrió tibiamente—. Justo unas horas antes de que las trágicas circunstancias lo obliguen a asumir el papel de rey coronado.

—Te olvidas de Peter Fadden —dijo Lowe, acercándose a él desde el otro lado de la sala—. Sabe lo de Caroline Parsons, sospecha algo de la muerte de Mike Parsons, conoce la conexión Merriman Foxx y no se ha tragado la versión oficial de lo que le ha ocurrido al presidente. Sigue presionando, y si sigue así pronto tendremos al *Washington Post* encima.

—No me olvido de Peter Fadden, Jake. Tan pronto como dispongamos de una línea protegida haré una llamada a Washington y me aseguraré de que deja de presionarnos. En cuanto al presidente, tal vez debamos esperar que Hap, la CIA y la inteligencia española no le encuentren.

—¿Qué quieres decir?

—Que haríamos bien en creer que el reverendo Beck ha ido soltando las miguitas suficientes para que Nicholas Marten esté intentando llegar a Montserrat con la esperanza de enfrentarse al doctor Foxx. Por lo que sabemos por la información del hotel, por la llamada de Fadden de esta mañana y con el truquillo del móvil en el camión agrícola, está haciendo todo lo que puede por evitarnos. El único motivo que tiene es que el presidente está con él. Los dos tienen motivos para enfrentarse a Foxx, y si lo encuentran antes de que Hap llegue —una sonrisa casi imperceptible cruzó los labios de Marshall—, Marten se esfumará y nosotros tendremos el cuerpo de un presidente al que poder llevarnos al «lugar secreto» en el que supuestamente ya se encuentra y en el que, por desgracia, sufrirá un infarto repentino o cualquier otra cosa

que el doctor Foxx estime más apropiada. Al fin y al cabo, todo el asunto resultaría más limpio y sencillo de esta manera, ¿no crees?

Lowe miró a la tele. A una noticia de la CNN sobre un accidente aéreo en Perú le siguió el seguimiento en directo desde Barcelona de la exhaustiva operación de búsqueda de los terroristas fugitivos, durante la cual ya se había arrestado a veintisiete personas y se esperaban todavía más.

Lowe apagó la tele y se volvió hacia Marshall. Tenía la frente cubierta de sudor. Su complexión, normalmente rubicunda, era ahora pálida. Una profunda fatiga se apoderaba de él.

—Estoy cansado, Jim. Cansado de pensar, cansado de todo este maldito asunto. Haz tu llamada a Washington y luego intenta dormir una hora. Es lo que yo pienso hacer. Lo necesitamos; los dos.

72

9.00 h

Miguel Balius miró por el retrovisor a sus dos pasajeros al fondo del cristal de separación y luego volvió a concentrarse en la sinuosa carretera rural que tenía delante. Era la segunda vía secundaria que tomaba en los últimos cuarenta minutos, ambas para evitar controles de tráfico. La primera fue desde una autopista que llevaba a las montañas en dirección a Terrassa, cuando vio que los vehículos de delante empezaban a reducir repentinamente y luego eran desviados hacia un único carril por un policía armado hasta los dientes. Su solución fue sencillamente tomar la salida siguiente y meterse por un entramado de calles suburbanas hasta el pueblo de Ullastrell, y luego tomar otra carretera secundaria hacia el sur hasta una autovía que los volvía a llevar en dirección norte hacia Montserrat. Fue en esta autovía, en Abrera, donde se volvió a encontrar con otro control. Ahí dio media vuelta y se metió por una carretera secundaria que rodeaba la localidad de Olesa de Montserrat y los colocaba en la curvilínea autovía en la que ahora circulaban dirección noroeste por las montañas rumbo a Montserrat, un trayecto que suponía un buen rodeo pero que era mejor que caer en un control y que las autoridades descubrieran que sus pasajeros eran el presidente de Estados Unidos y su primo.

Miguel se rió para sus adentros. Le habían advertido cuando empezó este servicio que sus clientes podían estar un poco locos. Y lo estaban. Pero tenía experiencia con otros clientes mucho más excéntricos: estrellas del rock, del cine, futbolistas que eran

héroes nacionales, tenistas famosos, mujeres con hombres casados, hombres con otros hombres, mujeres con otras mujeres, parejas de las que era incapaz de distinguir quién era quién, ni en género ni dentro de la relación... así que esto no era nada. Se limitó a sonreír y a seguirles el rollo. Para él, tal como el «primo» llamado Harold había dicho, aquello formaba parte del trabajo, y aunque el hombre calvo con las gafas y la barba de dos días le resultaba un poco familiar, desde luego no tenía nada que ver con el presidente de Estados Unidos. Pero si quería actuar como si lo fuera — como el hombre más poderoso del mundo huyendo de las presiones del cargo y pidiéndole esquivar los controles policiales por el camino—, a él le parecía bien.

¿Se le volvió a pasar por la cabeza que aquellos dos pudieran ser los terroristas a los que buscaban las autoridades?

Por supuesto, en especial porque no dejaban de insistirle en que evitara los controles policiales. Pero, al observarlos más de cerca, tenía la sensación del principio, de que no tenían nada que ver con el tipo de gente que el mundo identifica con un terrorista. Además, ¿qué terroristas alquilan una limusina, se van a pasear por la playa descalzos y toman café, y luego se hacen llevar a lugares turísticos fingiendo ser el presidente de Estados Unidos y su primo mientras las autoridades están por todas partes, buscándolos?

De nuevo miró a sus pasajeros. El llamado primo Harold había cogido un bloc de notas de la limusina y estaba escribiendo algo en él. Una vez hecho esto, se lo dio al que se hacía llamar primo Jack cuando no fingía ser el presidente norteamericano. Miguel volvió a sonreír. ¿Qué caramba hacían ahora? ¿Jugar al tres en raya?

—Es el signo de Aldebarán —dijo Marten, mientras le mostraba el dibujo de una cruz con bolas en las puntas que acababa de trazar en el bloc de notas al presidente—. Es la estrella rojo pálido que forma el ojo izquierdo en la constelación de Tauro — prosiguió, repitiendo lo que Demi le había contado el día anterior mientras almorzaban en Els Quatre Gats, en Barcelona—. En los inicios de la astrología se creía que emanaba una influencia potente y beneficiosa. Se le llama también...

—El Ojo de Dios —dijo el presidente.

—¿Cómo...? —Marten estaba estupefacto.

—¿Cómo lo sé? —sonrió amablemente Harris—. Pertenecí a la hermandad de Rhodes durante mis estudios en Oxford, señor Marten. Mi especialidad fue historia de Europa y cursé estudios secundarios de teología. Ambas disciplinas me familiarizaron con el signo de Aldebarán, si bien no demasiado, aunque podías enterarte de cosas si preguntabas y tenías la suerte de tener el tipo de profesores exigentes y detallistas que yo tuve. El signo de Aldebarán se cree que fue utilizado como símbolo de identidad por un culto secreto de brujería que pudo haber tenido una fuerte influencia política en Europa durante y después del Renacimiento, y tal vez incluso durante siglos posteriores. No se sabe con seguridad porque el

movimiento, si es que existió, no dejó documentos ni historia escritos, al menos de los que tengamos conocimiento. Lo único que queda son rumores y suposiciones.

—Déjeme añadir otro rumor o suposición a los que ya existen del Renacimiento: la conspiración Maquiavelo. ¿Sabe lo que es?

—No.

—Se supone que Maquiavelo escribió un apéndice a su conocida obra *El príncipe*. —De nuevo, Marten repetía lo que le había contado Demi—. En él creaba el concepto de una sociedad secreta que se dotaba de poder a través de la documentada participación de sus miembros en un asesinato ritual muy elaborado que tenía lugar una vez al año. La idea era que la complicidad deliberada y comprobada en el asesinato creaba lazos de sangre entre ellos y les daba la licencia para actuar con mucha agresividad, sin escrúpulos, como un grupo consciente de que podían ser llevados a la horca si alguna vez se sabía lo que habían hecho. Eso los convertía en una banda bastante peligrosa, en especial si los implicados eran miembros de un grupo ya muy poderoso e influyente.

El presidente apretó los ojos:

—¿Qué tiene que ver esto, o el signo de Aldebarán, con...?

—Ha hablado de un culto secreto de brujería —le interrumpió Marten—. ¿Eran brujos o brujas?

—Depende de dónde y de la época de la que estemos hablando.

—¿Y si hablo de aquí y ahora, presidente?

—No le comprendo.

—Merriman Foxx lleva el signo de Aldebarán tatuado en el pulgar izquierdo. El reverendo Beck creo que también, no se puede saber porque sufre un trastorno de pigmentación en la piel. La doctora de Caroline Parsons, Lorraine Stephenson, tenía el mismo tatuaje. Y también lo llevaba, según Demi, su hermana desaparecida. Esta gente son miembros de una secta secreta de brujos que lleva como signo de identificación el símbolo de Aldebarán. —Marten miró a través del cristal de seguridad. Miguel miraba hacia la carretera. Si ahora los podía oír, o si había estado escuchándolos todo el viaje, no se le notaba en absoluto. Marten volvió a mirar al presidente—. ¿Ha hablado usted de una fuerte influencia política, presidente? ¿Y si eso fuera algo más que sólo algo entre sus «amigos» y Merriman Foxx? ¿Y si tiene que ver también con las brujas? ¿Y si la conspiración Maquiavelo no fuera un apéndice de *El príncipe* de rumoreada existencia, sino algo real? Algo que un grupo especial adoptó como Biblia particular y ha llevado a la práctica... ¿Y si su culto secreto de brujas existió en realidad? ¿Y si sigue existiendo? Y no sólo en Europa, sino en Washington...

El presidente Harris respiró profundamente y Marten vio cómo la terrible presión de lo que estaba ocurriendo le empezaba a pasar factura, tanto como persona como en calidad de presidente.

—Si hay en realidad una respuesta a esto, tal vez el doctor Foxx sea capaz de ofrecérsola. —El presidente siguió mirando a Marten un rato más y luego se volvió hacia la ventana para mirar el paisaje en movimiento. Parecía todavía más preocupado e introspectivo que antes—. Vamos de camino a Montserrat, señor Marten, con la esperanza de encontrar al doctor Foxx y enfrentarnos a él —dijo, todavía con la vista perdida en el paisaje—. Sin tener en cuenta todo lo que ha hecho como científico, sus experimentos, las armas que ha desarrollado, hay que tener presente que ha sido soldado profesional la mayor parte de su vida. —El presidente se volvió a mirar a Marten directamente—. Puede que tenga casi sesenta años, pero por lo que he oído, está fuerte y en forma. Y es una persona dura. En el maldito proyecto sobre el que tenemos que indagar probablemente lleve trabajando años, desarrollándolo hasta el punto de que ahora debe de estar listo para su aplicación. ¿Por qué hemos de pensar que nos dirá algo sobre él? No tenemos ningún motivo para creer eso. Si yo fuera Foxx y me encontrara en su misma situación, desde luego no diría una palabra. —Una expresión de desesperación se apoderó de su rostro—. Me pregunto, señor Marten, si estamos preparados para un adversario con el que ya tendríamos mucha suerte en el caso de encontrarlo; si no se reirá de nuestras preguntas y al final nos quedaremos sin nada.

—Creo, presidente —dijo Marten, a media voz pero con fuerza—, que dependerá de dónde y bajo qué circunstancias se le hagan las preguntas.

73

Hotel Ópera, Madrid, 9.22 h

—Muchas gracias —le dijo amablemente Peter Fadden al recepcionista. Luego, mientras garabateaba su nombre en el recibo de la tarjeta de crédito, recogió su bolsa y se dirigió hacia la puerta principal, con el tiempo justo para coger su vuelo de las once a Barcelona.

Fuera, el portero llamó un taxi con un gesto. El taxista se arrimó, se detuvo y luego se marchó sin pasaje. Fadden y el portero intercambiaron miradas de sorpresa y luego el portero le hizo una señal al siguiente taxi de la parada. Como el primero, se arrimó a la acera y se detuvo, sólo que esta vez no se marchó inesperadamente, sino que salió del taxi y miró al portero para recibir indicaciones.

—Aeropuerto de Barajas —dijo Fadden antes de que el portero pudiera hablar. Luego le dio una propina, abrió la puerta de atrás, tiró la bolsa al asiento y se subió al

lado. En cuestión de segundos el taxi se volvió a incorporar al tráfico.

Comisaría central de Barcelona, a la misma hora

Hap Daniels y el agente especial Bill Strait estaban como el resto del contingente del Servicio Secreto que había volado desde Madrid, agotados física y mentalmente y con la sensación de estar sucios e incómodos por las más de veinticuatro horas seguidas que llevaban en aquella intensa locura. Aunque tenían habitaciones reservadas en el hotel Colón, frente a la catedral de Barcelona, aquí se les había instalado un dormitorio temporal en una sala de reuniones del sótano, cerca de la sede de mando central en la que un grupo de treinta y seis policías de Barcelona, miembros del servicio de inteligencia español, la CIA y los agentes del Servicio Secreto estadounidense trabajaban en un sistema de comunicaciones atiborrado con la información que iba llegando de los puntos de control y de los equipos de búsqueda. Un grupo supervisado por el propio Hap.

—Veinte minutos —dijo al grupo al mando, mostrándoles dos veces los diez dedos de las manos—, sólo necesito veinte minutos.

Entonces le hizo un gesto a Bill Strait y se fue a la zona de dormitorio, donde había media docena de agentes del Servicio Secreto echando siestas en improvisados colchones; allí planeaba tumbarse y cerrar los ojos durante aquellos preciosos veinte minutos.

Strait entró con él y Hap cerró la puerta, luego llevó a su adjunto hacia un rincón alejado de los demás.

—Lo que está ocurriendo no es un acto delictivo —dijo en voz baja—. No es obra de terroristas ni de ningún gobierno o agentes extranjeros. Es el POTUS el que intenta escaparse.

—No entiendo qué quieres decir, Hap —dijo Strait también en voz baja—; ésa es nuestra hipótesis desde Madrid. Está enfermo.

—Si él está enfermo yo soy un burro de tres patas. Se escapó por los conductos del aire acondicionado del Ritz, se quitó un peluquín que no sabíamos que llevaba y consiguió viajar de Madrid a Barcelona sin ser visto. Llegó hasta Marten sin que lo supiera nadie y se escapó del puto hotel y de la ciudad ante nuestras propias narices. No estamos hablando de ningún enfermo, sino de alguien totalmente decidido a no dejarse atrapar que está actuando con más astucia que nadie.

—La gente es capaz de cosas increíbles cuando está jodida, Hap. Hasta los presidentes.

—No sabemos si está jodido. Lo único que sabemos es lo que nos han dicho Lowe y el doctor Marshall. Y a menos que haya algo que nos ocultan, lo único que tienen son suposiciones. O eso es lo que quieren hacernos creer.

—¿Que quieren hacernos creer...?

—Sí.

Strait lo miró:

—Estás cansado; cuéntamelo en media hora, cuando te despiertes.

—Te lo estoy contando ahora.

—Está bien, entonces, ¿qué demonios está pasando?

Justo en aquel momento un agente que estaba en el catre más cercano tosió un poco y se dio la vuelta mientras dormía. Daniels miró por el dormitorio y luego llevó a Strait por una puerta hacia un lavabo de hombres en el que no había nadie.

—No sé lo que está pasando —le dijo en el momento en que se encontraron a solas—. Pero recuerdo aquella reunión a altas horas de la noche en la casa de Evan Byrd en Madrid. El Fumigador no esperaba a los que estuvieron allí, el vicepresidente y casi todo el gabinete, y cuando salió de la reunión ya no era el mismo. Durante todo el trayecto de vuelta al hotel se mostró silencioso y distante, no articuló palabra. Al cabo de pocas horas desapareció, iluminándose el camino con cerillas robadas de la residencia de Byrd. Al poco tiempo acabó juntándose con Nicholas Marten, sobre quien me había pedido información antes de que empezara todo esto.

Daniels se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata.

—Voy a echarme y cerraré los ojos durante veinte minutos. Tal vez cuando me despierte tenga las cosas más claras. Mientras tanto quiero que salgas, vayas a algún lugar en el que no te pueda oír nadie, utilices tu móvil y llames a Emilio Vázquez del Servicio de Inteligencia español en Madrid. Pídele que, con la máxima discreción, intervenga las líneas telefónicas de Evan Byrd. Tal vez no le guste, pero dile que es un favor personal que me hace. Si tiene problemas para hacerlo, dile que lo llamaré yo mismo cuando me levante.

—¿Crees que Evan Byrd tiene algo que ver con esto?

—No lo sé. Ni siquiera tengo una idea clara de qué es «esto». Sólo quiero saber con quién está en contacto y qué tienen que hablar entre ellos.

74

Madrid, 9.30 h

Peter Fadden contemplaba la ciudad desdibujada tras el cristal de la ventanilla, apenas consciente del ruido de la radio que emitía viejas melodías de rock, con la mente hecha un embrollo de problemas, euforia y temor. Había llamado a Nicholas

Marten porque estaba seguro de que estaba detrás de algo relacionado con el presidente, con lo que le había ocurrido a Caroline y Mike Parsons y su hijo, y con las sesiones del Congreso que implicaban el testimonio de Merriman Foxx. Y porque el centro de una intensa y enorme cacería tras lo que las autoridades españolas llamaban «unos terroristas fugitivos» estaba concentrada justo donde Marten se encontraba, en Barcelona.

Había hablado con Marten justo después de las siete, hacía un poco más de dos horas, en una conversación que Marten terminó abruptamente diciéndole que lo volvería a llamar tan pronto como le fuera posible. De momento eso no había ocurrido, y los tres intentos que hizo de llamarle acabaron con nada más que una conexión con su buzón de voz. ¿Dónde estaba? ¿Qué demonios había pasado?

Si Fadden estaba en lo cierto y las autoridades buscaban a alguien que no eran los terroristas, por lo que él fue capaz de saber, ninguno de los medios lo había descubierto todavía. Eso significaba que si él lo podía anunciar, tal vez obtuviera la exclusiva de un acontecimiento de enormes proporciones políticas y hasta históricas.

El problema era cómo manejarlo. Llevaba el suficiente tiempo en aquel oficio como para saber que si llamaba a su editor en el *Washington Post*, por muy confidencial que fuera su conversación, el contenido sería informado inmediatamente al director ejecutivo del periódico. Y debido a esto, había muchas posibilidades de que alguien en el mundo mediático de Washington se enterara y pronto se abrieran las compuertas de la presa, con lo cual él se encontraría en medio de una estampida de periodistas corriendo a la escena de la noticia; no estaba dispuesto a dejar que eso ocurriera.

9.35 h

Fadden contempló aquel paisaje familiar. Estaban en la calle Alcalá y a punto de pasar junto a la famosa plaza de toros de Madrid. Dentro de poco cruzarían la avenida de la Paz. Fadden conocía bien el trayecto hasta el aeropuerto. En los cinco años que llevaba como corresponsal del *Washington Post* en Londres, más dos en Roma, dos en París y uno en Estambul, había viajado a Madrid un sinfín de veces. Según sus cálculos y por el tráfico que había, podría estar en la terminal en menos de veinte minutos, con el tiempo justo para coger su vuelo de Iberia a Barcelona.

9.37 h

Pasaron por la avenida de la Paz y Fadden aprovechó para cerrar un rato los ojos. Había estado despierto hasta muy tarde hablando con el personal del Ritz: chóferes

del minibús, camareras, personal de cocina, limpiadoras y gente de mantenimiento, conserjes de noche, personal de seguridad... Luego estuvo trabajando en su habitación hasta casi las cuatro de la madrugada, tomando notas. A las seis y media ya estaba en pie, tomando una ducha y haciendo las reservas de avión, y luego llamó a Marten. Había dormido poco más de dos horas. Tenía motivos para estar cansado.

De pronto notó que el taxi reducía velocidad. Abrió los ojos y se dio cuenta de que el taxista se estaba metiendo a la derecha por una calle secundaria y seguía avanzando por ella.

—¿Adónde va? —le espetó—. Por aquí no se va al aeropuerto.

—Lo siento señor —dijo el taxista, en un inglés precario—. No puedo hacer nada más.

—Nada más, ¿de qué habla?

El taxista miró por el retrovisor.

—De ellos.

Fadden se giró. Justo detrás había un coche negro. Dos hombres con gafas de sol iban en los asientos delanteros.

—¿Quién demonios son?

—Lo siento, señor. Tengo que parar.

—¿Parar? ¿Por qué?

—Lo siento.

El taxista se detuvo de inmediato en paralelo a la acera mientras las viejas melodías de rock seguían retronando por la radio. En un segundo, abrió la puerta de un golpe y luego salió disparado del coche, corriendo sin mirar atrás.

—¡Dios mío! —exclamó Fadden, impresionado por el miedo y la consciencia de lo que estaba ocurriendo.

Su mano fue directa a la manecilla de la puerta y la abrió. Sus pies aterrizaron en el suelo justo cuando el coche negro empezaba a detenerse detrás del taxi. Ni siquiera se volvió a mirar, sencillamente echó a correr. A los pocos segundos llegó a una travesía y se metió en ella sin pensar. Un bocinazo y el rechinar de unas ruedas sonaron frente a él. Fadden se paró en seco e hizo una pirueta para evitar el furgón Toyota azul que había estado a punto de atropellarlo. Luego se encontró en la otra acera, corriendo hacia una plazoleta. Salió como una flecha hacia la izquierda y luego a la derecha, rodeando una fuente. Luego se metió por un camino de gravilla que había al fondo. Con una ojeada fugaz hacia atrás los vio venir. Llevaban vaqueros y sudaderas y cortes de pelo de estilo militar. Parecían americanos.

—¡Por Dios! —exclamó, mientras seguía corriendo.

Justo delante de él vio un sendero con macetas de arbustos a ambos lados que llevaba desde la placita hasta la calle de atrás. Con el corazón saliéndole por la boca, se metió por ahí. Más adelante, un autobús estaba dejando bajar a los pasajeros. No había ningún motivo para mirar atrás, le seguirían persiguiendo. El autobús estaba todavía a diez metros y él corría con todas sus fuerzas. Esperaba recibir un golpe en

la cabeza en cualquier momento, o el impacto de un placaje que lo dejara sin piernas. Seis metros más, luego tres... La puerta del autobús empezó a cerrarse.

—¡Espere! —gritó—. ¡Espere! —La puerta se volvió a abrir justo cuando él llegaba a la parada.

En un santiamén subió a bordo, la puerta se cerró y el autobús se puso en movimiento.

75

Manchester, Inglaterra. Finca rural de los Banfield, Halifax Road, 9.43 h

Una bruma densa cubría los verdes parajes de la zona. A lo lejos se veían nubes cargadas de lluvia por encima de las colinas. Desde la cima en la que se encontraba Ian Graff se podía ver el río y, si se daba la vuelta, la magnífica casa que los Banfield acababan de construirse: mil y pico metros cuadrados de cristal, acero y piedra: ninguno de los cuales tenían nada que ver ni con la historia de Inglaterra ni con el paisaje rural en el que estaba ubicada. Pero a Fitzsimmons & Justice se les pagaba por diseñar el paisaje, no la casa. Era a este lugar, en esta mañana de sábado tan húmeda, donde había vuelto una vez más, con los planos enrollados debajo del brazo, para comprobarlos una vez más antes de presentarlos —sin ninguna ayuda de Nicholas Marten— a Robert Fitzsimmons, quien a su vez los presentaría otra vez a los muy jóvenes, muy nuevos ricos, recién casados y muy caprichosos señores Banfield.

Graff se subió el cuello del abrigo para protegerse de la humedad y estaba justo girando los pies enfundados en botas de agua en dirección a la casa principal cuando vio el Rover sedán azul marino aparcado debajo de la colina y dos hombres con gabardinas que se dirigían por el fangoso sendero hacia él.

—Señor Ian Graff —lo llamó el primero de ellos, un tipo bajo y fornido, de pelo negro con las sienes plateadas.

Era la voz de la autoridad; sabían quién era.

—¿Sí?

El segundo de los hombres era alto y tenía el pelo gris. Hurgó en el bolsillo de su gabardina a medida que se le acercaba y sacó una pequeña cartera de piel. La abrió y se la mostró:

—John Harrison, Servicio de Seguridad. Este es el agente especial Russell. Hace una hora y veinte minutos ha hecho usted una llamada desde su despacho al móvil de

Nicholas Marten.

—Sí. ¿Por qué? ¿Tiene algún problema?

—¿Por qué ha hecho la llamada?

—Soy su supervisor en la empresa de arquitectura paisajística Fitzsimmons & Justice.

—Responda a la pregunta, por favor —insistió el agente Russell, acercándose un poco más a él.

—Le he llamado porque él me lo pidió. Si miran a su alrededor verán los acres que estamos a punto de diseñar. Entre las muchas especies que hay que plantar están las azaleas. Él estaba trabajando en la planificación y me pidió que le leyera toda la lista de azaleas porque se le había olvidado una especie en concreto que quería utilizar. Yo he cogido la lista, le he llamado y le he recitado los nombres.

—¿Y qué más?

—La línea se ha cortado. He intentado volver a llamarle pero no he tenido suerte.

—Dice que él le pidió que lo llamara —volvió a hablar el agente Russell—. ¿Quiere decir que él lo ha llamado y le ha pedido que lo llamara usted?

—Por así decirlo, sí. Ha llamado a mi casa pensando que, al ser sábado, estaría en casa. Mi asistente ha cogido el teléfono y me ha pasado el mensaje al despacho.

—Su asistente.

—Sí, señor. Aunque no estoy muy seguro de por qué ha llamado a casa. Él sabía que yo estaba en el despacho, llevamos mucho retraso en un proyecto importante. Éste —dijo Graff, señalando a la casa y el terreno a su alrededor.

El agente Harrison miró un momento más a Graff y luego miró al paisaje que lo rodeaba.

—Es un buen trozo de tierra. Pero la casa no me gusta, el estilo no pega nada.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Gracias por su tiempo, señor Graff.

Y así, los agentes Harrison y Russell dieron media vuelta y volvieron a su coche por el camino enfangado.

—¿Está en apuros? —preguntó Graff, en voz alta—. ¿Tiene el señor Marten algún problema con el gobierno?

No hubo respuesta.

Peter Fadden recorrió en el autobús metropolitano dos paradas más, luego bajó, anduvo media manzana, tomó un callejón y se metió en un café en el que había unos cuantos clientes desayunando. Se dirigió de inmediato al baño de hombres. Al cabo de un rato volvió a salir, miró a la cocina que había al final de un pasillo y dedujo que había una entrada por detrás que podía servirle de salida en caso de necesidad. Satisfecho, volvió a la sala principal, se sentó a una mesa desde la que se veía la puerta y pidió un café solo.

Llevaba la cartera, el pasaporte, la BlackBerry y, al menos, de momento, conservaba la vida y la libertad. El resto —la maleta y el maletín con el ordenador portátil— lo había dejado en el taxi y eran los objetos que ahora mismo estarían en manos de los hombres que habían ido a buscarle. Era el ordenador lo que más le preocupaba: en su disco duro estaban todas sus notas: sus entrevistas con el personal del hotel Ritz, su recopilación de información sobre Merriman Foxx, la doctora Lorraine Stephenson, la clínica de Washington DC a la que llevaron a Caroline Parsons antes de que la ingresaran en el Hospital Universitario y sus sospechas sobre la cacería de Barcelona y el posible paradero del presidente.

El problema ahora era qué hacer con todo aquello.

En estos momentos deseaba desesperadamente ponerse en contacto con su editor en el *Washington Post*, pero sabía que eso, como mínimo, sería problemático. La única manera que los hombres que lo persiguieron podían saber su identidad era porque habrían pinchado la frecuencia del móvil de Marten. Significaba que habrían escuchado su conversación, probablemente hasta la tendrían grabada. Y lo peor era que ahora tenían el número de su BlackBerry, lo cual era sin duda el motivo por el que lo encontraron en el hotel y probablemente la razón por la cual el primer taxi se había marchado sin recogerlo: porque el segundo tenía un chófer que trabajaba para ellos e iba a obedecer órdenes. Era la razón por la cual se metió por la calle secundaria y luego aparcó en la acera y salió corriendo.

Ahora que tenían la frecuencia de su BlackBerry, probablemente la tendrían monitorizada, de modo que no podía utilizarla sin desvelar su localización. Además, como había dicho lo que sabía del presidente y del comité de Mike Parsons y Merriman Foxx, podía estar seguro de que los números de teléfono y direcciones de e-mail de la agenda de su BlackBerry —prácticamente todos sus conocidos en Washington y en las oficinas del *Post* de todo el mundo— estarían también bajo vigilancia. No tenía ni idea de quién estaba detrás de todo esto, pero debía de ser desde muy altas esferas si tenían controlado el móvil de Marten y, con tan poco margen de tiempo, le habían mandado a aquellos tipos con pinta militar a cazarlo. Lo que había pasado con los taxis quería decir que no los habían mandado sencillamente para tener una pequeña conversación con él; eso lo podían haber hecho en el hotel.

Y para colmo de males estaba el factor tiempo. Todo estaba sucediendo con mucha rapidez. Si el presidente estaba en peligro, era en ese preciso instante. Eso

significaba que Fadden debía encontrar a alguien que estuviera fuera del circuito. Alguien que tuviera el prestigio suficiente como para ser escuchado y en quien él pudiera confiar incondicionalmente tenía que saber la verdad lo antes posible.

10.22 h

Fadden entró en un pequeño estanco que había cuatro puertas más abajo del café. Miró a su alrededor y luego se dirigió a la única persona que había en el establecimiento, el fornido propietario del mismo, sentado tranquilamente detrás del mostrador.

—¿Habla inglés?

—Un poco —dijo el hombre.

—Me gustaría comprar una tarjeta de teléfono.

—Sí —dijo el hombre—, sí. —Y se puso de pie.

Organización Mundial de la Salud, Ginebra, Suiza, 10.27 h

El doctor Matunde Ngotho, director ejecutivo del Programa de Genética Humana de la OMS, acababa de salir de una reunión de investigación de sábado por la mañana y se disponía a entrar en su despacho en la Avenue Appia cuando le sonó el teléfono.

—Matunde —dijo al descolgar el aparato.

—Matunde, soy Peter Fadden.

—¡Peter! —el investigador sonrió contento al escuchar la voz de su viejo y querido amigo—. ¿Dónde estás? En Ginebra, espero, ¿no?

Matunde esperó la respuesta, pero no la obtuvo.

—¿Peter? —dijo—. Peter, ¿estás ahí?

Peter Fadden se quedó helado donde estaba, mirando boquiabierto al hombre alto y con el pelo cortado como un militar que estaba justo detrás de él en la cabina de teléfonos de la calle. Por alguna razón sintió frío, aunque la temperatura en la calle fuera de 26 °C. Ahora, el del corte militar invadió su espacio, le quitó el auricular de la mano y lo colgó. Fadden recordó vagamente haber llamado a su compañero de piso en la universidad a Ginebra. Recordó oír su voz y al mismo tiempo sentir un dolor muy agudo cerca del riñón derecho, como si le hubieran clavado una aguja y luego se la hubieran sacado. Vio un paraguas en la mano del hombre del corte militar. Se preguntó el porqué. No llovía. De hecho, en el cielo no había ni una sola nube.

10.30 h

Nicholas Marten miraba por la ventana con la mente en blanco mientras Miguel Balius hacía maniobras por encima de un puente estrecho que salvaba un río lleno de lodo. Pasó un minuto entero, luego otro, y después la mirada de Marten se concentró de repente, como si acabara de completar un proceso mental. Con una mirada al presidente Harris, tocó el botón del intercomunicador.

—¿Miguel?

—Sí, señor.

—Usted debe de haber estado antes en Montserrat.

—Muchas veces.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es? Pues como una pequeña ciudad construida en la ladera de una montaña, a casi un kilómetro del valle. Una obra de ingeniería increíble.

El presidente se incorporó, consciente de pronto de que Marten estaba recogiendo información y, en el proceso, tramando un plan para aplicar cuando llegaran.

—Hay muchos edificios, algunos de varios siglos de antigüedad: la basílica, un museo, un hotel con restaurante, la biblioteca, el refectorio... Demasiados para que me acuerde de todos. —Miguel demostraba el entusiasmo de un guía turístico, alternando la atención en la carretera con las miradas a Marten por el retrovisor—. Se puede llegar en coche o en el tren cremallera que sale del valle. Hay un funicular que lleva hasta más arriba de las montañas, si se quiere. Y por todas partes hay senderos que salen en todas direcciones, algunos con antiguas capillas que en su mayoría están abandonadas desde hace tiempo y en estado ruinoso. Se dice que hay mil y un caminos que cruzan la montaña. No quedarán decepcionados. Pero les advierto que estará abarrotado; siempre lo está. Montserrat se ha convertido en un lugar tanto de interés turístico como de retiro espiritual.

—Es posible que nos encontremos con unos amigos allí —insistió Marten—. Me ha dicho que hay un restaurante. Si quisiéramos almorzar, ¿es un puesto de bocadillos o es algo más?

—No, no, es un restaurante normal, con mesas y sillas y todo eso.

—¿Sabe si sirven refrescos? Cola, agua mineral, cosas así. Lo pregunto porque uno de los amigos tiene un problema de salud y ciertas necesidades.

—Claro: cola, agua mineral, café, vino, cerveza... lo que usted quiera.

El presidente escuchaba con atención. Marten hacía preguntas muy concretas, como si supiera claramente lo que buscaba.

—¿Y hay lavabos... ya sabe, un baño, por ahí cerca? No me gustaría proponer nada que resultara inadecuado para él.

Esta parte Harris la entendió. Marten trataba de buscar un lugar público en el que poder encontrarse con Merriman Foxx y luego un lugar no muy alejado en el que poder arrinconarlo a solas.

—Eso creo, sí —Miguel tenía los ojos en la carretera—. Está detrás, cerca de la puerta por la que entran las provisiones.

—¿Una puerta que da al exterior?

—Sí, señor.

—Y esta puerta, ¿está cerca de los mil y un senderos de los que nos hablaba? Es por si queremos salir a dar una vuelta después del almuerzo.

—Desde luego, señor. —Miguel estaba encantado, con su acento australiano y sus años de experiencia, disfrutando claramente de su papel de anfitrión servicial—. Uno de ellos da a la puerta de carga, el otro colina arriba y hacia las pistas de montaña. De hecho, una de las antiguas capillas en ruinas está justo más arriba por ese sendero.

—Describe usted una estampa magnífica, Miguel.

—Es mi trabajo, señor. Además, Montserrat es maravilloso. Al menos te lo parece las primeras cincuenta veces que lo visitas.

Marten sonrió y luego apagó el intercomunicador y miró al presidente.

—Antes he insinuado que la manera de obtener respuestas de Foxx dependían de dónde y bajo qué circunstancias se le formularan las preguntas. Si lo hacemos bien y tenemos suerte, podríamos lograr que se metiera solo en ese sendero que sube hasta la capilla. A partir de ahí, tal vez habría que utilizar la fuerza.

—Continúe.

—Llegamos a Montserrat y dejamos que Demi nos encuentre. Cuando lo haga, convocaré una reunión con Foxx y propondré que sea en el restaurante. Si accede, entraremos los dos y buscaremos una mesa al fondo del local. Mientras tanto, usted ya estará allí, en una mesa cerca de la puerta que da al sendero de atrás. Llevará puesto el sombrero de ala ancha, estará tomando algo y tendrá la cabeza gacha, tal vez leyendo el periódico. Él no debe ni mirarle o, si lo hace, no debe tener ni idea de quién es. Con suerte, nadie más lo descubrirá.

»Foxx y yo nos sentamos, miramos la carta y hablamos de naderías durante unos minutos. Luego le digo que no me siento seguro hablando de cosas tan importantes en público y le propongo que salgamos a dar un paseo a solas. La puerta está ahí mismo, probablemente con un cartel de salida encima. Le pregunto al camarero adónde da; me lo dice. Le pregunto a Foxx si le parece bien. Aunque lleve a más gente con él, accederá porque querrá saber lo que yo sé. Nos levantamos y vamos hacia la puerta. Treinta segundos más tarde usted nos sigue. Para entonces ya deberíamos estar un poco más arriba del sendero, acercándonos a la capilla.

—Y usted cree que lo seguirá, así de fácil.

—Ya se lo he dicho: querrá saber cosas de mí y no tendrá motivos para sospechar nada. Montserrat ha sido su elección, no la mía. Si le veo nervioso, le diré que me puede registrar, no tengo nada que ocultar.

El presidente observó a Marten con cuidado.

—Está bien, pongamos que todo sale bien y usted se encuentra a solas con él en el sendero, paseando en dirección a la capilla.

—Sube por el sendero detrás de nosotros. Le propongo que entremos en la capilla y que hablemos en el interior, por si acaso viene más gente.

—¿Y si no quiere entrar? Ya se lo he dicho antes, ha sido soldado profesional buena parte de su vida. Es duro y precavido: no hará nada que no quiera hacer.

—Esta vez sí.

—¿Cómo lo sabe?

—No le quedará más remedio.

El presidente volvió a mirarlo detenidamente, con ganas de preguntarle qué quería decir, pero decidió no presionar más.

—¿Y entonces...?

—Usted trabajó en una granja, ¿no?

El presidente asintió con la cabeza.

—¿No tuvo nunca que sujetar a un cerdo o un ternero rebeldes mientras el veterinario les ponía una inyección?

—Sí.

—¿Y pudo hacerlo?

—Sí.

—Bueno, pues aquí se encontrará con algo parecido. Y seremos necesario los dos, el veterinario y el granjero. Me temo que tendrá usted que ensuciarse un poco las manos.

—El trabajo manual no es problema para mí, no en una situación así —dijo el presidente, ladeando la cabeza—; pero es que no entiendo lo que pretende hacer. No tenemos acceso a ningún medicamento, ni a jeringuillas ni nada. Y aunque lo tuviéramos, no hay tiempo para...

—El restaurante, primo. Todo lo que necesitamos estará o en la mesa o en la carta.

78

10.37 h

Estaban a veinte minutos de Barcelona, en dirección noroeste por la autopista A2. Era un furgón blanco. Su conductor era un tipo grandote llamado Rafael. En las

puertas y pintadas con pintura negra estaban las palabras que indicaban su origen y destino: Monasterio benedictino de Montserrat.

El reverendo Beck y Luciana iban en los asientos directamente detrás de Rafael; Demi iba detrás de ellos, sola en la tercera fila, con su material fotográfico y su bolsa al lado. Miraba al infinito, tratando de no pensar en Nicholas Marten y el presidente y en lo que había hecho. O más bien, lo que había decidido que no tenía más remedio que hacer.

Ya desde el enfrentamiento entre Marten y el doctor Foxx en Malta quedó bien claro que tanto Foxx como Beck se habían puesto nerviosos. A su vez, ella tuvo miedo de que aquello estropeará, o incluso acabara, con su relación con Beck. Y creyó que así había sido cuando él abandonó la isla de aquella manera tan repentina a la mañana siguiente, pero luego el conserje la llamó para transmitirle sus disculpas e invitarla a Barcelona.

Poco después llegó a la suite del reverendo del hotel Regente Majestic y le presentaron a Luciana, y allí Beck la sorprendió diciéndole que comprendía que su interés por él no era debido a su vocación religiosa, sino a su relación con la secta de Aldebarán, que suponía que era el tema real de su libro, y no el supuesto fotorreportaje sobre los «clérigos que atienden a políticos importantes». Además, le dijo que la razón por la que ella había insistido en seguirlo en su viaje por Europa era que sabía que iba a asistir a la reunión anual de las brujas.

Pero en vez de exigirle que se marchara de inmediato, la volvió a sorprender diciéndole que había hablado de ella con los más viejos de la secta y que habían estado de acuerdo en abrirle la reunión, incluso en permitirle que tomara fotos. En realidad, en aquel aquelarre no había nada malo y a esas alturas de la historia sentían que ya no había motivo para mantener sus rituales en secreto.

No obstante, sí que le exigían un *quid pro quo*: Nicholas Marten. —Como ya habrá sospechado —le dijo Beck—, el doctor Foxx es miembro de la secta. Ahora mismo se encuentra en el monasterio de Montserrat, preparando la asamblea de la misma. Su enfrentamiento con Marten en Malta sobre su testimonio ante el comité en Washington es algo que sigue inquietándolo, y le gustaría aclarar las cosas antes de que pase más tiempo y antes de que algo se filtre a la prensa.

Si Marten viniera a Montserrat, Beck convocaría una reunión privada entre ellos dos, algo que estaba seguro que Marten aceptaría.

—De lo contrario no la habría seguido a usted hasta Barcelona ni la habría invitado a comer a Els Quatre Gats. Está claro que cree que usted puede llevarlo hasta el doctor Foxx.

Si Demi se quedó sorprendida por el conocimiento que Beck le demostraba de su reunión con Marten, no se lo demostró. En cuanto a su revelación de que ella estaba al tanto del aquelarre de Aldebarán y su implicación con el mismo, parecía creer que su interés era puramente profesional: la investigación para un reportaje de una fotógrafa y escritora. Además, lo único que le pedía era lo que el propio Marten

también le había pedido: que le dijera dónde y cuándo podía encontrar al doctor Foxx.

Lo que ella no sabía en aquel momento, ni se lo había contado a nadie desde entonces, era que una segunda persona acompañaría a Marten a Montserrat: el presidente de Estados Unidos.

79

Comisaría central de Policía de Barcelona. Sala Especial de Comunicaciones, 10.45 h

Hap Daniels acababa de volver de su siesta de veinte minutos. Tiraba de sus auriculares y buscaba con la vista a Bill Strait, ansioso por saber si había podido ponerse en contacto con el servicio de inteligencia español en Madrid y había podido organizar la intervención de las líneas de Evan Byrd, cuando le llegó una voz que le resultaba familiar:

—Hap, soy Roley. —Era Roland Sandoval, el agente especial del Servicio Secreto responsable del dispositivo de protección del vicepresidente Hamilton Rogers. Daniels sabía que Rogers había llegado hacía poco de manera secreta a Madrid y que había ido directamente a la embajada de Estados Unidos con el fin de reunirse con el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran, para una reunión privada concertada con el presidente del gobierno español en la que se trataría la desaparición del presidente Harris.

—Sí, Roley.

—Acabamos de aprobar el aterrizaje del vicepresidente en Barcelona a las 13.00 h. Después tiene prevista una visita de una hora por la zona.

—¿Visita por la zona? ¿Por qué? ¿Por qué coño ahora?

—Órdenes directas del jefe de personal. Desde la Casa Blanca se quiere demostrar la preocupación del país por la situación terrorista, incluso mientras el POTUS está «incomunicado». Luego volverá a Madrid y pasará la noche en casa de Evan Byrd antes de su reunión con el primer ministro español, prevista para mañana.

Daniels se mordió la lengua, indignado, y durante un largo rato se quedó en silencio. Finalmente, respondió con un sencillo —Está bien, Roley, ya lo coordinaremos. Gracias por despertarme.

Se oyó claramente el clic de cuando el agente White/Sandoval colgó.

—¡Qué cojones! —masculló Daniels entre dientes.

El VPOTUS. Visita por la zona. Eso significaba despliegue de prensa, fotos y entrevistas. Luego, con la misma rapidez, Rogers regresaría a Madrid y a la residencia de Byrd. Algo estaba pasando pero no tenía ni idea de qué era.

De nuevo volvió a buscar a Bill Strait. Si el vicepresidente Rogers iba a pasar la noche en casa de Evan Byrd, tenían que pinchar sus teléfonos.

—Hap —oyó la voz de Bill por los auriculares.

—¿Dónde estás?

—En la cafetería. ¿Tienes tiempo de tomar una taza de buen café español?

—Desde luego que sí —Hap cortó y empezaba a quitarse los auriculares cuando entró otra voz.

—¿Agente Daniels? —Era una voz masculina con acento británico.

—Sí.

—Soy el agente especial Harrison, MI5 en Manchester, Inglaterra. Acabamos de interrogar al señor Ian Graff, el supervisor de proyectos de la empresa en la que trabaja Nicholas Marten en Manchester. Dice que Marten se ha puesto en contacto con él a través de su asistenta a primera hora de esta mañana y que ha pedido que lo llamara al móvil con una lista de tipos de azalea.

—¿Qué quiere decir «a través de su asistenta»?

—Pues que ha llamado a su casa y le ha pedido a la asistenta que llamara al señor Graff al despacho. Graff cree que Marten ya debería saber que estaba en el despacho y que lo normal era que lo hubiera llamado allí directamente.

—¿Cómo cojones lo ha llamado Marten? Habríamos localizado las coordenadas de su móvil en cuestión de segundos. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Desde una cabina?

—No, señor. Actúa cada vez con menos cuidado. Ha utilizado el teléfono móvil de un servicio de limusinas de Barcelona, Barcelona Limousines. El coche está ahora mismo contratado por un servicio de un día y lleva a dos caballeros. Los han recogido en el hotel Regente Majestic esta mañana, un poco antes de las siete.

—¿Sabemos dónde está el coche, ahora mismo?

—No, señor, pero tenemos su descripción, la matrícula y el número de móvil.

—¿Ha dicho en la empresa de limusinas por qué llamaba?

—No, señor. Sólo estábamos recogiendo información. Se ha hecho a través de la facturación de una empresa de telefonía y de la comprobación de archivos.

—Gracias, MI5. Buen trabajo. Se lo agradecemos mucho.

—Es un placer, señor. Cualquier cosa más, háganosla saber.

Daniels apuntó los números de la limusina y luego desconectó. Era el paso que esperaba, el problema era qué hacer ahora con ello. Dárselo a cualquier otra persona —su propio equipo, la CIA, la inteligencia española o la policía de Barcelona— significaba que Jake Lowe y el doctor Marshall se enterarían inmediatamente. Si no se lo daba a nadie, los del MI5 no tardarían en preguntarse por qué no se había tomado ninguna medida a partir de su información y empezarían a hacer ruido. Lo que tenía que hacer ahora era pensar. Algo difícil en una sala atiborrada de policías y

agentes especiales trabajando con ordenadores y diseccionando información. Decidió que lo mejor era reunirse con Bill Strait en la cafetería y tomarse aquella taza de buen café español.

80

10.55h

Miguel Balius estaba concentrado en la carretera que tenía delante. El pueblecito que estaban cruzando llevaba hasta el conocido paisaje de colinas que había detrás. En poco rato empezarían la larga y sinuosa ascensión por las montañas de Montserrat.

—Miguel —sonó la voz del primo Harold por el intercomunicador—, ¿tiene usted un mapa de Barcelona y sus alrededores?

—Sí, señor. Encontrará uno en el bolsillo del asiento delante de usted.

Miró por el retrovisor para asegurarse de que el primo Harold lo encontraba y luego volvió a mirar a la carretera. A falta de accidentes o de más controles, no tenía que llevarles más de cuarenta minutos llegar al monasterio, a menos que cambiaran de opinión y quisieran ir a otro sitio y esa hubiera sido la razón de pedirle el mapa.

—Aquí, aquí, aquí y aquí —Marten tenía el mapa extendido sobre el asiento entre ellos y estaba usando un bolígrafo para dibujar líneas verticales y luego horizontales sobre el mismo, trazando una cuadrícula que salía de Barcelona y se metía por los alrededores. Era el tipo de cuadrícula que estaba seguro que el Servicio Secreto y las fuerzas españolas estarían utilizando para localizarlos y acorralarlos. A estas alturas, la inmensa expansión y concentración de unidades que los había perseguido antes estarían en pleno avance. El número de patrullas buscándolos sería al menos del doble de las fuerzas originales, si no más, y todos ellos debían de estar trabajando sobre la cuadrícula, barriendo cada zona palmo a palmo, para luego cerrarla y seguir avanzando. Esta vez no habría posibilidad de marcha atrás, como habían hecho en la ciudad la noche anterior, y ése era el motivo por el que Marten se arriesgó a utilizar el móvil de la limusina para llamar a Ian Graff en Manchester.

Marten miró al presidente:

—En estos momentos el NSA ya habrá rastreado la llamada que Ian Graff habrá devuelto a mi móvil y alguna agencia, la policía o la inteligencia británicas, lo habrán

localizado a él en Manchester, habrán escuchado su historia, y luego habrán seguido la llamada que yo he hecho a su casa hasta el móvil del coche. Mi esperanza entonces era que ya estuviéramos en el monasterio y Miguel se hubiera marchado desde hacía un buen rato. Cuando las autoridades lo encontraran lo único que tendría que hacer es decir que le hemos pedido que nos dejara en algún pueblecito por el camino y que así lo ha hecho. Podría nombrar cualquiera de la media docena por los que hemos pasado. Nadie sabría nunca que no decía la verdad. Al fin y al cabo, ha dicho que la discreción era la filosofía de su empresa.

—Bueno, hasta ahora no ha ocurrido nada, de modo que tal vez su Graff haya sido más difícil de localizar de lo que creía —dijo el presidente—. A lo mejor la suerte está finalmente de nuestro lado.

—Tampoco hemos llegado todavía al monasterio. Si llaman a Miguel, probablemente lo harán a su móvil. Y no sabríamos quién ha llamado, podría haber sido su mujer, hasta que estemos rodeados y sea demasiado tarde.

—De momento no lo he visto coger el teléfono —dijo el presidente.

—A lo mejor no se lo quieren decir. Simplemente han anunciado la matrícula y la descripción del coche. Les llevará un poco más de tiempo pero igualmente nos cazarán.

—¿Qué me está proponiendo?

—Que nos deje en algún sitio y pronto, y luego intentamos llegar a Montserrat por nuestro propio pie, o que...

—¿O qué?

—O contarle a Miguel parte de lo que está pasando y pedirle su ayuda. Ambas cosas son peligrosas. Lo único que tenemos a nuestro favor es el propio Miguel y la filosofía de su empresa. Es como la vieja broma: las posibilidades que tenemos de salir de esto están entre una o ninguna.

El presidente Harris echó un vistazo al escarpado paisaje y luego apretó el botón del intercomunicador:

—Miguel —dijo, en tono sereno.

—Sí, señor.

—¿Cuánto falta para llegar al monasterio?

—Si no encontramos ningún problema ni control, más o menos media hora.

—¿Qué distancia?

—Por la carretera que vamos, unos treinta kilómetros, señor. La mayoría de subida.

—Gracias.

El presidente apagó el intercomunicador y respiró hondo, luego miró a Marten. Su expresión era la más grave, demacrada e intensa que Marten le había visto hasta entonces. —Miguel parece un hombre decente y honesto. Conoce el país, las carreteras y la gente. Conoce las sutilezas del lenguaje que a mí se me escapan. Bajo las circunstancias en las que estamos, parece más un valor activo que uno pasivo.

Barcelona, 11.05 h

Armado con la información del MI5 sobre la matrícula de la limusina de Marten y de las tarjetas de visita falsas que llevaba siempre «en caso de necesidad», Hap Daniels bajó de un taxi, pagó la carrera y esperó a que el vehículo se marchara. Luego se dio la vuelta y entró en el edificio tipo garaje en el que estaba ubicada la empresa Barcelona Limousines.

Minutos antes se encontraba en la cafetería de la comisaría central de Barcelona, donde Bill Strait le confirmó que había hablado con Emilio Vázquez, de la inteligencia española en Madrid, y le había pedido en su nombre que pinchara, con la máxima discreción, todas las comunicaciones telefónicas de Evan Byrd.

—Tiene que ver con la misión que tenemos entre manos —dijo Vázquez sin mostrar ninguna emoción, más como afirmación que como pregunta.

—Sí.

—Teniendo en cuenta la situación, si lo pide Tigre Uno, lo haremos.

—N. O. —dijo Strait.

—N. O., por supuesto. —No Oficialmente.

Es decir, en la práctica no habría ninguna escucha de las llamadas telefónicas de Evan Byrd. Había que hacerlo de manera que cualquier persona implicada estuviera dispuesta a negar su participación.

Inmediatamente después Hap se acabó el café y salió, tras haberle dicho a Strait que necesitaba dar un paseo para repensar la situación. Si lo necesitaban llevaba su BlackBerry y su localizador de emergencia. Anduvo deliberadamente tres manzanas antes de doblar una esquina y parar un taxi. Mientras le pedía al taxista que lo llevara a una dirección muy cercana, a la sede de Barcelona Limousines, de pronto empezó a comprender lo que el POTUS, el Fumigador, debía de estar sintiendo y debía de haber sentido cuando salió a rastras por los conductos del aire acondicionado del Ritz y no tenía ni idea de en quién podía confiar. Y para Hap eso significaba desde Bill Strait hasta todo el destacamento del Servicio Secreto. Tal vez fueran todos inocentes, pero no había manera de estar absolutamente seguro.

Lo que sí sabía era que no se fiaba del jefe de personal, Tom Curran, ni del principal asesor político del Fumigador, Jake Lowe, ni del asesor de Seguridad Nacional, el doctor James Marshall, y que no le gustaba nada la sensación de evidente oportunismo que le daba la visita repentina del vicepresidente a Barcelona para hacerse un reportaje de veinte minutos y luego largarse otra vez a Madrid, a la casa de Evan Byrd. Eso colocaba automáticamente al VPOTUS junto a los otros en su lista de personajes en los que no confiar.

Ahora, pensándolo bien, recordaba quién más estuvo en la reunión nocturna de la residencia Byrd: el secretario de Estado, David Chaplin; el secretario de Defensa, Terrence Langdon, y el jefe del Estado mayor, general de las Fuerzas Aéreas Chester Keaton.

—Dios —musitó—. ¿Y si están todos metidos en lo mismo?

Pero ¿en qué? ¿Qué le habían pedido o exigido al presidente para acorralarlo de tal manera que no tuvo más opción que huir?

11.10 h

Romeo J. Brown
Detective privado
Long Island, NY

El encargado de día de Barcelona Limousines, Beto Nahmans, un hombre de unos cuarenta años que vestía con elegancia, giró la tarjeta con la mano y luego miró a Hap Daniels, sentado en una de las dos estilizadas butacas de cromo y cuero negro que había frente a su mesa.

—Entiendo que tiene usted el número de móvil y la matrícula de uno de nuestros vehículos —dijo Nahmans en un inglés escueto.

Daniels asintió con la cabeza.

—He sido contratado por una empresa de seguridad que investiga fraudes de seguros. Creemos que una de las personas a las que estamos siguiendo es uno de los pasajeros de esa limusina. Mi trabajo es encontrarle y darle la oportunidad de regresar voluntariamente a Estados Unidos para presentarse ante la justicia antes de pedir que se lo ponga bajo custodia.

—¿Y cuál podría ser el nombre de esta persona?

—Marten. Nicholas Marten. Marten, con «e».

Nahmans se balanceó en su butaca, tecleó una serie de palabras en su ordenador y luego miró a la pantalla que tenía delante.

—Lo siento, señor. No tenemos ninguna constancia de ese tal Nicholas Marten como pasajero del vehículo al que usted se refiere. Ni de ningún otro, vaya.

—¿No?

—No, señor.

Daniels endureció su actitud.

—No me gusta esta respuesta.

—Es lo que tenemos —dijo Nahmans, con una sonrisa tibia—. Me temo que es lo único que puedo decirle.

Hap Daniels suspiró y miró al suelo, luego se tiró de una oreja y lo volvió a mirar.

—¿Y si consigo que el servicio de inteligencia le pida esta información?

—La respuesta sería la misma, lamentándolo mucho.

—Suponga que le presentan un documento oficial pidiéndole que facilite una lista de todos y cada uno de sus clientes durante los últimos dos años. Sus nombres, lugar de recogida, acompañantes, duración del servicio y dirección a la que fueron devueltos.

—No creo que sea algo legal. —La incertidumbre se asomó por la mirada de Beto Nahmans y Daniels lo aprovechó a fondo.

—¿Le gustaría averiguarlo?

Tres minutos más tarde Daniels salía de Barcelona Limousines. El encargado de día, Nahmans, le había facilitado tres nombres: un tal primo Jack, un tal primo Harold y Demi Picard, la mujer que había pedido la limusina un poco antes de las siete de aquella mañana, con cargo a su habitación del hotel Regente Majestic.

82

11.15 h

Miguel Balius estaba con los ojos abiertos de par en par junto a la mesa rota de lo que antiguamente había sido algo parecido a un molino harinero. Encima de él, el techo estaba abierto al cielo, mientras que fuera, una ruidosa corriente de agua fluía junto a lo que antiguamente debía de haber sido un muro de contención.

—No pasa nada, Miguel. Respire hondo, relájese. No somos malos. —El primo Jack estaba apoyado sobre el otro extremo de la misma mesa, hablando con tranquilidad. Se había quitado las gafas que llevaba desde que Miguel los recogió en el hotel Majestic, y ahora tenía todo el pelo, o más bien, un peluquín que Miguel no había visto hasta ahora. Esto es, hasta que el «primo Jack» salió del asiento trasero de la limusina hacía unos momentos, transformado de pronto en el hombre al que todo el mundo reconocía como el presidente de Estados Unidos.

—Discreción, Miguel, discreción —el primo Harold, Nicholas Marten, le pedía desde detrás.

—Discreción, sí señor.

Miguel respiraba con la mirada pegada al hombre que tenía delante. A petición de los primos se había salido de la carretera principal y se había metido por un camino de tierra por entre los bosques, hasta llegar a un riachuelo y a los restos de esa casa de piedra, junto a la que había aparcado el Mercedes. Los primos, al parecer, deseaban caminar por la orilla del riachuelo como antes habían chapoteado en el Mediterráneo.

En el momento, a Miguel la petición no le pareció más extraña que cualquiera de sus peticiones anteriores. Pero luego el primo Jack salió del coche, con el peluquín puesto y sin las gafas, y le dijo:

—Miguel, mi nombre es John Henry Harris y soy el presidente de Estados Unidos. Éste es Nicholas Marten. Necesitamos su ayuda.

Miguel Balius respondió, sencilla, humilde e instantáneamente:

—¿Qué puedo hacer por ustedes, señores?

Barcelona, Hotel Regente Majestic, 11.20 h

Romeo J. Brown
Detective privado
Long Island City, NY

El recepcionista estudió unos instantes la tarjeta de visita de Hap Daniels.

—¿Fraude a una aseguradora?

—En Estados Unidos, sí, señor.

El recepcionista juntó las manos.

—La señora Picard es huésped de este hotel. Ha pedido la limusina esta mañana para dos señores de los que dijo que eran sus primos. Acababan de llegar de Nueva York, tenían *jet lag* y no podían dormir, así que decidieron ir a hacer un poco de visita turística.

—Uno de ellos es más mayor y casi calvo; el otro alto y de treinta y pocos.

—Sí.

—¿Dónde está ahora la señora Picard?

—Creo que se ha marchado del hotel hace un rato —el recepcionista cambió de postura tras el mostrador, y bajó la mirada hacia su ordenador.

—¿Sabe adónde ha ido?

—Le he dicho todo lo que sé, señor.

Daniels lo miró: era la misma política de «protección de la intimidad de los clientes» que había percibido en la empresa de las limusinas. Sólo que aquí no se veía capaz de amenazar con una visita del servicio de inteligencia.

El hotel, supuso, tenía unas trescientas habitaciones. La discusión sobre una amenaza de mandarles a la inteligencia española, o de que las autoridades civiles locales les exigieran una relación de la gente que había estado allí, ni que fuera por un breve período de tiempo le supondría, como mucho, una pérdida de tiempo, y ahora mismo, tiempo era algo de lo que más bien carecía.

—Muchas gracias —dijo finalmente, y se volvió para ir hacia la puerta, pero entonces se dio la vuelta otra vez—. ¿Podría decirme la hora, por favor?

El hombre lo miró.

—La hora. —Daniels se tocó el reloj de pulsera—. Se me ha parado.

Hap se inclinó con expresión seria, apoyando la mano en el mostrador, mostrando con disimulo la esquina del billete de cien euros que le ofrecía al empleado.

—Esa señora Picard —dijo Hap en voz baja—, ¿qué aspecto tiene?

El recepcionista sonrió y se miró el reloj, luego se le acercó un poco y bajó la voz:

—Muy atractiva. Es francesa, fotógrafa profesional. Pelo oscuro y corto, lleva una chaqueta azul marino y pantalón marrón. Lleva la cámara colgada de un hombro y en el otro una bolsa con material fotográfico. Se ha marchado con un negro americano de mediana edad y una mujer mayor, europea, e iban en un monovolumen blanco que llevaba escrito «Monasterio de Montserrat».

—Lo siento, no he entendido la hora —dijo Hap, lo bastante fuerte como para que la gente que estaba por ahí lo oyera.

—Las once treinta y tres, señor —el recepcionista le mostró el reloj y al mismo tiempo recogió el billete de cien euros.

—Las once treinta y tres —sonrió Hap—. Gracias.

—Once treinta y cuatro ahora, señor.

—Gracias —volvió a decir Hap—. Muchas gracias.

—¿Fotógrafa? ¿Montserrat? —se dijo Hap mientras cruzaba las puertas del regente Majestic. Al instante le sonó el móvil. Lo cogió desde su cinturón y respondió—: Daniels.

—¿Dónde cojones está? —Era Jake Lowe y no le dejó tiempo para responder—. ¡Le necesitamos en el hotel ahora mismo!

—¿Qué ocurre?

—¡Ahora, Hap! ¡Ahora mismo!

83

Hotel Grand Palace, 11.45 h

Jake Lowe, el asesor de Seguridad Nacional, Marshall y Hap Daniels estaban solos en la sala de comunicaciones especiales de la suite de cuatro habitaciones que Lowe y Marshall habían ocupado para instalar su gabinete de crisis central en Barcelona. La puerta estaba cerrada y se encontraban reunidos frente a un monitor de

vídeo, esperando a que saliera un alimentador protegido del centro de comunicaciones de la Casa Blanca, en Washington.

—Adelante —dijo Lowe a unos auriculares conectados a una línea de teléfono protegida que había en la mesa adyacente.

Se hizo una pausa breve; luego se iluminó la pantalla y empezó el vídeo de treinta segundos. Un clip que, una vez dada su aprobación, sería mandado a Foxx News para su distribución inmediata a las principales cadenas de televisión y de cable de todo el mundo. El vídeo llevaba impresos una fecha y una hora y empezaba a las 14.23 h del día anterior, viernes 7 de abril. Mostraba al presidente Harris, vivo y en plena salud, en el «escondite» al que había sido trasladado después de la amenaza terrorista en Madrid. Se le veía en una sala de reuniones rústica con el asesor de Seguridad Nacional, Marshall, el secretario de Defensa, Terrence Langdon, y el secretario de Estado, David Chaplin. Iban los cuatro en mangas de camisa y tenían cuadernos y botellas de agua delante de ellos, y supuestamente repasaban lo que se informaba que eran las notas y el texto del discurso que el presidente dirigiría a los líderes de la OTAN el lunes en Varsovia.

No se trataba de un viejo vídeo reciclado de otro lugar y fecha; era todo material nuevo, y en un lugar que Hap no había visto nunca.

—¿Cómo demonios lo habéis hecho? —dijo, al final, cuando la pantalla se quedó en blanco, y miró a Marshall—. Usted está aquí, Langdon en Bruselas, Chaplin en Londres —miró a Lowe— y el Fumigador en un lugar... distinto.

—Le he pedido su opinión —dijo Lowe con frialdad—. ¿Resulta el vídeo creíble desde el punto de vista del Servicio Secreto? ¿Desde el punto de vista de cualquier profesional global de la seguridad que pueda verlo?

—Si alguien lo analiza paso a paso técnicamente, no lo sé. Pero desde donde yo estoy, desde luego, funciona —dijo Hap, sin alterarse—. Hay justo lo suficiente, y de momento nadie debe tener motivos para analizarlo en más detalle, o para creer que es algo distinto de lo que es.

—¿De momento? —dijo Marshall en voz baja—. ¿Qué quiere usted decir con «de momento»?

—Pues que si el POTUS de pronto aparece en algún lugar, él solo... ¿qué pasa? ¿Cómo lo explicamos entonces?

Lowe lo miró con un silencio gélido y Daniels sintió su rabia, su creciente amargura ante todo aquello. Lowe se volvió de espaldas bruscamente y habló al micro de sus auriculares:

—Distribuyan el vídeo —dijo—. Distribúyanlo ahora.

11.55 h

Demi levantó una mano para equilibrarse cuando el monovolumen blanco del monasterio benedictino de Montserrat tomó una curva cerrada por la carretera empinada y sinuosa que subía hasta el templo. Mucho más arriba, a lo lejos, se podía ver ya el edificio. Parecía una fortaleza medieval en miniatura, como una ciudadela construida en el acantilado.

Volvió la cabeza y miró en el interior del vehículo. Rafael, el conductor, estaba concentrado en la carretera y en el inmenso autocar que iba delante de ellos. Detrás de él, Beck y Luciana estaban en silencio, concentrados en sendas lecturas.

Demi miró a Luciana con más detenimiento. Iba vestida de negro y había dejado el bolso, grande y negro, en el asiento, a su lado; llevaba básicamente la misma ropa del día anterior, cuando Demi la conoció, y eso la hizo preguntarse si era algún tipo de uniforme, un disfraz clásico para una bruja clásica, si es que algo así existía.

Demi les había dicho a Marten y al presidente que no tenía ni idea de quién era Luciana, pero era mentira. Luciana llevaba años en el centro de su atención y era la fuente de todo. Durante las últimas dos décadas había sido la *sacerdotessa*, la alta sacerdotisa del secreto *boschetto*, o aquelarre, de Aldebarán. Como tal, había llegado a dominar las complicadas artes de su oficio, más concretamente las relativas a la influencia ritual y psíquica, y eso significaba que tenía autoridad sobre todos los seguidores de la secta, incluidos el reverendo Beck y Merriman Foxx.

Luciana, una viuda de ojos verdes penetrantes y el pelo negro como el azabache, increíblemente bella para sus sesenta y seis años de edad, era la propietaria de la Pensione Madonella, un pequeño hotel en la isla italiana de Ischia, en la bahía de Nápoles, donde había nacido. Indagaciones posteriores —con la ayuda de un detective privado al que Demi contrató— determinaron que se marchaba de la isla dos o tres veces al año, durante unos diez días, para visitar pequeñas aldeas y pueblos del norte y centro de Italia, donde se reunía con otros miembros de la secta, hombres y mujeres que llevaban el tatuaje de Aldebarán en el pulgar izquierdo. Inmediatamente después regresaba a Ischia para ocuparse de su negocio.

Y además, siempre en esta época del año, acudía al monasterio de Montserrat, se registraba en el hotel Abat Cisneros y pasaba una semana. Demi no fue capaz de descubrir lo que allí hacía, ni si tenía que ver con el *boschetto*. Fuera lo que fuese, parece ser que implicaba la presencia del reverendo Beck, probablemente desde tiempo atrás, dado que en los últimos doce años éste había tomado sus vacaciones y había viajado a Europa en las mismas fechas. Sin embargo, no había sido hasta ayer, cuando Demi subió a la suite del reverendo Beck en el Regente Majestic y se encontró a la *sacerdotessa* sentada en un sofá y tomando café con él, cuando

relacionó las excursiones europeas de Beck con las estancias de Luciana en Montserrat. Retrospectivamente, debería haber estado preparada para encontrarse con aquello, pero no fue así, y el hecho de ver a Luciana allí, y de que Beck se la presentara como «una buena amiga», la dejó casi sin respiración.

12.00 h

Una fuerte sacudida al sortear un socavón sacó a Demi de sus reflexiones. A un lado se levantaba el acantilado de piedra arenisca que parecía que se pudiese tocar con sólo estirar el brazo; al otro lado, más allá del río Llobregat y del valle, unas colinas más suaves se perdían en la distancia. Volvió a mirar al conductor y luego a Beck y a Luciana, todavía en silencio, concentrados en sus lecturas.

«Paciencia —se dijo—. Calma y paciencia. Ya casi has llegado, después de todos estos años, después de todo. Pronto estaremos en el monasterio. Más tarde, Dios quiera que todo funcione, nos encontraremos con el doctor Foxx y nos llevarán al lugar del ritual. Allí, finalmente, podré ver los rituales del aquelarre».

De pronto el tiempo se comprimió y se le apareció un caleidoscopio de recuerdos. Como su supuesta inocencia respecto a Luciana, la historia que le había contado a Marten de la búsqueda de su hermana desaparecida era mentira. No tenía ninguna hermana: buscaba a su madre. Esta no llevaba desaparecida dos años, sino dieciocho, desde que Demi tenía ocho, y no se le perdió en Malta, sino en París, adonde sus padres se habían mudado desde su Italia natal al poco tiempo de casarse, y donde su padre cambió el apellido del italiano Piacenti al francés Picard.

Su madre tenía sólo quince años cuando Demi nació, y veintitrés cuando desapareció mientras se dirigía a un mercado de barrio que había visitado muchísimas veces. La investigación policial sólo logró descubrir una cosa: que su madre no había llegado nunca al mercado. La búsqueda por la morgue y por los hospitales locales no dio ningún resultado. Pasó una semana, luego dos y luego tres, sin rastro de ella. «La gente a veces se marcha —decía la policía— con cualquier excusa. A veces vuelven, pero la mayor parte desaparecen para siempre. No porque les haya pasado algo, sino para evitar que les pase». Y así fue como quedaron las cosas. Un informe abierto de la policía, y ella y su padre, nada más.

El segundo golpe le llegó a los cuatro meses escasos, cuando su padre murió en un accidente laboral en la fábrica de coches en la que trabajaba. Huérfana de repente, y siguiendo las instrucciones estipuladas en el testamento de su padre, Demi fue enviada a vivir con una tía lejana que enseñaba francés e italiano en un internado muy exclusivo a las afueras de Londres. Allí, las dos compartían un pequeño apartamento

del campus, y como su tía formaba parte del cuerpo académico, ella fue matriculada en el colegio. Resultó que su tía era una mujer sumamente distante, con lo cual los principales beneficios de su nueva vida resultaron ser una buena formación y el aprendizaje del inglés. El resto de aspectos de su crecimiento quedaron totalmente en sus manos.

Cuando llevaba algunos meses viviendo con su tía, un día llegó un baúl desde París. Dentro había unas cuantas pertenencias de su madre: ropa; una foto tomada pocos días antes de su desaparición, en la que sus ojos castaños aparecían intensos, pero llenos de calma y de paz; unos cuantos libros, la mayoría en italiano; y unos cuantos dibujos abstractos que su madre hacía como pasatiempo. Aparte de la foto de su madre y algunas de sus prendas de ropa, el resto tenía muy poco interés para una muchacha que se acercaba a su noveno cumpleaños; una niña todavía desconsolada y confundida que se sentía sola y abandonada; una niña, además, convencida de que su madre seguía viva y que cada mañana recogía el correo con la esperanza de encontrar una carta que nunca llegó; una niña que llevaba la foto de su madre a todas partes y escrutaba el rostro de todas las mujeres adultas con las que se cruzaba... esperando, deseando, convencida de que un día se encontraría con aquella cara tan querida, con aquella cara que le sonreiría al reconocerla y que se echaría a sus brazos para prometerle que nunca más la volvería a abandonar.

El tiempo transcurrido pudo hacer muy poco por aliviar el dolor de Demi, o su sentimiento de pérdida, y aunque su tía intentó disuadirla por todos los medios, la idea de que su madre seguía viva se fortalecía con cada latido de su corazón. Pero puesto que los días y los años pasaban y nada parecía cambiar, lo único que podía hacer era sumergirse en sus estudios y contemplar desde su abyecta soledad cómo las madres y los padres de sus compañeras de clase iban a recogerlas al colegio para llevarlas a casa y pasar con ellas los fines de semana, las fiestas, las vacaciones y los veranos.

Entonces, la mañana de su diecisiete cumpleaños, recibió una carta de un abogado de París. Dentro había un sobre pequeño y una nota breve en la que le decían que, como codicilo de su último testamento, su padre había expresado el deseo de que «esta nota sea retenida y te sea enviada en ocasión de tu decimoséptimo aniversario».

Asombrada, abrió el sobre y encontró una nota escrita del puño y letra de su padre y fechada poco tiempo antes de su muerte:

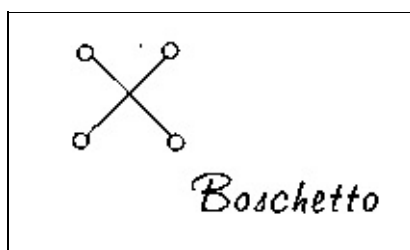
Mi querida Demi:

Te escribo esta nota para guardarla y que la leas más adelante, cuando seas capaz de comprenderla. Sé que querías a tu madre muchísimo y todavía la debes de echar terriblemente de menos. Sería poco natural de tu parte no preguntarte qué le ocurrió, seguramente durante muchos años, por no decir durante el resto de tu vida. Pero, por tu bien y por el bien de tus hijos y el de los suyos, acepta que tu madre te quiso tanto como cualquier madre puede amar a su hija, y déjalo así. Te lo pido: bajo

ningún concepto, y lo repito, bajo ningún concepto, intentes enterarte de lo que le ocurrió. Hay cosas que son demasiado peligrosas de descubrir, y todavía más, de tratar de comprender. Te ruego que te tomes esta advertencia muy en serio, como un ruego eterno por tu propia seguridad y bienestar.

*Te quiere muchísimo y siempre te querrá,
Papá*

La nota la dejó estupefacta. Inmediatamente llamó al abogado de París que se la había mandado, con el deseo de saber más. Eso era lo único que había, le dijo el abogado, para añadir que ignoraba por completo el contenido de la carta, y que su bufete se limitaba a ejecutar una provisión del testamento de su padre. Luego colgó y se fue corriendo al único lugar en el que supuso que podría encontrar algo más: el baúl. Pero no encontró nada más que lo que había visto cientos de veces; la ropa, libros en italiano y los dibujos artísticos de su madre. Esta vez —y quizá porque no había encontrado nada más y porque estaban hechos por la mano de su madre y, por lo tanto, eran algo muy personal— se concentró en los dibujos. Había treinta y cuatro en total, de distintos formatos, algunos de ellos muy pequeños, del tamaño de una tarjeta de felicitación. Y fue uno de éstos el que le llamó la atención: un simple esquema de una cruz con bolas. Debajo de la esquina inferior derecha del mismo, escrita en letra pequeña y del puño y letra de su madre, había una palabra: *Boschetto*.



El esquema y la palabra de debajo, combinado con lo que le había escrito su padre, le produjeron un doloroso escalofrío. De inmediato fue a buscar su bolso y sacó la foto de su madre. Por milésima vez, Demi escrutó su rostro, y esta vez los ojos le parecieron mucho más intensos, como si la miraran deliberadamente a ella. Volvió a leer la carta de su padre y volvió a mirar el dibujo, y otra vez se fijó en el dibujo. Y sintió otro escalofrío.

La foto, la carta, el dibujo, la palabra.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que una parte muy grande de ella misma estaba ausente y lo había estado durante muchos años. Era la sensación profunda, casi insoportable, de que no se sentiría una persona entera hasta saber si su madre estaba viva o muerta, hasta descubrir la verdad de lo que había ocurrido.

En aquel momento se preguntó también si, de alguna manera, todo aquello que llegaba ahora, cuando estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad, le había podido

ser mandado por su madre en un intento de comunicarse con ella, de darle pistas sobre su suerte.

Aquello representó un punto de inflexión en su vida, un momento en el que le juró a su madre que haría cualquier cosa y durante todo el tiempo que fuera necesario, costara lo que costase, para descubrir lo que le había ocurrido. Era un pacto profundamente íntimo y sólo entre ellas dos. Un pacto que prometió no compartir nunca con ningún otro ser humano. Y, hasta entonces, lo había cumplido.

—Llevas todo el viaje muy callada, Demi. ¿Hay algún problema?

La inmediatez de la voz del reverendo Beck la sobresaltó, y levantó la vista para ver su rostro girado hacia ella, mirándola por encima del respaldo del asiento. Ahora Luciana también se volvió a mirarla, y sus ojos verdes aparecieron de pronto severos y penetrantes.

—Todo va bien, gracias —sonrió Demi.

—Bien —dijo Luciana—. Todavía queda un buen rato de camino.

85

12.10 h

Miguel Balius aparcó la limusina tras una hilera de árboles, entre la pequeña parada del Montserrat Aeri y la pequeña terminal del cremallera donde los vagones verdes y amarillos iniciaban el trayecto que llevaba directamente hasta una estación superior, seiscientos metros más arriba. Luego, a petición de Marten, dejó su bolsa de viaje, su ordenador portátil, su grabadora y sus efectos personales encerrados en el maletero, y acompañó a sus «primos» —el presidente Harris volvía a ir sin su peluquín y con las gafas y el sombrero de ala ancha que le había dejado Demi la noche anterior— hasta el sendero que llevaba a la estación de abajo. Allí, a la sombra de un árbol grande, se paró y los observó descender, dirigiéndose por separado hacia la terminal como si no se conocieran de nada y acabaran de salir de la estación de tren.

Marten compró el billete: ida y vuelta, del pie de la montaña hasta la cima y la posterior vuelta. Al cabo de unos instantes el presidente hizo lo mismo y luego siguió

a Marten hasta el andén para esperar junto a un puñado de turistas a que bajara el tren. Luego entraron los que estaban esperando, un operario de uniforme cerró las puertas y el vagón verde y amarillo inició su ascensión. Durante todo este tiempo no se intercambiaron ni una palabra, ni siquiera una mirada. No había sido necesario, ya sabían lo que venía a continuación; lo habían acordado en el molino en ruinas junto al riachuelo en los minutos posteriores al «bautizo familiar» de Miguel.

—El restaurante se llama Abat Cisneros y forma parte del hotel del mismo nombre. La puerta de servicio que da al exterior está al fondo de un pasillo e inmediatamente después de los lavabos. Una vez pasado ese pasillo hay un sendero, directamente fuera —dijo Miguel con claridad, y luego cogió un guijarro afilado para dibujar un esquema del complejo monástico en el suelo de tierra, indicándoles con cuidado los detalles de lo que les estaba explicando—. Por aquí se llega a la zona por donde entran las mercancías; por el otro lado se sube, rodeando una curva cerrada que queda oculta tras los árboles. Unos treinta metros más arriba hay los restos de la capilla de la que les hablaba. —Marcó una cruz en el suelo para señalar las ruinas—. Está llena de maleza y no resulta fácil verla desde el sendero, pero está allí, y si consigue meter dentro a Foxx, le servirá.

—Bien —dijo Marten, y luego miró al presidente—. Suponiendo que Demi nos haya dicho la verdad, ella, Beck y Luciana deberían estar en el monasterio cuando lleguemos. Es de esperar que su primer paso sea intentar encontrarme y llevarme hasta Foxx, siempre y cuando Demi no les haya dicho nada de usted. Si lo hubiera hecho, también le estarían buscando, y eso lo cambiaría todo.

—No cambia nada —dijo el presidente Harris, convencido—. Si Foxx está allí, hemos de descubrir lo que sabe. Si ha alertado a mis «amigos», tendremos que ocuparnos del problema cuando surja. No tenemos más alternativa.

—Está bien —dijo Marten, aceptando la tenacidad del presidente—, pero, al menos, podemos ponerles las cosas un poco más difíciles. Vamos hasta el cremallera por separado; compramos los billetes por separado. Por lo que dice Miguel, el vagón es pequeño y la gente va un poco apretujada. Si por la razón que sea alguien le reconoce, yo seguiría siendo libre para llegar hasta Foxx, mientras usted recurre a sus... —Marten esbozó una media sonrisa— «artimañas de político» para salir de la situación. Si nada ocurre y llegamos a la estación de arriba, seguimos actuando por separado. —Ahora miró a Miguel—. Una vez en el monasterio, ¿cuál sería el lugar más lógico para que alguien me encontrara?

—La plaza de delante de la basílica.

—De acuerdo. —Marten volvió a mirar al presidente—. Probablemente será Beck el encargado. Si Demi les ha hablado de usted y nos busca a los dos, se llevará una decepción y dudará de si ella le ha dicho la verdad, o sencillamente, si usted ha decidido no venir. En cualquier caso, se enfrentará solamente a mí.

»Puede que mencione a Demi, puede que no, pero romperá el hielo con conversación trivial, luego hablará de Foxx, dirá que está allí y propondrá que nos encontremos para hablar de los desacuerdos surgidos en nuestro encuentro en Malta. Qué querrá decir con esto exactamente, no lo sabemos, pero lo que sí es seguro es que ellos intentarán llevar la batuta, cosa que no queremos. Mi respuesta será que si el bueno del doctor quiere hablar conmigo, tendrá que ser en un lugar público. Propondré el restaurante. Para almorzar, tomar algo, lo que sea. Mientras tanto...

—Yo habré ido directamente allí, habré comprobado dónde están el baño de caballeros y la puerta de salida que Miguel nos ha descrito —ahora era el turno del presidente. Llevaban juntos menos de un día y ya eran capaces de completar los pensamientos y las frases del otro—. Con suerte habré localizado el sendero y la capilla en ruinas, luego bajaré y me sentaré en una mesa cerca de la puerta y, siempre con la cabeza gacha y una bebida en las manos, estaré leyendo un periódico o una guía turística cuando usted entre con el doctor Foxx.

—También habré pedido los ingredientes adecuados del menú.

—Por supuesto.

—Es usted un buen alumno, primo —dijo Marten, y luego miró a Miguel—. Una vez hayamos terminado con Foxx, tendremos que salir de allí corriendo, antes de que lo encuentren. El cremallera es demasiado lento y cerrado y, además, puede que tengamos que esperar a que llegue. Lo que necesitamos es que usted nos esté esperando en el monasterio y nos saque de allí. El problema es la limusina. En algún momento, si no lo han hecho ya, la policía dispondrá de su descripción. Ahora mismo está bastante bien escondida, pero sacarla otra vez a la vista y subir la larga carretera hasta el monasterio es demasiado arriesgado.

—Conseguiré otro vehículo, primo Harold.

—¿Cómo?

Miguel sonrió:

—Como les he dicho, he estado en el monasterio muchas veces. Tengo amigos que trabajan allí, también tengo familiares que viven cerca. Sea como sea, les estaré esperando con algún otro coche. —Ahora se volvió a agachar y con la piedra de antes señaló un punto de su esquema—: Por aquí es por donde ustedes saldrán —dijo, marcando el lugar con una cruz—, y aquí es donde estaré yo —marcó una segunda cruz, y luego levantó la vista—. ¿Alguna pregunta?

—No. Gracias, primo —dijo el presidente, con sinceridad.

—No hay de qué, señor —respondió él.

En aquel momento, una ancha y magnífica sonrisa se dibujó en el rostro de Miguel, como un brillante rayo de sol. Era consciente de que acababa de entrar a formar parte para toda la vida del exclusivo y muy reducido «club de los primos».

Marten miró a través del vagón mientras éste se encaramaba rápidamente hasta la estación superior. Con el sombrero de Demi inclinado hacia un lado, el presidente Harris estaba solo al otro lado del vagón, mirando por la ventana, como un turista un

poco excéntrico de los que suben cada día, y con media docena de turistas más que, como él, tenían los rostros pegados a la ventana, contemplando cómo la estación de abajo se convertía rápidamente en poco más que un punto lejano.

86

12.20 h

Demi sintió cómo se le aceleraba el pulso cuando el monovolumen del monasterio benedictino de Montserrat llegaba al final de la larga carretera de montaña y trazaba una curva cerrada para entrar en la zona restringida del aparcamiento. Por la ventana veía ahora con claridad el grupo de edificios de color arena que antes había visto desde lejos. Incluso a tamaño real, le seguía pareciendo una fortaleza aislada, inalcanzable encima del acantilado de ochocientos metros de altitud; formada, entre otras edificaciones, por su famosa basílica, un museo, un restaurante, un hotel y unos cuantos apartamentos privados.

La puerta del vehículo se abrió de pronto y un joven cura apareció al otro lado contra la intensa luz del sol.

—*Welcome to Montserrat* —les dijo, en inglés.

En unos instantes los guiaba a través de una plaza llena de turistas y luego por unas escaleras que llevaban a la basílica. Beck llevaba una pequeña bolsa de viaje; la bruja, Luciana, su bolso negro y grande; Demi, una pequeña maleta de material fotográfico en la que llevaba una bolsa más pequeña con neceser y ropa interior, más dos cámaras profesionales colgadas del hombro: una Nikon de 35 mm y una Canon digital.

El cura los llevó por debajo de un arco de piedra hasta el patio interior de la basílica, en el que había también muchos turistas. El reloj de la torre de la basílica indicaba las 12.25 h. Habían llegado con la máxima puntualidad. En aquel momento Demi pensó en los primos Jack y Harold; se preguntó dónde estarían —si seguirían con el chófer de la limusina y estaban de camino, o...— y sintió que se le encogía el estómago. ¿Y si habían sido detenidos en alguno de los controles? ¿Entonces qué? ¿Qué haría ella? ¿Y qué haría Beck?

—Por aquí, por favor. —El cura los guiaba por un pasillo largo y porticado, a través de una serie de arcos de piedra con símbolos heráldicos grabados y lo que parecían inscripciones religiosas escritas en latín. Entonces lo vio y el corazón se le subió a la garganta: incrustada en uno de los últimos paneles estaba la escultura en

pieza de un antiguo cruzado cristiano. Tenía la cabeza y el cuello cubiertos por malla metálica y descansaba el brazo en un escudo triangular. En el escudo había grabado el signo de Aldebarán, la cruz con bolas en las puntas. Era la primera vez que lo veía fuera de los libros, o los dibujos, o los tatuajes en los pulgares izquierdos de los miembros de la secta. Se preguntó cuánto tiempo debía de tener aquel relieve y quién más, a lo largo de los años o los siglos, lo había visto y reconocido y comprendido su significado.

—Por aquí —les dijo otra vez el cura, mientras los hacía entrar por otro pasillo, éste más estrecho y alineado de velas votivas de luz parpadeante. Donde antes hubo un buen número de turistas, ahora había ya sólo unos pocos. A cada paso se alejaban más y más del centro de la actividad.

Demi oyó el tintineo de sus cámaras chocando entre ellas y, al mismo tiempo, sintió un escalofrío helado en la nuca y en los hombros. Recordó entonces el sonido de la voz de su padre, como si le susurrara la advertencia que le había escrito tantos años antes: «bajo ningún concepto intentes descubrir qué le ocurrió».

Miró hacia atrás presa del pánico. Excepto por la hilera de llamas de las candelas votivas, el pasadizo estaba vacío.

Cinco pasos más y el cura se detuvo ante una puerta maciza de madera en forma de arco. Al instante, se volvió hacia un panel de madera instalado en el marco de piedra que había junto a la puerta y lo deslizó hacia atrás: tras él había un teclado electrónico. Marcó un código de cuatro dígitos, apretó la tecla de obertura y luego volvió a cerrar el panel y abrió el pomo de hierro de la puerta. Se abrió con facilidad y entonces les hizo un gesto para que pasaran. Lo hicieron y allí los dejó, cerrando la puerta detrás de él.

Comparado con la luz clara del mediodía que había en el exterior, el lugar parecía desmesuradamente oscuro. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a él. Estaban en una especie de despacho, con una serie de butacas de madera ornamentada de respaldo alto dispuestas a lo largo de una pared y una inmensa estantería en la pared de enfrente. Una enorme mesa de despacho de madera con una butaca de piel completaban el mobiliario y estaban colocadas cerca de una puerta cerrada que había al fondo. El techo era alto y en forma de bóveda, mientras que las paredes parecían ser de la misma piedra antigua que el resto de edificaciones del monasterio. El suelo era igual, pulido y brillante en algunos lugares por el paso de las personas y del tiempo.

—Espere aquí, por favor, Demi —dijo Beck en voz baja, y luego llevó a Luciana por la puerta que había al fondo de la estancia. Al llegar a ella dio unos golpecitos, entraron y Beck cerró la puerta detrás de ellos.

12.35

Demi aguardó a solas en la penumbra y el silencio; la puerta por la que habían entrado estaba cerrada; la del fondo por la que habían salido Luciana y el reverendo, también cerrada. Si habían ido a buscar al doctor Foxx o a hacer algo totalmente distinto, lo ignoraba.

De nuevo miró a su alrededor, por la estancia a oscuras. El techo alto y abovedado, las butacas de madera contra la pared, la gran mesa de despacho, las paredes de piedra, el suelo de piedra desgastada... había mucha historia. La mayor parte, antigua.

Toda ella cristiana. Se preguntó si su madre habría estado aquí, tantos años atrás; si alguna vez habría permanecido en esta sala en la que ella estaba ahora. En esta estancia, en esta oscuridad.

Esperando.

¿A qué?

¿A quién?

12.40 h

De nuevo volvió a oír la advertencia de su padre. Y algo más, el recuerdo de una persona que había luchado mucho tiempo por mantener alejada de su cabeza: un académico octogenario, calvo y sin brazos, al que conoció seis años atrás, al principio de su carrera profesional, cuando trabajaba para Associated Press en Roma.

Un reportaje fotográfico la llevó hasta Umbría y la Toscana. En un día libre que pasó en Florencia tuvo oportunidad de recorrer librerías de viejo, algo que siempre hacía cuando viajaba por Italia, en busca de material sobre brujería italiana, en especial de cualquier cosa relativa a un *boschetto* o aquelarre, pasado o presente, que hubiera adoptado como signo la cruz de Aldebarán. Era una búsqueda que hasta la fecha no había producido ningún fruto. Pero entonces, en una librería diminuta cerca del Ponte Vecchio, encontró un breve y andrajoso libro, de más de cincuenta años, que hablaba de la brujería florentina. Lo hojeó y se detuvo abruptamente en el capítulo cuarto: la página amarillenta en la que figuraba el título la dejó prácticamente sin respiración. El capítulo se titulaba «Aradia», y debajo de la palabra impresa había una ilustración inconfundible: la cruz de bolas de Aldebarán. Con el corazón acelerado, compró el libro de inmediato y se lo llevó a la habitación de su hotel. El capítulo, al igual que el resto del libro, era breve, pero al leerlo se enteró de

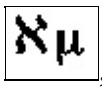
la existencia de un antiguo y muy secreto *boschetto* de brujas italianas, las *streghe* de las que le había hablado a Nicholas Marten. Llamadas Aradia en honor a una sabia del siglo XIV que resucitó *la vecchia religione*, la religión antigua, el *boschetto* resucitó una serie de tradiciones antiguas —un cuerpo no escrito de leyes, ritos y doctrinas— y las llevó a la práctica en el norte y el centro de Italia durante los siglos XV y XVI. Aquí acababa el capítulo. El significado de la cruz de Aldebarán no se mencionaba, ni tampoco volvía a aparecer la palabra Aradia en ningún otro lugar del libro.

Desesperada por saber más, Demi visitó librerías, museos, sociedades ocultas y a expertos de las ciudades toscanas de Siena y Arezzo. De allí se marchó a Bolonia y luego a Milán y, finalmente, de vuelta a Roma. En total, lo único que encontró fue una nota breve en la que se decía que, en 1866, un escritor e historiador norteamericano que viajaba por Italia descubrió que en algún lugar de la Toscana existía un manuscrito en el que figuraba el nombre de Aradia y que describía «los antiguos secretos de la brujería italiana». Pasó meses buscándolo pero no logró hallarlo. Sí encontró, sin embargo, a una bruja italiana llamada Rafaella, que supuestamente lo había visto y que le contó lo que contenía. Su conclusión era que los secretos de Aradia, o al menos, la interpretación que Rafaella había hecho de ellos, eran poco más que un compendio de brujería, herejía medieval y radicalismo político.

Después de eso, Demi no encontró nada más. Hasta entre los académicos más comprometidos parecía haber desaparecido cualquier estela de conocimiento del aquelarre de Aradia que utilizaba la cruz de Aldebarán. Las búsquedas por Internet no dieron tampoco ningún resultado. Las indagaciones por museos y las entrevistas por teléfono con brujas en activo o historiadores de la brujería de todo el mundo tuvieron el mismo final.

Y entonces, al cabo de casi un año y cuando ya estaba trabajando para France Press, se enteró de la existencia de un erudito de vida recluida llamado Giacomo Gela. Éste, un octogenario calvo y demacrado, antiguo soldado que había perdido los dos brazos en la segunda guerra mundial, vivía en una pequeña habitación en un pueblo cerca de Pisa, y había hecho del estudio de la brujería italiana la razón de su vida. Cuando se puso en contacto con él percibió la pausa de su voz en el momento en que ella le habló de Aradia. Cuando le preguntó si podía visitarlo y le dijo la razón que había detrás de su petición, él aceptó recibirla de inmediato.

En Gela descubrió a un hombre de inmenso intelecto que no sólo sabía mucho de la enigmática Aradia, sino también sobre una orden aún más secreta que se escondía detrás de la misma llamada Aradia Minor. Se la conocía gráficamente como la letra A

seguida de la M escritas en una combinación de los alfabetos hebreo y griego, , lo cual le daba una apariencia de símbolo vago e inocuo que no llamaría la atención de casi nadie. El verdadero origen de Aradia Minor seguía siendo un misterio hasta

para Gela. Lo que sí sabía era que durante los últimos años del siglo XVI había tenido su base en la isla italiana de Ischia, en la bahía de Nápoles: el lugar de nacimiento y residencia actual de Luciana, cosa que Demi descubriría más tarde. A principios del siglo XVII, y probablemente en aras de su protección, Aradia Minor se descentralizó, volvió a trasladarse a la península y sus *boschetti* se esparcieron por muchas zonas rurales, principalmente por el área entre Roma y Florencia.

Las precauciones que se tomaban en Aradia Minor no eran en vano, puesto que entre sus tradiciones había rituales anuales en los que se celebraban ceremonias antiguas y a menudo brutales —promesas de sangre, sacrificios de criaturas vivas y torturas a seres humanos— y se ejecutaban ante varios cientos de miembros de una poderosa orden llamada los Desconocidos. El objetivo de estas ceremonias o la determinación de quiénes eran este grupo de Desconocidos seguía siendo un misterio. Lo que sí se sabía era que la celebración de estos rituales empezó a finales de la década de 1530, que se celebraban en diversos templos secretos de toda Europa y que tenían lugar anualmente y durante años —un período concreto del siglo— para luego detenerse de manera repentina e inexplicable, a veces durante décadas, antes de volver a reiniciarse.

Presas del pavor, Giacomo Gela creía que el momento presente era uno de los períodos activos de Aradia Minor, que su símbolo distintivo era la cruz de Aldebarán y que sus singulares tradiciones se seguían practicando. Dónde tenía su base, o el porqué de su existencia, o por qué razón se practicaba, seguían siendo cuestiones tan poco claras ahora como en el pasado; sin embargo, estaba seguro de que tenía que haber una fuerte lógica detrás de todo ello, una lógica muy concentrada y que precisaba no sólo de un fuerte secretismo, sino de una aportación de fondos considerable porque había demasiada gente involucrada y el ceremonial era demasiado regular, demasiado protegido y demasiado extremo como para que el gasto no fuera sustancioso.

Fue llegado a este punto cuando Gela apretó los ojos y su voz se hizo más estridente para advertirle: «No lles nada de lo que has aprendido aquí más allá de las paredes de esta estancia».

El precio no sólo era el de Aradia Minor, le dijo; la historia *estaba plagada de los cadáveres de aquellos* que habían intentado saber más. Para asegurarse de que lo había entendido del todo, le desveló un secreto que poca gente viva conocía: aunque era cierto que había perdido los dos brazos durante la segunda guerra mundial, la carnicería no se la habían hecho en el fragor de la batalla, sino que le ocurrió cuando, inadvertidamente, se tropezó con una de las ceremonias de Aradia Minor en un bosque alpino, en las profundidades de los Dolomitas italianos, donde patrullaba. El hecho de que estuviera vivo se debía a que los que le cortaron los brazos no quisieron acabar con él.

—Matarme les hubiera resultado fácil, pero en vez de hacerlo me envolvieron las heridas, me sacaron del bosque y me dejaron junto a la carretera. El motivo, ahora lo

sé, era dejar una horripilante advertencia viviente, un aviso para cualquier otro ser que pudiera intentar descubrir lo que había pasado y tratara de desvelar los secretos de Aradia Minor.

Sus ojos se clavaron abruptamente en los de Demi y, de pronto, su voz se empapó de furia:

—¡Cuántas horas y cuántos días de cuántos años he blasfemado ante Dios, maldiciéndolo, deseando que hubieran acabado conmigo! Mi vida así, y durante tanto tiempo como yo he vivido, ha sido mucho más cruel que la propia muerte.

La manera en que Gela habló, el sonido de su voz, la furia que había en sus ojos, la manera en que estaba allí sentado, sin brazos y cruzado de piernas en aquella pequeña habitación, era horripilante. En combinación con la carta de su padre, aquella escena podía haber sido suficiente para que Demi abandonara su aventura en aquel punto. Pero no lo hizo. Al contrario, la relegó voluntariamente al fondo de su memoria y la encerró allí.

Hasta ahora. Esperando en ese lugar, a solas, en esa estancia, en ese rincón del monasterio, de pronto liberó su recuerdo. Vio su rostro delante de ella. Volvió a escuchar su aguda advertencia: «No lles nada de lo que has aprendido aquí más allá de las paredes de esta estancia».

Un ruido cerca del fondo de la sala hizo que el recuerdo se desvaneciera y Demi levantó la vista. Se acababa de abrir la puerta y el reverendo Beck y Luciana se dirigían hacia ella. Una tercera persona a la que no podía ver con claridad los acompañaba. Luego, cuando se acercaron, la identificó.

—Bienvenida, Demi. Estoy contento de que hayas podido venir —le dijo, con voz cálida.

Su rostro, su melena blanca, sus manos con los dedos extraordinariamente largos, resultaban inconfundibles.

Merriman Foxx.

12.44 h

El cremallera verde y amarillo llegó a la estación de arriba y se detuvo. En un momento, un operario abrió las puertas y los pasajeros empezaron a desfilar. Marten

miró al presidente, luego salió detrás de una pareja de italianos y empezó a subir por el camino que llevaba al monasterio.

Al cabo de cuarenta segundos llegó arriba del camino y se detuvo. El complejo monástico quedaba delante de él. Los edificios que veía parecían estar todos contruidos con la misma piedra caliza o arenisca de color beis. El edificio que quedaba más cerca de él y al otro lado de una calle adoquinada tenía una altura de siete pisos. Otro cercano tenía ocho pisos, y otro al lado tenía diez y una especie de torre campanario arriba. Y eso era sólo una parte del conjunto. La principal atracción, la basílica, estaba al otro lado de una amplia plaza y en la parte superior de una ancha escalinata de piedra, ambas repletas de turistas.

12.50 h

Marten se paseó tranquilamente por la plaza para facilitarle a Beck la tarea de encontrarlo. Mientras caminaba, un hombre lo adelantó y siguió andando. Era el presidente Harris.

12.52 h

Marten siguió andando. Delante de él vio al presidente girar a la izquierda, adelantar a un grupo de turistas y su guía y luego desaparecer detrás de ellos, siguiendo las instrucciones de Miguel, en dirección al hotel Abat Cisneros y al restaurante que formaba parte del mismo.

Marten aflojó el paso y miró a su alrededor, haciéndose pasar por el típico recién llegado que trata de situarse y decidir lo que va a visitar. Se preguntó si Demi les habría mentido. Si tal vez ni ella, ni Beck, ni Luciana, ni el mismísimo Merriman Foxx, estaban remotamente cerca de allí. Si, quizá, los había mandado a muchos kilómetros lejos mientras ella y los otros se encontraban con Foxx en algún otro lugar, tal vez incluso en la misma Barcelona.

—Señor Marten. —La voz profunda y aterciopelada del reverendo Rufus Beck lo llamó de repente. Marten levantó la vista y vio al capellán del Congreso que se dirigía a solas hacia él, como si viniera de la basílica—. Señor Marten —volvió a decirle al llegar adonde estaba—. Qué agradable volver a verlo. La señorita Picard me dijo que tal vez viniera.

—¿Ah, sí? —dijo Marten, tratando de fingir sorpresa.

—Sí —dijo Beck, con una cálida sonrisa—. Justo ahora salgo de un servicio; quizá le gustaría tomar un café con nosotros.

—«Nosotros» se refiere a usted y la señorita Picard, supongo.

—Habrán dos personas más, señor Marten. Una buena amiga mía, de Italia, que se llama Luciana, y un amigo suyo, el doctor Foxx.

—¿Foxx?

Beck volvió a sonreír:

—Me ha pedido que salga a buscarle. Tiene ganas de disipar cualquier duda que le hubiera podido quedar a raíz de la conversación que mantuvieron en Malta. El restaurante del hotel de aquí tiene una sala pequeña y privada en la que pueden hablar tranquilamente.

—¿El restaurante?

—Sí, a menos que prefiera reunirse con él en cualquier otro lugar.

Marten sonrió ante la ironía. Aquí estaban, con la intención de atraer a Foxx al restaurante, y ahora resultaba que era él quien lo invitaba a ir. El reservado podía ser un problema, pero con Beck, Demi y Luciana allí sería mucho más fácil decirle a Foxx que prefería hablar con él a solas y proponerle dar un paseo por el aire libre.

—El restaurante me parece bien, reverendo —dijo, amablemente—. Estaré encantado de escuchar lo que el doctor Foxx tiene que decirme sobre mis «dudas».

89

13.00 h

—Bienvenido a Montserrat, señor Marten —dijo Merriman Foxx, levantándose al verlos llegar.

Demi y la bruja, Luciana, estaban sentadas enfrente de Foxx en una mesa redonda cubierta con un mantel de hilo, con tazas humeantes de café delante de ellas y un platito de polvorones en el centro de la mesa. Había una silla para Beck y un camarero trajo otra para Marten. La sala era como Beck le había dicho: pequeña y privada.

—Ya conoce a la señora Picard —dijo Foxx, mientras hacía un gesto amable hacia Demi—, y ésta es la señora Luciana Lorenzini, una amiga muy querida desde hace muchos años.

Marten saludó a Demi con la cabeza y luego miró a Luciana:

—Es un placer, señora.

El restaurante formaba parte del hotel Abat Cisneros, y estaba situado, exactamente como Miguel lo había descrito, justo debajo de la basílica y adosado a la ladera de la montaña. La singularidad del lugar privado significaba que el presidente

no sabría dónde estaban hasta que Marten y Foxx salieran y Marten tratara de llevarlo hacia la puerta que llevaba al sendero exterior. Si el presidente se ponía nervioso e iba a buscarlo, cabía la posibilidad que se metiera en aquella salita, algo que, además de exponerlo físicamente, los colocaría en seria desventaja a la hora de aislar a Foxx.

Marten echó una ojeada rápida al doctor, tratando de descifrar su expresión mientras se sentaba. El médico-científico-asesino iba ataviado con una chaqueta de *tweed* ajustada, pantalones oscuros y un jersey de cuello vuelto a juego. La mata de pelo blanco a lo Einstein era una especie de característica muy suya. Marten sólo tenía que mirarle las manos para oír de nuevo la voz de Caroline en su cabeza: «La manera en que me tocaba la cara y las piernas con aquellos dedos largos y asquerosos, y aquel horrible pulgar con la pequeña cruz de bolas».

Marten se dio cuenta ahora de que había una cosa más en el aspecto físico de Foxx que resultaba peculiar: su altura. Era más alto y fuerte de lo que le había parecido la primera vez, cuando se conocieron en el Café Trípoli de Malta y llevaba aquel jersey ancho de pescador. Cuando se levantó y lo saludó al entrar junto a Beck, Marten se fijó en su agilidad, su capacidad atlética; él ya lo había sospechado antes, cuando pensó en la elección que Foxx había hecho de Malta como lugar de residencia, con todas aquellas montañas de escaleras que había que subir forzosamente para desplazarse a cualquier lugar, como si estar en perfectas condiciones físicas fuera algo prioritario para él, un hábito adquirido durante su pasado militar en las Fuerzas de Defensa Sudafricanas. Significaba, como le había advertido el presidente, que sería un tipo difícil de doblegar. Marten tendría una sola oportunidad con él, y tendría que ser rápida, decisiva y totalmente por sorpresa. Lo que pasara posteriormente no sería mucho más fácil y el presidente tendría que estar a su lado para ayudarle.

—¿Ha tenido buen viaje, señor Marten? —le preguntó Foxx con simpatía mientras el camarero servía sendas tazas de café a Beck y a Marten.

—¿Desde Barcelona o desde Malta, quiere decir?

—Ambos —sonrió Foxx.

—Los dos me han ido bien, gracias. —Marten miró a Demi, que le esquivó la mirada cogiendo el platito de polvorones y ofreciéndoselo a Luciana.

Marten la miró un momento más, tratando de entender de qué lado estaba realmente, y luego volvió a mirar a Foxx.

—El reverendo Beck me ha invitado a reunirme con usted por lo que sucedió en Malta. Teme que me hayan podido quedar algunas dudas sobre nuestra conversación y me ha dicho que tal vez a usted le gustaría aclararlas.

—Aclararlas es una buena manera de decirlo, señor Marten. —Foxx sonrió tibiamente—. Estaría encantado de hacerlo y lo haré; mi único problema es que hay alguien que debería estar aquí pero no está.

—¿A quién se refiere?

—Usted ha venido a Montserrat con alguien más, ¿no? John Henry Harris, el presidente de Estados Unidos. —Foxx volvió a sonreír. Se mostraba relajado y ecuánime, como si hiciera un comentario sin importancia sobre un invitado que todavía no había llegado.

—¿El presidente de Estados Unidos? —Marten hizo una ancha sonrisa—. Pues no, no es un acompañante mío habitual, la verdad.

—Hasta hace poco, señor Marten.

—Usted sabe más que yo.

Marten cogió su taza de café y tomó un sorbo. Al hacerlo le lanzó una mirada seria y acusatoria a Demi, como si ella fuera la chivata. Esta vez ella no apartó la vista, sino que movió un poco la cabeza, dando a entender que ella no era la culpable de que lo supieran. No les había dicho nada.

—¿Puedo sugerirle que localice a su acompañante y le pida que se reúna con nosotros, señor Marten? —Foxx levantó su taza de café y se la puso entre las dos manos, envolviéndola con sus largos dedos—. Creo que los dos estarán muy interesados en lo que tengo que mostrarles. Tal vez mucho más que interesados.

Por un momento Marten no dijo nada. Estaba claro que sabían que el presidente estaba allí, o al menos lo daban por sentado. Negarlo no haría más que alargar la situación, peligrosamente si Foxx ya había alertado a los «amigos» del presidente y el Servicio Secreto y la CIA estaban de camino. El plan original implicaba que el presidente permaneciera en la sombra hasta que Marten lograra que Foxx saliera con él a solas, pero con aquella repentina e inesperada petición del doctor todo había cambiado. Eso los dejaba sin ningún plan y con el presidente totalmente a merced de Foxx, cosa que Marten no podía permitir que pasara.

—No sé seguro dónde está. Ni siquiera sé seguro si está aquí. Puede que me lleve un buen rato encontrarlo, si es que puedo hacerlo.

—Aun a riesgo de sonar presuntuoso, señor Marten, creo que puedo suponer que la razón por la que el presidente ha venido a Montserrat es para verme. —Otra vez, Foxx sonrió encantado—. Así que dudo mucho que se marche sin hacerlo. Y tampoco creo que le guste que usted le niegue la oportunidad.

Marten escrutó a Foxx durante un suspiro, tomó un sorbo de café, dejó la taza y se levantó.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, señor Marten. Ni usted ni el presidente quedarán decepcionados, se lo prometo.

13.15 h

Marten salió del restaurante y cruzó la plaza por el mismo camino por el que había llegado. Aparte de Beck y las dos mujeres, Foxx parecía estar solo, y tal vez lo estuviera. Al fin y al cabo, esto era Montserrat, no Malta, donde tenía un hogar y parecía bien resguardado. Por otro lado, lo único que Marten tenía que hacer era acordarse de Pelo Canoso para hacerse una idea de lo largos que eran los tentáculos del sudafricano.

Demi seguía siendo tan misteriosa siempre. Ni el gesto con la cabeza a través de la mesa, ni aquella silenciosa negativa a aceptar la responsabilidad en el hecho de que Foxx estuviera enterado de la presencia del presidente, habían ayudado a lavar su imagen. Tuvo la clara intención de ganarse su confianza, pero había todavía demasiadas cosas sin aclarar; entre ellas, cómo Beck lo había encontrado tan fácilmente. Estaba claro que el reverendo no se había quedado tan indiferente ante su llegada a Barcelona como Demi le dijo. Además, sabían que iba a subir a Montserrat y cuándo, y eso era algo que sólo les podía haber dicho Demi. En este punto lo había traicionado.

Sin embargo, la repentina y deliberada inclusión del presidente que Foxx hacía lo cambiaba todo y de manera dramática, intensificando el riesgo del juego. Y aumentaba la curiosidad de Marten hacia la estrategia de Demi. A menos que trabajara con Beck y, por tanto, en el terreno de Foxx, lo cual seguía pareciendo probable, ¿qué otra cosa podía ser para ella tan importante que estuviera dispuesta a entregar al presidente de Estados Unidos para conseguirla, en especial ahora, dadas unas circunstancias que conocía bastante bien?

Por otro lado, si su voluntad era otra y el gesto de su cabeza significaba que decía la verdad, entonces el hecho de que Foxx conociera el paradero del presidente se debía a otra razón: se lo había dicho Miguel o los «amigos» del presidente. De hecho, tenía que suponer que habían sido estos últimos, porque Miguel había demostrado ser un hombre demasiado honesto, humilde y claro como para ser capaz de estas jugadas, y porque a estas alturas, los «amigos» ya tendrían muy claro que el presidente había estado la noche anterior en la habitación del hotel de Marten en Barcelona y debían de haber imaginado que, ya que ninguno de los dos había aparecido, seguían juntos. Así, si Marten iba a Montserrat, el presidente también. Deberían haberlo considerado de antemano y haberse preparado, pero no lo hicieron y cayeron de pleno y literalmente en «la cueva de Foxx».

De todos modos, todavía tenían una cosa a su favor, si así se le podía llamar: el presidente todavía no se había mostrado. Eso significaba que conservaban la

posibilidad de huir antes de que el Servicio Secreto o la CIA llegaran y la trampa se cerrara de una vez por todas.

13.18 h

Marten salió de la plaza y giró a la derecha, más allá del edificio de varias plantas que había visto al salir de la estación del cremallera. Al fondo volvió a girar a la derecha, pasó por debajo de un arco de piedra y luego anduvo de regreso hacia el restaurante en medio de un grupo de turistas, vigilando siempre si le seguían. Le pareció que no.

Ahora había dado ya una vuelta completa y volvió a acercarse al hotel Abat Cisneros y a su restaurante, donde el primo Jack debería estar ahora instalado, esperando a verle cruzar el pasillo que llevaba a los lavabos y al sendero exterior. Una vez aquí, Marten tenía que estar absolutamente seguro de que nadie lo seguía. Intencionadamente, pasó de largo de la puerta principal del restaurante y entró en el hotel. Una vez dentro, cruzó el vestíbulo, advirtió la entrada interior al restaurante y luego entró en un pequeño bar que había enfrente. Esperó al camarero, pidió una cerveza y se la llevó a una mesa desde la cual podía ver la puerta. Su plan era esperar allí tres minutos y, si no le surgían más sospechas, levantarse y marcharse para meterse en el restaurante directamente desde el interior del hotel.

13.23 h

Marten tomó un trago de cerveza y miró a su alrededor distraídamente. Las únicas personas que había eran las que había visto al llegar, el camarero de la barra y seis clientes, dos en cada una de dos mesas separadas y dos más en la barra, donde había un televisor con la CNN International sintonizada y un reportero de compleción atlética hablaba desde detrás de una mesa de noticias:

«En un vídeo que nos acaba de facilitar el Departamento de Seguridad Nacional —dijo—, estamos a punto de ver al presidente Harris en la ubicación secreta a la que ha sido trasladado por el Servicio Secreto después de la amenaza terrorista recibida en Madrid. Lo acompañan el asesor de Seguridad Nacional, James Marshall; el secretario de Defensa, Terrence Langdon, y el secretario de Estado, David Chaplin».

La imagen dio bruscamente paso al vídeo. Tenía impresos la hora y la fecha, 14:23 h (el día anterior), viernes 7 de abril, y mostraba al presidente Harris en un salón rústico durante una sesión de trabajo con sus asesores.

«El presidente quiere que se sepa —dijo el periodista con voz en *off*— que está a salvo y se encuentra bien y que tiene la plena intención de reunirse con los jefes de

Estado europeos de la OTAN el lunes en Varsovia». El clip acababa de golpe y el reportero concluyó con un sencillo «Les seguiremos informando». Hubo un fundido y se dio paso a la publicidad.

—Dios mío —suspiró Marten—, lo tienen todo previsto.

Un sorbo más de cerveza y desvió la vista del televisor a la puerta. De momento no había entrado nadie más desde su llegada. Pasaron cuarenta segundos. Cincuenta. Si alguien le estaba siguiendo, para entonces ya tendría que haber aparecido. Marten dejó el vaso y empezó a levantarse.

Al hacerlo, otra noticia de la televisión atrajo su atención. Esta vez el emplazamiento era Chantilly, Francia. Dos jinetes habían sido asesinados de un disparo a primera hora de la mañana mientras se entrenaban con sus caballos de carreras en unas pistas de entrenamiento que corrían junto a un bosque. Era obvio que el autor de los disparos había estado esperándolos en el bosque y actuó desde el cobijo de los árboles y, después, sencillamente se marchó, dejando el arma del crimen, un rifle M14 fabricado en Estados Unidos, como si quisiera al mismo tiempo burlarse e intrigar a los investigadores. Lo que aumentaba considerablemente el misterio era que los dos jinetes habían muerto con la misma bala, puesto que el disparo atravesó la cabeza del primero y luego penetró en el cráneo del segundo. Este hecho se podría considerar accidental —en el caso de que hubiera intención de matar a una sola víctima— o inquietantemente intencionado, como si el tirador quisiera hacer gala de su refinada técnica. En cualquier caso, la policía francesa no había visto nunca un caso igual. Ni tampoco, en sus lejanos días de detective de homicidios en la policía de Los Ángeles, lo había hecho Marten.

13.28 h

El primo Jack vio entrar a Marten pero no hizo ningún gesto de reconocimiento. Aparentando no inmutarse por la presencia del ruidoso grupo de niños y padres que ocupaban una mesa grande cerca de él, se había sentado tal y como planearon, solo en una mesa próxima al fondo de la sala principal del restaurante y antes de un breve pasillo que llevaba hasta la zona del baño y la puerta trasera del fondo. Todavía con las gafas y el sombrero de Demi puestos, con una botella sin abrir de agua mineral con gas Vichy Catalán escondida en una manga, parecía estar absorto en la lectura de una guía ilustrada de Montserrat.

Marten se detuvo un momento al entrar, miró a su alrededor, se dirigió distraídamente hasta donde estaba el presidente y se sentó a la mesa de al lado.

—Foxx sabe que usted está aquí —dijo, en voz baja—. Está en un salón privado al otro lado de la sala. Quiere que vayamos a verle. No estoy seguro de cómo se ha

enterado, pero no creo que se lo haya dicho Demi, y dudo mucho que lo haya hecho tampoco Miguel. Eso nos lleva a...

—Sólo una respuesta lógica, y los dos sabemos cuál es. —El presidente levantó la cabeza y miró a Marten, con una expresión fría como el hielo—. Si hemos tenido alguna duda sobre si «mis amigos» estaban en el mismo bando que el doctor Foxx, ahora ya parece del todo evidente.

—Si quiere saber más —dijo Marten—, la CNN acaba de pasar un vídeo supuestamente puesto a su disposición por el Departamento de Seguridad Nacional. En él aparece usted en un chalet rústico de algún lugar, recién afeitado y con el peluquín puesto. Le acompañan el secretario de Estado, el asesor de Seguridad Nacional y el secretario de Defensa. En el reportaje decían que el vídeo se grabó ayer por la tarde y que usted seguía adelante con sus planes de estar el lunes en Varsovia. Como garantía añadida, el vídeo llevaba estampadas la fecha y la hora que lo confirmaban.

El presidente Harris apretó los ojos con rabia. Se volvió deliberadamente, como si volviera a concentrarse en su guía.

—El lavabo de hombres está justo al fondo del pasillo que tenemos detrás —dijo, sin levantar la vista—. La puerta que da al exterior está justo pasado el baño. Una vez fuera hay un sendero de servicio que sube desde la plaza. A unos seis metros en dirección contraria, otro sendero se aleja siguiendo la pared del acantilado, luego hace una curva y desaparece de la vista bajo un paraguas de árboles. A treinta, cuarenta metros de allí están las ruinas de una antigua capilla, exactamente como nos ha dicho Miguel. Dentro de la capilla hay los restos de dos pequeñas salas. Cualquiera de ellas nos bastará para nuestra pequeña conversación con el doctor Foxx.

—¿Sigue queriendo llevar a cabo el plan? —dijo Marten, incrédulo.

—Sí —le respondió, sin levantar la vista.

—Primo —Marten se inclinó de pronto hacia él, hablándole alarmado y en voz baja—. No creo que se dé cuenta del todo de lo que está ocurriendo. Foxx pensaba que usted iba a venir pero no ha estado seguro hasta encontrarme a mí. Ahora lo saben, y estoy seguro de que sus «rescatadores» han sido avisados. Por lo poco que sabemos, podrían estar en cualquier rincón de por aquí, esperando a que usted aparezca. Cuando lo haga, se lo llevarán de aquí hasta su versión del «refugio protegido» a toda prisa. Primo, tenemos que irnos, y tenemos que hacerlo ahora. Salga por la puerta de atrás, llame a Miguel al móvil y luego espérelo en algún lugar escondido hasta que aparezca. Y después de eso, para usar sus propias palabras, que Dios nos ayude.

El presidente cerró la guía y miró a Marten intencionadamente, con los ojos llenos de determinación.

—Es sábado por la tarde en España; la cumbre de la OTAN es el lunes por la mañana en Varsovia. Nuestro tiempo se agota con rapidez, y con él la información

que debemos obtener de Foxx. Mis «rescatadores» podrían llegar en cuestión de minutos o de horas. Si es de minutos, de todos modos estamos acabados, si es de horas, todavía nos queda tiempo de hacer algo.

—Está hablando de un riesgo increíble, primo, supongo que se da cuenta.

—Sólo es riesgo cuando puedes elegir. —De pronto, Harris se levantó—. No hagamos esperar más tiempo al buen doctor.

91

13.40 h

Merriman Foxx estaba a solas y tomaba notas en una agenda electrónica cuando Marten y el presidente Harris entraron en el comedor privado. Demi, Beck y Luciana se habían ido, y la mesa había sido despejada.

—Ah, caballeros —sonrió Foxx, y se levantó como lo había hecho la primera vez que llegó Marten—. Soy el doctor Foxx, señor presidente, y es un gran honor conocerle. —Les indicó con un gesto de la mano que se sentaran a la mesa—. Me temo que los otros han decidido salir a explorar los alrededores por su cuenta, y aunque creo que podemos sentarnos aquí y charlar un poco, tal vez resultaría más interesante que mientras tanto les enseñe mi laboratorio.

—¿Tiene usted un laboratorio aquí? —se sorprendió Marten.

—También un despacho y un pequeño apartamento —volvió a sonreír Foxx—. Todo por gentileza de la Orden. Eso me da un agradable respiro de toda la atención y las preguntas inapropiadas e injustas que desde hace tiempo me persiguen sobre la Décima Médica, además de un lugar tranquilo para trabajar.

—El lugar de trabajo de otras personas siempre me despierta curiosidad, doctor —dijo el presidente sin mostrar ningún tipo de emoción.

—A mí también, presidente. Por aquí, por favor. —Foxx volvió a sonreír y los acompañó hasta la puerta. Marten le lanzó a Harris una mirada de advertencia, pero éste no se la devolvió.

13.45 h

Merriman Foxx los llevó más allá de la plaza llena de turistas de delante de la basílica y luego por una estrecha calle adoquinada alineada por un lado con hileras de velas votivas rojas y blancas.

Marten miró hacia atrás con disimulo mientras avanzaban pero no vio a nadie. Resultaba curioso que Foxx estuviera solo, sin acompañantes, sin guardaespaldas, ni siquiera Beck. Pero también era cierto que estaba solo cuando Marten se reunió con él en el Café Trípoli de Malta. Y según Beck, Foxx había abandonado el restaurante solo y dejó que el reverendo acompañara a las mujeres hasta su hotel. De modo que, básicamente, Foxx estuvo solo en Malta y ahora volvía a estarlo. Tal vez fuera sencillamente cuestión de preferencia o de estilo. O de seguridad en sí mismo. O de arrogancia. O una mezcla de todo ello. Al fin y al cabo él era el mismísimo doctor Merriman Foxx, el hombre que había estado al mando de la Décima Brigada Médica y todas sus operaciones e innovaciones clandestinas durante más de dos décadas. El mismo Merriman Foxx que hacía muy poco se había enfrentado a solas a una investigación del Congreso estadounidense sobre los trabajos y el desmantelamiento de la citada brigada. El mismo Merriman Foxx que había supervisado personalmente el abyecto asesinato de Caroline Parsons y que ahora era un personaje clave en unos planes mucho más extensos de genocidio.

Marten estaba convencido de que Foxx se había convertido en quien era a base de mentiras y puro tesón, y que a estas alturas, la idea de llevar guardaespaldas o matones suponía una afrenta a la fuerza de su personalidad. Todo eso, a menos que estuvieran por ahí ocultos y vigilantes y lo hubieran estado siempre.

—Por aquí, por favor. —Foxx los hizo entrar por una callejuela y, al cabo de diez segundos, por otra. Parecían todas iguales, pasajes adoquinados en medio de altas paredes de piedra que a su vez llevaban a otros pasajes, y otros, y otros, cada uno idéntico al anterior.

Cuanto más se adentraban en aquel laberinto, más inquieto estaba Marten. La simple tarea de encontrar el camino de vuelta y llegar a la zona en la que los esperaba Miguel en el coche podría resultar enormemente complicada, en especial si tenían prisa. Además, la sonrisa fácil de Foxx y sus maneras amables hacían casi olvidar que debajo de su máscara había un asesino hábil, cruel e ingenioso que no sólo había matado a Caroline Parsons, sino que estaba profundamente implicado en la monstruosa trama de los «amigos» del presidente. De modo que, ¿quién sabía adónde los llevaba, o quién, o incluso qué les esperaba cuando llegaran?

Además, la propia zona de Montserrat resultaba un escenario improbable. Se tratara o no de un emplazamiento religioso y de un destino turístico, en realidad era, como él se temía, una ciudadela pequeña y aislada en medio de una ladera alta y desolada, a muchos kilómetros de cualquier sitio. Un lugar en el que un hombre podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos para no volver a ser encontrado nunca más, Marten estaba convencido de que el presidente Harris era tan consciente de su situación como él. Al mismo tiempo, sabía que el presidente tenía mucho más en la

mente que su propia seguridad, y que su objetivo primordial era encontrar un lugar adecuado en el que quedarse a solas con Foxx e interrogarle. Y éste era claramente el motivo por el que había elegido dejar al doctor que los guiara, en especial en ausencia de Beck o de un guardaespaldas o de cualquier otra persona que pudiera representar una interferencia. Éste era el motivo por el que, a pesar de sus temores, Marten sabía que no le quedaba más elección que seguirles y fiarse del presidente.

—Aquí estamos, caballeros. —Foxx se detuvo ante una puerta de madera maciza encajada en un arco de piedra—. Un poco de intimidación lejos de la muchedumbre —dijo, con una sonrisa mientras abría un panel de madera que había junto a la puerta.

Dentro había un teclado electrónico en el que marcó un código, apretó un botón y luego volvió a cerrar el panel para girar el pomo de hierro de la puerta. Cuando se abrió, Foxx los escoltó al interior de una sala grande con muy poca luz. El techo era alto y abovedado. En una pared había una hilera de butacas de madera de respaldo alto, y la otra estaba cubierta por una estantería enorme. El único otro elemento de mobiliario que había era una gran mesa de despacho con una única butaca, al fondo de la sala. Detrás de la misma, a la derecha, había una puerta de madera tallada encajada en una nave en forma de arco.

—Esta habitación fue una sala de concilios religiosos durante muchos años —dijo Foxx a media voz, mientras los guiaba a través de la sala, hacia la nave—. Yo solamente la he heredado.

Llegaron a la nave y Foxx abrió la puerta, los guió hasta otra sala y cerró la puerta con cuidado detrás de ellos.

Esta sala era mucho más amplia que la primera, y muy distinta. De unos siete metros de ancho y probablemente diez de largo, estaba iluminada por una serie de lámparas inquietantes suspendidas sobre dos docenas de mesas rectangulares con unas burbujas encima.

—Éste es mi trabajo actual, caballeros, y quería que lo vieran en directo —dijo Foxx, señalando las mesas—. Sin bacterias, sin esporas, sin moléculas letales, nada que crezca para llevar a cabo la guerra.

»Lo que hacía antes como jefe de la Décima Brigada Médica era para servir a mi país en una época de crisis nacional creciente. A partir de la década de 1960 nos enfrentamos a la gestación de varios movimientos de guerrilla. Hubo insurgencias en las antiguas colonias de Mozambique y Angola, campos de entrenamiento militar en Tanzania y Zambia, la mayor parte financiados y apoyados por Cuba y la Unión Soviética. Los programas de contrainsurgencia que aplicamos habían sido desarrollados por los franceses en Argelia y por los británicos en Kenia y Malasia, pero no eran lo bastante apropiados para la importante guerra que sabíamos que se avecinaba. Necesitábamos desarrollar armas nuevas e innovadoras, y esto incluía

armamento químico y biológico porque éste era el tipo de armamento que se estaba desarrollando por los movimientos contrarios a nosotros.

—¿Qué es esto? —preguntó el presidente Harris bruscamente, señalando las hileras de mesas con burbujas encima, como si el monólogo de Foxx no fuera más que conversación banal.

—Esto es lo que quería enseñarle, señor. Vida vegetal. Alimento y energía para mañana. Plantas de semillero que se pueden plantar para que alcancen la edad madura en semanas casi en cualquier lugar de la Tierra, por mucho menos coste que el actual. Frutas y verduras mucho más ricas en valor nutritivo que nada de lo que se pueda encontrar actualmente. Variedades de maíz, soja, alfalfa, girasol, fresas, arándanos y grosellas. También hay hierbas y especies de forraje para controlar la erosión del suelo, para los pastos y para las especies silvestres. Todas ellas pueden cultivarse rápida y fácilmente a gran escala, en casi cualquier tipo de suelo y con una irrigación mínima. Ciertas variedades de maíz, soja y cacahuete se pueden cultivar de la misma manera, y con la misma rapidez y al mismo bajo coste pueden ser procesadas para convertirlas en un combustible barato y limpio que no calienta la atmósfera. Estamos trabajando también en un concepto conocido como etanol celulósico, un proceso que produce combustible a partir de desechos agrícolas: mazorca de maíz, paja, incluso restos de madera. —Hasta entonces Foxx había estado hablando principalmente para el presidente; ahora se volvió hacia Marten—. En Malta me acusó usted de experimentar con seres vivos. Y estaba en lo cierto, lo he hecho. Pero sólo con gente terminalmente enferma y con su permiso, en un intento de salvar sus vidas y, al mismo tiempo, salvar a nuestra gente.

»Pero estos programas hace tiempo que se cerraron. Fueron totalmente descartados y su documentación se destruyó. Mucha de la gente que participó en ellos ya se ha muerto. En los veinte y pico años que han pasado desde entonces, y en vista de toda la serie de acusaciones y cargos infundados hechos por gente que, o bien no lo entiende o contaba con sus propias agendas políticas, he trabajado solo, tanto en Malta como aquí en Montserrat, y he dedicado mi vocación no a la guerra, sino al futuro bienestar del planeta y de las criaturas que lo habitan.

—¿Solo? —preguntó Marten, como si se refiriera a los estudios científicos de Foxx, pero en realidad para ver cómo reaccionaba; por si había otros escondidos y esperando la señal de Foxx.

Foxx captó al instante la insinuación.

—¿Quiere decir si tengo aquí algún servicio de seguridad que me proteja?

El presidente Harris corrió a cubrir a Marten:

—Creo que se refiere a otros científicos.

—Por supuesto —dijo Foxx, educadamente—. De vez en cuando vienen y me hacen consultas. La mayoría trabajan a tiempo parcial, cuando pueden. Todos de manera voluntaria.

Nos comunicamos casi exclusivamente por Internet. —Foxx miró con recelo a Marten y luego volvió a dirigirse al presidente—. En cuanto al trabajo propiamente dicho, si todavía tiene dudas, estaré encantado de mostrarle los muchos otros experimentos que tengo aquí y en distintas etapas de desarrollo. Existen notas, diarios y bases de datos científicas de todos ellos, y tiene usted permiso para examinar el material. Pero debo pedirle que no diga nada de lo que observe, puesto que nada de esto debe salir a la luz pública hasta que demos por terminados los procesos, estén todos documentados legalmente y sus patentes estén aseguradas. Cuando lo estén, sus derechos se entregarán a Estados Unidos. Los beneficios, como puede usted imaginar, serán asombrosos.

—Parece usted haberse vuelto muy bondadoso, doctor —dijo el presidente Harris—. Sí, me gustaría ver más. Los experimentos, sus notas, sus diarios, todo.

—Por supuesto.

92

14.00 h

Foxx los llevó hasta otra puerta, ésta hecha de una especie de acero bruñido. Al llegar a la misma se detuvo, sacó una tarjeta de seguridad del bolsillo de su chaqueta y la pasó por un dispositivo electrónico que había en la pared adyacente. Inmediatamente, la puerta se deslizó para descubrir un túnel largo, bajo y de piedra arenisca irregular que parecía excavado en el núcleo de la misma montaña e iluminado por bombillas desnudas, montadas cada tres o cuatro metros, colgando de unos cables pegados burdamente al techo del túnel.

—Ésta es una de toda una red de galerías de mina excavadas en esta montaña hace casi un siglo. La mayoría llevan años en desuso. Hay muy poca gente que sepa de su existencia. Nosotros tuvimos la suerte de poder utilizar ésta —dijo Foxx, mientras se agachaba para llevarlos por una pasarela de madera tosca levantada encima del suelo húmedo y entre paredes de piedra de las que brotaban, aquí y allá, gotas de aguas subterráneas—. Una vez esta zona formó parte de lo que ahora es el mar Mediterráneo. Por aquel entonces, un gran río corría desde las montañas más elevadas hasta desembocar en el golfo, creando a lo largo de su caudal amplias cuevas subterráneas. Ahora, siglos más tarde, las cuevas están muy por encima del nivel del mar. Están secas, tienen aire fresco y una temperatura especialmente constante a lo largo del año. Estas características, combinadas con el tamaño de las

cámaras y su relativo aislamiento, crean unas condiciones que las hacen casi ideales para mis experimentos.

Si antes Marten estaba preocupado, ahora lo estaba el doble. Una cosa era estar perdidos en el laberinto de callejuelas exteriores del monasterio, y otra mucho peor era estar en aquel lugar escondido, lejos de cualquier persona o cosa, y a solas con un atroz criminal. Estuviera o no Foxx solo, Marten estaba convencido de que se estaban metiendo en algún tipo de trampa y de que era una estupidez dar ni un solo paso más con él. De nuevo, le echó al presidente una mirada de advertencia.

Como antes, Harris lo ignoró y esta vez se concentró en el propio túnel; sus muros irregulares y escarpados, su suelo de tierra, su techo bajo y excavado.

Le gustara o no al presidente, Marten supo que tenía que intervenir y hacerlo con rapidez.

—Señor presidente —dijo, bruscamente—, creo que hemos ido bastante lejos...

—Ya hemos llegado, caballeros —dijo Foxx, doblando de pronto una esquina de la cueva, para encontrarse los tres cara a cara con otra puerta de acero bruñido. Foxx volvió a pasar su tarjeta por un lector electrónico que había en la pared adyacente y, como antes, la puerta se abrió deslizándose para dejar a la vista una cámara en forma de cueva el doble de grande de la que habían visto momentos antes.

Foxx entró el primero. Al hacerlo, Marten tomó al presidente del brazo y tiró de él.

—Todo va bien, primo —le dijo Harris en voz baja antes de seguir a Foxx dentro de la estancia.

Marten soltó un taco entre dientes y los siguió. Medio segundo más tarde la puerta se cerró detrás de ellos.

Marten y el presidente se encontraron frente a un mar de mesas con burbujas encima, en un espacio que debía de tener treinta metros de largo y al menos veinte de ancho, y casi siete de altura. Al fondo de todo había una serie de jaulas de acero, grandes y pequeñas.

—Sí —reconoció Foxx—. He estado haciendo algunos experimentos con animales, pero ahora ya no hay ninguno.

—¿Está al corriente la gente que se ocupa del monasterio de la existencia de estas cámaras? —preguntó Marten.

Foxx sonrió:

—Como les he explicado antes, la Orden ha tenido la amabilidad de facilitarme todo lo que necesito.

Marten vio al presidente mirándolo todo su alrededor: las toscas paredes de piedra caliza, el techo, el suelo. De pronto volvió su atención a un ancho banco de acero inoxidable con unos postes de madera maciza en un extremo y un gran tambor mecánico en el otro. En medio, una segunda pieza de acero inoxidable estaba montada sobre una doble ranura que recorría la longitud de la superficie.

—¿Qué es esto, doctor? —preguntó.

—Una mesa de producción.

—Parece algún tipo de instrumento de tortura medieval.

—¿Instrumento de tortura? Bueno, tal vez para plantas —dijo Foxx, con su sonrisa fácil y complaciente—. Las semillas se esparcen por la superficie de acero inoxidable y luego se cubren con un film especial de plástico. El tambor se calienta y se hace correr arriba y abajo por encima del film, y eso cuece las semillas hasta el punto en que están listas para plantarlas en una tierra especial, parecida a la que se encuentra en los semilleros de la otra sala. Es una especie de incubadora. Como todo lo que hay aquí, eficiente, innovador e inofensivo.

Harris miró a Marten y luego volvió a mirar a Foxx.

—En realidad, prefería la idea de que fuera una mesa de tortura. Algo a lo que hay que atar a un hombre con el fin de hacerle confesar sus pecados o traiciones.

—No estoy seguro de entenderle —dijo Foxx.

Al instante, Marten comprendió por qué el presidente había ignorado sus advertencias previas y por qué había estado mirando a su alrededor, en el túnel y aquí. Buscaba cámaras de seguridad, micrófonos y otros instrumentos de vigilancia. Si alguien sabía de estas cosas, ése era él. El Servicio Secreto le habría enseñado prácticamente todos los elementos de su arsenal, una ventaja que, combinada con sus agallas y sus conocimientos de construcción, le había posibilitado la fuga del hotel Ritz de Madrid. Marten había estado preocupado por el hecho de encontrarse demasiado solos y aislados, de que Foxx los tuviera atrapados. El presidente Harris, en cambio, veía precisamente lo contrario: era el doctor, no ellos, el que estaba solo y atrapado. Aunque no podían estar seguros de no encontrarse bajo algún tipo de vigilancia, el presidente optaba ahora por jugar fuerte, del mismo modo que había optado de entrada, cuando decidió venir a Montserrat a encontrarse con Foxx.

—Nos gustaría que nos explicara unas cuantas cosas, doctor —le dijo, con voz pausada—. Que nos hablara de sus planes para los estados musulmanes.

—¿Disculpe? —Foxx fingió no entenderlo.

—Sus planes. El programa que usted y mis amigos en Washington han elaborado para devastar Oriente Próximo.

—Me decepciona, presidente. —Foxx volvió a sonreír—. Como acabo de mostrarle, los últimos veinte años de mi trabajo no han sido para nada más que el progreso, la salud y el bienestar de los habitantes del planeta.

El presidente reaccionó repentinamente con furia:

—¡Eso no va a bastarle, doctor!

—¿Qué le dio usted a Caroline Parsons? —dijo Marten, de pronto.

—Ya me preguntó algo parecido anteriormente, y no tengo ni idea de quién o qué...

—El centro de rehabilitación de Silver Springs, Maryland. La doctora Lorraine Stephenson le ayudó.

—No he oído nunca hablar de este lugar. Ni, como le dije en Malta, de esa doctora Stephenson.

—Enséñenos la mano izquierda —le dijo bruscamente Marten—. Levante el pulgar. Quiero que el presidente vea su tatuaje, el signo de Aldebarán.

De pronto Foxx se enfureció y Marten pudo ver la rabia que lo inundaba, como ya había visto en el Café Trípoli de Malta.

—Esto ya me parece demasiado, caballeros. Hemos terminado. Les acompañaré hasta la salida.

Se dio la vuelta bruscamente y empezó a caminar hacia la puerta. Al hacerlo, sacó un pequeño dispositivo electrónico del bolsillo de su americana y se puso a hablar por él.

93

14.13 h

En un segundo Marten lo atrapó por detrás y con el antebrazo le apretó la tráquea, cortándole la entrada de aire. Foxx gritó, estupefacto, y luego peleó con fuerza, tratando de liberarse y dejando caer al suelo el aparatito que se había sacado del bolsillo. Pero Marten sólo lo apretó con más fuerza. A Foxx se le agitaba el pecho a medida que luchaba por obtener aire. Marten cambió y le apretó ahora las arterias carótidas a ambos lados del cuello, esta vez cortando el riego sanguíneo del cerebro del sudafricano. Foxx peleaba y daba patadas a aire. No conseguía nada. Un segundo. Dos. Tres. Hasta que se quedó desmayado en brazos de Marten.

Marten miró al presidente.

—¡Rápido!

El presidente se quitó el cinturón de los pantalones, pasó por detrás de Marten y ató los brazos de Foxx a su espalda. Luego, como si volviera a sus años mozos en California y estuviera atando a un potro salvaje, cruzó las manos de Foxx y las envolvió con el cinturón. Al cabo de pocos segundos, él y Marten levantaron al sudafricano sobre la mesa de acero, inoxidable, deslizando sus brazos atados por encima de uno de los polos verticales.

14.16

En medio de ronquidos, tos y con el pecho agitado mientras sus pulmones luchaban para aspirar aire, Foxx recuperó la consciencia. Un minuto más y la niebla empezó a disiparse del cerebro y pudo mirar las caras del primo Jack y el primo Harold. Entonces los ojos se concentraron en Marten y su presencia le encendió.

—Ha sido una inmovilización propia de un policía —rugió—. Usted ha sido policía. Y tal vez lo siga siendo.

El presidente miró a Marten, pero Marten ni se inmutó. Volvió a mirar a Foxx:

—Quiero saber todo lo que tiene planeado para los estados musulmanes.

Durante un buen rato, Foxx se quedó sin expresión; luego sonrió lentamente, con una sonrisa amplia y estremecedora, llena de arrogancia, hasta de desafío. Era la mirada de un loco ilustrado, un personaje totalmente capaz de ejecutar un plan de genocidio y de disfrutarlo de principio a fin.

—Sólo buena voluntad, caballeros.

—Se lo volveré a pedir. Quiero saber lo que usted y sus amigos de Washington tienen planeado para los estados musulmanes, para Oriente Próximo.

Los ojos de Foxx se paseaban entre Marten y el presidente.

—Tiene una última oportunidad, doctor —dijo el presidente.

Foxx miró al presidente:

—El señor Marten parece haberle metido ideas muy estrambóticas en la cabeza.

El presidente respiró y miró a Marten:

—Creo que debemos proceder, primo.

De pronto, sacó una botella de medio litro de Vichy Catalán que había comprado en el restaurante Abat Cisneros y se la dio a Marten.

Marten la cogió y luego miró a Foxx:

—Agua con gas, como dicen aquí. Tal vez sea un método un poco primitivo para alguien como usted, doctor. Me lo enseñó un viejo policía de aduanas. Lo utilizaba para hacer hablar a los traficantes de droga y de personas. Y solía funcionarle.

Los ojos de Foxx se concentraron en la botella. Si sabía lo que estaba a punto de pasar, no lo demostraba.

—Una última vez, doctor Foxx —dijo el presidente Harris con delicadeza. No quería que hubiera malentendidos—. ¿Qué tienen planeado para los estados musulmanes?

—Paz en la tierra —volvió a sonreír Foxx—. Y a los hombres de buena voluntad.

Marten miró a Harris.

—¿Tiene una servilleta del restaurante?

—Sí.

—A los animales de granja de los que hablábamos antes, cuando los inmovilizábamos para que el veterinario les diera una inyección, no les gustaba. Al doctor tampoco le gustará. Coja la servilleta y métasela en la boca. Luego agárrele la cabeza y sujételo con fuerza.

Lo siguiente pasó rápido y fue desagradable. El presidente Harris se sacó una servilleta blanca del bolsillo y la llevó a la boca abierta de Foxx. Foxx la cerró con fuerza y volvió la cabeza hacia un lado. Marten vaciló una décima de segundo y luego cerró el puño y le dio un buen puñetazo al estómago. Foxx gritó y el presidente le embutió la servilleta en la boca, ahora abierta de par en par.

Al mismo tiempo, Marten abrió el tapón de rosca del Vichy Catalán, taponó la boca de la botella con el pulgar y la agitó con fuerza. Las burbujas del interior colisionaban con violencia, comprimidas en lo que era casi una bomba de mano. Foxx trató otra vez de desviar la cabeza, pero el presidente se la sostenía con una fuerza inusitada. Marten volvió a agitar la botella, la embutió en el orificio nasal derecho y sacó el pulgar.

Una explosión de aire comprimido y agua mineral salió disparada directamente en la nariz de Foxx. El hombre rugió por el insoportable dolor en los senos y el lóbulo frontal del cerebro. Daba patadas al aire, trataba de liberarse con todas sus fuerzas, de escupir la servilleta de su boca.

Cuanta más fuerza hacía, más duros eran los ataques de Marten. Agitaba la botella, una y otra vez, y le hacía explotar el agua carbonatada por una fosa, luego por la otra. Foxx era fuerte, como Harris había prometido y Marten había visto en el restaurante. Al tratar de liberarse, estampó una rodilla en la cara del presidente. Harris gritó y casi cayó al suelo, luego se recuperó, aguantando mientras Foxx tiraba y se retorció, tratando una y otra vez de escupir la servilleta para poder respirar y, al mismo tiempo, evitar los ataques de Marten.

—Ya basta —dijo el presidente.

Marten lo ignoró. Siguió adelante, tapando la botella con el pulgar, agitando la botella, metiéndola en la nariz de Foxx, sacando el pulgar y disparando el cañón de agua carbonatada.

—¡He dicho que ya basta! ¡Quiero respuestas, no a un hombre muerto!

De pronto, los ojos de Foxx se giraron debajo de las pestañas y el hombre dejó de luchar.

—¡Basta! ¡Basta ya! —El presidente Harris soltó a Foxx y agarró a Marten, apartándolo con fuerza—. ¡Basta, maldita sea! ¡He dicho que basta!

Marten tropezó hacia atrás y lo miró, con los ojos abiertos de par en par. El ganador del combate se retiró a su rincón, con el pecho agitado y la mirada fija en su apaleado y abatido contrincante, confundido, preguntándose por qué se había detenido el combate.

De pronto Harris se metió en medio, bloqueándole la vista de Foxx a Marten y colocándose delante de su cara:

—Está dejando que se le vaya la mano por lo que le hizo a Caroline Parsons. Lo comprendo, pero ahora mismo no nos podemos permitir el lujo de dejarnos llevar por sus sentimientos privados.

Marten no reaccionó.

El presidente permaneció delante de él, con la cara pegada a la suya:

—Lo está matando, ¿me entiende? Si no es que lo ha hecho ya.

Marten recuperó lentamente la compostura.

—Lo siento —dijo, finalmente—. Lo siento.

El presidente se quedó donde estaba todavía un momento, luego se volvió hacia Foxx. Tenía la cabeza ladeada, los ojos todavía hacia arriba debajo de los párpados. De la nariz le salía mucosidad y agua mineral que se desparramaban por encima del banco. Emitió un ronquido, tratando de coger aire y al mismo tiempo expulsar el líquido que le quedaba en las fosas nasales.

Al instante, Harris se inclinó encima de él y le sacó la servilleta de la boca. Se oyó un fuerte jadeo al llenársele los pulmones de aire.

—¿Me oye, doctor? —dijo el presidente.

No hubo respuesta.

—Doctor Foxx, ¿me oye?

Durante un momento largo no pasó nada, y luego vieron que el doctor hacía un leve asentimiento con la cabeza. El presidente le puso bien la cabeza y los ojos de Foxx aparecieron por debajo de los párpados para mirar a Harris.

—¿Me reconoce?

Foxx asintió, con un gesto casi imperceptible.

—¿Puede respirar?

Otra vez asintió. Esta vez más fuerte. Como su respiración.

—Quiero saber lo que están planeando para Oriente Próximo. Cuándo va a pasar, exactamente dónde, y quién más está involucrado. Si no me lo dice tendremos que repetir el tratamiento.

Foxx no respondió. Estaba allí inmóvil, mirando al presidente. Luego, con una lentitud infinita, sus ojos se desplazaron hasta Marten y su mirada se quedó allí.

—¿Qué está planeando para Oriente Próximo? —repitió el presidente—. ¿Cuándo va a pasar? ¿Exactamente dónde? ¿Quién más está involucrado?

Foxx permanecía en silencio e inmóvil, mirando a Marten. Luego su mirada volvió hacia Harris y sus labios se movieron:

—Está bien —resopló—. Se lo diré.

El presidente y Marten intercambiaron una mirada cargada de emoción. Finalmente, después de todo, obtendrían una respuesta.

—Cuéntemelo todo, todos los detalles —le exigió el presidente—. ¿Qué planean para Oriente Próximo?

—Muerte —dijo el doctor Foxx, sin ninguna emoción en absoluto.

Luego, con una mirada aguda a Marten, mordió con fuerza, haciendo rechinar los dientes.

—¡Cójalo! —gritó Marten, moviéndose hacia Foxx—. ¡Cójalo! ¡Ábrale la boca!

Marten apartó a un presidente estupefacto a un lado, agarró a Foxx por las mandíbulas y trató de separárselas. Pero fue demasiado tarde. Fuera lo que fuese,

había actuado con una rapidez extrema. Merriman Foxx estaba muerto.

94

14.25 h

Hap Daniels adelantó con su Audi marrón oscuro de alquiler a un autocar de turistas y aceleró por la empinada carretera que llevaba al monasterio benedictino de Montserrat. Una vez en el monasterio le tocaría buscar una aguja en un pajar, abrirse paso entre una masa de turistas para identificar a John Henry Harris sin peluquín y a Nicholas Marten, a quien sólo había visto una vez en persona, y muy brevemente.

Al mismo tiempo intentaría encontrar a una atractiva y joven fotógrafa francesa llamada Demi Picard que, como le había dicho el recepcionista del Regente Majestic, llevaba el pelo corto y vestía una chaqueta y pantalones azul marino. Y que probablemente iba acompañada de un hombre de mediana edad de raza negra y una mujer mayor de facciones europeas. A eso había que añadir el hecho de que se estaba basando en una retahíla de información que consideraba correcta pero que no tenía manera de verificar, y que se dirigía a un lugar en el que no había estado nunca antes. Por no recordar que se sostenía a base de una taza de café, adrenalina y veinte minutos de sueño.

Adelantó a otro autocar, a varios coches y luego viró por una curva cerrada. Al hacerlo levantó un segundo la mirada hacia los acantilados que tenía delante y tuvo una visión pasajera del monasterio y de la ladera sobre la que estaba construido. No sabía cuántas curvas más le quedaban o cuánto le faltaba por llegar.

Había llegado hasta aquí por la historia que le había contado a su adjunto, Bill Strait: el director adjunto del Servicio Secreto, Ted Langway, que todavía estaba en Madrid y trabajaba para la embajada de Estados Unidos, «lleva toda la mañana pidiéndome un informe detallado [lo cual era cierto]. Acaba de volver a llamarme [lo cual no lo era], así que no tengo más opción que hablar con él. Iré al hotel, me ocuparé de él y tomaré una ducha y una siesta de verdad, un par de horitas. Llámame al móvil si me necesitas».

Con esto puso a Strait oficialmente al mando, se aseguró de que las cosas quedaran coordinadas entre su equipo del Servicio Secreto y el vicepresidente, para la llegada de este último a la una del mediodía al aeropuerto de Barcelona, y luego se marchó al hotel Colón, donde el Servicio Secreto tenía reservadas una serie de habitaciones. Una vez en su habitación se dio una ducha rápida, se cambió de ropa, se

armó y salió por una puerta lateral. Al cabo de quince minutos estaba en su Audi marrón de alquiler saliendo de Barcelona en dirección al monasterio de Montserrat. Para entonces pasaban siete minutos de la una del mediodía. Siete minutos desde que el vicepresidente de Estados Unidos, Hamilton Rogers, había aterrizado en suelo barcelonés.

14.28 h

—Una píldora de suicidio. Una cápsula de veneno escondida en un molar superior derecho —dijo Marten, mientras se volvía hacia Harris después de examinar el cuerpo de Merriman Foxx—. Lo único que ha tenido que hacer es morder con fuerza para activarlo, y eso ha hecho. Ya había pensado en algo así, pero no se me ocurrió que podría llevarlo como implante permanente.

—Si alguna vez tuve dudas de lo comprometida que está esta gente, ahora ya no tienen sentido —dijo el presidente con tristeza—. Es lo mismo que debió de ocurrir en los campos nazis durante la segunda guerra mundial. Hitler, Goebbels, Himmler y el resto retronando con su cruzada genocida, mientras el doctor Mengele iba haciendo sus horribles experimentos en los campos de exterminio. ¿Quién sabe lo que habría ocurrido si alguna vez los hubiera podido aplicar a gran escala?

—La diferencia es que ahora nuestro doctor Mengele está muerto.

—Pero su plan no está muerto. Ni tampoco el de ellos —dijo Harris, de pronto—. Y nosotros no tenemos ni idea de cuál es. Nada de nada. —Apartó la vista abruptamente para quedarse ahí, distante y silencioso. Obviamente, pensaba en qué hacer a continuación.

Marten lo miraba. Se había excedido con Foxx y lo sabía. El presidente tenía razón, se había dejado llevar por sus emociones. Por Caroline, por todo lo que había significado para él durante tanto tiempo de su vida, había encauzado su rabia hacia aquel que la había asesinado. Por otro lado, estaba claro que el sudafricano estaba preparado desde hacía tiempo para quitarse la vida si era necesario. Era un profesional en el terreno del dolor humano y probablemente fuera muy consciente de su propio umbral de dolor, de cuánto era capaz de soportar sin hundirse, y ésta había sido la razón y el motivo de su implante; no era el miedo a la muerte sino el miedo de soltar información que pudiera perjudicar a su causa. Eso convertía el comentario del presidente sobre el grado de compromiso de aquella gente en algo aterrador. No eran un puñado de fanáticos; eran miembros de un movimiento altamente organizado, bien financiado y tremendamente peligroso.

—Presidente —dijo Marten de pronto—. Creo que podemos dar por sentado, sin mucho miedo a equivocarnos, que Foxx habrá confirmado su presencia aquí a sus «amigos» de Washington —dijo, mientras recogía la BlackBerry que Foxx se había

sacado del bolsillo y luego soltó cuando Marten lo atacó—. Apuesto a que intentaba ponerse en contacto con ellos cuando lo he tirado al suelo. Si no tienen pronto noticias de él, van a venir rápido a buscarle. Es lo que le he dicho antes: hay que avisar a Miguel y salir pitando de aquí. Volver a la zona de turistas y escondernos en alguna parte hasta que venga.

—No creo que hayan dejado toda la operación en manos de un solo hombre —dijo el presidente con calma, como si Marten no hubiera dicho nada—. No algo de la envergadura que estamos hablando. Tampoco creo que Foxx lo permitiera.

De inmediato, se volvió y anduvo más allá de las mesas con burbujas, hacia las jaulas que había al fondo de la sala.

—Si este lugar ha sido su cuartel general, es muy posible que sus informes estén aquí archivados, en algún lugar, probablemente todos digitalizados y en archivos informáticos. Si los encontramos tal vez obtengamos algún tipo de respuesta.

—Maldita sea, primo —Marten se estaba enfureciendo—. Lo está haciendo otra vez. Quiera o no creerlo, sus «rescatadores» vienen hacia aquí. Y cuando lleguen, le van a matar.

—Señor Marten, primo —dijo el presidente Harris, con voz calmada y sin emoción—. Agradezco lo que intenta hacer y lo que ya ha hecho. Pero es muy probable que aquí haya algo de una importancia inconmensurable, y no puedo correr el riesgo de no encontrarlo. Si quiere marcharse, lo comprenderé. Me parece bien.

—¿Si quiero marcharme? —Para Marten, esto era la gota que colmaba el vaso—. Intento proteger la vida del presidente de Estados Unidos, que es usted, por si se le había olvidado.

—Comprenda una cosa, primo. Este presidente no tiene ninguna intención de marcharse hasta que haya hecho todo lo que pueda para descubrir lo que esta gente ha tramado.

Marten lo miró fijamente. Sí, podía ser que encontraran algo que revelara los planes de Foxx en algún lugar de aquel sótano cavernoso, pero era mucho más probable que no fuera así. El mero hecho de encontrar un punto de partida ya les llevaría horas, incluso días, y no disponían ni de minutos. Por otro lado, sabía que, al menos, tenían que intentarlo.

Marten respiró hondo.

—Cualesquiera que fueran los archivos que Foxx pudiera guardar aquí —dijo, resignado—, no los tendría en la oficina exterior.

—Cierto —dijo Harris, sonriendo internamente. Estaba inmensamente aliviado al ver que Marten había vuelto al redil—. Y en el primer laboratorio y en éste tan sólo había experimentos y bancos de pruebas.

—Así pues, tiene que haber otras zonas que no hemos visto. —Marten se guardó el aparato electrónico de Foxx en el bolsillo, luego se acercó al cadáver, le dio la vuelta y le sacó del bolsillo la tarjeta electrónica que el doctor había utilizado para

entrar en aquellas cámaras. Se la entregó a Harris—. Dudo que tuviera la oportunidad de cerrarlo todo.

95

A la misma hora, 14.35 h

Hap Daniels llevó el Audi de alquiler hacia el aparcamiento del monasterio, que se encontraba atiborrado de coches y autocares de turistas. Delante de él y encima veía los edificios de piedra que comprendían la miniciudad propiamente dicha. Siguió avanzando, lenta, intensamente, con la posibilidad de aparcar el coche como idea más inmediata en la cabeza.

En circunstancias distintas habría ido directamente a seguridad, se habría identificado y habría solicitado su ayuda. Aparcar habría sido secundario. Pero ahora era distinto. No le podía decir a nadie quién era ni el porqué de su visita. Al mismo tiempo tenía que encontrar una plaza en la que poder dejar el Audi sin que se lo llevara la grúa, y en la que tuviera acceso inmediato a él si tenía que llevarse al presidente corriendo. Por todo ello, lo único que le quedaba hacer era conducir arriba y abajo por el aparcamiento hasta encontrar una plaza libre o ver a alguien que se marchara, como todo el mundo.

Hizo un giro y empezaba a bajar por el mismo carril por el que acababa de pasar cuando le sonó el móvil. Lo descolgó inmediatamente.

—Daniels.

—Hap, soy Bill. —La voz de Bill Strait resonó por el pequeño auricular.

—¿Qué ocurre?

—El Fumigador ha sido localizado.

—¿Cómo? —El corazón se le subió a la garganta.

—Ha sido llevado a un monasterio llamado Montserrat, en unas montañas cerca de Barcelona. Dos equipos de rescate de la CIA están de camino en helicóptero para recogerlo. Tienen previsto aterrizar en el monasterio a las 15.15 h.

—Bill —lo apremió Hap—. ¿Quién te ha dado esta información? ¿De dónde viene?

—Del jefe del Estado mayor en Madrid.

—¿Cómo diablos se ha enterado?

—No lo sé.

—¿Quién ha mandado a la CIA?

—¿Te refieres a qué persona concreta?

—Sí.

—Tampoco lo sé. Viene todo de la embajada en Madrid.

—Primero tendría que haber pasado por nosotros.

—Lo sé, pero no ha sido así.

—Dos equipos no es mucho.

—Hay más en camino desde Madrid.

—¿Se sabe algo del estado del Fumigador?

—Nada.

De pronto Daniels vio un Toyota verde que empezaba a salir de un espacio, seis plazas más adelante. Pisó el acelerador y el Audi salió disparado. Luego se paró de golpe y bloqueó el carril detrás del coche, esperando que el Toyota liberara totalmente la plaza.

—Hap, nuestro propio helicóptero está de camino. Te necesitamos aquí ahora. Levantamos el vuelo hacia Montserrat a las 15.20.

—Diez-cuatro, Bill, gracias. —Hap colgó—. ¿La CIA? —dijo, en voz alta. ¿Y sólo dos equipos? ¿Qué tipo de CIA era? ¿Operaciones regulares, o alguna rama especial bajo el ala del secretario de Defensa y los demás? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Y qué papel desempeñaba Bill Strait? ¿De qué lado estaba? ¿Y cómo iba a decirle a Bill que no podría incorporarse al helicóptero de camino a Montserrat porque ya se encontraba en Barcelona?

Justo en aquel momento, el Toyota salió de la plaza de aparcamiento y se marchó. Daniels pisó el acelerador del Audi y empezó a maniobrar para meterse en la plaza libre. En el mismo instante, una moto con sidecar le cortó el paso. Hap pisó el freno.

—¡Hey! ¡Estaba yo primero! —gritó por la ventana abierta.

—El primero que llega aparca —le dijo bruscamente el motorista, bajándose de su vehículo.

—¡Yo estaba primero!

El motorista lo ignoró y se quitó el casco apresuradamente, para luego guardarlo en el cofre de su vehículo.

—¡Saca esta mierda de aquí! —gritó Hap, mientras abría la puerta del coche y salía hecho una furia.

El motorista se largó y en cuestión de segundos desapareció por entre la muchedumbre que se dirigía a la plaza de enfrente de la basílica.

Hap lo miró, con la paciencia y el raciocinio prácticamente agotados.

—¡Ya te pillaré, hijo de puta! —masculló—. ¡Te pillaré y te daré lo que te mereces, cabronazo!

14.50 h

Todo eran colores e imágenes, como si estuviera flotando por un sueño.

Demi recordaba sólo fragmentos del mismo.

—Tenemos cosas que hacer —había dicho el reverendo Beck, apenas unos segundos después de que Nicholas Marten saliera del reservado del restaurante Abat Cisneros en busca del presidente. Demi recogió sus cámaras y su bolsa de material en un santiamén y cruzó la puerta detrás de Beck y de Luciana. A los pocos segundos cruzaban la plaza de delante de la basílica y se dirigían hacia el funicular que remontaba las montañas más arriba del monasterio, hasta la antigua ermita de Sant Joan.

Fue allí, cuando entraban en el vagón verde del funicular, cuando empezó a sentir una especie de euforia que no había experimentado nunca antes. Casi al mismo tiempo, los colores empezaron a intensificarse y la realidad a su alrededor —el reverendo Beck, Luciana, el monasterio, el mismo funicular y los turistas que se agolpaban dentro— empezó a desdibujarse. Tal vez fuera por algo que le habían echado al café. Fue un pensamiento fugaz que se disolvió hacia una agradable bruma, casi psicodélica, de carmesí translúcido, luego turquesa y luego de un tono siena. La envolvió un lento, suave y sinuoso azul oscuro matizado con amarillo.

De la mano de aquellas sensaciones tenía el vago recuerdo de estar andando por las ruinas de una antigua iglesia y ver un pequeño todoterreno aparcado junto a una pista estrecha de montaña. Un chófer joven y guapo permanecía junto al vehículo mientras el reverendo Beck la ayudaba a entrar en el asiento de atrás. Después le vino la sensación de que el vehículo arrancaba y luego aceleraba por un camino irregular. Beck parecía ir en el asiento, a su lado, y Luciana delante, al lado del conductor.

Pronto se encontraron viajando por un altiplano rocoso y luego el todoterreno vadeó un riachuelo de montaña y remontó una zona de coníferas. Más tarde bajaron hacia un pequeño valle lleno de pastos primaverales y en el que se empezaba a posar una fina capa de neblina. No mucho después pasaron debajo de un arco alto de piedra y luego, rápidamente, llegaron a las ruinas de otra iglesia antigua, ésta cerca del pie de una elevada formación rocosa. Ahí se detuvieron y salieron del coche, y Beck los condujo arriba de un sendero empinado y lleno de curvas.

Al cabo de unos momentos pasaron por debajo de otra formación rocosa elevada y cruzaron un puente de piedra natural, entre abismos que caían a más de treinta metros por ambos lados. El extremo del fondo quedaba a la sombra, y cuando lo alcanzaron Demi vio la entrada de una cueva grande y a varios monjes, ataviados con túnicas oscuras y con capucha, que hacían guardia a ambos lados de la misma.

—La iglesia dentro de la montaña —dijo Beck al entrar.

Dentro, la caverna se elevaba a una altura enorme y estaba iluminada por la luz parpadeante de lo que parecían mil velas votivas. Ahí había más monjes con túnicas y capuchas haciendo guardia. Luego penetraron en una segunda cámara. Como la primera, estaba iluminada con velas, sólo que ahí había estalactitas y estalagmitas que colgaban del techo y se elevaban del suelo en formaciones espectaculares.

Cuando estaban a medio cruzar esta segunda cámara Demi vio la iglesia. Era un lugar que, en el estado de euforia que todavía experimentaba, parecía ser el santuario que había estado esperando. Al entrar vio una serie de arcos de piedra que se levantaban hasta muy arriba de la nave para formar el techo, mientras que debajo había dos galerías de madera, una a cada lado y montadas sobre enormes maderas macizas, apoyadas a unos cuatro metros por encima de unas enormes piedras pavimentadas talladas a mano que hacían de suelo. Directamente delante, al fondo de la nave, había un altar ornado y pintado con pan de oro.

Demi se volvió para mirar a Beck, como si quisiera preguntarle sobre todo aquello, cuando vio a una joven con un vestido blanco y largo hasta los tobillos que se les acercaba. Tenía unos bellísimos ojos castaños y una sedosa cabellera negra que le caía hasta la cintura. Posiblemente fuera la criatura más bella que Demi había visto en su vida.

—Demi —la mujer hizo una amplia sonrisa al acercarse—, me alegro mucho de que hayas venido.

Demi se detuvo en seco. ¿Quién era aquella mujer que parecía conocerla? De pronto, su cara le resultó asombrosamente familiar. Pero ¿de qué la conocía? ¿Y de dónde o de cuándo? Entonces cayó en la cuenta: Cristina. Era la joven que compartió la cena con ellos en el Café Trípoli de Malta.

—Debes de estar cansada por el viaje —le dijo Cristina con calidez—. Permíteme que te acompañe a tu habitación, así podrás descansar.

—Yo... —Demi vaciló.

—Ve con ella, Demi —El reverendo Beck le sonrió, tranquilizándola—. Querías saber cosas del aquelarre de Aldebarán. Esto es parte del mismo. Esta noche verás más cosas. Y mañana, todavía más. Todo lo que querías saber, lo sabrás. Todo.

Demi lo miró —su sonrisa, su manera de ser—, mientras lo tenía delante. Casi al instante, el sentimiento de euforia se le desvaneció, como si los efectos de la droga extraña que se había tomado antes hubieran desaparecido de golpe. De pronto se acordó de sus cámaras y de la bolsa de material que llevaba al principio.

—Mis cosas —le dijo a Beck.

—Quieres decir esto —dijo Luciana, detrás de ellos.

Uno de los monjes encapuchados la acompañaba y llevaba las pertenencias de Demi. Le hizo una leve reverencia y se las entregó.

—Gracias —dijo ella, todavía aturdida por el desagradable recuerdo de su viaje drogada hasta allí.

—Por favor —le dijo Cristina, tomándola del brazo, y juntas cruzaron la nave hasta una zona que Demi todavía no había visto.

A medida que avanzaban, Demi miró las grandes piedras pavimentadas por las que caminaban. La mayoría estaban pulidas y brillaban intensamente por el paso de muchos pies a lo largo del tiempo. Además, casi todas tenían nombres grabados en ellas; nombres de familias, pensó. Lo más curioso era que no eran nombres españoles, sino italianos.

—Son tumbas familiares —dijo Cristina, en voz baja—. Debajo del suelo hay los restos terrenales de los muertos honrados, enterrados a lo largo de los siglos.

—¿Muertos honrados?

—Sí.

Demi oyó de nuevo la advertencia de su padre y al instante siguiente vio la cara atormentada del erudito octogenario sin brazos, Giacomo Gela. Al mismo tiempo, una voz que brotaba de lo más profundo de ella le susurró que había ido demasiado lejos, que éste era un lugar al que nunca debería haber venido. Entonces se giró bruscamente, como si quisiera encontrar una salida.

Luciana se había ido y Beck estaba solo en el centro de la sala, mirándola y al mismo tiempo hablando por un teléfono móvil. Detrás de él, al fondo de la nave donde terminaba la iglesia y empezaban las cuevas, cuatro de los monjes encapuchados hacían guardia. Entonces se dio cuenta de que ellos —y los de fuera, junto al puente de piedra, y sin duda otros que todavía no había visto— eran los guardianes de este lugar y que, con toda probabilidad, nadie entraba ni salía nunca sin su consentimiento.

—¿Te encuentras bien, Demi? —le preguntó Cristina.

—Sí —dijo—, estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

97

14.55 h

Maten y el presidente miraban boquiabiertos aquel horror. Ambos se habían quedado sin habla, apenas capaces de respirar. Habían entrado en el laboratorio más oculto de Merriman Foxx; casi como si el loco lo hubiera planeado de manera deliberada. De estar todavía vivo, podía haber tenido muy bien la audacia de mostrárselo él mismo; poco importaba que estuviera muerto. De una manera u otra parecía que había querido que lo vieran. O, más bien, que lo experimentaran.

Habían llegado hasta aquí porque no habían tenido alternativa. La tarjeta de seguridad que Marten sacó del bolsillo de Foxx sólo les permitía ir más adentro, no volver por donde habían venido. Podían entrar en una sala, cueva, pasillo o cámara por las puertas correderas de acero bruñido que daba acceso a cada uno de ellos, pero en cambio no podían salir por la misma puerta. El sistema de seguridad no lo permitía. La única salida era a través de una puerta similar al fondo de cada una de las estancias. Puertas que, una tras otra, llevaban cada vez más adentro del núcleo de la montaña y a otros laboratorios del doctor Foxx.

Los tres primeros tenían unas dimensiones poco más que medianas y eran salas bien iluminadas, ya fueran cuevas naturales o hubieran sido excavadas en la propia roca. Conectadas por los mismos túneles y pasarelas por los que habían pasado al principio, cada uno contenía la compleja maquinaria de un laboratorio bioquímico muy especializado. Desde el punto de vista del profano en la materia, los equipos parecían aparatos dedicados a la investigación y la aplicación agrícola avanzada. Entre ellos había máquinas que analizaban la presencia en el agua de varios contaminantes: virus, bacterias, sales, metales o elementos radioactivos.

Registraban cada una de las cámaras exhaustivamente y luego procedían a la siguiente. En ninguna de ellas encontraron nada parecido a un ordenador o un armario archivador, ni ningún tipo de aparato de almacenamiento de información, ni primitivo ni moderno. Lo que sí encontraron fueron pantallas de ordenador con teclados y ratones que sugerían que estaban todos conectados a una unidad central ubicada en otro sitio.

—Si antes no tenía claustrofobia, poco a poco la estoy sintiendo —dijo Marten cuando salían de la última cámara y se vieron inmediatamente forzados a avanzar a gatas por un pasadizo de casi siete metros de largo que corría por debajo de una roca enorme.

—No piense en eso —le dijo el presidente cuando llegaron al fondo y se levantaron para bajar por una destartada plataforma que cubría una parte especialmente húmeda de un pasadizo mal iluminado.

Este túnel bajaba haciendo una curva cerrada y luego viraba bruscamente hacia la derecha y bajaba todavía más. Por lo que supuso Marten, cada uno de estos tramos tenía unos ciento cincuenta metros de longitud, lo cual hacía que en total fuera, de lejos, la distancia más larga entre dos cámaras. Finalmente divisaron otra puerta de acero bruñido al final del túnel. Al alcanzarla, Marten pasó la tarjeta y se metieron por una entrada estrecha que llevaba a una sala a oscuras. Esta vez recogió del suelo un trozo pequeño de madera que se había roto de la pasarela y lo deslizó por entre la puerta y el marco de la misma para dejar una pequeña obertura que impidiera el cierre total. No era mucho, pero eso les permitiría volver a abrirla si querían, o si tenían que hacerlo. No lo habían hecho antes porque si elegían retroceder, sólo podrían hacerlo hasta la sala anterior, cuya puerta ya estaba cerrada. Pero esta vez lo hizo por una repentina e inquietante sensación de pavor, la sensación de que el espacio en el que

estaban a punto de penetrar no tenía nada que ver con nada que hubieran visto jamás, y de que volver al túnel tal vez fuera mucho mejor que permanecer donde estaban.

Cruzaron la antecámara medio a oscuras para detenerse a la mitad, ante una cortina transparente hecha de plástico grueso. Tenía un corte en medio, vertical de arriba abajo, que permitía la entrada. Fuera lo que fuese que había en el fondo, estaba a oscuras.

—¿Hay algún interruptor? —dijo el presidente.

—No veo ninguno. —Marten se acercó a la cortina, pasó una mano cuidadosamente por el corte de en medio, luego apartó la cortina y la cruzó.

Al instante, un sensor se activó y la estancia quedó inundada de luz.

—¡Oh, Dios! —exclamó Marten horrorizado al ver lo que tenía delante.

Una hilera tras otra de cuerpos humanos o miembros amputados alineaban los lados de dos pasadizos centrales que alcanzaban la longitud de un campo de fútbol, hasta el fondo de lo que era una enorme cueva de piedra caliza. Todos estaban metidos en grandes tanques llenos de algún tipo de líquido conservante. Unos tanques que, en otras circunstancias, podían haber estado llenos de peces tropicales o de langostas vivas.

Aturdidos por el espanto y la incredulidad, avanzaron en silencio con la última y más importante obra de Merriman Foxx ante sus ojos. Los cuerpos y miembros corporales flotaban como enterrados en sus propios sueños. Hombres, mujeres y niños de todas las razas y edades imaginables. Cada tanque llevaba una tarjeta escrita a mano con lo que parecía ser el número de espécimen, seguido de una fecha de entrada y salida. Las fechas y números de anteriores habitantes estaban pulcramente tachados encima. La observación más detallada revelaba que los cuerpos se conservaban en aquella solución durante unos tres meses antes de ser sustituidos. Las anotaciones estaban hechas en orden descendiente y revelaron que los primeros experimentos habían empezado diecisiete años antes. El significado de aquel período de espera de tres meses no estaba claro, aunque se podía suponer que tenía relación con alguna parte de las investigaciones de Foxx. Fuera cual fuese el objeto de la investigación, planteaba preguntas enormes. ¿Cómo se había seleccionado a aquella gente? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Dónde y cómo habían muerto? ¿Dónde y durante cuánto tiempo habían sido mantenidos con vida antes, y qué se les había hecho en aquel período? Y finalmente, ¿qué les había ocurrido a sus cuerpos, posteriormente a la muerte? En todos aquellos años debían de haber sido cientos, si no miles de ellos.

Y luego estaban los propios cadáveres. Trágicos, horribles, flotantes. Sus ojos, los que todavía conservaban los ojos, miraban sin vida a través del líquido. La expresión de todos ellos era casi la misma, de extremo dolor, como si suplicaran ayuda

desesperadamente, misericordia, la intervención de alguien, de cualquier cosa que los ayudara.

Curiosamente, en ninguno de ellos había rastro de rabia ni de sed de venganza. Estaba claro que no tenían ni idea de que eran víctimas de la acción humana ni sospechaban en absoluto que se les había hecho algo que su naturaleza no admitía.

A medio camino, Marten se volvió y miró al presidente.

—¿Sabe lo que representa toda esta gente?

—Al ciudadano medio.

—Sí. Y creo que ellos no tenían ni idea. Ni idea de que estaban haciendo de conejillos de indias. Se habían puesto enfermos, eso es lo único que sabían.

—Es la misma sensación que tengo yo —dijo el presidente Harris. Casi de inmediato le vino a la cabeza algo escalofriante—: ¿Y si el plan era éste? Esto era en lo que Foxx estaba trabajando y finalmente desarrolló a nivel de producción: enfermedad, bacterias. Un virus. Algún tipo de fuerza letal, rápida y potente, que pareciera totalmente natural y fuera incontrolable excepto por los autores de la misma.

—Una epidemia gestionada por el hombre.

—Una que no tenga aspecto de arma —dijo el presidente, mientras miraba un cuerpo flotante que tenía delante. Era una mujer, de veinticinco años como mucho, con los ojos suplicantes como todos los otros. Se volvió bruscamente hacia Marten—. El mundo ya se está preparando. De una manera u otra, este tema está en la prensa casi a diario. Ahora mismo, lo único que hace es alarmar a la población. Sus beneficiarios principales son el aumento de precios de las acciones de la industria farmacéutica y el incremento de poder de aquellos que ya lo tienen, y ambos declaran hacer todo lo que pueden para evitar el desastre. Y sin embargo, durante todo este tiempo, la amenaza real se está preparando.

El presidente se alejó de Marten para recorrer la hilera de tanques, para mirar deliberadamente a las víctimas, como si quisiera fijar para siempre en su mente el horror de lo que veía. Finalmente miró atrás, con los ojos inyectados de furia.

—Dios bendiga a toda esta gente y a los que han pasado antes que ellos. Y Dios maldiga a Merriman Foxx y a todos los que están involucrados en esto. Y que Dios nos ayude si lo que Foxx ideó y desarrolló ya ha sido puesto en marcha.

—Necesitamos muestras de tejidos —dijo Marten, apremiante, con la rabia ante la certidumbre de que Caroline Parsons había muerto por culpa de aquellos experimentos, apagado ante todo lo que había que hacer—. Tenemos que encontrar sus archivos. Sus notas, gráficos, cualquier cosa que nos podamos llevar. Tenemos que saber qué es esto.

De algún lugar se oyó un claro silbido. Los dos hombres levantaron la vista al mismo tiempo. A lo largo de las juntas del techo, cubriendo toda la longitud de la cámara, había espitas de gas hasta ahora ocultas. El silbido fue aumentando a medida que se abrían más espitas.

—¡Gas! —dijo Marten de repente—. Venenoso o explosivo, no lo sé. Apuesto a que estaba controlado por un cronómetro, a partir del momento en que se abrían las luces. ¡Aguante la respiración! ¡Salimos de aquí pitando!

—¡Muestras de tejidos! ¡Los archivos de Foxx! ¡Sus notas! —El presidente no quería irse sin todo aquello.

—Esta vez mando yo, primo —dijo Marten, mientras le tapaba bruscamente la boca y la nariz con una mano y lo arrastraba hacia la cortina de plástico al fondo de la sala—. Salimos de aquí. ¡Ahora!

98

A la misma hora, 15.11

Hap Daniels observó un helicóptero comercial que llegaba a la cima de la montaña, dibujó un círculo en el aire y luego descendió hacia el helipuerto del monasterio. Hap sabía lo que ninguno de los mirones y curiosos podía saber: el helipuerto de emergencias y de VIPs se acababa de convertir en pista de aterrizaje de una operación encubierta de la CIA ordenada para encontrar al presidente de Estados Unidos y sacarlo de allí.

Después del enfrentamiento con el tipo de la moto, Hap tardó casi veinte minutos en encontrar una plaza de aparcamiento autorizada que quedara cerca del helipuerto. Si, como sospechaba, los operativos venían por orden, seguramente ya sabrían en qué lugar del enorme complejo se encontraba el POTUS. Ignoraba cuántos eran, pero probablemente habría cuatro agentes de tierra más el piloto y, casi seguro, un copiloto. Luego llegaría el segundo helicóptero, dando círculos en algún lugar que todavía no se veía: un equipo de refuerzo que esperaría por si era necesaria su intervención. Daba igual si sabían o no la verdad, quién los mandaba y por qué, o si estaban toreando al Servicio Secreto, en cualquier caso serían efectivos de altísimo nivel cuya obligación era proteger la continuidad del gobierno y cuya única misión era rescatar al presidente y sacarlo de allí sano y salvo, rápida y discretamente, despertando la mínima expectación. Luego lo llevarían al jet de la CIA que el jefe de personal tenía dispuesto en un aeropuerto privado a las afueras de Barcelona, y desde allí a un lugar del cual el Servicio Secreto no tenía todavía datos. Lo que ocurriría después no quería ni pensarlo.

Todo esto dio a Hap una simple directriz: evitar que metieran al presidente en el helicóptero. De alguna manera tenía que llevarlo bajo su custodia antes de que

podrían ni siquiera acercarlo a la aeronave. Resultaría inmensamente difícil y peligroso, incluso si eran miembros legítimos de la CIA, porque la seguridad del presidente pasaba por encima de cualquier cosa, y cualquier persona —incluido él mismo— que tratara de interferir tenía muchos números para llevarse un disparo al instante.

Si no eran miembros auténticos de la CIA, o si formaban parte de alguna rama encubierta de la misma, o incluso de alguna fuerza militar de operaciones especiales que trabajaba a las órdenes del vicepresidente y los demás, su misión no sería difícil, sino lo más parecido a un suicidio que era capaz de imaginar.

Fueran quienes fuesen, su plan tenía que ser simple, y lo era: observar el aterrizaje, seguirlos hasta su destino y luego esperar y vigilar. Cuando sacaran al presidente y se acercaran al helicóptero empezaría su trabajo. Con el Audi aparcado allí cerca, su maniobra tendría que ser ultrarrápida y absolutamente decisiva. En otras circunstancias se debería aplicar un protocolo concreto: llamaría a un supervisor de la CIA de confianza y le diría que necesitaba el PDC (punto de contacto) de esa operación. Al obtenerlo, gritaría el nombre del hombre, mostraría sus credenciales del Servicio Secreto y diría que era el agente especial al mando y que iba a hacerse cargo del POTUS personalmente.

Pero estas circunstancias no eran «otras». Él era el último hombre entre el presidente y su vida o muerte. Tendría una sola oportunidad y le llegaría sólo en los segundos finales, cuando saliera de entre la muchedumbre, levantara sus credenciales del Servicio Secreto y gritara quién era, avisando a los operativos de que acababa de recibir información urgente acerca de una amenaza inminente a su operación y que los relevaba de su misión. Luego se llevaría al POTUS bajo su custodia y se irían corriendo al Audi. Y todo esto rezando para que el presidente entendiera el argumento con la misma rapidez con que ocurría la acción, confiara en él y ordenara a los operativos que se apartaran. El factor sorpresa, la precisión temporal, la ejecución y la pura suerte lo serían todo. El margen de error: cero.

El chirrido repentino del móvil interrumpió su discurrir mental. Lo sacó de su cinturón y miró el número que lo llamaba: Bill Strait. Eso significaba que el helicóptero del Servicio Secreto en Barcelona estaba listo para elevarse en dirección a Montserrat y Strait se estaba preguntando dónde demonios se había metido.

De pronto se le ocurrió que Strait le había dicho que el helicóptero de la CIA aterrizaría en Montserrat a las 15.15, mientras que el del Servicio Secreto no estaría listo para salir de Barcelona hasta las 15.20. En el momento no se le ocurrió, pero ¿por qué aquel retraso? ¿Quería alguien asegurarse de que la CIA llegaba al monasterio antes que el Servicio Secreto? Y si era así, ¿quién lo había planeado? ¿Alguien en la embajada de Madrid o Bill Strait?

—Roger, Bill —dijo Hap, al descolgar.

—¿Dónde demonios estás?

—¿Por qué habéis tardado tanto en tener listo el helicóptero?

—Estaban en el aeropuerto de Barcelona, repostando. Acababan de aterrizar cuando los he avisado. ¿Por qué?

—¿Los has avisado tú? ¿No el jefe de personal?

—Sí, yo. Hap, por Dios, estamos listos para salir. ¿Dónde estás?

—Id sin mí.

—¿Cómo?

—Estoy liado con otra cosa. Apareceré más tarde. Id sin mí. Es una orden.

Con esto colgó el teléfono.

—Maldita sea —masculló entre dientes.

¿Era el repostado simplemente una mala coincidencia o había algo más? ¿Podía fiarse de su adjunto?

15.15 h

A un estruendo atronador lo siguió un torbellino de polvo y escombros mientras el helicóptero aterrizaba en el helipuerto exactamente a la hora prevista. Inmediatamente, el piloto paró motores, las puertas se abrieron y cuatro hombres con gafas de sol y gabardinas oscuras saltaron del aparato. Se agacharon para evitar las aspas todavía en rotación y se alejaron rápidamente hacia la escalinata que llevaba a la basílica.

—Vamos allá —se dijo Hap Daniels—. Vamos allá.

99

15.22 h

Los efectivos se abrieron paso rápidamente por entre la muchedumbre que había delante de la basílica y luego, como una ola, giraron por una pasarela y desaparecieron de la vista.

Hap esquivó a un grupo de colegiales que caminaban en fila hacia la basílica, tratando de no perderlos de vista. En un momento se encontró en la pasarela que los efectivos habían tomado. Había turistas por todas partes. Masculló unos cuantos tacos

y siguió avanzando, buscando con la mirada la pasarela, temiendo haberse quedado demasiado atrás. Diez pasos más y los vio doblar hacia otra pasarela. Apartó a dos mujeres que charlaban entre ellas y siguió a los efectivos, con la mirada fija en el aparente cabecilla. Tenía como mucho treinta años, estaba muy en forma y tenía el pelo oscuro, muy corto, y una nariz especialmente ancha que parecía que se la hubieran roto más de una vez. Justo entonces llegaron a la confluencia de varias pasarelas y Narizotas se detuvo para situarse. En pocos segundos había tomado una decisión y se llevó a sus efectivos por otro sendero, uno alineado con velas rojas y blancas a lo largo de la pared.

Hap se mantenía a tanta distancia como podía, siguiéndolos a medida que iban doblando esquinas, hasta que desaparecieron por una de ellas. Ocho segundos más tarde rodeó la misma esquina y se arrimó a la pared. Se habían detenido frente a una puerta de madera maciza encajada en un arco de piedra. Narizotas abrió un panel que había junto a la pared y descubrió un teclado electrónico. Hap lo vio marcar un código de cuatro números y luego deslizar el panel de nuevo para cerrarlo y abrir el pomo de hierro de la puerta. Ésta se abrió y entraron rápidamente, cerrándola detrás de ellos.

15.26 h

Hap no tenía idea de adónde iban o cuánto tiempo tardarían en sacar al presidente. Deseó con todas sus fuerzas tener a Bill Strait y al resto de su equipo del Servicio Secreto allí, deseó también ponerse en contacto con uno de los supervisores de la CIA para saber quiénes eran aquellos efectivos, pero no tenía manera de saber si podía confiar o no en ellos. Era una situación que odiaba, pero así estaban las cosas. De pronto se le ocurrió que los operativos podían sacar al presidente por otra salida, por cualquier otro sitio del complejo monástico. Eso le hizo pensar que lo mejor era retroceder, volver a situarse cerca del helipuerto y actuar cuando estuvieran llevando al presidente hacia el helicóptero.

Cuando estaba dando la vuelta, empezando a rectificar, vio una figura familiar que salía de pronto de entre las sombras, al fondo de la pasarela, y que se dirigía hacia la puerta. Se detuvo bruscamente y observó al hombre abrir el panel y marcar cuatro números, como si conociera el código perfectamente. Inmediatamente después cerró el panel y llevó la mano al pomo de la puerta.

—¿Qué cojones...? —masculló Hap.

El tipo era el motorista. Estaba claro que no era ningún agente ni efectivo de la CIA, más bien parecía un mensajero que venía a recoger algo. Si los efectivos sacaban al presidente por esta puerta y al mismo tiempo el motorista entraba por ella, cualquier cosa era posible y el presidente estaría metido en un mal camino.

Hap avanzó justo cuando el hombre empujaba la puerta. Un milisegundo más tarde sacó una pistola Sig Sauer automática de 9 mm y se la puso al hombre detrás de la oreja:

—¡Alto! ¡No se mueva!

El tipo soltó un grito ahogado y se quedó petrificado. En un segundo Hap lo sacó de la puerta y lo volvió a llevar a la sombra, donde antes se ocultaba.

—¿Quién demonios es usted? —dijo Miguel Balius, mirándolo a los ojos.

100

15.32 h

—No importa quién soy yo —jadeó Hap—, sino quién es usted y adónde coño va.

—Tengo que reunirme con mis primos —dijo Miguel con cautela, muy consciente de que estaba ante el hombre a quien le había quitado la plaza de aparcamiento.

—¿Primos?

—Cálmese. Sólo era una plaza de aparcamiento.

—¿Qué hay ahí dentro? —dijo Hap, haciendo con la cabeza un gesto hacia la puerta del despacho de Foxx.

—No lo sé.

—¿Iba a entrar para encontrarse con sus primos pero no sabe qué hay dentro?

—No he entrado nunca.

—¿No?

—No. —Miguel se mantuvo firme.

Hap volvió a mirar hacia la puerta abierta. De momento no había ocurrido nada, al menos por lo que podía ver desde allí. Volvió a mirar a Miguel.

—Yo tampoco. Vamos a descubrirlo juntos.

15.34 h

Cruzaron la puerta lentamente y se encontraron en una estancia a media luz. Miguel iba primero como escudo, con la Sig Sauer de Hap apretada contra la oreja. Estaban en una sala grande con unas butacas de respaldo alto colocadas a lo largo de

una pared, una estantería enorme en la otra y una gran mesa de despacho de madera al fondo. Justo detrás de ésta, un poco a la derecha, había una puerta de madera tallada, cerrada, encajada en una nave abovedada. Eso era todo. Ningún agente de operaciones especiales, ni rastro de ellos. Sólo silencio.

—¿Adónde lleva esta puerta?

—Ya se lo he dicho antes, no lo sé.

—Suponga que lo averiguamos —dijo Hap, empujándolo hacia ella.

—¿Quién es usted? —preguntó Miguel con cautela mientras avanzaban. Estaba claro que el problema no era el aparcamiento; aquello había sido casual. Este hombre era un profesional, y era americano. Pero ¿para quién trabajaba? ¿Para Foxx? ¿Para los cuatro que había visto entrar? ¿O era uno de los perseguidores que sus «primos» intentaban evitar? ¿O tal vez se trataba de algo totalmente distinto?

Hap no le respondió y apartó la vista de la puerta para mirar hacia atrás. Miguel podría haber utilizado ese instante de distracción para tirarlo al suelo y salir corriendo, pero no había venido aquí para hacer cosas así, ni siquiera bajo esas circunstancias. Estaba aquí por sus «primos». Llevaba más de tres horas esperando al pie de la montaña sin tener noticias de ellos y la ansiedad le había empezado a carcomer por dentro. Estaba seguro de que la falta de noticias se debía a algún problema que habían tenido, y por eso abandonó la limusina y tomó prestada la moto con sidecar de un tío suyo que vivía en el cercano pueblecito de El Borrás, luego la subió a toda velocidad hasta el monasterio y la metió en la plaza de aparcamiento, adelantando a aquel americano. Y ése también fue el motivo por el que entró en el restaurante y se enteró por el camarero de que sus primos se habían reunido con Merriman Foxx en el reservado, y que luego habían salido con él en dirección al despacho que sabían que Foxx tenía allí. Ahora estaba en aquel despacho buscando a sus «primos». Fuera quien fuese ese hombre, armado o no, no pensaba permitirle que hiciera daño a ninguno de los dos.

—Un momento. —Hap se detuvo de pronto y escuchó.

No se oía nada, ni una mosca. Algo pasaba. Habían entrado cuatro efectivos de operaciones especiales. La única otra salida aparte de la puerta de delante era aquella otra del fondo, y deberían haber salido por ella. Si tenían al presidente y tenían que volver a salir por aquí, convendría que uno de ellos se hubiese quedado allí apostado.

Fue entonces cuando Hap se dio cuenta del terrible error que había cometido. Los agentes sí tenían otra salida y la habían elegido.

—¡Maldita sea! —exclamó, alejándose de Miguel y dirigiéndose a la puerta de entrada.

En aquel mismo instante, un estruendo sordo sacudió el edificio entero, como un terremoto. Hap y Miguel cayeron al suelo, una avalancha de libros se desprendió de las enormes estanterías, polvo y escombros llovieron del techo.

Hap se levantó al instante, sin saber muy bien qué había ocurrido, y trató de recuperar el control de la situación, agitando su Sig Sauer de 9 mm hacia Miguel.

—¡No, no! ¡No lo haga! —gritó Miguel, agitando los brazos hacia arriba.

Justo en aquel momento, la puerta del fondo de la sala se abrió de golpe y los operativos aparecieron a la carrera. El Narizotas delante; un segundo agente, pelirrojo, con el pelo muy corto y sin chaqueta, iba detrás de él. Los dos llevaban pistolas automáticas en las manos. Los seguían los otros dos tipos. Llevaban a un hombre entre ellos, cogido por los brazos y arrastrando los pies. La chaqueta del pelirrojo tapaba a este último para que no pudiera ser identificado.

—¡Agente Especial Daniels, Servicio Secreto de Estados Unidos! —gritó Hap, mostrando su identificación del Servicio Secreto con la mano izquierda y con la Sig Sauer en la derecha, a un lado—. Quedan relevados de la misión. Tomo al presidente bajo mi custodia.

—No es posible —dijo el Narizotas, sin ápice de emoción.

—Repito: quedan relevados de su misión —dijo Hap, mostrando su Sig Sauer—. No me lo pongan más difícil.

—No. —Narizotas y el pelirrojo levantaron sus automáticas al mismo tiempo.

Hap se contorsionó a un lado al tiempo que una ráfaga de disparos impactaba contra la pared frente a la que se encontraba unos instantes antes. Los otros operativos corrieron hacia la puerta. Cuando pasaron por su lado, Miguel arremetió hacia su «primo» cubierto con la chaqueta.

Sorprendidos por el gesto repentino de Miguel, los agentes se apartaron. Al hacerlo, la chaqueta cayó al suelo y el sujeto quedó al descubierto, el cuerpo inerte, la cabeza desplomada a un lado. No era el presidente; era Merriman Foxx.

Ahora el Narizotas estaba ya en la puerta.

—¡Sacadlo de aquí! —les gritó a sus compañeros, y luego le soltó una ráfaga a Miguel, mientras éste saltaba detrás de la mesa de despacho. Al mismo tiempo, el pelirrojo apuntó con su automática a Hap, pero fue demasiado tarde. Hap ya estaba disparando desde el suelo.

¡¡BUM, BUM, BUM!!!

Hap vio que sus balas hacían reventar el brazo derecho del pelirrojo. El tipo gritó y el Narizotas lo sacó a rastras por la puerta, disparando una ráfaga hacia Hap mientras lo hacía. Los otros los siguieron a toda prisa, mientras intentaban volver a cubrir a Foxx con la chaqueta y lo arrastraban con ellos. Una vez fuera, Narizotas volvió a asomarse al interior de la sala y disparó una ráfaga en todas direcciones, como para asegurarse que los hombres de dentro no saldrían a perseguirlos.

Hap estaba tumbado en el suelo pero no sabía por qué. Recordaba vagamente al motorista agachado encima de él, comprobando su arteria carótida, metiéndole un pañuelo de tela por debajo de la camisa y apretándolo fuerte en el hombro izquierdo. Luego se había dado la vuelta bruscamente y se había marchado. A partir de eso, la memoria se le empezaba a desvanecer y prácticamente se quedaba en blanco. O tal vez se hubiera quedado en blanco del todo. Lo que le hizo reaccionar fue el sonido de las sirenas de emergencia en el exterior y el pitido de su teléfono móvil, que podía ver claramente tirado en el suelo, cerca de él, junto a la Sig Sauer automática. Se movió lentamente y se tocó la pistola automática Steyr TMP que le había caído del arnés, un arma que llevaba colgada del hombro desde el principio pero que todavía no había tenido la oportunidad de utilizar. Fue entonces cuando vio regresar al motorista.

—Vamos —dijo—. Ha recibido una bala, o tal vez dos, en el hombro izquierdo. La policía y los bomberos están de camino. Trate de levantarse.

Hap lo miró:

—¿Quién demonios es usted?

—Me llamo Miguel Balius. ¡Haga el favor de levantarse!

Miguel agarró a Hap del brazo bueno y tiró de él hacia arriba para apoyarlo en la pared mientras recogía su móvil y la Sig Sauer. Luego volvió a tomarlo del brazo bueno y lo llevó rápidamente en dirección a la puerta.

El aire fresco los envolvió cuando salieron fuera, la moto estaba allí al lado. Miguel lo ayudó a subir al sidecar, luego subió a la moto, la puso en marcha y salieron sendero abajo a toda velocidad mientras unidades de los bomberos y de la policía corrían hacia ellos. Una pared de hombres y mujeres uniformados iba de puerta en puerta, comprobando si había gente herida a consecuencia del terremoto o lo que fuera que había sacudido los edificios con tanta violencia.

Miguel llegó al final del sendero y giró por otro con la moto. Casi en el mismo momento, un rugido intenso y acompasado les llegó desde el otro lado de la basílica. Medio segundo después vieron el helicóptero de los agentes de operaciones especiales levantándose por encima del edificio, sosteniéndose un momento en el aire y luego virar hacia el norte.

Jake Lowe y el doctor James Marshall estaban solos en la sala especial de comunicaciones instalada en su suite. Sin americana, con la camisa arremangada y la corbata aflojada, Lowe caminaba impaciente arriba y abajo con teléfono protegido pegado al oído. Marshall, con sus dos metros de estatura, se sentaba frente a una mesa de trabajo en el centro de la habitación con dos portátiles delante, un bloc de notas debajo del brazo y unos auriculares conectados a la línea protegida de Lowe.

—Caballeros —dijo Lowe al teléfono, y luego hizo una pausa brusca, como si quisiera asegurarse de que lo siguiente que diría quedaba absolutamente claro—. Así es cómo están las cosas —dijo, finalmente—: Los agentes de operaciones especiales han ido y vuelto del monasterio. El doctor Foxx ha sido hallado muerto en uno de sus laboratorios «limpios». Sus restos han sido evacuados después de una breve refriega con el Servicio Secreto. Los operativos no se han identificado, ni tampoco han identificado al doctor Foxx. Se han ido del monasterio en un helicóptero civil sin más incidentes.

»No han encontrado ni rastro del presidente. Repito: ni rastro del presidente. No obstante, una comunicación previa con Foxx había confirmado su presencia y la de Nicholas Marten en el monasterio.

»El cuerpo del doctor Foxx ha sido encontrado en uno de los laboratorios “limpios” más ocultos y hay fuertes indicios de que se ha enfrentado a una situación hostil. Puesto que ni el presidente ni Marten han sido hallados en la escena, y teniendo en cuenta que cualquier puerta que pudieran haber utilizado para escapar estaba cerrada electrónicamente detrás de ellos, debemos suponer que han salido por la única ruta disponible, y ésta es el túnel que lleva a la parte posterior del laboratorio en el que se ha encontrado al doctor Foxx.

»Muy poco antes de la llegada de los operativos se ha producido una explosión en ese túnel. Lo más seguro, caballeros, es que haya sido el resultado de un mecanismo que Foxx habría instalado durante la construcción del mismo.

Caballeros.

Éstos estaban conectados a la misma transmisión protegida y repartidos por toda Europa y Estados Unidos: el vicepresidente Hamilton Rogers y el jefe de personal del presidente Harris, Tom Curran, en la embajada estadounidense en Madrid; el secretario de Estado David Chaplin en la embajada estadounidense en Londres; el secretario de Defensa Terrence Langdon en los cuarteles generales de la OTAN en Bruselas; el jefe del Estado mayor y general de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, Chester Keaton, en la oficina de su casa de campo de Virginia.

—¿Debemos creer que el presidente está muerto? —preguntó Terrence Langdon desde Bruselas.

—Terry, soy Jim —intervino Marshall—. No creo que podamos suponer nada. Pero basándonos en la información recibida antes de Foxx y por lo que los de operaciones especiales han observado, es casi seguro que él y Marten estaban en el túnel en el momento de la explosión. Si éste es el caso, hay muy pocas posibilidades.

Mejor dicho, déjenme matizar este punto: no hay ninguna posibilidad de que ninguno de los dos haya sobrevivido.

—Sabemos que Foxx estableció una línea sucesoria en el caso de que algo le sucediera. Así era como gestionaba los programas secretos en la Décima Brigada Médica. Permítame que le haga una pregunta muy directa: ¿podemos seguir adelante sin él?

—Afirmativo —dijo Marshall—. Sin duda. Es sólo cuestión de avisar a su cadena de mando.

—¿Conocemos los detalles de lo que le ha ocurrido? ¿Estaba el presidente allí e involucrado en el suceso?

—No lo sabemos. Pero, sea lo que sea lo que ha ocurrido, no podíamos permitir que su cuerpo fuera encontrado y luego se abriera una investigación.

—La gente del monasterio lo habrá visto.

—Iba y venía continuamente. Tenía su despacho, los laboratorios que enseñaba abiertamente a la gente. Se habrá ido justo después de salir del restaurante. Eso no será un problema.

—Pero el Servicio Secreto... —dijo el general Keaton, desde Virginia—. Los agentes que estaban allí harán un informe, si no lo han hecho ya. Y entonces, ¿qué?

Lowe miró a Marshall, luego volvió a dirigirse al teléfono:

—Había dos hombres, Chet. Sólo uno de ellos se identificó como miembro del Servicio Secreto. Era el SAIC del presidente, Hap Daniels. El otro no sabemos quién era. Tampoco sabemos cómo llegó ninguno de ellos hasta allí. Pero a Daniels le dispararon y no hemos sabido nada más de él. Cuando se presente, si es que lo hace, las órdenes son que nos lo traigan directa e inmediatamente para que dé parte de su misión. Una vez eso ocurra, será informado de que los cuatro agentes de operaciones especiales que se encontró eran comandos de las Fuerzas Especiales Sudafricanas que obedecían órdenes de repatriar secretamente al doctor Foxx a Sudáfrica para ser interrogado sobre sus trabajos en la Décima Brigada. Las circunstancias bajo las que ha sido encontrado hacen que la versión políticamente recomendable sea que fue encontrado muerto en su residencia de Malta. El gobierno sudafricano ha enviado sus disculpas por cualquier perjuicio que haya provocado la herida del agente Daniels.

—No me gusta.

—No nos gusta a ninguno de nosotros, pero es lo que hay. Además, él no tiene ni idea de quiénes eran esos efectivos, y desde luego tampoco ha encontrado al presidente. Y si dice que ha acudido a Montserrat basándose en información de nuestra embajada en Madrid, se le señalará que todos los afectados creyeron erróneamente que la información venía de la CIA, y no de los sudafricanos.

—Si ha habido una explosión en el túnel, alguien entrará a comprobarlo —dijo el vicepresidente Rogers, mostrando su preocupación—. Y entonces, ¿qué ocurrirá cuando encuentren el cuerpo del presidente?

—No lo harán —dijo Lowe con una fría seguridad—. Ese túnel lleva al laboratorio número seis de Foxx, el peor. Tal y como Foxx lo describió, fue diseñado para destruirse automáticamente si no se marcaba el código correcto al entrar, y al mismo tiempo cualquier acceso a él quedaba bloqueado. Si es lo que ha ocurrido, y según los operativos que han estado allí debemos suponer que así ha sido, ahora mismo ese túnel está bloqueado por un trozo de roca de cien mil kilos apoyado contra la puerta del último de los laboratorios de Foxx en el monasterio. El otro extremo está sellado por mil metros cúbicos de tierra desprendida. Foxx era un perfeccionista. Lo que hay allí parecerá un desprendimiento natural de tierras ocurrido en la galería de una antigua mina. No habría motivo para suponer que hay alguien dentro. Es una larga cadena de galerías que las autoridades suponen selladas desde hace décadas.

—Caballeros —intervino Marshall—, a menos que el presidente estuviera en el laboratorio mismo, lo cual es perfectamente posible, el único otro lugar en el que podía estar es la propia galería. Si está allí, no tiene manera de salir. Haga lo que haga, se convertirá en su tumba, si no lo ha hecho ya. Ya discutiremos más adelante cómo sacaremos a la luz la versión oficial de lo ocurrido y cómo recuperaremos el cadáver. De momento, y por suerte, él y sus ideas ya no son un problema. Ahora necesitamos avanzar y rápido.

—De acuerdo —dijo Chaplin, el secretario de Estado, desde Londres.

—Jim... —intervino Langdon desde Bruselas.

—Sigo ahí, Ferry —dijo Marshall.

—Vamos jodidamente mal de tiempo. La aprobación final para lo de Varsovia hay que darla ya.

—Yo estoy de acuerdo.

—Votemos —dijo Langdon.

Su propuesta fue seguida de un coro inmediato y unánime de «de acuerdo».

—¿En contra?

Desde Madrid, Londres y Bruselas; desde la Virginia rural; de los hombres de la suite del hotel Grand Palace de Barcelona, sólo se hizo el silencio.

—Entonces el vicepresidente firmará la orden de Varsovia de inmediato —dijo Lowe—. ¿Correcto, Ham? No hay marcha atrás por tu parte, supongo.

—Estoy en esto al cien por cien, Jake, ya lo sabes. Todos lo sabéis. Siempre lo he estado, no me echaré para atrás —dijo el vicepresidente, Hamilton Rogers, desde Madrid—. Chet, tú te encargarás de confirmar la operación Varsovia cuando esté operativa.

—Sí, señor, desde luego. —La voz potente del general Chester Keaton retronó a través de cinco mil kilómetros de océano.

—Correcto —dijo Lowe—, entonces ya estamos y podemos proceder. Nos vemos en Varsovia, caballeros. Gracias y buena suerte.

Con esto Lowe colgó el teléfono y miró a Marshall:

—Me gustaría sentirme aliviado pero, no sé porqué, no lo estoy.

—Estás pensando en el presidente.

—No lo sabemos seguro, ¿no? ¿Qué pasa si, por alguna casualidad, está vivo y sigue ahí dentro?

—En ese caso le queda un buen rato de excavación —dijo Marshall, quitándose los auriculares, luego se levantó y se dirigió a una mesa lateral para servir unas copas: whisky de malta solo, un trago doble para cada uno. Le ofreció una copa a Lowe.

—Faltan menos de cuarenta y ocho horas para Varsovia.

El vicepresidente cree que está al mando, y los otros lo aceptan. Incluso si el presidente consiguiera darnos una sorpresa, le resultaría imposible hacerlo en tan poco tiempo. Y si lo lograra, la única salida que tendría sería por debajo, por encima o a través de esa roca monstruosa de cien mil kilos, para acabar en las cámaras de Foxx. Lo hace, se nos aparece como un Jesucristo y lo sacamos de allí de inmediato. Al cabo de poco se nos muere de un ataque al corazón y el vicepresidente se convierte automáticamente en el presidente. Es un poco inquietante, sí. Pero sea como sea, sigue en nuestras manos.

Lowe lo miró fijamente:

—¿Tenemos efectivos a la espera, por si aparece?

—¿En el despacho de Foxx?

—O en cualquier otra parte.

—Jake, no puede ocurrir.

—¿Tenemos efectivos a la espera? —dijo Lowe, vocalizando exageradamente.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, joder. Quiero efectivos apostados en las cámaras de Foxx y en cualquier otro rincón por el que pueda aparecer como un conejo de Pascua. Dentro, fuera, del derecho y del revés. Ahí arriba hay todo un entramado de galerías de antiguas minas. ¿Qué pasa si ha logrado escapar de la explosión y está vivo y atrapado en una de ellos, intentando buscar una salida? ¿Y si la encuentra? ¿Qué hacemos entonces?

—Para eso precisaríamos muchas fuerzas.

—Señor asesor de Seguridad Nacional, estamos en guerra, por si no se había dado cuenta.

Marshall miró a Lowe durante un largo instante y luego brindó su copa con la de él.

—Si así lo quieres, se hará.

Lowe no se inmutó; permaneció allí quieto, con el vaso en la mano.

—Ten un poco de fe en tu propia organización, hombre —dijo Marshall—. ¡Un poco de fe!

Lowe se acabó la copa de un sorbo y la dejó sobre la mesa.

—La última vez que tuve ese tipo de fe fue en un hijo de puta llamado John Henry Harris. Veintidós años de fe, Jim. Todo iba bien con él, hasta que se estropeó. Así que, hasta que le tengamos o podamos confirmar su muerte, no sé nada de nada.

—La mirada de Lowe se levantó para mirar a Marshall y quedarse ahí fijada—. Nada de nada.

103

16.50 h

Cerillas.

El presidente llevaba las cerillas encima desde el incendio de distracción que provocó en la estación de tren de Barcelona para escapar de la policía española. Según el cálculo de Marten, les quedaban once. Habían utilizado siete para llegar hasta donde estaban, en medio de la oscuridad total del túnel. Podía oír respirar al presidente y sabía que estaba descansando en algún punto cercano.

—¿Está bien? —preguntó, a oscuras.

—Sí. ¿Y usted? —respondió la voz del presidente.

—De momento sí.

Habían salido del siniestro laboratorio de Foxx a las 15.09, escapando de las ráfagas de gas que salían de las espitas de la sala, y se volvieron a meter en la galería por la que habían llegado. El problema fue que la puerta del fondo de todo estaba cerrada y que no había ninguna otra entrada. Eso significaba que no tenían adonde ir, excepto el laboratorio de los horrores del que acababan de escapar. Eso les dejaba sólo el túnel en el que ahora se encontraban y no les dejaba ninguna otra opción que esperar hasta que el gas saliera de la cámara de Foxx y el hueco se llenara de él. Fue en aquel momento de pavorosa consciencia cuando sintieron una levísima caricia de aire fresco. Le siguieron el rastro durante unos siete metros y encontraron una pequeña abertura en la pared del túnel, lo bastante ancha para que un hombre se colara por ella. Al fondo se veía un pasaje de roca arenisca que bajaba bruscamente y luego se convertía en poco más que una galería baja por la que se podía pasar a gatas. Marten encendió una cerilla y pudieron ver que seguía durante unos diez metros más antes de hacer una curva y desaparecer de sus vistas. Desde donde estaban no tenían manera de saber si acababa allí o si seguía tras la curva. Pero estaba lleno de aire fresco y no se atrevieron a volver al túnel principal, así que se metieron por ahí. Primero Marten, arrastrándose sobre los codos y los pies, y detrás el presidente, imitándolo.

Al final de los diez metros, el túnel hacía una curva cerrada y tuvieron que virar lentamente por ella. Siguió avanzando totalmente a oscuras unos treinta metros

más hasta que el pasaje daba lugar de pronto a una cavidad más grande, donde pudieron ponerse de pie. Otra cerilla les sirvió para darse cuenta de que se encontraban en lo que parecía ser la antigua galería de una mina, con unas vías oxidadas para vagonetas que transcurrían por el centro. Al parecer, habían llegado a él por el medio, de modo que saber en qué dirección les convenía avanzar era cuestión de pura adivinación. Y así lo hicieron. Giraron a la derecha y se alejaron a oscuras, usando las vías como guía. El reloj de Marten marcaba las 15.24.

Siete minutos más tarde, a las 15.31, el túnel giraba a la izquierda y ellos siguieron avanzando por él. A las 15.37, una explosión atronadora sacudió toda la montaña. El techo del túnel se hundió unos quince metros más atrás de ellos y, en pocos segundos, toda la cavidad se llenó de una polvareda asfixiante.

Al instante se echaron al suelo, abrazándolo, temerosos hasta de respirar. Luego, tapándose la nariz con las manos, tosiendo y escupiendo y siguiendo todavía las vías de las vagonetas, se arrastraron en la única dirección por la que podían avanzar.

Hacia las 15.50 casi todo el polvo se había posado y se levantaron y siguieron andando, uno detrás del otro, el de atrás aferrado al cinturón del de delante para que nada los separara en medio de la densa oscuridad, dispuesto a tirar de él en caso de que el suelo desapareciera de pronto debajo de sus pies.

A las 16.32 oyeron un rumor de agua y se detuvieron. Otra cerilla les sirvió para ver que el túnel seguía bordeando una curva y, al mismo tiempo, había un pequeño estanque de agua subterránea por donde la pared del túnel tocaba al suelo. Agua para beber y para limpiarse el polvo de la cara y los ojos.

—Usted primero, primo —tosió el presidente.

Marten sonrió:

—Ah, claro, que el plebeyo pruebe si el agua está envenenada antes de que la beba el rey.

Marten vio la sonrisa del presidente justo cuando la cerilla se le apagaba. El momento fue efímero, pero la terrible oscuridad que le siguió fue un instante de humor compartido. No era mucho, pero era algo.

Luego bebieron, se quitaron un poco el polvo y se sentaron a descansar.

Hap Daniels estaba sentado al borde de la cama, mirando cómo el joven médico le vendaba el hombro. Estaban en la estrecha habitación de arriba de una casita junto al río Llobregat, a las afueras de El Borras, un pueblecito de un valle al noreste de Montserrat. La casa era propiedad de Pau Savall, el tío de Miguel, albañil y pintor, que era quien le había prestado la moto con sidecar a Miguel y quien le había dejado esconder la limusina detrás de su casa.

—Es usted muy afortunado —dijo, con voz tranquila—. Las dos son heridas leves del tejido blando. Descanse esta noche y mañana se podrá ir.

Miguel le tradujo lo que el médico decía.

—Tiene dos heridas, ambas en el tejido blando. Las balas lo han atravesado. Le dolerá bastante y sentirá rigidez. Quiere que descanse hasta mañana.

—Tiene mucha suerte, amigo —volvió a decir el médico, en un pobre inglés—. Sólo Dios sabe el motivo de estas cosas. Por eso tiene usted un amigo como él —dijo, señalando a Miguel—. Es un regalo de Dios. Y ahora, si me disculpa, mis hijos me esperan para cenar.

Luego le dijo algo a Miguel en castellano y ambos salieron de la habitación.

Hap los vio detenerse un momento ante la puerta y cómo el médico le daba algo a Miguel, y luego los dos se marchaban.

17.20 h

Hap tomó aire y se pasó una mano por el hombro vendado, recordando el doloroso viaje de bajada del monasterio en el sidecar. Le pareció que duraba una eternidad, pero en realidad fueron poco más de veinte minutos. Y veinte minutos más tarde llegó el doctor.

Para entonces ya se había tomado dos buenos tragos de coñac local, se había enterado de quién era Miguel, de quiénes eran los dos hombres a los que llamaba sus primos, y que el motivo por el que Miguel le había ayudado era que se había identificado como agente del Servicio Secreto y había arriesgado su vida para salvar al hombre que confundió con el presidente.

Se enteró también de que Miguel era el conductor de la limusina que había llevado al presidente y a Marten a Montserrat desde Barcelona, y de cómo lo había hecho para enterarse del código que servía para entrar en el despacho de Foxx.

Miguel había ido al restaurante del monasterio para encontrar a sus «primos». El jefe de camareros los había visto salir con Merriman Foxx en dirección al despacho del mismo. Estaba casi en la puerta cuando llegaron los de operaciones especiales, y entonces él se escondió rápidamente en la sombra. Cuando el Narizotas marcó el código de entrada, él lo miró atentamente: había marcado 4-4-4-2. Tenía facilidad para recordar números como consecuencia de su afición a la lotería, en la que invertía

demasiado dinero y de la que recordaba demasiados números por su esperanza de ganar algún día.

Fue entonces cuando Hap se enteró de que Foxx era la figura de pelo blanco y desplomada que los agentes especiales estaban sacando. Conocía sólo su reputación por las sesiones del subcomité secreto sobre terrorismo. Nunca lo había visto, ni siquiera en foto, hasta el momento en que Miguel se abalanzó sobre los agentes pensando que llevaban al presidente e hizo caer la chaqueta, dejándolo al descubierto.

Lo que no se explicaba era por qué el presidente tenía tanto interés en Foxx como para arriesgarse a ir hasta Montserrat, hasta que Miguel le confirmó parte de lo que él ya había empezado a sospechar: que los «amigos» del presidente en Washington planeaban una acción en la que el presidente se negaba a participar, un genocidio contra los estados musulmanes, y que Merriman Foxx era el ingeniero al mando de la operación. El presidente no tenía detalles del plan y ésta era la razón por la cual él y Marten habían ido al monasterio: para obligar a Foxx a desvelarles las particularidades del mismo, en un esfuerzo por abortarlo. Ahora no tenía manera de saber si lo habían logrado o no.

17.35 h

Miguel volvió a entrar en la habitación con un vaso de agua y un sobre pequeño.

—Tómese esto —le dijo, ofreciéndole el vaso a Hap y sacando un par de grageas del sobre—. Son para el dolor. Me las ha dado el médico. Aquí hay más.

Le dejó el sobre en la mesilla de noche.

—Cuando los agentes se han marchado y después de que yo perdiera el conocimiento, usted ha entrado en el despacho de Foxx por aquella puerta —dijo Hap, bebiendo un poco de agua pero sin tomarse las pastillas—. Supongo que para ver si veía al presidente. No lo ha encontrado o no estaríamos aquí. ¿Había algún rastro de su presencia?

—Por favor, tómese el medicamento.

—¿Ha estado allí el presidente? —le apremió Hap, exigente—. Y si es así, ¿dónde demonios ha ido, para que los agentes no lo hayan encontrado?

—Mi tío está abajo con su mujer —dijo Miguel, en voz baja—. Sólo ellos dos y el médico saben que está usted aquí.

Vendrán a verle antes de acostarse. Son de confianza. Le proporcionarán cualquier cosa que quiera o necesite.

Miguel se dirigió hacia la puerta.

—¿Se marcha?

—Lo veré cuando vuelva.

—Tiene mi BlackBerry.

—Sí. —Miguel se la sacó del bolsillo de la americana y luego retrocedió para dársela a Hap.

—¿Y los rifles? Había dos.

Miguel se abrió la chaqueta, sacó la Sig Sauer automática de su cinturón y la dejó encima de la mesa.

—¿Dónde está la otra, la automática?

—La necesito.

—¿Para qué?

Miguel le sonrió con amabilidad:

—Creo que es usted un buen hombre que necesita descansar.

—He dicho que para qué —insistió Hap.

—De los diecinueve a los veinticuatro años, cuarto batallón, Ejército Real de Australia, Comando de Operaciones Especiales. Sé cómo usarla.

Hap lo miró fijamente:

—¿No le he preguntado el curriculum, le he preguntado para qué necesita la pistola automática!

—Buenas noches, señor —respondió Miguel, volviéndose en dirección a la puerta.

—¿Ni siquiera sabe si el presidente ha estado allí, ¿no?! —le gritó Hap—. ¡Sólo es una suposición!

Miguel se giró:

—Ha estado, señor. —Dio un paso, cogió algo de encima de la cómoda, luego se acercó a él y se lo puso en el regazo. Era el sombrero de Demi.

—Lo llevaba cuando los he dejado. Era parte de su disfraz. Lo he encontrado en uno de los laboratorios, detrás del despacho en el que estábamos. La puerta y parte de la pared que sale de los laboratorios, o lo que sea que hay detrás, estaban hundidas, bloqueadas por una enorme pared de piedra, seguramente como resultado del seísmo o de lo que nos ha tirado al suelo. En un par de días, hombres con equipos pesados empezarán a excavar y tal vez puedan pasar al otro lado. Ni siquiera entonces habrá garantías de qué van a encontrar.

»En algún lugar, al otro lado de esa inmensa roca, dentro de la montaña y de las otras que la rodean, hay cuevas conectadas por antiguas galerías de mina que se expanden a lo largo de varios kilómetros. Si está vivo estará en una de esas cuevas o galerías. Se avecina una tormenta, pero durante un tiempo habrá luz de la luna y hay maneras de entrar desde arriba. Allí es donde me dirijo. Para mí, su presidente y Nicholas Marten son familia. Es mi deber y mi elección encontrarlos, estén vivos o muertos.

—Su limusina está aparcada aquí detrás, bajo unos árboles.

—¿Y qué pasa con ella?

—¿Acostumbra usted a subir a gente a la montaña a menudo?

—Sí, subo a gente bastante a menudo. —Miguel empezaba a impacientarse, el tiempo era oro y esas preguntas se lo estaban haciendo despilfarrar.

—¿Lleva un buen botiquín en el maletero?

—Sí.

—¿Uno grande?

—Señor Hap, intento salvar a su presidente. Por favor, discúlpeme. —De nuevo, Miguel quiso marcharse por la puerta.

—El botiquín. ¿Lleva esas mantas plegables de supervivencia, las que tienen un lado reflectante? Ya sabe, las que usan los bomberos.

Miguel empezaba a mosquearse.

—¿Por qué me hace todas estas preguntas?

—Respóndame.

—Sí, las llevo. Es normativa de la empresa. Una para cada pasajero más una para el conductor. Llevamos diez.

—¿Y comida? ¿Raciones de emergencia?

—Unas cuantas barritas de cereales, es lo único.

—Bien. Traiga todo el botiquín. —De pronto, Hap se levantó. Luego levantó una mano para estabilizarse.

—¿Qué hace?

Hap cogió la Sig Sauer de 9 mm, se la enfundó en el cinturón y se puso las grageas para el dolor en el bolsillo.

—Está de broma si cree que lo dejaré ir solo.

105

París, hotel Western Aurore, 17.45 h

—Buenas noches, Victor.

—Hola Richard. Llevo toda la tarde esperando tu llamada.

—Ha habido un retraso, lo siento.

—He visto la noticia por la tele sobre el tiroteo en la pista de entrenamientos de Chantilly. Han hablado de los dos jinetes muertos, pero no han dicho mucho más.

—No se te habrá acercado la policía, ¿no?

—No.

—Estupendo.

Victor estaba tumbado en la cama en ropa interior, con la televisión puesta de fondo. Había llegado aquella mañana en tren desde Chantilly y tomó un taxi desde la Gare du Nord hasta el hotel en el que estaba ahora, delante de otra estación, la Gare de Lyon. Aquí había desayunado en la habitación, se había dado una ducha y luego se echó una siesta hasta las dos. Después se puso a esperar, siguiendo las instrucciones recibidas, a que le llamara Richard. Como le sucedió en Madrid, se había ido poniendo más nervioso con el paso de las horas, temiendo que Richard no fuera a llamarlo, tal vez nunca más. Si la noche pasaba y no tenía noticias de él, no sabía lo que haría. Sinceramente, no lo sabía. De hecho, la idea de matarse se le había pasado por la cabeza más de una vez. Era realmente una posibilidad, algo que podía hacer. Y era muy posible que lo hubiera hecho si Richard no lo hubiera llamado antes de —se había fijado la hora— las ocho de la mañana siguiente. Pero luego Richard llamó y todo estuvo bien y volvió a sentirse cómodo y querido y respetado.

—Te pido disculpas por el retraso, Víctor. Los últimos preparativos han llevado un poco de tiempo.

—Está bien, Richard, lo comprendo. A veces las cosas se complican, ¿verdad?

—Desde luego, Víctor. Bueno, aquí tienes tus instrucciones. El tren número 243 sale de la Gare du Nord hacia Berlín a las 20.46 de hoy. Hay un billete de primera clase reservado a tu nombre en la ventanilla de atención al cliente. ¿Podrás tomar ese tren, Víctor?

—Sí.

—De acuerdo. Llegarás a Berlín a las 8.19, mañana por la mañana. A las 12.52 del mediodía, el tren número 41 saldrá de Berlín en dirección a Varsovia y llegará a destino a las 18.25, por la tarde. Tienes reservada una habitación estupenda en el hotel Victoria Warsaw. Te llamaré allí antes de la medianoche. ¿Es todo correcto, Víctor?

—Sí, por supuesto, Richard. Siempre hago lo que tú me pides. Es por eso por lo que confías en mí, ¿no?

—Sí, Víctor. Sabes que es por eso. Que tengas buen viaje, te llamaré mañana.

—Gracias, Richard. Y buenas noches.

—Buenas noches, Víctor. Y gracias a ti también.

La habitación de Demi era como una celda de convento, espartana y muy pequeña. Cerca de la puerta había un sencillo tocador, con un espejo de mano y un lavamanos apoyado encima. A la derecha había una cómoda con la encimera plegable. La vista del cielo que le proporcionaba la ventanita cercana al techo le dijo que seguía siendo de día. La cama individual era dura y carecía de sábanas; sólo una almohada y dos mantas. Encima había puesto sus dos cámaras y un pequeño bolso en el que había metido una bolsita de plástico a modo de neceser y otra con sus accesorios de fotografía: tarjetas de memoria de repuesto, un cargador de batería para la Canon digital y dos docenas de carretes de película en color para la Nikon de 35 mm. Lo que no tenía, y estaba segura de habérselo llevado esa mañana cuando salió del hotel Regente Majestic en Barcelona, y de haberlo comprobado una vez más en Montserrat, era su teléfono móvil. En algún punto del camino había desaparecido, impidiéndole cualquier posibilidad de comunicación con el mundo exterior.

O eso era lo que pensaba quien fuera que se lo hubiera quitado.

Quitarle el teléfono era algo que antes le habría supuesto un doloroso recordatorio de las advertencias de su padre y de Giacomo Gela y le habría producido un nivel de ansiedad que fácilmente la habría superado, por la presencia de los monjes, el aislamiento extremo de aquel templo y el hecho de que la hubieran drogado para hacer su alucinante viaje hasta el mismo.

Sin embargo, ahora, descubrir la desaparición del móvil no hacía más que reforzar su determinación y agudizar sus sentidos, apremiándola a recordar que estaba muy cerca del final de un viaje desesperadamente largo y casi imposible. Un viaje al que había dedicado su vida y que íntimamente le había prometido a su madre que acabaría, costara lo que costase. Ni el miedo ni las amenazas de violencia la paralizarían. Ni aquí ni ahora.

Además, no había sido tan desprevenida ni sus planes tan poco precavidos. Debajo de la camisa de corte masculino que llevaba bajo del *blazer*, y justo encima de la cintura, llevaba un cinturón hecho a medida que parecía una prenda de delicada lencería pero era, en realidad, una bolsita ligera de nailon en la que se ocultaba un teléfono multifunciones; un móvil con cámara con acceso de banda ancha y un software especial que permitía usarlo de manera inalámbrica con la Canon digital, y con el que podía cargar imágenes al instante en su página web de París. Lo había hecho sin problemas por toda Europa y Estados Unidos, y recientemente en Malta y Barcelona. Su única preocupación había sido la cobertura, no sólo por encontrarse en un lugar aislado de montaña sino por estar además en el interior de la iglesia, pero la preocupación se desvaneció en el momento en que vio a Beck hablando por el móvil dentro de la nave de la iglesia. Eso despejaba sus dudas y significaba que todo lo que fotografiara podía ser transferido a París en un milisegundo.

Para comprobarlo, hizo una foto de su habitación, la mandó a su página web, sacó el teléfono multifunciones y marcó el número. Tardó un momento en conectarse.

Cuando lo hizo, buscó lo que acababa de fotografiar: la foto de la habitación en la que se encontraba. El sistema funcionaba a la perfección.

Estaba a punto de tomar una segunda foto para confirmar el sistema cuando oyó que llamaban a su puerta.

—Sí —dijo, sobresaltada.

—Soy Cristina.

—Un momento —dijo, mientras guardaba rápidamente el invento en su bolsita de debajo de la camisa.

Luego se acercó a la puerta y abrió.

—¿Has podido descansar? —le preguntó Cristina, con una sonrisa amable.

—Sí, gracias. Pasa, por favor.

Cristina llevaba el mismo vestido blanco y largo de cuando Demi llegó. Llevaba uno similar colgado del brazo, sólo que de color distinto; no era blanco, sino escarlata oscuro. Se lo ofreció a Demi.

—Esto es para ti, para que te lo pongas esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Y qué pasa esta noche?

—El principio de la eternidad.

—No lo entiendo.

—Ya lo harás... —Cristina la miró en silencio y luego se dirigió a la puerta—. Volveré a buscarte dentro de una hora.

—Antes de que te vayas...

—¿Qué? —Se volvió Cristina.

—¿Te puedo hacer una foto?

—¿Ahora?

—Sí.

—De acuerdo.

Demi recogió las dos cámaras de encima de la cama. Tres minutos más tarde tenía un reportaje completo de Cristina, con su vestido blanco y la habitación de Demi de fondo. La mitad hecha con la Nikon en película de 35 mm, la otra mitad con la Canon digital, con las imágenes grabadas en la tarjeta de memoria y, al mismo tiempo, enviadas a su página web.

—¿Es todo? —dijo Cristina, con su sonrisa cálida y amable.

—Sí, está bien.

Se hizo una pausa y Cristina volvió a mirar a Demi, con una mirada profunda y penetrante, como si estuviera escrutándola por alguna razón muy personal. Luego su mirada se apartó bruscamente.

—Nos vemos dentro de una hora —dijo, tranquilamente, y luego se marchó.

Demi cerró la puerta detrás de ella y luego se quedó inmóvil, apoyada en el quicio, mientras un escalofrío extraño le recorría todo el cuerpo. Sólo una vez en la

vida había visto la mirada que acababa de ver en los ojos de Cristina.

Sólo una vez.

Y fue en la única foto tomada de su madre pocos días antes de su desaparición. Sus ojos, como los de Cristina, eran castaños y penetrantes, pero al mismo tiempo serenos y muy apacibles. Cristina tenía veintitrés años. La misma edad que su madre cuando desapareció.

107

18.18 h

Marten y el presidente avanzaban como dos ciegos a tientas por la oscuridad absoluta del túnel, siguiendo las viejas vías de las vagonetas con el tacto de los pies, lo mismo que venían haciendo desde hacía casi una hora y media.

Andaban muy cerca el uno del otro, en fila, con el de atrás todavía aferrado al cinturón del de delante. En cuatro ocasiones habían tropezado con algún obstáculo y habían estado a punto de caerse, pero el de atrás hizo su trabajo y tiró del cinturón del de delante, impidiendo así la caída. Una vez se cayeron los dos. Esa vez Marten iba detrás y el presidente, pensando que había visto un agujero delante de él, se apartó de pronto y provocó que Marten se estrellara encima de él y soltara un grito ahogado cuando cayó con fuerza encima de los raíles del suelo. Después de este accidente empezaron a rotar más a menudo para que el de delante no llevara la carga de avanzar a tientas durante demasiado rato, lo cual provocaba que la mente lo engañara y le hiciera ver cosas que no estaban o temer que el de atrás tropezase y los tirase de pronto a los dos al suelo, en vez de concentrarse en el camino.

18.20 h

Una vez más cambiaron de posición, esta vez Marten tomando la delantera. Durante la última hora el presidente no había dicho casi nada y Marten empezaba a preocuparse de que se hubiera hecho daño en la caída.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Sí, ¿y usted?

—Sí, de momento.

—Bien, pues sigamos.

Y eso era lo más lejos que llegaba la conversación. Entonces fue cuando Marten se dio cuenta de que el presidente no estaba herido, sino que estaba pensando, y probablemente llevara así un buen rato.

Cinco minutos más y volvieron a cambiar de posición. Seis más y cambiaron de nuevo. La conversación se repetía una y otra vez. ¿Todo bien? Sí. Bien. Sigamos.

18.37 h

—Sigue siendo sábado —dijo de pronto el presidente, con la voz ronca por el polvo y la sequedad—. Aparte del día en que murió mi esposa, éste ha sido el más largo de mi vida.

Marten no supo qué contestar y no lo hizo. Pasaron treinta segundos y el presidente volvió a decir algo.

—Creo que es prudente pensar que a estas alturas mis «amigos» o sus representantes ya habrán encontrado el cadáver de Foxx y sabrán que la explosión ha sido una operación de protección del plan maestro de Foxx para impedir que nadie descubra lo que se practicaba en ese laboratorio.

»Si sabían que yo estaba con él —lo que ya habíamos supuesto—, al no encontrarme supondrán que estoy en algún lugar de túnel, ya sea muerto o desesperadamente atrapado en su interior. Eso significa que pronto, si no lo ha hecho ya, el vicepresidente asumirá el cargo y autorizará los asesinatos de Varsovia.

»Una vez ejecutados los asesinatos, el siguiente paso de su plan se pondrá en marcha. En Francia y en Alemania se convocarán elecciones rápidamente. Su gente, la gente que quieren ver en el poder, sea como sea que lo tienen organizado —y lo tienen organizado, porque me lo han dicho y yo les creo— será elegida, garantizando así el pleno apoyo de ambos países en las Naciones Unidas. Después de esto ya sólo será cuestión de tiempo, tal vez de días, antes de que empiece el genocidio en los estados musulmanes.

»Esta mañana, en la playa, le he hablado de la reunión anual de miembros del New World Institute que se celebra ahora mismo en la estación invernal de Port Cerdanya, en unas montañas no lejos de aquí. También le he contado que el plan original era que yo fuera el invitado sorpresa en la sesión del amanecer de mañana domingo, y que éste era mi destino cuando salí de Madrid. Mi intención era dirigirme a ellos tal y como estaba previsto, contarles la verdad sobre lo que ha ocurrido y advertirles de lo que está por llegar. Y sigo teniendo esta intención, señor Marten.

Marten no dijo nada, sencillamente siguió andando, palpando con el pie derecho el canto de la vía derecha, encabezando la expedición, manteniéndolos en el camino.

—Conseguirlo no es imposible, señor Marten. He volado por encima de esas montañas alguna vez. Sé donde está la estación, también respecto a Montserrat. Solía pilotar avionetas fumigadoras en California; conozco el aspecto de las cosas desde el aire. A menos que nos hayamos desviado completamente cuando entramos en estos túneles, y no creo que lo hayamos hecho, hemos seguido una trayectoria bastante recta, alejándonos del monasterio y acercándonos a la estación de invierno.

—¿A qué distancia puede encontrarse, en línea recta? —preguntó Marten.

—Veinticinco, veintiocho, treinta kilómetros como mucho.

—¿Cuántos cree que hemos recorrido por aquí dentro?

—Seis o siete.

—Presidente, primo —Marten se detuvo de repente y se volvió a mirarlo—. Dejando de lado las buenas intenciones, no tenemos mapa, ni tampoco manera humana de saber adónde llevan esos túneles. Podrían estar haciendo curva sin que nos demos cuenta, y estaríamos yendo en una dirección totalmente distinta. O tal vez no vayamos en la dirección que usted cree y estemos en un ramal que lleva al norte, al sur, al este o al oeste. Y hasta si estamos en la buena dirección, no tenemos forma de saber si ha habido desprendimientos más adelante que bloqueen el camino por varios sitios. Aun suponiendo que sea un camino directo y no esté bloqueado, no tenemos ni idea de cuántos kilómetros tiene. Podría acabar dentro de medio kilómetro o dentro de veinte. La estación de invierno podría estar a más de treinta kilómetros por superficie a partir de ahí. Y eso, suponiendo que al final de este túnel encontremos una salida. Si estas galerías son tan antiguas como parecen, con las vías tan oxidadas como lo están, habrán sido tapiadas muchos años atrás para evitar que la gente se meta en ellas.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Lo que ni usted ni yo queremos oír, ni siquiera pensar. Que por mucho que usted tenga esperanzas de hablar con esa gente, la realidad es que podríamos no salir nunca de aquí. Llevo mucho rato tratando de buscar una corriente de aire que pudiera sugerir una abertura. Una grieta, una rendija, cualquier cosa que pudiéramos tratar de abrir o por donde pudiéramos colarnos para salir. Hemos visto varias, pero ninguna lo bastante ancha ni con la suficiente corriente de aire que me hiciera pensar que valía la pena invertir la poca energía que nos queda en intentarlo.

»Si llegamos al final de este túnel sin haber encontrado nada más prometedor, tendremos que volver atrás y buscar un ramal lateral que se nos haya podido escapar en la oscuridad, si es que hay alguno. Y después, si no hemos encontrado nada, no sé qué vamos a hacer. Siento echar por tierra sus esperanzas, presidente, pero a estas alturas no tiene nada que hacer ni con esa gente a la que quiere dirigirse, ni con los asesinatos de Varsovia ni con el mismísimo genocidio. Ahora mismo, las únicas vidas que importan son las nuestras, y si no encontramos pronto una salida tenemos muchas probabilidades de morir aquí atrapados. Con agua, nos doy diez días. Dos semanas como mucho.

—Encienda una cerilla —dijo el presidente bruscamente.

—¿Qué?

—Le he dicho que encienda una cerilla.

—Presidente, primo... necesitamos todas y cada una de las cerillas que nos quedan.

—¡Que la encienda!

—Sí, señor —Marten se agachó un poco y buscó la cajetilla en el bolsillo, luego cogió una cerilla y la encendió.

La llama iluminó el rostro del presidente como una antorcha. Su mirada se quedó fija en Marren.

—No son ni las siete de la tarde del sábado. El amanecer de mañana queda todavía muy lejos. Todavía hay tiempo de llegar a Port Cerdanya y dirigirme a la reunión. Todavía hay tiempo de evitar los asesinatos de Varsovia. Todavía hay tiempo de impedir el genocidio de Oriente Próximo. El presidente no morirá aquí, primo. No puede hacerlo y no lo hará. Hay demasiadas cosas en juego.

A la luz intermitente de la cerilla, Marten vio un hombre atormentado por el cansancio, con las ropas hechas jirones, la cara y las manos llenas de arañazos; cada poro, cada pelo, desde la barba hasta la cabeza, llenos de polvo, suciedad y mugre. Un hombre que podría darse por vencido pero no lo hacía.

Y si no lo hacía, tampoco lo haría Marten.

—No morirá aquí, presidente —le dijo, con la voz igual de ronca que la del presidente—. De alguna manera encontraremos la salida. De alguna manera, usted hablará ante esa reunión.

El presidente miró fijamente a Marten:

—Eso no me basta.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero que me lo prometa. Quiero su palabra de honor.

La llamita de la cerilla se quedó en una chispa insignificante. Lo que segundos antes había sido una idea sorprendentemente noble, un sueño imposible o, sencillamente, una esperanza alocada de la que Marten había sido persuadido, el presidente lo había convertido en un pacto profundamente personal. Algo que elevaba el nivel del juego de modo que la tarea que tenían por delante se convertía en algo más que un compromiso físico y mental; se convertía en un compromiso entre dos almas.

—Es usted un cabronazo muy obstinado. —Deme su palabra.

Marten vaciló y la cerilla se quemó del todo, dejándolos de nuevo en la más negra oscuridad.

—La tiene —susurró finalmente—. Tiene mi palabra.

El Borrás, 18.55 h

Hap Daniels hacía rechinar los dientes mientras la moto rebotaba por el camino de tierra por el que Miguel y él seguían a otros dos motoristas en dirección al río Llobregat. De las tres motos, sólo la de Miguel llevaba un sidecar. Las otras dos eran Hondas de gran cubicaje. En la primera iba el sobrino de Miguel, Armando. En la otra iban José y Héctor, los amigos de Armando. Ninguno de ellos tenía más de dieciocho años, pero habían vivido siempre en El Borrás y conocían bien aquel territorio montañoso, con sus cuevas subterráneas, sus chimeneas naturales y las entradas a las cuevas y antiguas galerías. También los propios túneles, por dentro y por fuera. Al principio a Hap no le gustó la idea de llevar a los otros dos, pero Miguel le aseguró que eran de absoluta confianza y que no dirían nada de lo que estaban haciendo, ni de a quién estaban buscando, si los llegaban a detener.

—Créame —le dijo Miguel—, ni en el caso de que tengamos la suerte de encontrar al presidente, ellos no le reconocerán. Ni tal vez lo haga usted. Para los chicos será un amigo americano extraviado, que entró a explorar las cuevas y se ha quedado atrapado después del desprendimiento, o el terremoto, o lo que sea que haya ocurrido.

Las tres motos aminoraron la marcha y luego se detuvieron al llegar al río. El Llobregat tenía por aquella zona unos cincuenta metros de ancho, y ahora corría fangoso y con brío por el descenso de las lluvias invernales. Miguel miró a Hap en el sidecar.

—En el lecho del río hay gravilla. Parece profundo, pero no lo es. Puede pasar cualquier cosa, de todos modos.

—Cruce —dijo Hap, sin inmutarse.

Miguel le hizo un gesto a Armando y las dos primeras motos pasaron delante, Armando primero y luego Héctor conduciendo la segunda. A medio cruzar, Héctor estuvo a punto de perder el equilibrio. Luego retomó el control, volvió a dar gas, acabó de cruzar y se detuvo a esperar junto a Armando. Medio segundo más y Miguel dio gas a fondo, su moto se abalanzó hacia el río y se metió en el agua. La fuerza del caudal que bajaba amenazó con hacerlos volcar, pero el peso de Hap en el sidecar los equilibró y, con un rebote y un fuerte rugido, lograron cruzar hasta donde estaban los otros. Miguel volvió a hacerle un gesto a Armando y el chaval encabezó la expedición, llevándolos por una pista empinada de gravilla.

Por muy duro que le resultara a Hap, la moto era el vehículo ideal para la ocasión. Subían hasta el pie de la montaña y luego por las pistas de la propia montaña. Un

coche resultaría inútil, y caminando tardarían demasiado en llegar. Además, a Hap no le hubiera sido posible subir andando.

19.10 h

El sol empezaba a bajar por los riscos de la montaña que se elevaba delante de ellos, lo cual dejaba el camino de tierra que estaban remontando totalmente a la sombra. Hap iba inclinado hacia delante, tratando de encontrar una postura en la que los botes de la moto le afectaran lo mínimo, cuando oyó el pitido de su BlackBerry. La sacó de su chaqueta y miró el origen de la llamada. Al ver que era Bill Strait, rechazó la llamada y dejó el aparato en modo silencioso. En un momento se acordó del mensaje de texto que Strait le había mandado a las 16.10 horas.

Hap. Llevo horas buscándote. ¿Dónde coño estás? Jefe de personal informa 16.08 desde Madrid que Fumigador no está, repito, NO está en monasterio de Montserrat. Operativos CIA enfrentados a tiroteo hostil de desconocidos en despacho del monasterio de un tal Dr. Merriman Foxx. Nuestra misión a Montserrat abortada a medio vuelo. Regresamos base en Barcelona. CNP-policía española e Inteligencia española investigan tiroteo. ¿DÓNDE COÑO ESTÁS? ¿ESTÁS BIEN?

Hap miró a Miguel mientras conducía la moto por una pista estrecha y empinada, surcada por las lluvias recientes y cada vez con menos luz. Hasta hacía unas pocas horas no había visto nunca a este hombre, y ahora le confiaba a él y a otros tres jóvenes españoles su propia vida y la del presidente, si es que seguía vivo. Era algo por lo que debería haber podido llamar a Bill Strait, haberle ordenado que llevara a todo un contingente del Servicio Secreto, la CIA, el servicio de inteligencia y la policía españoles multiplicado por dos para que peinaran aquellas laderas y colinas en busca de cualquier pasaje que diera acceso a la zona en la que Miguel creía que Marten y el presidente podían encontrarse, y al mismo tiempo enviar a un equipo de explosivos para que se encargaran de hacer detonar la roca que cerraba el paso al complejo de oficinas y laboratorios de Foxx.

Entre los agentes del Servicio secreto existía desde siempre un vínculo de acero, una confianza a prueba de bombas. Pero eso había sido hasta ahora, hasta que ocurrió todo esto.

Y él, como el presidente, no tenía idea de cuan lejos podía llegar este asunto ni en quién podía confiar. De modo que, por mucho que quisiera, por mucho que en teoría habría debido hacerlo bajo cualquier circunstancia, no se puso en contacto con Bill Strait ni respondió a su mensaje.

—Maldita sea —dijo amargamente para sí mismo.

Cómo odiaba la desconfianza, en especial cuando era la suya propia y no sabía en qué ni en quién creer.

—Hap —dijo de pronto Miguel.

—¿Qué ocurre?

—Allí —Miguel señaló a la cima iluminada de las montañas, a siete u ocho kilómetros de distancia.

Al principio Hap no vio nada, pero luego se fijó en algo: había cuatro helicópteros que descendían por la cima de los riscos y luego tomaban tierra a este lado de la montaña.

—¿Quiénes son?

—No estoy seguro. Probablemente CNP, la policía nacional. O tal vez Mossos d'Esquadra. O tal vez ambos cuerpos.

—¿Vienen hacia aquí?

—Es difícil de saber.

—¡Miguel! —gritó Armando, señalando detrás de ellos.

Ambos se giraron y vieron cinco helicópteros más. Estaban todavía lejos, pero se dirigían hacia ellos rápidamente y volaban a escasa altura.

Hap miró a Miguel.

—¡Escondámonos! ¡Armando, los otros también!

109

19.17 h

Miguel le hizo una señal a Armando y a los otros para que los siguiera, luego dio gas a fondo y la moto salió literalmente disparada hacia el empinado terraplén de rocas. La máquina rugió, dio una fuerte sacudida y chisporroteó, hizo saltar piedras sueltas durante lo que pareció una eternidad y al final alcanzaron la cima del terraplén hasta quedar en un terreno plano. Miguel avanzó unos veinte metros más y luego vio el afilado saliente rocoso que protegía una formación cavernosa de roca arenisca. Se metió debajo con la moto y a los pocos segundos las otras dos motos lo siguieron.

—Parad los motores —dijo Miguel.

Lo hicieron y, conteniendo la respiración, miraron hacia atrás, esperando en silencio. Lo único que veían era el terreno rocoso que iba quedando a oscuras del extenso altiplano en el que se encontraban. Durante un minuto entero no oyeron ni vieron nada y pensaron que tal vez los helicópteros se habían marchado en otra

dirección. Luego, de pronto, los vieron aparecer con un rugido estruendoso y violento. Los cinco, acercándose por encima del risco en dirección a ellos. A los pocos segundos, los helicópteros sobrevolaron, a menos de diez metros de altitud, el saliente rocoso bajo el que se ocultaban.

Los primeros cuatro eran de la policía nacional; el quinto, un viejo conocido de Hap: el enorme Chinook del ejército americano que los había llevado de Madrid a Barcelona. Eso significaba que el Servicio Secreto estaba ahí y que el destacamento estaría bajo el mando de Bill Strait.

Inmediatamente sacó su BlackBerry y la encendió, esperando que Strait le hubiera mandado un segundo mensaje que le proporcionara la información que le faltaba. Y efectivamente, el texto estaba ahí, y lo que leyó no era lo que esperaba, pero tampoco algo del todo inesperado.

Hap, ¡he tratado de localizarte otra vez! La embajada de EE. UU. en Madrid avisa que Fumigador puede estar en Montserrat y posiblemente atrapado dentro de viejas galerías de minas por un desprendimiento. Unidades de la CNP, CIA y Servicio Secreto en ruta.

Más.

Informan que fuiste tú quien estuvo en el tiroteo hostil con los operativos en Montserrat y que puedes estar herido. ¿Dónde demonios estás? Ruego confirmes lugar y estado.

Más.

Los operativos no eran CIA, embajada en Madrid desinformada. Eran comandos especiales Fuerzas Sudafricanas en operación secreta de repatriación del Dr. Foxx a Sudáfrica. Gobierno de Sudáfrica se ha disculpado al Dep. de Estado y a embajada Madrid.

Más.

Muchas cosas no tienen sentido. Como sabes, la info del SS sobre la probable presencia del Fumigador en Montserrat y la misión de los operativos para rescatarlo venía del jefe de personal de la Casa Blanca en la embajada de Madrid. ¿Cómo pueden el jefe de base de la CIA y el de operaciones especiales confundir a efectivos de la CIA con una unidad de fuerzas especiales sudafricanas? Además, ¿cómo pudo la misión Fumigador original convertirse en una misión para repatriar al doctor de Sudáfrica y luego para encontrar al Fumigador en el mismo lugar? ¿Estaban en los túneles al mismo tiempo y quedaron atrapados y nadie lo sabía? ¿Hay algo a nivel ejecutivo que no sabemos? ¿Tal vez alguna reunión entre Fumigador y el doctor sudafricano? He intentado contacto con el director adjunto del SS, Langway, que se supone todavía en Madrid. Sin éxito de momento.

Más.

Si puedes, tienes órdenes de contactar a Jake Lowe o al asesor de Seguridad Nacional Marshall para informarlos de inmediato. Tal vez ellos te cuenten lo que

pasa.

Es una orden directa del VPOTUS. Ruego acuse de recibo.

Más.

Muy preocupado personalmente. ¿Dónde coño estás? ¿Te han herido de bala? ¿Necesitas ayuda? Maldita sea, Hap, ¡dime algo o que alguien lo haga por ti!

La confusión de Bill Strait sobre la información del jefe de personal en la embajada americana de Madrid era totalmente comprensible. Eso siempre y cuando su mensaje contuviera algo de verdad, lo cual era altamente improbable. Resultaba más que obvio que los operativos con los que había intercambiado unas cuantas balas en el monasterio no eran comandos sudafricanos; eran más americanos que el tío Sam. Sabían que el presidente estaba allí y era a él a quien habían ido a buscar. El descubrimiento de Foxx había sido un asunto colateral, parte de otra cosa.

En cuanto a Bill Strait, era imposible saber si estaba atrapado en el medio y tan sólo trataba de hacer su trabajo, o si estaba de su lado e involucrado en el complot. ¿Tenía tanto empeño por encontrar a Hap porque era un hermano del Servicio Secreto al que se sentía muy unido, o porque se había convertido en un problema y quería quitarlo de en medio?

Hap hizo una mueca ante aquella idea, luego dejó la BlackBerry y miró a los otros agrupados debajo del saliente rocoso y bañados en una fuerte luz anaranjada mientras el sol poniente se colaba por entre dos colinas lejanas.

—Pregúntele a Armando lo lejos que está la entrada o chimenea del túnel —le dijo a Miguel—, y si podemos alcanzarlo a pie sin que nos vean.

Miguel se volvió hacia su sobrino y le habló en catalán, y luego le tradujo:

—Es tan sólo una de las galerías de ventilación entre muchas. Han elegido ésta porque creen que es todo lo lejos que pueden haber avanzado por dentro del túnel desde el desprendimiento.

—¿Dónde está?

—A menos de un kilómetro. Podemos ir en el instante en que se ponga el sol.

Hap miró a Miguel y luego le hizo un gesto para que se le acercara.

—Si el presidente y Marten están ahí dentro —le dijo, tratando que Armando y sus amigos no lo oyeran, en especial si entendían el inglés—, tenemos que encontrarlos y sacarlos antes de que lo haga la policía española.

—Lo sé.

—Lo que no sabe es que con ellos hay agentes de la CIA y del Servicio Secreto. La mayoría, si no todos ellos, tanto los españoles como los americanos, se creen que están de nuestro lado. Que su misión es rescatar al presidente y llevarlo a un lugar protegido.

—Quiere decir que podrían intentar matarnos.

—No, quiero decir que matarán a cualquiera que se interponga en su camino. Estamos hablando del presidente de Estados Unidos. Ya ha visto esos helicópteros. Vendrán más, muchos más. Estamos delante de un ejército de gente que se cree en posesión de la verdad.

—Un hombre o mil. Para mí se trata de rescatar a mi familia. Lo mismo que para usted, ¿no?

Hap respiró hondo:

—Sí —dijo, finalmente.

Enfrentarse a operativos encubiertos era una cosa, pero tener que abrir fuego contra una legión de policías españoles, agentes de la CIA y sus propios compañeros del Servicio Secreto involucrados ingenuamente en aquello, algunos de ellos actuando de paisano, era otra historia. Pero no le quedaba otra elección.

—¿Qué hay de los chicos?

—Yo me ocupo de ellos.

—¿Lleva el botiquín de la limusina?

—Sí.

—Saque las mantas de supervivencia. Llévase tres y yo me quedo con cuatro.

—De acuerdo —dijo Miguel, y luego miró a Hap un segundo más—. ¿Qué tal su hombro?

—Me duele muchísimo.

—Tómese las pastillas.

—No es ni el momento ni el lugar para estar amodorrado.

—¿Le ha vuelto a sangrar?

—Que yo sepa no. Su médico ha hecho un buen trabajo.

—¿Puede andar?

—¡Claro que puedo andar, maldita sea!

—Pues entonces, vamos. —Miguel se levantó de golpe y se dirigió a la moto. Abrió el cofre con un movimiento rápido y sacó siete de las mantas dobladas del botiquín y media docena de barritas de cereales. Luego sacó una cantimplora de agua, dos linternas grandes y la pistola Steyr automática. Le dio cuatro mantas y la mitad de las barritas a Hap, más una linterna, y se ató la otra en el cinturón; luego se colgó la cantimplora en bandolera y se cruzó la automática encima del pecho. Al hacerlo, el haz de luz se fundió bruscamente en el violeta oscuro del crepúsculo, al pasar el sol por detrás de las colinas. Les hizo un gesto a los otros. En un momento los cinco se pusieron a remontar el altiplano de rocas y maleza.

19.32 h

En dos ocasiones Marten y el presidente se habían abierto camino por encima y a través de enormes montañas de rocas y escombros, resultado de desprendimientos internos.

Bajo cualquier circunstancia hubiera resultado difícil, pero en la absoluta oscuridad les resultaba imposible saber el alcance del corrimiento de tierras y si lo que hacían era algo más que remover piedras de la montaña mientras dejaban escapar un tiempo precioso y necesario. Fuera como fuese, ya lo habían hecho, se habían abierto paso y habían seguido avanzando.

«De alguna manera encontraremos la salida. De alguna manera, usted hablará ante esa reunión». La emotiva promesa que Marten le había hecho al presidente concentró sus esfuerzos en la búsqueda de una corriente de aire que los llevara a un pasadizo lo bastante ancho como para pasar por él, colarse o escalar. Para hacerlo necesitaban una llama abierta que permaneciera encendida mucho más tiempo que una cerilla, y con este fin Marten sacrificó su camiseta de algodón, bien enrollada, con un extremo dejado suelto y colgando para que sirviera de mecha. Cuando lo hizo, ardió el tiempo suficiente para llevarlos hasta unos cien metros galería abajo, donde se tropezaron con una pila de herramientas abandonadas desde tiempos inmemoriales. La mayoría estaban carcomidas por el óxido o, sencillamente, podridas, pero entre ellas encontraron tres que podían utilizar. Una era un mazo con el asa todavía unida a la cabeza. Las otras eran picos, o más bien, un pico y un asa de pico que sostenida hacia abajo servía de antorcha y podía sustituir la camiseta de Marten, ahora ya quemada y reducida a un trapo inservible. La luz que daba el asa del pico era un mero brillo comparado con la llama que les había proporcionado la camiseta, pero en aquella oscuridad insoportable les permitía iluminar el túnel unos buenos cinco metros por delante de ellos.

Ahora ya no caminaban en fila india, sino de lado por en medio de los raíles, Marten con el pico y el mazo, el presidente con la antorcha. Ambos tenían hambre y estaban casi exhaustos, pero eso no se mencionaba. En cambio se concentraban en la antorcha, los dos en silencio, esperando, rezando para que la llama se animara con la presencia de una corriente de aire.

—No tengo pruebas —dijo de pronto el presidente—. Ninguna prueba.

—¿De qué?

—De nada. —Miró a Marten, con una expresión grave en su rostro. Más grave a medida que iba convirtiendo sus pensamientos en palabras—. Como sabe, mi plan original era llevar la información que obtuviéramos de Foxx y llamar a los secretarios generales de la ONU y de la OTAN y a los editores jefe del *Washington Post* y del

New York Times y contarles la verdad. En cambio nos encontramos tratando de hallar una salida de estos malditos túneles para que me pueda dirigir a los miembros de la reunión de Port Cerdanya. Pero ¿por qué? ¿Para decirles qué? ¿Que hay una enorme conspiración en marcha y que el doctor Foxx estaba al tanto de todos sus detalles?

»¿De qué serviría hacerlo? Foxx está muerto, los detalles del genocidio muertos con él. Podemos dar por sentado que su laboratorio secreto y todo lo que había dentro está totalmente destruido porque así es como él lo planificó. Podemos decir lo que hemos visto, pero ya no existe. Mis “amigos” dirán que estoy enfermo, que he sufrido algún tipo de conmoción. Que mi fuga del hotel de Madrid y la manera en que la llevé a cabo y me estuve escondiendo no hacen más que confirmarlo.

»Usted podría apoyarme, pero no serviría de nada. Aunque yo sea el presidente, el caso es que es mi palabra contra todas las suyas. Si los acuso de planear los asesinatos de Varsovia, sonreirán compasivamente como si eso demostrara mi locura y, simplemente, los pospondrán. Si los acuso de planificar el genocidio de los estados musulmanes, todavía me tratarán más de loco, de loco disparatado. —A la luz tenue y parpadeante de la antorcha, Marten vio los ojos del presidente clavados en los suyos: estaban llenos de desesperación—. No tengo pruebas, señor Marten, de nada.

—No, no las tiene —dijo Marten, convincente—, pero no puede olvidar los cuerpos, los miembros de los cadáveres, las caras de aquella gente flotando en los depósitos.

—¿Olvidarlos? Estas imágenes están grabadas en mi cabeza como en acero fundido. Pero sin pruebas... jamás han existido.

—Pero sí han existido.

El presidente volvió a mirar la antorcha y siguió andando en silencio, con los hombros caídos hacia delante, casi como si se diera por vencido. Por primera vez Marten se dio cuenta de que si bien el coraje personal y la pura determinación lo habían llevado hasta ahí, el presidente no se sentía cómodo solo. Le gustaba tener compañía. Le gustaba el toma y daca, incluso si había desacuerdos; tal vez para ayudarlo a aclarar sus propias ideas y obtener otra perspectiva de las cosas, o para encontrar algún tipo de inspiración perdida o que jamás hubiera tenido.

—Señor presidente —le dijo Marten con firmeza—, debe usted hablar ante la convención de Port Cerdanya. Hablar de los asesinatos en Varsovia. Contarles lo que ha ocurrido. Contarles cómo y dónde y cuándo y quiénes eran los que le presentaron la idea y le dieron el ultimátum. Sus amigos no tendrán más opción que cancelar los asesinatos, al menos de momento. Si no lo hacen, demostrarán que usted tenía razón. Mientras tanto, las antenas se extenderán por todo el mundo. Sigue usted siendo el presidente de Estados Unidos. El público le escuchará, la prensa le escuchará. Puede ordenar que se haga una investigación sobre todo lo que hizo Foxx, del mismo modo que puede ordenar una investigación sobre todos sus «amigos». Sí, se va a poner en el punto de mira, pero no más de lo que lo ha hecho ya. El simple acto de hacerlo

público, sea cual sea la reacción, pondrá sordina, si no freno, a todo lo que tratan de hacer.

»Cierto, no tiene usted las pruebas que le gustaría, pero tiene algo. No hace falta que se cometa una mala acción para intentar acabar con la intención. Aunque no sirva para nada más, al menos habrá salvado las vidas del presidente de Francia y de la canciller alemana.

El presidente observaba a medida que caminaban. A la tenue luz de la antorcha Marten percibía su extrema inquietud, el peso que llevaba, el precio que había pagado. Deseó que hubiera alguna manera de aliviarlo. Anheló por encima de todo poder sentarse tranquilamente a tomar un bistec y una cerveza, o una docena de cervezas, y hablar de béisbol o del tiempo y olvidarse de todo lo demás.

—¿Quiere que nos paremos a descansar unos minutos? —preguntó a media voz.

Durante un breve instante no hubo respuesta. Luego, casi como si hubieran cambiado de marcha, la mirada del presidente se hizo más aguda, sus hombros se pusieron rectos y todo él volvió a erguirse.

—No, señor Marten; seguiremos adelante.

111

19.40 h

Bill Strait observó el paisaje cuando oscurecía debajo de ellos mientras sobrevolaban la zona una última vez y luego descendían sobre el llano de un pequeño altiplano rocoso. A los pocos segundos, el gran helicóptero Chinook tocó tierra en medio de una tormenta de polvo y hierba seca y el helicóptero paró el motor. Strait miró a Jake Lowe y al asesor de Seguridad Nacional, James Marshall, luego se desabrochó el arnés y fue el primero en saltar del aparato cuando el operario abrió la puerta. Lowe, Marshall y los diecisiete agentes del Servicio Secreto lo siguieron. Lowe y Marshall iban vestidos con un improvisado atuendo de pantalones caqui, botas de montaña y anoraks. Los agentes, como Bill Strait, iban armados y llevaban vaqueros, chaquetas paravientos y botas de montaña. Todos ellos usaban gafas de visión nocturna.

—Por ahí —dijo Strait, antes de agacharse bajo los rotores y acercarse rápidamente a un helicóptero de la policía nacional española que acababa de posarse a cincuenta metros, donde la inspectora Belinda Díaz los esperaba con un equipo de veinte hombres.

Strait, en ausencia de Hap Daniels, se había convertido en el SAIC, el agente especial al mando de la misión. La situación —tal y como la entendían el SS, la CIA y el CNP— partía de la suposición de que el presidente se encontraba en algún punto de las galerías subterráneas, atrapado después de lo que oficialmente se llamaba un «corrimiento de tierras». Aunque se le suponía en compañía de un hombre llamado Nicholas Marten, podía presumirse que hubiera más gente y que el presidente estuviera siendo, todo el tiempo, víctima de una acción criminal y se encontrara en grave peligro. La misión, por lo tanto, era un «rescate en vida» y había que actuar en consecuencia si nada indicaba lo contrario.

En total, nueve helicópteros habían tocado tierra en un perímetro circular de quince kilómetros. Aparte del Chinook, los otros ocho eran del CNP. Cinco de ellos llevaban escuadrones de veinte hombres, policías nacionales especialistas de montaña. Los tres restantes llevaban tres equipos de dieciocho agentes de la CIA cada uno. Las nueve naves transportaban una unidad audio de dos hombres, expertos en audio equipados con dispositivos de escucha de alta tecnología. Además había tres equipos más de la CIA de dieciocho hombres cada uno de camino desde Madrid, más cien agentes del Servicio Secreto que volaban desde la oficina de control del USSS en París para aterrizar en el aeropuerto de Girona Costa Brava y que serían trasladados hasta aquí por helicópteros del CNR. La hora prevista de llegada para los equipos de la CIA/Madrid eran las 20.20; para los USSS/París, las 21.30.

19.46 h

La inspectora Díaz miró a Lowe y Marshall y luego a Bill Strait.

—Estamos aquí —dijo en inglés, señalando con el dedo en un mapa del terreno abierto en el suelo, mientras una radio pegada a su cinturón soltaba las comunicaciones del CNP entre las otras unidades. Díaz debía de tener treinta y cinco años, era atractiva, segura de ella misma y estaba muy en forma. Al igual que todos los miembros del CNP, iba fuertemente armada y llevaba un mono de camuflaje—. Tenemos una gran zona montañosa que cubre un área aproximada de 250 km². —Díaz apartó el mapa y abrió otro. Era una copia de un mapa de 1922 de la compañía minera en la que se indicaba la distribución de sus galerías. Lo señaló—. Estas líneas representan los túneles que estaban en uso en el momento en que se cerró la mina. Como pueden ver, las galerías principales son ésta, ésta, ésta y ésta. El túnel más ancho de los que provienen de la zona del monasterio es éste —dijo, indicando una línea roja—, que es el que más probablemente seguiría una persona o grupo que intentara escapar desde allí. Esto es, por la información de la que disponemos. Los túneles, las galerías, son muy antiguos y llevan más de ochenta años sin utilizarse.

Muchos tramos deben de estar hundidos. Eso significa que el mapa puede ayudar, pero no es totalmente fiable.

—Supongamos que se metieron por este túnel —dijo Strait—. Dos de ellos o veinte —dijo, indicando la galería principal—. Usando las 15.37, la hora del corrimiento de tierras, como hora de inicio, ¿a qué distancia podrían encontrarse ahora?

—Eso depende del estado en que se encuentre el presidente. De si tienen que llevarlo, o si se detienen para dispensarle atención médica, o de si disponen de linternas. Como puede imaginar, las galerías están oscuras como tumbas. Eso si han elegido este túnel y no uno de las varias docenas que hay por ahí abajo.

—¿Pueden haber ido en otra dirección?

—No estamos con ellos. Pueden haber hecho cualquier otra cosa y por cualquier motivo que ignoramos. Tal vez la galería principal se encuentra bloqueada y se han metido por otra. Hemos venido aquí porque es la ubicación más directa y, por tanto, la ruta de salida más probable si no ha quedado bloqueada. Estamos en su extremo más externo e iremos entrando por ella en dirección al monasterio, mientras otros equipos trabajarán desde allí hacia nosotros y otros explorarán las galerías laterales. Nosotros... —Díaz se calló de golpe para escuchar una de las informaciones de radio que iba dirigida a ella—. Sí, sí —dijo finalmente al minúsculo micro de su solapa—. Gracias. —De nuevo miró a Lowe y a Marshall y luego se volvió hacia Bill Strait—. Nos mandan material de perforación. Pronto empezarán a perforar hacia los túneles desde arriba y luego meterán cámaras de visión nocturna equipadas con material de escucha.

—Estupendo —dijo Strait, antes de volver a fijarse en el mapa—. Supongamos que están en esta galería. ¿A qué distancia estamos de una entrada, de una chimenea desde la que podamos meternos?

—Es muy difícil de decir. Las chimeneas no aparecen en los mapas. Tenemos que encontrarlas y hemos pedido ayuda a los agentes rurales, de las patrullas de montaña y forestal, que conocen bien la zona. Pero aunque encontráramos chimeneas o puntos de acceso, no podemos saber qué tamaño tienen; si alguien puede meterse y bajar por las mismas, o si han de ser ensanchadas, o si hay que meter explosivos. Y otra cosa —ahora la inspectora Díaz miró también a Marshall y a Lowe—. Hay algo que deben comprender, caballeros: es bastante posible que los que están atrapados dentro, si es que se encuentran realmente ahí, estén muertos, y eso incluye a su presidente.

—Por eso estamos aquí, inspectora —dijo Lowe a media voz—. De una manera u otra, lo sacaremos.

París, Gare du Nord, 20.20 h

—Gracias —Victor sonrió y se tocó en el bolsillo su billete de primera clase, luego regresó de la ventanilla de atención al pasajero y se dirigió al andén.

El tren 243 para Berlín tenía prevista la salida a las 20.46 pero no llegaría a la estación hasta las 20.34. Eso le daba un poco más de treinta minutos. Los últimos diez los pasaría en el tren, asegurándose de que disponía de su butaca asignada y de que su maleta estaba bien almacenada. Tomar posesión pronto de la butaca era importante porque, aun llevando reserva, la gente se sentaba a menudo donde le daba la gana. Si la butaca asignada de uno ya estaba ocupada, tratar de recuperarla suponía a menudo algún tipo de confrontación que muchas veces era en un idioma extranjero. Más de una vez había visto subir de tono ese tipo de discusiones, y una discusión por una butaca que atrajera la atención de un encargado del tren o de un policía era lo último que necesitaba; en especial en el segundo caso, porque un agente podría pedirle que le enseñara el pasaporte y querer saber adónde iba y dónde había estado. Pero de momento todavía no había tren ni, por tanto, butaca, lo cual significaba que le quedaban veinte minutos para sentarse a esperar, o para pasearse por la estación, y ninguna de las dos opciones le gustaba porque lo dejaban a merced del público. La noticia más importante del día, al menos en los tabloides parisinos, parecía ser el asesinato de dos jinetes con una sola bala en Chantilly, a primera hora del día. Y los periódicos de los quioscos de toda la estación lo mostraban en portada.

QUI A TUE LES JOCKEYS?

DEUX AVEC UN PROJECTILE!

MEURTRE DANS LE BOIS DE CHANTILLY^[4]

Chantilly estaba a veinte minutos en tren de París, y la Gare du Nord, donde ahora se encontraba, era la misma estación a la que había llegado desde Chantilly. ¿Cómo podía saber si alguien aquí, alguien que simplemente pudiera haber pasado por ahí, no lo había visto en ambos lugares? Tal vez un trabajador de los ferrocarriles, o un residente de Chantilly que trabajara en París y que hubiera compartido el tren de la mañana, regresara a casa y lo reconociera súbitamente.

Victor anduvo con la cabeza gacha. Cuando mató al joven con la cazadora de los New York Yankees en Washington, Richard había estado allí para recibirle y luego sacarlo de allí, para acompañarlo directamente al aeropuerto y meterlo en un avión antes de que la noticia ni siquiera llegara a la prensa. Aquí era distinto, aquí estaba solo y a la merced de las caras de la muchedumbre y eso no le gustaba. Lo único que deseaba era que el tren llegara para poder subir y sentarse en su asiento y, al menos, quitarse de la vista.

Arrastró su bolsa de viaje hasta un pequeño restaurante al otro lado de las vías. En la barra había sitio y se sentó.

—Café —le dijo al camarero—. Solo, por favor.

—*Café noir*?

Victor asintió:

—*Café noir*.

113

La iglesia dentro de la montaña, 20.20 h

Demi caminaba junto a la hilera de sesenta monjes y los fotografiaba mientras salían de las cuevas iluminadas con velas y entraban en la iglesia, en fila india, cabizbajos y entonando cánticos. Primero usó la Canon digital y luego cambió a la Nikon de 35 mm; luego volvió a la Canon, con el dispositivo telefónico oculto bajo la larga túnica escarlata que Cristina le había proporcionado, mediante el cual enviaba las imágenes a su página web en París.

Los cánticos colectivos de los monjes resonaban por las paredes de piedra del templo como formando una delicada plegaria, una única línea melódica que se elevaba y luego caía para volverse a elevar otra vez. Al principio Demi pensó que el cántico, como los nombres grabados en las lápidas de los panteones del suelo de la iglesia, era en italiano, pero no lo era. Ni tampoco era español, sino un idioma que no había escuchado jamás.

Los monjes rodearon la iglesia una vez, luego otra y luego salieron, pasaron a través de un portal alto y entraron en un antiguo anfiteatro de piedra que había en el exterior. Allí repitieron la letanía un par de veces más, y luego otro par, mientras formaban un semicírculo a la luz de tres hogueras que ardían en un triángulo circunscrito en una enorme piedra circular; una piedra que era la pieza central del anfiteatro y que tenía la cruz de Aldebarán tallada en el centro.

Demi se acercó con cautela al otro lado de las hogueras, cerca de la zona de asientos del anfiteatro, donde había fácilmente doscientas personas —hombres, mujeres y niños—, desde muy ancianas hasta críos sentados en el regazo de sus madres. Todos llevaban túnicas escarlata iguales a la que llevaba Demi.

Más allá de las hogueras veía el valle que había cruzado para llegar hasta ahí, donde la fina neblina de la mañana se había transformado en una niebla densa que se levantaba como si fuera una bruma marina y empezaba a envolverlos. Por encima de

todo se elevaban los altos picos de las montañas, que servían para aislar la iglesia y por encima de los cuales la luna llena se encaramaba por encima de oscuros nubarrones.

De pronto, los cánticos de los monjes se detuvieron y por un largo instante todo quedó en silencio. Luego, una potente voz masculina se levantó desde la oscuridad de detrás. Profunda y melódica, sonaba como si fuera algún tipo de llamada pagana, una breve plegaria a los espíritus recitada en el mismo idioma de los monjes.

De inmediato, los espectadores respondieron como en un coro, repitiendo al unísono lo que se decía.

La voz volvió a sonar como antes, transportada a través de la oscuridad. Entonces una figura envuelta en una túnica negra y encapuchada avanzó a la luz de las hogueras y se situó en el centro del círculo de piedra. Al instante, la figura levantó los brazos y echó la cabeza hacia atrás. Demi se quedó sin respiración: era el reverendo Beck, a quien veía por primera vez desde que habían llegado. De inmediato, se apartó de la congregación y se refugió en las sombras. Con las cámaras levantadas, se puso a fotografiar deliberadamente: a Beck, a la congregación, a los monjes, utilizando una cámara y luego la otra como había hecho antes.

Con la cabeza echada hacia atrás y los brazos levantados, Beck retronaba unas órdenes a los cielos como si su voz alcanzara la luna y más allá para convocar a los espíritus que reinaban en la noche. Luego se volvió hacia la oscuridad entre las hogueras. Otra vez levantó los brazos y profirió la misma orden que acababa de lanzar al cielo. Durante un rato no sucedió nada, y luego una visión de blanco apareció lentamente a través de la oscuridad, avanzando por en medio de las hogueras hasta entrar en el círculo.

Era Cristina.

Beck se volvió hacia la congregación y volvió a hablar, con el brazo derecho extendido, haciendo un gesto hacia el gran círculo de piedra. La congregación respondió, repitiendo lo que él había dicho y añadiendo luego unas palabras que a Demi sólo le sonaban como nombres de estrellas distantes. Había cuatro en total, pronunciados rápida y entrecortadamente, como si convocaran a los dioses.

Con las cámaras disparando sin cesar, Demi se acercó un poco.

Ahora Beck salía de la luz de las hogueras. En su lugar, con tanta rapidez que pareció fruto de un truco de magia, apareció Luciana. Llevaba una túnica dorada y en la mano una varita larga de rubíes. Tenía la abundante melena negra recogida en un moño apretado. El maquillaje de los ojos, igual de oscuro, estaba acentuado con unas teatrales líneas que iban del rabillo de los ojos hasta los lóbulos de las orejas, mientras que unas horribles uñas de al menos veinticinco centímetros habían sido pegadas a sus dedos.

Con un movimiento tan grácil como el de una bailarina, se colocó detrás de Cristina y con la varita dibujó un círculo en el aire por encima de su cabeza. Luego, con la misma delicadeza, se apartó para pasar la varita por la gran piedra circular.

Hecho esto, miró a la congregación. Con las maneras de una sacerdotisa, ejercía como tal en la ceremonia. De pronto gritó una frase cargada de poder y certeza, como si acabara de formular un hechizo. Avanzó hasta el borde del círculo, con los ojos moviéndose ferozmente por la congregación, y gritó el hechizo otra vez.

Y otra vez.

Y otra.

114

20.47 h

—¡Escuche! —dijo Marten antes de detenerse, con la antorcha hecha del palo del pico a medio quemar que iluminaba poco más que una chispa en medio de la oscuridad absoluta del túnel.

—¿Qué pasa? —Se paró también el presidente.

—No lo sé. Sonaba como algo detrás nuestro.

Se esforzaron por escuchar, pero no se oyó nada más.

—A lo mejor estoy enloqueciendo... —dijo Marten al silencio, y luego—: Ahora. ¿Lo ha oído?

De algún punto detrás de ellos se oyó un chirrido agudo y distante. Duraba unos veinte segundos, paraba, luego volvía.

—Taladran la piedra —dijo el presidente rápidamente—. He excavado los pozos suficientes como para reconocer el sonido.

—Su equipo de rescate ha llegado. Saben que está aquí.

—No. Creen que estoy aquí. Pero están todavía muy por detrás. A más de un kilómetro y medio; tal vez más lejos.

—Al instante, el presidente miró a Marten. —Una vez hayan entrado en el túnel, introducirán material de escucha, tal vez también cámaras de visión nocturna. Por este tipo de galerías el sonido circula casi con tanta nitidez como por debajo del agua.

—¿Cuántos cree que son?

—¿Ahí arriba, buscándonos?

—Sí.

—Demasiados. A partir de ahora, ni una palabra más fuerte que un susurro. Y sea cual sea la palabra, que sea cortísima.

Marten lo miró una décima de segundo, luego apuntó la antorcha hacia delante y siguieron avanzando.

20.50 h

La extensión de roca que cruzaban era negra como la noche. Miguel se detuvo y apuntó con la linterna detrás de él, iluminando el camino para que el lastimado Hap Daniels los alcanzara.

—Cuidado con la maldita linterna. Se ve a muchas leguas —protestó Hap con voz ronca mientras andaba.

Ahora llevaba el brazo izquierdo apoyado en un cabestrillo que se había hecho con la corbata, para minimizar los tirones en el hombro.

Tras ellos, una luna llena luchaba contra los densos nubarrones que descendían por las colinas lejanas. Se avecinaba lluvia y ellos lo sabían. Cuándo llegaría, con cuánta fuerza y cuánto tiempo les quedaba antes de que empezara eran preguntas todavía imposibles de responder.

—¿Está seguro de que quiere seguir? —dijo Miguel, mirando a Hap mientras se acercaba. Era evidente que estaba haciendo esfuerzos y que el dolor le mermaba.

—Sí, maldita sea.

—¿Quiere descansar un minuto? ¿Tomarse los analgésicos?

—¿Dónde demonios están los chicos?

—¡Aquí! —La voz de Armando surgió de entre la oscuridad a una docena de metros por delante de ellos.

Al instante, Miguel apuntó con la linterna hacia un precipicio rocoso que había a siete metros.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Hap, agarrando a Miguel del brazo con su mano buena—. ¿Quiere apagar esto de una vez?

20.52 h

Hap y Miguel miraron hacia una fisura en las rocas de abajo. Cuatro metros más abajo Héctor y José se apiñaban junto a una ancha fractura de la roca, iluminando con las linternas el camino de Armando, que empezaba a descender por ella. Un segundo más tarde desapareció de su vista. José le siguió de inmediato.

—¿Qué profundidad tiene? —dijo Miguel en un tono suficientemente alto como para que lo oyeran.

—Tal vez diez metros más —respondió Armando desde abajo.

—¿Hasta dónde?

—Hasta otra fisura de la roca.

—Cuando llegues usa las piedras y mira lo que obtienes.

Miguel respiró y miró a Hap. Luego esperaron.

Pasaron tres minutos enteros. Finalmente lo oyeron.

CLAC, CLAC, CLAC, CLAC, CLAC, CLAC.

Armando golpeaba dos piedras, la una contra la otra, en la cavidad de abajo, haciendo un sonido que llegaba hasta muy lejos por las oberturas de piedra y, esperaba, por la superficie dura de la galería de debajo.

CLAC, CLAC, CLAC, CLAC, CLAC CLAC.

Armando volvió a golpear las piedras.

Los cinco contuvieron la respiración, escuchando alguna posible respuesta.

Finalmente oyeron la voz de Armando.

—Nada.

—¡Otra vez! —exigió Miguel.

—¡No! ¡Ya está bien! —dijo Hap bruscamente—. ¡Ya está!

—¿Por qué? —Miguel lo miraba sorprendido—. ¿Qué otra manera tenemos de encontrarles, en esta galería interminable?

—Miguel, la policía española, el Servicio Secreto, la CIA. Habrán traído todo tipo de dispositivos de escucha y de visión nocturna. Si Marten y el presidente pueden oír estas piedras, ellos también. Si nos encuentran, desaparecemos. Todos, los chicos, usted, yo. Y luego matan al presidente.

—Pues entonces, ¿qué hacemos?

—Encontrar la manera de entrar en el túnel y recorrerlo.

—¿Recorrerlo?

—Con las linternas. Marcando por donde hemos entrado, marcando la ruta a medida que avancemos para poder volver atrás. Armando y los chicos conocen bien las galerías por dentro. Por eso hemos venido, ¿no?

Miguel asintió con la cabeza.

—Mis hombres no conocen estos túneles, y apuesto a que la policía española tampoco.

Miguel hizo una mueca de angustia.

—Somos cinco contra todos estos. Es imposible.

—No lo es. Sencillamente tenemos que hacerlo mejor, más rápido y con extremo sigilo.

—Hap, no está usted en condiciones de bajar ahí dentro. Quédese aquí y yo bajaré con los chicos.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—No sé la posición exacta del satélite, pero en algún momento, pronto, estarán directamente encima de nosotros. Y entonces tendrán imágenes térmicas del calor

irradiado por los cuerpos de la superficie. Las autoridades saben quiénes son sus hombres, y cuántos son.

—Quiere decir que nos podrán detectar.

—Detectarán a cualquier persona que no sea de los suyos.

—Entonces será mejor que se meta en las galerías.

—Correcto.

115

21.03 h

Jake Lowe y el doctor James Marshall estaban junto al Chinook mirando hacia la superficie de rocas en la que el equipo de Bill Strait del Servicio Secreto y la unidad de CNP de la inspectora Díaz habían instalado luces de trabajo y empezaban a perforar por la piedra arenisca con sierras mecánicas.

Detrás de ellos, dentro del helicóptero, un equipo médico —dos médicos, dos enfermeras y dos técnicos de urgencias— hacía los preparativos para recibir a un presidente lesionado. A treinta metros, Bill Strait, la inspectora Díaz y un equipo de siete hombres del Servicio Secreto, la CIA y los especialistas técnicos del CNP trabajaban para organizar un puesto de mando desde el cual poder coordinar las actividades de los equipos desplegados sobre el terreno.

Lowe miró detrás de ellos para asegurarse de que estaban solos y luego miró a Marshall:

—La policía española podría ser un auténtico problema si el presidente está vivo y dice algo —dijo, en voz baja.

—No podemos mandarlos a casa.

—No, no podemos.

—Jake —Marshall se le acercó y bajó la voz—, la policía cree lo que creen todos los demás, que el presidente está muerto, o secuestrado por Marten, o cautivo de un grupo terrorista, o sencillamente perdido y con las facultades mentales extraviadas. Si lo sacan vivo, cualquier cosa que diga será interpretada como las alucinaciones de un tipo que ha sufrido un grave trauma psicológico. En pocos minutos estará aquí, lo meteremos en el Chinook y nos lo llevaremos para casa.

—Sigue siendo todo demasiado incierto. Hay demasiadas cosas que pueden ir mal. —Lowe apartó la mirada, claramente preocupado, y luego, bruscamente, volvió

a mirar a Marshall—. Estoy casi a punto de echar el freno a lo de Varsovia. Cancelarlo. Lo digo en serio.

—Esto no lo podemos hacer, Jake, y tú lo sabes —dijo Marshall, tranquilizándolo—. El vicepresidente ya ha dado el pistoletazo de salida. Las cosas ya están en marcha y todo el mundo lo sabe. Si ahora nos echamos atrás, mostraremos nuestra debilidad, no sólo frente a los nuestros sino también con los adeptos de Francia y Alemania. Así que relájate, que nosotros somos los que estamos al mando. Como te he dicho antes, ten un poco de fe.

De pronto se produjo una reanimación de la acción en el puesto de mando. Bill Strait se levantaba, hablando animadamente por su micro. Los demás se habían detenido a escucharlo, incluida la inspectora Díaz. Lowe y Marshall corrieron hacia ellos.

—Repítalo, por favor —dijo Bill Strait, con la mano en el auricular, tratando de escuchar con claridad mientras seguía controlando las tensas comunicaciones entre sus propios equipos que usaban otros canales de transmisión—. ¡Bien! ¡De puta madre!

—¿Qué ocurre? —dijo Lowe rápidamente, cuando él y Marshall aparecieron—. ¿Han oído algo sus técnicos? ¿Han recogido sonidos? ¿Es él? ¿El POTUS?

—Todavía no, señor. Un equipo del CNP ha entrado en el túnel principal por este lado de un desprendimiento subterráneo, cerca del monasterio. La unidad de la CIA va a entrar ahora.

—Agente Strait —dijo la inspectora Díaz, mientras se quitaba los auriculares—. Nuestro equipo en este lado —señaló hacia la zona de trabajo iluminada a lo lejos— acaba de abrirse paso. Hay seis hombres en el suelo. —De pronto miró a Marshall y Lowe—. Los viejos mapas indicaban una longitud de galería de casi veinte kilómetros. Esta longitud demuestra ser correcta, lo cual significa que los mapas son razonablemente precisos. Hay un equipo, en algún punto a medio camino, que ha localizado una chimenea y está bajando por ella. Otro equipo trabaja por una fisura hacia una de las galerías laterales. Las unidades de perforación siete y cuatro han encontrado piedra blanda a cinco kilómetros de distancia. No sabemos cuánto tiempo tardarán en llegar a la galería principal. Para los equipos que ya están dentro y los que vengan después todo depende de lo que encuentren allí dentro; si está todo abierto, o si caen rocas, o si hay corrimientos de tierra que bloquean el paso.

Lowe miró a Bill Strait:

—¿Cuántos hombres tenemos dentro de los túneles?

—Unos sesenta. Y treinta más cuando los otros equipos entren. Todos estos cuando el resto del equipo de la inspectora Díaz y nuestros efectivos lleguen al fondo de la galería por allí. Los efectivos de la CIA de Madrid están ahora en el suelo y se les han asignado coordinadores a lo largo de la parte superior de la galería principal. Equipos de los agentes rurales que conocen bien la zona los están ayudando a encontrar otras entradas. La cobertura por satélite para tomar imágenes digitales y

térmicas no estará disponible hasta dentro de noventa minutos, cuando el satélite esté encima. Siendo de noche y con este tiempo no vamos a conseguir mucho, si es que obtenemos algo, de imagen visual, pero sí que intentaremos reconocer las imágenes térmicas, basadas en la temperatura desprendida por los cuerpos detectados en el suelo o saliendo de las chimeneas.

Lowe estaba claramente alterado y levantaba la voz:

—Así que, básicamente, toda esta operación depende de cuatro máquinas perforadoras y varios cientos de hombres equipados con micros, gafas de visión nocturna y picos y palas. Pues sí que tenemos una persecución emocionante. Contamos sólo con muchos efectivos y tecnología del siglo pasado... ¿Dónde coño están esos cientos más de agentes del Servicio Secreto que venían de París?

Strait miró a Lowe y después a Marshall:

—Ahora ya se encuentran en suelo español. Llegarán aquí a la nueva hora prevista, 21.40. Señores, todos los equipos aquí presentes son profesionales: CNP, CIA, USSS. Si el presidente está aquí abajo, lo encontraremos.

—Estoy seguro. Gracias —dijo Marshall, luego tomó a Lowe del brazo y se alejaron en dirección al Chinook.

—Te estás pasando, Jake —le dijo, con severidad—. Cálmate un poco, ¿eh? ¡Cálmate!

116

Anfiteatro de la iglesia dentro de la montaña, 21.20 h

Demi estaba a un lado del grupo de gente y tomaba fotos con la máxima discreción de la ceremonia que se celebraba en el círculo de Aldebarán, en cuyo perímetro había sesenta monjes arrodillados, con la cabeza agachada y profiriendo cánticos en el mismo idioma indescifrable que antes. Detrás de ellos todavía ardían las tres hogueras, con sus llamas levantándose hacia un fantasmagórico cielo nocturno; la luna llena estaba casi perdida entre las nubes de una tormenta que se avecinaba y que anunciaba su violencia con un espectacular despliegue de rayos sobre el valle lejano.

Con el vestido blanco ondulándose a su alrededor, Cristina estaba sentada como una diosa en un sencillo trono de madera colocado en el centro del círculo mientras, uno a uno, niños ataviados con túnicas escarlata se acercaban a ella desde la oscuridad de más allá de las hogueras. Cada uno esperaba su turno y luego se

acercaban lenta y reverentemente, cruzando la luz del fuego. Cada niño llevaba alguna criatura viva, un perro, un gato o, en el caso de muchos de los más mayores, un búho, con una correa y atado a un guante de piel como los halcones, para que recibieran la bendición.

Y eso hacía Cristina, bendecirlos. Les sonreía compasiva y amorosamente, luego les decía algo que no se oía y les daba un beso en cada mejilla, y luego pasaba la mano por encima del animal que le habían traído mientras recitaba una breve plegaria. Sus palabras, apenas audibles, eran el mismo idioma que hablaban los monjes y que habían utilizado Beck y Luciana. Luego el niño se alejaba, adentrándose en las tinieblas de detrás de las hogueras, y el siguiente ocupaba su lugar. Alrededor, los adultos los miraban, en silencio y como hechizados, mientras que abajo, a la luz del fuego, Luciana y el reverendo Beck hacían de testigos, como si fueran pastores divinos vigilando su redil.

Demi estaba absolutamente perpleja. Se preguntaba cómo el signo de Aldebarán —el del dibujo de su madre, los tatuajes en los pulgares de Merriman Foxx, de la difunta Lorraine Stephenson, de Cristina, de Luciana, y probablemente también del reverendo Beck— cuadraba con todo aquello. En especial con esa sencilla y emotiva ceremonia de niños buscando la bendición de los perros, gatos y búhos. ¿A qué espíritus de la noche había invocado Beck? ¿Qué papel desempeñaba Cristina? ¿Qué significaba todo aquello?

Tal vez fuera cierto, como Beck había dicho, que el aquelarre y sus rituales eran inofensivos y que no había nada que no pudiera ser mostrado al mundo. Pero, si era así, ¿por qué la habían drogado para hacer aquel viaje? ¿Qué quería Foxx de Nicholas Marten que tuviera que ver con esto? ¿Cómo se explicaba la desaparición de su madre? ¿Y la advertencia de su padre? ¿O la que le dio el erudito sin brazos, Giacomo Gela? ¿Y qué había visto tantos años atrás para que sus captores lo mutilaran de aquella manera tan extremadamente cruel? Y, por encima de todo, ¿qué relación tenía el signo de Aldebarán con el culto centenario de Aradia Minor y sus tradiciones; los juramentos de sangre, el sacrificio de criaturas vivas, la tortura humana? ¿Dónde estaban sus varios cientos de seguidores, la poderosa orden llamada Los Desconocidos?

¿Se había equivocado Gela, o estaba loco? ¿Tal vez era un octogenario amargado que, después de vivir solo durante varias décadas, había maquinado una antigua cultura secreta a la que culpar de su mutilación? Demi no veía indicios de nada de eso, tan sólo familias, niños y animales. ¿Qué tenía eso de siniestro?

22.35 h

Héctor y José ya estaban en el fondo del túnel, apuntando con sus linternas hacia arriba. Cuatro metros y medio más arriba Armando se esforzaba por descender por una chimenea estrecha y empinada, ayudando a Miguel a bajar a Hap, con el brazo, por necesidad, liberado ahora del cabestrillo. Las punzadas constantes en el hombro herido habían disminuido un poco por el efecto de un analgésico engullido a regañadientes.

22.40 h

Estaban los tres todavía siete metros por arriba del suelo del túnel cuando sintieron que la tierra empezaba a temblar. A los pocos segundos lo oyeron. Uno, dos, tres, cuatro y cinco. El rugido estruendoso de helicópteros que se acercaban y pasaban por encima de ellos volando casi a ras del suelo.

Miguel miró a Hap:

—¿Más policía? ¿CIA?

—Servicio Secreto —dijo Hap fríamente—. Enviados desde París.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque saberlo es mi puta obligación! —le ladró Hap. Era lo último que necesitaban, más efectivos trabajando contra ellos, agentes que pensaban estar ayudando cuando, en realidad, hacían todo lo contrario—. Los habría llamado yo mismo. —Miró a Armando allí abajo—. ¿Cuánto falta?

—No mucho —dijo Miguel, y luego sonrió—. Bueno, el desnivel sigue siendo suficiente para matarle.

—La próxima vez traiga una escalerilla.

22.43 h

—¡Láser! —dijo Marten en un susurro ronco, mientras tiraba del presidente contra la pared del túnel en la más absoluta oscuridad.

—¿Dónde?

—Delante.

—No lo he visto.

—Se ha encendido, luego apagado. O ha sido un error o estaban probando suerte. Lo último que quieren es delatarse.

—Escuche.

Otra vez oyeron el sonido de un taladro perforando piedra.

—Está más cerca —la voz del presidente era algo más que un susurro.

—¿Otro equipo?

De pronto se oyó el mismo sonido. Este todavía más cerca que el anterior.

—Y un tercero.

—Están delante, con láseres —dijo Marten—. No sabemos a qué distancia o cuántos son. Se están acercando por detrás. Y luego está el sonido de antes. Como si golpearan con piedras. No sé qué demonios era.

De pronto, el presidente levantó lo que quedaba de la antorcha, poco más que una brasa encendida. La levantó mucho y la acercó al rostro de Marten, para poder verlo con claridad:

—Me ha dado su palabra de que saldríamos de aquí y de que podría hablar ante la reunión de Port Cerdanya. Maldita sea, ahora no vamos a dejar que nos cojan. Le recuerdo que me ha hecho una promesa.

—Presidente, quíteme el maldito palo de la cara —dijo Marten, mirándolo.

El presidente Harris lo miró, luego bajó el mango del pico.

—Lo siento.

De pronto se vio otro rayo láser a través del túnel. Luego un segundo, esta vez más rato. Podían oír unos pasos a lo lejos, como si algunos hombres avanzaran rápidamente por el túnel hacia ellos. Desde atrás vino otro rugido de perforadora. Duró unos diez segundos y luego su tono subió bruscamente. De inmediato, el quejido disminuyó.

—Ya han perforado —dijo el presidente.

—Deme esto —dijo Marten rápidamente, agarró la antorcha encendida, y luego empezó a retroceder por donde habían venido.

—¿Qué hace?

—Buscar ayuda, primo, buscar ayuda.

22.45 h

Marten corrió por las vías todo lo rápido que podía, casi a oscuras, con el palo encendido cerca del suelo del túnel y el presidente pisándole los talones. Luego el presidente se puso a su lado.

—Cincuenta, cien metros atrás, la antorcha se ha reavivado —Marten seguía avanzando, con la voz apenas por encima de un susurro—. Sólo un poco. No lo suficiente como para pensarlo en aquel momento, pero sí que había algún tipo de

corriente aérea. Tal vez una grieta en la pared lo bastante ancha para que nos podamos colar por ella hasta que pase el tipo del láser y luego volvamos por donde hemos venido, hacia donde íbamos. Si han entrado es que hay manera de salir.

Detrás de ellos, un rayo de láser rebotó contra la pared del túnel. Ahora oían el eco de unas voces delante de ellos. Marten corrió veinte metros más y luego aflojó el paso.

—Por aquí —se detuvo y pasó el palo incandescente por el suelo, y luego por las paredes.

Nada.

Otro rayo de láser rebotó en el techo del túnel tras ellos.

De la oscuridad, delante, venía el ruido regular de pies que corrían.

—Venga —lo apremió el presidente.

—Nada. Tal vez me equivocara.

Marten *empezó a moverse* y, de pronto, la *antorcha* se reavivó.

—¡Ahí! ¡Lo he encontrado!

Marten se apartó y acercó la llama a la pared. La llama creció. Luego lo vieron. Una pequeña abertura de un metro cuadrado en la pared del túnel justo cuando se juntaba con el suelo, y casi escondido entre las juntas de madera de las vías de las vagonetas.

Marten se acercó más y la llama se reavivó.

Otro rayo láser les llegó por detrás. Esta vez duró más e iluminó toda la galería hasta un kilómetro y medio hacia atrás. El sonido de hombres que corrían hacia ellos desde el otro lado se hizo más evidente.

—Métase dentro —ordenó Marten.

El presidente se puso a cuatro patas y se metió en la rendija. En una décima de segundo *Marten lo siguió*. Así, desaparecieron. El túnel en el que acababan de estar quedó negro como el carbón, como si jamás hubieran estado en él.

118

22.50 h

Marten y el presidente empujaron hacia el fondo de la rendija. Uno apilado casi sin respirar contra el otro. Dos hombres adultos embutidos como muñecos de trapo en un espacio imposiblemente diminuto.

Oían los pasos apresurados que se acercaban por el túnel, fuera. El sonido era cada vez más y más fuerte, luego los hombres estaban justo al otro lado de la abertura, a unos pocos palmos de ellos. En un momento habían pasado. Debían de ser fácilmente unos veinte, tal vez más. En el minuto siguiente vendrían con toda su fuerza hacia ellos desde el otro lado. Esperarían unos breves y preciosos segundos y luego cada uno regresaría por donde había llegado, comprobando una y otra vez la ruta por la que habían pasado tan rápidamente.

—¡Salgamos! ¡Ahora! —susurró el presidente, disponiéndose a salir otra vez al túnel.

—No —Marten lo retuvo—. Si vienen más, nos los encontraremos de cara.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar.

—No hay tiempo. Volverán en un segundo cuando se encuentren con la otra patrulla. Tenemos que arriesgarnos y salir ahora.

—Está bien —Marten empezó a moverse y luego se detuvo bruscamente, al sentir que el brillo de la antorcha en brasa volvía a reavivarse—. Un segundo —dijo, moviendo el palo hasta el lado de la grieta. El brillo se intensificó. Sopló sobre él y obtuvo una llama, luego levantó la antorcha y miró a su alrededor—. Esta zona se ha excavado con una herramienta distinta de la que se usó en el túnel principal. Y tampoco está hecha hace ochenta años.

El presidente prestó atención y siguió la antorcha a medida que Marten la movía a lo largo de la pared.

—Es un conducto de transmisión de aire.

—¿Por qué? ¿Y de dónde a dónde?

—Deme la antorcha.

Marten obedeció. El presidente se apoyó en un codo y, a rastras, se adentró un poco más en la rendija.

—¿Qué ve?

—Hay un ventilador de acero, quizá de dos por tres. Cae directamente hasta lo que parece otra galería más abajo.

—¿Cabemos por el ventilador?

Fuera, en el túnel, se oyó un ruido repentino. Oyeron unos pasos acelerados que se acercaban, una voz que daba órdenes. El equipo de búsqueda regresaba a toda prisa.

—No nos queda más remedio.

21.55 h

El viento se estaba levantando y los nubarrones empezaban a soltar lluvia, mientras un Jake Lowe cada vez más ansioso se subía el cuello de la parka y se abría paso bruscamente por entre los policías españoles, que se apresuraban a montar una tienda de protección sobre el puesto de mando. Llegó a la zona de control y se colocó para ver por encima de los hombros de Bill Strait y la inspectora Díaz.

Había pasado los últimos minutos al margen, observando cómo los equipos de comunicaciones controlaban los intercambios entre las unidades de la CIA, el Servicio Secreto y el CNP de los túneles y sus compañeros, esparcidos por las formaciones rocosas del exterior. Más de una vez había mirado a Jim Marshall, acurrucado a un lado, charlando y tomando café con los miembros del equipo médico presidencial, a la espera de la orden que los pondría en acción. Pero esta orden todavía no había llegado. Parecía como si no pasara nada. La repentina carcajada entre Marshall y el equipo médico lo impulsó a acercarse a Díaz y Strait.

¿Era él el único preocupado por lo que iba a pasar si el presidente aparecía de pronto vivo y coleando, hablando y negándose a que lo llevaran al jet de la CIA? No sólo se iría al traste lo de Varsovia y todo el plan de Oriente Próximo, sino que ellos —todos ellos, desde el vicepresidente hasta todos los de debajo— corrían el riesgo real de ser arrestados y juzgados por intento de golpe de Estado. La pena, si el veredicto era culpable, era la muerte.

—¿Qué cojones está pasando ahí abajo? —le preguntó de pronto a Bill Strait. Pero no era una pregunta sino una exigencia, o incluso una acusación.

Por unos segundos Strait le ignoró. Finalmente, se volvió hacia él:

—Hay cinco equipos en el interior de la galería principal —dijo, paciente—. Tres más buscan por los túneles laterales. El resto están a la espera de relevarlos. El equipo que rastreaba este lado acaba de encontrarse con el equipo que ha entrado por el centro hacia el otro lado. Lo único que han encontrado han sido muchos metros de túnel a oscuras. Han pedido más luces y van de retirada.

—¿Y qué hay del satélite? ¿Dónde está?

—En cuarenta minutos lo tendremos encima, señor. —Strait miró a Marshall como si quisiera dejar a Lowe de lado y apartarlo—. El satélite, los gráficos térmicos, no son ninguna solución definitiva; no nos dirán lo que ocurre bajo tierra.

—¿Cuándo sabremos lo que ocurre bajo tierra? —lo presionó Lowe, indignado.

—No se lo puedo decir, señor. Ahí abajo hay mucho terreno.

—¿En diez minutos o en diez horas?

—Estamos en el interior de los túneles, señor. El Servicio Secreto, la CIA y el CNP.

—Ya sé quién coño está dentro.

—Tal vez preferiría bajar usted mismo, señor.

Lowe saltó ante tamaña muestra de insubordinación:

—Y tal vez a usted le gustaría encontrarse cavando mierda en Oklahoma.

De pronto Marshall se les acercó y apartó un poco a Lowe:

—Jake, todos estamos un poco histéricos. Ya hay tensión suficiente tal como están las cosas. Ya te he dicho antes que te calmaras y te lo vuelvo a pedir. Nos harás un favor a todos.

La mano de Strait se levantó de pronto hacia sus auriculares:

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuántos son?

Díaz lo miró. Y también el equipo médico. Lowe y Marshall se giraron rápidamente.

—Volved a registrar toda la zona. Os mandamos las unidades de reserva. Sí, las luces están de camino.

—¿Qué coño pasa? —Lowe estaba delante de su cara.

—Han encontrado retales de lo que parece una camiseta recién quemada. Como si alguien la hubiera utilizado de antorcha. Hay también lo que parecen ser unas huellas poco claras de dos hombres que llevan hacia atrás del túnel.

—¿Dos?

—Sí, señor, dos.

119

22.05 h

El túnel era poco más alto que un hombre de estatura normal y un poco más del doble de ancho, y estaba iluminado por las tenues luces a pilas de emergencia montadas en la parte superior de las paredes, cada treinta metros aproximadamente. Las paredes y el techo estaban reforzadas con vigas de madera que habían sido recubiertas, entre las piezas grandes de piedra natural, con una capa fina de cemento, probablemente para evitar la caída de polvo. La vía de acero del centro del suelo era única, un monorraíl pulido que llevaba, como el propio túnel, hacia la tenebrosa profundidad por ambos lados.

—Queríamos saber cómo hizo Foxx para meter y sacar los cuerpos del laboratorio —dijo el presidente en voz baja— y aquí tenemos la respuesta.

Marten se tomó un momento para situarse y luego bajó la vista hacia la galería que tenía a su izquierda.

—Según mis cálculos, esto lleva otra vez hasta el laboratorio de Foxx. —Miró a la derecha—. Ésta tiene que ser la dirección de la que venían. Los cuerpos iban cargados en un vagón monorraíl, o algo parecido.

—Pues entonces iremos por aquí —dijo el presidente, mientras ya avanzaba en aquella dirección—. Este túnel se excavó directamente debajo del otro para que no lo pudieran detectar los satélites ni la aviación de vigilancia. Todos conocían las galerías antiguas, así que nadie sospecharía que eran utilizadas para camuflar otros túneles. Es todo diseño de Foxx. Estoy seguro de que lo copió de las fábricas de armas subterráneas secretas que armaron Alemania durante la segunda guerra mundial.

—Desde luego está bien pensado —dijo Marten, mirando hacia arriba—. No ha sido sólo casualidad que encontráramos ese ventilador, al menos de este lado hay muchos más, probablemente uno cada sesenta metros. Nos los hemos pasado porque están muy bien disimulados, pero esos chicos los descubrirán dentro de poco.

—Otra cosa —dijo el presidente, sin dejar de avanzar—: las espitas de gas instaladas cerca de las luces de seguridad son más grandes que las del laboratorio, mucho más, de unos doce o quince centímetros. Lo que no entiendo es cómo todo esto no ha volado con la primera explosión.

—¿Me está diciendo que estamos andando por el interior de una bomba?

—Eso me temo.

120

22.12 h

Los cánticos de los monjes resonaban potentes por todo el anfiteatro. La luna había desaparecido y ahora caía una lluvia regular con un espectáculo de rayos sobre las montañas, subrayados de vez en cuando por enormes rugidos de truenos. Pero la tormenta y sus elementos resultaban anecdóticos comparados con lo que Demi tenía ahora ante ella, que la mantenía petrificada donde estaba.

En el centro del círculo de Aldebarán había un enorme buey vivo atado con cadenas. Los monjes habían formado un círculo a su alrededor y giraban lentamente en la dirección contraria a las agujas del reloj, mientras, uno a uno, los niños aparecían desde detrás de las hogueras para depositar reverentemente ramos de flores a los pies del animal. Cuando los niños hubieron terminado aparecieron sus mayores. Más de cien de ellos, todos rezando silenciosamente, para depositar más ramos ante el buey.

Lo que provocó la estupefacción de Demi y captó toda su atención era que el animal estaba en el centro de una furiosa hoguera, pero en cambio parecía relajado,

sin miedo, y o bien no sentía el calor intenso de las llamas o no era consciente de lo que le ocurría.

—No es ni magia ni un engaño —dijo una voz delicada desde detrás de ella. Demi se dio la vuelta y vio a Luciana—. La bestia está en un viaje espiritual. No siente dolor, sólo felicidad. —Luciana sonreía con seguridad—. Vamos, anda, acércate un poco. Fotografíalo. Para eso has venido, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues entonces, hazlo. Regístralo para siempre. En especial sus ojos. Graba la paz, la felicidad que sienten todas las criaturas cuando hacen este viaje. Hazlo y lo verás.

Luciana extendió un brazo hacia el espectáculo y Demi se acercó. Tomó sus cámaras y se acercó al círculo de monjes y se dirigió hacia la bestia ardiente. Cuando lo hacía, una mujer anciana entró para posar flores a los pies del animal y para pronunciar una plegaria breve en el mismo idioma en que los monjes cantaban.

Demi usó primero su cámara digital, la que transmitía las imágenes automáticamente a la página web. Primero hizo un plano general y luego usó el zoom para tomar otro de más cerca. Finalmente se acercó para tomar un primer plano de la cabeza de la bestia. Sintió la intensidad tremenda del fuego, vio la expansión del calor a través del objetivo. Volvió a oír las palabras de Luciana: «Hazlo. Regístralo para siempre. En especial sus ojos. Graba la paz, la felicidad que sienten todas las criaturas cuando hacen este viaje. Hazlo y lo verás».

Luciana tenía razón; lo que Demi vio en los ojos de la bestia, lo que la cámara recogió, era una mirada de paz y, desde luego, si los animales eran capaz de sentirla, de felicidad.

De pronto las llamas se reavivaron con violencia y el buey desapareció de su vista. Ella retrocedió rápidamente. Al cabo de un segundo el cuerpo enorme del animal se hundió en el fuego, despidiendo una enorme cascada de chispas hacia el cielo nocturno. En aquel momento, los cánticos se detuvieron y todo se quedó en silencio. Todos los que la rodeaban bajaron la cabeza.

El gran viaje de la bestia había comenzado.

Marten y el presidente Harris medio corrían, medio andaban, manteniéndose expresamente en las traviesas de madera del monorraíl para evitar dejar huellas o rastro de su paso por allí.

El hecho de que el presidente tuviera treinta años más que Marten cambiaba poco las cosas. Ambos estaban sudorosos y agotados y corrían por inercia. Su estado mental y físico había empeorado por la certidumbre de que era sólo cuestión de tiempo, minutos, hasta segundos, que sus perseguidores encontraran uno o más de los ventiladores que los llevarían a la galería inferior en la que ahora se encontraban.

Lo mejor que podían hacer era confiar en que alcanzarían el fondo del túnel antes de que eso sucediera, y que cuando lo hicieran tendrían el tiempo suficiente de encontrar la entrada por la que Foxx llevaba a sus víctimas para meterlas en los tanques de conservación. Sin embargo, con todo lo esperanzadora que resultaba esta idea, planteaba otra cuestión: ¿y si aquella zona, fuera lo que fuese, seguía en activo? ¿Y si había guardas, o algún otro tipo de personal de Foxx? Era una idea terrible que en estos momentos no los llevaba a ninguna parte. Sólo les quedaba una dirección posible: ir hacia delante.

22.27 h

El asesor de Seguridad Nacional, Marshall, estaba acurrucado tomando notas en su portátil al fondo del Chinook cuando la puerta de la nave se deslizó y apareció Jake Lowe empapado por la lluvia. Delante, la tripulación del helicóptero dormitaba en la cabina. Por el centro, el equipo médico jugaba a las cartas. Mientras tanto, la comunicación permanente de Bill Strait con los equipos de rastreo que trabajaban bajo tierra crepitaba sin cesar por el sistema de altavoces.

Lowe se dirigió directamente a Marshall:

—Necesito hablar contigo —le dijo—. A solas.

Al cabo de treinta segundos abandonaron el calor y la luz de la cabina del Chinook y se metieron bajo la oscuridad y la lluvia. Lowe cerró la puerta detrás de ellos. Marshall se subió la capucha de la parka.

—Traición —dijo Lowe temeroso, mientras levantaba un dedo en dirección a las montañas iluminadas por destellos intermitentes de rayos—. Pon que sale de estos túneles con vida. Habla y la gente se lo empieza a creer. Lo mismo que Hap dijo poco tiempo después de que todo esto empezara... ¿Qué ocurrirá cuando aparezca? ¿Y dónde coño está Hap? —Lowe prosiguió—. ¿Le han disparado de verdad? ¿Está muerto, o está por ahí, enterado de todo el pastel y tratando de ponerle remedio?

Marshall lo escrutó. Lo que vio fue a un hombre mentalmente fatigado, un Lowe cada vez más nervioso que estaba empezando a perder su autocontrol.

—Andemos un poco —dijo Marshall, llevándolo bajo la lluvia hacia una explanada rocosa y fuera del radio de luz del helicóptero—. Jake, estás cansado —dijo, al cabo de un rato. «Paranoico» era la palabra que quería utilizar, pero no lo hizo.

—¡Todos estamos cansados! —le respondió Lowe—. ¿Cuál es la diferencia? El tema es que tenemos que cancelar lo de Varsovia. Ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde para hacerlo. Si lo hacemos y sale de esos túneles acusándonos y advirtiéndolo a los franceses y alemanes, y luego no pasa nada, quedará como un loco, un pirado, como lo planeamos al principio. Pero si luego los asesinatos tienen lugar, lo que nos espera a todos es el verdugo. Y tampoco será sólo por traición. Hay otras cosas de las que nos pueden acusar, en especial cuando descubran lo de Foxx y todo lo que estaba haciendo. El mismo tipo de asuntos que salieron de los juicios de Nuremberg. Crímenes de guerra: ejecución de experimentos médicos sin el consentimiento del paciente. Conspiración para cometer crímenes de guerra. *Crímenes contra la humanidad*.

Se alejaron más bajo la tormenta.

—Creía que ya lo habíamos hablado, Jake. —El tono de Marshall era sereno, totalmente despojado de emoción—. Cancelarlo ahora es imposible. Hay demasiadas cosas que ya están en marcha.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Los rayos danzaban por encima de las colinas cercanas. Lowe no aflojaba.

—No entiendes nada de lo que te digo, ¿no? ¡Sigue siendo el puto presidente! ¿Y si sale de esos túneles con vida y habla, y luego se cometen los asesinatos? ¡Por Dios, haz el favor de escucharme! El vicepresidente tiene que retirar su orden. ¡Ahora! ¡Esta noche! Si no lo hacemos estaremos perdidos.

Estaban a treinta *metros* del Chinook. A la misma distancia a su izquierda se veía la luz del puesto de mando.

—¿Realmente piensas que va a salir vivo y que no podremos hacerle frente?

—Exactamente, creo que va a salir vivo y que no podremos hacerle frente. No estamos preparados para una situación así; nadie lo tenía previsto.

En aquel preciso instante un potente rayo iluminó todo el paisaje a su alrededor. Por un instante, todo quedó bañado en luz de día. Pudieron ver el terreno escarpado, el Chinook, la tienda improvisada que albergaba el puesto de mando, los cañones empujados que caían bruscamente junto al sendero en el que se encontraban. Luego volvieron a quedar sumidos en la oscuridad y se oyó el fuerte estruendo de un trueno.

Marshall tomó a Lowe del brazo:

—Vigila, es un sendero estrecho y no querrás caerte por ahí.

Lowe le apartó la mano:

—¡Maldita sea, sigues sin escucharme!

—Te estoy escuchando, Jake, y creo que tienes razón. —Marshall tenía una actitud serena y razonable—. Nunca previmos una situación así, ninguno de nosotros. Tal vez el riesgo sea demasiado grande. No podemos arriesgarnos a estropearlo todo, no a estas alturas del juego. —Otro rayo y Marshall miró a Lowe a los ojos—. Está bien, Jake. Hagamos esa llamada. Les decimos lo que pensamos y que el vicepresidente retire la orden. Lo dejamos todo en suspenso.

—Eso está bien —dijo Lowe, inmensamente aliviado—. Está muy, pero que muy bien.

122

22.37 h

—¡No, no! —José, de pronto, retrocedió por la estrecha chimenea y se negó a ir más lejos.

—¿Qué demonios pasa? —dijo Hap, mirando severamente a Miguel.

Estaban a unos ciento veinte metros bajo tierra en un canal de piedra caliza extrañamente sinuoso que caía bruscamente hacia una oscuridad claustrofóbica que, hasta con la iluminación de las linternas, resultaba cada vez más inquietante. Además ésta era la segunda chimenea por la que descendían, una de ellas mucho más abajo que la otra y todos ellos, los chicos también, se estaban poniendo cada vez más tensos.

—Dígale que está bien, que lo entendemos. —Hap estaba pálido; sentía un dolor punzante en el hombro y ya se había tomado un segundo analgésico—. Dígale que todos estamos igual, pero que tenemos que seguir bajando.

Miguel empezó a hablar con el joven en catalán. Apenas había empezado la frase cuando el chico volvió a negar con la cabeza:

—¡No! ¡Se acabó!

Unos cuarenta minutos antes habían llegado a la parte del túnel en la que los chicos creían que los amigos de Miguel podían encontrarse, si es que estaban allí. Armando y Héctor llegaron los primeros y los otros los siguieron. Cuando habían avanzado apenas unos cien metros, oyeron el rumor de los pasos apresurados de unos hombres que avanzaban en dirección a ellos por la oscuridad. Miguel empezó a hacerlos retroceder cuando Héctor lo cogió del brazo:

—No, por aquí —le dijo, y los llevó peligrosamente hacia delante, por donde los hombres venían, hasta una grieta de la roca, una rendija que, incluso si se dirigía luces, resultaba casi imposible de encontrar si no se conocía muy bien el túnel.

Era estrecha y empinada y se dirigía hasta más abajo de la tierra en una caída curva. Llevaban unos treinta segundos de descenso cuando oyeron al equipo de rescate que pasaba de largo de la grieta oculta y se detenía. Y allí se quedaron parados, prácticamente atrapados, mientras los refuerzos se unían al equipo inicial de arriba. Finalmente, Armando miró a su tío:

—Estos que están perdidos son más que «amigos», ¿no?

—Sí. —Miguel miró a Hap y luego otra vez a su sobrino—. Uno de ellos es un cargo importante del gobierno de Estados Unidos.

—Y estos hombres, estas fuerzas policiales que lo buscan, quieren hacerle daño.

—Creen que lo buscan para ayudarlo pero no es así. Cuando lo encuentren, lo entregarán a una gente que le hará daño, pero ellos no lo saben.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Héctor.

Hap había confiado en ellos hasta ahora, y ahora mismo necesitaba toda la ayuda y la confianza del mundo:

—El presidente —dijo, concluyente.

—¿De Estados Unidos? —exclamó Armando, en su deficiente inglés.

—Sí.

Los chicos se rieron como si les estuvieran gastando una broma y luego vieron la expresión en las caras de los hombres.

—¿Es verdad? —preguntó Armando.

—Sí, es verdad —dijo Hap—. Tenemos que encontrarlo y sacarlo de aquí sin que nadie lo sepa.

Miguel les tradujo esto último al catalán y luego añadió:

—El hombre que está con él es bueno, es su amigo. Nuestra misión es encontrarlos e impedir que la policía los vea y llevarlos a un lugar seguro, ¿lo comprendéis?

—Sí —dijeron los jóvenes al unísono.

Fue entonces cuando Hap miró el reloj y luego a Miguel.

—Antes los chicos han dicho que sabían más o menos lo lejos que el presidente podía haber llegado desde el corrimiento de tierra. De esto hace dos horas y media. Ellos conocen bien el túnel. ¿Dónde creen que pueden estar ahora, suponiendo que sigan vivos y que avancen más o menos a la misma velocidad?

Miguel tradujo la pregunta a los muchachos.

Los chicos se miraron entre ellos, lo discutieron brevemente y luego Armando miró a su tío:

—Cerca —dijo—. Cerca.

En aquel momento oyeron el movimiento y voces de los hombres que estaban en el túnel superior. Habían vuelto y estaban mucho más cerca, y sus voces resonaban

claramente por la rendija hasta donde se encontraban. Miguel temía que los descubrieran y Héctor los llevó más abajo, haciéndolos avanzar por una chimenea que serpenteaba y viraba como un reptil. Hacía menos de cinco minutos José los había detenido con su repentino «¡No!», negándose a seguir.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Miguel.

—Los muertos —dijo, como si sólo segundos antes se hubiera dado cuenta de dónde estaba y adónde llevaba aquella chimenea, y eso lo hubiera sacudido hasta lo más profundo de su alma—. Los muertos —repitió, presa del pánico—. ¡Los muertos!

Hap miró a Miguel:

—¿De qué habla?

A eso le siguió un breve intercambio de palabras en catalán. Miguel con José, que permanecía en silencio, luego con Armando, de quien finalmente obtuvo la explicación.

—Aquí abajo —le aclaró ahora Miguel, señalándole más debajo de la chimenea —, hay otro túnel. Tiene un monorraíl, y por él vio una vagoneta cargada con muertos.

—¿Cómo? —Hap no se lo podía creer.

—Más de una vez.

—¿De qué habla?

Miguel y Armando intercambiaron unas palabras en catalán, luego Miguel le tradujo:

—Hace unos meses, José y Héctor estaban explorando las galerías y encontraron otro túnel, ése del que nos habla que está debajo nuestro. Es mucho más estrecho y más nuevo, y está forrado con una capa de cemento. Tiene una sola vía de acero que lo recorre. Arriba del túnel había una trampilla. Así es cómo vieron el interior de la galería y por donde estaban mirando cuando se acercó una especie de vagoneta. Estaba llena de cadáveres apilados como si fueran troncos de leña. Se asustaron y salieron corriendo y no le han contado nunca a nadie lo que habían visto. Al cabo de dos meses se retaron el uno al otro a volver a entrar. Bajaron de nuevo y esperaron y lo volvieron a ver. Esta vez, los cuerpos viajaban hacia el otro lado. José se ha quedado convencido de que si vuelve a bajar otra vez se convertirá en uno de esos cadáveres. Cree que es el infierno.

Por unos segundos, Hap los miró incrédulo, tratando de asimilar lo que había oído. Luego les hizo una pregunta:

—¿Hay alguna otra manera, aparte de esta chimenea, de ir desde el túnel de arriba —dijo, señalando el lugar del que procedían— hasta el túnel donde vieron los cadáveres?

De nuevo, Miguel se volvió hacia los chicos y les tradujo. Por un momento nadie dijo nada; luego Héctor habló, mientras rascaba dos rayas en la piedra. Miguel tradujo de nuevo:

—La galería de abajo corre al mismo nivel; la de arriba empieza alta y luego se hace más baja. Nosotros estamos más o menos a veinte metros entre las dos. Mucho más adelante está a menos de siete metros y hay canalizaciones a lo largo del túnel, cree que de ventilación, de modo que sí que es posible pasar del uno al otro por más sitios.

Hap escuchó con atención los detalles de Miguel. Mientras lo hacía se oyeron más ruidos de arriba. De pronto se le erizaron los pelos de la nuca.

—Allí arriba hay todavía mucha gente —dijo, con ansiedad—. Vivo o muerto, si el presidente hubiera estado arriba ya lo hubieran encontrado y ya habríamos escuchado su reacción, o sencillamente se habrían retirado.

De pronto Miguel comprendió lo que quería decir:

—¡Cree que mis primos están en el túnel de abajo!

—Es posible, y tal vez muy cerca. Dejemos que José se quede, si quiere. Nosotros bajaremos a averiguarlo.

123

22.44 h

—Ahora disponemos de cobertura directa del satélite, señor. —Un joven técnico del Servicio Secreto se dirigía a Bill Strait por encima de la pantalla de su ordenador portátil—. Una imagen térmica muy clara de nuestros movimientos por la superficie, señor. De momento, nada más.

—Bill. —Strait levantó la mirada al ver a Jim Marshall, que entraba de pronto en el puesto de mando, quitándose la capucha de la parka. Estaba empapado y pálido como la cera.

—¿Qué ocurre, señor? —dijo Strait.

—Jake y yo estábamos en el sendero, a oscuras. Estábamos comentando la situación. El se encontraba todavía muy nervioso, ha resbalado y se ha despeñado. Yo he intentado agarrarlo pero ha sido demasiado tarde. Le he oído chocar. Se ha caído por un precipicio. ¡Dios mío, tiene que estar muerto!

—¡Dios!

—Bill, tienes que mandar a alguien a que baje. Vivo o muerto, tenemos que rescatarlo. No podemos arriesgarnos a que la gente pregunte qué estaba haciendo aquí arriba. El accidente tendrá que haber ocurrido en otro sitio, probablemente en el lugar

en el que supuestamente tenemos al presidente. Digamos que ha salido a pasear solo después de una reunión, ha resbalado y se ha caído.

—Lo comprendo, señor. Me ocuparé del asunto.

—Quiero informar al vicepresidente de inmediato. Necesitaré una línea protegida —miró a su alrededor, para ver lo cerca que se encontraba de los demás—. Y un lugar en el que hablar discretamente.

—Sí, señor. Por supuesto, señor.

124

22.49 h

La vía del monorraíl seguía una larga curva del túnel. Marten se volvió para mirar atrás y empezaron a avanzar por ella. Era su última visión recta hacia la parte posterior del túnel. Si sus perseguidores habían encontrado esta galería, de momento no había rastro de ellos.

—¿Hasta dónde cree que debe de llevar? —dijo, al alcanzar al presidente.

—A ninguna parte —dijo el presidente Harris, mirando delante de ellos. A cincuenta metros el túnel acababa bruscamente frente a una sólida puerta de acero.

—¿Y ahora qué? —dijo Marten.

—Ni idea.

Recorrieron la distancia hasta la puerta rápidamente y en silencio. La vía del monorraíl pasaba a través a ras del suelo, construido de manera precisa para acomodarse al mismo. La propia puerta estaba encajada en unos raíles mecánicos a lado y lado y resultaba evidente que se abría levantándose hacia arriba.

—Tiene que pesar cinco toneladas —dijo el presidente—. Abrirla a mano es imposible.

—Allí —dijo Marten, señalando un pequeño piloto rojo instalado en la misma puerta, un poco más arriba del nivel de los ojos—. Es un sensor infrarrojo, como el del mando de un televisor. Foxx debió de diseñar... —De pronto sacó el aparato tipo BlackBerry de Foxx del la chaqueta, se puso delante del sensor y apretó una tecla que parecía ser la de encendido. Se encendió una lucecita. Miró el panel y entre su amasijo de teclas había una que decía SEND. Apuntó al sensor y la apretó. Nada.

22.54 h

—Tiene que haber algún tipo de código de entrada —dijo Marten, probando una combinación de teclas numéricas y alfabéticas y luego otra.

Finalmente intentó adivinar alguna pauta lógica usando un grupo de nueve teclas con símbolos dibujados que había en la parte inferior del aparato. Siguió sin ocurrir nada.

—Tenemos que volver a bajar por el túnel —dijo el presidente—. ¡Esto no funcionará!

—¿Hacia dónde?

—Foxx era militar. No habría construido algo sin prever una manera de escapar si las cosas se torcían. En algún lugar del recorrido tiene que haber una salida de emergencia, probablemente varias.

—No hemos visto nada.

—Pues nos la hemos pasado de largo, señor Marten. Sin más.

22.57 h

El presidente y Marten rodearon la larga curva del túnel, retrocediendo por donde habían venido. Cada uno escrutaba el techo y la pared de su lado en busca de una zona de la capa de cemento que pudiera haber sido cortada y remozada de nuevo.

Entonces Marten lo vio, tal vez a setecientos metros en la profundidad del túnel. El más breve destello cuando la luz de emergencia hizo brillar el metal.

—¡Vienen hacia aquí!

Los dos hombres se quedaron congelados, mirando túnel abajo delante de ellos. Una décima de segundo más tarde oyeron a lo lejos el sonido de unos hombres que corrían en dirección a ellos.

—¡Las ventilaciones! —dijo el presidente, de pronto—. ¡Por donde hemos bajado! ¡Nos llevarán otra vez al otro túnel!

22.58 h

Alcanzaron la curva del túnel y la doblaron a la carrera, tratando de evitar la línea de visión y al mismo tiempo buscando las vías de ventilación por las juntas del techo y las paredes.

—No las veo —dijo Marten.

—Tienen que estar por aquí. Las hemos visto a lo largo de... —Las palabras del presidente quedaron cortadas por un fuerte golpe, como si el techo se hubiera roto justo delante de ellos. Una décima de segundo más tarde se oyó un grito agudo y el cuerpo de un muchacho cayó por la obertura y aterrizó en el suelo, a menos de siete metros de ellos.

—¿Qué coño es...? —gritó Marten.

22.59 h

Cuando lo alcanzaron, Héctor estaba tratando de levantarse.

—No parece policía —dijo Marten, y miró hacia atrás.

—¡Tampoco es americano! —dijo el presidente, mientras miraba al agujero oscuro que se había abierto en el techo del túnel por la caída de Héctor—. ¡Si ha bajado es que hay una subida!

—¡Primos! —La cara emocionada de Miguel apareció de pronto por el mismo agujero.

—¡Miguel! —El presidente no se lo podía creer.

—Miguel —intervino Marten—, ¡hay cincuenta tipos pisándonos los talones!

—Dile a Héctor que los suba —ladró una segunda voz por el agujero, y luego Hap Daniels apareció en escena. No miraba a Marten ni al presidente; miraba a Miguel—. ¡Ahora, maldita sea! ¡Rápido!

23.00 h

El presidente subió el primero, luego Marten, luego Héctor.

23.01 h

Oían a los hombres acercándose.

—¡Verán el agujero! —soltó Miguel.

—Saben que estamos por algún rincón de aquí —dijo el presidente—. Tuvimos que quemar la camiseta de Marten para alumbrarnos el camino, y la habrán encontrado.

—¿Dónde? —dijo Hap.

—En el túnel de arriba.

De pronto Hap le dio al presidente su linterna.

—Usted y Marten, suban por la chimenea, y rápido. Es empinada y está llena de tramos estrechos, pero podrán hacerlo. Estamos detrás de ustedes.

El presidente vaciló.

—¡Ahora! —ordenó Hap, y el presidente y Marten se pusieron a escalar.

Inmediatamente, Hap miró a Miguel.

—Vamos a tener que entregarles a los chicos.

—¿Cómo?

—Armando y Héctor. Estaban explorando los túneles. Sus linternas se han quedado sin pilas. Estaban totalmente a oscuras, se han asustado y han decidido quemar la camiseta de Armando para iluminarse. Finalmente se ha apagado y se han vuelto a perder; habían perdido la linterna por algún sitio del túnel. Han empezado a dar vueltas, han encontrado este túnel y luego esta chimenea. La han abierto y han empezado a trepar. Si lo que buscan son dos hombres, aquí los tienen.

Miguel vaciló. Era una locura. Armando era su sobrino, no podía hacerlo.

—¡Miguel, díselo ahora! Y diles que entretengan a quienes sean que los encuentren todo el tiempo que puedan. Que lloren, que supliquen, que griten de lo asustados que estaban. O que les digan que tienen miedo de sus madres cuando se enteren. Cualquier cosa. Necesitamos ese tiempo para alejar al presidente de aquí.

125

23.10 h

Demi cruzó la iglesia a oscuras. Con las cámaras colgadas del hombro, llevaba una sola vela para iluminarse el camino mientras pasaba de una lápida antigua a otra, mirando los nombres de familias grabados en ellas. Unas lápidas que, según le había contado Cristina, distinguían las distintas tumbas familiares que contenían los restos mortales de los muertos honrados.

Fuera, la tormenta estaba amainando. Rayos y truenos empezaban a perder intensidad a lo lejos, la lluvia se había convertido en poco más que una llovizna. Dentro, la iglesia estaba en silencio; las familias, los monjes, Cristina, Luciana y el reverendo Beck se habían retirado hacía mucho rato a sus habitaciones. Demi había hecho lo mismo, había vuelto a cambiarse otra vez a su ropa de calle y aguardó al momento oportuno en el que sintió que ya no era peligroso salir de su habitación y volver a inspeccionar la nave de la iglesia.

CORNACCHI, GUARNERI, BENICHI.

Leyó los nombres de las tumbas y siguió buscando.

RIZZO, CONTI, VALLONE.

Avanzó un poco más adelante.

MAZZETTI, GHINI.

—El nombre que buscas es Ferrara —le dijo una voz desde la oscuridad.

Demi se sobresaltó y levantó la vela para mirar a través de la penumbra.

—¿Quién hay ahí?

Por unos instantes no vio a nadie y luego Luciana avanzó hacia la zona iluminada por la vela. A su lado había un monje encapuchado. Luciana ya no llevaba la túnica dorada de antes, sino una túnica negra similar a las de los monjes. También se había quitado las horribles uñas postizas, pero conservaba el maquillaje oscuro de los ojos, con aquellas rayas que bajaban como flechas desde los rabillos de los ojos hasta las orejas. El efecto del conjunto —la túnica negra, el maquillaje, su aparición repentina en la oscuridad de la iglesia y acompañada del monje solitario— era, como mínimo, inquietante.

—Ven —le dijo, haciéndole un gesto con la mano—, la tumba está allí.

Ferrara.

—Acerca más la vela y podrás leerlo con claridad.

Demi lo hizo.

—Dilo. Di el nombre —insistió Luciana.

—Ferrara —musitó Demi.

—El apellido de tu madre. El nombre de tu familia.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Demi, estupefacta ante aquella revelación.

—Es el motivo por el que estás aquí. Por el que te hiciste amiga del reverendo Beck y luego del doctor Foxx. Querías saber los secretos de Aldebarán. Por eso te reuniste con el desgraciado Giacomo Gela, quien te contó cosas de Aradia Minor.

Demi acercó la vela a Luciana y al monje.

—Quiero saber lo que le ocurrió a mi madre. —Debía tener miedo, pero no lo sentía. Ahora se trataba de descubrir la suerte que había corrido su madre y de nada más.

Luciana sonrió:

—Enséñaselo.

El monje tomó la vela de las manos de Demi, luego se arrodilló junto a la lápida y la levantó. Dentro había un baúl antiguo de bronce. En su tapa había grabadas veintisiete fechas, la primera 1637; la última, exactamente dieciocho años atrás. El año de la desaparición de su madre.

—Tu madre se llamaba Teresa —dijo Luciana.

—Sí.

—Abre la tapa —dijo Luciana, en voz baja.

El monje levantó la tapa del baúl y acercó la vela. Demi pudo ver hileras de urnas plateadas. Cada una estaba encajada en un cuadratín especial de bronce, cada uno con una fecha grabada.

—Las cenizas de los muertos honrados. Como el gran buey de esta noche. Como Cristina mañana.

—¿Cristina? —Demi se quedó conmocionada.

—Esta noche los niños la han honrado como han honrado al buey. Está pletórica, como lo está su familia y como lo están los niños y los otros.

—¿Qué me está diciendo? —Poco a poco, la actitud de desafío de Demi se iba atenuando.

En su lugar apareció el miedo.

—El ritual sirve para honrar a los que están a punto de emprender el gran viaje.

—¿Éstos fueron honrados? —Demi volvió a mirar las urnas.

—Sí.

—¿Mi madre?

—Sí.

—¿Todas estas urnas son de mujeres de mi familia? —Demi no lograba comprender.

—Cuéntalas.

Demi lo hizo y luego levantó la vista:

—Hay veintiocho. Pero en la tapa sólo hay veintisiete fechas grabadas.

—Mira la fecha de la última urna.

—¿Por qué?

Demi hizo lo que Luciana le ordenaba. Al hacerlo, el desconcierto invadió su rostro.

—Mañana.

—La fecha todavía no está grabada porque la urna todavía no contiene las cenizas. —Luciana dibujó lentamente una sonrisa mientras los ojos se le llenaban de una inmensa oscuridad—. Hay una mujer en tu familia que todavía no ha sido contada.

—¿Quién?

—Tú.

El asesor de Seguridad Nacional James Marshall estaba sentado ante una pequeña mesa plegable en la tienda del puesto de mando. Estaba solo, aislado para gozar de la privacidad que había pedido, y tenía el auricular conectado a una línea protegida.

Al otro lado de la misma línea estaban el vicepresidente, Hamilton Rogers; el jefe de personal del presidente Harris, Tom Curran; el secretario de Estado, David Chaplin; el secretario de Defensa, Terrence Langdon, y el jefe del Estado mayor y general de las Fuerzas Aéreas Chester Keaton, ahora a bordo de un jet rumbo a Madrid.

—Han atrapado a dos muchachos locales, supuestamente extraviados en los túneles. Sigue sin haber ni rastro del presidente ni de Marten. Ahora traen hacia aquí a los chicos para que los interroguemos. Nadie está del todo seguro de lo que está ocurriendo. —Marshall se dio la vuelta despreocupadamente y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie de los equipos de comunicación de Bill Strait ni de la inspectora Díaz que pudiera escucharlo, y luego bajó la voz—. Debemos suponer lo mismo que hasta ahora: que los dos hombres están encerrados en los túneles fuera del laboratorio de Foxx, puesto que estaban en él cuando ha explotado y han muerto, o que me los traerán de inmediato si resulta que están vivos, y entonces los sedaremos y los mandaremos directamente a un avión de la CIA que está a la espera. Si no lo hacemos así, empezaremos a pensar como Jake Lowe, y eso no puede ser. No puede haber puntos flacos. Ninguno.

»Les recuerdo que aquí detrás hay una historia larga y potente, una historia con la que llevamos tiempo comprometidos y a la que hemos jurado fidelidad. No es la primera vez que su firmeza ha sido puesta a prueba, y no va a ser la última. Nuestra responsabilidad desde el principio ha sido asegurar el éxito de la operación que tenemos entre manos. Nada ha cambiado. ¿Estamos de acuerdo en esto, caballeros?

—Absolutamente, Jim —dijo el vicepresidente Rogers, con serenidad—. Si alguien no lo está, que lo diga ahora.

Un silencio unificado sirvió de respuesta.

—Bien —dijo el vicepresidente—. Chet, ¿tienes los detalles de Varsovia?

—Con exactitud a las 15:30 de mañana. —El general Keaton tenía el mismo tono de voz tranquilo y seguro que el vicepresidente.

—Bien. Gracias, doctor Marshall. Lo ha gestionado usted muy bien. Hasta mañana, caballeros. Buena suerte y que Dios nos acompañe.

23.42 h

El presidente, Marten, Hap y Miguel se apiñaron en un recodo oscuro de la chimenea, a diez metros de la confluencia con el túnel superior.

Antes se habían detenido tres veces a oscuras, conteniendo la respiración y con los corazones acelerados. La primera, cuando varios miembros de los equipos de rescate subieron por la chimenea desde abajo una vez capturados Armando y Héctor. Los oyeron hablar mientras subían, preguntándose si los chicos estaban solos como habían dicho y no había nadie más. Debieron de haber concluido que decían la verdad porque volvieron a salir a los pocos minutos antes de volver atrás. La segunda vez fue para descansar y dar a Marten y al presidente un poco de agua de la cantimplora de Miguel y dos barras de cereales del botiquín de la limusina. La tercera fue cuando oyeron a alguien que venía de arriba. Hap empujó al instante al presidente y a Marten hacia abajo y luego él y Miguel esperaron, rifles en mano, a quien fuera que estuviera descendiendo. Con la Sig Sauer levantada, Hap estaba a punto de identificarse cuando vio aparecer a José.

Había estado escuchándolos y bajó a ayudarlos cuando lo oyeron.

—Éstos son los americanos de los que te he hablado —le dijo Miguel, cuando se encontraron cara a cara. José los miró una décima de segundo y luego miró chimenea abajo y preguntó por Armando y Héctor.

—Nos están ayudando —le dijo Miguel en catalán.

—¿Ayudando dónde?

—Están con la policía.

—¿La policía?

—Sí —dijo Miguel—. Y ahora te toca a ti. Por favor, guíanos hasta arriba.

Diez minutos más tarde se estaban acercando a la superficie y Hap los detuvo de nuevo para pedirle a Miguel que mandara a José a verificar si el resto del túnel de arriba estaba despejado y si era seguro recorrer los cien metros que les quedaban por él para llegar a la chimenea que habían usado para bajar, la que ahora debían usar para salir. Eso había sido hacía tres minutos. De momento, José todavía no había vuelto.

Hasta que se detuvieron aquí, su conversación había sido a base de breves exclamaciones, la mayoría órdenes o advertencias. Todas ellas expresadas en poco más que susurros.

Mientras esperaban, Miguel se dio cuenta de que había algo de lo que debían ocuparse y pronto: el miedo de Hap de que el presidente sintiera recelo o no osara confiar en él. Era un tema que se había propuesto resolver él mismo.

De inmediato retrocedió un poco y se puso al lado del presidente.

—Primo —le dijo—. Hap es consciente de que, bajo las circunstancias, usted no tenía manera de saber en quién podía confiar. A él le ha sucedido lo mismo a medida que se ha ido enterando de cosas. Le ha sido muy difícil porque ni siquiera estaba seguro de poder confiar en sus hermanos del Servicio Secreto. Hasta le han disparado por ello.

—¿Disparado?

—Dos balas en el hombro, en el despacho de Foxx del monasterio, cuando ha entrado a buscarle. Le hemos conseguido un médico pero todavía le duele muchísimo. Debería estar en cama, pero en cambio ha preferido escalar y trepar por estas malditas montañas para rescatarle. Así que ni se le ocurra pensar que no puede confiar en él.

El presidente apartó la mirada de Miguel y se volvió hacia Hap:

—No me había dicho nada de lo del disparo.

—No había mucho que decir.

—Se ha metido usted en un buen lío por mi culpa.

—Forma parte de mis obligaciones.

El presidente sonrió.

—Gracias.

—No hay de qué, señor.

La reacción del presidente, la broma, la sonrisa, las gracias, lo significaron todo. Representaba que el vínculo, la amistad y la tan necesaria confianza entre el presidente y el principal encargado de su protección volvían a estar asegurados.

—Hay algo que no sabe, Hap —dijo el presidente, con lo que concluyó aquel momento de comunión personal—. El vicepresidente, el secretario de Defensa, el jefe del Estado mayor, todos aquellos hombres presentes en la reunión en casa de Evan Byrd en Madrid, están planeando el asesinato del presidente de Francia y de la canciller de Alemania en la cumbre de Varsovia. Es parte de una conspiración mucho mayor en la que estaba involucrado Merriman Foxx. No he tenido manera de alertar a nadie sin delatar mi paradero. Y usted tampoco puede hacerlo; al menos de momento.

Hap se inclinó un poco hacia delante:

—Todavía no es lunes, presidente. Mi plan es sacarle de aquí y luego llevarlo montaña abajo hasta la casa del tío de Miguel, donde está la limusina, lo más rápidamente posible. Luego nos vamos lejos de esta zona vigilada, si podemos para llegar a la frontera francesa antes de que amanezca. En ese punto podremos arriesgarnos e informar a los gobiernos francés y alemán de lo de Varsovia. Para hacerlo hemos de ocuparnos de lo que viene a continuación.

—Cuando desmonten a Héctor y Armando, que lo harán... —Hap miró a Miguel—. Teníamos que hacer algo, Miguel, lo siento. —Volvió a mirar al presidente—: Una vez los desmonten, sabrán seguro que usted está vivo y aquí abajo. Da igual si descubren que yo estoy con usted o no. Bajarán por este túnel, cargados como si fueran a cazar un oso. Fuera será lo mismo. Más refuerzos, más material. Dentro de

una hora habrá en el aire un despliegue de vigilancia y de satélites como no se ha visto jamás en el planeta. Todas las carreteras a setenta kilómetros a la redonda serán bloqueadas.

—Y usted sigue pensando que podemos escapar.

—Disponemos de un poco de tiempo antes de que lo descubran y empiece el asalto final. Eso es lo que acordamos con los chicos. De todos modos, ahí fuera sigue habiendo un ejército entero. El asunto es que ahora están muy repartidos por la superficie y concentrados en lo que está pasando bajo tierra. Con cautela y suerte y José como guía, a oscuras puede que podamos escapar a su vigilancia. Excepto por una cosa.

—¿A qué se refiere?

—Ahora ya deben de tener un gran satélite de vigilancia encima de nuestras cabezas. La fotografía digital no les servirá de mucho, de noche, pero las imágenes térmicas sí. Tan pronto como salgamos de los túneles y estemos en la superficie nos convertiremos en una fuente de calor que identificarán de inmediato.

—Pues, entonces, ¿qué le hace creer que podemos lograrlo?

—Es más esperanza que fe, señor presidente, pero es el motivo por el que hemos traído esto. —Hap sacó una de las pequeñas mantas dobladas de su cazadora—. Si la abre tendrá una fina manta térmica del tamaño de una tienda de campaña individual. Córtele dos agujeros para poder ver a través, póngasela por encima de la cabeza y átesela a la cintura con el cinturón. Con suerte, desprenderá frío hacia el sensor termal del satélite. Si nos mantenemos bien a ras del suelo y encontramos maleza y árboles para ocultarnos, tal vez lo logremos.

Miguel sonrió:

—Es usted un tipo muy listo.

—Sólo si funciona.

El presidente miró a Marten y luego a Miguel.

—¿A qué distancia está la estación de invierno de Port Cerdanya, en línea recta, desde donde estamos?

—A quince o veinte kilómetros. Hay senderos, pero la mayor parte sería a campo traviesa.

—¿Podríamos llegar al amanecer, a pie?

—Tal vez. José sabría llegar.

—¿La estación de Port Cerdanya? —Hap no lo veía nada claro—. ¿Por senderos de montaña, a oscuras? Nos llevaría unas cuatro o cinco horas, tal vez más. Hasta si estas mantas funcionan, es demasiado tiempo. Habrá demasiada gente por ahí, demasiados equipos de rescate. Las posibilidades que tendríamos de llegar a medio camino son inexistentes.

—La otra alternativa no es mejor, Hap —dijo el presidente—. Estas carreteras que llevan a la frontera francesa son todas conocidas y, como has dicho, estarán bloqueadas.

Si nos paran por ahí no tendremos adonde ir y, diga lo que diga, pronto me pondrán bajo la custodia de mis «amigos» y lo de Varsovia saldrá adelante. Si vamos a campo traviesa a pie y a oscuras, al menos tendremos algún tipo de posibilidad.

»Además, Port Cerdanya es más que un refugio. Como usted sabe bien, tenía previsto dirigirme a la New World Institute en el servicio de mañana al alba. Y todavía forma parte de mis planes. Delante de toda esa gente nadie va a poder secuestrarme, en especial ante un grupo de este nivel. Una vez les haya contado la verdad, la situación de Varsovia se resolverá por sí misma.

—Señor, el dispositivo de seguridad de esa reunión es enorme. Lo sé porque ayudé a organizarlo. Incluso si llegamos tan lejos, no podríamos cruzarlo. Si lo intentamos, todos los que tratan de apartarle sabrán al instante dónde está. Y ordenarán a seguridad que lo retiren de inmediato. Usted no lo sabe, pero el jefe de personal tiene un jet de la CIA esperándolo en un aeródromo privado a las afueras de Barcelona. Si lo meten en ese avión estará acabado.

Por un largo instante, el presidente no dijo nada. Era obvio que lo estaba evaluando todo mentalmente. Finalmente miró a Hap:

—Intentaremos lo de Port Cerdanya. Sé que no le gusta, pero es mi decisión. En cuanto al dispositivo de seguridad, usted conoce los planos del lugar: el territorio, los edificios, la iglesia en la que yo debía hablar. Usted lo registró todo antes.

—Sí, señor.

—Entonces, de alguna manera, encontraremos el modo de entrar. Seré el ponente sorpresa, tal y como estaba previsto. Y será una sorpresa. Para todos.

Se oyó un ruido por arriba y José se asomó por la esquina. Miró a Miguel.

—Hay patrullas —dijo, en catalán—. Pero ya han pasado. No sé si hay más. De momento es seguro.

Miguel tradujo y el presidente los miró a todos, uno tras otro.

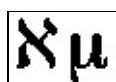
—Vamos —dijo.

Domingo 9 de abril

00.02 h

Demi andaba nerviosamente arriba y abajo de lo que era poco más que una celda, intentando no pensar en el horror que Luciana le había prometido para un «mañana», que, reloj en mano, ya había llegado.

Delante de ella había un pequeño catre de acero inoxidable cubierto con un colchón delgado y una sola manta. Como si pudiera dormir, o siquiera intentarlo. Al lado de la cama había un lavamanos y, a continuación, un inodoro. Y luego estaba la capilla. Incrustada en la pared en el centro de la habitación e iluminada con lo que parecían ser cien velas votivas. De poco más de un metro de ancho y sesenta centímetros de profundidad, había un pequeño altar de mármol al fondo y encima había algo que a primera vista parecía una pequeña escultura de bronce. Pero luego lo miró más de cerca y resultó no ser una escultura, sino dos letras soldadas:



Luego se dio cuenta de que eran lo que Giacomo Gela le había descrito: una A hebrea seguida de la M griega. No era una escultura, sino un ídolo, el símbolo de Aradia Minor, la orden secreta dentro del ya muy secreto *boschetto* de Aldebarán. Eso significaba que todo lo que Gela le había advertido era cierto, y que ellos habían sabido desde el principio quién era Demi y sencillamente se habían limitado a observarla, deseando que ella misma les mostrara cuánto sabía y quién más podía estar involucrado. Había sido por eso por lo que Beck la había invitado a Barcelona después del incidente entre Foxx y Nicholas Marten en Malta; todo un plan deliberado para ver quién, si es que había alguien, la seguía. Y lo había hecho Marten. El desplazamiento a la catedral con Beck y Luciana no había sido para que Luciana organizara una reunión con Foxx en Montserrat, sino por el mismo motivo: para ver quién la seguía. Y de nuevo, Marten lo había hecho. Era también el motivo por el cual Beck había aceptado llevarla a la iglesia de la montaña, para que pudiera ser testigo de los rituales del aquelarre a cambio de entregar a Marten a Foxx. Al entregar a Marten también se había entregado ella y, en ese proceso, había presenciado la muerte del buey entre las llamas, su propio y terrible destino. Posteriormente, la habían llevado hasta aquí y la habían encerrado con llave.

Del significado del antiguo culto de Aradia Minor no tenía ni idea, pero estaba segura de que Gela había sido mutilado a propósito y se le había dejado vivir así para que diera ejemplo de lo que le esperaba a cualquiera que intentara descubrirlo. Estaba claro que habían estado vigilando a Gela desde hacía muchos años por esa razón, para ver quién se interesaba lo bastante como para ir a encontrarlo, y luego para enterarse

de quién era esa persona y por qué había ido, y a quién más se lo podía haber contado. Eso la llevó a preguntarse cuánta gente más había pasado por su misma situación a lo largo de los siglos para acabar presa del mismo horror indescriptible.

El mismo horror terrible y ardiente que pronto sería el suyo. El mismo horror por el que había pasado su madre y veintiséis mujeres más de su misma familia. El mismo que habían sufrido las madres, hijas, tías, hermanas y primas de otras familias italianas seleccionadas a lo largo de los siglos. El mismo que tendría lugar hoy mismo, y no sólo para ella, sino también para Cristina.

Demi detuvo de pronto su andar frenético por la habitación y se acercó al altar. Antes, en la iglesia y bajo la vigilancia de Luciana, los monjes le habían quitado las cámaras, le vendaron los ojos y la hicieron bajar por una larguísima escalinata. Al cabo de un breve instante la colocaron en algún tipo de vehículo descubierto que avanzaba rápidamente por un itinerario que ella estaba segura de que había sido bajo tierra. Luego la llevaron a la celda en la que ahora se encontraba, la encerraron y se marcharon sin mediar palabra.

Pero eso había sido todo. No se habían molestado en cachearla, ni en la iglesia ni aquí, cuando la dejaron y le retiraron la venda de los ojos. Eso significaba que seguía en poder del teléfono multifunciones con cámara que había utilizado para mandar las fotos a su página web. Eso le daba cierta esperanza porque seguía teniendo comunicación con el exterior. Pero dos intentos infructuosos le indicaron que estaba a demasiada profundidad para que la señal superara la distancia que quedaba por encima de ella. Sin embargo, seguía en posesión de un teléfono con cámara. Más tarde haría todo lo que pudiera para usar el teléfono, cuando —o, al menos, eso esperaba— la llevaran a una zona con cobertura y pudiera robar un momento a solas para llamar al número 112 de emergencias paneuropeo y pedir que la pasaran con la policía. De momento utilizaría la cámara para conservar la poca cordura que le quedaba, para evitar recrearse en la terrible certeza de lo que le esperaba en las pocas horas siguientes.

Demi se arrodilló ante el altar y se puso a fotografiar al ídolo, el símbolo de Aradia Minor. Tomó fotos agresiva y apasionadamente y desde todos los ángulos posibles. Mientras trabajaba se dio cuenta de que lo que hacía era algo más que una distracción deliberada; era un último intento desesperado de hallar un puente al otro lado y, de alguna manera, tener contacto con su madre. Tener contacto con el espíritu que había sido y que, para Demi, seguía siendo, incluso muerta. Al hacerlo no sólo cumplía la promesa que le había hecho, sino que también trataba de encontrar el amor y la salvación eternos.

00.07 h

Héctor y Armando permanecían bajo la fuerte luz del puesto de mando. Iban sucios, llenos de arañazos y estaban muertos de miedo, pero de momento todavía no se habían hundido, ni ante el Servicio Secreto ni ante los oficiales del CNP que los habían sorprendido en el túnel, ni tampoco ante los investigadores de la CIA que los habían interrogado después, o la media docena de tropas del Servicio Secreto y el CNP que los habían devuelto a través de las chimeneas y los habían llevado bajo la lluvia hasta el puesto de mando. Los dos defendieron bien su historia: sencillamente, aquella mañana decidieron bajar a explorar las galerías y se habían perdido.

—¿A qué hora? —les preguntó la inspectora Díaz en español.

—Nueve y media, más o menos —era su respuesta acordada, la que habían decidido segundos antes de que las tropas los detectaran por primera vez.

—¿Dónde vivís? —prosiguió Díaz.

Bill Strait y el asesor de Seguridad Nacional, James Marshall, permanecían detrás de ella, ambos totalmente concentrados en el interrogatorio.

—En El Borrás, junto al río —respondió Armando.

—Estabais vosotros dos. Solos. No os acompañaba nadie más.

—Sí. Quiero decir, no. Quiero decir que no venía nadie más.

La inspectora Díaz observó a los chicos un momento y luego se acercó a un oficial del CNP:

—Hablemos con ellos por separado —dijo, y luego volvió a dirigirse hacia los chicos.

—¿Cuál de vosotros es Héctor?

Héctor levantó la mano.

—Bien. Tú te quedas conmigo. Armando hablará con otros agentes al otro lado de la tienda.

Héctor observó cómo Armando se alejaba con dos agentes del CNP.

—Bueno, Héctor —dijo la inspectora Díaz—, así que vives en El Borrás.

—Sí.

—Cuéntame cómo habéis subido hasta aquí. Desde el río hasta la cima de la montaña.

00.12 h

Héctor observó cómo la inspectora Díaz lo dejaba solo y cruzaba la tienda para hablar con uno de los policías que había hablado con Armando. Miró nervioso a Bill Strait y luego al altísimo y distinguido hombre que lo acompañaba. Ambos eran claramente americanos. Por vez primera era consciente del tipo de gente y de material que lo rodeaba.

Había visto radios e instalaciones similares en algunas películas, pero no tenían nada que ver con aquello. Ni tampoco había escuchado nunca el rumor constante de comunicaciones entre los operadores presentes y los que hablaban con ellos desde otros puntos. Y jamás en su vida había experimentado la gravedad absoluta de aquella atmósfera.

Respiró hondo y vio a la inspectora Díaz que se le acercaba, se detenía a medio camino a decirle algo a Bill Strait y al hombre que lo acompañaba, y luego los tres se dirigían hacia él.

—Parece que hay algún problema, Héctor —le dijo la capitán tranquilamente—. Me has dicho que habíais subido a pie desde el río. En cambio, Armando parece recordar que lo habéis hecho en moto.

—Héctor —Bill Strait lo miraba directamente—. Sabemos que tú y Armando no erais los únicos que estabais allí abajo. —Hizo una pausa para dejar que Díaz lo tradujera.

—Sí que lo éramos —protestó Héctor—. ¿Quién más iba a estar?

—El presidente de Estados Unidos.

—No —dijo Héctor, con tono desafiante. No precisó traducción—. No.

—Héctor, escúchame con atención. Cuando encontremos al presidente sabremos que estás mintiendo e irás a la cárcel por mucho mucho tiempo.

—No —insistió el chico—, estábamos solos. Armando y yo, nadie más. Pregúnteselo a sus hombres. Han buscado y no han encontrado a nadie.

De pronto, Héctor sintió una presencia y levantó la vista. Armando venía hacia él, acompañado de dos agentes del CNR. Estaba totalmente pálido y tenía los ojos llenos de lágrimas. No había necesidad de más palabras; lo que había ocurrido estaba claro.

Se lo había contado.

La ascensión desde la chimenea de abajo hasta la galería principal había resultado relativamente fácil. El paso siguiente, el recorrido de cien metros por ella, se había desarrollado rápidamente y sin incidentes, aun en la oscuridad. Luego José había encontrado la obertura a la chimenea superior, por la que habían bajado él, Hap, Miguel, Armando y Héctor en lo que tenían la sensación de que eran días, hasta semanas antes.

Estaban en ella y trepando cuando de pronto Hap soltó un gruñido y se detuvo. Miguel lo apuntó con su linterna y pudieron ver que se había quedado totalmente pálido y que estaba sudando profusamente. Miguel le dio agua rápidamente e insistió en que se tomara otra gragea para el dolor, lo cual Hap hizo sin rechistar.

Ahora los cinco aguardaban sin moverse a que descansara un poco y la medicación le hiciera efecto. En otras circunstancias podían haberle dejado atrás y haber proseguido, con su consentimiento, pero ahora no podían hacerlo. Se había recorrido toda la estación de Port Cerdanya hacía escasas semanas para preparar la visita del presidente y conocía los detalles de su distribución como sólo podía hacerlo un hombre de su preparación y experiencia. Si tenían alguna esperanza de lograrlo, necesitaban a Hap. Lo que no sabían era si un pequeño descanso sería suficiente para que se recuperara.

00.23 h

—La pelota, presidente —dijo Marten, por la sencilla razón de que había estado pensando en ello—, ese macuto negro que se ve llevar siempre a un escolta militar adondequiera que vaya el presidente. Supongo que es cierto que lleva los códigos para disparar misiles nucleares.

—Sí.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿dónde está, ahora?

—Supongo que lo tienen mis «amigos». No lo tenía fácil para llevármelo cuando me escapé.

—¿Lo tienen sus amigos?

—Da absolutamente igual.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Que hay más de uno —intervino Hap, inesperadamente.

—¿Cómo?

—El presidente lleva uno cuando sale de viaje. Hay otro guardado en la Casa Blanca, y un tercero está a la disposición del vicepresidente en caso de que el presidente quede inhabilitado. Como ahora.

—Quiere decir que, de todos modos, lo tienen.

—Sí. De todos modos, lo tienen... ¿Alguna pregunta más?

—De momento no.

—Estupendo. —Hap se levantó de pronto—. Sigamos antes de que lleguen más fuerzas de rescate.

00.32 h

Se detuvieron a unos cuatro metros de la salida de la chimenea y mandaron a José a inspeccionar como habían hecho antes.

00.36 h

José volvió a descender y habló con Miguel en catalán. Miguel escuchó y luego se volvió hacia los otros.

—Hay nubarrones y está lloviendo —tradujo con calma—. No ha oído nada ni ha visto ninguna luz. Cuando salgamos, lo seguimos de cerca sobre roca abierta. Muy pronto encontraremos un sendero empinado; sube durante un tramo corto, luego se mete otra vez por debajo de unos matorrales y sigue bajando por un terreno muy irregular durante menos de un kilómetro, hasta que acaba en un arroyo. Luego hay que remontar el arroyo hasta una confluencia de corrientes. Al otro lado cogemos por una pista que se adentra en el bosque que dura un poco más de tres kilómetros, antes de alcanzar un espacio abierto.

—¿Y entonces? —preguntó el presidente.

—Lo decidiremos cuando lleguemos allí —dijo Hap, rotundo—. El mal tiempo reducirá la efectividad del detector térmico, pero estamos en un juego en el que hay que jugar paso a paso. Si logramos recorrer cinco kilómetros a oscuras y bajo la lluvia sin que nos atrapen ya habremos logrado algo importante. Espero que no sea imposible.

—¿Te sientes capaz de hacerlo? —El presidente estaba sinceramente preocupado por el estado de Hap.

—Cuando usted diga, presidente.

A Jim Marshall le llevó casi veinte minutos localizar al vicepresidente y lograr que se conectara a una línea protegida. La noticia de que durante la hora anterior el presidente había sido visto vivo, en las galerías y con un hombre cuya descripción coincidía con la de Nicholas Marten preocupó al vicepresidente, pero no lo bastante como para hacerlo desviar, ni a él ni a Marshall, de sus planes. Para ambos era lo mismo que al principio, cuando el presidente desapareció en Madrid y luego fue localizado en Barcelona: o era rehén de Marten o estaba enfermo de la cabeza.

De alguna manera, la situación era ahora más favorable porque ahora sabían seguro dónde estaba. Había cientos de efectivos destacados en la zona y había todavía más de camino. Era sólo cuestión de tiempo, de horas, tal vez de minutos, que lo encontrarán. Luego estaría bajo su custodia y de camino fuera de España, a su ubicación aislada y secreta en Suiza.

—Estáis justo encima de él, Jim. Y no hay nadie mejor que tú para asegurar que suceda lo que tiene que suceder —lo tranquilizó el vicepresidente.

—Informaré a los demás.

—De inmediato. Infórmeme al instante en que lo tengan y se estén elevando ya en el helicóptero.

—Hecho —dijo Marshall antes de colgar.

Luego se fue inmediatamente a buscar a Bill Strait, el cual, junto a la inspectora Díaz, estaba en pleno subidón de adrenalina al coordinar los movimientos de efectivos todavía bajo tierra mientras trataban de gestionar la llegada de nuevas tropas.

Marshall se llevó a Strait a un aparte y lo sacó de la confusión de la tienda del puesto de mando para quedarse con él bajo la lluvia, donde podían estar a solas.

—Una vez lo encontremos, él y Marten deberán ser separados de inmediato. A Marten hay que ponerlo bajo nuestra custodia y llevarlo hasta la embajada en Madrid, y allí será incomunicado hasta que lo interroguemos.

»Nadie le preguntará nada al presidente, no habrá conversación con él en absoluto excepto de tipo médico, si la necesita. Se le lleva directamente al Chinook, cerramos las puertas y nos elevamos al instante. Nada más. Si alguien lo pone en duda, es una orden directa del vicepresidente. Asegúrese de que todo el mundo está al corriente, su gente, la CIA, la inspectora Díaz y sus agentes; todos.

—Sí, señor.

00.43 h

Parecían fantasmas.

Con las mantas de supervivencia sobre la cabeza, atadas a la cintura, con dos agujeros para ver a través, los cuatro seguían a José fuera de la sima rocosa encima de la chimenea y luego por una superficie de roca hasta llegar a un sendero estrecho que pasaba entre dos grandes formaciones líticas. Al cabo de pocos metros se detuvieron a escuchar. No se oía más que el sonido del viento y el suave repicar de la lluvia sobre las mantas.

Miguel hizo un gesto y José encabezó la marcha. Marten iba segundo, luego el presidente, luego Hap y Miguel iba a la cola. Hap llevaba la Sig Sauer automática de 9 mm sujeta justo dentro de la manta, y Miguel lo cubría con la misma postura y el dedo en el gatillo de la metralleta Steyr.

00.49 h

Estaban al final de las rocas y empezaban a bajar por un sendero empinado, entre maleza, hecho de piedra caliza y gravilla. A oscuras resultaba imposible saber si estaban dejando huellas que luego podían ser rastreadas. El otro problema eran las mantas térmicas. En este punto resultaba imposible saber si sus cuerpos estaban emitiendo señal de «frío» al detector del satélite que vigilaba desde Dios sabe cuántos kilómetros de distancia, o si lo que emitían ya empezaba a ser «caliente» y los efectivos policiales armados hasta los dientes estaban de camino a interceptarlos.

Marten miró hacia arriba a través de la lluvia, tratando de ver la silueta del risco que se levantaba ante ellos, con la vista limitada por los agujeros cortados en la manta. No percibía más que oscuridad y empezó a mirar hacia otro lado. En aquel preciso instante vio una luz brillante que oscilaba por encima de la montaña.

—¡Cuerpo a tierra! —advirtió.

Todos a una, los cinco se echaron al suelo, arrastrándose hacia la maleza. Enseguida, un helicóptero y luego otro pasaron por encima de ellos, con sus potentes focos de rastreo deslizándose por la ladera de enfrente. Luego desaparecieron.

—Los refuerzos están aquí —dijo Hap en medio de la oscuridad—. Habrá muchos más. No nos estaban buscando, sólo trataban de aterrizar. Eso significa que, de momento, creen que seguimos abajo.

—Entonces las mantas funcionan —dijo Miguel.

—O hay alguien que no está atento. O el satélite no funciona, o está fuera de órbita —dijo Hap—. Pero aprovecharemos cada segundo que nos regalen. —Se levantó bruscamente y les gritó—: ¡Vamos! ¡En marcha!

00.53 h

La inspectora Díaz tocó el brazo de Bill Strait. El se volvió a mirarla.

—El piloto del helicóptero del CNP que acaba de llegar informa que ha visto un reflejo de algo en el suelo, cinco kilómetros antes de aterrizar —dijo—. No está seguro de qué era, tal vez desechos de algún tipo o incluso alguien que está acampado. En el momento no le ha prestado demasiada atención, pero luego ha decidido informarnos. El piloto del segundo *chopper* no ha visto nada.

—¿Tiene las coordenadas?

—Sí, señor.

—Vuélvalos a mandar a los dos. Que comprueben qué hay. Quiero saberlo de inmediato.

—Disculpe, señor, pero de noche, en estas montañas y lloviendo, los pilotos no ven bien. Ya es bastante peligroso tratar de traer más tropas hasta aquí.

—Lo entiendo, inspectora. Pero es nuestro presidente, no el suyo. Le seguiría agradeciendo que mande a esos pilotos al mencionado punto.

Díaz vaciló.

—¿Se sentiría mejor si la orden procede de su gente en Madrid?

—Sí, señor.

—Yo también. Pero, por favor, mándelos de todos modos.

La inspectora Díaz asintió con un gesto lento de la cabeza, luego se volvió y dio la orden por el micro.

«Dios —pensó Strait— no pueden ser ellos. ¿Cómo demonios pueden haber salido del túnel sin que los viéramos?».

Bruscamente se acercó al joven técnico del Servicio Secreto que trabajaba con la información del satélite.

—Las imágenes térmicas —le dijo—. ¿Qué coño lee, ese pajarraco?

El técnico se hizo a un lado para que Strait pudiera leer la información que llegaba a su pantalla. Con una docena de *clicks* cubrió todo el territorio de rastreo de la montaña. En cada una de las pantallas aparecían pequeños grupos de objetos calientes que se destacaban de la oscuridad.

—Son nuestros hombres, señor. Nada nuevo. La lluvia y el tiempo que ha pasado desde el anochecer no nos ayudan, pero no son nada que no podamos controlar.

—Hay una nueva zona en la que hay que concentrarse. La inspectora Díaz le dará las coordenadas.

—Sí, señor.

—Bill —James Marshall se abría paso hacia él entre los grupos de técnicos del CNP y el Servicio Secreto—. He estado con uno de vuestros agentes interrogando al chico llamado Armando, el que ha hablado. No nos lo había contado todo. Allí abajo había dos personas más: su tío, que es conductor de limusina, y un tipo cuya descripción encaja con la de Hap. Y que es quien nos los mandó con el cuento de que se habían perdido.

—¿Hap está ahí abajo?

—No sé si está o no. Ni siquiera sé qué cojones está pasando. Quiero que se intervengan todas sus comunicaciones, su móvil, su BlackBerry, ¡todo!

—Esta orden ya está dada, señor. La emití al instante de enterarme de su desaparición.

—Si está ahí abajo no podrá comunicarse por teléfono con nadie hasta que salga a la superficie. En el instante en que sea encontrado deberá ser traído hasta aquí. No quiero que hable con nadie más que conmigo. Si se trata de él y está con el presidente, estamos salvados. Los metemos en el Chinook rumbo al jet de la CIA y luego ya podremos dar por cerrado todo este maldito asunto.

133

1.05 h

Demi yacía en la cama de acero inoxidable, superada por el horror de lo que le esperaba. Lo que ahora deseaba por encima de todo era dormir, alejarlo todo de su cabeza, pero sabía que si lo hacía sería el último sueño de su vida y que cuando despertara, lo único que le quedaría sería lo indecible: la llevarían desde su celda al anfiteatro u otro escenario distinto y la quemarían viva, tal vez junto a Cristina, como parte de un antiguo ritual en el que —ojalá pudiera reírse de la ironía— las brujas eran las encargadas de la pira.

La idea de que a esta hora, mañana, ella ya no existiría le hizo pensar en que, excepto por unos cuantos artículos y fotografías que tenía publicados, no había nada que dejara constancia de su existencia. Ningún logro real, ninguna contribución a la sociedad, ni marido, ni hijos, ni nada de nada. Lo mejor que se le ocurría era una serie de amantes a lo largo de años, a ninguno de los cuales había entregado lo bastante de ella para ni siquiera ser recordada, por no decir llorada. Su vida a partir de los ocho años había sido pura supervivencia seguida por la búsqueda de su madre y del destino

de su madre, nada más. Ahora lo había encontrado y aquel mismo destino se había convertido en el suyo.

De pronto pensó en Nicholas Marten y en el presidente Harris, y su miedo y horror quedaron mezclados con un terrible sentimiento de culpa. Si habían caído en la misma trampa que ella, sólo Dios sería capaz de ayudarles. Era como una especie de maldición bíblica en la que los más inocentes pagaban con sus vidas por el egoísmo de otros. Y ahora ya no había nada que pudiera hacer excepto gritar «¿cómo he podido hacerlo?» y pedir ser perdonada.

Cerró los ojos, tratando de alejarlo todo de su cabeza. Y durante un rato lo consiguió: ver sólo oscuridad y oír el sonido de su propia respiración. Luego, desde algún punto lejano, le pareció oír los cánticos de los monjes. Poco a poco, las voces se iban elevando. Los cánticos se hicieron más fuertes y más intensos. Abrió los ojos y, al hacerlo, vio lo que parecía una foto grande de su madre proyectada en el techo, directamente encima de ella. Era la misma foto que había encontrado hacía mucho tiempo en el baúl de su madre y que había guardado como un tesoro casi desde que tenía uso de razón. La foto tomada días antes de su desaparición. Era joven y bella, con el aspecto que debía de tener cuando las brujas la quemaron hasta morir.

Al instante siguiente, el techo quedó en llamas y la foto desapareció.

Demi gritó y saltó de la cama, presa del pánico. Con el corazón acelerado, volvió a mirar al techo pero ahora ya no había nada. Blanco absoluto como antes. Había sido un sueño, Demi lo sabía. Pero, si lo era, ¿cómo había oído los cánticos de los monjes? Un sonido y una melodía que seguían llenando la habitación.

De pronto, el signo de Aradia Minor brilló rojo en la capilla de la celda. Al mismo tiempo, las voces de los monjes se elevaron y luego toda la pared se iluminó con la proyección de unas imágenes de su madre. Se la veía en primer plano, descalza y con un vestido blanco ceñido como el que llevaba Cristina, y estaba atada a una estaca en una especie de escenario surrealista. La cámara enfocaba el suelo y los pies y de pronto salía un anillo de espigas de gas. La cámara se apartaba cuando, de pronto, las llamas empezaron a crecer. Poco a poco, el objetivo se acercaba. Se acercaba más y más hasta que lo único que se veía eran los ojos de su madre. En ellos Demi no vio la paz que inundaba los ojos del buey, sino el puro horror de ser quemada viva. Vio a su madre luchando por liberarse de sus cadenas, retorciéndose en su intento de escapar. Vio su boca que se abría y luego oyó el terrible, espantoso alarido que surgía de su interior. En pocos segundos el fuego se apoderó de ella y quedó consumida por las llamas.

Demi volvió a gritar y se volvió de espaldas. Pero no había manera de escapar: todas las paredes, el suelo, el techo, reflejaban las imágenes que había visto, una y otra vez. Como si quisieran que presenciara la muerte infernal de su madre una y otra vez. Cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos, se puso a dar vueltas sobre sí misma, a un lado y al otro, tratando de bloquear el sonido de los cánticos. Pero

seguían sonando. Un sonido que crecía hasta que se metió por todos los rincones de su ser.

Aquello seguía implacablemente. ¿Cuánto tiempo? Segundos, minutos, horas. De pronto, el cántico cesó y el silencio se impuso. Lentamente, Demi abrió los ojos, pidiéndole a Dios que todo hubiera terminado.

Pero no.

En medio de la quietud absoluta apareció lo siguiente: todas y cada una de las fotos que había hecho con la Canon digital desde que llegaron a Malta y que había enviado secretamente a la página web de París.

Una tras otra. Todas.

Merriman Foxx. Nicholas Marten. Cristina. El reverendo Beck. Luciana. El despacho de Foxx en Montserrat. La mesa del restaurante adonde Beck había traído a Marten. Su llegada a la iglesia dentro de la montaña. La habitación a la que Cristina había ido a traerle el vestido. El desfile de los monjes en el anfiteatro. Los niños. Sus familias. Los animales. Los búhos. La muerte del buey.

Y luego aparecieron las últimas.

Las fotos que acababa de enviar hacía tan sólo unos momentos. Las fotos del signo de Aradia Minor tomadas en la pequeña capilla que tenía delante. El símbolo que había fotografiado con tanta pasión y efervescencia y desde todos los ángulos y a través del cual había esperado tan desesperadamente alcanzar el alma de su madre. Todo estaba allí, todas y cada una de las fotos desde el principio hasta el final.

No sólo sabían perfectamente quién era, sino lo que estaba haciendo y cómo, desde el principio.

134

1.22 h

Hap ¿estás ahí? ¿Estás con el POTUS?

¡Es muy URGENTE! ¡Por favor, responde de inmediato!

Bill.

Hap apagó la BlackBerry y le quitó la batería con la máxima celeridad para evitar la detección electrónica que sabía que Bill Strait habría ordenado.

Lo que el SMS de Bill significaba era que habían logrado la confesión de los muchachos y estaban tratando de saber si estaban en el interior de los túneles o ya en

la superficie. Era el motivo de la presencia del helicóptero dual que sobrevolaba y vigilaba con faros la zona del cañón por la que pasaban la primera vez que vieron pasar a los helicópteros. Ahora ya se encontraban al pie del sendero y habían alcanzado el arroyo. Por el sonido, aunque era distante, estaba seguro de que las naves se habían posado, y eso significaba que tal vez tuvieran a más efectivos en el suelo. Oscuro o no, con o sin lluvia, estaban ya cazando para encontrarlos.

De pronto se volvió hacia Miguel:

—No sé si hemos dejado huellas que puedan seguir, pero deberíamos meternos por el agua. Por el arroyo, por alguna zona de charcos, cualquier cosa que nos permita seguir avanzando sin dejar rastro.

Miguel asintió con la cabeza y corrió a atrapar a José.

1.25 h

La inspectora Díaz se dirigió a Bill Strait:

—Destacamento de CNP. Han encontrado huellas recientes en el suelo. No son lo bastante claras para confirmar que sean humanas.

—¿Qué creen? —James Marshall estaba a su lado.

Díaz habló en español por su micro y luego se volvió de nuevo hacia ellos:

—Dos personas, tal vez más. La lluvia ha borrado la mayor parte. Pero sigue siendo posible que fueran de animales.

—¿Cuántos hombres tenemos ahí arriba? —preguntó Marshall.

—Veinte. Dos unidades de diez.

Marshall miró a Bill Strait:

—Hay que cuadruplicarlo rápidamente. Servicio Secreto y CIA.

—Sí, señor.

—¿Seguimos sin noticias del satélite?

—No, señor. Sólo detecta frío. Nos iría mucho mejor sin la lluvia y la oscuridad.

—Nos iría mucho mejor sin nada de esto.

1.44 h

Avanzaban hundidos hasta las rodillas por un torrente de aguas rápidas, normalmente seco pero ahora con un caudal de casi tres metros de ancho. La oscuridad y el desconocimiento del terreno hacían que el avance fuera lento. Las mantas térmicas parecían haber funcionado hasta el momento, pero les dificultaban la respiración, y ver a través de los agujeros de los ojos resultaba difícil incluso con luz

de día. Además, el profundo cansancio empezaba a apoderarse de ellos, desde el joven José hasta todos los demás.

Marten se metió distraídamente la mano en el bolsillo y tocó la tarjeta de seguridad de Merriman Foxx y su aparato tipo BlackBerry que todavía conservaba. Ambos objetos representaban pruebas, motivo por el cual los conservaba, y ahora estaba preocupado porque el aparato se pudiera mojar, aunque no podía hacer nada por evitarlo. Entonces retrocedió un poco para poder hablar con el presidente.

—Presidente, necesitamos descansar. Todos, incluido José. Si le perdemos nos convertiremos en cuatro pobres tipos deambulando en la oscuridad.

El presidente estaba a punto de responder, pero sus palabras fueron interrumpidas por el rugido atronador de un helicóptero militar de ataque que de pronto se inclinó a través del cañón por encima del riachuelo, dirigiéndose directamente hacia ellos.

Su potentísimo reflector iba oscilando sobre el terreno, iluminando el camino del piloto y, al mismo tiempo, envolviendo el paisaje en haces de luz tan fuertes como la luz del día.

—¡Al suelo! —gritó Marten.

Los cinco se tumbaron en el agua un segundo antes de que el helicóptero pasara por encima de sus cabezas.

—¿Nos ha visto? —dijo el presidente, levantando la cabeza.

—Ni idea —gritó Hap.

—¡A los árboles! —gritó José en catalán—. Hay árboles en la orilla derecha.

Miguel gritó la traducción.

—¡Vamos hacia ellos! —aulló ahora Hap, al tiempo que se echaban a correr en aquella dirección.

Uno tras otro, remontando una empinada colina y refugiándose bajo un manto de coníferas.

1.53 h

—¿Y ahora qué? —dijo Miguel, mirando de nuevo hacia el riachuelo, antes de agacharse junto a los demás.

—Lo veremos en unos veinte segundos —dijo Hap en voz baja, antes de mirar al presidente—. Woody.

—Lo sé.

—¿Qué o quién es Woody? —preguntó Marten.

—El mayor George Herman Woods. Es el piloto del *Marine One*, el helicóptero presidencial. Antiguo oficial de combate. Se cree que es el mejor aviador. Y lo es, por desgracia.

El cálculo aproximado de Hap de veinte segundos duró sólo doce. Esta vez oyeron el ruido acompasado del rotor antes de ver el helicóptero. Apareció de nuevo por encima del cañón con la misma trayectoria curva de antes. Con la misma rapidez, pasó de largo y se marchó. Arriba y por encima de un barranco empinado, con la luz roja del rotor de la cola haciendo intermitencias.

—Si nos hubiera visto la primera vez, hubiera vuelto y se hubiera mantenido inmóvil —dijo Miguel.

—No —dijo Hap—. Ha hecho exactamente el mismo recorrido las dos veces. Estaban filmando. La primera vez le ha parecido ver algo; ahora mirarán las dos veces y compararán.

—Miguel —dijo el presidente de pronto—. ¿A qué hora amanece?

—Un poco antes de las ocho. Empieza a clarear hacia las siete.

El presidente miró a José:

—¿A cuánto estamos ahora de la estación de invierno, en distancia y tiempo? —preguntó en español.

—A unos doce kilómetros siguiendo el recorrido más recomendable, bajo los árboles y por lugares en los que no dejaremos huellas. Unas tres horas más.

Por unos instantes se impuso el silencio. Sólo se oía el agua que corría más abajo y el chapoteo de la lluvia que caía de los árboles. Entonces, en medio de la oscuridad, Miguel habló.

—José —dijo, a media voz, en español—. El presidente habla español bastante bien. ¿Podrías llevarlos tú solo?

—¿Por qué? —preguntó el presidente.

—Quién sabe lo que vio la cámara del helicóptero. Tal vez nada, o tal vez todo. Quizá no lo puedan saber exactamente. Si un hombre se marcha ahora y deja huellas para que lo sigan y los otros continúan por las rocas sin dejar rastro... —Su voz se apagó y luego se recuperó—. Quién sabe a cuántos creen estar buscando, pero al que quieren es a uno. El presidente. Con Héctor y Armando ya ganamos un poco de tiempo. Tal vez así yo os pueda proporcionar más.

—Miguel, no sabemos nada —dijo el presidente.

—Creo que podemos suponerlo, primo. —De pronto, Miguel se levantó y sacó la automática Steyr de debajo de su manta térmica—. Ya no la voy a necesitar. Si me encuentran armado se pondrán nerviosos. —Se la ofreció a Hap—. Seguid a José, nos volveremos a ver cuando sea el momento. Buena suerte a todos.

Se dio la vuelta decidido, se tomó unos segundos para orientarse y se marchó sin decir nada más.

Lo miraron alejarse durante un breve instante y luego Hap miró al presidente.

—Presidente, dígame a José que nos vamos.

2.00 h

—Aquí empezamos nuestro primer descenso por el cañón. —El mayor del Cuerpo de Marina de Estados Unidos, George Herman *Woody* Woods, el piloto de treinta y cinco años del helicóptero presidencial *Marine One* y piloto voluntario de uno de los seis helicópteros de ataque movilizados para hacer los vuelos nocturnos de reconocimiento para la operación de rescate presidencial, estaba en el puesto de mando junto a Bill Strait, James Marshall y la inspectora Díaz mirando la repetición de los vídeos duales que había grabado mientras sobrevolaba los peligrosos cañones sobre el torrente de la montaña—. Ahora nos situamos encima del agua, más lento, por favor —dijo. El técnico ralentizó la imagen—. Esta parte; el reflector está un poco apagado pero... párelo aquí, por favor.

El técnico obedeció. Y pudieron ver fragmentos de lo que parecía ser algún tipo de material reflectante en el agua.

—Aváncelo lentamente —dijo Woods—. Hay una rama. No se mueve, ni tampoco lo hace lo que sea que está en el agua. En cambio, la corriente baja con fuerza. Si fueran bolsas de plástico o algún tipo de material ligero, bajarían con el agua. El segundo vídeo, por favor. La misma zona.

El técnico tocó el teclado y apareció la segunda secuencia de Woody.

—Más lento, más lento —dijo, a medida que el helicóptero llegaba a la misma zona. Esta vez, el reflector iluminaba el lugar en el que el material reflectante se había visto en la primera filmación—. Párelo. —El agua en la que antes había el material reflectante aparecía ahora a oscuras. Nada más que agua—. Había algo, y al cabo de segundos desaparece.

—Amplíe la imagen —dijo Strait, y luego miró a Woods—. ¿Qué le parece?

—Creo que tenemos que volver y rápido.

—Woody —dijo Strait—, hay algo que debe saber. Es muy probable que Hap esté con el presidente.

—¿Cómo?

—Hay un hombre que coincidía con su descripción que estaba con el presidente en las galerías. He intentado ponerme en contacto por móvil y a través de la BlackBerry, y nada. No sabemos lo que está pasando.

—No creará que está tramando algo.

—Woody, no lo sabemos. Encuéntrelos, pero tenga muchísimo cuidado. Nuestro principal objetivo es el presidente.

—Entendido.

2.22 h

Se encontraban los cuatro bien protegidos por una espesa capa de árboles casi en lo más alto de una ladera empinada cuando vieron los tres helicópteros de ataque. Llegaron a buena altura y luego, rápidamente, descendieron y desaparecieron por el otro lado del torrente, a casi dos kilómetros de donde estaban. Al cabo de sesenta segundos los helicópteros volvieron a elevarse y luego empezaron a recorrer lentamente, uno tras otro, el torrente hacia abajo con los reflectores balanceándose arriba y abajo, cubriendo bien toda la zona.

—Han dejado equipos de tierra —dijo Hap.

El presidente se dirigió rápidamente a José y habló en español:

—¿Adónde vamos ahora?

—Hasta la parte superior de esta colina y luego volvemos a bajar durante unos veinte minutos. Luego tendremos que volver a cruzar el río.

—Y allí es donde salimos a la zona descubierta de la que hablabas antes.

—Sí.

—¿Muy descubierta?

—Durante doscientos metros. Una vez pasado volvemos a terreno rocoso y a través de bosques, bajando ya hacia la estación.

—¿Y cuánto faltará, entonces?

—Quieren llegar rápido, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces bajaremos por un barranco entre las rocas, un *couloir*, como dicen los franceses. Es roca de pizarra y muy empinada, pero nos ahorramos más de tres kilómetros de trayecto y casi cuarenta minutos. Y como encima hay formaciones rocosas, los helicópteros no nos podrán ver.

El presidente miró a Marten y a Hap y tradujo, y luego preguntó:

—¿Nos arriesgamos bajar por ese tobogán a oscuras?

—Ustedes deciden —dijo Marten.

El presidente miró a Hap:

—¿Cómo tiene el hombro?

—Estoy bien. Bajamos por el tobogán y no se hable más.

—¿Quiere otra pastilla para el dolor?

—No —dijo Hap, y luego rectificó—: Sí, por favor.

—Presidente —dijo Marten a media voz—. Antes no hemos tenido la oportunidad de descansar. Nos estamos agotando. No sólo Hap; todos. Tenemos que aprovechar para descansar un poco o ninguno de nosotros va a conseguirlo.

—Tiene razón —el presidente miró a Hap—. Sea usted quien decida: cuando esté listo, lo dice.

—Sí, señor.

2.32 h

—Vamos —dijo Hap, y se levantó de pronto. Los otros lo imitaron, dispuestos a seguir. Marten los detuvo—: Hap, a riesgo de meterme en sus asuntos. Nuestra misión es conseguir que el presidente llegue a la estación y pueda dirigirse a las personas allá reunidas. La misión de ese Woody el piloto y la misión de todos los demás que han traído con ellos es encontrarle y llevárselo de aquí.

—¿Qué trata de decirme?

—Lleva una 9 mm y un rifle automático. Deme una de las dos.

Hap vaciló y luego buscó por su cinturón, por debajo de la manta, sacó la Sig Sauer de 9 mm y se la dio a Marten.

—¿Sabe cómo usarla?

—Perfectamente.

137

Tren n.º 243 de París a Berlín. 2.48 h

Victor se reclinó en su asiento, incapaz de conciliar el sueño. Enfrente de él había una joven leyendo, con sus delicadas facciones iluminadas por la pequeña lámpara individual. Miró el resto del vagón. Aparte de otra lámpara de lectura, estaba a oscuras y el resto de pasajeros dormía.

La joven de delante de él giró la página y siguió leyendo, aparentemente sin darse cuenta de que estaba siendo observada. Era rubia y no especialmente atractiva, pero a su manera —por su postura al leer, por la manera de pasar las páginas con un dedo— resultaba una mujer misteriosa. Calculó que debía de tener unos veinticinco años, tal vez un poco más. No vio que llevara anillo de casada y se preguntó si lo estaba y prefería no llevarlo, o si era soltera, o tal vez incluso divorciada. La observó unos segundos más y luego apartó la vista para mirar con expresión ausente a la penumbra.

Había apartado la vista a conciencia para evitar que lo sorprendiera mirándola y que eso pudiera ponerla nerviosa.

Pero, aun así, no podía evitar pensar en ella. El tren llegaría a Berlín en poco más de cinco horas. ¿Qué pasaría entonces? ¿Tendría amigos, familia o alguien que viniera a recibirla? ¿O estaba sola? Y si lo estaba, ¿tendría un trabajo y un hogar, o al menos un lugar al que ir?

De pronto sintió una necesidad casi incontenible de protegerla. Como si fuera su esposa, o su hermana, o hasta su hija. Fue entonces y por primera vez cuando se dio cuenta de por qué estaba allí y de por qué le habían enviado. Para actuar y protegerla a ella y a la gente como ella antes de que algo malo les sucediera. Él era una fuerza preventiva.

Ése era el motivo por el que había hecho lo que le pedían en Washington, por el que había hecho lo que Richard le había pedido y anduvo a través de la estación de Atocha, el escenario de un atentado terrorista en Madrid; el motivo por el que había matado a los dos jinetes en Chantilly, y el motivo por el cual Richard lo había metido en aquel tren con destino a Berlín y luego a Varsovia, donde le había prometido la misión más importante de su vida. Donde, si ejecutaba bien las instrucciones recibidas, se produciría un importante paso para detener la propagación del terrorismo. Sabía que las circunstancias serían complejas, incluso peligrosas, pero no tenía miedo ni estaba nervioso. En cambio, se sentía honrado y sabía que si lo lograba estaría contribuyendo a proteger las vidas de gente inocente de todo el mundo. Gente como la joven lectora que ahora mismo tenía delante.

138

3.03 h

Siguieron a oscuras por un sendero resbaladizo y peligroso que bajaba durante casi dos kilómetros antes de llegar a la orilla del río en el que estaban ahora, detenidos en un pequeño otero, esperando a que José bajara a la orilla del agua para ver cuál era el sitio idóneo para cruzar la corriente. De momento no habían visto ni rastro de las tropas de tierra y suponían que debían de estar todavía en las colinas que quedaban detrás, aunque no había manera de asegurarse.

Diez minutos antes, los helicópteros de ataque se habían alejado bruscamente de la zona que estaban rastreando, río arriba, y se habían marchado en dirección suroeste. Eso les hizo suponer que habían encontrado a Miguel y que éste estaba

haciendo todo lo que podía para retenerlos, porque de momento no habían vuelto a por ellos.

Marten avanzó un poco hacia la orilla, tratando de localizar a José en medio de la oscuridad. Lo último que podían permitirse ahora era que su guía resbalara y se lo llevara la corriente.

Estaba a punto de alcanzar al joven cuando el viento se levantó de golpe. Por unos instantes brevísimos las nubes se abrieron y la luna brilló con fuerza, y al hacerlo Marten pudo ver unas sombras que bajaban de la ladera detrás de ellos. Delante, al otro lado del río, estaba la zona desprotegida de doscientos metros que José les había descrito. Luego las nubes volvieron a tapar el cielo y la luz se fundió.

Entonces se dirigió rápidamente a José:

—Hay hombres bajando la colina más atrás. Hemos de cruzar el río y el espacio abierto cuanto antes, antes de que la luna vuelva a alumbrarnos.

3.07 h

Se cogieron de los brazos formando una cadena humana para cruzar; una empresa ya lo bastante difícil bajo circunstancias normales y casi imposible ahora, mientras intentaban mantener el equilibrio contra la fuerza del agua que bajaba y al mismo tiempo conservar puestas las mantas térmicas. El orden de la formación era el mismo de antes: José, luego Marten, luego el presidente y Hap al final.

—Miren —dijo Marten, al llamarle la atención algo encima del risco del que bajaba la corriente.

Al instante, la luz de rastreo de un helicóptero de ataque se balanceó por la ladera y empezó a bajar por encima de la corriente en dirección a ellos, con las luces jugueteando por la colina de la que procedían y donde ahora se veían con claridad al menos una docena de hombres uniformados que bajaban corriendo en dirección al río.

—¡José, vamos, vamos! —gritó el presidente.

El chico corrió como si le acabaran de disparar. En cuestión de segundos había alcanzado la otra orilla y estaba ayudando a los otros a salir. Luego se volvieron y corrieron, cruzando el espacio abierto y metiéndose bajo los árboles un segundo antes de que el helicóptero alcanzara el punto por el que habían cruzado el río. De pronto volvió a subir, balanceando el reflector por la zona desprotegida y hacia los árboles bajo los que se encontraban, y luego volvió a remontar la corriente fluvial y la colina de la que procedían. Más arriba vieron el segundo y tercer helicópteros sobrevolando la corriente en zigzag, con los reflectores iluminando el río y las escarpadas colinas a ambos lados.

3.13 h

Se encontraban en un bosque denso, remontando un terreno rocoso cada vez más difícil y complejo. José miró atrás y luego se detuvo y esperó a que los otros lo alcanzaran. Estaban rozando el agotamiento —las piernas agarrotadas, jadeando para coger oxígeno bajo las finas mantas térmicas— y llegados a ese punto, luchaban ya tan sólo por ser capaces de seguir avanzando.

3.15 h

Se agacharon bajo una roca enorme, ocultos bajo el saliente protegido por un árbol muerto muchos años atrás que se apoyaba contra la roca. A los pocos segundos un helicóptero de ataque hizo un pase directamente por encima de sus cabezas, con el haz de su reflector iluminando directamente la roca y proyectando enormes sombras por entre los árboles. Un segundo helicóptero le siguió el rastro, y luego un tercero.

—¡Por ahí! —gritó José, tan pronto como se alejaron.

En un santiamén se levantaron y se echaron a correr.

3.17 h

—¡Por ahí! —volvió a gritar José, saliendo bruscamente del sendero y metiéndose por una estrecha abertura que cruzaba por la base de dos pilares enormes de piedra arenisca. Los otros lo siguieron a la carrera y se colaron detrás de él—. Se llama «La rampa del Diablo». Es muy empinada y llega hasta muy lejos. Imaginen que están jugando y que llevan los ojos tapados. Síganme por el ruido y, sencillamente, déjense caer.

El presidente tradujo al momento.

—¿Ok? —dijo José en inglés.

—¡Vamos! —respondió el presidente.

—¡Vale! —Al instante, el chico se dejó caer por la pendiente oscura y desapareció. Podían oírlo más abajo, deslizándose por la pizarra mientras descendía. Desde más arriba se oía el ruido sordo y acompasado de los helicópteros.

—Ahora tú, Hap —ordenó el presidente.

—Sí, señor —asintió Hap y, mirando a Marten, se metió en el tobogán.

Marten miró al presidente con una media sonrisa.

—Promesa cumplida: no nos hemos muerto en las galerías.

—Aquí tampoco nos moriremos —ahora era el presidente quien sonreía—. Vaya... ¡espero!

—Yo también. Usted es el siguiente, primo. ¡Vamos!

El presidente asintió, se volvió bruscamente y se metió por la grieta oscura. Marten esperó a que hubiera recorrido todo el espacio, luego respiró hondo y le siguió.

3.19 h

Era como si se hubieran tirado por el agujero de un ascensor. La caída era, como José les había dicho, muy empinada y llegaba hasta muy lejos. Más empinada y larga de lo que ninguno de ellos había imaginado. Directamente hasta el corazón de las tinieblas. Los de arriba salpicaron a los de abajo con trocitos de pizarra voladores.

José, Hap, el presidente, Marten. Todos y uno tras otro cayeron en picado y a ciegas, teniéndose en un pie y luego en el otro, tratando desesperadamente de mantener el equilibrio mientras la tierra se deslizaba veloz debajo de ellos, cada uno de los que estaban arriba temiendo caer sobre el de abajo.

Marten se dio de bruces contra una pared de roca que no había visto a su derecha y estuvo a punto de quedarse sin sentido. Se apartó a peso y viró a la izquierda con la esperanza de permanecer centrado y no chocar contra la pared al otro lado.

Oyó un fuerte gruñido más abajo cuando el presidente chocó contra algo. Quería gritar, para decir que estaba bien, pero avanzaba demasiado rápido. De pronto tuvo miedo de que el presidente se hubiera herido y de pasar a su lado a demasiada velocidad sin verlo. La idea de llegar al fondo y luego tener que volver a escalar resultaba impensable, por imposible. La pizarra no ofrecía sujeción. Luego oyó al presidente que volvía a gritar al chocar con otra cosa y supo que al menos seguía por delante de él.

Medio segundo más tarde se le quedó el pie derecho atrapado en algo y siguió descendiendo cabeza abajo. Se deslizaba a una velocidad aterradora y trataba desesperadamente de frenarse lanzando los brazos a un lado y al otro. Entonces abrazó una roca grande con el brazo derecho. Se abalanzó sobre la misma y logró detenerse. Estaba aturdido y sin aliento. Entonces vio los reflectores de los helicópteros buscando por las arboladas formaciones rocosas de arriba. Eso le hizo temer que, en cualquier momento, los pilotos deducirían lo que había ocurrido y descenderían rápidamente para iluminar toda la zona, y al mismo tiempo mandarían una manada de tropas a perseguirlos. O, lo que era peor, les estarían esperando al fondo cuando finalmente llegara. Si es que llegaba. Otro segundo y se puso de pie. Luego, de nuevo, salió a la oscuridad.

3.24 h

Miguel permanecía en el puesto de mando con los brazos doblados sobre el pecho. Delante tenía a la inspectora Díaz, de pie, y a Bill Strait, así como al doctor Marshall. Héctor y Armando estaban apartados a un lado, en silencio, custodiados por dos agentes del CNR. Para alivio y satisfacción de Miguel, todo el mundo parecía estar tan agotado como él. Eso significaba que cuanto más pudiera alargarse el asunto, más tardarían en emprender la expedición.

Antes, Hap les había proporcionado un tiempo precioso al presidente, a Marten y a él mismo entregando a Héctor y a Armando. Miguel les había dado un poco más marchándose solo y luego observando los movimientos de los helicópteros desde arriba de la colina. Cuando vio a los helicópteros que empezaban a descender siguiendo el curso del río, se quitó la manta térmica y se expuso al detector del satélite. Eso funcionó casi al instante. En cuestión de segundos, los tres helicópteros rectificaron su trayectoria y se dirigieron directamente hacia él. Menos de un minuto más tarde estaba a merced de sus reflectores. Entonces los helicópteros tocaron tierra y de ellos salió un grupo de hombres armados.

Les contó su historia a punta de pistola y luego se la repitió a los agentes del CNP y del Servicio Secreto que lo acompañaron en el helicóptero hasta aquí. Y ahora estaba decidido a contarla de nuevo. Hacerles perder el tiempo era su único objetivo.

—Miren —dijo, con paciencia, con su inglés de australiano pasado por Barcelona—, trataré de explicárselo una vez más. Me llamo Miguel Balius. Soy conductor de limusina, de Barcelona, y he venido a visitar a mi tío en El Borrás. Cuando he llegado no estaba y su esposa se encontraba muy nerviosa porque mi sobrino, Armando, y su amigo Héctor habían desaparecido. Armando —dijo, señalando a su sobrino— es ese chico de allí. Héctor es él —dijo, señalando a Héctor—. Se habían ido todo el día, no habían vuelto a cenar, nadie sabía dónde buscarlos, todos estaban muy preocupados. Excepto yo, que sabía dónde estaban. O creía saberlo: donde no tenían que haber ido, arriba, a las viejas galerías de la mina, a buscar un oro que no existe pero en el que todo el mundo cree. En estas montañas no hay oro, pero nadie se lo cree. En fin, que sin decírselo a nadie, he cogido la moto de mi primo y he subido hasta aquí. He encontrado sus motos donde las dejan siempre. Se ha puesto a llover; he empezado a husmear. Al final he encontrado lo que me han parecido ser huellas y las he seguido. Se me ha hecho tarde y he empezado a sentirme empapado y muerto de frío. Luego, de pronto, ¡bum!, unos focos potentes del cielo y todos estos helicópteros. Hombres armados saltando de ellos, buscando al presidente de Estados Unidos. Yo les he dicho «entiendo que es un buen hombre»; ellos me han preguntado que qué más sé de él. Les he dicho que he visto en las noticias que se lo llevaron de Madrid a media noche

por una amenaza terrorista. Lo siguiente que sé es que me han traído hasta aquí y, por suerte, he encontrado a mis sobrinos sanos y salvos.

—Estaba usted con el presidente, ahí en la montaña —le dijo Bill Strait, simple y llanamente.

—¿El presidente de Estados Unidos está ahí en la montaña?

—¿Dónde está?

—Yo he venido a buscar a Armando y a Héctor.

—¿Qué hacía usted con una manta térmica? —La actitud de Strait era gélida, sus preguntas cada vez más acusatorias.

—Pues, como he subido solo a la montaña, con el frío y la lluvia y la oscuridad, me he llevado algo que me protegiera. Y eso es lo único que tenía.

—Lo único que buscaba usted era protegerse de la vigilancia del satélite.

Miguel se rió:

—¿Yo estoy perdido por la montaña y ustedes tienen un satélite vigilándome? Muchas gracias, hombre. Les agradezco mucho el despliegue.

—¿Dónde está el presidente? —Strait lo apremiaba cada vez más—. ¿Quién más estaba con él?

—Ya le he dicho que he subido a buscar a Armando y a Héctor.

—¿Dónde está? —Strait tenía la cara casi pegada a la de Miguel, los ojos petrificados, su mirada cortándolo por la mitad.

—¿El presidente?

—Sí.

—¿Quiere decir ahora?

—Sí, ahora.

Miguel detuvo de pronto su tono jocosos y miró a Strait a los ojos:

—No tengo ni la más remota idea.

140

3.30 h

Estaban sentados en el suelo de una pista rocosa al fondo del tobogán, temblando, sin aliento, llenos de arañazos, ensangrentados, reventados, agotados. Pero lo habían logrado. Los cuatro. Todos dijeron alguna cosa para asegurarse de que seguían estando conscientes y alerta. Todos estaban enormemente agradecidos de haber llegado vivos hasta allí.

Muy lejos veían los helicópteros que seguían arriba y abajo, peinando con sus reflectores las altas crestas y los bosques de coníferas que había debajo. Eso significaba que, al menos de momento, nadie había encontrado su rastro ni había sospechado la caída al infierno que acababan de usar para escapar.

El presidente respiró con fuerza y miró a José:

—Eres una persona muy especial, chico —le dijo, en español—. Te doy las gracias, en nombre mío y el de todos nosotros, y me gustaría poder llamarte mi amigo. —Le tendió la mano.

José vaciló un instante, luego miró a los otros y otra vez al presidente. Con una sonrisa tímida y orgullosa, tendió la mano y estrechó la del presidente.

—Gracias, *sir*. Usted es mi amigo —miró a los otros y asintió con la cabeza—. *You* es todos mis amigos —dijo, tratando de hablar un poco de inglés.

De pronto, el presidente se puso en pie:

—¿Hacia dónde vamos ahora?

—Por allí.

José se levantó y le hizo un gesto hacia un estrecho cañón rocoso. Entonces, las nubes se disiparon lo justo para que asomara la luna, iluminando toda la zona, desde el suelo profundo del cañón en el que estaban hasta las agujas y cumbres montañosas mucho más arriba, como si fuera un paisaje lunar plateado. Pudieron ver el tobogán con claridad, lo peligrosamente empinado y estrecho que era y lo lejos que llegaba. En cualquier otro momento, la idea de un hombre adulto —por no hablar de cuatro— dejándose caer por él por voluntad propia hubiera resultado impensable, un suicidio. Pero este momento se parecía poco a la normalidad.

El presidente miró a José:

—Vámonos —dijo.

José asintió y los guió rápidamente hacia el cañón.

Nicholas Marten esperaba junto a la puerta abierta de un pequeño almacén de piedra con el techo de uralita al límite de los viñedos de Port Cerdanya, una estructura que Hap recordaba de su visita de inspección al complejo un mes atrás,

cuando el Servicio Secreto estuvo preparando la visita del presidente. Ya sin la manta térmica, con la Sig Sauer de Hap metida en el cinturón, se comía un puñado de dátiles que habían encontrado en una bolsa de una estantería al llegar mientras miraba al cielo. La tormenta había amainado, el cielo estaba raso y la luna empezaba a caer tras las altas colinas al oeste. En una hora más el horizonte empezaría a palidecer. En dos, estarían a plena luz. El sol saldría dentro de media hora.

Marten permaneció allí otro momento, tratando de visualizar la empinada pista en zigzag por la que habían bajado al salir de la base del tobogán. De momento no había visto ni rastro de los helicópteros, ni nada más que les hiciera sospechar que habían encontrado huellas y que les seguían la pista. Con suerte, el mayor de la Marina George Herman Woody Woods y los otros pilotos seguían acotando su búsqueda por las montañas, y lo seguirían haciendo hasta bien entrado el día. Lo que hicieran luego le preocupaba poco, porque para entonces, si las cosas salían como Hap tenía previsto, habrían conseguido romper el fuerte dispositivo de seguridad de la estación de Port Cerdanya y el presidente habría llegado a la iglesia de la colina para hacer el discurso de su vida ante los miembros del prestigioso New World Institute.

5.23 h

Marten dio media vuelta y se volvió a meter en el almacén. José estaba acurrucado, dormido en el suelo al otro lado de la puerta. A unos palmos a su izquierda, Hap dormía el sueño de los justos con la Steyr automática apoyada en el brazo. Bien protegido de la puerta, al otro lado de Hap, el presidente Harris también dormía.

Marten se sacó la Sig Sauer del cinturón y se sentó bajo el umbral. Habían llegado al almacén justo antes de las 4.30 h. Cinco minutos después Hap determinó que era un lugar seguro. Fue entonces cuando encontraron una manguera que colgaba de la pared de fuera y una bolsa grande de dátiles en el interior, y los cuatro bebieron y comieron. Casi de inmediato, una debilidad extrema empezó a apoderarse de todos ellos y Marten se ofreció voluntario a hacer el primer turno de vigilancia. A las 5.45 debía despertar a Hap y luego dormir unos cuarenta minutos antes de levantarse y ponerse de camino de nuevo a las 6.30, con la esperanza de recorrer el kilómetro que quedaba por los viñedos y montaña arriba, donde se encontraban los edificios de servicio de la estación de invierno, justo antes del amanecer.

Eso esperaban.

De momento no habían encontrado más obstáculos. El motivo, dijo Hap, era la hora del día y lo remoto del lugar, y que todavía no se habían acercado al perímetro de seguridad de la estación que quedaba a casi un kilómetro y medio de allí —un camino de gravilla que dividía el viñedo casi por la mitad, cuyo lado interior

bordeaba con la propia estación—. Este camino estaba donde se establecerían los primeros cordones de seguridad, cordones que se irían ampliando hasta abarcar todo el complejo de Port Cerdanya, cuyo tamaño era impresionante: los viñedos, el campo de golf de dieciocho hoyos, las zonas de aparcamiento, las pistas de tenis, las pistas de montaña, los dieciocho edificios y los bungalows del complejo y, finalmente, su destino, la antigua capilla de la montaña de atrás.

El dispositivo de seguridad constaba de quinientos hombres y estaba formado por policías locales y estatales y controlado, como el presidente había supuesto, por el Servicio Secreto español. Si el presidente hubiera ido a hablar como tenían previsto inicialmente, Hap habría complementado esa fuerza con unos cien agentes adicionales del Servicio Secreto estadounidense. Pero este plan fue abandonado después de lo sucedido «oficialmente» en Madrid y que el presidente hubiera sido llevado al famoso «lugar secreto». Que el presidente no asistiría al servicio de madrugada de Port Cerdanya era algo que Hap sabía que había sido comunicado formalmente a los altos cargos del New World Institute por el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran, desde la embajada estadounidense en Madrid. Y eso era una ventaja porque ahora sabía que la seguridad se habría relajado a un nivel inferior de alerta, y por eso había decidido la estrategia que ahora pensaba aplicar.

Los viñedos, en esa época del año, y especialmente en aquella apenas estrenada mañana de domingo, tendrían la vigilancia reducida al mínimo, si es que había alguna. El conjunto de edificios de servicio comprendían no sólo el viñedo, el material y las provisiones del campo de golf, sino también la enorme lavandería en la que, entre otras cosas, se lavaban y guardaban los uniformes de los empleados. Llegar a esos edificios de servicio sin ser vistos era el primer paso de su plan. Mucho más difícil resultaría llevar al presidente durante los tres kilómetros siguientes montaña arriba y por entre los bosques hasta la capilla de cuatrocientos años de antigüedad donde iba a celebrarse el famoso servicio de mañana del New World Institute.

Aunque Marten se quedó boquiabierto ante el inventario de detalles logísticos que Hap tenía en la cabeza, no tenía motivo para hacerlo. Formaba parte de su trabajo, de lo que el Servicio Secreto hacía antes de cada una de las visitas presidenciales a cualquier lugar. Sólo esperaba que la memoria de Hap fuera tan buena como él creía y que, mientras tanto, las fuerzas españolas no hubieran implementado nuevas medidas de seguridad desconocidas.

5.40 h

Cinco minutos más y Marten despertaría a Hap. Sabía que en su estado de agotamiento, si no iba con cuidado, se caería de sueño y, al hacerlo, podían quedarse ahí dormidos durante días enteros. Por eso se obligaba a jugar juegos mentales, a pensar en su trabajo en Fitzsimmons & Justice en Manchester y en su proyecto urgente y todavía por terminar en la finca Banfield. A pensar en Demi, en dónde estaría ahora, en cuál habría sido su auténtica motivación al entregarlos a él y al presidente a Merriman Foxx en Montserrat. Fuera el que fuese, una cosa era cierta: no podía tener ni idea de lo que estaba realmente ocurriendo con Foxx, con sus experimentos, con ninguno de los enemigos del presidente. La última vez que la vio fue en compañía de Foxx, de Luciana y de Beck en el restaurante del monasterio, pero cuando él y el presidente regresaron, Foxx estaba solo. Eso significaba que se había ido a alguna parte con los otros. Pero ¿dónde? ¿Y por qué motivo? Lo único que se le ocurría era que le hubiera dicho la verdad sobre su hermana y que encontrarla, o al menos averiguar lo que le había ocurrido, fuera lo más importante de su vida.

5.44 h

—Primo.

Marten se sobresaltó y levantó la vista. El presidente estaba delante de él, con su cara sin afeitarse más demacrada y ojerosa que nunca.

—Ya sé que Hap iba a ocuparse de la segunda guardia —dijo en voz baja—. Pero está muy destrozado; dejémosle dormir. Duerma ahora un poco usted.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro.

—¿Quiere esto? —Marten le ofreció el rifle.

—Sí.

Marten se lo dio y le dio las gracias. El presidente sonrió:

—Está malgastando sus preciosos cuarenta minutos.

—No se vuelva a dormir.

—No puedo. Tengo un discurso que practicar.

6.30 h

Empezaba apenas a clarear cuando el presidente le devolvió la Sig Sauer a Marten y los cuatro salieron del almacén y empezaron a subir por la montaña, enfangada por la lluvia y bordeada por hileras de cepas que empezaban justo a brotar. Primero Marten, luego el presidente, luego Hap y luego José.

Momentos antes el presidente le había agradecido a José su coraje y valentía y luego le recomendó que volviera a su casa antes de que las cosas empeoraran, pero el muchacho se negó, diciendo que quería quedarse y prestarles toda la ayuda que estuviera en sus manos. De hecho, llevar a José con ellos era lo que Hap prefería. El chico era no sólo un nativo que podía hablar sin problemas con cualquier empleado con el que se cruzaran, sino que había algo más: si volvía a casa, Bill Strait tendría al Servicio Secreto, a la CIA o a la policía española esperándolo, puesto que a estas alturas ya debían de estar al tanto de su presencia en las galerías por Armando o Héctor, o ambos, y debían de tener incluso su nombre completo y su dirección. Si le detenían y él conocía el paradero del presidente, no tardarían mucho en sacarle la información y, en un abrir y cerrar de ojos, los equipos de montaña se presentarían al completo. Y eso no lo podían permitir.

6.35 h

Marten se acercaba a la cima de la colina y de pronto se detuvo y se dejó caer sobre una rodilla. Les hizo un gesto a los demás para que hicieran lo mismo. Los edificios de servicio estaban justo delante de ellos. Cuatro de ellos eran grandes estructuras de madera, tipo establo, construidas alrededor de un patio central. Inmediatamente a su derecha y justo detrás de tres hileras de cepas a punto de brotar estaba el camino de gravilla que dividía el viñedo en dos y en las que se iban a instalar los cordones iniciales de seguridad.

—¿Qué ocurre? —susurró el presidente.

—Escuchen. —Marten tenía la cabeza levantada y miraba hacia los edificios.

—¿Qué? —Hap se deslizó hasta su lado.

—Abajo —Marten les hizo un gesto para que se mantuvieran cuerpo a tierra.

A los pocos segundos pasaron dos policías uniformados en moto, vigilando los viñedos a ambos lados, recorriendo lentamente el camino hacia abajo.

Marten miró a Hap:

—¿Cree que puede haber más?

—No lo sé.

—Lo averiguaré —le dijo José al presidente, en español.

Antes de que pudieran detenerlo ya se había levantado y corría hacia el cuadrilátero de edificios. Luego desapareció de sus vistas.

6.43 h

—No hay nadie más —dijo José, cuando volvió y se arrodilló junto a ellos—. ¡Vamos, rápido!

En un santiamén los estaba guiando más allá de las cepas y hacia el camino de gravilla. Entonces se echaron a correr, avanzando como sombras hacia las edificaciones, bajo la luz tenue del amanecer. Cincuenta metros, treinta. Luego veinte, diez y ya estaban. José abrió una puerta lateral y se metieron dentro.

6.46 h

El aparcamiento central del parque móvil de la estación invernal era enorme. Había cuatro furgones *pick-up*; cuatro tractores grandes; seis pequeños furgones de carga de tres ruedas; cuatro máquinas grandes de cortar el césped, especiales para campos de golf y cuatro coches eléctricos de servicio, todos aparcados en fila. Aparcado marcha atrás contra una puerta corredera al fondo había un monovolumen Toyota verde claro cubierto de polvo que tenía aspecto de llevar varios meses sin que lo hubieran conducido.

—Vigilen la puerta —dijo Hap mientras se acercaba a la hilera de vehículos, con la esperanza de encontrar alguno con las llaves de contacto puestas.

—¡Aquí! —exclamó Marten, abriendo un armarito en el que había todas las llaves colgadas de alcajatas, con las etiquetas de cada vehículo. Les llevó tres minutos determinar cuál era la llave del primer coche eléctrico. Hap se subió a él corriendo y la probó: el indicador del motor se puso en verde, mostrando que estaba totalmente cargado.

A los treinta segundos estaban cruzando cautelosamente hacia el edificio que albergaba la lavandería. El cielo había clareado bastante: la cubierta de oscuridad en la que se habían protegido durante tanto tiempo había dado paso a una luz diurna cada vez más intensa.

Dejaron a José en la puerta y se metieron en la sala principal de la lavandería. Tres enormes lavadoras industriales, de acero inoxidable, ocupaban el centro de la

sala, mientras que en la pared del fondo había una batería de secadoras. Al otro lado, un enorme ventanal daba a los otros edificios. Justo pasado el mismo estaban las máquinas de planchado y, detrás, varias barras de colgadores que sostenían hileras de varios tipos de uniformes del complejo de vacaciones Port Cerdanya, la mayoría en colgadores y ordenados por tallas: un artículo imprescindible para el exclusivo complejo de cinco estrellas, del que Hap sabía que tenía más de doscientos empleados que debían presentarse en todo momento con sus uniformes limpios y bien planchados.

—Se acerca un hombre —dijo José desde la puerta, antes de esconderse rápidamente.

El presidente les hizo un gesto a Hap y Marten, y los tres se escondieron detrás de las máquinas de planchado. Hap respiró fuerte y sacó la Steyr. Marten levantó la Sig Sauer.

Al cabo de un momento, un hombre alto y de pelo rizado con pantalón y camiseta blancos entró por la puerta. Encendió las luces fluorescentes del techo y luego se acercó a un panel de control y apretó una serie de botones. Casi de inmediato, las lavadoras empezaron a llenarse de agua. El hombre ajustó la rueda de la temperatura, luego se acercó a las lavadoras y miró dentro. Satisfecho, se dio la vuelta y se marchó.

Hap esperó medio segundo y luego cruzó la sala, apoyado en el gran ventanal para mirar afuera. Vio al tipo de la lavandería que caminaba hacia otra edificación y se metía dentro, cerrando la puerta detrás de él. Al instante, Hap se dirigió a los otros:

—Volverá dentro de poco. Tenemos que apresurarnos.

144

7.00 h

El doctor James Marshall observaba cómo la inspectora Díaz y uno de los agentes del Servicio Secreto que hablaba español interrogaba a Miguel en un lugar aislado, cerca de la parte trasera del puesto de mando. Las preguntas iban del español al inglés y luego vuelta al español, y luego otra vez al inglés. Esposados y más que un poco nerviosos, con un policía a cada lado custodiándolos, Héctor y Armando se sentaban en sillas plegables a pocos metros de él, presenciando deliberadamente cómo acribillaban a preguntas a su tío. Si Miguel no se hundía, estaban casi seguros de que uno de los chicos lo haría.

Bruscamente, Marshall se dio la vuelta y se acercó a Bill Strait:

—No les está diciendo nada.

—Lo hará. O si no, uno de los chicos nos dirá más. Pero llevará un poco de tiempo y no hay que contar con revelaciones repentinas.

Marshall estaba cansado, furioso y frustrado. También sentía una ansiedad creciente y eso no le gustaba. Le hacía sentirse como Jake Lowe:

—Tenemos a un conductor de limusinas español con acento australiano y a dos chicos de la zona. Luego tenemos a un tipo que se parece a Hap, que tal vez sea Hap, perdido por ahí con el presidente y con Nicholas Marten. Tenemos todos los medios técnicos y un ejército de efectivos y de aviación sobrevolando la zona y ahora, además, es de día. Y, con todo, no somos capaces de encontrarlos. ¿Por qué?

—Tal vez sea porque siguen en algún rincón de las galerías —dijo Strait—. O porque no están en ninguno de esos sitios.

—¿Qué coño significa esto?

Strait se dio la vuelta y se acercó a un mapa de la zona:

—Esto —dijo, pasando una mano por la zona montañosa— es lo que hemos estado rastreando. Por aquí —desplazó la mano a la derecha— está la estación invernal de Port Cerdanya, donde estaba previsto que el presidente interviniera, originalmente, esta mañana.

Marshall reaccionó:

—¿Cree que es adonde se dirigen?

—No lo sé. Lo único que sé es que aquí no lo hemos encontrado. Sabemos que estaba en los túneles y, con o sin Hap, si de alguna manera ha logrado salir y cruzar estas montañas... —Strait vaciló, luego prosiguió—. No puedo meterme en su cabeza, excepto para pensar que el complejo es un lugar real al que podría ir y del que tiene referencias, y en el que hay congregada gente muy importante con la que puede hablar, algunos de los cuales son conocidos suyos. Cómo lo haría, no lo sé. Sólo estoy pensando en voz alta.

Marshall se dio la vuelta y se dirigió hacia la inspectora Díaz para apartarla unos segundos de Miguel y los chicos.

—¿Sería posible —preguntó— que el presidente hubiera conseguido cruzar estas montañas de alguna manera y hubiera llegado a la estación de Port Cerdanya?

—¿Sin que el satélite lo detectara?

—¿Y si llevaba mantas térmicas, como el conductor de la limusina? ¿Y si eso fue lo que vimos en el agua, en las imágenes del helicóptero? El presidente, Hap Daniels, Marten y el conductor.

—Y entonces, usted supone que ha podido recorrer el resto del camino a pie, por tierra, bajo la lluvia y a oscuras.

—Sí.

La inspectora Díaz sonrió:

—No es nada probable.

—Le pregunto si es posible —dijo Marshall, con frialdad.

—Si estuviera loco y tuviera alguna idea de cómo llegar hasta allí, diría que sí, supongo que es posible.

145

7.03 h

Se habían vestido con uniforme de jardineros: camisas verde oscuro con pantalones verde más claro. Llevaba el logotipo clásico de Port Cerdanya cosido en letra cursiva blanca sobre el bolsillo pectoral izquierdo, y sus ropas de antes estaban ocultas en un contenedor de basura detrás del edificio de servicio donde se guardaba el parque móvil. De los cuatro, sólo el presidente guardaba un objeto personal, y lo llevaba bien oculto dentro de la camisa. Era el objeto que había conservado todo el tiempo y que llevaría cuando se dirigiera a la delegación del New World Institute. El elemento que, a pesar de su traje de operario y su barba de cuatro días, le haría reconocible al instante ante todos: su peluquín.

José esperaba junto a la puerta, mirando hacia fuera. Marten acercó el coche eléctrico a ella y se detuvo. El presidente iba sentado detrás de él, Hap detrás con el arma en la mano, junto a un contingente de herramientas profesionales: rastrillos, escobas, papeleras de plástico y otro elemento que Hap había cogido sencillamente porque tuvo la sensación de que más tarde les podría resultar útil, y unos prismáticos que robó de encima de lo que parecía ser la mesa de despacho de un supervisor.

—¿Algún rastro del tipo? —preguntó el presidente en español.

José negó con la cabeza, pero de pronto dijo:

—Sí —y miró atrás—. El hombre de blanco acaba de volver a entrar en la lavandería —dijo, en español, y el presidente tradujo.

—Vamos —dijo Hap.

José abrió la puerta corredera, Marten sacó el carrito y esperó a que José la volviera a cerrar. A los diez segundos saltó al carrito al lado de Marten y se pusieron en marcha, avanzando en silencio más allá de las dependencias de servicio y metiéndose por el camino de gravilla que los llevaría por detrás del campo de golf y luego por una cuesta de servicio llena de curvas por en medio de los bosques que subía, en un poco más de dos kilómetros, hasta la iglesia.

7.12 h

Coronaron la colina y se detuvieron bajo el manto de un pino muy grande. Por primera vez tenían una visión de más allá de los viñedos y el campo de golf y el complejo entero. Enfrente del elegante edificio principal, con la fachada estucada en blanco, había siete lustrosos autocares negros tipo turismo de primera clase, con los cristales ahumados. Eran los mismos autocares que se habían utilizado para recoger al grupo del New World Institute en el aeropuerto de Barcelona el viernes y que los llevaría de regreso hoy, al acabar el servicio de mañana.

Muy cerca había una docena de grandes monovolúmenes negros, vehículos del Servicio Secreto español que los escoltarían hasta la iglesia y luego al aeropuerto. Un poco más lejos vieron un despliegue completo de coches de policía que bloqueaban la carretera principal que procedía de la autopista. Había más, aparcados cada cuatrocientos metros aproximadamente, a lo largo de la pista de servicio que dividía los viñedos. Todo estaba en su lugar, como Hap sabía que lo encontraría.

Mucho más arriba del propio complejo y encima de una larga carretera de curvas podían adivinar apenas la antigua estructura románica de piedra con techo de tejas rojas conocida como iglesia de Santa María.

—¿Es eso? —preguntó el presidente.

—Sí, señor —dijo Hap.

El presidente suspiró. Estaban muy cerca...

146

7.17 h

La pista de servicio los llevó hasta los límites del campo de golf y luego, bruscamente, bajaba hasta un claro del bosque, luego volvía subir por un tramo empinado y dibujaba unas cuantas curvas a través de un denso bosque de coníferas hasta la iglesia. Marten estaba justo iniciando una curva y pensando en qué harían al llegar a la parte posterior de la iglesia y la entrada de servicio a la que se dirigían cuando Hap intervino inesperadamente. Estaba mirando montaña arriba con los prismáticos.

—Baja un coche de patrulla. Salga del camino —le ordenó.

Marten avanzó unos doce metros más y luego giró el vehículo bruscamente por entre los árboles, hasta detenerlo detrás de una roca.

Hap levantó el arma, Marten sacó la Sig Sauer y luego esperaron a que pasara el vehículo 4×4 de la policía que bajaba. Redujo velocidad al acercarse, y luego redujo todavía más. Vieron a los cuatro hombres uniformados que iban dentro, todos mirando en dirección a donde estaban ocultos.

—Nada por aquí, nada por allí y nada fuera —masculló Marten.

El coche frenó todavía un poco más, y por un instante brevísimo estuvieron convencidos de que se iba a detener. Pero no lo hizo; el conductor, sencillamente, recorrió aquel tramo lentamente hasta haber pasado y luego siguió adelante.

—Buenos chicos —dijo Marten.

—Deles un minuto para marcharse —dijo Hap, mientras cambiaba el arma por los prismáticos y se volvía a seguir el coche de policía que bajaba lentamente por la ladera.

—Todo esto es relleno —dijo el presidente de pronto y como de la nada, mientras miraba al paisaje alrededor de ellos—. Esta tierra, la base. Llevo rato fijándome. Cuanto más subimos, más evidente resulta: es todo tierra añadida. Miren a su alrededor. La mayoría de estos árboles son jóvenes. Tienen como mucho quince, veinte años.

—Presidente —dijo Hap sin dejar de mirar con los prismáticos—, el complejo tiene apenas veinte años. Probablemente excavaron terrazas y lo reforestaron todo.

—Con una excepción: la iglesia. ¿Cómo se pone una iglesia de cuatrocientos años en un paisaje de veinte?

—Numerando las piedras, una a una, desmontándola y luego volviéndola a construir como era antes —dijo Marten.

—Pero ¿por qué? ¿Y dónde estaba, antes?

—Uy, uy... —dijo de pronto Hap.

—¿Qué ocurre? —El presidente se volvió para mirar en la misma dirección que él.

—Más seguridad.

Un segundo monovolumen de la policía subía por la carretera; más abajo, el coche que bajaba se había parado a su lado y los dos conductores estaban charlando.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el presidente.

—Nada. Si tratamos de irnos, nos verán.

—¿Quiere decir que nos quedamos aquí?

—Sí, señor. Nos quedamos aquí.

7.25 h

Cuatro monjes con túnicas marrones fueron a buscar a Demi a su celda y la custodiaban por un pasillo largo, desnudo y mal iluminado. Ella llevaba sólo unas sandalias y la túnica escarlata que Cristina le había dado para que se la pusiera durante las ceremonias rituales de la noche anterior. Que la hubieran obligado a desnudarse y a ponerse la túnica delante de los monjes no le importaba en absoluto. ¿Cómo iba a importarle, si la habían venido a buscar para llevarla al lugar de su muerte?

7.28 h

Los primeros monjes pasaron una tarjeta de seguridad por un lector electrónico que había junto a una puerta de acero. La puerta se abrió y penetraron en otro pasillo largo. A izquierda y derecha había puertas abiertas que daban a lo que parecían salas de revisión médica. Eran pequeñas, idénticas y tenían unas urnas de cristal opacas encajadas en las paredes, del tipo que se utilizan para leer rayos-X e impresiones de escáneres. En el centro de cada una había una fría camilla de acero inoxidable.

7.29 h

Cruzaron por otra puerta de seguridad y entraron en una sala llena de camas de acero inoxidable, iguales a la que había en su última celda. La única diferencia era que aquí estaban apiladas de cuatro en cuatro, hasta el techo, a lado y lado de un pasillo central, y en hileras que ocupaban hasta el fondo de la estancia, de modo que fácilmente podían acomodar a doscientas personas.

Otro pasillo y vio unos baños y duchas comunitarios. Justo más allá había lo que parecía una pequeña cocina industrial y, todavía más al fondo, una zona de mesas metálicas con bancos adjuntos que debían de utilizarse para la cena. Todas esas salas, como las que había visto antes, estaban vacías, como si toda la zona hubiera sido una colmena de actividad que había sido rápida y deliberadamente abandonada.

7.31 h

Los monjes la hicieron pasar por una serie de cinco puertas fuertes de seguridad, cada una a menos de cuatro metros de la anterior. Luego entraron en un túnel largo y oscuro, que parecía como del metro, con una sola vía que corría por el centro. Frente a ellos había un vagón tipo trineo, totalmente abierto excepto por tres filas de bancos. Había cuatro monjes más que se sentaban hombro a hombro en el banco del fondo de todo. Delante de ellos, otro monje se sentaba junto a... Demi se sobresaltó al verla: Cristina.

Llevaba la túnica blanca de la noche anterior y sonrió complacida, hasta feliz, al ver a Demi.

De inmediato, sentaron a Demi a su lado y, con la misma rapidez, un monje se sentó a su lado. El resto de monjes se acomodaron directamente frente a ellos. Nueve monjes para escoltar a dos mujeres hacia la eternidad.

De pronto, el trineo empezó a moverse, aumentando de velocidad lenta y silenciosamente. Pasó un segundo, dos, y luego Cristina se volvió hacia Demi y le dedicó la sonrisa más espantosa que ésta había visto en su vida. Espantosa por lo cálida, sincera e infantil.

—Nos vamos a reunir con el buey —le dijo, emocionada, como si estuvieran a punto de emprender una maravillosa aventura.

—No debemos —le susurró Demi—. Tenemos que encontrar la manera de evitarlo.

—¡No! —Cristina se apartó de ella bruscamente, y sus ojos brillaron con una profunda, terrible oscuridad—. Debemos ir. Las dos. Está escrito en el cielo desde el principio de los tiempos.

El vagón empezó a aminorar la marcha y Demi vio que se acercaban al final del túnel. A los pocos segundos se detuvieron. Los monjes permanecieron juntos y condujeron a ambas mujeres hasta un andén lateral. De inmediato, una puerta más grande se deslizó a un lado y fueron escoltadas hasta una sala más grande. En el centro había lo que parecía ser una caldera industrial enorme.

Demi sintió que se quedaba sin respiración al darse cuenta de lo que era: un horno de fundición. La sala era un crematorio. El lugar en el que todo acababa.

—El buey espera junto al fuego —sonrió Cristina, y luego cuatro de los monjes se la llevaron.

Al cabo de un momento, el resto de los monjes se llevaron a Demi a otra sala. Cuando entraron, una mujer se dio la vuelta: Luciana. Iba vestida con una túnica larga y negra de sacerdotisa, con el pelo negro recogido en un moño como la noche anterior y el maquillaje oscuro de los ojos acentuado por las mismas líneas teatrales que corrían como flechas de los ojos a las orejas, y las mismas uñas asquerosamente largas otra vez pegadas a los dedos.

—Siéntate —le dijo Luciana, indicándole la única silla que había en el centro de la estancia.

—¿Por qué?

—Para que te pueda arreglar el pelo y el maquillaje.
—¿El pelo y el maquillaje?
—Sí.
—¿Por qué?
—Tienes que estar bella.
—¿Para morir?
Luciana sonrió con crueldad:
—Así lo requiere la tradición.

148

7.48 h

Con la Sig Sauer apoyada en el *regazo*, Marten condujo el último cuarto de milla cautelosamente mientras la pista de gravilla se alargaba en una sinuosa S por entre un denso paisaje de coníferas. A través de los árboles empezaban a divisar la iglesia y la pequeña zona de aparcamiento que daba a la entrada trasera. Hap miró detrás de ellos. Nada. Habían tenido que esperar muchísimo tiempo para dejar que los coches de policía se marcharan de la zona de más abajo. Cuando finalmente lo hicieron y Hap le dio el visto bueno a Marten y empezaron a subir otra vez, él siguió vigilando atentamente la retaguardia. Podía ser que se hubieran marchado, pero la policía estaba claramente al cargo de la vigilancia de esta vía, lo cual significaba que podían, y probablemente lo harían, volver en cualquier momento.

Los primeros rayos del sol de la mañana tocaban las cumbres de detrás de ellos mientras Marten entraba en el aparcamiento y se colocaba detrás de tres furgones de la propia iglesia.

—Debe de haber personal de la iglesia preparando el servicio de la mañana —dijo Hap al ver los furgones—. Estarán arriba y en la nave principal de la iglesia.

Miró rápidamente a su alrededor y luego les dio el OK. Los cuatro saltaron del coche y se pusieron a actuar como si fueran del lugar: sacaron las escobas y rastrillos y cubos y los colocaron cerca de la entrada de servicio como si se dispusieran a trabajar.

En este lado el terreno era más elevado que el de la entrada principal de la iglesia y había una buena perspectiva del gran aparcamiento principal y del largo camino de curvas que subía hasta él desde la enorme extensión del complejo y los viñedos.

—Vigile la puerta —le dijo Hap a Marten, luego cogió los prismáticos y subió a un pequeño otero para agacharse junto a un árbol grande. A través de las lentes veía el despliegue de hombres uniformados y vehículos policiales que protegían las carreteras de los alrededores. Se volvió hacia el aparcamiento principal y vio los coches del Servicio Secreto español situándose delante y detrás de los pulcros autocares negros y la hilera de delegados del NWI que se subían a ellos. Arrugó la frente, intrigado, y volvió a mirar a los otros.

—La gente que sube a los autocares va vestida de noche. Todos, hombres y mujeres.

—¿Cómo? —el presidente se le acercó, Hap le ofreció los prismáticos y miró por ellos—. ¿Trajes formales de noche para un servicio no confesional de mañana?

—¿Se le mencionaba eso a usted en la hoja de instrucciones?

—No —dijo Hap.

El presidente movió la cabeza:

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

7.50 h

Dejaron a José fuera para vigilar, fingiendo sacar hojas secas de un parterre, y entraron cautelosamente en la iglesia por la puerta trasera.

Hap los condujo por un estrecho pasadizo de piedra caliza. A su derecha había una sala de reuniones y más allá, unas escaleras que subían y que el presidente tomaría para llegar a la iglesia propiamente dicha. Siete metros más y Hap los desvió a la izquierda y hacia abajo por unas escaleras de piedra que llevaban a un trastero en el sótano en el que tenía la sensación que podían esperar a salvo hasta que empezara el servicio.

A medio bajar, la escalera dibujaba una curva abierta semicircular como si rodeara un torreón, o alguna forma grande y redondeada en la parte externa del muro. Era una arquitectura curiosa para ser un edificio tan antiguo, fuera o no reconstruido. Hasta el presidente lo comentó.

—En un edificio básicamente rectangular no deberían haber paredes curvas, no como ésta —dijo, casi inquieto.

—Sea lo que sea, no aparece en el esquema que nos dio el gerente del complejo. Y el Servicio Secreto español tampoco lo mencionaba.

El presidente volvió a observarlo y luego lo dejó de lado, cuando alcanzaron el final de las escaleras y emprendieron un pasillo con varias puertas abiertas a habitaciones, a derecha e izquierda, y una cerrada con el signo de WC colgado.

—Salas de reuniones, clases, lavabo —dijo Hap, y luego se paró de golpe frente a una puerta cerrada y la abrió—. Aquí —dijo, y encendió el interruptor de la pared.

La habitación se iluminó y entraron en el pequeño trastero que les había prometido. Material de limpieza y de papelería llenaba las estanterías a lado y lado. Había también toda una serie de herramientas comunes —martillos, llaves inglesas, alicates, perforadoras, focos de trabajo y linternas muy usadas— colgadas ordenadamente en una pared, sobre una mesa de trabajo cerca del fondo. En una esquina había una docena de cajas de cartón en las que se podía leer BIBLIAS.

Hap cerró la puerta y consultó su reloj de pulsera:

—Son las 7.56 —dijo, mirando al presidente—. No tengo manera de saber si su amigo, el rabino Aznar, sigue formando parte de los ponentes del servicio, pero sea quien sea que dirige el servicio, éste debe empezar a las 8.10. El Servicio Secreto español lo barrerá todo antes de que entre la gente. No quiero que subamos a ciegas para luego tener que esperar en el pasillo a que todo el mundo esté sentado y las puertas cerradas. Puede que convenzamos a los españoles, pero lo más probable es que no, en especial si sus órdenes procedían de Madrid. Pensarán lo que piensan todos: que hacen lo que deben llevándoselo a usted de aquí. Así que esperar arriba es demasiado peligroso. Los españoles se relajarán una vez empezada la ceremonia. Entonces es cuando nosotros subimos.

—¿Y cómo vamos a saber que ha empezado? No podemos tener a nadie allí arriba, ni siquiera a José.

—Al fondo del pasillo está la sala de vídeo de la iglesia. En ella hay monitores de veinte cámaras de circuito cerrado montadas por toda la parte superior del templo y en el aparcamiento de fuera, que están conectadas al dispositivo de seguridad central del complejo. El problema es que la sala está cerrada. Pero si logro abrir la puerta podremos ver todo lo que ocurre dentro de la iglesia y en toda la zona que la rodea. Lo que me preocupa es que podemos tardar un tiempo en abrir la puerta, si es que puedo hacerlo. Si aparece alguien mientras lo intento, nos ve y avisa a seguridad, las cosas se pueden poner muy feas en cuestión de segundos.

—Hap —lo apremió el presidente—, si aparece alguien, yo soy igual que vosotros y que José —dibujó una media sonrisa y señaló el logo del complejo estampado en su camisa—, un simple tipo medio calvo que trabaja aquí.

7.58 h

La puerta de la sala de control estaba a quince metros por el pasillo del trastero y estaba hecha de acero y cerrada con llave. En la pared contigua había un teclado electrónico y una ranura con lector de tarjetas magnéticas.

Marten avanzaba vigilante, con la espalda pegada a la pared y la Sig Sauer a un costado. Hap puso la mano sobre el pomo y trató de girarlo. Nada.

—La mayoría de dispositivos como éste tienen un código maestro, el que utilizan los técnicos para entrar en ellos. Sólo hay que encontrarlo.

Marcó un código en el teclado e intentó abrir otra vez. Nada. Probó un código distinto. Nada de nada. Lo intentó con distintas series de números pero seguía sin tener suerte. Finalmente movió la cabeza y se volvió hacia el presidente.

—No va a funcionar, y tampoco podemos derribar la puerta. Tendremos que volver al almacén y calcular el inicio del servicio como buenamente podamos.

—Primo —Marten miraba al presidente—. Cuando subíamos hacia aquí, a la iglesia, he mirado hacia atrás, al camino que hemos recorrido. Se puede ver el valle entero, más allá de los edificios de servicio, hasta las montañas en las que estábamos anoche.

»He trazado una línea imaginaria desde la puerta grande donde acababa el monorraíl en el túnel hasta aquí. Cruzaba los viñedos, por en medio del área de mantenimiento, y hasta la iglesia, en una línea todo lo recta que pueda uno imaginar. Si Foxx hubiera hecho excavar este túnel en la misma época en la que se construyó el complejo, habría tenido que poner la tierra excavada en algún otro lugar. El túnel tendría unos dieciséis kilómetros por dentro de la montaña; probablemente otros trece o catorce kilómetros más hasta aquí, si es que lo llevó tan lejos. Se mire como se mire, sacarían muchísima tierra y roca. Y usted ha dicho que toda esta tierra es de relleno. Tal vez proceda del túnel.

—No le entiendo.

—Si estoy en lo cierto, todo esto, los laboratorios, el túnel monorraíl, esta iglesia, hasta el complejo mismo, todo es obra de Foxx. Su idea, su diseño, su construcción, todo.

—¿Y si lo es?

—Debió de haber dejado teclados y códigos de entrada para los demás, pero ¿por qué iba a complicarse la vida y tener doce claves de seguridad distintas, si con una ya funcionaba? —Se sacó la tarjeta de seguridad de Merriman Foxx del bolsillo, se acercó a la puerta y la deslizó por la ranura, como había hecho para entrar en los laboratorios de Foxx bajo el monasterio.

Se oyó un claro «clic». Marten giró el pomo y la puerta se abrió.

—Parece que los intereses del doctor Foxx eran todavía más globales de lo que pensábamos.

8.00 h

La sala de control tenía el suelo de moqueta y las paredes de cemento tipo bunker, pintadas de un gris metálico oscuro. Una única silla de técnico especializado estaba colocada frente a una consola de control en la que había instalada una batería de veinte monitores de televisión de circuito cerrado. A un lado estaba lo que parecía un estrecho panel incrustado en la pared, de acero pintado del mismo color que toda la sala. En realidad era una puerta, una puerta con bisagras alineadas con la pared, dos cerrojos encajados, uno encima del otro, y nada más. Hap ignoraba para qué servía o adónde llevaba. La única información de que disponía procedía del esquema que la dirección del complejo le había proporcionado al Servicio Secreto. La habitación en la que se encontraban había sido designada como «sala de control de vídeo»; el panel encajado en la pared, «acceso de emergencia a los paneles eléctricos». Hap había estado en la sala de vídeo en su visita de inspección previa, pero no pidió que se abriera aquella puerta. Aunque, como escondite potencial de bombas o personas que pudieran suponer una amenaza para el presidente, habría sido comprobada durante la última ronda de seguridad del Servicio Secreto en las horas inmediatamente previas a la llegada del mismo.

—¿Cuál podía haber sido el interés de Foxx en todo esto? ¿El complejo como una especie de tapadera ostentosa de su obra? —preguntó el presidente, mientras fijaban su atención en los monitores.

—No lo sé —dijo Marten—. Yo no lo habría relacionado en absoluto si usted no hubiera mencionado la composición de la montaña, y si no hubiera trazado mi línea imaginaria, y si no acabara de abrir esta puerta con su tarjeta.

—Ahí están los autocares. —Hap miraba los monitores, en los que una hilera de elegantes autocares negros se veía subiendo por la carretera desde el complejo. Otros monitores recogían imágenes de los monovolúmenes del Servicio Secreto español que los escoltaban. Y otros mostraban imágenes del interior de la iglesia desde distintos ángulos.

Uno mostraba el pasillo central, justo dentro de la puerta principal, donde esperaban una docena de monjes con túnicas negras. Otro el altar. Y otro, el espacio de coro a ambos lados del mismo. Había una cámara que recogía el púlpito. Una en la puerta de detrás y a un lado, por donde el presidente tenía previsto entrar. Otra mostraba un largo pasillo vacío de algún lugar. Y otra ofrecía un plano de la zona de asientos de la capilla, donde los asientos no eran hileras de bancos, sino más bien como un teatro con asientos tipo estadio.

Otro monitor revelaba una zona lateral del altar donde una puerta se abrió de pronto y otro monje con túnica negra entraba seguido de dos personas vestidos de religiosos.

—¿El reverendo Beck? —dijo el presidente, sorprendido, al ver a la primera persona.

Luego pudieron ver a la segunda, una mujer.

—La bruja Luciana —dijo Marten.

—¿El capellán del Congreso, Rufus Beck? —Hap se mostraba tan sorprendido como el mismo presidente.

—¿Señor? —Se oyeron unos golpes repentinos en la puerta—. ¿Señor?

—José —dijo Marten.

Rifle en mano, Hap se acercó a la puerta y la abrió con cuidado.

—No les encontraba. Se acercan helicópteros. —José hablaba nerviosamente al presidente en español—. Ahí afuera —señaló—, desde las montañas.

El presidente improvisó una rápida traducción.

—¡Cielo santo! —soltó Hap—. Lo han adivinado. Debemos marcharnos, presidente. Ahora. Si nos quedamos aquí atrapados somos hombres muertos, todos nosotros.

8.06 h

Mientras salían oyeron el rumor acompasado de los helicópteros que se acercaban. Hap el primero, cautelosamente, con el arma lista. Luego José, el presidente y Marten con la Sig Sauer. Hap los empezó a llevar hacia el coche eléctrico pero, de pronto, los hizo esconderse detrás de uno de los furgones de la iglesia. Un coche de la policía subía por la pista de gravilla en dirección a ellos.

Al momento siguiente llegaron los helicópteros. Había dos, idénticos, de color verde oscuro y blanco y con la bandera estadounidense justo encima de las puertas. Era el *Marine Squadron One* de Estados Unidos, los helicópteros de la marina americana que transportaban al presidente y otros oficiales de alto nivel de la administración norteamericana a cualquier lugar que tuvieran que ir.

—*Marine Two* —dijo Hap, atónito, mientras los helicópteros sobrevolaban rodeando el aparcamiento y luego, bruscamente, bajaban a tierra. *Marine One* era el nombre cuando el presidente iba a bordo, *Marine Two* cuando iba el vicepresidente.

—Ya se puede despedir de su discurso, presidente —dijo Marten mientras los aparatos tocaban tierra y quedaban rodeados instantáneamente por los monovolúmenes de la policía. De inmediato, las puertas se abrieron y el séquito vicepresidencial del Servicio Secreto apareció al completo. Esperaron a que se apagaran los motores del helicóptero y luego los agentes se acercaron directamente a

ellos. En medio segundo, las puertas del helicóptero se deslizaron hacia atrás y los que iban a bordo bajaron.

El vicepresidente Hamilton Rogers; el secretario de Defensa, Terrence Langdon; el secretario de Estado, David Chaplin; el jefe del Estado mayor y general de las fuerzas aéreas, Chester Keaton; el jefe de personal presidencial, Tom Curran, y Evan Byrd. Del grupo que se había enfrentado al presidente en Madrid, tan sólo faltaban su principal asesor político, Jake Lowe, y el jefe de Seguridad Nacional, el doctor James Marshall.

—Dios mío —suspiró el presidente.

—Hap —advirtió Marten, haciéndole un gesto hacia la arboleda y el monovolumen de la policía que se acercaba.

Hap lo miró, luego volvió a mirar los helicópteros y el enjambre de agentes del Servicio Secreto que rodeaban a los «amigos» del presidente.

—¡Volvemos a entrar! ¡Ahora! —Hap tomó al presidente del brazo y lo arrastró hasta la puerta de la iglesia por la que habían salido segundos antes.

150

8.10 h

Como si aquello fuera posible, los monjes consiguieron adentrar más a Demi en la pesadilla.

La sala era como un escenario, semicircular y abierta hacia un techo a oscuras a diez metros o más de ella. Las paredes que se levantaban hacia el mismo eran de acero pulido. El suelo, visible hasta hacía unos instantes, estaba ahora cubierto hasta sus rodillas por una niebla artificial iluminada desde abajo por luces invisibles que provocaban una combinación etérea de rojos, verdes, violetas y ámbar. En el centro había un sencillo trono negro en el cual se sentaba Cristina majestuosamente, con su magnífica melena de pelo negro cayéndole sobre la túnica blanca ajustada, y con todo el decorado y la iluminación convirtiéndola en la estrella de lo que fuera que iba a pasar a continuación. Claramente, iba a haber una función y muy pronto habría su público, un público que Demi imaginó compuesto por lo que Giacomo Gela le había descrito cuando le habló de las Tradiciones: «Un ritual anual que se desarrolla delante de varios cientos de miembros de una poderosa orden llamada Los Desconocidos».

Sin mediar palabra, los monjes llevaron a Demi hacia el centro del escenario y luego se detuvieron cuando, lentamente, una gran cruz de Aldebarán se levantó frente

a ellos. De inmediato, los monjes le ataron los pies a la base y luego le pusieron una correa alrededor del cuello y le levantaron los brazos hacia fuera, atándoselos a la barra de la cruz. En pocos segundos se había convertido en un crucifijo viviente atado a un icono pagano.

Cristina la miró y le sonrió:

—El buey nos espera.

—No.

—Sí.

En aquel momento, un monje hizo su aparición a través de la niebla y se acercó a Cristina. Le entregó una copa de plata llena de vino tinto. Ella la tomó, sonrió y abrió la boca suavemente. Al hacerlo, el monje le puso una oblea redonda en la lengua. Ella levantó la copa y bebió, tragándose la oblea. Esto, y Demi lo sabía, formaba parte de la ceremonia. También sabía que acababa de presenciar una falsa eucaristía. Ni Jesucristo ni la Santa Cena formaban parte de este ritual. Ni tampoco la oblea símbolo de su cuerpo, ni el vino símbolo de su sangre. La noche anterior, el buey se había comportado con calma y serenidad mientras las llamas lo consumían, sin mostrar ni miedo ni dolor en la mirada. Era obvio que le habían administrado algún tipo de droga, y Demi estaba convencida de que a Cristina también se la habían administrado ahora. Pero también sabía que, mientras que la bestia drogada había muerto en paz, todo había sido parte del espectáculo. Para que los niños y los adultos lo vieran y para que creyeran que Cristina haría el mismo tipo de viaje apacible. Pero era todo mentira; había visto el vídeo de la muerte por sacrificio de su madre y sabía cómo serían sus muertes, la de Cristina y la suya propia. Puede que Cristina estuviera drogada, pero el efecto no tardaría en disiparse. Fuera quien fuese aquella gente, el ritual se centraba en una muerte humana horrible y atroz. También sabía que, mientras la incineración de Cristina era el motivo central del ritual, era ella quien iba a representar el espectáculo más pronunciadamente político: su propio tormento y asesinato serían un ejemplo para cualquiera de los Desconocidos a los que en cualquier momento se les pudiera ocurrir rebelarse y volverse contra ellos.

También había otra cosa: su recuerdo claro del vídeo y de cómo se lo habían hecho mirar. Esta gente no era solamente mala, eran profundamente crueles y vengativos. Era como si su horrible muerte no bastara; tenían además que demostrarle su poder, su falta de respeto, su prepotencia. ¡Pobre de aquel que en la vida eterna volviera a nacer e intentara retarlos!

Demi desvió la vista, incapaz de soportar ya sus propios pensamientos. Al hacerlo, el horror la volvió a golpear. Como si estuviera en medio de un camposanto medieval, tres cruces de bolas más se levantaron de entre la niebla. Encima de cada una había montada una cabeza humana.

8.15 h

Su vuelta atrás hacia la iglesia les dejaba un solo lugar al que ir, la sala de monitores de circuito cerrado. Un lugar tan útil como peligroso. Quedaba aislada y la habían cerrado desde dentro, pero eso también significaba que si los encontraban, no tendrían escapatoria. El presidente estaría muerto antes del anochecer, y también el resto de ellos.

—Tal vez —dijo el presidente, mientras se sentaba en la silla y se ponía a observar los monitores— ellos nos contarán lo que Foxx no nos contó.

Marten avanzó hasta el lado de Hap, detrás del presidente, para observar. Se maravillaba ante la capacidad del presidente por compartimentar y convertir las situaciones contrarias en oportunidades. La mayor parte del tiempo, la situación parecía no importarle.

—José. —El presidente se volvió a mirar al muchacho, que estaba más atrás, apoyado en la puerta. Había llegado hasta allí, había hecho todo lo que le habían pedido y más. Pero ahora, encerrado en aquella habitación, estaba claramente asustado. Los helicópteros presidenciales, el enjambre de agentes del Servicio Secreto, aquel tablero con monitores... todo parecía superarlo.

—No pasa nada —le dijo el presidente, con voz cariñosa, en español—. Acércate a nosotros. Eres todo un hombre. Mira lo que está pasando. Tal vez tú puedas explicarnos algunas...

—Los autocares ya han llegado —dijo Marten, y el presidente volvió a mirar a los monitores. La ristra de autocares negros llegando al aparcamiento se veía en cinco de los monitores. Pararon, las puertas se abrieron y los huéspedes del New World Institute, resplandecientes en sus trajes de noche, recorrieron el tramo que los separaba de la puerta de la iglesia. Sonreían, charlaban distendidamente entre ellos, totalmente relajados ante la presencia del fuerte dispositivo de seguridad.

—No había visto nunca la lista entera de socios del NWI, pero apuesto a que conozco la mitad de esta gente, y a algunos de ellos bien. —El presidente estaba clara y profundamente preocupado—. Representan algunas de las instituciones más poderosas e influyentes de todo el mundo. ¿Tienen alguna idea de lo que está ocurriendo? ¿O, directamente, forman parte del complot?

Justo entonces, las campanas de la iglesia empezaron a tocar. Curiosamente, no era el doblar alegre que normalmente se asocia a una llamada a la misa, sino más bien sonaba como los cuartos de Westminster, el conocido sonido de las torres de las horas de todo el mundo.

—¿Por qué los cuartos? —preguntó el presidente—. No es la hora en punto. ¿Hay algún significado? ¿Qué significa, si es que significa algo?

—Señor presidente, señor Marten —intervino Hap—, monitor siete, fila de en medio.

Una de las cámaras del aparcamiento apuntada carretera abajo, a los edificios principales del complejo, recogía una hilera lejana de helicópteros que se acercaba. Primero se veían cuatro, luego cinco. El último, un Chinook del ejército estadounidense.

—¿Quién es? —dijo el presidente, concentrado en la pantalla.

—Yo diría que Woody —dijo Hap—, con el CNP detrás. Probablemente Bill Strait va en el Chinook con el doctor Marshall y Jake Lowe. Vinimos de Madrid en él. No creía que las cosas pudieran empeorar mucho más, pero, de pronto, lo han hecho.

8.16 h

El mayor de la Marina estadounidense *Woody Woods* bajó el helicóptero de ataque del ejército naval hasta la novena pista del complejo de Port Cerdanya. A los pocos segundos aterrizaron tres helicópteros del CNP, y luego lo hizo el Chinook. De inmediato, sus puertas se deslizaron hacia atrás. Bill Strait salió el primero, seguido del doctor Marshall y de una docena de agentes del Servicio Secreto. El segundo, tercer y cuarto helicópteros eran de la policía española, con la inspectora Díaz en el primero de ellos. Su misión: rastrear la zona desde la pista de servicio de los viñedos hasta los contornos más alejados de los mismos mientras otras unidades de tierra y de aire del Servicio Secreto, la CIA y el CNP rastreaban la zona comprendida entre los viñedos y la montaña, la ruta que sospechaban que el presidente y cualquiera que lo acompañara podía haber usado; un grupo que incluiría a Nicholas Marten y a Hap Daniels.

Por orden del vicepresidente, la zona entre la pista del viñedo hasta el complejo y más allá, hasta la misma iglesia, estaba bajo el control de su destacamento del Servicio Secreto, el Servicio Secreto español y la policía española ya desplegada. Si el presidente estaba dentro de aquel cerco, lo encontrarían. Los perímetros más exteriores eran responsabilidad de Will Strait y de la inspectora Díaz.

Entre medio estaba el Chinook, listo para llevarse el presidente en cualquier momento.

8.24 h

El presidente Harris había visto a su buen amigo el rabino Aznar dirigiendo una breve convocatoria a los miembros reunidos del New Word Institute. Luego se había estrechado las manos con el vicepresidente Rogers y había abandonado el escenario cogido del brazo del reverendo Beck.

Menos de treinta segundos después, una cámara exterior lo mostró siendo escoltado hasta el aparcamiento por un par de monjes. El Servicio Secreto lo ayudó a subir a uno de los monovolúmenes negros y se lo llevaron de allí. Los monjes volvieron a entrar inmediatamente y cerraron las puertas detrás de ellos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el presidente, en el instante en que los monitores perdieron la imagen repentinamente. La respuesta le llegó al instante:

Acceso uno: Cerrado. Precinto confirmado.

Acceso dos: Cerrado. Precinto confirmado.

Acceso tres: Cerrado. Precinto confirmado.

La lista proseguía hasta el acceso número diez. Finalmente llegó el último mensaje:

Confirmación de precinto completada.

—Son las puertas de la iglesia, señor presidente —dijo Hap en voz baja—. Hay diez en total. La número diez es la que hemos usado para entrar. Lo que tenemos ahora es una situación de «nadie entra, nadie sale». Como alguien venga a comprobar los monitores, estamos acabados.

—Primo —Marten se volvió bruscamente hacia el presidente—. Si estaba en lo cierto sobre lo que Foxx construyó, si esta iglesia formaba parte de sus planos y el monorraíl llevaba hasta aquí, entonces tiene que estar por algún punto debajo de nosotros. Y si lo está y conseguimos acceder, entonces sí tenemos una salida. Me gustaría mandar a José a averiguarlo. Si se encuentra con alguien, lo único que tiene que decir es que trabaja en mantenimiento, que era su primer día de trabajo y que se ha quedado encerrado al bloquearse todas las puertas. Y que sólo estaba tratando de encontrar la manera de salir. ¿Le puede pedir que lo haga, por favor?

A los diez segundos Hap dejaba salir a José, diciéndole que, al volver, diera tres golpes a la puerta.

8.30 h

—¿Y ahora qué? —el presidente miraba a los monitores, que se habían vuelto a quedar en negro. Ahora volvían a mostrar imágenes, distintos ángulos de la misma cosa. Todos los doscientos miembros tan distinguidos del New World Institute habían abandonado sus asientos y estaban desfilando hasta doce puntos distintos, cada uno de ellos mostrado de cerca. El vicepresidente Rogers iba el primero, y luego lo seguían los demás, uno a uno. Cada persona daba un paso al frente, daba su nombre, lugar y fecha de nacimiento, y luego tocaba una pequeña caja metálica con el pulgar izquierdo. De inmediato, sobre la cara de la persona se sobreimprimía una lectura:

Miembro 2702. ADN tomado. ADN confirmado.

Miembro 4481. ADN tomado. ADN confirmado.

Miembro 3636. ADN tomado. ADN confirmado.

—Sea lo que sea que esté ocurriendo, les puedo garantizar que este alimentador de vídeo no pasa a través del control de seguridad principal —dijo Hap, con los ojos clavados en las pantallas.

El desfile proseguía. Las edades de los miembros iban de veintiocho a ochenta y tres. Los lugares de nacimiento eran igual de variados: Basilea, Suiza; Salinas, Brasil; Nueva York, Estados Unidos; Berlín, Alemania; Yokohama, Japón; Ottawa, Canadá; Marsella, Francia; Tampico, México; Amberes, Bélgica; Cambridge, Inglaterra; Brisbane, Australia...

En el momento en que cada miembro completaba su registro, un monje se le acercaba con algo parecido a una gasa estéril, limpiaba el mecanismo y luego retrocedía, habiéndolo preparado para la siguiente identificación.

—Santo cielo. —La voz del presidente se le quedó pegada a la garganta al ver una mujer ponerse delante de la cámara.

—Jane Dee Baker —dijo. Luego dio el lugar y la fecha de su nacimiento y avanzó para dar una muestra de su ADN.

—La portavoz del Subcomité sobre Inteligencia y Contraterrorismo. —Marten sintió la misma escalofriante sorpresa.

—Demócrata por Maine, del subcomité de Mike Parsons —completó el presidente—. Ante ella testificó Merriman Foxx.

—Por eso Mike está muerto y su hijo también. Por eso mataron también a Caroline —dijo Marten, con una voz totalmente desprovista de emoción—. Mike descubrió lo que estaba ocurriendo, o al menos en parte.

—Hay algo más —dijo el presidente—. Todos utilizan el pulgar izquierdo para registrar su ADN. Desde este ángulo no se ve, pero me apostaría el presupuesto del Congreso del año que viene a que todos y cada uno de ellos llevan tatuada la cruz de Aldebarán.

8.35 h

Los cantos suaves y melódicos de los monjes empezaron a inundar la iglesia mientras los delegados del New World regresaban a sus asientos. En el instante siguiente las luces bajaron de intensidad, como si fuera un teatro y la función estuviera a punto de empezar. Y entonces lo hizo.

—¡Cristina! —gritó Marten, al aparecer el suelo de delante del altar que, de pronto, empezaba a apartarse hacia atrás y un escenario hidráulico con niebla en movimiento y una iluminación inquietante y teatral se levantaba del suelo, como una extraña fantasía propia de Las Vegas. Cristina permanecía sentada majestuosamente en el centro, sobre un trono casi invisible, y un foco la iluminaba desde arriba como si fuera una especie de diosa magnífica. Ahora un segundo foco se acercó a la parte frontal del escenario. Bajo su luz aparecieron tres cabezas cortadas, aparentemente de *atrezzo*, montadas encima de cruces de Aldebarán.

Como si estuviera programado con anterioridad, unas cámaras remotas empezaron a enfocar a los miembros de la congregación que iban avanzando lentamente encima de sus butacas. Ése era claramente el motivo por el que habían venido, lo que habían venido a ver, y se podía leer claramente en sus rostros.

—Esa Cristina, ¿quién es? —preguntó el presidente en voz baja, clara y fríamente tratando de comprender lo que estaba viendo.

—Estaba con Beck y con Foxx en Malta —dijo Marten.

Justo entonces, y de nuevo como si el conjunto entero de cámaras estuviera programado, una de ellas se alejó e inició un plano lento por entre la niebla y hasta las cabezas cortadas montadas en las cruces.

—Dios mío, presidente —dijo Hap, con una voz que apenas superaba un murmullo—. Estas cabezas son de verdad.

De pronto, diez de los veinte monitores se quedaron sin imagen y luego dos recuperaron la imagen, mientras otra cámara se acercaba, una a una, mostrando las cabezas en un primer plano muy detallado. Una diapositiva explicativa se superimprimía encima de cada imagen.

La primera pertenecía a un hombre, calvo y muy anciano:

Leyenda: *GIACOMO GELA. DIVULGÓ SECRETOS DE*  *. MISIÓN CUMPLIDA. ASESINADO.*

La segunda cabeza era de una mujer, Lorraine Stephenson. Marten suspiró con horror e incredulidad.

Leyenda: *LORRAINE STEPHENSON. MÉDICO. INESTABLE. SUICIDIO.*

Entonces llegó la última.

—¡Oh, Dios mío! ¡No! —gritó Marten al ver aquella cara fornida y conocida, de pelo gris y barba corta y canosa, con los ojos petrificados mirando a la nada.

Leyenda: *PETER FADDEN. PERIODISTA, WASHINGTON POST. PELIGROSO. ASESINADO.*

Las voces de los monjes subieron de intensidad y los vieron desfilar hacia el escenario a través de la niebla. Con la cabeza agachada, siempre emitiendo sus cánticos, había al menos cincuenta de ellos, tal vez más. Fuera lo que fuese que cantaban, estaba todo dedicado a Cristina.

El presidente miró a Marten:

—Esta es su Conspiración de Maquiavelo —dijo, con voz sorda y grave.

—Sí, lo sé —bramó Marten con ira—. Exactamente como lo describió Demi. Lo único que parece haber cambiado desde el siglo XVI es la tecnología. El elaborado proceso de registro hecho a mano en un cuaderno custodiado, con una huella de sangre colocada junto a la firma, ha sido sustituido por la foto electrónica y una muestra de ADN. La presencia del participante en el público combinada con el vídeo de la ceremonia. La confirmación de la presencia y de la participación en los hechos. El atuendo formal es un añadido elegante. Significa que todos están encantados de su asistencia.

—No lo comprendo —dijo Hap, desconcertado.

—Esta gente está aquí para presenciar un asesinato ritual.

—¿Asesinato?

—Van a matar a la chica —dijo el presidente, a media voz.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Por qué? —Hap se mostraba incrédulo.

—Es una organización muy exclusiva, Hap —los ojos de Marten iban de Hap a los monitores—. Las normas de la admisión exigen no sólo riqueza y poder, sino la complicidad en los asesinatos, de modo que nadie se atreva luego a apartarse del objetivo primordial.

—¿Cuál es?

—La acumulación de mucho más poder y riqueza.

—Dominar el mundo globalmente y en perpetuidad, creo que sería una explicación más clara —dijo el presidente, pensando en voz alta mientras miraba con mucha atención cada uno de los monitores, juntando la actividad y las caras que veía en las pantallas con lo que Marten le había contado de la secta y con lo que él había

aprendido como alumno de Rhodes—. Se trata de una hermandad internacional de gente muy diversa y muy influyente que acostumbra a hacer pactos de toda índole entre ellos. Muchos de ellos, supongo, clandestinos. Es una orden que puede haber estado operativa durante cerca de quinientos años y, como tal, podría haber sido una fuerza mayor en el desarrollo de la historia. Un grupo que, sin mayor interés que su propio beneficio, se posicionó para expandir imperios, apoyando subrepticamente guerras, asesinatos, movimientos políticos y religiosos e, incluso, como sabemos ahora por la participación de Foxx en todo esto, genocidios.

El presidente desvió la vista de los monitores para mirar a Hap y a Marten.

—La idea de que un solo grupo sea capaz de cosas tan inmensas y abominables y de tan gran alcance y en un período tan extenso de tiempo roza lo imposible, por no decir lo absurdo. Es una afirmación que estaría dispuesto a suscribir si no fuera por la verdad que estamos viendo aquí, en estas pantallas, y por el hecho que esta gente, en especial los que conozco personalmente, son actores principales y fundamentales a nivel global del mundo de la banca, los seguros, el derecho, los transportes, la defensa, la industria de manufacturas, la industria farmacéutica, la energía, los medios de comunicación y la política: los elementos de los que básicamente dependen todas las sociedades del planeta para su funcionamiento diario y cotidiano. Se podría discutir que muchos de estos elementos están enfrentados directamente los unos con los otros, pero tomados en su conjunto, de una manera u otra controlan la mayor parte de las relaciones internacionales.

»Lo que imagino que han hecho este fin de semana, con sus seminarios, el golf, el tenis, las cenas y los cócteles, ha sido decidir la mejor manera de gestionar los negocios el año próximo. En especial, cómo reaccionar ante lo que ocurrirá después de los asesinatos de Varsovia y después de la catástrofe de Oriente Próximo que se producirá una vez se ejecuten los planes de Merriman Foxx. El ritual que está a punto de celebrarse en este escenario los vincula de manera irrevocable a cualquier línea de acción que se haya acordado en sus reuniones. —Volvió a mirar a las pantallas—. Es una de esas grandes teorías de la conspiración que a cualquier politólogo, ensayista, productor de cine u hombre o mujer de la calle le encantaría que existiera. Pues bien, es cierto que existe y probablemente lleva ahí muchos años. La prueba la tenemos aquí, delante de nuestras narices.

Los cánticos dejaron de sonar bruscamente y la iglesia se quedó sumida en el silencio. La niebla giraba por el escenario presidido por una Cristina embelesada, a la espera del momento en que el fuego llegaría y su periplo, como el del buey, empezaría al fin.

De pronto, una silueta pasó por delante de ella a través de la niebla, como si se tratara de un personaje shakesperiano. Se encendió otro foco que iluminó al reverendo Beck, vestido con atuendo de sacerdote. Cruzó hasta el centro del escenario y levantó un micro inalámbrico.

—Hamilton Rogers —dijo, mientras buscaba con la mirada por el público y su voz retumbaba por toda la nave del templo—. ¿Dónde está, vicepresidente?

8.45 h

Un gran estruendo surgió de entre la congregación mientras cinco cámaras distintas captaban la imagen del vicepresidente Hamilton Rogers levantándose de su asiento y acercándose al pasillo, desde donde unos monjes lo escoltaron hasta el escenario. Cuando llegó a él, se fundió en un abrazo con el reverendo Beck, como si se tratara de una especie de emocionante reencuentro.

—Hamilton Rogers —dijo el reverendo a la congregación—, ¡el próximo presidente de Estados Unidos!

Un aplauso atronador siguió a esta proclama.

Beck y Rogers se volvieron a abrazar, luego se volvieron, se tomaron de las manos y levantaron los brazos hacia el público. Aplausos y más aplausos y el emocionante reencuentro se convirtió de pronto en una tribuna política.

8.46 h

Marten miró al presidente:

—Si alguna vez hubo dudas sobre los planes que le tienen reservados, ahora ya no hay ninguna.

—El problema es que —dijo el presidente— ahora ya no son sólo «mis amigos». Son todos ellos. Todos saben lo que está ocurriendo. Eso demuestra lo increíblemente entretejidos y adoctrinados que están. No son seres humanos normales, son una especie totalmente distinta. Una especie cuya ideología entera está empapada de una arrogancia desenfrenada.

8.47 h

Hamilton Rogers pidió silencio con un gesto. En cuestión de segundos los aplausos cesaron, el reverendo Beck le dio el micro y Rogers se acercó a la parte frontal del escenario. Miró a la congregación y empezó a mencionar nombres, reconociendo a los nuevos miembros. Uno a uno se iban levantando: el joven presidente de una compañía taiwanesa de exportaciones; una mujer de mediana edad que era una importante política de centroizquierda de un país de América Central; un banquero australiano de cincuenta y dos años; un físico nuclear californiano de sesenta y siete años que había ganado un premio Nobel; un famoso magnate de la prensa italiana conservador de setenta años; y luego otro, y otro. A cada uno le seguía un aplauso estrepitoso. Ya fueran de izquierdas, de derechas o de centro, su orientación política parecía no importar.

Y entonces el vicepresidente Rogers llamó al resto. No eran los nuevos miembros sino los «viejos amigos», dijo él, «amigos muy queridos, miembros de hace mucho tiempo que se han reunido aquí con nosotros en esta ocasión tan memorable».

—La congresista de Estados Unidos Jane Dee Baker; el secretario de Estado, David Chaplin; el secretario de Defensa, Terrence Langdon; el general de las fuerzas aéreas y jefe *del* Estado mayor, Chester Keaton; el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran, y el confidente presidencial, Evan Byrd.

De nuevo, el templo se llenó con otro estruendoso aplauso. Un aplauso que se intensificaba a medida que el público se fue poniendo de pie para homenajear con orgullo a todos aquellos a los que Rogers había mencionado.

155

8.53 h

Marten se volvió al oír unos golpes a la puerta de la sala de control, llevándose la Sig Sauer a la mano. Hap se colocó delante *del* presidente, balanceando su rifle.

Pronto oyeron otra vez la llamada: uno, dos, tres golpes.

—Es José —dijo Marten.

Hap hizo un gesto de aprobación y Marten se acercó a la puerta para abrirla con cautela. José estaba allá solo. La mirada intensa, el cuerpo agarrotado. Marten lo dejó entrar y luego cerró la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el presidente en español.

—He bajado a la iglesia, todo lo que he podido —explicó—. A través de la puerta hay unas escaleras anchas, y luego una gran puerta de metal. Y también un ascensor, creo.

Pero todo está cerrado. No hay nadie. Si hay un túnel más abajo, no podemos acceder a él.

—Gracias, José, muchas gracias —le dijo el presidente, sinceramente, y luego le sonrió—. Está bien, relájate.

De inmediato, miró a Hap y a Marten y se lo tradujo.

—Lo único que podemos hacer es esperar y cruzar los dedos para que no venga nadie —dijo Hap, antes de hacerles un gesto hacia los monitores—. Supongo que cuando la ceremonia haya terminado, el escenario hidráulico volverá a bajar, el suelo original volverá a deslizarse hasta su posición normal y los monjes abrirán las puertas. Luego todo el mundo saldrá hacia los autocares como si no hubiera pasado nada. Será en ese momento cuando entremos en acción: subimos las escaleras y volvemos a salir por donde entramos. Si no salimos en ese instante, somos hombres muertos, porque en el momento en que el edificio quede limpio de invitados, el Servicio Secreto español registrará el edificio y lo volverá a cerrar.

—¿Y qué pasa con Cristina? —le soltó Marten—. Van a matarla.

Hap lo miró fijamente.

—No podemos hacer nada por ella sin poner en peligro al presidente. Comprenda esto y sáquesela de la cabeza.

—Lo comprendo, pero no me gusta.

—Ni a mí. Pero así son las cosas.

Marten volvió a mirarlo y, finalmente cedió:

—Vale. Salimos... ¿Y luego qué? Ahí afuera hay quinientos hombres, la mayoría atentos a este edificio y a la gente que hay dentro.

—Salimos —dijo Hap con calma—, nos subimos al coche eléctrico de golf, volvemos al lugar en el que nos escondimos al subir. Seguridad debería irse de la zona en menos de una hora después de que se haya marchado todo el mundo. Luego pensamos qué hacemos.

—Hap, tus hombres están todavía ahí fuera con la policía española. Si no nos encuentran en la montaña, empezarán a dirigir su atención hacia aquí... Tal vez ya lo hayan hecho. No volverán a casa sin el presidente.

—Marten, aquí no podemos quedarnos.

—Woody —dijo el presidente, mirando a Hap.

—¿Woody?

—Nos arriesgamos a que no sea corrupto. Tan pronto como hayamos salido y tenga una señal clara, mándele un mensaje al móvil. Dígale que estamos aquí y que venga todo lo rápido que pueda con el Chinook. Sólo él y su helicóptero, nadie más. La gente estará saliendo. Es un helicóptero de la Marina, nadie sabrá lo que sucede. Que baje al aparcamiento en el que hemos dejado el carrito. En treinta segundos podemos elevarnos y estar fuera de aquí.

—Señor presidente, si eso funciona, supongamos que se eleva y nos recoge. Luego, no sabemos lo que va a hacer. Puede ser que nos lleve directamente al jet de la CIA. Si lo hace, allí lo esperan veinte tipos que lo llevarán adonde sea que se supone que lo han de llevar, y lo que usted o yo hagamos o digamos no importa.

—Hap —dijo el presidente, respirando deliberadamente—, en algún momento, y muy pronto, nos tendremos que fiar de alguien. El mayor Woods me gusta por muchas razones, y siempre me ha gustado. Lo que le estoy dando son órdenes.

—Sí, señor.

De pronto, la voz del reverendo Beck retronó por los altavoces. Se volvieron para ver al capellán del Congreso en todos los monitores. Hablando por el micrófono inalámbrico, con luces rojas, verdes y ámbar proyectadas en él desde abajo, cruzó el escenario oscurecido en medio de una estela de niebla teatral. Fuera lo que fuese lo que decía, era en un idioma que ninguno de ellos había oído en su vida. Volvió a hablar, como si pronunciara un verso de adoración a alguien o a algo. Los miembros del New World Institute respondían cual coro en el mismo idioma, de la misma manera que lo habían hecho la noche antes las familias del anfiteatro.

Beck volvió a hablar, luego se detuvo y extendió la mano hacia Cristina, todavía iluminada por un foco en el centro del escenario a oscuras. Ella sonrió con orgullo mientras Beck hablaba de nuevo. Un segundo foco lo siguió cuando se volvió de mirar a Cristina y se dirigió a la congregación, trazando círculos con la mano hacia el escenario de la misma manera que lo había hecho en el anfiteatro. Era un gesto que exigía respuesta de la congregación, y ésta la dio, repitiendo en un entusiasmo unísono sus palabras. De pronto, las luces se trasladaron de Beck a Luciana, que con su pelo recogido en un apretado moño y sus ojos maquillados como flechas irradiaba el poder y el miedo de pesadilla de la brujería.

Se colocó detrás de Cristina y con la varita de rubí que llevaba en la mano dibujó un círculo en el aire, encima de la cabeza de la muchacha. Entonces sus ojos enfocaron al público y ella soltó una frase. Todo en ella rezumaba control y seguridad. Volvió a pronunciar la frase, luego se volvió y cruzó el escenario, con las cámaras remotas siguiéndola a través de la niebla.

Ahora se la veía por una docena de monitores, con los ojos clavados en algo que tenía delante. Luego, media docena de cámaras desvelaron lo que era.

Demi. Su cuerpo atado a una cruz de Aldebarán enorme. Sus ojos helados de terror lo decían todo. Era una criatura viviente en el umbral de una muerte espeluznante.

—¡Dios mío! —exclamó Marten, atónito e incrédulo.

Luciana se detuvo delante de ella y los cánticos de los monjes se reanudaron. Sus voces se elevaron en un *crescendo*, luego bajaron rápidamente sólo para volverse a elevar. Luciana miró a Demi con una postura magnífica y llena de desdén. Luego los ojos de Demi subieron hasta encontrar los de ella, para devolverle la mirada, desafiante, sin hacer concesiones a la bruja. Luciana sonrió con crueldad y luego se volvió hacia el público.

—¡Ella nos hubiera traicionado como lo hicieron éstos! —dijo de pronto en inglés, para señalar con un gesto de su varita las cabezas clavadas en las cruces.

En los instantes siguientes soltó tres palabras agudas y claras en el idioma que había hablado antes. De inmediato, unas llamas azules y rojas salieron de unas espitas de gas colocadas en el suelo, debajo de las cabezas. Al hacerlo, un grito se elevó por encima de la multitud.

Los monitores mostraban al público que avanzaba en sus asientos, esforzándose por ver mejor. En pocos segundos las cabezas estuvieron envueltas en las llamas. En medio minuto su piel se empezó a despegar de la carne como carne en una barbacoa.

Al instante, seis monitores reflejaron el rostro de Demi. Gritaba y gritaba. Otros cuatro monitores mostraban a Cristina mirándola alarmada, como si las drogas que le habían administrado antes hubieran dejado de tener efecto y se diera cuenta de lo que realmente sucedía. De pronto abrió los ojos de par en par al ver a dos monjes aparecer a través de la niebla y las tinieblas, que la ataron rápida y fuertemente al trono. Con la misma rapidez, dieron un paso atrás y desaparecieron de su vista. Mientras, otros monitores se concentraban en las cabezas en llamas, y también en Luciana y en Beck. Imágenes que se intercalaban rápidamente con caras de la congregación. Entonces las cámaras se acercaron para tomar primeros planos de los nuevos miembros presentados al instituto.

En un segundo enfocaron a los «queridísimos amigos» del vicepresidente: la congresista Jane Dee Baker; el secretario de Estado David Chaplin; el secretario de Defensa Terrence Langdon; al jefe del Estado mayor, general de las fuerzas aéreas Chester Keaton; al jefe de personal Tom Curran, y al confidente del presidente Evan Byrd.

El presidente tenía razón cuando dijo que eran de otro planeta. Ninguno de ellos era un simple participante en un asesinato ni testigo de una ejecución. Aquello entraba en otro nivel totalmente distinto. Como los romanos en los antiguos espectáculos bárbaros del Coliseo, estaban allí para presenciar un espectáculo macabro que les producía un inmenso e inenarrable placer.

—Esto es sólo el principio —dijo el presidente, mientras la voz se le quebraba ante el horror.

Una situación impensable, empeorada diez mil veces por la conciencia de no poder hacer nada para evitarla.

—Ahora quemarán a las mujeres.

—Y una mierda. A ninguna de las dos. —Marten se dirigía ya hacia la puerta.

Hap lo sujetó justo cuando la alcanzaba y lo empujó con fuerza hacia la pared.

—Si intenta ayudarlas expondrá al presidente. Saben que está con usted. Sabrán que está en el edificio. Ya se lo he dicho antes: quíteselo de la cabeza. Es la maldita realidad.

—¡No! No es la maldita realidad. No pienso permitir que quemen vivas a estas dos mujeres. —Marten miró enfurecido al presidente—. ¡Dígale que me deje! ¡Dígaselo ahora mismo!

—En esto el presidente no tiene ni voz ni voto —Hap mantenía a Marten inmovilizado contra la pared—. Bajo juramento, tengo la obligación de proteger al presidente y de mantener la continuidad de su gobierno, de proteger a la persona que ocupa el cargo de presidente. Nadie en esta habitación sale de aquí hasta que yo lo diga.

Los cánticos se reanudaron mientras los monjes iban formando un número ocho en el escenario y luego iniciaban lo que parecía una danza cuidadosamente ensayada, rodeando primero a Cristina y luego a Demi y luego volviendo a repetir los movimientos, con sus cánticos que se elevaban y bajaban con un timbre fantasmagórico y macabro que era a la vez muy emotivo y totalmente turbador.

—Hap —dijo el presidente muy serio—, usted conoce bien los planos del edificio. La subida hasta la propia iglesia, hasta la puerta que hay detrás del altar y que yo pensaba utilizar para hacer mi entrada. ¿Cuánto tardaría Marten en llegar hasta ella?

—Sin obstáculos, diría que cuarenta segundos. ¿Por qué?

—Los paneles eléctricos están aquí —el presidente señaló la portezuela estrecha y cerrada que había en la pared, a su lado—. ¿Y si le damos a Marten cuarenta segundos y luego cortamos la electricidad? Tal vez se encenderán unas cuantas luces de emergencia, pero excepto el brillo de las llamas de las espitas, toda la nave se quedará básicamente a oscuras. Había linternas cerca de la mesa del almacén en el que nos hemos metido antes. Marten entra, coge dos linternas, se guarda una en el cinturón y usa la otra para iluminarse el camino hasta la puerta del altar. Cuando llega, la cruza y entra con calma en el escenario, con la linterna en la mano. Sigue vistiendo el uniforme de operario. Está oscuro, nadie sabe lo que está ocurriendo. Hace oscilar la linterna como si fuera el tipo de mantenimiento encargado de solucionar el problema. Luego la coloca en el escenario, con la luz todavía encendida, para concentrar la atención del público. Si alguien le pregunta, él no contesta. Anda tranquilamente hacia detrás de las mujeres como si buscara algo que reparar y entonces las desata, se las lleva por la puerta lateral del altar y utiliza la otra linterna para iluminarse el camino hasta la puerta por la que hemos entrado en el edificio. Lo

que Marten debería tardar desde que sale de aquí hasta que todos abandonamos el edificio no debería ser superior a los cuatro o cinco minutos. Seis como mucho.

—Primo —dijo Marten—. Todas las puertas al exterior están cerradas electrónicamente.

—Parto de la suposición que cuando se va la luz, las puertas se liberan. No podrían correr el riesgo de tener a todos estos VIPs aquí atrapados durante un corte eléctrico. Si tuvieran que venir los bomberos a rescatarlos se descubriría todo el pastel. —Miró a Hap—. ¿Está de acuerdo?

—Señor presidente. ¡Olvídelo!

—¿Está de acuerdo, Hap? —El presidente lo presionó con firmeza.

—En lo de las puertas, sí. En el resto, ni en broma.

El presidente decidió ignorar su protesta.

—Se quedarán atónitos cuando descubran que las mujeres no están. El lugar se llenará de caos e indignación, pero les llevará más de cinco minutos deducir lo que ha pasado. Para entonces ya estaremos fuera, bajando por la montaña o fuera de su vista porque Woody estará viniendo con el helicóptero.

—Señor presidente, no podemos arriesgarnos a...

—Hap, es nuestra única oportunidad. —El presidente seguía insistiendo. Era así como actuaba cuando creía en algo pero seguía valorando la opinión de otro. Si se podía hacer, que lo dijera. Si no se podía, que lo dijera también—. ¿Podrá hacerlo Marten?

—El apagón repentino. El factor sorpresa. La entrada y salida rápidas. Con un equipo, quizá. Pero para un hombre solo, cuyo conocimiento de la zona de ataque proviene sólo de las pantallas, y que además tendrá que trabajar rápido y a oscuras... y no un hombre cualquiera. En el instante en que Marten se acerque a la luz de esas llamas Beck lo reconocerá. Los monjes se le echarán encima y de pronto se convertirá en uno contra todos y ellos sabrán que usted está por aquí escondido. Es un riesgo enorme, presidente; diría que de noventa y nueve contra uno.

—Marten y yo estuvimos solos a oscuras en los túneles. Allí también corríamos un riesgo enorme y nadie daba nada por nuestra salvación. Hap, la electricidad se corta, las puertas se liberan, eso nos deja elegir el momento en que salimos. Todos. Las mujeres incluidas.

Hap miró a Marten y luego respiró hondo y se calmó.

—Está bien —dijo—, está bien. —Luego se pasó una mano por el pelo y se giró de espaldas. Su concesión no había sido por las mujeres o por la fuerza de la personalidad del presidente, sino por la situación. Había cedido por la misma razón que lo hizo cuando el presidente le exigió que alertara a Woody y le ordenara que volara hacia ellos para rescatarlos: la oportunidad.

El presidente estaba en lo cierto cuando dijo que en algún momento, y pronto, tendrían que fiarse de alguien y, a pesar de su preocupación, si tuviera que elegir a alguien ése sería Woody, aunque sólo fuera por sus excelentes cualidades como

piloto. Sobrevolaría aquella arboleda, haría descender el helicóptero en aquel pequeño aparcamiento de detrás de la iglesia y los sacaría de allí con más rapidez y cuidado de lo que nadie sería capaz de hacer. En el peor de los casos, si luego intentaba llevarlos hasta el jet de la CIA, tanto Hap como Marten iban armados y podían obligarlo a aterrizar donde ellos quisieran.

La situación era ahora más que apremiante. De una manera u otra, pronto estarían intentando salir hasta el aparcamiento y le mandarían un mensaje de texto a Woody para que procediera al rescate. Cortar la alimentación eléctrica del edificio, que estaba de acuerdo en que probablemente liberaba las puertas electrónicas, les permitiría establecer su propio cronómetro de salida, en vez de tener que esperar a que concluyera la ceremonia y quedar a merced de cualquier cosa que pasara entonces.

A todo esto había que añadir que el intento de Marten de rescatar a las dos mujeres provocaría un intenso revuelo en la iglesia. Lo que hiciera Marten una vez allí ocurriría rápido y casi a oscuras, y por eso pillaría al vicepresidente, a Beck, a Luciana, a los monjes y a todos totalmente por sorpresa. Tal vez Marten y las mujeres consiguieran escapar, tal vez no, pero fuera como fuese la confusión reinaría. Y era este caos lo que Hap consideraba como una oportunidad para sacar al presidente vivo de allí.

—Yo —intervino de pronto José. Miró al presidente y habló en español—. He entendido un poco lo que estaban diciendo. Acompañaré al señor Marten. Juntos seremos «el equipo de Hap».

El presidente lo miró, luego sonrió:

—Gracias —le dijo, y luego tradujo rápidamente.

—¿Y qué coño va a hacer éste, aparte de estorbar? —exclamó Hap.

—Hacer de distracción —dijo Marten rápidamente—. Es español, va vestido con traje de operario. Se convierte en el chico de delante en el escenario, allí con su linterna. Si alguien le pregunta, dice algo así como que se ha ido la luz y que le han dicho que suba a arreglarlo. —Marten hizo una pausa—. Eso me da tiempo, Hap. Treinta segundos, un minuto mientras el público lo mira a él y yo estoy detrás del escenario rescatando a las mujeres.

—De acuerdo —asintió Hap.

Era una carta más que tenían en una iglesia a oscuras, y que les daba algo más de complicación y algo más de oportunidad de sacar al presidente de allí.

Inmediatamente, el presidente hizo un gesto hacia la portezuela cerrada de la pared:

—Abra esto y miremos el panel eléctrico. Cierre los plomos. Ya no hay tiempo para nada más.

Marten se sacó la Sig Sauer del cinturón, luego se quitó la camisa y envolvió el arma con ella para que hiciera de silenciador.

En el mismo instante, el canto de los monjes se elevó. Era fuerte y deliberadamente potente, como si fuera el canto previo de algo importante. De pronto, una cortina de llama azul y roja hizo erupción en medio de la niebla. Un grito enorme se levantó en la congregación mientras, en un segundo, la gran llama rodeaba primero a Demi y luego a Cristina.

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamó el presidente, con la mirada clavada en los monitores.

Vieron a Demi en una docena de pantallas mientras luchaba encarnizadamente por liberarse de las correas que la mantenían atada a la cruz, pero su lucha era en vano y ella lo sabía. Con los ojos abiertos de par en par e inundados de terror, miraba las llamas que la rodeaban a ella y a Cristina.

—¡El buey era mentira! —gritó—. ¡Un truco! ¡Os han engañado! ¡Vuestras familias han sido engañadas! ¡Todas las familias a lo largo de los siglos han sido engañadas! ¡Pensabais que esto era parte de una gran religión sagrada, y lo es! —Sus ojos se volvieron hacia la congregación—. ¡Pero es la suya, no la vuestra!

Vieron a Luciana sonriendo feliz y luego avanzar hasta el frontal del escenario, y como la gran actriz que era abrió los brazos hacia la congregación y gritó algo en su idioma ritual. A coro, ellos lo repitieron. Otra vez habló, con los ojos iluminados, su vocalización clara y potente como si estuviera congregando a los dioses ancestrales. Luego, sin previo aviso, se abrazó y retrocedió hasta desaparecer en medio de la niebla.

A los pocos segundos, una aparición con túnica y capucha negras surgió en el mismo lugar. Cruzó hasta el frente del escenario y levantó la cabeza.

Beck.

Lentamente levantó los brazos hacia la congregación, y con su magnífica voz melodiosa y en el mismo idioma que Luciana había utilizado, descargó lo que sonaba como una potente oración. Finalmente concluyó y la congregación respondió. Beck rezó de nuevo. Y de nuevo los presentes respondieron. Y Beck les dio más. Y todavía más. Y con cada respiración daba más intensidad a su virulento saludo como si quisiera que el cielo bajara a la tierra.

Cada vez la congregación respondía. Cada vez Beck intensificaba su prédica, su pasión, su ímpetu y su fervor rugiendo como si fuera un imparable tren del infierno. Era una actuación colosal y totalmente orquestada para hacer hervir la sangre y conseguir que la emoción de aquella experiencia compartida tan secreta y protegida resultara inolvidable. Y Beck la mantuvo hasta que el edificio entero amenazaba con hundirse bajo la pura fuerza de la misma.

Podían estar en la antigua Roma.

O en la Alemania nazi.

¡Pum! ¡Pum!

Marten disparó la Sig Sauer. Los candados de la puerta de la salita eléctrica saltaron. Al instante, Hap la arrancó y luego él y Marten y el presidente se metieron en la habitación. Directamente delante de ellos había un enorme panel eléctrico con dos docenas de clavijas grandes de bloqueo con una etiqueta en español de qué zona del circuito afectaban. Encima había dos interruptores más grandes en los que se leía Alimentación Exterior. Eran los que el presidente necesitaba.

—Puede que haya otros paneles en el edificio, pero estos dos deben de cortarlo todo.

—Esta puerta por la que hemos entrado —Hap lo inspeccionaba todo— no es un acceso de emergencia a esta sala; es el único acceso. Alguien quería tener el control absoluto sobre quién entraba en ella.

—Foxx —dijo Marten.

Luego algo le llamó la atención: una segunda puerta estrecha de acero encajada en otro muro de cemento sólido al fondo de la habitación. Esa puerta, como la primera, tenía unas bisagras bien encajadas pero nada más, ni pomo, ni cierre aparente. Lo único que tenía estaba montado en la pared justo encima: el mismo tipo de sensor infrarrojo que estaba instalado junto a la enorme puerta de acero al final del túnel del monorraíl.

Marten se acercó un poco, mirando de esa pared a la contigua, que separaba la sala eléctrica de la sala de vídeo. Las paredes se unían formando ángulos rectos, como era normal, pero la diferencia era que la pared de aquí estaba montada casi un metro más atrás que la pared equivalente de la sala de monitores.

De pronto se le erizaron todos los pelos. Se volvió hacia el presidente:

—Todos estos monitores, esas cámaras, los movimientos automáticos y cortes que parecen preprogramados. Apuesto a que al otro lado de esta puerta hay algún tipo de dispositivo electrónico de copia, un ordenador, tal vez otra cosa. Están grabándolo todo: los nombres de los asistentes, los lugares y fechas de nacimiento, los primeros planos de sus caras, sus muestras de ADN y toda la función. Lo ponen todo en una copia máster o en un disco duro, o en ambos. Sea lo que sea, equivale a una versión contemporánea de su «diario rigurosamente custodiado». Es lo que los protege de ellos mismos.

»Estas dos salas de seguridad están construidas una junto a la otra a modo de bunker. Esto, como todo lo demás, es obra de Foxx, de su grupo de expertos. Ignífugo, probablemente también a prueba de bombas, construido de modo que nadie pueda entrar sin su conocimiento o supervisión. Toda la parte electrónica está impecablemente diseñada para que quede una grabación permanente de todos los movimientos sin que nadie lo toque nunca y al mismo tiempo asegurarse de que nadie se acerca a los controles principales para alterarlos. Dijo usted que no tenía pruebas

contra ellos, presidente, pero si no me equivoco, al otro lado de esta puerta hay un tesoro en información.

Las voces de los monjes se volvieron a elevar, retumbando por los altavoces de la sala de vídeo. Los tres volvieron a entrar a mirar. A los pocos segundos Beck hizo una nueva proclama. El cántico subió de volumen. De pronto, un segundo círculo de fuego se levantó de en medio de la niebla para rodear a las mujeres como si fueran serpientes enfurecidas. Este círculo era como el primero, más exterior, que seguía ardiendo, sólo que estaba más cerca. Un espectáculo encandilador que resultaba como un lento striptease, sólo que esto no era ningún striptease, sino un asesinato salvajemente coreografiado y destinado a infligir el máximo dolor a sus víctimas.

Ahora un tercer anillo se encendió de pronto, circular, y se acercaba todavía más. Cristina gritó cuando la llama empezó a tocar la base de su trono. Miró frenéticamente a Demi, en busca de ayuda. Pero no había ayuda. Para ninguna de ellas.

Marten miró a José, junto a la puerta, y luego miró a Hap.

—Rompa las bisagras. Si no puede abrirla, pruebe el sensor de arriba. —Se sacó la especie de BlackBerry de Foxx del bolsillo de la camisa y se la lanzó—. Era de Foxx. He intentado usarla antes pero no he podido. Usted debe de haber sido instruido en estas cosas, tal vez sepa cómo. —Inmediatamente miró al presidente—: Nos vamos. Cuarenta segundos y corte la corriente.

—Suerte, primo —dijo el presidente.

Durante una décima de segundo sus miradas se cruzaron y ambos supieron que podía ser por última vez.

—Lo mismo digo.

—Marten, dos cosas —intervino Hap—. Le doy sesenta segundos más.

—¿Por qué?

—Para llegar a las dos mujeres tendrá que pasar por el fuego. Pase por la habitación en que pone WC, mójese bien el pelo y la ropa. Eso le llevará un minuto extra. Y otra cosa: apuesto un millón de dólares a que esos monjes van armados, con armas ocultas bajo sus sotanas. Si uno de ellos hace un solo movimiento hacia usted, dispárele a la cara. Así asustará a todos los demás.

—Eso espero. —Marten miró a José, luego otra vez a Hap—. Ábranos.

Un minuto, 38 segundos

La puerta hizo un clic detrás de ellos. Marten se sacó la Sig Sauer del cinturón y salieron al pasillo.

Un minuto, 32 segundos

Llegaron al almacén y luego se metieron dentro.

Un minuto, 28 segundos

Marten cogió dos linternas de una estantería cerca de la mesa de trabajo y le dio una a José; luego cogió un par de tenazas de los colgadores de la tabla de detrás.

Un minuto, 24 segundos

Marten cerró la puerta del almacén y avanzaron por el pasillo hacia los lavabos.

Un minuto, 20 segundos

José vigiló la puerta mientras Marten se quitaba el uniforme de mantenimiento. Primero la camisa, luego los pantalones, y los metía los dos en el lavamanos. Cuando los tuvo bien empapados se los volvió a poner y se agachó en la pila para mojarse bien el pelo.

En exactamente sesenta segundos salieron del lavabo.

19 segundos

Ahora estaban en las escaleras y empezaban a subir. Primero Marten, con las tenazas y la linterna en el cinturón, la Sig Sauer en la mano, la mente en el escenario, el altar de detrás y la puerta que debían cruzar para acceder a ambos. Pensaba

también en las luces de emergencia que se encenderían cuando se cortara la electricidad. En dónde estarían situadas y en cuánta luz harían.

Marten había cogido las tenazas para liberar a las mujeres, pero ahora pensaba en qué material habrían utilizado para atarlas. Si las tenazas no funcionaban, su única alternativa sería disparar a las cadenas; algo siempre complicado porque habría que hacerlo con suma rapidez y precisión, por no hablar de la oscuridad. En el caso de Demi era todavía más peligroso porque estaba atada no solamente por los tobillos y las muñecas, sino también por el cuello, y un disparo fallido allí podía resultar fatal.

14 segundos

Llegaron a la parte superior de las escaleras y vieron el pasillo lateral que Hap les había descrito. Marten hizo girar rápidamente a José por el mismo.

10 segundos

El pasillo terminaba. La puerta estaba ahí mismo. Marten temió de pronto que estuviera cerrada. Giró el pomo. Oyó un levísimo clic al liberarse el mecanismo. Se apoyó en ella con sumo cuidado. La puerta cedió y se abrió un milímetro. La volvió a cerrar.

6 segundos

Miró a José. El muchacho sonrió y asintió con la cabeza.

—Gracias, José, gracias.

José volvió a sonreír y le tocó cariñosamente el hombro con el puño. Marten sonrió y le devolvió el gesto. Ese chico era fantástico. Era capaz de cualquier cosa y lo había demostrado.

2 segundos

¡Uno!

El pasillo se quedó a oscuras.

9.16 h

Marten y José cruzaron la puerta a oscuras. A siete metros frente a ellos podía ver el escenario cubierto de niebla y, en el centro del mismo, los círculos de llamas que rodeaban a Demi, a la derecha, y a Cristina a la izquierda. Gracias a Dios, ninguna de las dos había sido todavía alcanzada por las llamas.

Por lo que Marten podía ver, había todavía otro círculo que debía encenderse, y éste estaba inmediatamente a los pies de cada una de las dos mujeres. Una vez se encendieran esas espitas y empezaran a escupir llamas, las mujeres empezarían a arder y sus gritos se dejarían oír. Estaba claro que el cabaret infernal de la Conspiración había sido programado para crear el máximo drama emocionante antes de que el asesinato en sí fuera consumado. Con todo lo atroz que resultaba, era aquel ritmo deliberadamente medido lo que había mantenido a las mujeres con vida hasta entonces.

—¡Adelante! —susurró Marten, y avanzaron a oscuras a la derecha del altar.

Desde allí veían justo a los miembros de la congregación, todos asociaban la confusión al corte repentino de electricidad. Eran un montón de figuras indefinidas iluminadas sólo por la luz que entraba por tres ventanas de cristal ahumado muy arriba y por la luz tenue de media docena de luces de emergencia que iluminaban las salidas que llevaban a las puertas principales. Todo lo demás estaba a oscuras.

Marten cogió a José del brazo y le hizo un gesto para que avanzara, un gesto semicircular que significaba que debía colocarse en la parte frontal del escenario y luego entrar por el lado, esperando hasta entonces antes de encender la linterna y empezar su comedia como encargado de mantenimiento.

9.17 h

—¿Qué ha ocurrido? —Luciana encontró a Beck y a tres monjes formando un corrillo en la penumbra, justo al lado del escenario.

—No lo sabemos, hemos accedido a los dos principales paneles de control de fuera de la nave. Todo estaba en orden —dijo Beck bruscamente. De pronto miró a uno de los monjes—: Cubran las puertas, que no salga ni entre nadie. Pongan a seis hombres en la zona del vicepresidente. No tenemos ni idea de qué ha sido esto.

9.18 h

—¿Dónde, y qué exactamente? —la inspectora Díaz hablaba en español a un hombretón de pelo rizado que llevaba pantalones y una camiseta blancos. Ambos estaban cara a cara en el centro de la lavandería del complejo Port Cerdanya, con Bill Strait, el doctor James Marshall y tres agentes del CNP apostados a pocos metros de ellos.

—Faltan cuatro uniformes limpios del personal de mantenimiento —dijo apresuradamente el lavandero—. El hombre de la mañana los cuenta todos al llegar, y el de la noche hace lo mismo cuando se marcha. Como es domingo y debido a todo el dispositivo de seguridad, ahora tenemos a muy poco personal de servicio. Yo he venido a contarlos hace tan sólo diez minutos.

Inmediatamente, la inspectora Díaz se volvió hacia Strait y Marshall y les explicó la situación.

A la misma hora

Hap blasfemó en voz alta cuando el viejo destornillador que había cogido del almacén le resbaló de la ranura del último tornillo de ocho. A estas alturas ya deberían estar fuera y mandando un SMS a Woody para que los viniera a rescatar. En cambio, estaban en el bunker de Merriman Foxx tratando de sacar las carcassas de unos ordenadores duales interconectados con la intención de sacarles los discos duros; unos discos duros, insistía el presidente, reflexionando sobre lo que había dicho Marten, que muy posiblemente contenían el ADN de la sociedad secreta y un «arcón del tesoro lleno de información vital». A pesar de las protestas de Hap y del tiempo que los apremiaba, se había negado en redondo a marcharse sin antes hacer todo lo posible para obtener aquel material. En estos momentos Hap sabía que no le quedaba otro remedio que seguirle la corriente y les dio los cuatro o cinco minutos que le había concedido a Marten para rescatar a las mujeres.

Entrar en el bunker había sido lo fácil. Había hecho un par de disparos a los candados con la automática e hizo sólo un pequeño agujero en el acero. Eso le dejaba sólo la opción del aparato tipo BlackBerry de Foxx.

Marten tuvo razón cuando le dijo que él debía de haber sido instruido con aquellos aparatejos. Era cierto. Antes de incorporarse al destacamento presidencial, había estado al mando de la oficina de Miami de las fuerzas del Servicio Secreto que se ocupaban de los delitos electrónicos. Al examinar el dispositivo de Foxx, reconoció rápidamente que era más similar a un ordenador que a un instrumento de comunicación. Un examen más de cerca le reveló que era una especie de superprocesador en miniatura que probablemente utilizaba diamantes sintéticos, que prácticamente no generan calor, para permitir operaciones informáticas ultrarrápidas en un aparato de tan reducidas dimensiones. Había trabajado con prototipos similares

de laboratorio antes y creyó que el aparato de Foxx era un poco distinto. Y estaba en lo cierto. Le llevó sólo siete intentos descifrar el código cifrado de Foxx y conseguir que la puerta del bunker se abriera.

—Por fin, maldita sea —exclamó mientras el último tornillo se aflojaba y podía abrir las cubiertas. A primera vista, la maquinaria interna de ambos ordenadores era extremadamente compleja, pero los discos duros de ambas eran claramente accesibles. Pero, aun así, aquello no le acababa de gustar—. Presidente, estoy seguro de que estos discos están protegidos por una contraseña. Si los saco sin ponerla, hay muchas posibilidades de que se dañen para siempre o que aparezcan vacíos. Y ya no nos queda tiempo. O los saco ahora mismo y nos arriesgamos, o los dejamos aquí y salimos cagando leches, usted decide.

—Sáquelos, Hap —dijo el presidente—. Sáquelos hora mismo.

160

9.19 h

José estaba casi en la parte frontal del escenario. A su izquierda y detrás de él podía ver a Marten acercándose a las mujeres. De pronto, José se quedó petrificado. Beck estaba cruzando el escenario y se dirigía directamente hacia él. Al instante, retrocedió. Al mismo tiempo Beck se detuvo y se dirigió a la congregación:

—Amigos —dijo, en inglés—, tenemos un simple fallo eléctrico, nada más. Les pido unos minutos de paciencia mientras tratamos de resolver el problema.

Un fuerte murmullo de inquietud se levantó entre los doscientos invitados.

—¡Eh, tú! —ordenó una voz masculina, en español.

José se volvió para ver a dos monjes con túnica negra subir al escenario y dirigirse hacia él.

—¿Quién eres? —le escupió el primer monje en español—. ¿Qué estás haciendo aquí?

José miró a un lado y vio a Beck que miraba hacia él. De inmediato, encendió la linterna que llevaba.

—Mantenimiento —dijo—. Intento localizar el problema.

—¿Quién te envía? ¿Cómo has entrado en el edificio?

Con la Sig Sauer en una mano y las tenazas en la otra, el pelo y la ropa todavía mojados, Nicholas Marten se movía como una sombra por el escenario detrás de las llamas. Dos segundos, tres y las alcanzó. Demi estaba a menos de dos metros al otro lado de las llamas; Cristina estaba a la misma distancia, a su izquierda. La descarga de calor era horrible y ambas mujeres parecían estar aletargadas.

Marten veía a José hablando con los monjes cerca de la parte frontal del escenario. Vio a Beck avanzando hacia ellos, luego detenerse de pronto y mirar en dirección a las mujeres. Rápidamente pasó más allá de las llamas y directamente hacia Marten. Al instante siguiente sus miradas se cruzaron y Marten vio la sorpresa absoluta reflejada en el rostro del clérigo. Con la misma velocidad, la emoción se convirtió en consciencia de lo que estaba ocurriendo. Al instante, Beck se volvió y desapareció en medio de la oscuridad.

Marten volvió a mirar a las mujeres. Tomó aire con fuerza y lo mantuvo en los pulmones, luego se protegió la cara con el brazo y cruzó el círculo de fuego.

9.20 h

Beck abandonó el escenario a la carrera y empezó a bajar por el pasillo que salía de la nave, totalmente decidido a ejecutar una acción prevista desde hacía mucho tiempo.

—Reverendo —oyó a Luciana que lo llamaba.

Se dio la vuelta y la vio en el pasillo, a cuatro metros de él.

—Informe a la congregación de que el servicio ha terminado —le dijo a la mujer—. El fallo eléctrico habrá liberado las puertas. Que todo el mundo abandone el edificio y se dirija a los autobuses inmediatamente. Asegúrese de que los monjes no dejen entrar a nadie del exterior.

—¿Qué ocurre?

—Veinticinco —dijo, y luego dio media vuelta y anduvo rápidamente pasillo abajo, en la misma dirección que antes.

—Veinticinco. —Luciana sabía lo que había ocurrido y lo que les esperaba.

Haría veinticinco años, les había dicho Foxx, desde el inicio de la construcción, del complejo, de los túneles, del monorraíl, de los laboratorios subterráneos, de la iglesia, de todo, hasta que quedara cerrado y destruido.

Hoy, en esta fecha exactamente, habían pasado veinticinco años y todo terminaría. Así era desde el punto de vista de Luciana. La llegada de Demi Picard lo había señalado. Su amor inmortal por su madre había sido una maldición, una maldición mucho peor de lo que ninguno de ellos había imaginado. Lo supo en el momento en que la vio.

9.21 h

—¡Demi! ¡Demi! —le gritaba Marten, tratando de agitarla para que despertara. Vio cómo le temblaban los párpados—. ¡Está bien! ¡No te muevas! —le dijo rápidamente, y luego acercó las tenazas y trató de cortar las correas que la ataban por el cuello a la cruz de Aldebarán. Con la cara y las manos empapadas de sudor, la temperatura absolutamente insoportable, trataba de no respirar—. ¡No te muevas! —le gritó y cerró las tenazas.

Nada. Volvió a apretarlas y esta vez los dientes de la herramienta atraparon el material y lo segaron. La cabeza de Demi cayó hacia delante y en aquel momento recuperó la consciencia y Marten la vio mirarlo con incredulidad.

—¡Señor Marten! —gritó José desde algún punto, al otro lado de las llamas.

Levantó la vista y vio a Luciana cruzando el escenario; oyó que empezaba a decir algo a la congregación.

Entonces vio a dos monjes que se dirigían directamente a él por entre las llamas, uno detrás del otro, con rifles automáticos en las manos.

¡Pum! ¡Pum!

Marten disparó la Sig Sauer sin vacilar. La cara del primer monje explotó y el hombre saltó atrás a través de la niebla.

¡Pum! ¡Pum!

Marten volvió a disparar. El segundo monje se retorció a oscuras.

Marten oyó a la congregación gritar al unísono.

—¡José! ¡José! —gritó, luego cortó las correas de las muñecas y los tobillos de Demi y las rodillas de ella se torcieron al apartarla de la cruz. Le pasó una mano por la cintura para tratar de sostenerla. Luego José se acercó a través del fuego, con el pelo y la camisa del uniforme quemándole.

De pronto se oyó una ráfaga de metralleta. Una bala arañó la oreja de Marten; otra le rozó la mejilla. Media docena más impactaron en la cruz a la que Demi había estado atada.

¡Pum! ¡Pum!

Marten disparaba a ciegas a través de las llamas. La ráfaga de metralleta continuaba. Un infierno de fuego acelerado le llegaba a través de las llamas.

¡Pum! ¡Pum!

Volvió a disparar y el fuego cesó. Se volvió rápidamente y empujó a Demi hacia José.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Miró fugacísimamente a José arrastrando a Demi a través de las llamas hasta el escenario que tenían detrás y luego se giró para ir a liberar a Cristina. Justo en aquel instante, las espitas de gas del círculo interior se encendieron y de pronto se encontró

en medio de un infierno en llamas. Gritó con todas sus fuerzas e hizo un intento desesperado con las tenazas, tratando de encontrar las correas que la mantenían atada.

Entonces se quedó petrificado.

Casi toda la cabeza de Cristina había desaparecido, destrozada por una ráfaga de metrallera. Al instante siguiente, su abundante cabellera negra quedó envuelta en llamas. Durante una décima de segundo, los ojos de Marten fueron testigos del horror más atroz. Luego, con su propio pelo en llamas, las manos y la cara chamuscadas, se volvió y salió de un salto de aquella conflagración.

161

9.23 h

La sala estaba al fondo de un pasadizo a oscuras. Al igual que la sala de vídeo y de control de circuito eléctrico, era poco más que un bunker de hormigón armado. Beck había accedido a ella a través de dos puertas separadas. La primera era de madera tallada a mano, y como otras puertas a lo largo de la iglesia requería una tarjeta de seguridad y marcar un código en un panel electrónico para pasar a través. La segunda, a unos cuantos palmos, estaba hecha de acero pesado y requería otro código de entrada, que abría una única ranura situada encima, en la que había que insertar una llave especial que Foxx le había facilitado. Una vez dentro, se sentó frente a un panel de control de dos metros de largo que parecía sacado de un laboratorio de la NASA e incorporaba una serie de monitores de televisión, interruptores, cuadrantes e indicadores que eran iguales a los utilizados en una planta de transmisión de gas natural, que se acercaba mucho a lo que era aquella sala. En ésta no era evidente que el resto del edificio se había quedado sin corriente eléctrica: todas las luces, interruptores, pilotos e indicadores funcionaban a la perfección, puesto que todo el sistema estaba alimentado por baterías chinas de polímero de alto rendimiento.

Beck respiró profundamente y luego leyó con atención la hilera de cuadrantes cuidadosamente etiquetados que tenía delante. Entre ellos:

Cilindro transductor de presión/distorsión de presión

Fuerza centrífuga/control de pulsaciones

Control de vibración tuberías

Optimización configuración de tuberías

Control/detección de escapes

Vibración compresores

Satisfecho, miró hacia abajo y apretó cinco interruptores sucesivamente. Luego sacó una segunda llave, la insertó en un agujero del panel y la hizo rotar. Inmediatamente, media docena de cuadrantes cambiaron de color, de rojo a verde brillante. Un cronómetro digital se puso en marcha a sesenta minutos. Beck lo ajustó a quince y lo detuvo.

—Veinticinco —masculló—, ¿veinticinco?

En una sala mecánica de las galerías mucho más abajo, un motor diesel de dos mil caballos alimentaba un compresor centrífugo de gas, impulsado por una turbina. Durante buena parte de dos horas había estado bombeando gas natural a través de enormes tuberías de 50 cm y de espitas de 15 cm, cargando los kilómetros de viejas galerías de minería, túneles de transporte de monorraíl, laboratorios de Foxx, zonas de trabajo y celdas de almacenamiento temporal con gases altamente explosivos y letales. La propia iglesia debía ser lo último en cargarse y su llenado debía iniciarse una vez el escenario hidráulico descendiera hasta su sala oculta de abajo y el suelo original volviera a estar en su lugar, cuando los servicios hubieran concluido y las fuerzas de seguridad hubieran completado su rastreo del edificio y hubieran abandonado las instalaciones.

La presencia de Marten lo cambiaba todo. En ausencia de Foxx, el control quedaba en manos de Beck tal y como lo estipulaban las estrictas normas de sucesión en el poder de la secta. Mientras que el programa general de la Conspiración recaía este año en Estados Unidos por la rotación de cargos al frente de la administración, la seguridad del complejo de Port Cerdanya era, después de la muerte de Foxx, oficialmente cosa de Beck. Y eso significaba que su destrucción, prevista desde hacía tanto tiempo, estaba ahora totalmente en sus manos.

Beck estudió los cuadrantes y monitores una vez más. Satisfecho, miró el cronómetro. Una vez activado, pondría en marcha las espitas del sótano de la iglesia y el edificio empezaría a llenarse de gas. En quince minutos alcanzaría el nivel de los surtidores que lanzaban llamas en el escenario y, al hacerlo, el edificio y todo lo demás explotarían. Al mismo tiempo, los encendedores de los túneles se dispararían y una tormenta de fuego que alcanzaría los 2500 grados rodaría por todas las instalaciones subterráneas. Una «acumulación lenta y gradual de metano a lo largo de los años», lo llamarían las autoridades, que lo relacionarían con la explosión que el día antes había sacudido el suelo del monasterio de Montserrat. Era un infierno que las autoridades dejarían que se consumiera, y pasarían semanas, si no meses, antes de hacerlo del todo. Al final no quedaría nada más que los túneles quemados y un residuo de cenizas ultracalientes.

Tres décadas antes, la sociedad había acordado una estrategia de gran alcance para Oriente Próximo y encargó a un miembro recién iniciado llamado Merriman

Foxx que diseñara el plan. Al cabo de tres años, Foxx presentó el plan a la sociedad. En él, y en términos muy precisos, explicaba lo que había que hacer y dónde, lo que costaría, los plazos de tiempo que representaría y lo que sucedería después. Lo aceptaron y el proyecto se puso en marcha. Al cabo de dos años se compraron los terrenos y la construcción de los que ellos bautizaron como el Proyecto Port Cerdanya empezó. Y ahora, veinticinco años más tarde, Beck, haciendo pleno uso de la autoridad con que había sido investido, asumía el control y adelantaba la hora.

—Veinticinco —dijo una vez más, como en un homenaje final a esa autoridad y a su propia fidelidad, y luego puso en marcha el cronómetro.

Inmediatamente se volvió hacia un pequeño ordenador que había al lado, se sacó una memoria USB del bolsillo y la insertó en el puerto correspondiente del ordenador; luego miró al monitor de encima. En unos segundos le apareció una barra que le pedía un código de entrada. Tecleó el código y luego lo repitió. Movié el cursor al disco C: y luego arrastró todo su contenido al disco A: Diez segundos más y le pidió permiso al ordenador para retirar el enorme disco de almacenamiento del puerto USB. El permiso le fue otorgado, sacó la memoria USB del ordenador y se lo volvió a guardar en el bolsillo. El corte eléctrico había afectado a todo en el edificio excepto a aquella sala y la batería de seguridad del ordenador máster que había en el bunker de abajo, donde se copiaban y guardaban las carpetas de archivo de la secta. Ambas máquinas estaban interconectadas, de modo que, pasara lo que pasase en una, la misma información era transmitida a la otra. Eran justamente aquellos archivos, aquella información, lo que Beck había copiado y salvado en la memoria USB.

Beck se levantó y echó un último vistazo a su alrededor. Una vez comprobado que todo estaba en orden, salió, cerrando las puertas detrás de él. Eran las 9.25 de la mañana. A las 9.40 exactamente el gas acumulado alcanzaría los lanzallamas del escenario y empezaría el infierno.

162

9.27 h

Con los nervios de punta y el rifle automático en la mano, Hap empujó al presidente escaleras arriba y pasillo abajo hacia la salida de atrás. Llevaban ya cuatro minutos de retraso sobre el tiempo que les había concedido a Marten y a José para rescatar a las mujeres y sacarlas de la iglesia, y eso no le gustaba. El hecho de llevar los dos discos duros de los ordenadores máster de Foxx en el bolsillo del pantalón le

producía escaso alivio. Tenía la misma sensación ahora que cuando le advirtió al presidente, al principio, que sin entrar el código correcto antes de extraerlos quedarían dañados y, por tanto, inútiles. Y unos discos inútiles a cambio de la vida del presidente era un trato que carecía de sentido.

Pero ya estaba hecho y lo único que les quedaba ahora era seguir adelante. Y en eso estaban.

A diez metros pasillo abajo estaba la puerta que daba al aparcamiento trasero de la iglesia, donde habían dejado el coche eléctrico. Hap sacó la BlackBerry que tenía preprogramada con el SMS que le tenía que mandar a Woody en el momento en que salieran del edificio y tuvieran cobertura.

Tres metros más y vio al presidente que miraba hacia arriba con ansiedad, al pasar frente a las escaleras por las que Marten y José habían subido hasta la nave de la iglesia. Estaba a oscuras y en silencio y supo lo que el presidente estaría pensando. Que tal vez ya habrían rescatado a las mujeres y estaban fuera esperándolos. Pero esto, como la obtención sin defectos de los discos duros, era una especie de quimera y él lo sabía. La situación en la parte superior de la iglesia era demasiado compleja para que dos hombres —o, mejor dicho, un hombre y un muchacho— pudieran sortearla con eficacia. A estas alturas, estaba convencido de que Marten y José estaban muertos. Y también las dos mujeres.

—¡Hap! —Oyeron el grito agudo de Marten detrás de ellos. Se volvieron y vieron a Marten y a José aparecer al fondo de las escaleras, con Demi en medio de los dos. La mujer tenía el rostro pálido como la cera, la cabeza caída encima del pecho, el pelo y el vestido escarlata, chamuscados y todavía humeantes.

Sollozaba descontroladamente y parecía encontrarse en un estado semiconsciente.

—¡Marten, Dios mío! —El presidente dio media vuelta y se dirigió hacia ellos, pero Hap lo atrapó y lo detuvo.

—¡Maldita sea! ¡No! ¡Presidente, nos vamos! ¡Ahora!

—¿Y la otra chica? —El presidente seguía mirando a Marten.

Marten negó con la cabeza mientras los hacía avanzar. Tenía el pelo quemado, el pelo y la cara totalmente negros y chamuscados. José estaba casi en el mismo estado.

Ahora estaban ya en la puerta. Hap los hizo detenerse y luego la abrió con mucho cuidado. Al cabo de medio segundo salió él solo, levantó la BlackBerry y le mandó el mensaje de rescate a Woody.

9.30 h

Hap se volvió para volver a meterse dentro con la intención de retenerlos a todos dentro de la puerta durante los seis a ocho minutos que Woody tardaría en llegar con el helicóptero. Había avanzado apenas dos pasos cuando oyó el sonido inconfundible de un helicóptero poniéndose en marcha enfrente de la iglesia. De inmediato se oyó el aullido agudo de un segundo helicóptero que descendía en medio de un rugido. Miró a la puerta y luego se volvió y corrió al pequeño otero al que se había subido cuando llegaron para tener mejor vista. A cuarenta metros de ellos vio el *Marine Two* y su compañero idéntico con las puertas abiertas y preparándose para despegar. Más allá se veían miembros del New World Institute vestidos de noche desfilando hacia los autocares negros. El Servicio Secreto español estaba por todos lados. Deseó saber lo que estaba pasando dentro de la iglesia, si los lanzallamas ya habrían sido apagados y el escenario habría descendido y tapado con el suelo original de la iglesia. ¿Y qué había sido de la otra mujer, Cristina? Por la expresión de Marten y por la manera en que movió la cabeza, debía de haber muerto. ¿Qué le pasó a su cuerpo? ¿Y cuál sería ahora el papel de los monjes? ¿Eran suyos los furgones aparcados aquí, detrás de la iglesia? ¿Era así como habían llegado? Si era así, en cualquier momento bajarían por aquellas escaleras del interior de la iglesia hasta la puerta en la que se encontraban el presidente y los otros.

De pronto vio a Roley Sandoval, agente especial al mando de la comitiva del vicepresidente, que encabezada un grupo de agentes del USSS que escoltaban apresuradamente al vicepresidente Rogers, a los secretarios de Estado y de Defensa y al resto del entorno de élite de Rogers, que ahora incluía a la congresista Jane Dee Baker, hacia el *Marine Two*.

Fuera lo que fuese que había ocurrido y lo que estaba ocurriendo, y por si antes no hubiera sido así, el tiempo lo era ahora todo. Monjes aparte, en el momento en el que los helicópteros se marcharan y los autocares estuvieran cargados, el Servicio Secreto español barrería todo el edificio y luego lo cerraría a cal y canto. Y eso significaba que no tenían dónde ocultarse hasta que llegara Woody, excepto tal vez entre los árboles que rodeaban la zona del aparcamiento.

Las puertas de los dos helicópteros se cerraron. Hubo un estruendo ensordecedor mientras el *Marine Two* se elevaba, ganaba altitud y luego se alejaba en dirección sur. El segundo helicóptero de la Marina lo siguió. En cuestión de segundos, ambas naves desaparecieron de la vista.

9.34 h

Hap miró los autocares. La gente ya estaba subiendo a ellos.

¿Cuánto debía de faltar para que los monjes bajaran y el Servicio Secreto español entrara y empezara su rastreo? Quería mantener al presidente dentro y oculto pero eso había dejado de ser una opción. Tenía que sacarlos del edificio y bajo los árboles o se arriesgaba a un tiroteo con los monjes o a ser capturados por los del Servicio Secreto, o a ambas cosas.

Una vez tomada la decisión, se volvió para volver a recogerlos cuando se oyó un ruido atronador y un helicóptero del CNP le pasó por encima, a escasos metros de los árboles. Medio segundo más y echó marcha atrás y volvió hacia él. Hap corrió a cubierta bajo un árbol grande y vio cómo el helicóptero se acercaba y reducía velocidad. De pronto se detuvo y se quedó parado encima del aparcamiento. Pudo ver al piloto mirando hacia abajo y hablando primero con su primer oficial y luego animadamente por sus auriculares. A los pocos segundos, la máquina subió a unos sesenta metros de altitud y se quedó allí, inmóvil en el aire.

Hap lo miró y más allá de la nave. ¿Dónde demonios estaba Woody? ¿Es que no había recibido el mensaje? ¿O lo había recibido y había alertado al CNP y por eso el helicóptero de la policía estaba ahí encima? Detrás de él empezó a ver la hilera de autocares negros que empezaban a marcharse.

—Mierda —masculló—. ¡Mierda! —No había nada que pudiera hacer sin quedar a la vista del helicóptero del CNP y, al hacerlo, delatar el paradero del presidente. Por otro lado, no podía esperar a que los monjes o el Servicio Secreto español llegaran al pasillo en el que se escondían el presidente y los demás.

Miró el reloj. Eran casi las 9.35. ¿Dónde coño estaba Woody? ¿Pensaba venir o no?

164

El cronómetro que Beck había puesto en marcha en la sala de control marcó cinco minutos exactos.

Luego 4.59.

El gas ya había llenado las estancias inferiores de la iglesia y estaba subiendo rápidamente. Era, como en el laboratorio de Foxx, gas natural compuesto básicamente de metano pero, tal y como lo había diseñado Foxx, no tenía el componente químico orgánico mercaptan que se le añadía para darle olor. Como resultado, nadie de los que siguieran dentro de la iglesia sería capaz de detectar la presencia de gases letales.

4.58 h

Un helicóptero del CNP se elevó del campo de golf del complejo, con la inspectora Belinda Díaz haciendo de guardia armada en el asiento del copiloto. En los asientos de la cabina iban seis miembros del destacamento del Servicio Secreto asignado a Bill Strait. A los pocos segundos, otro helicóptero del CNP despegó con otra docena de agentes del Servicio Secreto a bordo. A unos treinta metros, el helicóptero de Díaz viró a la izquierda y voló rumbo a la iglesia. El segundo le siguió.

—Habla la inspectora Díaz —dijo por los altavoces. Estaba conectada a la frecuencia de radio de todas las unidades de policía española y al séquito de seguridad del Servicio Secreto español—. Se cree que nuestros objetivos están en la puerta trasera de la iglesia de Santa María. Las unidades del CNP siete a la doce, respondan. El Servicio Secreto en la escena, responda a voluntad y con cautela.

Con el rifle oculto debajo de la camisa, Hap salió de cubierta del árbol y se acercó lentamente a la iglesia, mirando una vez al helicóptero del CNP y luego haciendo un alto para recoger el rastrillo que José había utilizado para recoger las hojas del parterre y ponerlo detrás del coche de golf eléctrico.

—¡Usted, el jardinero! —rugió una voz por el altavoz del helicóptero—. ¡Policía! ¡No se mueva!

La audacia de Hap provenía precisamente de la consciencia de llevar todavía, como José, Marten y el presidente, el uniforme de jardinero del complejo. Pero a estas alturas era posible, si no probable, que ya se hubiera detectado que los uniformes o el carro eléctrico faltaban de los edificios de servicio. Si éste era el caso, el CNP y muy probablemente Bill Strait y sus cientos de operativos del Servicio Secreto y de la CIA estarían ya informados y peinando frenéticamente el vasto terreno del complejo en busca del carro o de los falsos operarios. Si estaba en lo cierto, se lo estaba poniendo fácil expresamente. Y también estaba ganando tiempo, con la esperanza de que Woody llegara en cualquier momento en el helicóptero de ataque y lo hiciera descender en el aparcamiento, y de que la propia acción lograra confundir a todo el mundo y les proporcionara los segundos necesarios para abordarlo.

Hap miró hacia arriba, levantó los brazos y luego señaló a la puerta de la iglesia donde aguardaban el presidente y los otros. Con la misma decisión, bajó los brazos y se encaminó tranquilamente hacia la misma, y mientras lo hacía vio media docena de monovolúmenes de la policía que subían la montaña a toda velocidad hacia la iglesia.

En la sala de control, el cronómetro de Beck continuaba su cuenta atrás:

4.08

Hap entró en la iglesia rápidamente esperando que el presidente, Marten, José y Demi, fuera cual fuese su estado psicológico, estuvieran listos para salir de inmediato. Pero no lo estaban. José estaba en el suelo, semiinconsciente, con la camisa abierta, y Marten estaba encima de él, haciéndole un masaje cardíaco. Había sangre por todos lados. El presidente abrazaba a una Demi medio histérica y todavía llorosa a cierta distancia, para darle a Marten espacio para maniobrar.

—¿Qué cojones...? —espetó Hap.

—José ha recibido un disparo. Nadie se ha dado cuenta hasta que se ha desmayado. En algún punto del pecho —dijo el presidente rápidamente.

—Presidente, no tenemos tiempo. La policía española está aquí. Sus agentes del Servicio Secreto están a la vuelta de la esquina. Si Woody viene, estará aquí en cualquier momento. ¡Tenemos que salir ahora!

—No los podemos dejar.

—¡Tenemos que hacerlo!

—Marten —dijo el presidente bruscamente—. ¿Podemos poner a José de pie?

—Creo que sí.

El presidente miró a Hap y luego a Demi.

—Encárguese de Demi. ¡Demi, vaya con Hap!

De inmediato se agachó junto a Marten y entre los dos auparon a José y luego miró a Hap:

—¡Vamos! ¡Salga ahora!

Dentro de la iglesia, el cronómetro de la sala de control continuaba su cuenta atrás:

3.12

3.11

La puerta trasera de la iglesia se abrió de un empujón. Hap salió el primero y a toda velocidad, con su insignia dorada del Servicio Secreto pegada al cuello de la camisa, la mano derecha en el rifle automático debajo de la camisa y el brazo izquierdo rodeando a Demi, medio arrastrándola, medio meciéndola.

El presidente y Marten iban detrás, con José entre ellos, que tenía su brazo bueno sobre el hombro de Marten y al presidente al otro lado sosteniéndolo por la cintura.

—¡Quietos donde están! ¡Ahora! —les ordenó una voz incorporada en español por el altavoz—. *Stop immediately!* —dijo la misma voz en inglés.

Los monovolúmenes de la policía española estaban aparcados directamente delante de ellos, bloqueando el paso de los furgones de la iglesia, del coche eléctrico y de la misma carretera de salida. Veinte policías uniformados y fuertemente armados estaban delante de ellos. El helicóptero del CNP se había apartado ahora a unos ciento cincuenta metros y permanecía allí. Inmediatamente se le unió el helicóptero de la inspectora Díaz. El segundo helicóptero del CNP subió y se colocó en posición.

—Ya los veo —dijo la inspectora Díaz, con un gesto al otro piloto.

Medio segundo y su helicóptero ya estaba bajando a sesenta metros para situarse a aquella altitud y aguardar.

Hap podía ver a su izquierda al menos a veinte agentes del Servicio Secreto español que subían en dirección a él desde la puerta principal de la iglesia.

—¡Servicio Secreto de Estados Unidos! —les gritó.

Luego lo volvió a repetir.

Nadie se movió.

—¿Y ahora qué? —dijo el presidente en voz baja.

—Dícales que somos del Servicio Secreto estadounidense y que llevamos a un hombre herido que precisa atención médica inmediata —dijo Hap a media voz.

El presidente dio medio paso al frente:

—Somos del Servicio Secreto de Estados Unidos. Este hombre está gravemente herido. ¡Necesita a un médico con urgencia! —aulló en español—. ¡Ayuda médica de inmediato!

El cronómetro de Beck continuaba su imparable marcha hacia el cero.

2.17

2.16

2.15

La inspectora Díaz miró por encima del hombro al agente del Servicio Secreto americano que miraba por la ventana directamente detrás de ella.

—Dicen que son de los suyos. ¿Reconoce usted a alguno de ellos?

—Se parece a nuestro SAIC, pero desde aquí y con ese uniforme que lleva, no estoy seguro. La mujer es una sorpresa. No reconozco a nadie más.

Díaz se giró y habló por los auriculares:

—Quedan al mando las unidades de tierra del CNP.

Al instante siguiente, cuatro de los policías armados empezaron a avanzar lentamente mientras su cabecilla le hacía gestos al Servicio Secreto español para que permanecieran donde estaban.

—¡Maldita sea, Woody! —masculló Hap—. ¿Dónde coño estás? ¿Jugando al golf?

Como en una respuesta divina, una sombra monstruosa bloqueó de pronto el sol. Entonces, con un rugido atronador y mientras el impulso de su hélice mandaba un torbellino de polvo y de escombros volando hacia los policías y los agentes secretos españoles, que corrieron a protegerse, el enorme helicóptero Chinook del ejército estadounidense descendió justo a la altura de las copas de los árboles, colándose bajo el helicóptero de la inspectora Díaz y borrándolo de la vista.

—¡Woody! —gritó el presidente.

—¡Hace cuatro minutos este helicóptero estaba en el suelo! ¿Qué cojones está pasando? —exclamó el piloto de la inspectora Díaz, mirándola con los ojos muy abiertos por debajo del casco—. ¿Qué hago ahora?

—Capitán Díaz. Soy el agente especial Strait —se oyó la voz de Bill Strait por sus auriculares—. El Chinook tiene permiso para tomar tierra. Que todas las unidades se mantengan a la espera.

Hap miraba boquiabierto el descenso del Chinook:

—No será capaz de bajar este monstruo hasta aquí. ¡No hay espacio!

Contando las aspas de sus hélices, el Chinook tenía treinta metros de largo. La zona de aparcamiento rodeada de árboles podía medir lo mismo, máximo tres metros más por lado. Si Woody pretendía aterrizar sin problema, necesitaría toda su experiencia, suerte, Dios y ayuda.

Dentro de la iglesia, el cronómetro de Beck continuaba la cuenta atrás.

1.51

1.50

1.49

El Chinook bajó un poco más. Ahora veían ya a Woody en los controles, mirando al frente y a popa y a los lados, midiendo los árboles como si tratara de aparcar un camión de mercancías en un espacio pensado para un turismo. De pronto se oyó un fuerte chirrido por detrás, cuando el rotor de la cola segó las ramas de un pino enorme y las hizo saltar despedidas. Entonces, con un fuerte bum, el Chinook tocó tierra.

Marten y el presidente corrieron a trasladar a José hacia él. Hap les siguió con Demi.

La puerta de pasajeros del Chinook se abrió de pronto y Bill Strait y dos miembros del equipo médico se asomaron. Cinco segundos, diez. Llegaron al

helicóptero y los ayudaron a subir a bordo. Otros diez segundos y la puerta de pasajeros se deslizó hasta cerrarse. Inmediatamente se oyó un ruido ensordecedor y Woody volvió a accionar el acelerador. En medio segundo volvían a elevarse y se encontraban en el aire. En ocho segundos ya habían superado la barrera de árboles. Ocho más y la nave giraba 180 grados y volaba rumbo al este.

165

—Habla la inspectora Díaz —retronó su voz por todos los auriculares—. A todas las unidades, abandonen y regresen a la base. Repito, abandonen y regresen a la base.

Dentro de la iglesia, el cronómetro continuaba su cuenta atrás.

0.31

0.30

0.29

—A mí me pueden examinar más tarde —les dijo el presidente a los dos médicos con el rugido de los rotores de fondo—. El herido es él —dijo, volviéndose hacia José—. Le han disparado y ha sufrido graves quemaduras. Que alguien se ocupe también de la señorita Picard, y rápido. Está quemada y seriamente traumatizada. El señor Marten también necesita que le atiendan por quemaduras.

—Gracias a Dios que está a salvo.

El presidente se volvió al oír aquella voz tan conocida.

El asesor de Seguridad Nacional, doctor James Marshall, se dirigía hacia él desde la cabina del Chinook.

—He tratado de no entorpecer. Ha pasado usted por un buen suplicio.

0.05

0.04

0.03

—¿Por qué está usted aquí? —le preguntó el presidente a Marshall sin ambages, con los ojos clavados en él como flechas venenosas y la voz fría como el hielo—.

¿Por qué demonios no está usted con los demás?

De algún lugar más abajo de ellos y más atrás se oyó un ruido sordo y fuerte que sonó como una enorme explosión.

—¿Qué ha sido eso? —Marten se volvió a mirar por la ventana del Chinook. Al instante siguiente les llegó la sacudida; el helicóptero salió disparado hacia un lado y luego cayó como una piedra. Woody tocó los controles. La velocidad de los rotores se aceleró y la nave reaccionó y volvió a elevarse rápidamente mientras su piloto recuperaba el control.

El presidente se acercó a la ventana, al lado de Marten, y Hap también se les acercó, al igual que Bill Strait. A lo lejos se veían las llamas y una humareda que se levantaba de la colina en la que estaba antes la iglesia.

—¡Woody, dé media vuelta! —gritó el presidente.

—Sí, señor.

El Chinook giró con fuerza y volvió a poner rumbo hacia el infierno de humo y llamas de la iglesia. En aquel mismo instante, ante sus ojos se desplegó el resto de la destrucción de Foxx. Ninguno de ellos había visto nada igual en su vida. Los edificios de mantenimiento saltaron en pedazos, desintegrándose en miles de trozos. Luego vieron un reguero de polvo bajando a lo largo del viñedo, como si bajo tierra se estuviera agitando una enorme serpiente. La línea continuaba por una explanada de valles y luego subía por la cordillera que habían cruzado la noche anterior, corriendo en dirección al monasterio de Montserrat. De vez en cuando, enormes bocanadas de llamas asomaban por grietas y chimeneas de las rocas.

—Foxx —dijo Marten mirando al presidente—. Ha hecho explotar la iglesia, los edificios de servicio, la galería entera del monorraíl, todo. Puede que los monjes todavía estuvieran dentro.

—Las espitas del túnel —dijo el presidente—. Lo tenía todo planeado desde hacía mucho tiempo. Nadie encontrará nada. Ni rastro de lo que hizo. Nada de nada. —De pronto, el presidente se apartó de la ventana para mirar a Marshall—: ¿Van a volar también el monasterio?

—No sé de lo que me está hablando.

—¿No lo sabe?

—No, señor.

—No llegará al monasterio —dijo Marten, con voz serena—. Es lo que hizo explotar antes. Allí ya no queda nada. La explosión se detendrá al final del monorraíl.

El presidente miró a Hap.

—Que el CNP alerte al monasterio. Al menos que hayan recibido algún tipo de advertencia, en caso de que sí explote.

—Sí, señor.

Entonces el presidente miró a Woody:

—Mayor, ¿tenemos los depósitos llenos de fuel?

—Sí, señor.

—¿Cuánta autonomía tenemos, mil doscientas millas náuticas?

—Un poco más, señor.

—Pues entonces sáquenlos del espacio aéreo español, Mayor, y pida permiso para entrar en espacio alemán.

—Señor, tengo órdenes de llevarle a una pista de aterrizaje a las afueras de Barcelona. El jefe del Estado mayor tiene allí un jet de la CIA esperándole.

Marten y Hap se cruzaron una mirada.

Entonces Hap hurgó bajo su camisa de jardinero y sacó su rifle automático.

—Mayor, he cancelado esa misión —dijo el presidente con calma—. Le he pedido que pida permiso para entrar en espacio aéreo alemán; por favor, hágalo. Le diré exactamente adónde cuando nos acerquemos.

—Eso no lo puede hacer, señor presidente —se le acercó Marshall—. Es por su seguridad. Todo está previsto.

—Señor asesor de Seguridad nacional, creo que me entiende perfectamente cuando digo que los planes han cambiado. Muy pronto, ustedes y el vicepresidente y todo el resto de «mis amigos» serán puestos bajo custodia y acusados de alta traición. Le sugiero que se vaya a aquel rincón y se siente. Hap estará encantado de acompañarle. —El presidente miró a Marshall un largo instante. Finalmente se volvió y miró de nuevo a Woody.

—Mayor, cambie el rumbo ahora. Es una orden directa del comandante en jefe.

Woody miró a Marshall como si intentara decidir qué hacer.

—Mayor —le dijo Marshall con firmeza—. Usted ya tiene sus órdenes. El presidente ha sufrido mucho estrés debido a una situación terrible y no tiene idea de lo que está diciendo. Su trabajo es protegerle. Y también el de Hap. Y el de Bill Strait. Y es por esto que estamos todos aquí.

Woody los miró y luego volvió a los controles.

—No te va a servir de nada, Jim; estás acabado —dijo el presidente—. La Conspiración está acabada.

—¿Conspiración? —dijo Marshall, mirándolo con incredulidad.

—Lo sabemos todo, Jim, y también quién estaba allí. Lo hemos visto en plena operación. Hap, el señor Marten, yo mismo y hasta José. Todos nosotros.

—No está usted bien, presidente. No tengo ni idea de lo que está hablando. —De pronto miró a Woody—. Tiene usted sus órdenes, Mayor. Mantenga el rumbo. ¡Mantenga el rumbo!

El presidente y Marten miraron hacia la cabina del piloto. Hap empezó a avanzar hacia ella, rifle en mano.

Fue todo el tiempo que Marshall necesitó. En un par de pasos había cruzado la parte central de la aeronave. En un segundo más abrió la puerta de pasajeros. Se oyó un estruendo atronador y un terrible latigazo de aire.

—¡Agárrele! —gritó el presidente.

Fue demasiado tarde. Estaban a dos mil pies de altura. La puerta estaba vacía. Marshall había desaparecido.

Lunes 10 de abril

Base aérea de Spangdahlem, Alemania, 3.15 h

Marten se dio la vuelta medio dormido, con cuidado de no aplastar los vendajes que le tapaban las quemaduras del brazo izquierdo y el cuello. Disponía de su propia habitación en el cuartel de oficiales, justo al final del pasillo donde dormían Hap Daniels y Bill Strait en habitaciones contiguas a la del presidente.

Habían llegado a la base aérea norteamericana de Spangdahlem sin anunciar. Normalmente habrían aterrizado bajo bandera presidencial en la base aérea de Ramstein, pero esta vez no fue así, no bajo aquellas circunstancias. El oficial al mando de la base y varios oficiales más de su personal fueron informados, pero eso era todo. Los médicos que los acompañaban en el Chinook habían dado el visto bueno al presidente y lo habían mandado a descansar como si se tratara de un VIP no reconocido ni declarado bajo rigurosa custodia.

José, Demi, Marten y Hap habían sido trasladados al hospital de la base. Por la información que Marten tenía, José y Demi seguían en él y se quedarían al menos unos días más. La familia de José había sido avisada y Miguel Balias y el padre de José estaban ya de camino desde Barcelona e iban a llegar en breve.

Miguel... Marten sonrió, tumbado en la penumbra. Lo que había acabado haciendo aquel sencillo conductor de limusina. Qué gran hombre, y qué buenos amigos se habían hecho en tan poco tiempo. Y los chicos también, todos ellos: Héctor, Armando y José en especial, el joven que al principio estaba muerto de miedo y no quería bajar por la chimenea hacia el túnel del monorraíl porque creía que bajaría directamente al infierno, sin saber que al cabo de poco se estaría ofreciendo voluntario para meterse en un infierno de verdad. Y el infierno que Héctor y Armando habían vivido por culpa de la policía española y el Servicio Secreto estadounidense, todo para hacerle ganar tiempo al presidente.

Durante el vuelo por Europa del Chinook el presidente había dejado a Marten bastante solo, mientras cruzaban primero los Pirineos hacia el espacio aéreo francés, y luego el territorio francés hacia el norte, para sobrevolar Luxemburgo y entrar en cielo alemán cerca de Trier, aterrizando muy poco después en Spangdahlem. Lo primero que hizo el presidente, y lo más importante de todo, fue hablar personalmente con la canciller alemana y con el presidente francés y mantener una conferencia a tres bandas con los dos mandatarios. En esta conversación acordaron que la cumbre de la OTAN de la una de la tarde de aquel mismo lunes se celebraría tal y como estaba previsto desde hacía mucho tiempo, pero que, por motivos de seguridad, se cambiaría su ubicación. Con un habilidoso intercambio de ministerios de asuntos exteriores, los veintiséis países miembros aprobaron por unanimidad el traslado desde Varsovia a un emplazamiento especial elegido por el presidente de

Estados Unidos, un lugar que bajo las actuales circunstancias parecía el más apropiado: el antiguo campo de concentración nazi en Auschwitz, en el sur de Polonia. Allí daría un breve discurso en el que explicaría, entre otras cosas, los motivos de su brusca desaparición de Madrid la semana anterior y el repentino cambio de ubicación de Varsovia a Auschwitz.

En segundo lugar, el presidente informó al secretario de prensa de la Casa Blanca, Dick Greene, ya a bordo del avión de prensa rumbo a Varsovia, del cambio de lugar de la cumbre a Auschwitz, y le añadió que se estaba preparando una exhaustiva e inminente remodelación de su gabinete y que nada de ello debía trascender a la prensa.

Luego, informado por Bill Strait de la muerte «accidental» de Jake Lowe y con la visión del espeluznante suicidio del doctor Jim Marshall saltando del helicóptero todavía fresca en su mente, y recordando también la cápsula de veneno implantada en la dentadura de Merriman Foxx, el presidente le pidió a Hap que llamara a Roley Sandoval, el agente especial del Servicio Secreto al cargo del séquito vicepresidencial, y que le pidiera sin más explicaciones que asignara más agentes al vicepresidente y a su comitiva con el fin de evitar cualquier intento de autolesión.

Inmediatamente después hizo llamadas al vicepresidente, Hamilton Rogers; al secretario de Estado, David Chaplin; al secretario de Defensa, Terrence Langdon; al jefe del Estado mayor, Chester Keaton, y al jefe de personal de presidencia, Tom Curran. Estas conversaciones fueron lacónicas y sumamente breves. En ellas exigió a cada uno de estos hombres que presentara la dimisión al portavoz de la Casa Blanca en el plazo de una hora. En caso de no hacerlo, serían cesados automáticamente. Posteriormente, les exigió que se presentaran en la embajada de Estados Unidos en Londres antes del mediodía de mañana para ser puestos bajo custodia. El paso siguiente sería acusarlos de alta traición contra el gobierno y el pueblo de Estados Unidos de América. Finalmente llamó al director del FBI en Washington para informarle de lo ocurrido y le dio orden de llevar a la congresista de Estados Unidos, Jane Dee Baker, que viajaba con el vicepresidente rumbo a Europa, y al ciudadano expatriado Evan Byrd, residente en Madrid, discretamente bajo custodia para acusarlos del mismo crimen, advirtiéndole que se tomaran las medidas necesarias para evitar sus suicidios.

Al finalizar todos estos trámites, cruzó la aeronave para consultar a los médicos de a bordo sobre el estado de José y de Demi; luego pasó unos momentos con los dos heridos y luego volvió para tomar una taza de café con Hap y Marten antes de tumbarse en una cama, una litera del servicio médico, en realidad, para dormir un rato. Al dejarlos pensó un momento en el discurso que haría en Auschwitz. Lo que diría, lo que supondrían sus palabras, era algo que todavía no había decidido, pero deseaba que fuera tan fiel a la realidad de lo sucedido y de lo que habían descubierto como el suelo sagrado en el que había elegido hacerlo. Casi inmediatamente después

de su llegada a la base de Spangdahlem se retiró a su habitación para ponerse a trabajar en el discurso.

Marten volvió a darse la vuelta. Podía oír a lo lejos el rugido y el estruendo de los cazas que despegaban, un ruido al que, dedujo, uno acababa acostumbrándose en lugares así. Spangdahlem era la sede del Ala 52 de aviones de combate, que supervisaba despliegues de aviación de combate estadounidense por todo el mundo las veinticuatro horas del día.

Demi.

Se había acercado a él al cabo de una hora de haber despegado el Chinook. Los médicos le habían tratado las quemaduras y le habían administrado un sedante suave; luego la ayudaron a ponerse un camisón de hospital y le sugirieron que durmiera. Pero en vez de hacerlo, ella pidió permiso para sentarse junto a Marten y los médicos la autorizaron. Durante un buen rato, se limitó a mirar a la nada. Había dejado de sollozar pero seguía con los ojos llenos de lágrimas.

Unas lágrimas que Marten pensó que ya no eran de miedo u horror, sino más bien de puro alivio, tal vez de la incredulidad de haber sobrevivido al infierno.

Marten ignoraba el motivo por el que ella quiso sentarse a su lado, y ella tampoco se lo dijo. Tenía la sensación de que quería contarle algo pero no sabía cómo ni qué decir, o que tal vez en aquel momento el esfuerzo físico le resultaba imposible. Finalmente se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Era mi madre, no mi hermana. Desapareció por las calles de París cuando yo tenía ocho años y mi padre murió muy poco tiempo después —dijo, con una voz que superaba apenas el susurro—. Desde entonces he intentado descubrir lo que le ocurrió. Ahora sé que la quería muchísimo y sé que... ella... me quería... a mí... — Las lágrimas se acumulaban en sus ojos y le rodaban por las mejillas. Marten iba a decir algo pero ella no le dejó—. ¿Estás bien?

—Sí.

Demi intentó sonreír:

—Lamento mucho lo que te he hecho. A ti y al presidente.

Él le secó las lágrimas suavemente con la mano:

—No pasa nada —le susurró—. Todo está bien. Ahora estamos bien. Todos estamos bien.

En aquel momento ella le tomó la mano entre las suyas y se quedó así. Y todavía con su mano sujeta, se apoyó hacia atrás y Marten se dio cuenta de lo exhausta que estaba. En un momento, cerró los ojos y se quedó dormida.

Marten la contempló un instante y luego se volvió, consciente de que si no lo hacía él mismo empezaría a llorar. El sentimiento no era tan sólo una explosión de emoción después de lo que habían vivido, sino algo más.

Cuando estuvieron almorzando y compartiendo una botella de cava en Els Quatre Gats de Barcelona, Demi le preguntó por Caroline y por los motivos que lo habían llevado a seguir a Foxx, primero hasta Malta y luego hasta Barcelona. Cuando se lo explicó, ella esbozó una sonrisa y le dijo: «Entonces está usted aquí por amor».

Éste era el tema aquí, mientras ella dormía a su lado, herida física y emocionalmente, vestida con un camisón de hospital y con su mano entre las suyas. Aquella proximidad, aquella intimidad, representaba un recordatorio casi insoportable de Caroline en el hospital de Washington, de cuando ella dormía aferrada a su mano durante sus últimas horas de vida.

Demi, a quien conocía desde hacía poco más de una semana. Caroline, a la que había amado casi toda su vida.

Y todavía la amaba.

167

6.10 h

Marten se despertó al oír unos golpes a su puerta. Una segunda llamada le hizo reaccionar.

—¿Sí? —dijo, sin tener idea de dónde estaba.

La puerta se abrió y el presidente entró solo y cerró la puerta detrás de él.

—Siento despertarle —le dijo.

—¿Qué ocurre? —dijo Marten, mientras se incorporaba y se apoyaba en un codo. El primo Jack seguía sin llevar el peluquín e iba todavía con las gafas sin graduar que se había comprado en Madrid para ayudar a disimular su aspecto. Hasta ahora nadie, a menos que hubieran sido alertados y lo estuvieran buscando, lo reconocería como John Henry Harris, el presidente de Estados Unidos. El hecho de que fuera vestido con un pijama azul prestado que no era de su talla tampoco ayudaba mucho a su identificación.

—Nos vamos hacia la cumbre de la OTAN en una hora. En el Chinook.

Marten se quitó las mantas de encima y saltó de la cama.

—Entonces ya está, aquí nos despedimos.

—Nada de despedidas. Quiero que venga conmigo, para estar allí cuando pronuncie mi discurso.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Presidente, ése será su escenario, no el mío. Tengo planes de volver a casa, a Manchester. Tengo mucho trabajo atrasado. Bueno, eso si no me han despedido.

El presidente sonrió:

—Les escribiré una nota: «El señor Marten no pudo venir a trabajar la semana pasada porque tuvo que salvar al mundo».

—Presidente, yo... —vaciló, incómodo con lo que tenía que decir y sin saber, no sólo cómo decirlo, sino cómo sería recibido—. Yo no puedo ser visto en público con usted. Habrá demasiada gente, demasiadas cámaras. No es sólo por mí. Tengo una hermana que vive en Suiza y no puedo arriesgarme a ponerla en... peligro... —su voz se apagó.

El presidente lo observó:

—Hay alguien que lo está buscando.

—Sí.

—Lo que dijo Foxx, que usted era policía, ¿es cierto?

Marten vaciló. Casi nadie conocía su verdadera identidad, pero si ahora no podía confiar en aquel hombre, entonces no había nadie en el mundo en quien pudiera hacerlo.

—Sí —dijo, finalmente—. Departamento de Policía de Los Ángeles. Era investigador de homicidios. Estuve involucrado en una situación que acabó en la muerte de casi toda mi brigada.

—¿Por qué?

—Me pidieron que matara a un prisionero bajo custodia. Me negué, pero eso iba contra el credo de la brigada, así que unos cuantos detectives veteranos quisieron vengarse. Me cambié el nombre y la identidad, y cambié también el nombre y la identidad de mi hermana. No quise tener nada más que ver con el cumplimiento de la ley ni con la violencia. Nos marchamos de Estados Unidos y empezamos una vida nueva en Europa.

—Esto debió de ser hace unos seis años.

Marten se quedó asombrado:

—¿Cómo lo sabe?

—El tiempo cuadra. Red McClatchy.

—¿Cómo? —Marten reaccionó ante aquel nombre.

—Comandante de la legendaria Brigada 5-2. La mitad de la población californiana sabía qué era, y quién era él. Coincidió con él una vez cuando era senador. El alcalde me invitó a su funeral.

—Yo era su compañero cuando lo mataron.

—Y los detectives lo culpan a usted.

—De esto y de todo lo demás. La 5-2 fue desmantelada justo después.

—Así que, a estas alturas, ninguno de ellos sabe ni su nombre, ni dónde vive, ni lo que hace.

—Siguen buscándome por Internet. Tienen su propia página web de policías por todo el mundo. Al menos una vez al mes cuelgan una pregunta, pidiendo si alguien me ha visto, fingiendo que soy un viejo amigo y que quieren volver a verme. Nadie conoce realmente sus intenciones, excepto ellos y yo. Para mí ya es lo bastante grave, pero no quiero que vayan a buscar a mi hermana.

—Me ha dicho que está en Suiza.

—Se llama Rebecca. Trabaja como institutriz de los niños de una familia rica, en una población cercana a Ginebra. —Marten esbozó una sonrisa—. Un día le contaré su historia. Es algo especial.

El presidente lo miró un buen rato.

—Venga conmigo a Auschwitz. Le mantendré fuera del foco de las cámaras, se lo prometo. Luego podrá irse a casa.

—Yo... —Marten estaba dubitativo.

—Primo, ha estado usted en todo este asunto paso a paso. Lo ha visto todo como yo. Si empiezo a equivocarme o a dudar sobre lo que estoy diciendo, podré mirarlo a usted y recordaré la verdad.

—No le comprendo.

—Voy a decir algunas cosas que diplomáticamente sería mejor no decir, a pesar de que sé que la reacción en todo el mundo puede, y probablemente será, desagradable. Pero las diré de todos modos porque creo que hemos llegado a un punto de la historia en el que la gente elegida para servir ha de decir la verdad a la gente que los ha elegido, les guste o no. Ninguno de nosotros, en ninguna parte, podemos permitirnos seguir con la política a la que estamos habituados. —El presidente hizo una pausa—. No soy un hombre solo, Nicholas. Venga conmigo, por favor. Quiero... necesito su presencia. Su apoyo moral.

—¿Tan importante es?

—Sí, lo es.

Marten sonrió:

—Y luego me escribirá la nota diciendo que no pude ir a trabajar porque estaba salvando al mundo.

—Se la podrá enmarcar.

—Y luego me podré marchar a casa.

—Y luego todos nos podremos marchar a casa.

Hotel Victoria Warsaw. Varsovia, Polonia, 6.20 h

—Hola, Victor. ¿Has dormido bien? ¿Has desayunado? Victor apagó la tele, luego cogió el móvil y se puso a caminar por la habitación en calzoncillos:

—Sí, Richard, a las cinco y media; no he dormido en absoluto. Anoche no me llamaste como me habías prometido. No sabía lo que había ocurrido. Temía que algo hubiera salido mal.

—Lo siento, Victor, te pido disculpas. Hemos tenido un poco de lío, por eso he retrasado la llamada. Ha habido un cambio en nuestra agenda.

—¿Qué cambio? ¿Qué sucede?

La paranoia que había estado carcomiendo a Victor durante horas se le disparó. De pronto tenían reservas, lo sabía. En el último minuto tenían dudas sobre su capacidad y habían decidido llevar a otra persona. Richard iba a despedirle sin vacilar. Lo mandaría de vuelta a casa. Y luego, ¿qué? No tenía dinero; ellos se lo habían pagado todo. Ni siquiera tenía un billete de avión para regresar a Estados Unidos.

—Victor, ¿sigues ahí?

—Sí, Richard, aquí estoy. ¿Qué es esto, ese —hizo una pausa, aterrado de decirlo— cambio de agenda? Quieres que me marche de Varsovia, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué? Puedo hacerlo. Sabes que puedo hacerlo. Hice lo del hombre en Washington. Y luego me cargué a los jinetes, ¿no? ¿Quién más puede disparar como yo? ¿Quién más, Richard? ¡Dímelo! No, yo te lo voy a decir: nadie. ¡Nadie es tan bueno como yo!

—Victor, Victor, cálmate. Tengo toda la fe del mundo en ti. Sí, quiero que te vayas de Varsovia, pero es por el cambio de planes del que te hablaba. No tienes que preocuparte, todo está en orden. Cuando llegues, todo estará listo para ti como siempre.

Victor soltó un suspiro. Luego, de pronto se puso más tieso, orgulloso. Se sentía mejor:

—¿Dónde tengo que ir?

—Es un pequeño trayecto en tren, de menos de tres horas.

—¿En primera clase?

—Por supuesto. El tren número 13412 a Cracovia. Sales a las 8.05 de la mañana y llegarás a las 10.54. Ve directo a la zona de taxis y busca el coche número 7121. El taxista dispone de las instrucciones y te llevará el resto del trayecto, de unos cuarenta minutos.

—¿Cuarenta minutos hasta dónde?

—Auschwitz.

Auschwitz, Polonia, 11:40 h

Rodeado de efectivos de seguridad y seguido todo el rato por una docena de equipos de cámaras, el alto, sombrío y elegante presidente de Polonia, Román Janicki, encabezaba la comitiva de veintiséis mandatarios de países miembros de la OTAN, que avanzaba por los lúgubres pasillos de lo que había sido campo de concentración nazi durante la segunda guerra mundial.

Fuera, bajo un cielo gris, habían cruzado las infames puertas de entrada de Auschwitz bajo su cartel de hierro forjado con el lema *Arbeit Macht Frei*, «El trabajo os hará libres». Más tarde, Janicki los había llevado por las vías oxidadas y llenas de hierbajos a las que los trenes llegaban para depositar los entre un millón y medio y cuatro millones de judíos que fueron exterminados aquí y en campos cercanos, los más conocidos, Auschwitz II y Birkenau. Al cabo de unos momentos anduvieron en silencio por las silenciosas cámaras de gas y el crematorio, con sus hornos y sus carros de hierro para transportar los cadáveres. Y por los restos de los barracones de madera que albergaban a los prisioneros custodiados por los horribles guardias nazis, la temida Schutzstaffel, las SS.

Con el peluquín puesto, sin las gafas de camuflaje, vestido con traje azul marino y acompañado de Hap Daniels; totalmente reconocible como el presidente de Estados Unidos, John Henry Harris caminaba codo a codo con la canciller alemana Anna Bohlen y con el presidente francés Jacques Geroux, con la mente en el discurso que pronunciaría desde la plataforma construida a toda prisa frente a los restos de las hileras de barracones de prisioneros.

11.50 h

Un taxi avanzó más allá de una zona vallada en la que había un mar de camiones equipados con antenas parabólicas y se dirigió hasta la puerta de acceso a la prensa. La puerta del taxi se abrió, de él salió un hombre de mediana edad con traje y corbata y el taxi se marchó.

De inmediato, el hombre se dirigió a una puerta fuertemente custodiada, donde una decena de comandos del ejército polaco, armados hasta los dientes, aguardaban junto a los miembros de los servicios secretos polaco y estadounidense.

—Victor Young, Associated Press. Mi nombre está en la lista —dijo Victor tranquilamente, mientras mostraba una tarjeta de identificación de la AP y su pasaporte de Estados Unidos.

Un agente especial del USSS examinó ambos documentos y se los entregó a una mujer uniformada que estaba dentro de una cabina de cristal antibalas. Ella los tomó, comprobó el nombre en una lista que tenía, luego apretó un botón y le hizo una foto.

—Correcto —dijo, mientras asentía con la cabeza y devolvía los documentos con un distintivo de seguridad para miembros de la prensa que Victor se colgó del cuello.

—Ponga las manos sobre la cabeza, por favor —le dijo otro agente especial, a lo que Victor obedeció. Lo cacheó para comprobar que no iba armado y luego lo dejó pasar—. Adelante, señor.

—Gracias —dijo Victor y luego entró tranquilamente.

De alguna manera, se sorprendió a sí mismo. Por lo terriblemente nervioso y alterado que estaba cuando esperaba la llamada de Richard y lo tranquilo y sereno que se sentía cuando estaba cara a cara con el enemigo. Por supuesto, ellos lo sabían. Junto a su excelente puntería, era el motivo por el cual lo habían reclutado y seguían contando con él.

11.52 h

Nicholas Marten se mantenía distanciado mientras esperaba a que llegara la una, la hora prevista para el discurso del presidente. Había representantes de la prensa por todas partes. Igual de impresionante era la cantidad de invitados que peleaban con los dispositivos de seguridad para hacerse con un espacio frente al largo estrado en forma de plataforma en el que iban a sentarse los líderes mundiales para oír hablar al presidente.

Su discurso, como había informado Dick Greene, el secretario de prensa de la Casa Blanca, ofrecería, entre otras cosas, información sobre el cambio de última hora del lugar de la cumbre de Varsovia a Auschwitz y una explicación de la «amenaza terrorista» que lo había forzado a abandonar su hotel de Madrid, por indicación del Servicio Secreto y en medio de la noche, para llevarlo a un «paradero no revelado» en el que había estado hasta primera hora del día de hoy.

El hecho de que su discurso estuviera a punto de ser retransmitido en directo para todo el mundo por las principales cadenas de noticias, además de la promesa de desvelar la verdad de los últimos días por parte del propio presidente, a la vez intrigaba y asustaba y ponía a un mundo ya muy ansioso al borde del ataque de nervios. Además, había otra cosa que convertía aquel momento en algo más apremiante y cautivador. A primera hora de aquella mañana, el presidente había convocado una «sesión especial del Congreso» que se reuniría a las 7 de la mañana, hora de Washington, durante la cual una retransmisión en vivo de su discurso desde Auschwitz se podría ver en una pantalla gigante. Lo especial de la sesión, la hora tan

temprana y el hecho de que lo que el presidente tenía que decir no pudiera esperar hasta su regreso a Washington añadía un nivel más de urgencia a todo el asunto.

11.55 h

Marten, al igual que el presidente, iba vestido con traje azul marino y corbata oscura, improvisado, pero que le sentaba bastante bien. Como al resto de los asistentes, le habían proporcionado una insignia de seguridad que llevaba colgada del cuello. Para proteger su imagen del público y del asalto accidental por las hordas de cámaras de la prensa, le habían hecho un corte de pelo típico de los agentes del Servicio Secreto y le habían proporcionado unas gafas de sol del mismo cuerpo, lo cual le daba la apariencia, si no la autoridad, de un agente especial del USSS.

Marten cruzó hacia el podio y observó cómo colocaban los últimos elementos. Podía sentir la intensidad crecer a su alrededor a medida que el reloj se iba acercando a la hora y la gente esperaba a que el presidente y el resto de mandatarios de la OTAN llegaran y ocuparan la tribuna. Se paró cerca del fondo de las aproximadamente veinte hileras de sillas plegables colocadas frente al podio para observar a los equipos de prensa inspeccionando sus cámaras y haciendo pruebas de sonido con los micros del podio. A unos cien metros podía ver la entrada de prensa y la zona de más allá, donde estaban aparcados todos los camiones satélite. Aquí y allá había equipos de seguridad polacos que patrullaban con perros.

Marten se protegió los ojos del brillo blanco del cielo encapotado y miró hacia arriba. En las cercanías había varios edificios viejos de dos plantas. En la azotea de cada uno había un par de equipos de dos hombres preparados para disparar. Polacos, o tal vez del Servicio Secreto estadounidense, o quizá de la OTAN, no era capaz de decirlo. El dispositivo de seguridad por todos lados era inmenso.

Dio media vuelta y siguió andando. De pronto, una idea inquietante le cruzó por la cabeza. Por lo que podía ver, la tribuna estaba montada en tres niveles: el primero era el podio desde el que el presidente de Polonia presentaría al presidente Harris; el segundo, un nivel por encima inmediatamente detrás de éste donde estarían el presidente Harris, la canciller alemana y el presidente francés, y luego un tercer nivel, donde el resto de representantes de la OTAN permanecerían frente al mar de banderas de los veintiséis estados.

Todo correcto, excepto una cosa. Habría un breve lapso de tiempo en el que el presidente de Polonia estaría haciendo su discurso de bienvenida y luego presentaría al presidente Harris; en esos momentos Harris, la canciller alemana y el presidente francés estarían de pie y hombro con hombro, perfectamente alineados, detrás de él. Esta hilera perfecta era lo que le inquietaba, porque se acordaba del doble asesinato

de los dos jinetes que murieron por un solo disparo en la pista de entrenamiento de Chantilly, a las afueras de París, unos días antes.

El presidente le había dicho que la Conspiración había planeado asesinar a la canciller de Alemania y al presidente de Francia en la cumbre de la OTAN. Y lo más espeluznante, recordaba las duras palabras del presidente después de la muerte de Foxx: «Su plan no está muerto, ni tampoco el de ellos».

El presidente había sobrevivido a todo aquello para llegar a este escenario hoy. También lo sabía todo. Dejando de lado las fuertes medidas de seguridad, si un buen tirador era capaz de ocultarse en los bosques y matar a dos jinetes sobre caballos en movimiento desde cien metros de distancia de un solo disparo, ¿por qué no podía hacer lo mismo aquí? Sólo que en vez de llevarse por delante a dos personas, aquí se llevaba a tres, en especial si estaban hombro con hombro en una sola hilera durante los dos o tres minutos que le llevaría al presidente de Polonia hacer su presentación.

Marten miró rápidamente a su alrededor. Estaban rodeados de edificios viejos y de árboles. Y detrás de los árboles, más árboles, como el bosque que rodeaba la pista de Chantilly. De pronto recordó que el arma utilizada era un M14, el mismo tipo de rifle que utilizaron para matar al hombre de Union Station en Washington. Y las dos veces, el arma había quedado en el lugar del crimen. El M14 no era sólo un arma muy potente y de una precisión extrema desde hasta cuatrocientos metros de distancia, sino que probablemente era una de las armas más fáciles de conseguir en el mundo. Marten miró su reloj. Eran las 11.54.

—Dios santo —suspiró. ¡Tenía que encontrar a Hap y pronto!

170

11.56 h

Marten entró en el puesto de mando del Servicio Secreto y alertó a Bill Strait de sus temores. A los pocos segundos, Strait había encontrado a Hap, que estaba con el presidente.

Al cabo de dos minutos, Hap, Marten y Bill Strait estaban en medio del puesto de mando del Servicio Secreto rodeados de una docena de agentes y especialistas técnicos y de tres comandantes del Servicio Secreto polaco. No tenían ni idea de si Marten estaba o no en lo cierto, ni, si lo estaba, de a quién podían estar buscando — hombre, mujer, joven, adulto, anciano—, ni de cómo esa persona podría entrar con un M14 o algún rifle parecido por el cordón de seguridad. Pero una cosa sí era segura:

fuera quien fuese aquella persona, si es que existía, tenía que disponer de un pase de seguridad. Nadie más había podido entrar en el complejo. De eso estaban absolutamente seguros.

12.00 h

Recoger el M14 fue fácil. Había sido introducido dentro de un camión de televisión por satélite y escondido debajo de toneladas de material, dentro de una funda cilíndrica de trípodes de cámara; luego lo habían dejado en una pila de material de rodaje frente al camión. El pase de la AP le dio a Víctor fácil acceso a la zona de prensa y al enorme despliegue de furgones con parabólicas. La funda de trípodes que contenía el rifle estaba a la izquierda y cerca de la base de la pila de material, marcada con un dibujo especial hecho con cinta aislante azul claro. Lo único que Víctor tuvo que hacer fue recoger la funda e ir a esconderse a una arboleda cercana, como se le explicaba en el paquete de instrucciones que le dio el taxista del coche n.º 7121 cuando lo recogió en la estación de Cracovia.

12.10 h

Dentro del puesto de mando del Servicio Secreto, Marten, Hap y Bill Strait estaban sentados frente a unas pantallas de ordenador, examinando las fotos de identificación de todas las personas que habían superado el cerco de seguridad y habían sido fotografiadas al entrar: seiscientos setenta y dos. Eso incluía a los propios jefes de Estado, sus familiares y séquitos, otros invitados, todos los miembros de las fuerzas de seguridad y todos los integrantes de la prensa.

Marten estaba porque Hap se lo había pedido, porque llevaba con el presidente desde Barcelona y en aquel tiempo podía haber visto una cara que al pasar podría reconocer. Tal vez algún miembro del equipo de Foxx en Montserrat, o alguien a quien hubiera visto con Foxx o Beck o Demi en Malta, o incluso en las pantallas de televisión de dentro de la iglesia en Port Cerdanya. Era una apuesta entre un millón, pero era mejor que nada.

—Maldita sea —escupió Hap mientras las fotos iban danzando delante de sus narices—. No tenemos ni idea de a quién estamos buscando.

—Espero equivocarme sobre todo el asunto —dijo Marten—. Espero que no sea nada.

—Hap —dijo Bill Strait de pronto—. Todo el mundo que ha entrado en el recinto ha sido registrado a fondo, de lo contrario no les hubieran dado las credenciales de seguridad. El noventa por ciento fueron invitados a la cumbre original en Varsovia, lo

cual significa que los controles de seguridad habrán sido para ellos muy rigurosos. El diez por ciento restante está aquí por el cambio repentino de ubicación. Los registros con ellos habrán sido menos rigurosos, sencillamente por el factor tiempo.

—Es verdad. Vamos a separar a estas sesenta o setenta personas. Centrémonos en ellos en particular.

12.20 h

Victor avanzó con diligencia más allá de una hilera de viejos edificios de piedra y hacia una extensión de árboles que estaban brotando y que ocultaban parcialmente un largo tramo de lo que parecía antigua valla de cemento y alambre de espinos del campo de concentración original.

12.30 h

Por delante de Hap, Marten y Bill pasaban una foto tras otra. De momento no se habían detenido ante ninguna, nadie de aquellas personas les parecía sospechosa ni recordaban haberlas visto antes. Sin embargo, no tenían más remedio que seguir mirando. En treinta minutos el presidente subiría al podio. Si había alguien por ahí, tenían que encontrarlo.

22.35 h

Victor avanzó a través de la maleza hasta un pequeño estanque que quedaba a treinta metros.

—Probando. Uno, dos. Probando. Uno, dos.

A lo lejos podía oír la voz de un ingeniero técnico que probaba el sistema de sonido del podio.

—Probando. Uno, dos. Probando. Uno, dos.

Victor sonrió al llegar al borde del estanque y se desvió por detrás del mismo. Por alguna razón, no había sentido nada hasta ahora. Había conservado la calma desde la salida de Varsovia. Tanto en el control de seguridad, como al pasar por entre los camiones con antenas para recoger la funda del trípode con el M14 dentro, e incluso cuando se le acercó un equipo de policías con perro: les mostró diligente su identificación y hasta acarició la cabeza del perro. Se mantuvo tranquilo al recoger el supuesto trípode momentos más tarde y se marchó con él hacia el bosque. Sólo ahora,

cuando escuchaba las pruebas del sistema de megafonía, sintió que la adrenalina empezaba a subirle. Y por eso sonreía. Aquello no era sólo peligroso. Era divertido.

171

Embajada de Estados Unidos, Londres, 11.45 h (12.45 en Auschwitz).

Tres monovolúmenes grandes y negros, con los cristales ahumados, entraron en Grosvenor Street desde Park Lane y al cabo de un momento se metieron en el recinto de la embajada, en Grosvenor Square.

De inmediato fueron rodeados por un batallón armado de marines de Estados Unidos vestidos de gala. En un momento, las puertas de los coches que iban a la cabeza y a la cola de la comitiva se abrieron y de ellos salieron media docena de agentes especiales del Servicio Secreto estadounidense. Acto seguido, procedieron a abrir las puertas del tercer monovolumen. El agente especial Roland Sandoval salió el primero, seguido de inmediato y en silencio por el vicepresidente, Hamilton Rogers; el secretario de Defensa, Terrence Langdon; el secretario de Estado, David Chaplin, el jefe del Estado mayor, Chester Keaton, y en último lugar, el jefe de personal de la presidencia, Tom Curran.

El grupo entró en el edificio de la embajada rodeado de Marines y de agentes del Servicio Secreto. Las puertas se cerraron detrás de ellos y tres coches abandonaron el recinto. La operación completa llevó menos de un minuto, de principio a fin.

Auschwitz, puesto de mando del USSS, 12.47 h

—Este hombre de aquí —dijo de pronto Bill Strait en voz alta.

Tanto Hap como Marten se volvieron a mirar a la pantalla de Strait. En ella se veía la foto y las credenciales de prensa de la AP de Victor Young.

—Estaba en el Ritz de Madrid la noche en que el presidente se escapó —dijo Strait—. Intentó acceder a la cuarta planta. Parecía que se trataba tan sólo de un despiste; dijo que era un turista que esperaba a unos amigos. Lo captamos por las cámaras de seguridad y luego lo estuvimos observando y nos pareció que no suponía ningún riesgo.

—¿Estás seguro de que es él? —dijo Hap.

—No del todo, pero casi seguro.

—Yo también le he visto —dijo Marten, mirando a la pantalla—. Me adelantó en coche la misma noche en que la doctora Stephenson se disparó.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro.

—¡Distribuya su foto a todos los equipos de seguridad! —le espetó Hap al agente especial que tenía detrás—. ¡Nos vamos, ahora!

12.48 h

Inadvertidos por los invitados y por la prensa, doscientos agentes de los Servicios Secretos de Polonia, Estados Unidos, Alemania y Francia se desplegaron con la máxima discreción posible en busca de un tal Victor Young, un posible tirador fantasma que estaría en posesión de un M14.

12.50 h

El presidente Harris, la canciller de Alemania, Bohlen, el presidente de Francia, Geroux, y el presidente de Polonia, Román Janicki, se reunieron con los líderes de los otros veintitrés estados miembros de la OTAN bajo la carpa desde la cual iban a hacer su entrada pública en menos de siete minutos.

—Señor presidente —dijo Hap, entrando rápidamente en aquel pequeño recinto—, ¿podemos hablar un segundo, por favor?

El presidente se disculpó y salió del grupo.

—Presidente, tenemos una amenaza de seguridad. Un hombre solo. Creemos que es un francotirador. Quiero posponer el acto.

—¿Un francotirador?

—Sí, señor.

—Pero no está seguro.

—Al cien por cien, no.

—Hap, tenemos al mundo entero viéndonos por televisión. Tenemos al Congreso reunido en sesión especial y esperándonos. Ya hemos cambiado la sede de la cumbre por nuestros temores de seguridad. Si ahora posponemos este acto mostraremos al mundo entero lo vulnerables que somos incluso bajo un manto de seguridad tan hermético como éste. No puede ser. Tendré que confiar en que encontrará a este hombre o en que ha sido un error y no hay ningún francotirador —el presidente se miró el reloj—. Salimos en cuatro minutos, Hap.

—Presidente, déjeme al menos pedirle un favor. La retransmisión televisiva en directo ya ha empezado. Déjeme que a las 12.55 digamos que ha habido un pequeño problema técnico y que habrá un breve retraso hasta que se arregle. Mientras tanto, los presentadores pueden improvisar o poner cintas de su visita previa por el campo de concentración. Denos un poco de tiempo, por favor.

—Así que cree que esa persona está ahí fuera.

—Sí, señor, lo creo.

—Está bien, dispone usted de un poco más de tiempo.

12.55 h

Victor se acomodó bien boca abajo para apoyarse en la orilla del estanque y estudiar su campo de visión a través de los matorrales. A cuatrocientos metros, por entre los árboles, veía el podio. Exactamente como se le indicaba en las instrucciones.

Por ellas sabía también que el presidente de Polonia hablaría en tres minutos y que durante aquel tiempo la canciller de Alemania, el presidente de Estados Unidos y el presidente de Francia se colocarían hombro con hombro detrás de él, y en este orden, lo cual estaba bien porque la canciller era más baja que los hombres. Desde el ángulo del suelo que tenía ahora, su disparo llevaría una trayectoria ligeramente ascendente que impactaría a Anna Bohlen en la mandíbula inferior antes de perforar el cráneo del presidente Harris, entrando por debajo de la oreja derecha para luego seguir y perforar la cabeza del presidente de Francia.

Avanzó un poco hacia delante para tener mejor vista y luego esperó. Faltaban ya sólo unos minutos —segundos, en realidad— para que salieran y ocuparan sus puestos. Un disparo y ya estaría. Luego abandonaría sencillamente el arma y se alejaría andando y se reincorporaría al grupo de prensa en medio del caos. Se quedaría un rato entre la muchedumbre y luego se escabulliría por la puerta de prensa y bajaría por la carretera, más allá de la hilera de coches aparcados, hasta donde su taxi le estaría esperando.

Perros. ¿Por qué oía perros ahora?

172

12.57 h

Con el corazón acelerado, Victor volvió a esconderse entre la maleza. Los perros ladraban y se acercaban en dirección a él desde el otro lado del estanque. Por los altavoces se oyó a alguien que hablaba primero en polaco y luego en inglés:

«Hemos sufrido un pequeño retraso debido a problemas técnicos. Les rogamos aguarden unos instantes». ¿Problemas técnicos? ¡Oh, Dios! ¡Le habían descubierto!

Presa del pánico, miró detrás de él. Lo único que vio fue la antigua valla de seguridad y los árboles que había detrás. Los ladridos eran cada vez más fuertes. Delante de él estaba el estanque; a su derecha, más vallas que se confundían con los árboles y parecían perderse hasta el infinito. A su izquierda estaban los antiguos crematorios. En medio había unos cien metros de explanada. No le quedaba más remedio que ir hacia la derecha. Luego recordó un plan alternativo que figuraba en las instrucciones facilitadas por el taxista. Unos seiscientos metros más allá de la maleza, al otro lado del estanque, había las ruinas de unos viejos barracones que ahora eran poco más que un cementerio de cimientos de cemento y chimeneas todavía de pie. Entre ellas había un edificio medio derruido de madera y piedra donde los nazis habían almacenado en su momento las carretillas para transportar los cuerpos al crematorio. Escondidos en un rincón del fondo, bajo unas planchas de madera, habría comida y agua, un teléfono móvil y un rifle automático. Si todo fallaba, allí es donde se le había ordenado que se escondiera y donde se pondrían en contacto con él.

Los ladridos se oían ahora mucho más fuertes e intensos; los perros se acercaban. Por algún lugar empezó a oír el sonido de un helicóptero que se elevaba.

—Deja el rifle. Despréndete de tu olor. Quítate la ropa —se dijo en voz alta, y como en un ataque, se levantó y corrió agachado por en medio de la densa maleza a esconderse en el estanque.

Ahora estaba en el borde del agua. Un hombre rechoncho, blanco y de mediana edad que se quitaba los zapatos y calcetines y se desprendía del resto de su ropa. Su identificación de la AP y sus pases de seguridad se quedaban también con la ropa. A los pocos segundos se encontraba en el agua, nadando hacia la otra orilla. ¿Dónde estaba Richard ahora? ¿Quién era Richard? Eso no cambiaba nada. Aquello era el final, lo sabía. No tenía salvación.

23.03 h

—Tenemos el arma y su ropa —declaró la voz de un agente especial por los auriculares de todos los miembros del Servicio Secreto.

Marten corría con los otros agentes, con una Sig Sauer de 9 mm en la mano que Hap le había tirado cuando salían del puesto de mando. Delante vieron el estanque y los perros que ladraban y aullaban detenidos a la orilla del mismo. Bill Strait iba

delante de él con un rifle automático y corriendo a toda velocidad. De pronto viró a la derecha hacia la orilla opuesta del estanque y lo que parecían las ruinas de unos barracones, un poco más lejos.

Marten lo siguió y se alejó de los agentes que corrían delante de él. Strait iba solo. Si tenía dificultades, no tendría quién lo ayudara.

Cincuenta metros más allá Strait saltó un pequeño riachuelo y siguió corriendo. Con el corazón en la boca, Marten lo siguió. A los pocos segundos saltaba también la pequeña corriente. Durante unos momentos lo perdió, no sabía hacia dónde había ido, pero luego lo vio, corriendo por un descuidado camino de gravilla que llevaba hacia los barracones en ruinas.

Strait miró hacia atrás, luego dijo algo por el micro de los altavoces y siguió corriendo con renovada energía.

Marten aterrizó en el camino de gravilla, todavía cincuenta metros por detrás de él. Al hacerlo resbaló y cayó al suelo, pero se recuperó rápidamente y volvió a echarse a correr. Se le acercaba. Cuarenta metros. Treinta.

Delante vio a Strait que se detenía frente a un edificio de piedra y madera en ruinas. Luego, con el rifle automático en la mano, se acercaba lentamente a una puerta entreabierta.

—¡Bill, espere! —gritó Marten.

Strait no le oyó o decidió ignorarle, porque al instante siguiente se coló por la puerta y desapareció de su vista.

Dos segundos, tres, y Marten estaba allá, justo al otro lado. Dentro se oyó un brusco, muy breve intercambio de palabras y luego se oyó la descarga aguda y fuerte del fuego del rifle.

—Dios —suspiró Marten. Con la Sig Sauer levantada, agachó la cabeza y cruzó la puerta.

Strait apuntó con el rifle hacia la puerta como reacción.

—¡No dispare! —gritó Marten.

Sudando, respirando entrecortadamente, Strait lo miró fijamente durante un buen rato, luego bajó el arma y le hizo un gesto hacia la parte trasera de la casucha. Allí estaba el cuerpo desnudo de un hombre de mediana edad, yaciente sobre el suelo de piedra vieja. Tenía una pistola automática de calibre 45 en una mano y el resto era una amalgama de carne, sangre y huesos cosida a balas.

—Victor Young —dijo Strait—. ¿Es el hombre que vio usted en Washington?

Marten se acercó y se arrodilló justo cuando media docena de agentes especiales entraban por la puerta. Marten lo miró unos instantes, luego se levantó y miró a Strait.

—Sí —dijo—. Sí, es él.

Strait asintió con la cabeza y luego se ajustó los auriculares.

—Hap, soy Bill —dijo en el micro—. Lo tenemos. Creo que la función puede continuar sin peligro.

173

Marten le dio la Sig Sauer a Bill Strait, luego cruzó el grupo de agentes y salió al exterior. El sol empezaba a asomar por entre las nubes aquí y allá, tiñendo el paisaje y los edificios de una luz blanca extraordinariamente suave. Parecía terrible usar la palabra «bonito» para describir un lugar como aquél, pero por unos momentos se lo pareció, y Marten tuvo la sensación de que, a pesar de lo que acababa de ocurrir, con aquella reunión de tanta gente tan distinta en ese mismo lugar, tal vez se estuviera iniciando un proceso de curación.

A lo lejos oyó la voz del presidente polaco sonando por el sistema de megafonía mientras empezaba su discurso de bienvenida, para presentar luego al presidente Harris.

De pronto se abrió paso a través de un grupo de agentes secretos polacos y estadounidenses y se dirigió hacia su sitio en el estrado, frente al podio. El presidente había querido que se sentara allí, cerca, en un lugar en el que pudiera verle. Había elegido su espacio. Cruzando cerca del estanque, de pronto fue consciente de los kilómetros de alambrada todavía en su sitio que, a pesar de la belleza del día, parecían hoy tan espeluznantes como lo habrían sido setenta años atrás. Tal vez se equivocara. Tal vez la curación no hubiera empezado en absoluto.

—Presidente Janicki, señora canciller, *monsieur le président* —la voz amplificada del presidente Harris retumbaba por todo el recinto—, representantes de los socios de la OTAN, honorables invitados, miembros del Congreso de Estados Unidos en Washington y telespectadores de todo el mundo. Estoy hoy aquí como uno de ustedes, en calidad de ciudadano de este planeta, y como tal siento que es mi deber, como ciudadano y como presidente de Estados Unidos de América, compartir con todos ustedes algunos hechos que han salido a la luz en estos últimos días y horas.

»Como ustedes saben, esta reunión de dirigentes de los países miembros de la OTAN tenía que celebrarse en Varsovia. Debido a una importante amenaza a la seguridad, se sugirió que la cumbre se pospusiera completamente. Después de discutirlo con los países miembros, hemos decidido reunimos tal y como estaba previsto. El cambio de ubicación ha sido una propuesta mía y, después de discutirlo, los otros miembros han accedido. La elección de Auschwitz no ha sido gratuita. Aquí es donde millones de personas fueron llevadas contra su voluntad y ejecutadas de

manera sumaria por una de las organizaciones más atroces y genocidas de la historia moderna.

Marten dobló una esquina para pasar por en medio de dos edificaciones de piedra antigua. Más adelante veía al presidente en el podio, mientras los dirigentes de la OTAN se mantenían en la plataforma detrás de él, con las banderas de los veintiséis países ondeando al viento. Los equipos de tiradores seguían claramente a la vista en las azoteas. Los comandos polacos con chalecos antibalas y armas automáticas vigilaban todavía el perímetro de la zona, mientras que dentro de la misma cientos de agentes del Servicio Secreto vestidos de paisano circulaban y vigilaban al público.

—Durante la semana pasada —proseguía el presidente, con la voz clara y nítida a través de los altavoces— la existencia de otra organización terrorista, tan atroz y genocida como la que estuvo a las órdenes de Adolf Hitler, ha sido descubierta y su cúpula desmantelada.

Marten llegó donde estaba el público y se colocó de pie debajo de un árbol cerca de la primera fila. Al hacerlo vio que el presidente hacía una pausa, miraba hacia él y le hacía un gesto casi imperceptible con la cabeza. Marten se lo devolvió.

—Este grupo, al que de momento hemos denominado sencillamente La Conspiración, no representa ni a una única nación, ni a una única religión, ni a una única raza, excepto la suya propia. Son una sociedad de criminales muy privilegiados infiltrados en instituciones políticas, militares y económicas de todo el mundo y, si las alegaciones resultan ser ciertas, así ha sido durante siglos. Puede que parezca imposible, producto de la fantasía de alguien, incluso absurdo, pero les aseguro que no lo es. En estos días pasados he sido testigo de primera mano de su terror. He visto los resultados de sus experimentos humanos. He visto cadáveres y miembros separados de sus cuerpos ocultos en laboratorios secretos de antiguas galerías de minas en España. Los he visto manipular las creencias religiosas más profundas de la gente para servir a sus ideas en forma de crueles rituales en los que se quemaba vivos a seres humanos, como brujas en la estaca, en una ceremonia elaborada que es el punto álgido de lo que ellos llaman su «reunión anual».

»La semana pasada se hizo creer que me habían sacado de un hotel en Madrid para llevarme a una ubicación secreta para velar por mi seguridad porque había recibido una amenaza terrorista muy creíble. Esto es en parte cierto; se trataba de una amenaza terrorista, pero lo cierto es que procedía de miembros de mi propio círculo íntimo. Gente en los más altos niveles del poder en el gobierno de Estados Unidos, gente en la que he confiado y a la que he considerado mis mejores amigos y asesores durante años. Esta gente me exigió que infringiera las leyes de mi país y el juramento del puesto de presidente. Me negué a hacerlo. No me llevaron a un lugar secreto, sino que huí de ellos. Y huí, no sólo porque suponían una amenaza para mi vida, sino porque ellos y su cohorte en Europa y en otros lugares del mundo se estaban preparando para desatar un enorme genocidio en los estados de Oriente Próximo, un genocidio de alcance nunca visto en la historia de la humanidad.

»Ayer pedí y recibí las dimisiones de los siguientes cargos: el vicepresidente de Estados Unidos, Hamilton Rogers; el secretario de Defensa, Terrence Langdon; el secretario de Estado, David Chaplin; el jefe del Estado mayor, Chester Keaton, y en último lugar, el jefe de personal de la presidencia, Tom Curran. He sido informado de que durante la última hora todos ellos han sido puestos bajo custodia federal en la embajada de Estados Unidos en Londres. Han sido acusados de sospecha de pertenecer a una organización terrorista y de alta traición contra el pueblo y el gobierno de Estados Unidos.

»Simultáneamente, debo informarles que arrestos similares se están produciendo en Alemania y Francia. Es muy pronto en nuestras investigaciones y de momento sólo podemos anticipar la detención de personas prominentes en otros países.

»Para todos nosotros, este asunto ha supuesto una tormenta de asombro, horror y repulsión. Para mí mismo y para la canciller alemana y el presidente francés es también una herida personal y muy profunda por lo que supone de traición por parte de amigos en los que confiábamos desde hacía mucho tiempo.

»Pero las malas noticias no son buenas viajeras. Este tipo de verdades son dolorosas y feas, pero si estuvieran ocultas sería mucho peor. Durante los próximos días y semanas sabremos más, y ustedes serán debidamente informados. Mientras tanto, sólo nos queda dar las gracias a la Providencia por haber sido lo bastante afortunados de encontrar a la bestia y poder matarla antes de que empezara su carnicería.

»Sólo tenemos que mirar a nuestro alrededor, aquí en Auschwitz, para recordar el precio terrible y desgarrador del fanatismo. Les debemos a aquellos que aquí murieron, a nosotros mismos, a nuestros hijos y a los suyos, convertir este cáncer en una enfermedad del pasado. Es algo que juntos podemos hacer.

»Gracias y buenas tardes.

El presidente miró al público durante unos segundos antes de dar media vuelta y estrechar las manos de Anna Bohlen, de Alemania, y Jacques Geroux, de Francia, y luego del presidente polaco, Román Janicki. Y luego a los mandatarios de los países miembros de la OTAN, que bajaron uno a uno a felicitarlo y a intercambiar unas palabras con él.

Durante un buen rato, Marten, como el resto del público —los invitados, el personal de seguridad, la prensa—, se quedó en silencio. El discurso del presidente estuvo totalmente desprovisto de autobombo, del tono típico de conquista del voto: había revelado la verdad tal y como le había prometido a Marten que haría. Cómo y cuándo y dónde surgiría la reacción —un reguero de protestas en Oriente Próximo y en enclaves musulmanes de todo el mundo, acusaciones de que el presidente estaba desequilibrado y era incapaz de seguir en la presidencia, furiosas negativas y contraataques de los arrestados— era imposible de predecir. Pero aparecerían y el presidente lo sabía desde el principio.

«Voy a decir cosas que diplomáticamente sería mejor no decir —le había dicho a Marten—, a pesar de que sé que la reacción en todo el mundo puede, y probablemente será, desagradable. Pero las diré de todos modos porque creo que hemos llegado a un punto de la historia en el que la gente elegida para servir ha de decir la verdad a la gente que los ha elegido, les guste o no. Ninguno de nosotros, en ninguna parte, podemos permitirnos seguir con la política a la que estamos habituados».

El presidente le había pedido a Marten que fuera a prestarle apoyo moral, pero no lo había necesitado. Disponía de su propia visión clara de quién era y de la seria responsabilidad de su cargo. Sus «amigos» le habían hecho presidente porque nunca había convertido a nadie en enemigo. Eso les hacía pensar que era un hombre blando y que lo podrían moldear a su manera. El problema era que lo habían juzgado erróneamente.

Marten echó una última ojeada al presidente y a los líderes que lo rodeaban. Aquél era su mundo, el lugar donde pertenecía. Había llegado el momento de que Marten volviera al suyo. Se dio la vuelta, quiso empezar a alejarse cuando oyó una voz conocida que lo llamaba por su nombre. Levantó la vista y vio a Hap Daniels que se le acercaba.

—Nos vamos. *Marine One* en el aire en diez minutos —le dijo—. El *Air Force One* despega de Cracovia en cincuenta. El presidente nos ha pedido que hagamos ruta por Manchester. Allí le dejaremos —le dijo, con una sonrisa—. Será como una especie de servicio de lanzadera personalizado.

Marten sonrió:

—Ya he reservado un billete en un vuelo comercial, Hap. Dele las gracias al presidente, pero no necesito esta publicidad. Él ya lo entenderá. Dígale que tal vez un día podamos ir todos juntos a tomar un bistec y unas cervezas. Usted, él y yo, y Miguel y los chicos también, en especial José.

—Tenga cuidado, que le tomará la palabra.

Marten sonrió y le ofreció la mano.

—Así lo espero.

Se estrecharon las manos y luego llamaron a Hap. Marten lo observó marchar, se volvió y se encaminó hacia la puerta. Al cabo de un minuto pasó por entre las columnas y miró atrás, al antiguo cartel de hierro forjado que colgaba encima.

Arbeit Macht Frei, el trabajo os hará libres.

Aquel eslogan había sido fruto del humor negro de los nazis, si bien, aparte de a ellos mismos, a nadie le hacía demasiada gracia. Pero, en su estado de agotamiento, las palabras se le metieron dentro y afectaron a Marten de una manera totalmente inesperada, haciéndolo sonreír por dentro y mover la cabeza ante tamaña ironía.

Se preguntó si todavía conservaba su empleo.

EPÍLOGO

PRIMERA PARTE

Manchester, Inglaterra. Finca rural de los Banfield Halifax Road. Lunes, 12 de junio, 8.40 h

Habían pasado dos meses desde el día en que Marten estrechó la mano de Hap para despedirse, antes de marcharse de Auschwitz. Si se había preocupado por haber perdido su empleo en Fitzsimmons & Justice, no había motivo para ello. Cuando llegó a su casa de Manchester aquella noche se encontró media docena de llamadas muy recientes grabadas en su contestador. Cuatro eran de su jefe, Ian Graff, pidiéndole que lo llamara nada más llegar. Las otras eran, respectivamente, de Robert Fitzsimmons y de Horace Justice. A Fitzsimmons lo conocía bien de la oficina. A Horace Justice, el fundador de la empresa, de ochenta y siete años y ahora residente en el sur de Francia, no lo había visto nunca. A pesar de esto, tenía mensajes de los tres deseándole una buena llegada y esperando que se reincorporara al trabajo al día siguiente por la mañana.

¿El motivo?

El presidente, al parecer, los había llamado personalmente a los tres desde el *Air Force One* para decirles lo agradecido que estaba por la colaboración personal de Marten durante los días recientes, y confiando en que su ausencia sin justificar no le sería tomada en cuenta. Y desde luego, no lo fue. Fue reincorporado de inmediato y a jornada completa al proyecto Banfield, el cual, entre las discusiones y los cambios de opinión del señor y la señora Banfield, parecía tener más peligro que nada de lo que había vivido al lado del presidente. De todos modos, estuvo encantado de reincorporarse y meterse de lleno en el proyecto. El terreno ya había sido transformado en terrazas, el sistema de riego había sido instalado, estaban iniciando las plantaciones y los Banfield parecían tranquilos, principalmente porque la señora Banfield estaba ahora felizmente embarazada de gemelos y por tanto, ahora dedicaba su tiempo, sus opiniones y su energía a preparar la casa para su llegada. Y felizmente también, el señor Banfield, cuando no estaba siguiendo su carrera como estrella del fútbol profesional, la seguía dentro de la casa. Todo esto le permitía a Marten supervisar el resto de la obra de paisajismo. Y eso es a lo que se dedicaba mientras el mundo se ponía del revés en respuesta masiva al discurso del presidente.

El presidente tuvo razón cuando dijo que las cosas podían y probablemente se pondrían desagradables. Lo fueron desde el principio y lo seguían siendo.

Estados Unidos, Washington en concreto, era un torbellino constante y un caos mediático las veinticuatro horas del día. Los debates televisivos copaban las emisiones de televisión, de radio, las páginas de las revistas y los periódicos. Internet estaba plagada de *bloggers* que decían que el presidente debía ser internado en un hospital, o sometido a una moción de censura, o ambas cosas a la vez. Los teóricos de

la conspiración de todas partes estaban encantados con su clásico «yo ya lo decía». Derecha, izquierda y centro, todo el mundo quería saber qué era esta misteriosa Conspiración y quién formaba parte de la misma; a qué religión se refería el presidente; quién había sido incinerado en rituales secretos; cómo era posible que los muy distinguidos miembros del New World Institute estuvieran involucrados en algo parecido a las acusaciones proferidas por el presidente; y dónde estaban las pruebas de todo aquello.

En Oriente Próximo y en los enclaves musulmanes de Europa y del Pacífico las cosas no eran distintas. La gente y los gobiernos exigían detalles sobre aquel «genocidio». ¿En qué países y cuándo estaba previsto que tuviera lugar? ¿Cuántos muertos hubiera supuesto? ¿Quién se supone que habría colonizado sus tierras? ¿Qué más habría sucedido? ¿Cuál era el razonamiento, la meta detrás de todo? ¿Qué esperaban ganar los miembros de la sociedad secreta? ¿Se podía considerar realmente superada la amenaza? Y, finalmente, ¿no sería otro movimiento arrogante del presidente de Estados Unidos pensado para provocar un miedo intenso en el mundo islámico y así contrarrestar la posibilidad de ataques terroristas contra Norteamérica, Europa y el Pacífico con la terrible amenaza de una aniquilación total?

Sin todas estas respuestas, el islam actuó rápidamente. Masivas y violentas manifestaciones antiamericanas y antieuropeas tuvieron lugar por todo Oriente Próximo. Disturbios igualmente violentos estallaron por las calles de muchas ciudades francesas, perpetrados por jóvenes musulmanes de clases desfavorecidas fustigados por los clérigos radicales con lo que las autoridades tachaban de «intenciones sospechosas». Manifestaciones menos violentas tuvieron lugar en Inglaterra, los Países Bajos, Alemania, Italia y España. Se presentaron peticiones a las Naciones Unidas exigiendo que se dieran más explicaciones y detalles concretos. Ninguna de ellas fue atendida porque, de momento, todavía no se habían encontrado los detalles del plan maestro de Foxx.

Tampoco los interrogatorios del vicepresidente Hamilton Rogers, el secretario de Estado David Chaplin, el secretario de Defensa Terrence Langdon, el jefe del Estado mayor Chester Keaton, ni el jefe de personal de la Casa Blanca, Tom Curran —los cuales proclamaron su inocencia después de ser devueltos a Washington y obligados a comparecer delante de un magistrado federal; y se encontraban bajo custodia policial en la Andrews Air Force Base—, habían dado todavía nueva información.

Tampoco los interrogatorios de los miembros del New World Institute presentes en la reunión de Port Cerdanya —ahora detenidos y bajo custodia en varios centros de detención por todo el mundo, acusados de pertenencia a banda terrorista y de conspiración para cometer un asesinato en masa— revelaron más hechos que los ya conocidos.

Ni tampoco se había sabido nada nuevo de la unidad ECSAP (Programa de los Agentes Especiales para la detección de Crímenes Electrónicos), encargada del análisis de los discos duros que Hap y el presidente se habían llevado del ordenador

maestro de la iglesia de Port Cerdanya. Comprensiblemente, aquélla era una investigación que avanzaba a paso de tortuga y que se desarrollaba con un cuidado extremo, no sólo con el fin de recuperar la información que contenía, sino porque fuera lo que fuese podía ser una prueba crucial que podría usarse en el tribunal federal.

De momento, y con extrema discreción, las agencias de seguridad internacionales seguían trabajando en estrecha colaboración para ir juntando la información que llevaría a obtener un rastro claro de la Conspiración. Bajo un especial escrutinio estaban los partidos políticos de Alemania y Francia donde, como Jake Lowe le había dicho al presidente en la casa de Evan Byrd en Madrid, «antes, los nuestros no estaban todavía en su sitio. Ahora lo están. Nos lo han asegurado amigos de confianza. Amigos que están en posición de saberlo».

«¿Qué amigos? —le había preguntado el presidente—. ¿De quién me están hablando?».

Estos «amigos» eran precisamente la gente que se buscaba ahora a escala internacional. En Alemania, un partido político menor llamado Das Demokratische Bündnis o Alianza Democrática, al cual había pertenecido la sombra en Barcelona de Marten, el ingeniero alemán Klaus Melzer *Pelo Canoso*, era uno de los objetivos secretamente perseguidos. Se había puesto bajo una intensa vigilancia a toda su militancia, y eso incluía el seguimiento electrónico de sus llamadas de teléfono, correos electrónicos, cuentas bancarias y viajes. Esta investigación desveló enseguida que contaban con una organización hermana en Francia, Nouveau Français Libre, Nuevo Francés Libre, con sede en Lyon y sucursales tan al norte como Calais, en el canal de la Mancha, y tan al sur como Marsella, en la orilla mediterránea.

La gran explosión e incendio de la iglesia y en los kilómetros de galerías mineras que llevaban desde la estación de invierno de Port Cerdanya hasta la antigua iglesia al otro lado de las montañas, conocida como «La iglesia dentro de la montaña», y casi todo el camino hasta el monasterio de Montserrat, todavía ardían.

Las autoridades y los expertos en minería estaban de acuerdo en que pasarían semanas, si no meses, hasta que acabara de consumirse y se enfriara lo bastante como para que los equipos pudieran explorar los túneles sin peligro. El origen de las explosiones, como el de la que había tenido lugar apenas un día antes en el subsuelo del monasterio de Montserrat, fue atribuido a una acumulación de décadas de gas metano en las galerías precintadas desde hacía tanto tiempo. Pero ésta fue una declaración que inmediatamente hizo levantar cejas de sospecha y que hizo plantear la pregunta de cómo podía alguien haber planeado aquel tipo de destrucción masiva.

Sin embargo, a pesar de todo aquello, había pruebas. Al presidente y a Nicholas Marten se les había tomado declaración secretamente sobre lo que habían visto en los túneles y laboratorios, en la iglesia y en los otros lugares. También fueron interrogados Demi Picard, Hap Daniels, Miguel Balius y los muchachos españoles José, Héctor y Armando. Otros que declararon —el agente especial del USSS Bill

Strait, el piloto del helicóptero de la Marina, mayor George Herman *Woody Woods*, y los miembros del equipo médico y de la tripulación a bordo del *Chinook*—confirmaron que la muerte del asesor de Seguridad nacional, el doctor James Marshall, públicamente anunciada como trágico accidente, tenía como causa el suicidio. La muerte del asesor político Jake Lowe fue presentada como un posible homicidio, en especial después de escuchar el testimonio secreto de la inspectora de la policía española, Belinda Díaz, y de interrogar más a fondo al agente Strait sobre las informaciones aportadas por el doctor Marshall cuando comunicó el incidente.

Al mismo tiempo, los abogados constitucionales del vicepresidente, el secretario de Estado, el secretario de Defensa y los otros —a pesar de su posicionamiento ofendido y sus alegaciones de total inocencia— trataban ya de pactar una rebaja de la acusación, para reducir la alta traición a «amenazas contra el presidente».

Todo lo cual daba al presidente esperanzas de que la verdad que había contado en su discurso en Auschwitz no fuera el suicidio político que muchos vaticinaban, sino sencillamente la acción honesta de un hombre que creía en decirle a la gente qué era qué y quién era quién, porque sentía que en aquel punto frágil de la historia no había otra manera de hacer las cosas.

Cuidadoso de mantener su nombre y rostro lejos de la vista del público, Marten tenía los ojos puestos en las noticias y la atención en el proyecto Banfield.

El viernes 21 de mayo por la mañana, Robert Fitzsimmons lo llamó a su despacho y le pidió que volara a Londres para reunirse con un cliente especial, un prominente cirujano londinense llamado Norbert Holmgren que vivía justo al lado de Hyde Park y que tenía una extensa propiedad en la zona rural de Manchester donde quería llevar a cabo una exhaustiva remodelación paisajística.

El doctor Holmgren no estaba en casa cuando Marten llegó, pero le hicieron pasar al salón. Cuando entró, cuál fue su sorpresa al encontrar a dos personas que le esperaban, Hap Daniels y el presidente Harris, de visita secreta en Londres para mantener conversaciones privadas con el primer ministro británico, Jack Randolph. La reacción inmediata de Marten fue una ancha sonrisa y un fuerte y espontáneo abrazo a cada uno de aquellos hombres. Luego, rápidamente, una lucecita de advertencia se le encendió en la cabeza y se apartó:

—Y ahora ¿qué? —preguntó.

Ese «ahora qué» era una información secreta que el presidente deseaba compartir con él.

—Aradia Minor —dijo el presidente, explicándole que Demi había sido interrogada por el FBI en París y que les había contado sus pesquisas a lo largo de décadas para encontrar a su madre y lo que había descubierto sobre el antiguo y secreto aquelarre de brujas italianas llamado Aradia, que usaba como símbolo identificativo la cruz de Aldebarán, y lo que Giacomo Gela le había contado sobre la

orden todavía más secreta dentro de la misma, Aradia Minor. Una orden que se identificaba simplemente por escrito con la letra A seguida de la letra M, escritas en una combinación del alfabeto hebreo y griego como «Kja». Se trataba de un culto profundamente religioso de auténticos creyentes que a lo largo de siglos habían sido manipulados para que proporcionaran sus brujas para los sacrificios de la Conspiración.

Más tarde Demi les había hablado de su cautividad y de los terribles y atroces vídeos del tormento de su madre en la hoguera que le habían obligado a mirar una y otra vez. Finalmente contó lo que había visto bajo tierra, cuando la trasladaron con el vagón hasta la iglesia: las cámaras vacías de experimentos médicos, las salas tipo barracón abandonadas y finalmente, debajo de la propia iglesia y al final de la vía del monorraíl, el inmenso horno crematorio.

—Así es como Foxx se deshacía de los cuerpos —Marten sintió que se le erizaba el pelo mientras lo decía.

—Sí —dijo el presidente—. Mire esto.

Le hizo un gesto a Hap para que le acercara el ordenador portátil.

Marten miró a la pantalla. Vio una serie de fotos hechas en una sala de uno de los edificios altos de Montserrat que daba a la gran plaza de delante de la basílica. Estas fueron aparentemente tomadas por Foxx con una cámara secreta, y mostraban una pequeña sala tamaño despacho, un telescopio y una grabadora de vídeo. Luego había fotos tomadas con una lente telescópica, como si estuvieran hechas por el propio telescopio, que mostraban una serie de primeros planos de gente de la plaza.

—Así es cómo seleccionaba a sus «pacientes» —dijo el presidente—. Un suministro inacabable. Era la población «general» que él buscaba. Las notas a mano fotografiadas sugieren que les señalaba a los que había seleccionado a los monjes, y a partir de ahí éstos se encargaban del resto. No de inmediato, sino después de seguir a las víctimas hasta sus lugares de procedencia y luego secuestrarlas.

—El hijo de puta lo tenía todo pensado —dijo Marten indignado, y luego los miró a los dos—. ¿No hay nada de sus planes para Oriente Próximo, ni ninguna nota sobre sus experimentos?

—No. Al menos de momento.

—¿Qué hay de Beck y Luciana?

—Ni rastro de ellos. O consiguieron huir, o murieron con la explosión. Siguen en orden de busca y captura.

—¿De modo que eso es todo hasta que se descubran más cosas de los discos duros o las investigaciones revelen algo más?

—Más o menos —dijo Hap a media voz, y luego miró al presidente.

—Había una sencilla lista en un cuaderno aparte que guardaba mi amigo y asesor Jake Lowe —dijo el presidente.

Luego vaciló y Marten pudo ver que lo embargaba la emoción.

—¿De qué se trata?

—Ya sabe usted que mi esposa era judía.

—Sí.

—Sabe también que murió de cáncer de cerebro en las semanas previas a las elecciones presidenciales.

—Sí.

—Querían el voto judío, pero no querían a una judía en la Casa Blanca. Pensaron que si se moría yo obtendría un gran impulso en las urnas, no sólo por solidaridad de los judíos, sino por la compasión del público general.

De nuevo, Marten sintió que se le erizaba todo el pelo:

—Foxx la mató con algo que imitaba el diagnóstico del cáncer cerebral.

—Exactamente —asintió el presidente, y luego se puso a temblar y trató de reprimir las lágrimas—. Al parecer —añadió, con gran dificultad—, ambos hemos perdido a alguien a quien amábamos infinitamente.

Marten se acercó al presidente y lo abrazó, y durante un largo instante los dos hombres permanecieron abrazados. Los dos conscientes en su alma de lo que el otro sentía.

—Presidente, debemos irnos —dijo Hap finalmente.

—Lo sé —dijo—, lo sé.

Los dos hombres se miraron y el presidente sonrió:

—Cuando todo esto se calme vendrá a mi rancho de California y nos tomaremos un bistec y unas cervezas. Todos. Usted, Hap, Demi, Miguel y los chicos.

Marten sonrió:

—Hap se lo dijo.

Ahora fue el turno de Hap:

—Se lo quise decir, pero él se me adelantó.

Marten le ofreció la mano:

—Buena suerte, presidente.

El presidente se la estrechó, luego volvió a darle un abrazo y dio un paso atrás.

—Buena suerte para ti también, primo, y que Dios te bendiga.

Entonces dio media vuelta y se marchó. Hap estrechó la mano de Marten y le hizo un gesto con la cabeza que sólo dos supervivientes de una batalla entienden. Luego le hizo una mueca, sonrió y se marchó detrás del presidente.

SEGUNDA PARTE

Manchester, el mismo lunes 12 de junio, 23.48 h

Marten yacía tumbado a oscuras en su *loft* con vistas al río Irwell. Ocasionalmente, las luces de los coches que circulaban por la calle se proyectaban en el techo. De vez en cuando le llegaban voces de la gente que pasaba por las aceras. Pero la mayor parte del tiempo estaba sumido en el silencio propio del final de un largo día de verano.

Apartó deliberadamente los pensamientos del proyecto Banfield y los recuerdos de la Conspiración. Quería dormir, no recrearse en ideas que sabía que lo inquietaban y le impedían el descanso.

Durante un rato se puso a pensar en cuando llegó a Inglaterra desde Los Ángeles, después de cambiarse el nombre de John Barron a Nicholas Marten, y se esforzó por encontrar un lugar que le permitiera desaparecer de la vista de cualquier persona relacionada con la policía de Los Ángeles que pudiera estar persiguiéndole, y al mismo tiempo le permitiera ayudar a su hermana Rebecca a recuperarse de los efectos devastadores de un trauma psicológico. Su recuperación y traslado a Suiza, y su historia posterior, como le apuntó brevemente al presidente, fueron realmente notables, por no decir fantásticos. Y en buena parte se debieron a la persona más especial que Marten había conocido en su vida: la sexy y atrevida aristócrata *lady* Clem, Clementine Simpson, hija única del conde de Prestbury, con quien había considerado seriamente casarse, pero que un día se le presentó por sorpresa para contarle que acababa de comprometerse con el nuevo embajador británico en Japón y que, por tanto, había decidido mudarse de Manchester a Tokio de inmediato. Y así lo hizo. Por lo que sabía, seguía casada y en Japón, porque en los casi seis años transcurridos desde entonces no había recibido ni una postal ni un correo electrónico de ella.

La experiencia de Rebecca de recuperar la propia salud mental y su sensibilidad hacia lo que el proceso de recuperación significaba la llevó a ofrecerse voluntaria para pasar tiempo con Demi, la cual, como Marten le había contado, había experimentado un tremendo trauma psicológico del que los especialistas en París le dijeron que podía tardar años en recuperarse. Con una baja laboral de su trabajo en la agencia France Press, viajó a Suiza para vivir con Rebecca, donde ahora la ayudaba en su trabajo como institutriz de tres niños que crecían con rapidez, y poco a poco iba desgranando los recuerdos de su madre, de Merriman Foxx, Luciana, el reverendo Beck, y de Cristina y el fuego.

Martes, 13 de junio, 1.20 h

Marten seguía desvelado. Y sabía el motivo. Tenía un retrato vivido que le quemaba en la cabeza, el de un hombre desnudo de mediana edad yacente en el suelo de piedra de un viejo barracón de Auschwitz, con un rifle automático del 45 en una

mano y el resto del cuerpo destrozado. *Victor Young*, el hombre al que había visto brevemente cuando le adelantó en coche en Washington mientras él esperaba a que la doctora Lorraine Stephenson llegara a casa la noche en la que ella se suicidó en la acera delante de él; el mismo hombre al que más tarde recordó haber visto cuando deambulaba por las calles lluviosas de alrededor de la Casa Blanca, emocionado y lloroso en las horas posteriores a la muerte de Caroline. Young, o fuera cual fuese su nombre real, era quien conducía el coche que le adelantó lentamente por una avenida a oscuras y prácticamente desierta.

Marten lo había visto dos veces con claridad. Y eso le hacía preguntarse si ya entonces Foxx, o Beck, o ambos, estaban preocupados por su presencia y por su relación con Caroline y habían mandado a alguien a vigilarlo.

Pero eso no era todo.

El Servicio Secreto había localizado el paradero de Victor desde Washington a Berlín, luego en Madrid, luego hasta París y luego hasta Chantilly, donde se hospedó en una habitación de hotel la noche antes de que mataran a los jinetes. Luego había vuelto a París, desde donde tomó un tren a Varsovia, el lugar en el que debía celebrarse inicialmente la cumbre de la OTAN. Cuando se trasladó la sede a Auschwitz, tomó un tren hasta allí y se presentó en la entrada de prensa del recinto una hora antes de iniciarse el discurso del presidente Harris, con las credenciales necesarias de la agencia AP y con su nombre incluido en la lista aprobada por el Servicio Secreto; además, un rifle M14 le esperaba oculto en una funda de trípode entre el material de un camión de prensa.

Cómo se había enterado del cambio de ubicación del evento con el tiempo suficiente de trasladarse él mismo, cómo había obtenido las credenciales de prensa y había sido incluido en la lista aprobada, cómo y quién había introducido el rifle en las instalaciones eran enigmas que todavía estaban siendo investigados. Lo que estaba claro era que a partir de Berlín, el hombre había estado siguiendo los pasos del presidente en casi todos los altos del camino de su gira europea, hasta el punto que intentó sortear el cordón de seguridad del Servicio Secreto en el hotel Ritz de Madrid.

Y eso era lo que mantenía a Marten en vela. Lo que le había estado atormentando desde hacía un tiempo pero que hasta ahora no empezaba a cuadrarle. Si Victor trabajaba solo, o para la Conspiración, o para alguien totalmente distinto, importaba ahora poco. Con la presencia del M14, resultaba evidente que tenía la intención de matar al presidente, ya fuera en Varsovia o en Auschwitz. Puede que incluso quisiera matar también a la canciller alemana y al presidente francés, y éste era precisamente el problema. En retrospectiva, era demasiado obvio. Demasiado intencionado. Había dejado un rastro demasiado perfecto.

Por muy buen tirador que Victor fuera, no era un profesional, y si la Conspiración, con todos sus recursos y contactos —desde los militares hasta el secretario de Defensa, pasando por el asesor de Seguridad nacional—, quiso matar a uno o a los tres, y eso es lo que parecía, al menos hasta su revés en Port Cerdanya,

entonces sin duda habrían utilizado a un profesional o a un equipo de profesionales. Victor, y Marten lo sabía, era su cabeza de turco. El Lee Harvey Oswald de alguien. Si disparaba y ejecutaba los homicidios, perfecto; si no, también era perfecto. Había dejado un rastro a investigar y, al hacerlo, se había expuesto a que lo mataran si algo salía mal. Y así fue, no sólo por el fiasco de Port Cerdanya, sino porque Marten se acordó de los asesinatos en Washington y en la pista de entrenamientos de Chantilly e hizo sonar la alarma.

Y eso era lo que ahora le inquietaba y le impedía conciliar el sueño. Todo el asunto parecía haber sido aparcado. La Conspiración había sido detenida, todas sus piezas estaban siendo investigadas y, si la información de los discos duros seguía saliendo, deberían disponer de archivos anuales completos de eventos y de las identidades de los miembros que habían asistido a ellos, revelaciones potencialmente explosivas que podían remontarse a varios años, hasta décadas, tal vez incluso a siglos atrás, dependiendo de lo que encontraran.

Cuando Marten pasó por Londres de regreso a su casa en Manchester, estuvo unas cuantas horas en la ciudad entre los dos vuelos. Allí había oído el Big Ben marcando la hora, de la misma manera que la hora suena por los campanarios de ciudades y pueblos de todo el planeta, por las campanas que marcaban los cuartos de Westminster, una retahíla de notas que le resultan familiares a la mitad de la población mundial. Los mismos cuartos de Westminster que sonaron —y que parecieron tan fuera de lugar— en la iglesia de Port Cerdanya mientras entraban en ella los miembros del New World Institute. Eso le hizo preguntarse si tal vez aquello podía ser una llamada universal de la Conspiración a sus miembros secretos de todo el mundo, y fuera lo que fuese que había ocurrido, si la sociedad secreta seguía viva y coleando. Y así continuaría por los siglos de los siglos. Si así fuera, la Conspiración no estaba acabada en absoluto sino, como la destrucción de Port Cerdanya planeada por Foxx, había decidido pasar a la clandestinidad durante una buena temporada, tal vez durante décadas. Si éste era el caso, significaba que todavía había gente dentro de la secta de la que nadie sospechaba nada, gente de la que nadie podía imaginar nada.

Y por eso recordaba ahora lo sucedido en Auschwitz una vez alertó a Hap de la posible presencia de un francotirador. Sin tener en cuenta las credenciales de prensa, la lista aprobada por el Servicio Secreto o el arma oculta, Victor había sido delatado por alguien más. Bill Strait fue quien seleccionó su foto en la pantalla de vídeo para identificarlo como el hombre que había puesto a prueba el cordón de seguridad de Madrid. A los pocos segundos salieron a cazarle, corriendo con los otros agentes, siguiendo a los perros y a sus cuidadores, y fue Strait quien de pronto se salió del itinerario y giró a un lado del estanque, corriendo casi directamente hacia el lugar en el que se ocultaba Victor, como si supiera exactamente dónde lo encontraría.

Y cuando Marten lo persiguió y le gritó a Strait que no entrara sin él, Strait lo ignoró y entró solo. Y fue cuando Marten llegó finalmente al barracón, cuando oyó el breve intercambio de palabras, sólo dos palabras, entre los hombres:

—Victor —dijo Strait con claridad.

—¿Richard? —preguntó Victor, como si de pronto hubiera sido sorprendido por alguien a quien conocía por la voz, pero a quien no había visto nunca.

Inmediatamente después vino el sonido sordo y fuerte de la ráfaga del arma automática de Strait.

Con los ojos abiertos de par en par, Marten volvió a darse la vuelta. Bill Strait, el adjunto en el que Hap tanto confiaba —aunque durante un tiempo, en Barcelona, desconfió totalmente de él, como el presidente, cuando no podían permitirse confiar en nadie—. ¿Y si Strait era el infiltrado de la Conspiración dentro del Servicio Secreto y de la comitiva presidencial? Una tapadera perfecta que les daba acceso a todo tipo de información y que podía seguir hasta las profundidades del brazo ejecutivo.

Marten se preguntaba si había alguien más que supiera o que sospechara lo mismo que él. Probablemente no, porque él era el único que estuvo en el tramo final. Que vio la ruta directa que había elegido Strait. Que le escuchó decir el nombre de Victor, y a Victor responderle «¿Richard?».

Si estaba en lo cierto, significaba que sólo él lo sabía, o lo sospechaba. Lo cual significaba también que, con el tiempo, tal vez más pronto de lo que imaginaba, Bill Strait también lo deduciría.

2.22 h

Marten se tumbó y cerró los ojos. Había trabajado muchas veces de manera muy estrecha con miembros del Servicio Secreto cuando formaba parte del departamento de policía de Los Ángeles. Sabía que su consigna de «Merecedor de la confianza y la fe» no se tomaba a la ligera y que todos sus agentes disponían de autorizaciones secretas, y además la mayoría estaban autorizados más allá de ese nivel. Asimismo, la organización era demasiado respetada, demasiado profesional y demasiado parecida a una hermandad de vínculos muy estrechos como para que alguien se infiltrara en ella con facilidad.

De modo que, tal vez, estuviera equivocado respecto a Bill Strait. Tal vez estuviera pensando demasiado. Tal vez...

De pronto, oyó que llamaban a su puerta.

FIN

NOTA DEL EDITOR

Si desea saber más cosas sobre Nicholas Marten, su historia y la de su hermana Rebecca, *lady* Clementine Simpson, y sobre el infame escuadrón 5-2 de la policía de Los Ángeles, se explica ampliamente en *The Exile (La huida)*.

AGRADECIMIENTOS

Estoy especialmente agradecido por la información y consejos técnicos proporcionados a Anthony Chapa; y a Ron Nessen, antiguo secretario de prensa de la Casa Blanca y escritor como yo; a Emma Casanova y Josep Maria Cañadell, Mossos d'Esquadra de Barcelona; a Paul Tippin, antiguo investigador de homicidios de la policía de Los Ángeles; al coronel John R. Power, miembro jubilado del Ejército de Estados Unidos; a Kirk Stapp, de las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos; a Alan Landsburg, Andrew Robart, Stanley Mendes y Norton Kristy médicos.

Por las sugerencias y las correcciones del manuscrito estoy particularmente agradecido a Robert Gleason. También estoy en deuda con Robert Gottlieb y John Silbersack, por sus consejos y orientación, y con Tom Doherty y Linda Quinton por su apoyo y fe en el proyecto.

Finalmente, un agradecimiento muy especial a mis amigos en el Servicio Secreto de Estados Unidos.

[1] POTUS: Acrónimo de President of the United States. (*N. de la T.*) <<

[2] Fumigador: nombre codificado que utiliza el Servicio Secreto para referirse al presidente Harris. <<

[3] La cabeza que lleva corona descansa inquieta. <<

[4] ¿Quién ha matado a los jinetes? / ¡Dos con una sola bala! / Asesinato en el bosque de Chantilly <<